EL PRÍNCIPE HEREDERO III

C.A. TODOROVA

EL SEÑOR del HIELO

Círculo Rojo

EL PRÍNCIPE HEREDERO III

EL SEÑOR DE HIELO

CRISTINA ALMAGRO TODOROVA

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2023
ISBN: 978-84-1189-276-6
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Cristina Almagro Todorova
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Dibujo y diseño de cubierta: Cristina Almagro Todorova
© Diseño de mapa: Andrés Aguirre Jurado

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Por muy frío que seas,
alguien encenderá tu corazón.

Prólogo

El emperador Derej observaba desde su balcón los campos de entrenamiento. Contaba con un par de guardias a cada lado, además de varios criados a su disposición, como aquel que sostenía un parasol encima de su cabeza.

El príncipe Gavin se enfrentaba a un soldado tras otro en combates de práctica. Sin embargo, solo eran de «práctica» para él. Seguían siendo enfrentamientos a vida o muerte y ya había acabado con la vida de cinco contrincantes en apenas media hora.

El príncipe era un joven alto y esbelto, ágil en sus movimientos y un gran experto en el manejo del fuego y la espada. El emperador lo había enviado al otro continente a entrenar durante dos meses y medio, y el chico que había vuelto era muy diferente del niño que se había marchado. Se fue con once años, pero ahora aparentaba dieciocho. Y actuaba como tal. En palacio, aquellos que lo conocían personalmente se habían quedado abrumados al ver el cambio, y no comprendían cómo había sucedido. La explicación más aceptada era que el emperador, el dios de la luz, lo había hecho crecer más deprisa para afrontar la crisis que se cernía sobre su glorioso imperio.

Se había corrido la voz de que había una organización que buscaba provocar el despertar de una ancestral criatura maligna, el soberano de las sombras que el emperador había desterrado del imperio con su luz purificadora. Los soldados estaban más que dispuestos a ofrecer sus vidas para ayudar al príncipe a volverse más fuerte y a prepararse para afrontar ese mal.

El emperador apoyó las manos en la barandilla y se inclinó hacia delante. El criado se apresuró a mover el parasol.

«Es asombroso lo deprisa que está mejorando —dijo una voz en la mente del emperador. Saekish—. He de admitir que enviarlo a ese otro mundo para que creciera más rápido fue una excelente idea. De ser capaces de llegar hasta nosotros Alastair y tu "vástago" perdido, se encontrarán una desagradable sorpresa».

Derej, el emperador, sonrió para sus adentros, satisfecho.

«El desfase temporal que ofrece Titaia con respecto a Gea puede ser muy útil, si uno sabe aprovecharlo de la forma correcta», pensó, respondiendo a Saekish. Prefería hablar con ella en voz alta, mas solo era posible cuando estaban a solas.

Ni siquiera Gavin, su hijo y heredero al trono, conocía la existencia de aquella presencia en su mente. Y permanecería sin saberlo hasta que fuera el momento de que tomara las riendas del imperio.

Gavin realizó una ligera finta y se giró, quedando en un abrir y cerrar de ojos a las espaldas de

su oponente. Hundió sin vacilar la hoja metálica en el cuerpo del soldado, atravesando su corazón. Extrajo el arma y, sin dedicarle siquiera una mirada al hombre muerto, encaró al que sería su próximo contrincante, con ojos de acero.

Capítulo 1: Connor

El aire que se respiraba era frío y cargado con el olor de la contaminación provocada por la multitud de coches circulando por las calles. Los monstruosos edificios, como una plaga, opacaban la vista del cielo. La gente llenaba el ambiente de ruido con sus conversaciones, ya fuera hablando unos con otros o por teléfono. Era difícil moverse debido a esta multitud de personas que inundaba las aceras, en pleno centro de la ciudad.

A pesar de todo esto, Jay no podía estar más contento. Todavía le costaba creerlo, pero estaban en la Tierra, en su hogar. Sabía que no habían vuelto para quedarse y que tenían una misión que cumplir. Aun así, nada iba a amargar su alegría.

—¿Es que aquí nadie mira por dónde va?

Jay rio para sus adentros. Ni siquiera el mal humor de Caedra haría caer su ánimo.

Echó un vistazo por encima del hombro. Caedra y Ayla caminaban detrás de él, ambas ataviadas con anchos y largos ponchos para ocultar sus alas. Era una imagen curiosa y divertida, y daba la sensación de que ambas chicas eran hermanas. Caedra, además, tenía que llevar el gorro de las orejas de gato para ocultar sus cuernos.

Ayla se había adaptado con facilidad a la nueva vestimenta, por lo que Jay no tenía problema en decirle que le quedaba de maravilla, lo cual era cierto. Caedra, en cambio, se mostraba disconforme, y Jay aprovechaba para provocarla. No había pensado que volvería a verla con aquel gorro de orejas de gato y ahora era una imagen que observaba todos los días. Le encantaba.

—Cai, deja de mirar de esa forma asesina a la gente, choca demasiado con tu adorable… gorrito de lana —dijo Jay con una carcajada al final, pues Caedra lo había taladrado con sus afilados ojos rapaces.

El asunto de los ponchos para cubrir las alas había llevado más trabajo en esta ocasión. Hadriel había cosido plumas falsas en hileras a lo largo de la tela y en los bordes, pues era inevitable que se vieran los extremos de las alas. Así, parecían parte del poncho. El de Caedra era rojo oscuro, el mismo que había usado cuando había visitado la Tierra por primera vez, y el de Ayla era marrón claro.

Hacía frío, por lo que ambas iban, además, con bufandas. Jay se había puesto una chaqueta, feliz por deshacerse de las prendas de Gea, pues se notaba que estaban a mediados de noviembre.

Llevaban ya una semana en la Tierra. Había sido complicado establecerse. Tras llegar a Ganthia, donde se habían reunido con Makus y Silvary, los ex Shak’ti, para intercambiar información, habían dedicado unos días a elaborar su plan de acción. Al final, habían decidido que dividir el grupo de nuevo sería lo mejor.

Tarvo y Valikia se quedarían con Makus y Silvary en Gea. No solo necesitaban a alguien que continuara recolectando información y manteniendo Ganthia libre del dominio del Imperio gaelaro, pues era el único punto en el continente que no había caído todavía, sino que también era conveniente que, poco a poco, tantearan el terreno y reclutaran a más gente para su causa. La mayor parte de los habitantes del imperio veneraba ciegamente al emperador como su dios, pero,

aunque no fueran muchos, existían unos pocos que se mantenían escépticos.

Por tanto, Jay iría a la Tierra con Hadriel, Caedra y Ayla. Solo tenían una misión: localizar el cuerpo de Alastair o encontrar a Mhunn para que les revelara su ubicación. Pero eso no quería decir que fuera sencillo. Aunque era un único objetivo, este era tremendamente complicado. Solo sabían que debían cubrir la zona en torno al portal, bastante extensa.

Su casa, al menos, la habían encontrado intacta. Con mucho polvo, eso sí, y Hadriel había tenido que encargarse de que hubiera luz y agua. Sin embargo, se les presentaba un nuevo problema.

Ya casi no quedaba nada de lo que la emperatriz había dado a Hadriel años atrás, ni de lo que Hadriel había ahorrado mientras trabajaba en la Tierra cuidando de un pequeño Jay. Aunque Hadriel quiso buscar trabajo enseguida, Jay había insistido en que su padre lo dejara a él encargarse de ese asunto. Estaba seguro de que podría trabajar como camarero en cualquier cafetería y así su padre estaría libre para visitar las distintas bibliotecas de la zona con calma.

Porque habían decidido empezar por las bibliotecas. Como no tenían ninguna pista más, Alastair había sugerido buscar otros libros que Mhunn hubiera podido dejar escritos para ayudar a dar con su paradero. Y Jay sabía que su padre se manejaría mejor que él entre libros.

Debían andarse con mil ojos incluso en la Tierra, sin embargo. El emperador podía atacar en cualquier momento, y no descartaban que hubiera enviado soldados tras ellos. Su única ventaja consistía en que nadie en el palacio conocía la Tierra, su forma de vida o sus idiomas. Por tanto, Jay albergaba la esperanza de que tardaran en ir a por ellos, si es que lo hacían. Habían logrado escabullirse tras los guardias con la ayuda de las ilusiones de Hadriel y habían cruzado el portal sin mayor impedimento. Era posible que el emperador no supiera dónde se encontraban.

Jay no solía ser optimista, pero una semana en la Tierra, su hogar, sin rastro de sus enemigos era suficiente para hacer que tuviera un buen humor casi permanente.

—¿No te pierdes por tantas calles? —La suave y baja voz de Ayla devolvió a Jay a la realidad. Miró por encima del hombro de nuevo. La chica tenía las mejillas y la nariz rojas por el frío.

—No, conozco esta ciudad como la palma de mi mano —respondió Jay con sencillez. Sonrió —. ¿Queréis que nos tomemos un descanso?

Llevaban toda la mañana deambulando por el centro para que Jay dejara su currículo en distintos establecimientos. No necesitaba que Caedra y Ayla lo acompañaran, pero tanto él como su padre habían considerado que sería buena idea que aprovecharan para que las chicas se fueran acostumbrando a desplazarse por la ciudad. No conocían el idioma, y la idea era que no salieran en ningún momento solas, pero nunca sabían cuándo podría ser necesario que lo hicieran.

Además, así Jay no se aburría. No le entusiasmaba tener que dedicarse a buscar trabajo (sería maravilloso que alguien le ofreciera un trabajo, sin más) y, yendo solo, la mañana se le habría hecho larga y tediosa.

Se entretenía explicándoles a Caedra y a Ayla qué era cada edificio, para qué servía cada lugar, y qué era cada aparato que veían. Era mucha información que asimilar, pero Jay estaba convencido de que sus compañeras no tardarían en aprender todo.

—No estaría mal —murmuró Ayla, respondiendo a su pregunta y esbozando una tímida sonrisa. Se ajustó los guantes de lana que cubrían sus pequeñas manos.

Ayla ya llevaba más de tres meses con ellos y Jay estaba muy contento con su progreso. Aunque seguía siendo muy reservada, mostraba sus emociones con mayor libertad.

—Muy bien, pues buscaremos alguna cafetería para tomar algo y así aprovecho y también pregunto si necesitan gente —decidió Jay. Se llevó una mano a la barbilla y frunció el ceño, pensativo—. Debería de haber una cafetería muy chula por aquí cerca, solía ir casi todas las tardes con Connor después de clase… Solo queda ver si no ha cerrado a lo largo de estos años.

Ayla ladeó la cabeza.

—¿Connor?

—El mejor amigo de Jay cuando vivía en la Tierra —explicó Caedra, que ya había memorizado el nombre.

A la zeafírea le estaba costando adaptarse a la Tierra. No era que odiara todo aquello que veía; al contrario, sentía una tremenda curiosidad y siempre había tenido ganas de pasar más tiempo en aquel mundo tan sorprendente. Sin embargo, las diferencias eran demasiadas, a veces, incluso, abrumadoras, y esto, sumado a la vestimenta que tenía que llevar, hacía que estuviera más «gruñona», según Jay, que de costumbre.

Jay suspiró con tristeza. Doblaron una esquina y se adentraron por una calle más estrecha.

—Me encantaría volver a verlo, la verdad —dijo, guardando las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Pero no sabría muy bien qué decirle.

—¿A qué te refieres? —inquirió Ayla, curiosa. Sorprendió a Jay cuando aceleró el paso para situarse a su lado. Por lo general, Ayla y Caedra siempre caminaban detrás de él. Jay bromeaba a menudo con que lo utilizaban como escudo contra las calles desconocidas de la ciudad y sus habitantes.

—A que hace años que no sabe nada de mí… No sabría cómo explicárselo ni cómo decirle que me tendré que marchar de nuevo —respondió Jay con amargura—. Supongo que, en cierto modo, es una suerte que se mudara a vivir a otro lugar…

Caedra observó a Ayla y a Jay conversar mientras iban hacia la cafetería. Se alegraba, al menos, de que Jay estuviera tan alegre por regresar una temporada al sitio que él consideraba su hogar. Debía admitir que tenía cierta envidia de la facilidad con la que Ayla estaba adaptándose a la vida en la Tierra. Llevaban allí solo una semana, pero la capacidad de memorización de la chica era fascinante y asumía todas las diferencias con naturalidad. Caedra no se sorprendería si su estancia se alargaba y Ayla acababa aprendiendo el idioma de esa zona.

«No entiendo cómo Mhunn ha podido vivir durante siglos en este mundo —dijo Alastair en su mente—. No es de mi agrado. Los humanos son como una plaga; es un planeta enfermo con tanta contaminación».

«Al menos, está todo más tranquilo», respondió Caedra. Eso era lo que decía Hadriel cuando defendía su preferencia por la Tierra. Y tenía razón. Por agobiante que fuera ese mundo con tanta tecnología, vivir sin temor a que se escondiera un peligro en cada rincón era una gran ventaja.

Salieron a una larga y ancha avenida. Esperaron en un semáforo para cruzar al otro lado. A Caedra todavía le parecía confuso aquel sistema de rojo y verde con vehículos y peatones, pero Ayla ya lo había memorizado sin problema.

—Menos mal, sigue aquí —dijo Jay al detenerse frente a una doble puerta de cristal, el acceso a la cafetería que buscaba—. Vamos a pasar; recordad que no podéis quitaros nada.

Caedra gruñó para sus adentros. Era cierto que prefería estar en el exterior a verse obligada a permanecer en casa, pero odiaba llevar el gorro y el poncho.

Accedieron a la cafetería, que no estaba muy llena a aquellas horas tempranas. Era un local amplio y espacioso, con múltiples mesas acompañadas de sillas y sillones de tonos rojos y marrones. Una de las paredes, la que daba a la avenida, era una larga cristalera en la que había pegado algún que otro cartel con ofertas y promociones. La barra, donde se encontraban los dos camareros, estaba a la derecha.

Jay se quedó paralizado. Ayla giró la cabeza hacia él, confusa, al ver que no avanzaba. Caedra, detrás de él, entornó los ojos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Caedra a Jay. Por más que miraba a un lado y a otro, no era capaz de detectar ningún enemigo.

Jay parpadeó repetidamente para asegurarse de que lo que estaba viendo era real. El latido de su corazón se había acelerado y por un momento se le olvidó respirar.

«No puede ser…», pensó estupefacto.

Un chico de su edad, de rebeldes rizos rubios, lo observaba detrás de la barra. Lo miraba como si hubiera visto un fantasma, y Jay no podía culparlo. Era donde menos habría esperado encontrarse con él, pero… ¿quién le iba a decir que su mejor amigo iba a estar trabajando precisamente en esa cafetería?

—Connor… —murmuró Jay sin darse cuenta.

Caedra, sin embargo, lo escuchó. Alzó las cejas, sorprendida. Era irónico que hubieran estado hablando justo sobre Connor antes de entrar a aquel lugar. Jay, además, había comentado que no sabría qué decir si se encontraba con él…

Pero ahí estaba. Connor, su mejor amigo desde la infancia, para quien llevaba años desaparecido.

Jay tragó saliva con fuerza. Se le había quedado la garganta seca. No se movió cuando Connor fue hacia él, con paso lento e inseguro, como si temiera que todo fuera producto de su imaginación.

Connor era alto, aunque no tanto como Jay, esbelto y de piel bronceada por el sol. A Jay le chocó verlo con el uniforme negro de la cafetería.

—¿Jay? ¿Eres tú? —inquirió Connor, temeroso.

Jay tardó unos segundos en responder. Realmente no tenía escapatoria.

—Hola, Connor —dijo en voz baja. ¿Tanto había cambiado para que su amigo necesitara confirmación? Supuso que tenía el pelo bastante más largo, y las facciones en su rostro se

habrían endurecido, pero aun así—. Sí… Soy yo.

Los ojos verdes de Connor se agrandaron al máximo al escucharlo hablar. Su labio inferior tembló de la emoción.

Jay ahogó una exclamación cuando Connor lo abrazó con fuerza. Caedra tensó los músculos, lista para defenderlo, pero se relajó al comprobar que Connor retrocedía con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Connor. Se frotó los ojos con el dorso de la mano—. Jay, ¿cómo…? ¿Cuándo…? —Sacudió la cabeza—. Ah, ¡no sé ni por dónde empezar!

A Jay se le escapó una risita nerviosa. Se alegraba tanto como su amigo de volver a verlo, pero el reencuentro había sido inesperado y, francamente, suponía un problema.

Ayla miró a Caedra con las cejas muy juntas. Ninguna de las dos entendía el inglés, el idioma en el que estaban hablando.

Connor respiró hondo.

—¿Por qué has estado todos estos años sin decir nada? —lo acusó al fin, cruzándose de brazos.

Jay suspiró pesadamente.

—Connor… Es largo de contar —dijo, con una mano en el cuello. Miró a un lado y a otro—. Si quieres podemos sentarnos y hablar…

—Sí, estaría bien —asintió Connor. Echó un vistazo rápido a la cafetería, asegurándose de que su compañera podría atender al par de clientes que había.

Connor los guio a una mesa circular en la esquina del fondo, a la izquierda. Jay se sentó junto a él, con Ayla a su otro lado, dejando a Caedra frente a Jay y a la derecha de Connor.

—Para empezar, ¿por qué no me presentas a tus amigas? —propuso Connor, mirando primero a Caedra y luego a Ayla. Arqueó una ceja al ver sus vestimentas casi idénticas—. ¿Son hermanas? —Aunque no se parecían en nada.

—No, eh… —Jay se aclaró la garganta—. Esta es Ayla, y ella es Caedra. No hablan inglés, así que…

—Ah, vaya —se lamentó Connor. Ayla sonrió y lo saludó con un suave movimiento de su mano. Connor sonrió también, enternecido con el gesto, y en sus mejillas se marcaron los hoyuelos que Jay recordaba a la perfección—. En cualquier caso, encantado de conoceros, yo soy Connor.

Caedra lo miró con ojos de hielo. Connor tuvo un escalofrío, nervioso por el aire depredador que rodeaba a la joven mujer. Se sentía como una liebre observada por un ave rapaz. La cicatriz que marcaba su rostro contribuía a ese aspecto intimidante.

—Pues… —Jay se rascó la mejilla. ¿Por dónde empezaba?—. Supongo que lo primero que debería dejar claro, Connor, es que si no me he comunicado contigo en todo este tiempo es porque no me ha sido posible, créeme.

A pesar de lo inconveniente del reencuentro, Jay había echado mucho de menos a su mejor amigo, una pieza fundamental de su antiguo hogar. Solo quedaba ver cómo le explicaba todo.

—¿Por qué no has podido? —quiso saber Connor. Se recostó en la silla, cruzó los brazos y entrecerró los ojos. Pasada la emoción del reencuentro, venían las preguntas.

Jay apoyó los codos en la mesa y hundió el rostro en las palmas de las manos, frustrado.

—No me creerías —dijo con la voz distorsionada por la postura. Se irguió de nuevo y frunció el ceño—. Es… complicado.

Connor se encogió de hombros.

—Ponme a prueba.

—Pues… he estado en otro mundo luchando para no ser asesinado por un emperador que me odia y buscando la forma de derrotarlo para que desaparezca —resumió Jay, clavando los ojos en los de su antiguo amigo.

Connor mantuvo el contacto visual durante un par de segundos, procesando la información. Finalmente, echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajada limpia.

Jay gruñó y se llevó una mano a la cara. Estaba claro que esa iba a ser su reacción.

—¡Joder, Jay! —exclamó Connor entre risas. Le dio una palmada en la espalda—. Veo que no has perdido tu gran sentido del humor en todo este tiempo.

—Ya… —masculló él. Suspiró pesadamente. Se inclinó hacia su amigo y, tras escrutar su alrededor para asegurarse de que no había nadie observándolos, le susurró—: Te voy a enseñar una cosa, así que presta atención.

Connor dejó de reír de golpe al escuchar su tono grave. Apretó los labios, pero asintió.

Jay creó una pequeña llama azul en la palma de su mano, discretamente situada bajo el nivel de la mesa. Connor soltó una exclamación y se echó hacia atrás con brusquedad. Las patas de la silla chirriaron y Jay extinguió el fuego de inmediato.

—¿Qué…? —balbuceó Connor, perplejo—. ¿Qué clase de truco ha sido ese?

—No es ningún truco —dijo Jay, muy serio—. Hace unos años descubrí que tengo el poder de controlar el fuego. Yo no nací aquí, en la Tierra, sino en Gea, el otro mundo que he mencionado antes.

Connor se quedó en silencio. Era imposible adivinar lo que pasaba por su mente. Finalmente, se levantó y apretó los puños, los cuales le temblaban.

—¿Te crees que esto es gracioso, Jay? —explotó, y Jay arqueó las cejas, sin esperarse su súbito enfado. Se le habían marcado las venas en las sienes—. He estado durante años pensando en ti, preocupado, sin saber qué te había pasado, guardando la tonta esperanza de que algún día volverías. Hasta que me resigné y acepté que habías desaparecido para siempre. —Connor respiró hondo. Clavó los ojos en Jay con frialdad—. Y, cuando al fin vuelves…, ¿te burlas de mí? ¿Me tomas por tonto?

—¿Qué? —Jay sacudió la cabeza. Se incorporó también—. ¡Claro que no! ¡Te estoy diciendo la verdad!

Connor apretó los dientes. Su cara estaba casi roja de la ira. Extendió el brazo hacia la puerta.

—Largo de aquí. No voy a tolerar que me trates así, Jay.

—Connor… —empezó Jay, haciendo el ademán de poner la mano en el brazo de su amigo.

Connor retrocedió para quedar fuera de su alcance.

—Largo —repitió con dureza. Ignoró el escalofrío que lo recorrió ante la gélida mirada de Caedra, que, aunque no comprendía sus palabras, no le gustaba en absoluto que utilizara ese tono con Jay.

Jay hizo una mueca. No era así como se había esperado que fuera el reencuentro con Connor, pero realmente no se le ocurría ninguna forma mejor de explicarlo, no en medio de una cafetería. El par de clientes y la camarera ahora los observaban sin mucho disimulo.

Connor era obstinado. Tendría que marcharse y volver a intentarlo en otro momento. Aunque no había querido contactar con él para evitar una situación así, había sucedido. Y tenía que intentar arreglarlo.

—Nos vamos —dijo Jay con sequedad, desviando su atención hacia Ayla y Caedra.

Ellas se levantaron sin cuestionarlo. No habían entendido nada de la conversación, pero, por las reacciones de los chicos, era evidente que no había terminado muy bien.

***

Estaba anocheciendo y se habían refugiado en casa. Jay y Hadriel estaban ocupados en preparar la cena, como de costumbre. Ayla permanecía junto a ellos, interesada en aprender, y Jay le iba enseñando encantado.

—Ha sido un encuentro bastante desafortunado —comentó Hadriel. Jay acababa de terminar de relatar lo sucedido esa mañana—. Pero no te preocupes, Jay. Estoy convencido de que encontrarás la manera de solucionarlo y de hacer que Connor te crea, aunque…

—Aunque ¿qué? —quiso saber Jay al ver que su padre se quedaba callado.

Hadriel cerró la tapa de la olla y se giró hacia su hijo con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de que quieres involucrar a Connor en esto?

Jay dejó de cortar pimiento y hundió los hombros.

—Yo… No lo sé, papá —admitió en voz baja. Ayla aprovechó para coger el cuchillo y seguir troceando las verduras. Jay la observó de reojo y se le escapó una pequeña sonrisa. La borró antes de continuar—: Mi intención era no contarle nada, pero al encontrarme inesperadamente hoy con él… Realmente no hay ninguna explicación lógica para que haya estado años sin dar señales de vida, ¿sabes?

Caedra apareció en la cocina. Acababa de ducharse y todavía tenía el pelo un poco húmedo. Se había puesto ya el pijama. Como esta vez iban a pasar una temporada en la Tierra, Jay había comprado pijamas para Caedra y Ayla. Ayla estaba encantada con su pijama blanco y azul de pingüinos, y Caedra no se había quejado de su pijama rosa y rojo.

Las dos chicas compartían la habitación de invitados, a la que habían añadido otra cama. Ayla ya había decorado su mitad con varios artículos, pero Caedra solo había colgado la foto que tenía con Jay de la vez que habían visitado el centro comercial. La zeafírea se había llevado una alegría considerable cuando Jay había sido capaz de rescatar la foto de la nube y enseguida la

habían imprimido de nuevo.

—¿De qué habláis? —inquirió Caedra, curiosa. Se sentó a la mesa de la cocina tras estirar brevemente las alas.

—Sobre Connor —contestó Jay con amargura.

Caedra esbozó una sonrisa divertida. Jay arqueó una ceja, confuso.

—Me ha recordado bastante a ti cuando nos conocimos —explicó Caedra—. No he entendido sus palabras, pero su reacción de cabreo, desde luego, ha sido idéntica.

Jay gruñó.

—Sí, Cai, muy graciosa.

—No he dicho que sea gracioso —se defendió ella.

—A mí me ha sorprendido que nos haya echado —murmuró Ayla. Terminó de cortar las verduras y deslizó la tabla de madera hacia Hadriel, que levantó la tapa de la olla para echar los trozos en su interior—. Parecía muy contento de verte, Jay.

—Ya… —Jay suspiró con tristeza y se llevó una mano al cuello—. Lo que pasa es que lo he estropeado, Ayla.

—Pero ¿por qué no te cree? —quiso saber ella, ladeando la cabeza—. Te ha visto creando fuego.

Hadriel arqueó una ceja y miró a Jay. Él alzó las palmas de las manos.

—Tranquilo, papá, me he asegurado de que no podía vernos nadie —dijo Jay para sosegarlo—. Y respecto a por qué no me ha creído… No sé. Connor estaba convencido de que era un truco.

—Su reacción es lógica —habló Hadriel. Apoyó la espalda en el frigorífico y cruzó los brazos —. Para la gente de la Tierra, no solo es que Gea no exista; poder controlar los elementos de la naturaleza es algo reservado para sus libros y películas de fantasía. No lo ven como algo real y posible. Se fuerzan a buscar una explicación que se ajuste a lo que conocen.

Jay abrió la boca para decir algo, pero en ese momento sonó el timbre de la entrada. Los cuatro se miraron entre sí, confusos. ¿Quién llamaba a esas horas de la noche?

—Voy a ver quién es —les comunicó Hadriel y fue hacia la puerta. Jay lo siguió, pues tenía un ligero presentimiento.

Cuando Hadriel abrió la puerta y vio a Connor, sus sospechas se confirmaron. Su amigo ahora vestía una chaqueta y unos vaqueros. Tenía las manos en los bolsillos y alzó la vista para mirarlos.

—Hola, Jay… William —añadió Connor al divisar a Hadriel, pues él no sabía que su verdadero nombre no era «William»—. ¿Podríamos… hablar un momento?

Hadriel sonrió y se echó a un lado.

—Claro, Connor, pasa. ¿Te apetece cenar con nosotros?

Connor dudó un poco antes de responder:

—Sí, gracias.

Hadriel cerró la puerta y los tres se dirigieron a la cocina en un silencio incómodo; cualquiera diría que eran completos desconocidos. Jay no sabía qué decir, y Connor tampoco, pero Connor se quedó todavía más cortado al toparse con Ayla y Caedra, esta vez con sus cuernos y alas al descubierto.

—¿Qué…? —balbuceó Connor. Sacudió la cabeza—. Son… ¿de verdad?

Jay adivinó con facilidad a qué se refería. Rio con suavidad, incapaz de evitarlo. Caedra tenía razón: era como verse a sí mismo cuando descubrió la existencia de Gea.

—Sí. Espera un momento, ahora vuelvo.

Jay se marchó corriendo y subió por las escaleras a su habitación. Connor se sentó frente a Caedra, inquieto. Ella continuaba observándolo con esa mirada rapaz y, esta vez, se fijó en que sus ojos eran amarillos, un color que no había visto nunca en un humano. Vio mejor, también, la cicatriz que recorría la mitad izquierda del rostro de la chica.

—La cena tardará un poco todavía —dijo Hadriel, volviendo a apoyarse en el frigorífico. Ayla estaba junto a la olla, sin querer perderse ninguna parte del proceso—. Pero así tendremos tiempo para charlar.

Connor se aclaró la garganta.

—Entonces… ¿Es cierto lo que me contó Jay?

Hadriel sonrió con suavidad.

—¿Qué te contó exactamente?

—Que estos años habéis estado en otro mundo… En… ¿Gea? Y que puede controlar el fuego.

—Sí, es cierto —respondió Hadriel con sencillez. Se acercó a él para poner una mano en su hombro—. Intentaremos explicártelo con claridad para que puedas creernos.

—Ya estoy —anunció Jay, irrumpiendo en la cocina con urgencia, como si se hubiera temido que Connor fuera a marcharse en los segundos que se había ausentado. Le tendió un pequeño medallón dorado a su amigo—. Toma, ponte esto.

Caedra tensó la espalda al verlo.

—Buena idea, Jay —asintió Hadriel—. Así podrá entenderse con Caedra y Ayla.

Connor observó las curiosas runas inscritas en el medallón. Se lo puso y esperó, sin entender para qué servía.

—¿Te has traído el medallón del general Resslor? —se sorprendió Caedra, dirigiéndose a Jay. Las plumas de sus alas se habían crispado.

Una de las runas del medallón se iluminó y Connor dio un respingo al escucharla. La había entendido a la perfección…, pero no había hablado en inglés.

—Me traje los dos amuletos, sí. Pensé que a lo mejor nos venían bien en alguna ocasión —se defendió Jay—. Y así ha sido.

—Ese amuleto te permitirá entender y hablar el auralio —explicó Hadriel—. El idioma que se

habla en la mayor parte de Gea.

—Pero ¿cómo? —balbuceó Connor, perplejo. Posó una mano en el medallón al reconocer que él mismo había hablado en una lengua diferente al inglés.

—¿Puedes entendernos? —inquirió Ayla con una sonrisa. Su calidez contribuyó a rebajar el nerviosismo de Connor.

—Eso parece —murmuró él. Giró la cabeza hacia su amigo—. Jay… Quería disculparme por mi actitud esta mañana. No fue como hubiera querido nuestro reencuentro después de tanto tiempo.

Jay rio, esta vez con alegría. Se sentó junto a su amigo y puso la mano en su espalda.

—No te preocupes, Connor, en serio. ¿Cómo te crees que reaccioné yo cuando me enteré de todo esto hace años?

Caedra resopló.
—Fue todo un espectáculo.

Jay le dio una ligera patada por debajo de la mesa, indignado. Caedra se la devolvió con una sonrisa divertida.

Connor observó su interacción.

—Está bien… Entonces, ¿quiénes son ellas? —inquirió, curioso.

—Caedra fue quien vino a buscarnos hace años para volver a Gea —explicó Jay—. Así que lleva desde entonces con nosotros. Es una zeafírea, una de las cinco grandes razas de Gea.

—Eso explica las alas y los cuernos —murmuró Connor. Señaló a Ayla con el pulgar—. ¿Ella también es una zeafírea?

—Ayla es mestiza de humano y zeafíreo —contestó Jay con sencillez—. A ella la conocimos hace unos meses y se ha unido a nuestro bando.

—¿Bando? —repitió Connor, perplejo. Recordó las palabras de Jay de esa mañana—. ¿Es cierto que tenéis que matar a un emperador?

Jay dibujó una mueca en su rostro.

—Me temo que sí.

—Jay es el único que puede arrebatarle el trono —habló Caedra—. Jay y su hermano mayor, Kendrij, crecieron como hijos del emperador de Gaelar.

—¿Cómo? —Connor miró a Hadriel—. ¿No es William tu padre?

Hadriel sonrió.

—Mi verdadero nombre es Hadriel. Y sí, Jay es mi hijo. Pero durante mucho tiempo pensamos que era hijo del emperador.
Connor arqueó las cejas, procesando la nueva información y asegurándose de memorizar el nombre.

—¿Tú también tienes poderes? —le preguntó a Hadriel.

Por toda respuesta, cinco platos empezaron a flotar en el aire y se situaron en la mesa. Connor palideció.

—El emperador asesinó a mi hermano —dijo Jay, sabiendo que a Caedra no le gustaría relatar esa parte. La vio encogerse por el rabillo del ojo—. Y habría hecho lo mismo conmigo de no ser porque mi madre fingió mi muerte y escapé a la Tierra con mi padre.

—Pero a ojos de la gente de Gaelar, Jay sigue siendo un príncipe, porque el emperador jamás admitirá que su esposa le fue infiel —comentó Caedra. Se cruzó de brazos—. Por tanto, estamos en una situación en la que el emperador quiere matar a Jay para que este no lo mate a él. Y nosotros queremos matar al emperador para que no mate a Jay… Y para que su cruel reinado llegue a su fin. Gaelar está sufriendo bajo su imperio.

—Ya… veo —murmuró Connor, con la vista clavada en el plato que ahora había delante de él —. La verdad es que… jamás habría imaginado que algo así fuera la causa por la que desapareciste durante tantos años, Jay.

Jay resopló.

—Me pregunto por qué —dijo con ironía.

Capítulo 2: Sentimientos

Siguieron conversando durante la cena, en la que no hubo un solo minuto de silencio. Estuvieron hasta bien entrada la madrugada relatando todo con detalle a Connor. Jay incluso se lo llevó al sótano para enseñarle, con discreción, su control sobre el fuego.

Como se hizo tan tarde, Connor se quedó a dormir con ellos en el sofá del salón. Al levantarse y encontrarse a Connor en la cocina, Jay se sintió como si fueran de nuevo niños pequeños. Casi todos los fines de semana iban a dormir juntos a la casa de uno o de otro.

Jay se había sorprendido cuando Connor insistió en ayudarlos en todo lo que pudiera. Había estado seguro de que lograría convencer a Connor de que todo era real una vez tuviera la oportunidad de explicárselo y demostrarlo, pero no tenía tan claro si su amigo lo aceptaría o si preferiría cortar todo contacto con él. Se alegraba de que Connor quisiera permanecer a su lado.

—Qué curioso que hayas acabado viviendo aquí de nuevo —iba comentando Jay mientras caminaba por la calle con Connor—. Con lo mal que lo pasamos cuando tus padres decidieron mudarse…

Connor sonrió, nostálgico.

—Sí, venía a verte siempre que podía. Al final me matriculé en la universidad aquí y decidí que lo más cómodo sería vivir de nuevo aquí también. Así que busqué trabajo… —Se encogió de hombros—. No gano mucho, pero me da para pagar el alquiler y todos mis gastos.

—Nunca me comentaste nada de venir a estudiar aquí.

Era mediodía y las calles estaban bastante tranquilas. Soplaba un viento frío que no invitaba a salir.

—Recuerda que estuve un año entero sin saber qué estudiar —respondió Connor. Bajó la mirada al suelo gris—. Y luego tú te marchaste… Así que nunca pude contarte nada al respecto.

Jay se quedó en silencio, incómodo. Guardó las manos en los bolsillos de la chaqueta y alzó la vista al cielo nublado.

Se le hacía raro caminar sin su espada colgada del cinto. Se defendería con su fuego de ser necesario; un arma llamaría demasiado la atención. Caedra estaba muy contenta porque podía llevar los abanicos a todas partes sin que estos fueran vistos, algo que no habría sido posible con su lanza.

Caedra había acompañado a Hadriel a una de las bibliotecas de la ciudad. Era el día en el que comenzaban a visitar todas las bibliotecas que estuvieran a su alcance para comprobar si Mhunn había dejado algún otro libro escrito.

Ayla se había quedado en casa con libros para aprender inglés y viendo la televisión. Quería conocer más el idioma y así estaría entretenida.

Jay había mencionado que estaba buscando trabajo para pagar los gastos durante su estancia en la Tierra. Connor enseguida había propuesto que trabajara con él. Se acercaba la campaña de Navidad y no estaban sobrados de personal en la cafetería, pues justo acababan de irse dos

compañeras suyas.

Por eso, estaban de camino hacia el lugar de trabajo de Connor. Su turno empezaba dos horas más tarde ese día, pero querían ir con tiempo para hablar con la encargada.

—La verdad es que ayer me quedé con ganas de preguntarte un montón de cosas —dijo Connor para romper el silencio.
Jay lo miró de reojo.

—Ya, hay tanto de lo que hablar que dudo que nos quedemos sin temas de conversación durante una buena temporada —bromeó.

Connor rio por lo bajo.

—Cierto.

—¿Y qué querías preguntarme?

Tenían todavía un pequeño recorrido hasta la cafetería, por lo que sería una buena forma de pasar el tiempo.

—Bueno, por ejemplo… —Connor se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. ¿Qué poderes tienen Caedra y Ayla?

—Caedra controla el viento y está aprendiendo a manejar también la electricidad —respondió Jay con sencillez—. Y Ayla es un caso especial. Es la única persona que conocemos que tiene el poder de la luz, también tiene poder sobre el agua y… puede recibir visiones.

—¿Visiones? —repitió Connor, ladeando la cabeza hacia Jay y arqueando las cejas.

Jay asintió.

—No las controla muy bien todavía, pero nos han sido muy útiles en alguna que otra ocasión para evitar ataques de enemigos.

—Es increíble —murmuró Connor, mirando de nuevo al frente—. Todavía me da la sensación de que estoy en una especie de sueño.

—Terminarás por acostumbrarte, créeme —le aseguró Jay entre risas.

—Ya… Oye, ¿le caigo mal a Caedra? —preguntó Connor de repente.
Jay se puso serio y frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—No sé… Ayer no dejaba de mirarme de esa forma tan… ¿intimidante? —No estaba seguro de cómo describirlo—. ¿Acaso le has hablado mal de mí? —añadió, solo medio en broma.

Jay soltó una pequeña carcajada. Posó la mano en el hombro de su amigo.

—Claro que no, Connor. Siempre que le he hablado de ti ha sido para contarle cosas buenas. —Sonrió—. No te preocupes por Cai, suele ser así con los desconocidos. Estoy convencido de que en un par de días se relajará contigo; te aseguro que es encantadora.

Connor lo observó de reojo.

—¿Es tu novia?

Jay se apartó de golpe. Se le aceleró el corazón.

—¿Qué? —fue todo lo que logró decir. Sacudió la cabeza—. ¿Qué te ha dado esa idea?

Connor alzó las palmas de las manos.

—Nada, nada, lo decía por cómo has hablado de ella y por cómo os vi ayer… Solo era una pregunta —replicó él, divertido por la reacción de su amigo—. Aunque viendo cómo te has puesto a la defensiva… ¿Te gusta de esa manera o algo?

Jay notaba arder las mejillas.

—No hagas preguntas estúpidas —masculló y aceleró el paso.

Connor rio. Corrió para alcanzarlo y dejó caer una mano en su hombro para que no se escapara de nuevo.

—¿Qué hay de malo en preguntarlo? ¿Debería tomarme eso como un sí?

Jay suspiró profundamente, forzándose a calmar su alterado ritmo cardíaco. Miró a su amigo y esbozó una pequeña sonrisa.

—Llevamos años sin vernos y enseguida has logrado picarme con ese tema. No cambias.

—Es divertido la vergüenza que te da hablar de ello —se defendió Connor—. Recuerdo lo mucho que te costó pedirle salir a Jennifer.

Jay torció el gesto. Jennifer. Su exnovia. Llevaba años sin pensar en ella. Con lo difícil que había sido la despedida…

Esperaba no encontrársela a ella también.

—La verdad es que nunca lo había pensado con detenimiento —murmuró Jay. Connor tuvo que esforzarse para escucharlo por encima del ruido del tráfico—. Conozco a Caedra desde hace años, pero siempre he estado tan centrado en entrenar para volverme más fuerte y en sobrevivir a todos los peligros de Gea, incluidos los asesinos del emperador… —Dibujó una mueca en su rostro—. Supongo que en nuestras circunstancias es difícil encontrar hueco para pararse a pensar en ese tipo de sentimientos. Lo que sí tengo claro es que Caedra es muy importante para mí. Ha estado a mi lado desde el principio.

Connor se llevó una mano al pecho y fingió estar ofendido.

—Vaya, Jay, ¿y yo qué?

Jay le dio un suave puñetazo en el hombro y rio.

—No seas tonto, Connor, sabes a qué me refiero.

—Sí, tranquilo —asintió Connor con una sonrisa—. Me alegro de que hayas tenido a alguien para acompañarte durante estos años.

—No puedo quejarme, nunca he estado solo. Siempre he tenido a mi padre y a Cai, y ahora también tengo a Ayla, a Tarvo, a Valikia… —Jay sonrió también—. Espero que algún día los conozcas a todos.

—Por ahora me conformaré con saber que estás bien —dijo Connor y se puso serio de nuevo—. De todos modos, Jay, te recomiendo que aproveches ahora que estás en la Tierra para plantearte ese tipo de cosas.

—¿Qué cosas? —Jay ladeó la cabeza, confuso.

—Tus sentimientos. Todo lo que me has contado me ha hecho ver que, efectivamente, has estado en un peligro constante durante estos años, con momentos realmente críticos —empezó Connor. Se detuvo y se giró hacia él. Jay también se paró—. Lo que quiero decir es que, si sientes algo por Caedra, o por quien sea, no debes tardar en decírselo. Nunca sabes qué puede pasar.

Jay miró fijamente a Connor y parpadeó varias veces, perplejo. Sopló una fuerte corriente de aire que revolvió todo su pelo.

Siempre había pensado que lo que sentía por Jennifer era algo tan intenso que solo podía tratarse de amor. Pero, a pesar de lo que le había costado dejarla, se había olvidado pronto de ella una vez que estuvo en Gea. Jennifer había sido su primera pareja, por lo que no tenía mucho más con lo que hacer comparaciones.

Sabía que se vendría abajo por completo si perdía a Caedra; no era capaz de imaginar la vida sin ella. En cambio, eso era algo que no había pasado con Jennifer. Y últimamente cuando miraba a Caedra su corazón se aceleraba si ella le sonreía…

Siempre se preocupaba por Caedra. Pero también se preocupaba, por ejemplo, por Ayla. Quería que ambas estuvieran contentas… ¿No quería uno eso para todos sus amigos?

Y era precisamente por esto que nunca había querido darle demasiadas vueltas. Sus sentimientos eran muy confusos. ¿Y qué sucedería si se animaba a descifrarlos? ¿Acaso existía la posibilidad de que Caedra lo viera a él de la misma manera?

Finalmente, se forzó a reír.

—¿Desde cuándo eres filósofo, Connor? —bromeó y echó a andar de nuevo.

Connor puso los ojos en blanco y fue con él.

—Perdón por intentar ayudarte en algo —dijo con ironía—. Solo quería que te lo plantearas. Te sigo considerando mi mejor amigo y me preocupo por ti.

—¿Quién ha dicho que tenga que estar enamorado de alguien? —replicó Jay, encorvado y sin mirarlo. Aunque no lo expresara, agradecía las palabras de Connor. El problema era que ahora una desagradable presión se había asentado en su pecho. Le daba miedo la conclusión a la que llegaría si continuaba reflexionando.

—Tío, que lo decía solo por si acaso —insistió él—. Así que deja de actuar como un perrito abandonado.

Jay gruñó y se irguió.

—Vale, vale, pensaré en ello… Es solo que es muy confuso.

—Bueno, cuando quieras, puedes contármelo —dijo Connor mientras subía el cuello de su chaqueta junto con la cremallera. Cada día refrescaba más—. Seré todo oídos, como cuando te

lamentabas sobre si le gustarías tú también a Jennifer o no. Parecías un crío de doce años.

Jay le dio otro puñetazo, pero ambos rieron. Jay miró a su amigo de soslayo y esbozó una pícara sonrisa.

—Ya, Connor, ¿y qué hay de ti? ¿Nada que contarme?

Connor arrugó la frente.

—Ha habido un par de chicas, pero nada duradero. Así que si tú no quieres ni a Caedra ni a Ayla, puedo intentarlo yo… —Calló abruptamente al notar la mirada de Jay taladrándolo. Soltó una carcajada y cruzó los brazos detrás de la cabeza con aire inocente—. Vale, vale, entendido. No sabía que fueras tan acaparador, Jay, pero si quieres estar con dos chicas a la vez, no seré yo quien te frene —bromeó.

Jay gruñó.

—Sabes que no es eso, Connor. Pero… No sé. Necesito tiempo para pensarlo con más detenimiento.

—Es normal, en tu situación. Por eso te decía que me parecía buen momento para ello ahora que estás en la Tierra —dijo Connor en tono conciliador. Todavía se le hacía raro hablar de «la Tierra» al haberse enterado de que había otros mundos. Se detuvo y alzó la vista—. En cualquier caso, tendremos que continuar esta conversación en otro momento.

Jay siguió la dirección de su mirada y se fijó en que habían llegado a la cafetería. Había estado tan centrado en aquel asunto que no se había dado cuenta de por dónde iban.

***

Jay estaba satisfecho. Connor había tenido razón; en la cafetería necesitaban urgentemente personal para afrontar la campaña navideña y a la encargada le había faltado poco para darle las gracias por aparecer. Empezaría a trabajar el día siguiente. Esperaba que la mayoría de sus turnos coincidieran con los de Connor.

Estaba ya regresando a casa. Su amigo se había quedado trabajando.

Jay se preguntó cómo les estaría yendo a Hadriel y a Caedra en su primera visita a la biblioteca. Sabía que la probabilidad de encontrar rápido lo que buscaban era baja, y no iba a quejarse. Respiró hondo el aire de la Tierra y sonrió. Enseguida se sintió culpable, sin embargo, y recuperó la seriedad. No podía relajarse, no con el resto de sus amigos en Gea luchando por su causa. Tenían que volver cuanto antes.

Decidió que iría a por Ayla y los dos se dirigirían a la biblioteca a ayudar a Hadriel y a Caedra. Si no recordaba mal, ese día iban a empezar por la que tenían más cerca, a apenas un par de calles de distancia, por lo que no habría problema para encontrarlos.

Abrió la puerta de casa y escuchó el ruido de la televisión en el salón. Se asomó y divisó a Ayla sentada en el sofá, inclinada hacia la pantalla y repitiendo por lo bajo las palabras que escuchaba.

—¿Cómo lo llevas, Ayla? —le dijo Jay como saludo. Dejó en el suelo la bolsa en la que iba su nuevo uniforme de trabajo.

Ella dio un respingo. Había estado centrada por completo en el programa.

—Hola, Jay —respondió ella tras llevarse una mano al pecho.

Jay se quitó la chaqueta y se sentó a su lado.

—¿Qué estás viendo? —inquirió él, curioso.

—No lo sé —murmuró Ayla. Su corazón se aceleró ante la proximidad del chico y se obligó a actuar con naturalidad. Sonrió—. Es una de esas películas que decías.

—Sí, pero me temo que hay miles de pelis —replicó Jay con una pequeña carcajada. Cogió el mando y presionó un botón para ver la información de la cadena—. No la conozco. ¿De qué va?

—No entiendo casi nada de lo que dicen, pero parece sobre unas chicas practicando para una competición… ¿de baile? —respondió ella. Arrugó la nariz, como si no fuera algo verosímil.

Jay rio con suavidad.

—Sí, en la Tierra los pasatiempos son muy diferentes a los que hay en Gea. Ten en cuenta que aquí la mayor parte del mundo no está en guerra; no queda otra que entretenerse con cosas de ese tipo.

La película fue interrumpida por anuncios. Jay vio un videojuego cuyo lanzamiento era a finales de esa misma semana y frunció el ceño. No le sonaba de nada. Con lo puesto que había estado él en ese tema antes de irse a Gea… Habían pasado años desde entonces.

Le preguntaría a Connor. Estaba convencido de que su amigo seguiría al día en todo.

—¿Y qué otras actividades lleváis a cabo? —quiso saber Ayla. Estaba claro que la competición de bailes urbanos no le había llamado la atención.

—Pues… —Jay se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Jugar a los bolos, ir al cine, salir de compras…

Ayla solo entendió esto último. Aun así, lo segundo le sonaba familiar.

—¿«Cine» era el sitio al que uno va para ver películas en una pantalla grande? —preguntó, ladeando la cabeza hacia él.

Jay asintió.

—Efectivamente. ¿Cómo te acuerdas? —Lo había mencionado una vez y hacía varios días ya.

Ayla se encogió de hombros. Jay rio para sus adentros al ver este gesto. Era uno de los que más le había costado a la chica realizar.

—¿Podremos ir en algún momento?

La pregunta de Ayla pilló a Jay por sorpresa. Frunció el ceño. Habían ido a la Tierra para buscar información sobre el paradero de Mhunn y el cuerpo de Alastair, pero eso no quería decir que no pudieran hacer otras actividades mientras tanto.

—Claro —acabó por contestar Jay. Sintió una agradable calidez en el pecho al ver que el rostro de Ayla se iluminaba—. ¿Qué tipo de película te gustaría ver?

Extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón. También le había sorprendido lo mucho que habían cambiado los modelos de teléfonos en apenas unos años; él todavía seguía con su móvil de antes de ir a Gea. Había permanecido todo ese tiempo en el coche que habían abandonado cerca del

portal.

—Me gustaría alguna película en la que haya acción y se muestre cómo lucháis en este mundo, tengo curiosidad —pidió Ayla.

Jay resopló.

—Eso se resume en «pistolas», básicamente… —Asintió para sí—. Está bien, entonces miraré a ver si hay algún *thriller* que se desarrolle en la actualidad.

Le mandó un mensaje a su padre con la propuesta de ir al cine esa noche, pues a esas horas ya habría cerrado la biblioteca y no tendrían ninguna forma de aprovechar el tiempo para su búsqueda, por lo que sería un buen momento. Tras pensarlo un par de segundos, se lo dijo también a Connor.

Fue a la página web del Evaria Square, el centro comercial en las afueras de la ciudad, para echar un vistazo a la cartelera. Arqueó las cejas al ver la lista. En su ausencia en la Tierra ya habían salido otras dos películas de su saga favorita de acción. El fin de semana anterior se había estrenado la más reciente de todas, por lo que enseguida tuvo clara su elección.

***

Hadriel había preferido quedarse en casa para descansar. Caedra estuvo a punto de hacer lo mismo, pero Jay había suplicado y suplicado hasta que la convenció.

Por tanto, Jay, Ayla, Caedra y Connor se encontraban de camino al centro comercial. Iban en el coche de este último, con Jay de copiloto y las chicas atrás.

—No sabía que te habías comprado un coche —dijo Jay al poco de subir. Connor les había recogido en casa—. De hecho, cuando yo me fui ni siquiera te habías sacado el carnet de conducir.

Connor se encogió de hombros.

—Decidí que me vendría muy bien para ir a la universidad.

—Todavía no logro comprender los mecanismos de un coche —comentó Caedra, que iba mirando por la ventanilla, cruzada de brazos—. ¿Seguro que no lo movéis con la mente?

Jay y Connor rieron.

—Es extraño ver a alguien en la posición opuesta a la mía —dijo Connor.

—No, los coches no se mueven con la mente. Son vehículos automóviles que funcionan mediante un sistema compuesto por un motor, un… —empezó a recitar Ayla.

—Ayla, me estás asustando —la interrumpió Jay, solo medio en broma. Se giró de cintura para arriba y la miró desde el asiento de delante—. ¿Cómo te aprendes esas cosas tan rápido?

—Eso mismo digo yo —lo apoyó Caedra con un asentimiento de cabeza.

Ayla calló, ahora roja como un tomate al notar toda la atención puesta sobre ella.

—Yo… —balbuceó—. Me gusta conocer todo tipo de información.

Tiró de su gorro de orejas de gato hacia abajo (le habían dado uno igual al de Caedra porque a

Ayla le había gustado) y giró la cabeza para mirar por la ventanilla. Jay rio con suavidad.

Dejaron el coche en el aparcamiento subterráneo del centro comercial y subieron por las escaleras mecánicas. Era la segunda vez que Caedra visitaba aquel lugar y le seguía pareciendo igual de fascinante que la primera.

—Hay una cantidad de gente inmensa —murmuró Ayla, asombrada. Contemplaba todo con la boca abierta, con la ilusión de una niña pequeña.

—Los centros comerciales son muy populares —dijo Connor.

—Están así casi siempre —añadió Jay.

Fueron directos al cine, donde se encontraron con una cola bastante larga para las taquillas. Afortunadamente, Jay había comprado las entradas *online*, por lo que accedieron sin esperas.

Jay se sentó entre Connor y Ayla, con Caedra al otro lado de esta. La zeafírea entornó los ojos cuando apagaron las luces de la sala.

—¿Por qué hacen eso? —quiso saber.

—¿El qué? —inquirió Jay, confuso.

—Apagar las luces. Se va a ver mal.

Connor contuvo la risa a duras penas y se tuvo que llevar la mano a la boca. Jay le dio un codazo.

Sorprendentemente, fue Ayla la que se adelantó y respondió primero:

—Lo hacen porque en realidad así la pantalla se ve mejor; su brillo contrasta con la oscuridad de la sala.

—Ya veo —aceptó Caedra y relajó su expresión—. Gracias, Ayla.

Ayla sonrió, contenta por haber sido de ayuda. Observó a Caedra de reojo mientras pasaban los anuncios. La zeafírea tenía sus ojos amarillos fijos sobre la pantalla.

Le había costado ganarse la amistad de Caedra. Todavía no sabía con total seguridad qué pensaba Caedra de ella, aunque tampoco se atrevía a preguntarle. Continuaba teniendo cierto miedo de que Caedra la odiara por haber sido la causante indirecta de que sus alas terminaran rotas, al ser la que los empujó al portal que llevaba a Titaia. Sin embargo, la zeafírea se había ido abriendo a ella poco a poco y ahora la trataba como alguien más del grupo.

Aun así, Ayla no estaba satisfecha del todo. Caedra había empezado a enseñarle a usar la lanza cuando todavía estaban en Gea e incluso le había dado varios trucos para maniobrar en el aire, aunque ella no podía hacer demostraciones por el estado de sus alas. Era a quien Ayla acudía para preguntar cualquier duda que le diera vergüenza que supiera Jay, y, cuando Caedra se había dado cuenta de que Ayla desconocía cómo cuidar correctamente las plumas de sus alas, enseguida se había encargado de ayudarla a lavarlas y de explicarle cómo tratarlas.

Ayla estaba empezando a ver a Caedra como una especie de hermana mayor, y no sabía si la zeafírea compartía el sentimiento. Pero no tenía muy claro cómo decírselo. Disfrutaba mucho cada vez que Caedra la felicitaba por un ejercicio bien realizado con la lanza.

Era otra de las razones por las que se había aplicado tanto en aprender todo lo posible sobre la Tierra. Le gustaba resolver cualquier duda que tuviera Caedra y se sentía muy bien cuando la ayudaba aunque fuera en aspectos tan nimios.

Caedra, por su parte, notaba la mirada de Ayla sobre ella, aunque optó por fingir que no se daba cuenta. Veía a la chica observándola muy a menudo, y no sabía a qué se debía.

«Tienes una admiradora secreta», se mofó Alastair.

«Seguro —replicó Caedra, sarcástica. Se recostó en la butaca—. ¿Cómo no se duerme la gente en asientos de este tipo? Son demasiado blandos».

«Imagino que no esperarás que te responda».
Caedra puso los ojos en blanco.

«No contaba con ello».

***

Con Ayla observando constantemente a Caedra, Jay pendiente de lo que tenía a Ayla tan inquieta, y Connor curioso por las miradas de Jay a las chicas, la única que prestó toda su atención a la película fue Caedra.

Al salir a la plaza del centro comercial ya era de noche. Las luces repartidas por todo el recinto aportaban calidez al ambiente, y Ayla sonrió al verlas. El agua que había en la fuente del centro iba cambiando de color con cada movimiento.

—No lo entiendo —dijo Caedra y se detuvo, con el ceño fruncido.

Jay giró la cabeza para mirarla. Los demás también pararon.

—¿Qué no entiendes, Cai?

—En la película, cuando han puesto ese artefacto que explota…

—La bomba —la ayudó Ayla mientras ajustaba la bufanda.

Caedra asintió.

—Sí, la bomba. ¿En serio hay gente que ha muerto solo para esta película?

Connor estalló en carcajadas, recibiendo las miradas de la gente que pasaba a su alrededor. A Jay también se le escapó la risa. Ayla, en cambio, compartía la preocupación de Caedra.

—Sí, es un poco triste que tengan que morir solo para que nosotros nos entretengamos… —murmuró Ayla, entrelazando los dedos de las manos y mirando al suelo.
—Cai, Ayla —dijo Jay como pudo entre carcajadas. Puso una mano en el hombro de Caedra y la otra en el de Ayla—. No es real. Es algo hecho con efectos especiales.

—¿Efectos especiales? —repitió Caedra, confusa.

Ayla supo sobre qué iba a investigar al día siguiente si tenía tiempo.

—Es algo creado a través de un ordenador —explicó Connor, ya más relajado—. Hacen que parezca real, pero no lo es.

—¿Como una ilusión? —inquirió Caedra.

Jay sonrió.

—Algo así. —Guardó las manos en los bolsillos de la chaqueta y echó un vistazo a los restaurantes en la plaza—. ¿Qué os parece si vamos a cenar? Me muero de hambre.

—Para variar —comentó Connor por lo bajo, y se ganó un suave puñetazo en el hombro—. ¿Qué os apetece?

Ayla y Caedra se miraron la una a la otra, sin saber qué decir.

Jay, en cambio, lo tenía claro:

—Pizza. Vamos a ir a la mejor pizzería de la ciudad.

Connor se frotó las manos. Miró a Jay pícaramente.

—¿Competición?

—Competición —sentenció Jay asintiendo con la cabeza.

La confusión de Ayla y Caedra aumentó. La zeafírea, sin embargo, tenía una ligera idea de a qué se referían con esa competición…

Y así fue como, un par de horas más tarde, acabaron de vuelta en casa con Jay y Connor en la cocina y las manos en la tripa, a la espera de que Hadriel preparara unas infusiones.

Caedra se había apoyado junto a la ventana de la cocina, observando el exterior con ojos entornados. Se alegraba de que Jay aprovechara la estancia en la Tierra para relajarse un poco, pero no convenía bajar la guardia. Era extraño que ya llevaran ahí más de una semana sin ningún incidente. Le costaba creer que el emperador no fuera a intentar nada…

Era cierto que le resultaría complicado movilizar sus tropas en la Tierra. Tampoco podía atacarlos provocando un combate abierto en pleno centro de la ciudad.

«Encontrará la forma», dijo Alastair con sequedad.

Caedra estaba segura de ello.

Capítulo 3: Observaciones

Jay estiró los brazos al llegar a la barra. Ya estaba anocheciendo, su turno terminaría pronto y podría irse a casa. No había mucha gente en la cafetería al ser un día de diario.

—Los miércoles son los más aburridos con diferencia.

Jay ladeó la cabeza hacia su compañera, que tenía los codos apoyados en la barra. Era una chica de su edad con una llamativa cabellera roja. Su nombre era Meredith y Jay solía coincidir con ella en el trabajo si no estaba con Connor.

—Lo prefiero a estar como loco de un lado a otro los fines de semana —dijo él.

Meredith sonrió y se inclinó hacia él.

—Este viernes libramos los dos. ¿Qué te parece si damos una vuelta por el centro?

Jay se tensó ante su proximidad, incómodo. Su compañera era atractiva y el generoso escote que llevaba siempre, al dejar sin abrochar varios botones de la camisa del uniforme, atraía las miradas de algunos clientes con frecuencia. A él, sin embargo, no le llamaba la atención.

Solo llevaba trabajando ahí dos semanas, pero el interés de Meredith por él era obvio, porque ella se esforzaba en que así fuera.

—No puedo —dijo Jay, apretando los labios y esperando a que se alejara. Si libraba, tenía que aprovechar para colaborar él también en la búsqueda.

Meredith hizo un mohín y puso los brazos en jarras.

—¿Y eso?

Jay apartó la mirada.

—Tengo que ayudar a mi padre con unas cosas.

Sonó la campana de la puerta para indicar que había entrado alguien. Jay y Meredith se irguieron.

—Son tus amigas —dijo Meredith con cierta sequedad.

Efectivamente, se trataba de Ayla y Caedra. Ayla esbozó una sonrisa de oreja a oreja al divisar a Jay, mientras que Caedra mantuvo una expresión neutra. No era que no se alegrara de ver a Jay, sino que no le gustaba mucho ir a la cafetería. Pero Ayla siempre insistía en que la acompañara cuando iba a visitar a Jay, lo que era a menudo.

Ayla estaba memorizando con rapidez todos los caminos de la ciudad. Caedra también estaba ya más familiarizada, pero no al mismo nivel que su amiga.

Jay enarcó una ceja ante el tono de Meredith. Optó por no decir nada e ir a la mesa en la que se sentaron Ayla y Caedra, junto a la cristalera.

—¿Qué tal hoy, Jay? —le preguntó Ayla de inmediato.

—Bastante tranquilo —respondió él con sencillez—. ¿Y vosotras?

—Nada nuevo —dijo Caedra. Frunció el ceño—. No nos queda mucho para terminar de registrar todos los libros de esta biblioteca.

Y una vez terminaran, tendrían que salir de la ciudad y recorrer los alrededores. Jay entendía que a Caedra no le entusiasmara ir a nuevos lugares desconocidos.

—¿Sabes que Hadriel va a enseñar a conducir a Caedra? —dijo Ayla animadamente. Sus mejillas estaban rosas por el viento frío de la calle.

Al escuchar esto, Jay arqueó las cejas y miró a la zeafírea, incrédulo.

—¿He oído bien?

Caedra gruñó y se cruzó de brazos, con la espalda recta en el respaldo de la silla.

—¿Qué ocurre? Hadriel ha considerado que puede que en algún momento se dé la necesidad de que tenga que coger el coche. Por tanto, prefiere prevenir.

—Ya, Cai, pero no has conducido en tu vida —dijo Jay y rio por lo bajo. Se agachó y pasó un brazo por los hombros de la zeafírea, añadiendo con sorna—: Va a ser un espectáculo. Tengo que estar la primera vez que intentes conducir para ver cómo estrellas el coche.

—Gracias por la confianza, Jay —replicó Caedra, sarcástica.

Jay soltó una carcajada y se irguió. Apoyó las manos en el respaldo de la silla de la zeafírea.

—Imagino que tomaréis lo de siempre. ¿No queréis probar nada nuevo?

Ayla se llevó el dedo índice a los labios, pensativa. Caedra, en cambio, lo tenía claro:

—Yo tomaré el café de siempre, sí.

—Todavía no sé cómo eres capaz de tomar café solo y encima sin azúcar, Cai —dijo Jay con un escalofrío—. ¿Seguro que no quieres que le ponga algo de leche o nata o…?

—No —lo interrumpió Caedra y se le escapó una sonrisa, divertida—. ¿Qué hay de malo en que me guste el café así?

—Es de psicópatas —declaró Jay—. ¿Ayla?

—Yo también lo de siempre, Jay —acabó por decir ella.

—No tenéis remedio —murmuró Jay de buena gana mientras sacudía con suavidad la cabeza.

Se marchó a la barra a prepararlo todo. Meredith acababa de volver tras recoger la cuenta pagada de otros clientes.

—Nunca entiendo nada de lo que habláis —protestó Meredith mientras se dirigía a la caja.

Jay se encogió de hombros.

—Ayla está intentando aprender inglés, pero acaba de empezar.

Jay decía que Caedra y Ayla eran del este de Europa a cualquiera que preguntaba. Eso explicaba que hablaran un idioma diferente y que no conocieran algunos aspectos de la vida en esa ciudad.

—Ya… ¿Y cómo es que han venido a vivir aquí si no hablan inglés?

Jay también tenía respuesta sencilla para eso:

—Solo están de visita. Las conocí de intercambio y desde entonces somos muy amigos.

—¿Solo sois amigos? Pensaba que Caedra era tu novia.

Jay se llevó una mano a la cara. Primero Connor y ahora Meredith. Y su corazón se había acelerado otra vez.

—Eh… No, claro que…

—Siempre estás muy cariñoso con ella cuando viene —lo interrumpió Meredith. Se giró hacia él y se cruzó de brazos.

Jay suspiró con pesadez.

—Somos muy amigos —insistió. Se agachó para extraer la fresa congelada que usaría para el batido de Ayla.

—Si tú lo dices… —murmuró Meredith con una ceja arqueada.

La chica no entendía por qué siempre que le ofrecía quedar a Jay este rechazaba los planes. Nunca antes le había pasado con ningún hombre. Todos caían rendidos a sus pies; no le importaba ser ella la que mostrara interés primero. Siempre había tenido a quien había querido. Pero Jay se estaba resistiendo, aunque, según él, no tenía pareja. ¿Cuál era, entonces, el obstáculo?

Miró a las dos amigas de Jay. Estaban enzarzadas en una conversación, ajenas a lo que sucedía a su alrededor. La que tenía el pelo rubio parecía más pequeña que ella por sus rasgos más aniñados. La que tenía el cabello blanco, en cambio, era claramente mayor, como reflejaban sus facciones afiladas y su aire más maduro.

—¿Cómo es que ella —Señaló a Caedra con el pulgar— tiene el pelo blanco? Tiene que ser un rollo estar decolorándolo y matizándolo todo el rato…

—Es su pelo natural —respondió Jay sin darse cuenta. Se irguió y miró a Meredith por encima del hombro. No se sorprendió al ver sus cejas arqueadas.

—¿Es albina?

—Eh… Sí —asintió Jay, ocultando su alivio. Además, Caedra daba el pego. No solo era el pelo, sus cejas y pestañas también eran blancas. Los ojos amarillos eran más difíciles de explicar, pero siempre podía decir que eran lentillas.

Su piel, sin embargo, era bastante oscura, al contrario de lo habitual en un albino. Afortunadamente Meredith aceptó su respuesta sin mayor problema.

Jay siguió preparando el batido. Meredith, sin nada mejor que hacer, volvió a observar a las chicas y apretó los puños. Si a Jay le gustaba alguna de ellas, sería todo más complicado.

Nadie le decía que no a Meredith. Y Jay no iba a ser diferente. No se rendiría con tanta facilidad.

***

Jay aprovechó que al día siguiente no entraba a trabajar hasta por la tarde para hacer la compra.

Hadriel, Caedra y Ayla se habían marchado temprano por la mañana a la biblioteca del centro para echar un último vistazo.

Connor estaba con él, pues también tenía que reponer la despensa. Habían ido en su coche. Harían la compra, pasarían por casa de Jay para dejar las bolsas e irían a comer al apartamento de Connor antes de marcharse a la cafetería.

—Me das una envidia, Jay… —dijo Connor mientras estiraba el brazo para coger una botella de leche.

Jay, apoyado en el carrito, arqueó una ceja.

—¿Por?

—No creerás que no me he dado cuenta de que Meredith está loquita por ti.

Jay se rascó la mejilla, incómodo. Al menos, Connor no parecía molesto.

—Ya… Pero no tengo tiempo para esas cosas…

—Yo estuve saliendo con ella un par de meses, pero ya no estamos juntos. No fue muy bien —se lamentó Connor. Puso la leche en el carrito y hundió los hombros—. Se molestó porque me olvidé de nuestro aniversario de tres meses.

Jay, que había empezado a mover el carrito, se detuvo y giró la cabeza hacia su amigo con rapidez.

—Estás de coña. ¿Rompisteis por eso?

Connor soltó una risita nerviosa.

—Estaba realmente cabreada… Pero nunca se me han dado bien las fechas.

—Tío, romper por algo así es ridículo —declaró Jay, incrédulo. Sacudió la cabeza y echó a andar de nuevo—. Si Meredith es así, estás mejor sin ella.

—Ya, supongo que tienes razón —concedió Connor—. Y ahora es un poco incómodo cuando comparto turno con ella, siempre está de mal humor conmigo…

—Bueno, es tu ex.

—Pero la relación con tu ex no tiene por qué ser mala —protestó él y puso las manos en las caderas—. ¿Acaso tú te llevarías mal con Jennifer?

Jay tensó las comisuras de los labios.

—La verdad es que no lo sé —admitió al cabo de unos segundos—. Llevo años sin pensar en ella.

Connor arqueó las cejas.

—¡Pero si estabas coladito! No hacías más que hablar de Jennifer y pasabas cada segundo del día con ella. Estabas insoportable.

Jay bajó la vista, con las mejillas ardiendo por la vergüenza.

—¡Yo qué sé! Me encapricharía de ella en su momento… Pero en Gea me olvidé enseguida —

explicó. Se detuvo mientras Connor iba a una de las estanterías a por bolsas—. Y espero no encontrármela, porque no sabría muy bien qué decirle. Con un poco de suerte ella también se habrá olvidado de mí sin problemas…

—Supongo que no te dirá nada. Han pasado años, al fin y al cabo. Aunque parecía un poco enfadada cuando ignoraste todas sus llamadas...

Pasaron por caja para pagar y se dirigieron al coche. Connor paró en casa de Jay, dejaron la compra y continuaron hacia el piso de Connor. Jay tenía ganas de ver cómo era el apartamento de su amigo.

Llegaron a un edificio alto un poco apartado del centro. Aparcaron el coche en el garaje y subieron en el ascensor.

—Y aquí vivo yo ahora —anunció Connor al entrar en el apartamento.

No era muy grande. Tenía un pequeño salón con la cocina en una isla, un baño y un dormitorio. En el salón había una televisión, una mesa baja y un sofá, y una puerta a una estrecha terraza a la derecha. La isla de la cocina contaba con una barra y un par de taburetes.

—Sé que no es gran cosa, pero a mí me viene de maravilla —continuó Connor. Pasaron y cerró la puerta.

—No, no, está genial —le aseguró Jay con una sonrisa.

—Solo voy a vivir aquí mientras estoy estudiando y, además, no lo tengo que compartir con nadie… Así que no me quejo.

Jay ayudó a Connor a colocar la compra en la cocina, tras lo cual empezaron a preparar la comida. No tenían mucho tiempo, por lo que cocinarían unos sencillos macarrones con tomate.

—Había pensado que podríamos ir este viernes a jugar a los bolos —dijo Connor, removiendo los macarrones en el agua hirviendo—. Echo de menos darte una paliza y así Caedra y Ayla podrán ver cómo son.

—Perdona, pero era yo el que te daba palizas a ti —replicó Jay y se cruzó de brazos, con la barbilla erguida—. Supongo que podríamos ir… Aunque no sé si lograré convencer a Cai esta vez; ya tuve dificultades para arrastrarla al cine…

Connor frunció el ceño.

—¿Y eso?

Jay se encogió de hombros.

—Está empeñada en que no deberíamos distraernos con nada… —Dibujó una mueca en su rostro—. En parte tiene razón. Pero tampoco es que podamos hacer mucho más cuando las bibliotecas están cerradas y todavía no se nos ha ocurrido otro sitio en el que mirar…

—De alguna forma tendréis que pasar el tiempo mientras no estáis haciendo nada —asintió Connor.

—Ya… Aunque sé que Cai también teme que el emperador encuentre alguna forma de atacarnos mientras estamos distraídos.

Connor echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Sí, ¿qué va a hacer? ¿Enviar a soldados que se pongan a disparar rayos en medio del Evaria Square? Sería un caos. Convéncela para que venga, anda.

—Eso mismo pienso yo —dijo Jay mientras iba a por un par de platos, viendo que los macarrones estaban casi listos—. Intentaré convencerla para que venga, no te preocupes, aunque… —Entornó los ojos y ladeó la cabeza hacia su amigo—. Oye, ¿tú por qué tienes tanto interés en que venga Caedra?

Connor silbó inocentemente. Jay le dio un codazo.

—¡Au! —protestó él—. ¿Qué pasa? Me apetece conocer más a tus amigas.
Jay siguió mirándolo.

—Connor…

—Vale, vale —dijo su amigo. Alzó las palmas de las manos—. ¿Qué más da si quiero que venga Caedra? Es atractiva y muy interesante. Estoy seguro de que conseguiré que vaya cogiendo confianza conmigo.

—No intentes nada con ella, Connor —le advirtió Jay, su semblante ahora muy serio.

—¿Y eso por qué, Jay? —replicó Connor. Se giró hacia él, esperando que admitiera lo que consideraba que era obvio.

—Es mayor que tú.

—Y que tú también.

—¿Quién ha hablado de mí? —gruñó Jay.

—¿Estás celoso?

Jay arqueó las cejas. Bajó la mirada al notar sus mejillas arder.

—¿Qué? Yo… No, claro que no —dijo con rapidez. Clavó los ojos en su amigo de nuevo—. Ten en cuenta que, por más que me gustaría que las cosas fueran de otra forma, Connor, nos marcharemos de nuevo a Gea. No tiene sentido que intentes nada cuando nos vamos a ir.

Connor puso los ojos en blanco.

—Claro, Jay, seguro que es por eso.

Jay le dio un toque en el hombro, acalorado. Connor rio por lo bajo.

—Déjalo, anda… —le pidió Jay. Se pasó una mano por el pelo, ya bastante crecido, y suspiró con pesadez.
Connor se fijó en esto.

—¿Nada que confesar, Jay? —lo picó, divertido. No admitiría en voz alta que había buscado provocar una reacción en su amigo. Él sí se fijaba en que Jay estaba pendiente de Caedra en todo momento.

—Mis sentimientos son tan confusos que no los entiendo ni yo mismo —contestó Jay, algo irritado. Se irguió—. Lo que sí sé es que tengo hambre, así que vamos a comer. Enseguida nos

tenemos que ir.

—Sutil cambio de tema… —dijo Connor con ironía.

***

Al llegar a casa esa noche, Jay se encontró a Hadriel solo en el salón leyendo. Dejó la mochila en el suelo y fue hacia su padre, confuso.

—¿Y Cai y Ayla?

Hadriel cerró el libro y lo miró. Además de la luz del salón, tenía encendida la lámpara que había en la esquina a la derecha del sofá.

—Están en el sótano entrenando. Caedra quería que Ayla siguiera practicando con la lanza —explicó y se levantó—. Voy a ir preparando la cena, ¿me ayudas?

Jay asintió con la cabeza.

—Solo voy a bajar un momento a ver cómo van.

Colgó la chaqueta en el perchero y bajó por las escaleras. Provenían golpes metálicos del sótano. Llamó a la puerta antes de abrir y asomarse.

Caedra y Ayla estaban en el centro de la sala, cada una empuñando una lanza. Eran lanzas sencillas de entrenamiento, de cuchilla y astil simples. Acababan de chocar las dos armas entre sí cuando entró Jay.

Ambas giraron la cabeza para mirarlo. Ayla jadeaba por el esfuerzo y una fina capa de sudor cubría su piel. Caedra, en cambio, no parecía cansada en absoluto.

—Hola, Jay —lo saludó la zeafírea con una sonrisa—. ¿Ya has vuelto de trabajar?

—¿A ti qué te parece? —dijo Jay, irónico. Fue hacia ellas—. ¿Qué tal el entrenamiento?

—Bien —contestó Caedra, apartando su lanza de la de Ayla—. No quería que se echara a perder el progreso que conseguimos en Gea, así que vamos a continuar entrenando aquí también. Ayla aprende rápido, en nada tendrá la lanza dominada por completo.

Ayla miró a Caedra con el rostro iluminado de la alegría, su ilusión idéntica a la de una niña pequeña al decirle que le iban a comprar su juguete más deseado. Jay rio al ver su reacción.

—Ayla, será mejor que vayas a ducharte —le dijo él—. La cena estará lista enseguida.

—De acuerdo —asintió ella. Le tendió la lanza a la zeafírea—. Gracias por ayudarme, Caedra.

Caedra sonrió y dejó caer la mano sobre la cabeza de Ayla, que la miró con sorpresa.

—Deja de darme las gracias, Ayla, estoy encantada de enseñarte a manejar la lanza. Eres una alumna excelente.

Y era cierto. Ahora que Caedra no podía usar ya la lanza, hallaba un poco de consuelo transmitiendo a Ayla sus conocimientos para que aprendiera a combatir con dicha arma. Estaba dispuesta a entrenarla hasta que se volviera una auténtica experta, y Ayla era una aprendiz entusiasmada y aplicada.

Ayla le dedicó una última mirada de adoración a Caedra antes de marcharse y subir las escaleras. A Jay se le escapó una carcajada una vez se hubo ido, y Caedra ladeó la cabeza para observarlo con la interrogación reflejada en sus ojos rapaces.

—¿No te das cuenta, Cai? —dijo Jay, divertido.

—¿De qué? —replicó ella, confusa. Se dirigió al fondo de la sala para apoyar las lanzas en la pared antes de regresar junto a Jay.

—De lo mucho que significa para Ayla cualquier cumplido que le dices —señaló él. Se cruzó de brazos, esperando su respuesta.

Caedra arqueó una ceja.

—No, no me había dado cuenta. ¿Qué quieres decirme con eso?

Jay se encogió de hombros.

—Nada en concreto, solo quería que lo supieras. Me da la impresión de que Ayla te aprecia mucho.

—Ya, y yo a ella —dijo Caedra con una sonrisa—. Somos amigas, ¿no?

—Sí, pero yo creo que para Ayla es más que eso.

Caedra se quedó congelada y palideció.

—Quieres decir… ¿que le gusto a Ayla?

Jay no lo pudo evitar y estalló en carcajadas. Caedra lo taladró con la mirada, ofendida por su reacción.

—¡No! —exclamó él entre risas. Se llevó las manos a la tripa—. Cai, en serio, qué ideas tienes, aunque… —Calló abruptamente. Se puso serio—. Al menos, creo que no. Vamos, yo lo veo más como si te considerara una especie de hermana mayor… Yo también veo a Ayla como una hermanita pequeña, ¿sabes?

Caedra soltó un suspiro de alivio.

—Eso me encaja más. —Presionó el dedo índice en los labios y ladeó la cabeza—. Pero no tenía ni idea…

—No esperes que Ayla te lo diga. Es muy tímida para algunas cosas.

«Lo veía venir —habló Alastair con tono aburrido—. ¿Recuerdas que te dije que tenías una admiradora secreta?».

«Sí, pero no me lo tomé en serio…», admitió Caedra.

—En fin, ¿qué tal vuestra búsqueda hoy? —inquirió Jay.

Caedra suspiró con tristeza.

—Nada nuevo…

—Eh, Cai, no te desanimes —dijo Jay, poniendo una mano en el brazo de la zeafírea—. Estoy seguro de que encontraremos algo pronto. —Aunque siguiera desconfiando de Alastair, no le

gustaba ver a Caedra abatida.

Ella esbozó media sonrisa, apreciando su cálido contacto.

—Gracias, Jay.

La zeafírea se encaminó hacia las escaleras. Jay se aclaró la garganta.

—Por cierto, Cai, he hablado con Connor y queríamos ir este viernes a jugar a los bolos…

Caedra se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—No deberíamos…

—No tenemos nada mejor que hacer cuando las bibliotecas están cerradas. Al menos, hasta que se nos ocurran otros sitios para buscar —la interrumpió Jay, adivinando lo que iba a decir—. Venga, Cai, anímate…

La zeafírea resopló con exasperación.

—Está bien, Jay, iré con vosotros —decidió. Jay alzó un puño para celebrarlo, y Caedra se apresuró en añadir—: Pero lo hago solo porque prefiero estar a tu lado si os atacan. Sigue sin parecerme buena idea.

—No seas amargada —la picó Jay—. ¿Cómo va a atacarnos el emperador en la Tierra?

—Estoy segura de que encontrará la forma —replicó Caedra con firmeza.

Jay fue junto a ella.

—Si nos quedáramos encerrados en casa, acabaríamos todos agobiados, créeme. Es bueno relajarnos un poco.

—Supongo… —dijo Caedra, pero se vio interrumpida por un ataque de tos. Se llevó una mano al pecho e hizo una mueca.

Jay observó esto con el ceño fruncido.

—¿Te pasa algo, Cai? —le preguntó, preocupado.

Ella sacudió la cabeza.

—No, tranquilo.

Sin embargo, sí que llevaba ya un par de días con esa tos extraña. Esperaba que se le pasara pronto, porque era muy desagradable. Y juraría que había visto a Ayla igual en alguna ocasión.

Capítulo 4: Una dosis de realidad

Jay rio al ver que Ayla lanzaba la bola y esta salía de la pista sin dar a ningún bolo. La chica infló las mejillas y puso los brazos en jarras, frustrada.

—Te advertí que te costaría un poco al principio —le recordó Jay. Fue junto a ella y le tendió otra bola del mismo número que acababa de usar—. Vamos a intentarlo otra vez.

Caedra observaba desde el banco de madera cómo Jay ponía las manos en la cintura de Ayla para ayudarla a colocarse correctamente. Era su turno después, por lo que quería estar atenta a la explicación de Jay.

El ambiente en la bolera estaba cargado de ruido y esto no le gustaba a la zeafírea. Hacía difícil estar atenta y percibir cualquier peligro que hubiera. Las pistas las ocupaban múltiples grupos de adolescentes gritando, había gente sentada en todos los taburetes de la barra pidiendo bebidas y las máquinas recreativas no paraban de emitir sonidos estridentes mientras las partidas se sucedían ininterrumpidamente. Se iba a volver loca.

—¿Podrías alegrar un poco esa cara asesina?

Caedra giró la cabeza a su izquierda, donde estaba sentado Connor. El chico soltó una pequeña carcajada nerviosa cuando ella lo taladró con la mirada.

—¿Ves? A eso me refiero.
—No conviene bajar la guardia en ningún momento —replicó Caedra—. El enemigo puede estar al acecho en cualquier parte.

Jay se acercó a ellos y resopló.

—Ya, Cai, pero dudo mucho que esté al acecho en una jodida bolera —dijo, cruzado de brazos. Inclinó la cabeza para mirar a Caedra con una sonrisa pícara—. Adelante, es tu turno.

La zeafírea frunció el ceño. Se levantó y alzó la vista para comprobar en la pantalla de las puntuaciones que Ayla tampoco le había dado a ningún bolo en su segundo intento. Jay, que había sido el primero, lideraba con ocho bolos derribados en esa ronda inicial.

«Los habitantes de la Tierra tienen pasatiempos muy aburridos», comentó Alastair.

Caedra optó por no decir nada al respecto. Se agachó, cogió la bola del número más pequeño que había y se dirigió al borde de la pista. Entornó los ojos.

—Por mucho que mires mal a los bolos, no se van a caer si no lanzas la bola —la provocó Jay, apareciendo detrás de ella—. Y recuerda que no puedes usar tu viento.

Caedra lo observó por encima del hombro para que Jay viera su rostro, el cual expresaba a la perfección su falta de entusiasmo por el juego.

—Venga, Cai, anímate —dijo Jay, con la súplica reflejada en sus ojos—. Estamos aquí, así que vamos a divertirnos.

Ella suspiró pesadamente.

—Está bien…

Se situó de la forma que había explicado Jay.

«Podríamos estar entrenando tu control de la electricidad —protestó Alastair—. Aquí perdemos el tiempo».

«No me sentiría tranquila perdiendo a Jay de vista», replicó Caedra.

Lanzó la bola. Esta se desvió hacia el extremo derecho, pero logró tumbar dos bolos.

—No está nada mal para tu primer intento —la felicitó Jay con una sonrisa. Se situó a su lado —. Prueba a no girar tanto la muñeca al final.

Caedra asintió con la cabeza y fue a por otra bola. Tiró dos bolos más.

—Observad al maestro —dijo Connor arrogantemente tras ponerse en pie de un salto.

Jay resopló.

—O haces un pleno o no me superas.

—Esa es mi intención —declaró Connor y le guiñó un ojo.

Caedra fue junto a Ayla, que miraba todo lo que sucedía con entusiasmo. Al menos, ella sí que se lo estaba pasando bien.

—¡Toma ya!

Caedra dirigió su atención a la pista de nuevo y vio a Connor alzar un puño en el aire para celebrar su pleno.

Jay parpadeó varias veces, incrédulo. Fue hacia su amigo y gruñó.

—Esto es la guerra —sentenció.

—Adelante, Jay, supera eso —se regodeó Connor al pasar a su lado. Se sentó junto a Caedra y se inclinó hacia ella—. ¿Qué te ha parecido?

—Es una pena que no tengas esa misma habilidad con algún tipo de arma —contestó la zeafírea sin inmutarse.

Connor echó la cabeza hacia atrás y rio. No parecía ofendido en absoluto.

—Bueno, Caedra, las cosas en este mundo son así —replicó él. Apoyó los brazos en el respaldo del banco—. No todos necesitamos saber usar un arma.

—No os vendría mal —masculló ella. Entornó los ojos—. Por si acaso.

Connor aprovechó para observarla más de cerca. Veía su perfil izquierdo, donde la cicatriz marcaba el rostro de la zeafírea. Suavizó la mirada.

—Estamos en la Tierra. Aquí puedes relajarte un poco —dijo—. Imagino que Gea será un mundo bastante duro, pero las cosas aquí son diferentes.

Ella arqueó una ceja.

—Es posible. Sin embargo, me cuesta creerlo. —Suspiró con tristeza—. Tengo miedo de que alguien nos ataque cuando menos lo esperamos…

—¡Supera eso, Connor! —Su conversación fue interrumpida por la exclamación alegre de Jay.

Él también había conseguido un pleno.

Caedra vio cómo Jay se giraba hacia ellos con una radiante sonrisa. Estaba claro que en la Tierra se sentía en su verdadero hogar. Disfrutaba con ese tipo de actividades con las que había crecido. Sabía que le hacía ilusión compartir todo eso con ella y con Ayla para mostrarles una parte de la vida que había tenido.

—Supongo que tienes razón —murmuró Caedra hacia Connor y esbozó una casi imperceptible sonrisa.

Connor arqueó las cejas. No se le escapó que el sutil gesto de la zeafírea lo había causado la alegría de Jay. Sonrió también, haciendo que se marcaran los hoyuelos en sus mejillas.

La primera partida la ganó Jay por los pelos. Connor exigió la revancha y empezaron una segunda. Ayla iba mejorando poco a poco y Caedra tenía que admitir que se lo estaba pasando bien. Era divertido ver los piques de Connor y Jay, y también era estimulante derribar la mayoría de bolos, por lo que entendía el éxito de aquel entretenimiento. No había conseguido un pleno o un semi pleno todavía, pero no iba a quejarse.

Connor superó a Jay en la segunda partida. Por tanto, ambos decidieron que era necesaria una tercera partida para el desempate.

Caedra se abanicó con una mano. Era agobiante no poder quitarse ni el gorro ni el poncho; con tanto ejercicio estaba empezando a tener calor. Comprobó que Ayla estaba igual, con el rostro un poco rojo. Al menos, ella sí que había podido quitarse el gorro.

Llevaban la mitad de la tercera partida. Caedra acababa de derribar todos los bolos de un lado y le quedaban los del otro.

—Ponte más a tu derecha.

La zeafírea se sorprendió al ver a Connor junto a ella.

—¿Por qué? —quiso saber Caedra, con los brazos en jarras.

Connor rio con suavidad ante su muestra de desconfianza.

—Me he estado fijando y te sueles desviar demasiado a la izquierda en tu segundo lanzamiento —explicó. Se encogió de hombros—. Solo era una sugerencia.

Caedra arqueó las cejas.

—¿Me has estado analizando?

Connor frunció el ceño, confuso.

—Pues… sí, eso he dicho, aunque yo no lo llamaría «analizar». Era para ayudarte.

—Cai, ¿quieres lanzar de una vez? —exclamó Jay desde el banco—. Tengo una paliza que darle a Connor.

—Sigue soñando, Jay. Voy a triunfar yo —declaró Connor, divertido, mientras retrocedía para dar espacio a Caedra.

Ella entornó los ojos.

«¿Vas a aceptar el consejo de un simple humano?», dijo Alastair, irritado.

Por toda respuesta, Caedra se desplazó ligeramente a su derecha. Lanzó… y derribó todos los bolos que quedaban.

Sonrió sin darse cuenta.

—¡Bien hecho, Cai! —la felicitó Jay, entusiasmado.

—Sabía que funcionaría —dijo Connor con una amplia sonrisa, asintiendo satisfecho para sí.

Caedra se giró hacia él.

—Gracias —dijo, mirándolo a los ojos—. Me ha venido bien tu ayuda.

Connor, que no se había esperado esto, se quedó callado, sin saber qué responder. Al final se llevó una mano al cuello y apartó la vista, acalorado.

—No ha sido nada.

Jay dibujó una mueca en su rostro. ¿A qué estaba jugando Connor?

—¿Te pasa algo, Jay? —le preguntó Ayla con suavidad al percibir su enfado, consternada.

Él sacudió la cabeza. Por alguna razón, se le había revuelto el estómago.
—No, tranquila…

—La verdad es que jugar a los bolos es muy divertido —comentó Ayla animadamente—. ¿Podremos volver otro día?

Jay la miró y relajó su expresión.

—Claro. No te dejaré volver a Gea hasta que hagas tu primer pleno en los bolos.

Ayla rio con suavidad, tapando la boca con la mano.

Connor y Jay estuvieron muy igualados hasta la última ronda, en la que Connor logró alzarse con la victoria con la ayuda de un último pleno que le permitió otra tirada más.

—La próxima vez ganaré yo —refunfuñó Jay al terminar. Había estado muy cerca.

Connor rio de buena gana y puso la mano en el hombro de su amigo.

—Tranquilo, Jay, me aseguraré de que no sea así.

A Ayla se le escapó una pequeña carcajada. Jay puso los ojos en blanco y estiró los brazos. Estaba cansado.

—Voy a pasar por el baño y nos vamos —les comunicó tras cambiarse de zapatos.

—No tardes, que todavía tenemos que cenar—dijo Connor, sentado y atándose sus propias deportivas.

Caedra observó a Jay encaminarse hacia los baños. Captó por el rabillo del ojo a un hombre que iba en la misma dirección. Frunció el ceño.

—Ahora vuelvo —murmuró. Antes de que Ayla o Connor pudieran protestar, ya estaba siguiendo a aquel hombre.
—Espero que no quieras ir tú también al baño o me obligaréis a ir para no quedarme solo —se

quejó Connor, mirando a Ayla.

—Tranquilo, no… —empezó a responder ella, pero calló de golpe.

Connor enarcó una ceja. Se inclinó para ver su rostro de frente y su corazón se aceleró al darse cuenta de que los ojos de la chica estaban brillando. ¿Qué le estaba pasando? ¿Sería una de las visiones que había descrito Jay?

Ayla parpadeó y sus ojos azules regresaron a la normalidad. Enfocó a Connor delante de ella.

—Eh… ¿Estás bien? —le preguntó Connor, inquieto.

Por toda respuesta, Ayla se levantó de un salto y tiró de él. Connor soltó una exclamación cuando un hombre rozó su costado. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba detrás…

Bajó la vista al notar algo extraño y abrió los ojos como platos al divisar el corte en su camiseta. Afortunadamente no había alcanzado su piel.

Miró al hombre, que ahora se había girado hacia ellos, cuchillo en mano. Connor palideció.

—Pero ¿qué…? —balbuceó, sin comprender lo que estaba sucediendo. En medio del jaleo de la bolera, nadie se había dado cuenta de lo sucedido.

Ayla estiró los dedos de las manos y materializó un fino y afilado carámbano de hielo. No podía hacer más sin delatarse con toda esa gente rodeándolos. Por suerte, fue amenaza suficiente para su enemigo, que, tras ver su ataque sorpresa frustrado, dio media vuelta y se perdió entre la multitud.

Ayla dejó escapar un suspiro de alivio y se llevó un puño al pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón. Se había puesto muy nerviosa tras experimentar la visión en la que había sido advertida de lo que iba a suceder, pero había logrado reaccionar y resolver la situación sin llamar la atención.

Se giró para mirar a Connor. Este sacudió la cabeza.

—Jay —fue todo lo que dijo, pero no fue necesario explicarse. Ambos salieron disparados en dirección al baño.

Un pobre chico que había estado mirando por casualidad en su dirección desde la barra se quedó boquiabierto. Parpadeó una vez. Dos veces. Y tres.

—Oye, tú, ¿qué te pasa? —le preguntó uno de sus amigos, pasando una mano por delante de su rostro.

—¿La gente puede crear hielo de la nada?

Las carcajadas estallaron a su alrededor.

—Tío, está claro que has bebido demasiado…

***

Caedra seguía al hombre, abriéndose paso como podía entre toda la gente. Recibió alguna queja por los hombros con los que chocó, pero tenía prisa y no debía perderlo de vista. Tenía un mal presentimiento.

Lo vio entrar por el pasillo que llevaba a los baños. Se desvió al que había a la derecha y Caedra fue tras él sin dudarlo. Era el mismo al que acababa de ir Jay.

Se aseguró de no realizar ningún ruido ahora que estaban en aquel lugar en el que no había nadie más. El hombre no parecía haberse dado cuenta de su presencia.

Caedra divisó a Jay caminando en dirección al otro extremo de los baños. El hombre aceleró el paso y fue directo hacia él para alcanzarlo. La zeafírea desterró cualquier rastro de duda. Sus intenciones eran evidentes.

Jay frunció el ceño al escuchar ruido de pasos tras él, demasiado cerca. Se detuvo y giró. Abrió los ojos como platos al captar el destello metálico de una cuchilla y tensó los músculos. Pero, a pesar de la adrenalina que inundó sus venas, era consciente de que no iba a conseguir apartarse a tiempo.

Alguien se interpuso entre ellos y, al instante siguiente, la navaja caía al suelo de baldosas blancas con un desagradable sonido metálico que retumbó por el lugar. Su salvadora extendió el brazo izquierdo hacia el hombre y este salió disparado por una fuerte corriente de viento contra la pared del fondo.

Jay jadeó, confuso. Miró al hombre caído en la distancia, que parecía inconsciente por la dureza del impacto. Luego se fijó en la cascada de pelo blanco que había delante de él. La propietaria se giró y lo observó con severos ojos amarillos. Era Caedra.

¿Qué hacía Caedra ahí? ¿Qué acababa de pasar?

—Donde menos te lo esperas, Jay —le recordó ella con seriedad. Se cruzó de brazos, sin apartar la vista de él.

Jay sacudió la cabeza. Respiró hondo, percibiendo el ritmo acelerado de su corazón.

—Lo siento —murmuró con tono apagado—. Tenías razón.

Hubo varios segundos de silencio. Caedra puso una mano en el hombro de Jay y lo miró fijamente a los ojos.

—Puede que algún día no esté yo para cubrirte las espaldas. Debes tener cuidado en todo momento.

Fue como si le hubieran dado una bofetada. Jay tuvo un escalofrío, ahora rígido por completo.
—No digas tonterías, Cai. Tú estarás siempre conmigo…, ¿no?

Esbozó una sonrisa temblorosa. Caedra suavizó la mirada.

—Ten por seguro que mi deseo es estar contigo hasta el final, Jay. Pero el destino es impredecible —dijo ella con amargura—. Por eso quiero que nunca bajes la guardia, ¿de acuerdo?

Jay no respondió. Notaba una extraña presión en el pecho por las palabras de Caedra. Clavó los ojos en el suelo al notar que le ardían y hundió las uñas en las palmas de las manos.

—Cai, yo… —Tragó saliva con dificultad. Su garganta estaba seca y se le estaba formando un desagradable nudo. ¿Por qué tenía que decir Caedra eso? Solo de pensar en perderla, con los nervios a flor de piel tras la situación que acababa de vivir…—. Sin ti, yo no podría…

En ese momento, Ayla y Connor irrumpieron corriendo en el baño. Miraron rápidamente a un lado y a otro hasta divisarlos. Se acercaron con urgencia.

—¿Estáis bien? —preguntó Ayla de inmediato. Sus ojos estaban muy abiertos y respiraba con intervalos demasiado rápidos. Se había temido lo peor.

Connor arqueó las cejas al localizar al hombre inconsciente en el otro extremo del baño.

—Sí, tranquilos —los calmó Caedra. Apretó el hombro de Jay con la mano, en un intento de transmitirle algo de calidez para que se relajara, tras lo cual se apartó—. Será mejor que nos vayamos.

Jay se mantuvo cabizbajo.

—Sí, vámonos —musitó Connor. Dio un paso hacia ellos y señaló al hombre caído con el pulgar—. No quiero estar por aquí cuando alguien se lo encuentre.

***

Permanecían todos en silencio en el trayecto de vuelta en el coche. Jay tenía la sien apoyada en la ventanilla y observaba las luces distorsionadas del paisaje urbano mientras circulaban por las calles.

—Entonces, ¿eran… soldados enviados por el emperador? —preguntó Connor sin apartar la atención de la carretera, pues era el que conducía.

—No hay duda alguna. Os han atacado a la vez tanto a vosotros como a Jay —contestó Caedra con sencillez. Era la única que permanecía sin alterarse tras el incidente. Giró la cabeza para mirar a Ayla—. Por cierto, bien hecho.

Ayla se sonrojó.

—¿E-eh? —fue todo lo que logró decir.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa.

—Por reaccionar tan rápido. Le has salvado la vida a Connor y has resuelto la situación sin llamar la atención de nadie.

Ayla se hundió en su asiento, avergonzada, aunque las palabras de Caedra la reconfortaron.

—Gracias, pero he tenido mucha suerte con esa visión.

—¿No tienes una visión siempre que estás en peligro? —inquirió Connor, mirándola por el retrovisor central con el ceño fruncido.

—No. Ha sido mera casualidad.

—En ese caso, sí que hemos tenido suerte…

—Connor —habló al fin Jay tras erguirse. Clavó los ojos en su amigo—. No sé si deberíamos seguir viéndonos.

—¿Por qué? —quiso saber él. Lo observaba de reojo, pues seguía pendiente de la conducción.

Jay se pasó una mano por el pelo y espiró aire por la nariz con brusquedad.

—Esta noche podrías haber muerto por mi culpa. Y no me lo habría perdonado nunca —dijo con seriedad.

Connor hizo una mueca.

—No te entiendo, Jay.

—Estar en nuestro grupo te convierte también en blanco del emperador —explicó Caedra. Se inclinó hacia ellos—. Deberías replantearte tu relación con nosotros.

—Sí, a eso me refiero… —murmuró Jay. Agachó la cabeza—. Yo me alegro mucho de tenerte a nuestro lado, Connor, pero si eso supone un peligro para ti…

Connor resopló y Jay calló. Lo miró por debajo de las pestañas, confuso por su reacción.

—Jay, sé que han pasado años desde la última vez que nos vimos y que me recordarás como un adolescente estúpido —empezó Connor—, pero te aseguro que esto es algo que ya me planteé cuando decidí ofreceros mi ayuda. Ya he asumido los riesgos y las consecuencias.

Jay arqueó las cejas y alzó la vista.

—Es muy peligroso —insistió.

—Lo sé —replicó Connor. Se encogió de hombros, tratando de disimular lo tensos que los tenía —. No os vais a librar de mí tan fácilmente.

Jay sonrió con tristeza. Lo habían conmovido las palabras de su amigo y, en el fondo, se alegraba de que no quisiera alejarse de él, por egoísta que fuera. Pero la ilusión de antes había desaparecido. Las duras cadenas de la realidad lo ataban de nuevo.

Caedra observaba a Connor fijamente. El chico notó esto y clavó sus ojos en ella a través del retrovisor.

—¿Pasa algo, Caedra?

Ella mantuvo su mirada y se cruzó de brazos.

—No. Admiro tu valentía, pues realmente nada te obliga a permanecer con nosotros.

Connor sonrió, ocultando su sorpresa. Pasó una mano por su revuelto cabello de rizos rubios, pues no sabía muy bien qué responder.

—Sin embargo —prosiguió Caedra—, ahora que por fin os ha quedado claro que realmente nos pueden atacar en cualquier parte, si de verdad vas a seguir a nuestro lado, Connor, tienes que dejarme que te enseñe a defenderte.

Connor se quedó con la boca abierta. Jay y Ayla también miraron a Caedra, sorprendidos. Ella no se inmutó ante la atención y explicó:

—Acabamos de comprobar que ser parte de nuestro grupo lo convierte también en un objetivo. ¿Acaso preferís que sea vulnerable? Lo mejor, por su propio bien, es que pueda contraatacar de alguna forma.

—Pero no tengo poderes —murmuró Connor, incómodo, aunque apreciaba que Caedra se preocupara por él.

—Eso no importa —replicó ella con rapidez. Sacudió la mano—. En Gea no todos tienen poderes. Y, como has visto, no siempre nos atacarán con los elementos. Hay muchos métodos.

—Yo también estaría más tranquilo si tienes alguna forma de defenderte, Connor —la apoyó Jay.

Su amigo asintió con la cabeza, resignado.

—Sí, está bien.

—Lo que no entiendo es cómo estaban tan bien integrados esos hombres del emperador —continuó Jay. Se recostó en su asiento y cruzó los brazos—. ¿No se supone que no han vivido nunca en la Tierra?

—Las posibilidades son infinitas —contestó Caedra—. Pueden ser hombres que ya tenía estacionados aquí desde hace tiempo. Pueden ser hombres que hayan decidido enviar a la Tierra de antemano por si veníamos aquí. Pueden ser hombres que acaben de llegar, pero que hayan recibido instrucciones muy claras por parte del oráculo supremo…

—Ya veo —masculló Jay con cierta acidez—. Ya ni en la Tierra podremos estar tranquilos.

—Era de esperar, Jay —dijo Caedra con suavidad. Fue interrumpida por un ataque de tos y se llevó el puño a la boca.

Ayla se inclinó hacia ella y puso la mano en su espalda, preocupada. Jay frunció el ceño, pues no era la primera vez que lo veía, y Caedra no había tenido esa extraña tos cuando estaban en Gea.

—¿Has cogido frío? —le preguntó Connor a la zeafírea, confuso.

Caedra negó con la cabeza. Cuando la tos al fin cesó, pudo hablar:

—No sé por qué me pasa esto, pero, en cualquier caso, no es más que una ligera molestia.

Jay se mantuvo serio, con los labios apretados en una fina línea. No estaba convencido. Sin embargo, no había mucho que pudieran hacer al respecto cuando desconocían qué era lo que lo provocaba. Solo esperaba que no empeorara.

Llegaron a casa y Connor aparcó el coche frente a la puerta. Hadriel los recibió en la entrada.

—¿Cómo volvéis tan pronto? —les preguntó, extrañado, mientras se echaba a un lado para que pasaran.

—Cenaremos en casa —contestó Jay, encorvado.

Caedra puso una mano en el brazo de Hadriel y él la miró, interrogándola con los ojos. Ella asintió con la cabeza.

Se quitaron los abrigos. Caedra respiró con alivio al deshacerse del gorro y el poncho. Ayla compartía su opinión, aunque se contuvo para no mostrarlo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Hadriel una vez estuvieron todos en el salón. Jay, Connor y Ayla se habían sentado en el sofá, Hadriel se acomodó en el sillón y Caedra prefirió quedarse de pie.

—Nos han atacado —respondió Caedra con los brazos cruzados—. Pero ha sido un ataque

bastante bien encubierto; los atacantes se habían integrado perfectamente con la gente en la bolera.

Jay se hundió en el respaldo, frustrado. Le afectaba saber que, de no ser por Caedra, habría podido morir de una simple puñalada tras haber librado multitud de combates con su fuego y espada. Le hacía ser consciente de que seguía siendo muy vulnerable por más fuerte que se volviera.

Hadriel dibujó una mueca en su rostro, con los hombros ahora rígidos. Su mirada se desvió inconscientemente hacia su hijo para comprobar que estaba bien.

—Esto confirma nuestras sospechas de que el emperador tiene agentes en la Tierra.

—Habrá que ir con mucho más cuidado de ahora en adelante —asintió Caedra. Señaló a Jay—. No debería seguir trabajando en la cafetería.

Jay se irguió para protestar:
—No voy a dejar de trabajar, Cai. Necesitamos el dinero, porque las cosas no se pagan solas, ¿sabes? —Su tono de enfado dejó clara su irritación. Se arrepintió de hablarle de esa forma a Caedra, pero no tenía ganas de disculparse en ese momento.

—Yo puedo pasarme más a menudo por la cafetería —se ofreció Ayla, en voz baja aunque suficiente al estar el resto de sus compañeros en silencio—. Así estaré pendiente de Jay.

—Es buena idea —aceptó Hadriel. Sabía lo cabezota que podía ser su hijo, y también sabía que Jay se sentía útil trabajando. No sería capaz de ayudarlos mucho en las bibliotecas.

—Y yo coincido en muchos turnos con Jay, así que vigilaré también —añadió Connor, con los codos apoyados en las rodillas—. Os avisaría en cuanto viera cualquier cosa mínimamente sospechosa.

—¿Ves, Cai? Está todo cubierto —declaró Jay, dando el asunto por zanjado. Caedra lo miró con los ojos entornados, tan convencida como si le estuviera diciendo que el oráculo supremo los iba a dejar en paz. Jay se levantó. Necesitaba cambiar de tema—: ¿Qué tal si empezamos a preparar la cena? Me muero de hambre.

—Viniendo de ti, me lo creo —comentó Caedra. Aunque lo dijo de buena gana, su tono era algo seco. No estaba muy contenta con la forma de resolver el problema—. Yo aprovecharé para ducharme.

La zeafírea se fue del salón. Los demás se incorporaron también y se dirigieron a la cocina.

Jay observó las escaleras por las que había subido Caedra con el ceño fruncido. Sabía que tenían una conversación pendiente.

Capítulo 5: Por las apariencias

Jay se encontraba sentado a la sombra de un árbol, con la espalda recostada en el tronco. A pesar de que estaban ya en pleno diciembre, esa mañana en concreto era extrañamente calurosa, con el cielo despejado y ni rastro de viento.

Había pasado una semana desde el incidente en la bolera y se estaban tomando ese día de descanso. Era lunes, tanto Connor como Jay libraban en el trabajo, y Caedra y Ayla necesitaban ejercitar las alas. Por tanto, habían cogido el coche y habían subido a la montaña. Hadriel los guio hasta una zona que siempre estaba desierta.

Hadriel leía junto a Jay, enfrascado en sus libros. Connor se había quedado de pie no mucho más lejos, incapaz de apartar la mirada de Caedra y Ayla. Estaba tan fascinado como un niño pequeño al verlas volar con toda la naturalidad del mundo.

Se escuchaba el graznido de algún que otro pájaro, incluyendo el grito de un águila en la distancia, y varias liebres se paseaban en busca de alimento. Para Jay reinaba la tranquilidad al saber que no iba a aparecer ninguna criatura extraña y desconocida para él.

Su móvil vibró en el bolsillo. Lo extrajo y apretó los labios al comprobar que era un mensaje de Meredith. Se sentía halagado por su interés, aunque no lo compartiera. Pero era consciente de que no tenía tiempo para quedar con ella. No podía tener una vida normal.

Era extraño. Llevaban ya un mes en la Tierra y Jay, a pesar de todo, se sentía como en casa. Debía forzarse a recordar que el resto de sus amigos los esperaban en Gea y que tenían una misión que cumplir.

Se preguntó cómo les iría a Tarvo y a Valikia. ¿Estarían bien? ¿Habrían conseguido reclutar a más gente para su causa?

—¿Qué lees tan concentrado, papá? —inquirió Jay tras guardar el móvil, aburrido.

—Estoy viendo si ha habido algún incidente sísmico en estas últimas décadas por la zona —explicó Hadriel. Cerró el libro para descansar un poco y lo dejó en la hierba, junto a la mochila —. Podrían tener algo que ver con la presencia de Mhunn y nos daría una pista de por dónde se ha movido.

—¿Por?

—Mhunn es un golem gigante de roca. No creo que pase todo el tiempo en forma humana, y es posible que se haya descuidado en alguna ocasión estando en su forma original.

Jay arqueó una ceja.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Se lo comentó Alastair a Caedra.

Jay gruñó y se cruzó de brazos, ahora con una desagradable sensación en el estómago. Seguía sin hacerse a la idea de que en cualquier momento podían encontrar el cuerpo de Alastair y que este apareciera ahí, en la realidad, en el plano físico. Había una parte de él que no terminaba de fiarse de Alastair, no después del comienzo que había tenido con Caedra. Siempre le guardaría

rencor por la forma en la que la había hecho sufrir.

Hadriel rio, adivinando con facilidad lo que pensaba, y extendió el brazo para revolver el pelo de Jay. Él se apartó con una exclamación de protesta.

—¡Papá, te he dicho mil veces que no hagas eso! —se quejó Jay, aunque sabía que era en vano.

***

Regresaron por la tarde a casa. Caedra decidió aprovechar para entrenar a Connor un par de horas y ambos bajaron al sótano. Jay y Ayla, que no tenían nada mejor que hacer, los acompañaron para observar.

—Bien, prueba a bloquear esta serie de golpes —dijo Caedra y, antes de que Connor pudiera siquiera formular una afirmación, la zeafírea se lanzó a por él.

Su aspecto delgado y frágil era engañoso. Los golpes de los puños de Caedra eran más fuertes de lo que Connor se había esperado, aunque ya estaba acostumbrado después de una semana. Cruzó los brazos delante de su rostro para bloquear el primero, tras lo cual iniciaron una rítmica secuencia. Caedra no atacaba todo lo rápido que podía, puesto que Connor tenía que ir progresando poco a poco.

Connor debía admitir que disfrutaba de las clases de Caedra. Ella se aseguraba de explicar todo con detalle y él no tenía problemas para ejecutar, con su ayuda, lo que le enseñaba. Sentía que había avanzado mucho en esos días y que había merecido la pena, aunque hubiera tenido que dejar de ir a sus clases en la universidad para dedicarle todo el tiempo posible. Prefería centrarse en aprender a defenderse, pues sería bastante difícil completar su grado si estaba muerto, al fin y al cabo.

—¿Le enseñarás a combatir con una espada? —preguntó Jay de broma cuando hicieron una pausa.

Caedra puso los ojos en blanco.

—Sería divertido presentarme con una espada al trabajo —dijo Connor entre risas. Se limpió el sudor del rostro con una toalla—. Menos mal que no he dejado de ir al gimnasio durante estos años, o a estas alturas estaría molido por completo.

—Te entiendo… —masculló Jay. Le había costado adaptarse a la exigencia física de los combates en Gea, pues cuando había viajado por primera vez a ese mundo él ya llevaba una buena temporada sin ir al gimnasio por pereza.

—He de reconocer que tienes una forma física bastante buena, Connor —afirmó Caedra. Se llevó una mano a la barbilla, pensativa—. Te vendría bien aprender a manejar una navaja o lanzar cuchillos… Pero yo no soy experta en ese tema.

Jay se encogió de hombros.

—Seguro que podemos mirar vídeos en internet.

—Es verdad —asintió Connor, animado.

Caedra ladeó la cabeza, confusa.

—¿Cómo?

—Hay gente que se graba enseñando a las personas que ven esos vídeos cómo hacer distintas actividades —explicó Ayla con alegría. Dio una palmada—. Yo el otro día estuve viendo uno sobre cómo hacer una cosa llamada salsa carbonara y, aunque no entendía mucho lo que decía, con las imágenes que se movían me quedó bastante claro.

—Sí que tienen herramientas útiles en la Tierra… —murmuró Caedra, impresionada.

—Te digo que no todo es tan malo aquí, Cai —habló Jay, divertido.

—Echaré un vistazo a ver qué encuentro esta noche —decidió Connor. Miró a Caedra con una sonrisa—. ¿Continuamos?

Jay entornó los ojos al ver la familiaridad con la que Connor actuaba con Caedra. Tampoco entendía por qué le importaba tanto lo que pasara entre ellos dos, pero era incapaz de ignorarlo. Los celos le causaban un desagradable ardor en el estómago.

—Oye, Jay, ¿quién le ha enseñado a Caedra todo esto? —inquirió Ayla mientras Caedra y Connor intercambiaban golpes. La zeafírea de vez en cuando estiraba las alas como reflejo—. Sabe una barbaridad de técnicas de combate.

Jay se percató de que todavía había muchas cosas que Ayla desconocía sobre Caedra.

—Su hermano y mi padre la entrenaron para combatir cuando era pequeña. Y luego estuvo unos cuantos años trabajando como guardaespaldas.

Ayla suspiró con tristeza y se llevó una mano al brazo.

—Espero ser tan buena como ella algún día. A mí solo me entrenó el oráculo supremo porque no quería que nadie más me viera… —murmuró, hundiendo los hombros—. Y cuando tuve mi primera misión, me di cuenta de que no tenía experiencia alguna en combate real. Sé usar mis poderes, pero hasta ahí llego…

—Eh, Ayla, no te desanimes —dijo Jay con rapidez y posó una mano en la espalda de la chica —. Has mejorado mucho durante estos meses. Ya has escuchado a Caedra, aprendes muy rápido y estoy convencido de que en nada dominarás el uso de la lanza. Y ya irás ganando más experiencia con nosotros.

Ayla esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias, Jay.

Como siempre que veía a Ayla contenta, Jay notó una agradable calidez en el pecho. Cada muestra de alegría de Ayla le causaba ternura, y era porque se sentía, en parte, responsable de ella desde que la había ayudado a integrarse en su grupo.

Estaba anocheciendo cuando Caedra dio por concluida la sesión de entrenamiento. Connor fue directo a ducharse. Cada vez pasaba más noches en casa de Jay y ya había trasladado algunas de sus pertenencias.

Jay, Caedra y Ayla subieron a la cocina. Hadriel ya los esperaba ahí, con la pequeña televisión junto al frigorífico encendida para ver las noticias.

—¿Qué os parece si hoy hacemos pizza casera? —propuso Jay y se frotó las manos. Su estómago gruñó.

—De acuerdo —aceptó Ayla enseguida. Sonrió con entusiasmo—. ¿Puedo hacer yo la masa?

—Toda tuya —dijo Jay, divertido. Su amiga cada vez se involucraba más en la cocina.

—Me parece muy bien, Jay, pero no te veo lo suficientemente preocupado ante el hecho de que no queda leche para tu café mañana —señaló Hadriel.

Jay palideció. Bajó la mirada al reloj en su muñeca.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Me he dado cuenta ahora.

—Me voy a comprar —declaró Jay de inmediato.

—Te acompaño —dijo Caedra enseguida.

Jay sabía que no lograría convencerla de lo contrario después del incidente en la bolera. Además, le gustaba tener compañía.

—Perfecto. Ayla, ¿te vienes o te quedas haciendo la masa?

—Voy haciendo la masa y así está lista para cuando volváis —respondió ella. Miró a Hadriel, a la espera de que le indicara cómo empezar.

Caedra siguió a Jay al exterior. Arqueó una ceja al ver que Jay iba directo al coche de Hadriel.

—Las únicas tiendas que cierran más tarde son las del centro —explicó él al notar la confusión de Caedra. Abrió el coche y los dos se sentaron dentro—. E iremos más rápido así.

—Podrías dejarme conducir a mí —dijo Caedra mientras se abrochaba el cinturón.

Jay, que iba a arrancar el coche, se detuvo y giró la cabeza hacia ella de golpe.

—¿Mi padre ya te está enseñando a conducir? —preguntó en tono acusador.

La zeafírea sonrió pícaramente.

—Puede ser.

—¿Y por qué no me lo dijisteis? ¡Quería estar en tu primer intento! —protestó Jay, haciendo un mohín. Cualquiera diría que había sufrido la mayor traición de la historia.

Caedra rio con suavidad.

—Porque sabía que no harías más que burlarte. Así que he preferido que no supieras nada hasta ahora.

—Eres cruel —dijo él. Se llevó una mano al pecho y fingió estar herido—. Yo confiaba en ti, Cai…

Ella puso los ojos en blanco. Se aseguró de que su gorro estaba bien ajustado.

—Anda, arranca.

Jay soltó una carcajada y obedeció. Unos minutos después aparcaban en una de las estrechas calles transversales del centro.

El tiempo había cambiado drásticamente con respecto a esa mañana. El cielo se había nublado

por completo y los copos de nieve revoloteaban con ligereza a su alrededor. Eran las primeras nevadas, por lo que la nieve aún no había cuajado en la ciudad, pero faltaba poco.

Caedra se ató la bufanda al cuello y extendió una mano para que aterrizara un copo de nieve en ella. Sonrió. Tenía que admitir que, aunque no era partidaria del frío, la nevada y las luces de Navidad que decoraban la avenida creaban un espectáculo muy bonito.

Jay la observó por el rabillo del ojo y sonrió también. Tuvo la tentación de comentar algo para picarla, pero optó por dejarla disfrutar de los copos sin que se avergonzara. Siempre guardaba como un tesoro en su memoria los momentos en los que Caedra mostraba su felicidad de esa manera tan natural. Ojalá pudiera estar siempre así…

Estaba tan pendiente de lo que hacía la zeafírea que no se dio cuenta cuando su hombro chocó contra el de otra persona.

—Jay, ¿eres tú? ¡No me lo puedo creer!

Esa voz femenina tan familiar lo hizo frenar de golpe. Se quedó rígido, como afectado por una descarga eléctrica, y se dio la vuelta con lentitud. Se topó con una chica de melena rubia, llamativo pintalabios rojo, abrigo rosa y gorro blanco.

La reconoció al instante. ¿Por qué tenía tan mala suerte?

Caedra se giró también al percatarse de que algo había llamado la atención de Jay. No entendió nada al ver a una chica acompañada de un chico de su edad, más bajo, pero más robusto que Jay.

—Jennifer… —musitó Jay con la garganta seca. Tragó saliva, nervioso—. Cuánto tiempo.

—¿«Cuánto tiempo»? —repitió ella con los brazos en jarras, su voz en un registro más agudo de lo habitual—. ¡Jay, han pasado años! Nunca supe nada más de ti cuando te marchaste.

Jay se rascó la mejilla.
—Ya… —murmuró, incómodo. Habría preferido encontrarse a cualquier otra persona—. Me mudé a una zona incomunicada…

Caedra, por su parte, había arqueado una ceja. Si no se equivocaba con el nombre, tenía frente a ella a la exnovia de Jay. La miró de arriba abajo, curiosa, recordando cuando la había visto años atrás en las fotos del móvil de Jay.

—Me tuviste muy preocupada —lo acusó Jennifer—. Temí que te hubiera pasado algo. Pero bueno —Sonrió—, me alegro de ver que estás bien. ¡Qué casualidad encontrarnos por el centro!

—Y tanto… —masculló Jay, pero Jennifer no se percató de su mal humor, por mucho que él había dejado ver su malestar como si lo llevara escrito en la cara.

—¿Habéis venido a ver las luces de navidad? —inquirió Jennifer. Se abrazó al chico que estaba junto a ella, quien hasta entonces se había mantenido en silencio, al igual que Caedra. Aunque en su caso era por no entender la lengua en la que hablaban—. Yo he aprovechado que tenía el día libre para venir con mi novio. Que por cierto, Jay, te presento a mi novio, Adrien.

—Encantado —dijo Adrien con tono de claro aburrimiento. No sabía muy bien quién era ese chico con el que Jennifer se había parado a hablar y lo que más deseaba era proseguir su camino.

—Eh… Igualmente —murmuró Jay. Era muy extraño reencontrarse con Jennifer y ver que ella

ahora tenía una pareja diferente, aunque era lo lógico.

Unos años atrás era él quien había tenido a Jennifer cogida de la mano. Había pasado tanto tiempo desde entonces... La parte racional de él se alegraba de que Jennifer hubiera sido capaz de encontrar el amor en otra persona. Sin embargo, no podía evitar sentir cierta envidia. Había tenido que marcharse a luchar por su vida a otro mundo. Y Jennifer lo había olvidado como si nada, ajena a todo lo que él había sufrido.

Y ahora…, ¿se lo estaba restregando?

—Adrien es muy reservado, pero es un encanto —ronroneó Jennifer. Se puso de puntillas y agarró el cuello de la camisa de Adrien para besarlo. Jay apartó la vista, incómodo—. ¿Y bien, Jay? ¿No me vas a presentar a tu novia?

—¿A mi…? —empezó a decir Jay, confuso, pero calló. Se sonrojó al girar la cabeza a su izquierda y ver a Caedra, quien lo miraba con la interrogación reflejada en sus ojos amarillos.

Jennifer estaba colgada del brazo de Adrien, a la espera de una respuesta con una sonrisa arrogante plasmada en su rostro. Estaba disfrutando al presumir de su novio delante de él, como si quisiera alardear del hecho de que lo había superado. Esas cosas, más típicas de adolescentes, deberían darle igual, pero…

Jay gruñó para sus adentros y cogió la mano de Caedra. Y ella, aunque estaba cada vez más desconcertada, no se apartó.

—Ah, sí. Jennifer, esta es Caedra —dijo al final Jay, forzándose a sonreír—. Pero me temo que no habla inglés.

Jennifer frunció el ceño. Había esperado que Jay lo negara y aclarara que solo era una amiga para sentirse superior por tener novio. Ver a Jay como si nada después de tantos años, sin haberse molestado en contactar con ella o en hacerle saber que había vuelto a la ciudad, había enervado a Jennifer. ¿Acaso ella no había significado nunca nada para él?

—¿Es de Brasil? —dedujo con tono seco.

—Eh… Sí —asintió Jay tras unos instantes. Brasil, el país al que supuestamente se había mudado.

Jennifer se abrazó a Adrien, que tenía cara de querer irse cuanto antes, por lo que evitaba participar en la conversación, y miró altiva a Jay, con la barbilla erguida.

—Pues no parecéis muy unidos.

Era obvio que Jennifer estaba esperando algún tipo de demostración. Jay se tensó y apretó sin darse cuenta la mano de Caedra, quien seguía esperando con paciencia a que esa conversación que no entendía terminara.

Podía dar media vuelta y marcharse sin más. No le debía ninguna explicación a su exnovia. No había nada que demostrar. Aquello no era más que un juego de adolescentes. Pero algo en su interior le impedía quedarse de brazos cruzados y darle la satisfacción a Jennifer de ver que había mentido.

Su orgullo siempre sería su perdición.

—Cai, no te enfades, ¿vale? —le dijo Jay con rapidez a la zeafírea. Sabía que Jennifer no se enteraría al hablar en auralio.

—¿Por qué iba a enfadar…? —empezó a decir Caedra, frunciendo el ceño, confusa, pero se vio interrumpida cuando Jay la tomó de la barbilla y acercó peligrosamente su rostro al de ella. Caedra inspiró aire con brusquedad, abrió los ojos como platos y se quedó rígida—. ¿Q-qué…?

Pero Jay se había detenido, congelado como una estatua. El corazón de Caedra latía a mil por hora; los labios del chico estaban a escasos centímetros de los suyos. Había dejado de notar el frío en el ambiente y ahora experimentaba un repentino calor.

«No puedo hacerle esto a Caedra», pensó Jay, tensando la mandíbula. No la besaría sin su permiso. ¿Por qué, sin embargo, había tenido ese repentino deseo de hacerlo? ¿Por qué la idea de besarla no le había parecido tan mala? ¿Y por qué ella no se apartaba, sino que parecía estar esperando a que cerrara la distancia?

No. Ya no era un adolescente impulsivo. No iba a arriesgarse a hacer daño a Caedra solo para demostrar estúpidamente que estaba a la altura de su exnovia. Cerró los ojos, respiró hondo y se obligó a retirarse.

Caedra se limitó a parpadear, incapaz de reaccionar.

Jay, por su parte, notó que le temblaban las manos. Era muy consciente de que había estado a punto de besarla y su ritmo cardíaco se había acelerado demasiado. Se aclaró la garganta.

—Perdona, Jennifer —le dijo a su exnovia, que observaba con la frente arrugada—. Tenemos mucha prisa. Que paséis una buena noche.

Sabía que había sido muy grosero y que había tenido la delicadeza de un camión arrasando un campo de flores. Pero le daba igual. No era capaz de pensar con claridad; necesitaba alejarse. Se marchó sin esperar respuesta, tomando a Caedra de la mano de nuevo y tirando de ella, dejando a Jennifer y a su novio atrás. Jay no se giró en ningún momento para comprobar su reacción.

Caminaron en silencio durante varios minutos a través de las calles alumbradas por las luces navideñas. Jay no se atrevía a mirar a Caedra. No sabía muy bien por qué había querido demostrarle nada a Jennifer. Ahora se daba cuenta de que realmente no le importaba ya lo que hiciera o pensara. Pero había estado a nada de besar a Caedra y todavía sentía un extraño cosquilleo en los dedos. Se encontraba frustrado por no haber completado la acción… Realmente había querido besarla.

¿Qué narices significaba eso? Por algo no había querido pararse a reflexionar sobre sus sentimientos… La conclusión era obvia.

Tuvo que parar junto al escaparate de una tienda de ropa cuando Caedra tiró de su mano con brusquedad. Jay al fin se giró para mirarla. Y se sorprendió al detectar cierta angustia en sus ojos.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso, Jay? —dijo Caedra, cruzándose de brazos. Su voz tembló.

Había estado segura de que iba a besarla. Y ella había tenido la oportunidad de apartarse, pero no lo había hecho. Porque… lo había querido. Y eso hacía que se encontrara muy confusa, como siempre que se planteaba sus sentimientos hacia Jay.

Jay no supo qué responder. Había esperado que a Caedra le diera igual, o incluso que se enfadara, pero no que la zeafírea, que se dejaba impresionar por pocas cosas, insistiera en el tema.

—Yo… —murmuró él y frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero —espetó ella, su paciencia se evaporaba en el aire. Respiró hondo y sacudió la cabeza. Se estaba alterando por algo que no había llegado a suceder. Pero quizás era precisamente por eso que reaccionaba así. Porque había tenido la esperanza de que Jay la besara —. Cuando te has acercado tanto…

Jay se quedó rígido.

—Lo siento si te ha molestado…

—¿Estás jugando conmigo? —lo cortó Caedra, irritada—. ¿Querías que me hiciera ilusiones…? —Calló de golpe y apartó la mirada con brusquedad. Se le había escapado.

El corazón de Jay se aceleró.

—Espera —dijo, extendiendo la mano hacia ella, aunque no llegó a tocarla—. ¿Querías que te besara?

Caedra apretó los ojos. En su mente, la respuesta estaba clara. Solo no estaba segura de ser capaz de decirla en voz alta por lo que significaría. Y Alastair permanecía en un extraño silencio, ausente por completo.

—¿Qué pasa si quería? —murmuró ella con apenas un hilo de voz. Le temblaron los hombros.

Jay suavizó la mirada. Dio un paso hacia ella, cerrando la distancia, y la tomó de la barbilla, esta vez con más delicadeza. Ella levantó ligeramente los párpados y lo observó por debajo de las pestañas, casi con temor. Jay acarició sus labios con el pulgar y Caedra abrió la boca, sorprendida.

—¿Qué pasa si yo también quería? —susurró Jay.

Caedra jadeó.

—¿Y por qué te apartaste?

Los copos de nieve seguían cayendo a su alrededor, pero ninguno de los dos les prestaba atención. Las calles se iban vaciando de gente, pues ya era muy tarde. Estaban solos en la acera.

—Por… si tú no querías —musitó él—. No podía estar seguro. Pero… —Acercó su rostro de nuevo al de ella, ahora con más lentitud.

Caedra, una vez más, no se apartó. Las mariposas revoloteaban en su estómago, sumadas a un insistente cosquilleo nervioso en las manos. Apenas se atrevía a respirar. Los labios de Jay casi rozaban los suyos.

¿Por qué quería aquello? ¿Acaso era correcto?

—¿Puedo besarte?

La pregunta de Jay fue un susurro, pero llegó con claridad a sus oídos.

—Sí… —Y Caedra emitió su respuesta en un suspiro, casi sin darse cuenta.

Al instante siguiente, los labios de Jay se posaron en los suyos. El corazón de Caedra se aceleró hasta límites que ella no creía posibles, y sus alas se estiraron ligeramente bajo el poncho que las ocultaba, conteniéndose para no rodear al chico con ellas. Cerró los ojos, sintiendo también la caricia de Jay en su mejilla, y se centró en la reconfortante calidez de sus labios, más suaves de lo que había imaginado.

No sabía siquiera si lo estaba haciendo bien. La última vez que había besado a alguien había sido diez años atrás, a Kendrij…

Kendrij. Abrió los ojos como platos y retrocedió con brusquedad.

—¿Cai? —Jay, confuso, sacudió la cabeza, devuelto a la realidad, y la observó con el ceño fruncido. ¿Le habría molestado algo?

Ella clavó su mirada en el suelo, abatida por el arrepentimiento. La calidez que había sentido apenas unos segundos atrás había sido reemplazada por un fuerte sentimiento de culpa. En ningún momento había pensado en Kendrij. Había estado centrada en Jay por completo. Y eso… no podía ser correcto. ¿Acaso no estaba traicionando a Kendrij, aunque él ya no estuviera? Justo con su hermano…

—Cai… —repitió Jay, consternado, y extendió la mano hacia el rostro de la zeafírea. Pero ella se apartó, parpadeando repetidamente—. Cai, ¿qué ocurre?

Intuía que estaba sufriendo un debate interno. Quería ayudarla, pero no sabía cómo.

La respiración de Caedra se aceleraba por momentos. Apretó el puño en el pecho, tratando de aliviar la terrible presión que sentía. No lograba romper las cadenas del pasado.

—No, yo… —Le tembló el labio inferior. Sus ojos ardían—. Kendrij…

Y Jay retrocedió un paso, como repelido por una descarga. Caedra no vio el destello de dolor que recorrió su rostro.

—Lo siento —balbuceó ella atropelladamente, dándole la espalda—. Necesito… Necesito pensar.

Y se marchó a paso rápido, sin dar oportunidad a Jay de reaccionar. El chico se quedó congelado donde estaba, tratando de asimilar lo ocurrido.

Había experimentado una felicidad como nunca antes; había sido como estar en una nube, como volar hacia el sol. Y, al segundo siguiente, sus alas se habían derretido y se había estrellado contra el suelo por las palabras de Caedra.

Kendrij. ¿Acaso ella todavía lo confundía con su hermano? ¿Era solo por eso que había querido besarlo?

Se dejó caer de rodillas sin darse cuenta. Le daba igual quien lo viera. Se encorvó y escondió el rostro en las manos, tratando de respirar hondo, sin éxito. Apretó los dientes; sentía el estómago revuelto.

Él había deseado aquello. Estaban claros sus sentimientos hacia Caedra. Pero había sido un estúpido. ¿Cómo se iba a fijar ella en él? Era más joven que ella, ¿por qué le iba a llamar la

atención de esa manera? Y luego estaba, por supuesto, el asunto de su hermano…

El dolor en su pecho le nubló la mente por un instante, derrotado por una frustración inmensa. ¿Nunca superaría al espectro de Kendrij? ¿Nunca sería más que un recordatorio tormentoso de él para Caedra? No era justo. No lo era…

Irguió la cabeza de golpe, con los ojos abiertos como platos. Todo eso daba igual ahora. Había dejado que Caedra se marchara sola en territorio desconocido para ella, cuando ya habían comprobado que los hombres del emperador estaban al acecho.

Y la zeafírea estaba terriblemente alterada.

—No, no… —murmuró, poniéndose en pie. Ni se molestó en sacudir los pantalones, húmedos tras el contacto con el suelo mojado. Miró a un lado y a otro. Ni rastro de ella—. ¡Cai!

No hubo respuesta.

Su móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Por un momento tuvo la tonta esperanza de que fuera Caedra, pero enseguida recordó que la zeafírea no tenía móvil, pues no sabría cómo usarlo. Extrajo el aparato y comprobó que era un mensaje de Hadriel, preocupado porque estaban tardando en volver.

Le respondió con rapidez que les había surgido algo y que volverían tarde, por lo que podían ir cenando sin ellos. No había tiempo para explicaciones. Guardó el móvil y echó a andar con rapidez, doblando la misma esquina que Caedra minutos antes. Tenía que alcanzarla y asegurarse de que estaba bien. Y también quería aclarar lo que había ocurrido.

Recorrió la calle y se dio cuenta de que no tenía ni la más mínima idea de qué dirección había tomado la zeafírea. Ella no conocía la ciudad y podía perderse con facilidad…

Era tarde y los establecimientos ya estaban cerrados. Quedaban pocas personas fuera, por lo que Jay se acercó a la primera que vio para preguntarle si había visto pasar a una chica de pelo blanco.

***

«Caedra, detente y respira hondo —ordenó Alastair, con la frialdad de un témpano—. Lo que estás haciendo es peligroso. Y estúpido. No puedes dejar que tus emociones te desborden de esta manera siempre que ocurre algo que te altera».

Caedra lo ignoró. Las lágrimas le impedían ver con claridad por dónde iba, pero eso daba igual. Caminaba sin rumbo fijo.

Sabía que estaba siendo una irresponsable. No podía dejar solo a Jay, no cuando tenían enemigos al acecho. Pero había necesitado alejarse para pensar e intentar comprender lo ocurrido.

Era irónico. Tiempo atrás había estado angustiada por ser incapaz de olvidar a Kendrij, lo que le impedía centrarse en otros sentimientos, como aquellos que sospechaba que tenía hacia Jay. Ahora que lo había logrado, la culpa le impedía, igualmente, actuar de forma coherente.

¿Cómo había sido capaz de apartar a Kendrij de esa manera de su mente? ¿De su corazón? Con todo lo que había significado para ella… Todavía no había conseguido, siquiera, vengarlo. No

podía traicionar su recuerdo de esa forma. No con Jay. No con su propio hermano.

Solo Kendrij la había besado hasta ese momento. No había dejado que nadie más se acercara desde entonces. Pero cuando Jay la había besado, la felicidad que había sentido no la había experimentado nunca antes, había surcado los cielos con los pies en la tierra. ¿Cómo era aquello posible? ¿Acaso quería a Jay más de lo que había querido a su hermano? Pero había estado tan enamorada de Kendrij… Y eso solo la hacía sentirse peor, como si hubiera cometido una terrible traición.

Un cúmulo de emociones confusas la recorría por dentro, pero la angustia reinaba por encima de las demás. Kendrij no estaba, nunca volvería, y Jay, que tan importante era para ella, se estaba apoderando de su corazón. Estaba reemplazando a Kendrij…

«No lo estás reemplazando —gruñó Alastair, irritado—. Kendrij ya no va a volver. Y tú mereces ser feliz igualmente».

La nieve caía con más fuerza y Caedra estaba ya calada hasta los huesos. Tenía frío y tiritaba, pero le daba igual en esos momentos.

«Caedra, ya es suficiente —gritó Alastair—. Cálmate. Todo esto es una tontería. Y te preocupa haber dejado solo al chico, pero ¿he de recordarte que tú también eres un objetivo por rebelarte contra el emperador?».

Caedra sollozó.

«No quiero olvidar a Kendrij —pensó, desolada—. Pero tampoco quiero vivir así…».

«No vas a olvidarlo, Caedra. Por mucho que te enamores de otra persona», replicó Alastair con amargura.

«Quiero olvidar a Jay».

«Estoy de acuerdo en que el chico es un estúpido, pero sé que no deseas eso en absoluto —dijo Alastair. La zeafírea no entendía por qué detectaba cierto dolor en su voz—. Caedra…».

«No sé qué hacer, Alastair. Mis sentimientos son tan confusos…», se lamentó ella. Dobló otra esquina. ¿Estaría andando en círculos? Todo a su alrededor, reducido a simples manchas por las lágrimas en sus ojos, era igual de gris y deprimente.

«Eso lo puedo entender —dijo él con sequedad—. Pero deberías… No, espera».

Caedra alzó la vista, confusa, ante las palabras de Alastair.

«Detente —ordenó Alastair con urgencia, el pánico filtrándose en su voz—. ¡Caedra, detente!».

La zeafírea tardó un segundo en reaccionar, el suficiente para que diera otro paso más.

—¡Caedra! ¡Para!

Escuchó la voz aterrada de Jay llamándola a sus espaldas. Alastair trató de transportarla con las sombras, pero no fue suficientemente rápido.

Algo la arrolló con fuerza. Gritó y su cabeza impactó contra un cristal. Todo dio vueltas a su alrededor y cayó al gélido y duro asfalto, empapado por la nieve, sin comprender qué acababa de suceder. Se había quedado mirando al cielo. Los copos descendían con suavidad…

Trató de moverse y no pudo; su cuerpo no respondía. Su visión se llenaba de puntos negros. Los sonidos estaban distorsionados. Miles de agujas de dolor se clavaban en su costado y en la cabeza, pero estaban desapareciendo con rapidez. El frío la invadía por dentro, adormeciéndola, un gran contraste con el cálido líquido que se deslizaba por su frente.

«Caedra —la llamó Alastair. Sonaba tan consternado… Pero Caedra seguía sin entender lo que había ocurrido—. Caedra, tienes que mantenerte despierta».

«Alastair… ¿Qué ha pasado?», quiso saber ella, confusa, con dificultad hasta para pensar. Estaba demasiado cansada... Cerró los ojos.

«¡No te duermas! ¡Caedra!».

—¡Cai!

La voz de Jay fue lo último que escuchó.

***

Jay estaba cada vez más preocupado. Por más que daba vueltas por la zona, no conseguía localizar a Caedra. Una señora le había dado indicaciones un par de calles más atrás, pero ya no quedaba nadie fuera a quien preguntar. Se acercaba la medianoche y las luces se iban apagando. La ciudad se preparaba para dormir.

«Soy un estúpido», iba pensando Jay. Caedra estaba perdida y tenía un mal presentimiento que no hacía más que aumentar. ¿Estaban sus enemigos observándolo?

¿Y si estaban atacando a Caedra?

Aceleró el paso. Tenía que encontrarla cuanto antes.

Estaba a punto de llamar a Hadriel para que fuera a ayudarlo cuando divisó una figura familiar de pelo blanco al final de la calle.

—¡Caedra! —la llamó, aliviado, pero estaba muy lejos y no lo escuchó.

Caminó deprisa hacia ella. Frunció el ceño al ver hacia dónde se encaminaba.

—¡Eh, Cai, para! —trató de advertirla. Iba a cruzar la carretera. No había coches ya a esas horas, pero…

El ritmo de su corazón aumentó con brusquedad al oír el ruido de un motor. Abrió los ojos como platos cuando apareció un coche acelerando en dirección a Caedra. Y ella seguía andando.

—¡Caedra! —vociferó, ahora ya con desesperación mientras echaba a correr hacia ella. Se forzó más y más, hasta que sus pulmones ardieron, amenazando con estallar. Pero no había manera de llegar a tiempo—. ¡Para!

Su último grito llegó tarde. Se le cortó la respiración al ver que el vehículo la arrollaba. Caedra gritó por el impacto, rodó por encima del coche y cayó al suelo, de donde no se movió.

Fue como si todo se congelara por un instante. La sangre se le heló en las venas.

No. No. No. Eso no estaba sucediendo.

—¡¡Caedra!!

Jay llegó hasta ella sin aliento y se dejó caer de rodillas a su lado. Las alas de la zeafírea habían quedado al descubierto, extendidas sobre el asfalto. Permanecía inerte…

—¡Cai! —Jay ahora respiraba cada vez más deprisa, asfixiado por la terrible presión en el pecho. Era como si le hubieran clavado una daga y la estuvieran retorciendo. Estaba fuera de sí, no sabía qué hacer y ella no daba señales de haberlo escuchado. Apartó con una mano temblorosa los mechones de pelo blanco mojado que tapaban su rostro. Palideció al ver toda la sangre.

Ella no respondió. Jay, con la mandíbula tan tensa que le dolía, pasó un brazo por debajo de la espalda de la zeafírea. La incorporó con cuidado, temiendo que se rompiera en pedazos, y dejó que la cabeza de Caedra, que mantenía los ojos cerrados, reposara en su hombro. Llevó la mano a su cuello y presionó en la piel con un par de dedos rígidos. Estaba helada, pero había un pulso tenue.

—Vamos, Cai, dime algo, por favor… —suplicó Jay con voz queda, acunándola en sus brazos. Pasó la mano por el rostro frío de Caedra para tratar de limpiar la sangre, en vano. Jadeó al ver que más hilos rojos se deslizaban por las comisuras de los labios casi azules de la zeafírea. Había sangrado interno y su respiración era demasiado débil—. No, no, no…

No podía ser cierto. No era real. Tenía que ser una macabra pesadilla. Caedra iba a estar bien… Tenía que estarlo.

Antes de que pudiera siquiera plantearse qué hacer a continuación, Jay irguió la cabeza ante el ruido de un motor acelerando. Miró a su izquierda y vio con los ojos desorbitados que el coche se dirigía de nuevo hacia ellos; había girado e iba a arrollarlo a él también. Se había olvidado del vehículo por completo. Había asumido que se había tratado de un atropello accidental, pero ahora era evidente que había sido obra de sus enemigos.

Y no le iba a dar tiempo a apartarse. No estaba dispuesto a soltar a Caedra.

Cegado por los faros, apretó los ojos y presionó el frío cuerpo de Caedra contra el suyo, rodeándola con los brazos en un inútil intento de protegerla, y hundió el rostro en su pelo enmarañado. Olía a lluvia…

«¿Es así como acaba todo?», pensó, con una mezcla de desolación y resignación.

Pero el impacto nunca llegó. En vez de eso, escuchó ruido de metal arrugándose con desagradables chirridos.

Confuso, miró de nuevo, encorvado sobre Caedra. Ahogó una exclamación al ver a Hadriel de espaldas a él, con las manos extendidas hacia el ahora destrozado coche. Sus ocupantes acababan de salir corriendo, pero no había tiempo para perseguirlos.

Hadriel se giró, su silueta recortada por la luz de las farolas, y Jay se quedó rígido. Nunca había visto la ira tan claramente reflejada en el rostro de su padre, cuyos ojos grises casi relucían en la oscuridad como los de un depredador.

Capítulo 6: Discordia

—Papá… —balbuceó Jay—. ¿Qué…? ¿Cómo…?

—Tu mensaje me dejó preocupado, por lo que decidí salir a buscaros —contestó Hadriel con rapidez. Se dispuso a reprender a Jay, pero se le cortó la respiración al ver el estado de Caedra. Se agachó junto a Jay de inmediato, pálido—. Caedra…

Ella seguía inconsciente. Jay la notaba tiritar en sus brazos. Eso, al menos, le indicaba que seguía viva.

—¿Qué hacemos? —preguntó él con la desesperación palpable en su voz. No podían llevarla a un hospital, pues enseguida verían sus cuernos y alas. Pero tampoco podían quedarse sin hacer nada.

Hadriel puso una mano en el pecho de Caedra y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, Jay vio un inmenso dolor reflejado en ellos y adivinó lo que su padre iba a decir.

—Se está muriendo, Jay.

Jay fue incapaz de hablar durante unos segundos. Le dio la sensación de que el mundo se paraba a su alrededor, de que los copos de nieve se quedaban suspendidos en el aire a la vez que escuchaba un desagradable pitido en los oídos y su corazón amenazaba con romperse en pedazos. Apretó los dedos en la piel de Caedra y ahogó un grito de rabia e impotencia, mordiéndose el interior de la mejilla con tanta fuerza que enseguida notó el sabor metálico de la sangre. Si llevara la pluma que les dio Luvann encima... Pero se había quedado en Gea, con Tarvo y Valikia.

—No. No. No —murmuró una y otra vez, su voz temblando. Caedra no iba a morir. Y menos de esa manera. Tenía que haber algo que pudieran hacer… Su pulso se aceleró cuando la solución vino a su mente—. ¡Ayla! —exclamó de golpe y miró a Hadriel—. ¡Ella puede curarla! ¿Dónde está?

—Se quedó en casa —respondió Hadriel, apagado, sin apartar la vista de Caedra.

—Vamos a llevarla con ella —declaró Jay, levantándose con Caedra en brazos. No iba a rendirse. Iba a salvarla, fuera como fuera. Hadriel también se puso en pie, su semblante más sombrío—. ¡Vamos! —le gritó Jay con fiereza. Necesitaba que reaccionara.

Hadriel sacudió la cabeza y asintió, endureciendo su expresión. Si había una posibilidad, por mínima que fuera, debían intentarlo. Tan centrado había estado en su dolor al ver a Caedra en ese estado que no había reparado en que ella seguía respirando, por mucho que fuera de forma casi imperceptible, algo casi milagroso tras aquel brutal impacto.

Alastair estaría ayudándola, de alguna manera. Y ellos no iban a desaprovecharlo.

***

Dejaron el coche en marcha frente a su casa y Hadriel fue directo al interior para llamar a Ayla. Jay salió del vehículo con cuidado de no mover mucho a Caedra en sus brazos. El color que más

destacaba en el rostro de la zeafírea era el rojo de la sangre. Su pecho apenas subía y bajaba.

El corazón de Jay se encogió.

—Aguanta, Cai —le susurró mientras andaba, aunque sabía que ella no podía escucharlo—. Tienes que aguantar. Pudiste con una flecha, pudiste con Titaia, esto no es nada…

Ayla ya lo esperaba en la puerta, ahogando una exclamación al ver el estado de su amiga. No había tiempo que perder, por lo que Jay dejó con suavidad a Caedra en el suelo de la entrada. Las manos de Ayla se iluminaron y las situó en el costado de la zeafírea. Las preguntas tendrían que esperar.

Ayla apretó los dientes mientras trabajaba en curar a Caedra, tragándose su pánico. El daño interno era considerable. Varios órganos estaban desgarrados e incluso una de las costillas rotas había perforado el pulmón. Era imposible que hubiera resistido tanto…

¿Tendría Alastair algo que ver? Era la única explicación posible. Era como si tuviera que derretir capas de escarcha antes de poder proceder a sanar la zona.

No podía comentar nada a Jay y Hadriel, pues la curación suponía un tremendo esfuerzo para ella cuando el daño era de esa magnitud. Debía concentrar toda su energía en lo que estaba haciendo.

Tampoco podía deducir qué era lo que había dejado a Caedra en ese estado. Estaba claro que la habían atacado de alguna forma, pero ¿cómo?

Desvió la vista hacia el rostro pálido de la zeafírea. Ahogó un sollozo, acostumbrada a verla siempre con el porte de una guerrera. Era duro darse cuenta de que no era invencible.

Jay y Hadriel observaban sin atreverse a hablar. Ninguno apartaba la mirada de Caedra, pendientes de que no dejara de respirar.

Los siguientes minutos se les hicieron eternos. Gotas de sudor se deslizaban por las sienes de Ayla. Sus manos brillaban sin parar.

Finalmente, la luz se apagó y Ayla se encorvó, agotada. Jay esperó a que dijera algo con todos los músculos en tensión.

—Está a salvo —declaró Ayla en tono bajo por el cansancio. Apenas sentía los dedos.

Jay notó que le ardían los ojos y ahogó un sollozo. El alivio lo inundó de tal manera que abrazó a Ayla con fuerza, profundamente agradecido.

Hadriel, sin embargo, no se relajó. Levantó a Caedra con cuidado en sus brazos y se dirigió al salón.

—Jay, coge el botiquín del baño —le indicó a su hijo.

Jay se puso en pie de inmediato para cumplir lo que le habían pedido. Hadriel dejó a Caedra en el sofá, sin importarle que se manchara con su sangre, y cogió el botiquín que Jay le tendía.

—Un recipiente con agua —le pidió mientras abría el maletín. Jay se fue en dirección a la cocina.

Al regresar vio a su padre preparando hilo, pinzas y varias gasas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó mientras dejaba el baño de agua en la mesa junto a ellos.

—Tengo que cerrar la brecha en la frente —explicó Hadriel mientras empezaba a trabajar. Ayla solo había podido encargarse de lo más crítico.

Jay prefirió no mirar esa parte y regresó junto a Ayla, que seguía sentada en el suelo, recuperando el aliento.

—Jay —lo llamó ella con suavidad.

Él se agachó a su lado y puso una mano en su hombro.

—Ayla, habríamos estado perdidos de no ser por ti. —Le tembló la voz y respiró hondo. El hielo del terror seguía asentado en sus venas. Había pasado tanto miedo que tardaría en calmarse.

Ella esbozó una cálida sonrisa.

—Me alegro de haber podido ayudar. —Se mordió el labio y parpadeó repetidamente para contener las lágrimas—. Yo tampoco sé qué habría hecho si Caedra no…

—Caedra estará bien, gracias a ti —la interrumpió Jay, muy tenso. Prefería no pensar en lo cerca que había estado de perderla. Pasó el brazo por la cintura de la chica y la ayudó a levantarse, dejando que se recostara en él—. Ahora lo que necesitas es descansar.

—Sí, curar heridas de tanta gravedad siempre me deja completamente exhausta… —murmuró Ayla. Disimuló un bostezo mientras subían por las escaleras—. Jay…

—Dime.

—Caedra estaba… realmente mal.

Jay hizo una mueca, experimentando un desagradable ardor en su interior. Era incapaz de sacar de su mente la imagen de Caedra en el asfalto, inmóvil, con sangre por toda la cara y deslizándose por sus labios.

—Lo sé —dijo con cierta dificultad. ¿A dónde quería llegar Ayla?

Ella juntó las cejas.

—No tendría que haber aguantado, Jay. Había varios órganos desgarrados e, incluso, uno de sus pulmones estaba perforado por una de las costillas rotas.

Jay se detuvo al escuchar esto, con los ojos muy abiertos. Caedra había estado peor incluso de lo que se había imaginado.

Sabía que Caedra era fuerte, de eso no tenía ninguna duda. Pero Ayla tenía razón. Por más que agradeciera con toda su alma que Caedra hubiera aguantado…, no era normal.

—¿Crees que habrá sido Alastair? —susurró Jay mientras seguían andando.

Ayla asintió. Llegaron a su habitación y Jay abrió la puerta. La ayudó a sentarse en la cama. Ayla lo miró y Jay supo que tendría muchas preguntas, pero tendrían que esperar.

—Ya hablaremos mañana —le dijo Jay con suavidad. Le dio un beso en la cabeza y ella sonrió —. Descansa, Ayla.

—Buenas noches, Jay.

Cerró la puerta y bajó al salón de nuevo. Se encontró a Hadriel limpiándose las manos de sangre con una toalla húmeda. Miraba a Caedra con el ceño fruncido.

Fue junto a él y comprobó que le había tenido que dar varios puntos para cerrar la brecha. Aunque todavía quedaban rastros de sangre, el rostro de Caedra estaba ahora más limpio.

Sin embargo, se fijó en que la zeafírea continuaba tiritando. Era normal; había venido empapada del exterior por la nieve.

—Voy a subir la calefacción —comunicó Hadriel—. Trae un par de mantas.

Jay obedeció de inmediato. Le quitó el poncho mojado a Caedra con cuidado y echó las dos mantas por encima. Esperaba que con eso fuera suficiente.

Hadriel regresó y se sentó al lado de Caedra. Acarició con suavidad la mejilla de la zeafírea y torció el gesto al notar lo fría que seguía su piel.

—¿Se recuperará? —murmuró Jay, incapaz de desterrar el miedo que se había apoderado de él, clavado como una espina en su corazón. Se acomodó junto a su padre.

—Estoy seguro de ello —lo tranquilizó Hadriel. Sin embargo, su mirada pronto se volvió severa—. Y ahora, Jay, me vas a explicar qué ha sucedido exactamente. ¿No habíais salido a comprar?

Jay se encogió.

—Sí…
—¿Por qué me enviaste ese mensaje? ¿Qué pasó realmente?

Jay suspiró con pesadez. Pasó una mano por su pelo húmedo. Tuvo ganas de pedirle a su padre que no se enfadara, pero se quedó callado. Se merecía el enfado, incluso el odio, de todos.

—Yo… —Jay parpadeó varias veces al notar que le ardían los ojos. No se atrevió a mirar a Hadriel—. Papá, he sido un estúpido.

Hadriel se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Por qué, Jay?

—Caedra casi muere por mi culpa —soltó Jay con voz ahogada. Apoyó los codos en las rodillas y se llevó las manos a la cabeza. Su respiración empezó a acelerarse—. Todo por mi culpa, y…

—Jay, cálmate —dijo Hadriel con suavidad al ver que su hijo estaba hiperventilando. Puso una mano en su espalda—. Respira hondo.

Jay obedeció. Se le escapó un sollozo.

—Soy un estúpido, papá.

—Eso ya me lo has dicho —murmuró Hadriel con una sonrisa cansada, trazando círculos con la mano en la espalda de Jay—. Necesito saber por qué.

—Le di un beso a Caedra.

De todas las opciones que Hadriel había considerado, esa no era una de ellas.

—¿Cómo?

—Besé a Caedra… —repitió Jay. Giró la cabeza para mirarla. Seguía durmiendo—. Y ella… Yo… —Clavó de nuevo los codos en las rodillas y hundió el rostro en las manos—. Tendría que haber adivinado que me confundiría con Kendrij y que le afectaría de esa manera. Que no era el momento para esto.

Hadriel frunció el ceño. Todavía había muchas incógnitas en la historia. Pero él sabía ser paciente.

—¿Qué te hace pensar que os confundió?

—Bueno, ella… pronunció su nombre.

Sentía un extraño vacío por dentro, fruto de la amargura y la tristeza. Él nunca podría compararse a su hermano. Kendrij siempre arrojaría su sombra por encima de él cuando se trataba de Caedra…

Hadriel esbozó una sonrisa apagada.

—¿Estás seguro de que fue por eso?

Jay irguió la cabeza y se quedó observando la mesa frente a él como si fuera el objeto más fascinante del mundo. ¿Acaso existía otra explicación? No sabía si atreverse a tener esperanza…

Tensó la mandíbula. Caedra había estado demasiado cerca de morir; no quería pensar en ese asunto. Pero ella ocupaba ahora todo el espacio en su mente, y era inevitable que también acabara dando vueltas a aquel tema.

—Yo… No sé muy bien lo que siento por Caedra —murmuró, aunque esto ya no era cierto. Lo que había experimentado con aquel beso, esa calidez y felicidad que lo habían arropado, era algo único. Y su terror más absoluto ante la posibilidad de perderla…

Hadriel se fijó en lo rígidos que tenía los hombros.

—Ya hablaremos de esto más tarde. ¿Qué ocurrió después?

Jay frunció el ceño.

—Caedra se marchó. Tardé en reaccionar e ir tras ella, y la perdí de vista —explicó con cierta dificultad. Estaba regresando aquella desagradable opresión en su pecho—. Y cuando la encontré…

Su respiración se aceleró de nuevo al recordar la imagen de Caedra en el asfalto, ensangrentada. El salón se cerraba en torno a él, oscuro, y las garras de la angustia amenazaban con clavarse en su corazón. Hadriel puso una mano en su hombro.

—Está bien, Jay, no hace falta que sigas —dijo, y Jay calló, agradecido.

—Lo siento, papá… —murmuró. Se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—No ha sido tu culpa —dijo Hadriel con firmeza—. Las circunstancias no han sido las mejores. Sin embargo, hay algo que me preocupa.

—¿El qué?

—Tus sentimientos, Jay —dijo Hadriel, más serio. Se cruzó de brazos—. Debes hablar con Caedra y aclarar lo que ha sucedido.

—¿Qué hay que aclarar?

—Sospecho que no pronunció el nombre de Kendrij por la razón que piensas.

Jay gruñó y lo miró.

—¿Y tú cómo puedes saber eso? —replicó, algo irritado. Todavía le dolía pensar en ello, si bien su tristeza por lo que había sucedido después del beso era opacada por la angustia de lo que le había pasado a Caedra.

Hadriel espiró aire con suavidad y esbozó una sonrisa cansada.

—Me temo que algo entiendo de estos asuntos, y os conozco a los dos. No quiero que Caedra y tú os hagáis un daño innecesario el uno al otro —dijo con cierta dureza—. Por tanto, espero que estés dispuesto a tener una larga conversación con ella cuando despierte.

Jay lo miró, molesto.

—Ya decidiré yo lo que hago.

—Te arrepentirás si no lo hablas ahora con ella, Jay —advirtió Hadriel. Perdonaría esta vez la actitud de su hijo. Había estado sometido a una gran presión.

Jay apretó los labios y no dijo nada más. Hadriel no insistió, y se sumieron en el silencio durante un largo rato. Ambos se dedicaron a observar a Caedra, que seguía inconsciente.

—No deja de tiritar… —murmuró Jay, preocupado.

—Es cierto —dijo Hadriel. Frunció el ceño—. Voy a llenar la bañera con agua caliente.

Hadriel se levantó y subió las escaleras. Jay se quedó junto a Caedra, observando sus ojos cerrados... Se inclinó sobre ella y le acarició la mejilla.

—Lo siento mucho, Cai —susurró, angustiado, aunque ella no podía escucharlo. Respiró hondo y se frotó los ojos de nuevo. Esperaba que despertara pronto. No se quedaría tranquilo hasta que lo hiciera, y necesitaba hablar con ella. Hablar de lo que fuera. Tan solo quería escuchar su voz…

***

Caedra ahogó una exclamación de dolor al sentarse. Todo su costado ardía por dentro.

—Te están curando, pero todavía tardará un poco en desaparecer el dolor.

La zeafírea alzó la vista. Alastair estaba de pie frente a ella, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada para observarla. Su postura era tensa y sus ojos de hielo relucían peligrosamente.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Caedra, confusa. Se llevó una mano a la frente y abrió los ojos como platos al tocar la brecha—. No recuerdo nada.

—No estoy seguro; apenas pude percibir el peligro en el último momento —contestó Alastair con el ceño fruncido—. Creo que ha sido un coche.

—¿Un coche? —repitió Caedra, perpleja. Calló y apretó los ojos, dolorida. Todo le daba vueltas—. ¿Cómo ha podido dejarme así?

Alastair se agachó junto a ella y puso una mano en su espalda.

—Son más letales de lo que parecen.

Caedra permaneció en silencio. Alastair la observaba fijamente, examinando su estado. Había actuado de inmediato cuando habían atropellado a Caedra, pero no sabía si aguantaría el tiempo suficiente. Había bajado la temperatura de su cuerpo para ralentizar la pérdida de sangre y había cerrado todas las heridas que había podido congelándolas.

Alastair había vivido milenios. Podía decir con total firmeza que había sido uno de los peores momentos de su larga vida.

Era precisamente por esto que había tratado de evitar como fuera acercarse a Caedra. Se había convertido en su punto débil, y, si Caedra hubiera muerto, su existencia habría dejado de tener sentido, se habría quedado vacío. Y eso lo inquietaba. Pero no podía hacer nada al respecto.

—Alastair —lo llamó Caedra con apenas un hilo de voz, pero él la escuchó—. Me temo que no alcanzo a comprender los peligros de este mundo.

Alastair gruñó.

—Lo sé. Yo tampoco tengo experiencia alguna en la Tierra.
—Lo siento —murmuró ella. Hundió los hombros—. No era capaz de pensar con claridad. Trataste de advertirme…

—Tu actuación ha sido lamentable —declaró Alastair con frialdad, duro como la piedra. Caedra se encogió, avergonzada—. No puedes vagar sin rumbo en territorio desconocido y hostil, Caedra, y menos por algo así. Casi te cuesta la vida.

Caedra miró a Alastair de reojo al percibir cómo su voz se teñía de angustia al final.

—Yo… Lo siento. No sé qué me pasa —dijo ella casi en un susurro, observando las palmas de sus manos—. Siempre que recuerdo a Kendrij me afecta mucho. Pero ya han pasado más de diez años desde su muerte.

Alastair frunció el ceño. Hubo varios segundos de silencio y Caedra supuso que iba a ignorarla, como todavía hacía de vez en cuando.

—Han pasado siglos, más de un milenio, desde la traición de Djaka y Luvann —habló él al final. Caedra arqueó las cejas y lo escuchó, atenta—. Sin embargo, como has podido ver en distintas ocasiones, sigo sintiendo la misma ira que entonces. Que el tiempo cura las heridas es solo relativo…

—Siento que no podré apartar a Kendrij de mi mente hasta que consiga vengarlo —confesó Caedra. Bajó la vista a su regazo—. Tengo que matar al emperador y hacerle pagar por lo que nos hizo.

—Es lo mismo que me sucede a mí. Necesito vengarme de Djaka, Luvann, Saekish… —Alastair endureció la mirada—. No descansaré hasta que hayan sufrido toda mi ira.

A Caedra le tranquilizaba que al menos Alastair la entendiera en ese aspecto. Sin embargo, irguió la cabeza de golpe al darse cuenta de algo. Se le escapó un quejido cuando el movimiento tan brusco hizo que se mareara de nuevo.

Su frente chocó con el pecho de Alastair. Apretó los dientes y respiró hondo. Alastair pasó un brazo por los hombros de la zeafírea y dejó que se recostara en él, lo que ella agradeció.

—Te han curado, pero estás muy débil todavía y la brecha en tu cabeza tendrá que cerrarse sola —informó Alastair con seriedad—. No deberías moverte mucho.

—Pero… —Caedra parpadeó varias veces hasta que logró enfocar la vista. Se sentía revuelta por dentro—. Jay… ¿Jay está bien? Escuché su voz antes de que…

Alastair clavó los dedos en la piel de Caedra por la furia que lo invadió.

—Todo esto ha sucedido por ese necio mortal —la cortó con voz glacial—. No supo reaccionar e ir de inmediato a por ti.

Caedra bajó la vista. Suspiró tristemente.

—Eso… no es culpa suya. La única culpable de que haya quedado expuesta de esa manera he sido yo.

Él gruñó.

—Por favor… —suplicó ella, angustiada. Necesitaba saber si le había pasado algo a Jay. Estaba muy preocupada.

—Por lo que puedo percibir, el chico está bien —contestó Alastair.

A pesar de la frialdad con la que se había expresado, reflejando su enfado, Caedra respiró con alivio.

—Gracias.

—Si algún día consigo recuperar mi cuerpo, asegúrate de que está muy lejos de mí.

Caedra rio con suavidad.

—No le vas a hacer daño.

Alastair arqueó una ceja.
—¿Cómo estás tan segura?

—Porque sabes que Jay es importante para mí.

Él tensó la mandíbula.

—Es posible. Sin embargo, eso no significa que esté a salvo.

Caedra puso los ojos en blanco. Pero enseguida frunció el ceño, preocupada por otro asunto.

—Alastair… Si consigues recuperar tu cuerpo… —Calló. No sabía muy bien cómo formular su pregunta, ni si debía hacerlo. Alastair la observaba de reojo, esperando a que siguiera hablando —. Tú… Yo… ¿Qué pasará con nosotros?

Era extraño. No sería capaz de decir con quién se sentía mejor, si con Alastair o con Jay.

Debido a lo que parecía que sentía por este último, la respuesta tendría que haber sido obvia, pero no era así. ¿Qué significaba eso respecto a sus sentimientos por Alastair? Ahora estaba recostada en él y un agradable cosquilleo recorría sus dedos. No deseaba apartarse, sino todo lo contrario. Con Alastair se sentía a salvo…

Y la idea de que se marchara la aterraba.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó él.

—Me he acostumbrado a tenerte siempre conmigo… —confesó ella con tristeza. Bajó la vista a las brumas que se arremolinaban en el suelo.

Alastair no lo admitiría en voz alta, pero a él le sucedía lo mismo. Desde que estaba con Caedra, no echaba tanto de menos su cuerpo. La relación entre los dos había cambiado mucho desde que se habían conocido.

—Permaneceré contigo —dijo sin dudarlo—. Recuerda que tenemos una venganza que cumplir juntos.

Saekish y el emperador. Caedra asintió con la cabeza, pero seguía desanimada.
—¿Solo por eso?

Alastair apretó los dedos en el brazo de Caedra.

Caedra se quejaba de tener sentimientos confusos. Cuando le había dicho que podía entenderla, había sido cierto. Él mismo no terminaba de descifrar qué significaba Caedra para él, exactamente, aunque tenía sus sospechas y no sabía tampoco qué pensar sobre ello.

Caedra era mortal. Él era inmortal. Tarde o temprano lo dejaría solo, aunque fuera en contra de su voluntad.

—No —dijo al final, pero no dio más detalles.

Ella, sin embargo, esbozó una pequeña sonrisa. Ya lo conocía demasiado bien.

Alastair recordó las palabras de Caedra, tiempo atrás. Podía desperdiciar el poco tiempo que tuvieran juntos lamentándose y manteniendo la distancia, o podía aprovecharlo al máximo para recordarlo con alegría, en vez de tristeza.

Pero, aunque permanecería a su lado, no estaba preparado para hablar de ese asunto con ella todavía. Caedra seguía confusa, y debía aclarar sus sentimientos hacia Jay.

Tendría que esperar.

***

Jay estaba sentado en el suelo del baño, sumido en sus pensamientos. Tenía una pierna extendida y la otra doblada para apoyar el codo en la rodilla. La humedad se estaba acumulando al tener la puerta cerrada y era un poco asfixiante, pero le daba igual.

Hadriel se mantenía de pie a su lado, de brazos cruzados. No apartaba la mirada de Caedra, que estaba sumergida salvo por la cabeza en el agua casi ardiendo de la bañera. Al menos, la zeafírea iba recuperando poco a poco el color en las mejillas y ya no tiritaba. La expresión en su rostro era mucho más relajada.

Pero Hadriel no era capaz de calmarse del todo. Verla en ese estado le había afectado demasiado y él tampoco podía sacar la imagen de su mente.

Se alegró, sin embargo, de haber seguido su intuición. Desvió momentáneamente la vista hacia su hijo, que tenía los ojos clavados en el suelo. Si no hubiera decidido salir a buscarlos tras leer el mensaje, tanto él como Caedra estarían muertos.

—Ya no estamos seguros ni en la Tierra —masculló Jay.

—Debemos ir con mucho cuidado. Está claro que el emperador tiene agentes en todas partes y ya has visto que no poder atacarnos abiertamente no es impedimento para ellos —dijo Hadriel con seriedad.

Jay gruñó y se levantó, aunque lo hizo para sentarse en el borde de la bañera. Miró a Caedra. Le habían quitado la ropa para que esta no se quedara pegada a su cuerpo cuando la sacaran del agua, dejando expuestas las plumas subiendo por su abdomen, hasta encima del pecho. Se iban aclarando según se acercaban a las piernas.

Jay había comprobado que sus alas estaban en perfecto estado mientras ayudaba a Hadriel a limpiar la sangre de la piel de Caedra. Había sido complicado lavar la larga y abundante melena de cabello blanco de la zeafírea, pero Jay no se había quejado. Era lo menos que podía hacer.

El pelo de Caedra flotaba ahora inocentemente en el agua, creando una especie de halo a su alrededor. La zeafírea tenía los pómulos más acentuados que nunca, la cicatriz en la mitad izquierda de su rostro estaba al descubierto por completo y las marcas debajo de sus ojos brillaban bajo la luz artificial del baño.

Hadriel se agachó para comprobar con la mano que el agua seguía caliente. Se irguió de nuevo.

—¿Y Connor? —inquirió Jay. Su voz y su postura encorvada denotaban su agotamiento—. No estaba en el salón.

—Viendo que Caedra y tú ibais a tardar, se fue a su casa —respondió Hadriel—. Comentó que se pasaría por aquí mañana por la mañana.

Jay agradeció que su turno del día siguiente en el trabajo fuera después de comer.

—Deberías descansar, Jay —añadió Hadriel, clavando en él sus ojos grises—. Es muy tarde y estarás agotado.

Jay negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme con Caedra. Además… —Suspiró tristemente—. Dudo que vaya a ser capaz de dormir.

Hadriel esbozó una sonrisa cansada.

—Imagino que te costará, pero deberías intentarlo. ¿Por qué no vas a darte una ducha, al menos? —sugirió, pues Jay permanecía con la ropa mojada con la que había venido.

—Está bien… —aceptó él sin mucho ánimo. Se levantó para irse al otro baño. Echó un último vistazo a Caedra—. No te apartes de ella.

—No pensaba hacerlo, tranquilo. Seguiremos aquí cuando termines de ducharte si no tardas mucho.

Jay asintió con la cabeza y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Hadriel lo vio marcharse con el ceño fruncido, apenado. Sabía que Jay se sentía realmente mal por todo lo ocurrido y que estaba muy preocupado por Caedra. La consternación también lo había dejado exhausto a él.

Miró a Caedra y parpadeó varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo alucinaciones. La zeafírea había abierto ligeramente los ojos.

Capítulo 7: Significado

Caedra caminaba por los jardines, mirando a un lado y a otro. Se paró y puso los brazos en jarras, descontenta.

—¡Dradra!

La zeafírea se giró. No fue muy difícil adivinar a quién pertenecía la voz cuando solo había una persona que usaba ese apodo que tanto odiaba, y, efectivamente, divisó al más pequeño de los dos príncipes bajando por unas escaleras a toda velocidad.

—Hola, Althalos —lo saludó Caedra cuando llegó hasta ella. Había ido corriendo y se lanzó a abrazarla con tanta fuerza que la zeafírea tuvo que dar un paso hacia atrás para no perder el equilibrio. Rio con suavidad y puso una mano en su cabeza—. ¿Dónde está tu hermano? Habíamos quedado hace media hora.

Althalos se separó e infló los mofletes.

—Padre lo ha llamado para que lo acompañe en una reunión con unos… ¿embajarones?

—Embajadores —lo corrigió Caedra y frunció el ceño. Se cruzó de brazos—. Vaya… ¿Sabes si tardará mucho?

El niño se encogió de hombros. Se dirigió hacia un arbusto lleno de flores rojas.
—Lleva allí ya una hora, pero no tengo ni idea del tiempo que estarán.

Caedra suspiró con tristeza. Con lo impaciente que estaba por ver a Kendrij…

—Pero podemos jugar tú y yo mientras tanto —sugirió Althalos con alegría, girándose hacia ella de nuevo. Dio una palmada—. ¡O podemos volar un poco!

—Ah, no —dijo Caedra en tono juguetón. Althalos arqueó las cejas, confuso. La zeafírea nunca se negaba—. Recuerda que estás castigado sin volar.

—Pero… Pero… ¿Por qué?

—¿Que dijiste el otro día?

Althalos ladeó la cabeza en un gesto tan adorable que Caedra tuvo que contenerse para no cogerlo en brazos y echar a volar.

—¿Lo de que es asqueroso cuando os besáis tú y Kendrij?

—Exacto —asintió ella. Le dio un toque en la frente con el dedo índice y él retrocedió, arrugando la nariz—. Es de mala educación y, como insistes en decirlo siempre que quiero darle un beso a Kendrij, hoy no vamos a volar.

—¡No es justo! —protestó Althalos y estampó un pie en el suelo—. ¡Quiero volaaaar!

—Y yo que dejes de decir esoooo —replicó Caedra en el mismo tono, haciendo gruñir al niño. Irguió la barbilla y sonrió pícaramente—. ¿Vas a dejar de decirlo?

Althalos resopló.

—¿Por qué tenéis que besaros?

—Los besos tienen un significado especial, Althalos.
—Entonces, ¿no os besáis porque sí?

Caedra rio con suavidad.

—Claro que no. Los besos son una muestra de amor entre dos personas; es algo natural.

—Yo no he besado a nadie —replicó Althalos y la miró con aire crítico, como si eso significara que nadie más debía hacerlo.

—Lo harás cuando tengas pareja —dijo Caedra, divertida—. Ya lo verás.

—No voy a besar a nadie nunca —declaró él con firmeza y se cruzó de brazos—. Vamos a volar, por fi…

Caedra puso los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que tienes que hacer?

Althalos masculló algo entre dientes.

—No te he oído —dijo Caedra con una sonrisa maliciosa. Él la miró con ojos asesinos—. Vas a tener que repetirlo, más alto y claro.

—No volver a decir que me da asco que tú y Kendrij os beséis… —refunfuñó Althalos.

—¡Muy bien! —lo felicitó ella. Le revolvió el pelo con una mano.

—¡No hagas eso! —protestó él, retrocediendo de un salto y tratando de peinarse con los dedos.

—¿Es que no quieres volar? —replicó Caedra con aire inocente.

—¡Claro que quiero!

—Entonces, no puedes quejarte por nada.
Althalos apretó los puños, pero logró contenerse y no contestar.

—¿Volamos? —suplicó. Juntó las manos y la miró con su expresión de cachorro abandonado.

—Está bien. Sube, anda.

Althalos lo celebró con una exclamación de alegría y dando un salto en el aire. Caedra sonrió al verlo. Se agachó y se dio la vuelta para que el niño trepara por su espalda. Se irguió de nuevo y se aseguró de que los brazos de Althalos estaban bien asegurados en torno a su cuello.

—No te sueltes —le advirtió mientras extendía las alas, aunque ya habían volado juntos muchas otras veces.

La zeafírea alzó el vuelo y Althalos chilló de la emoción. Ella rio al escucharlo. Solo podía cargar con él al ser muy pequeño todavía, por lo que tendrían que aprovechar mientras todavía fuera posible.

***

Caedra no sabía por qué le había venido ese recuerdo a la mente, pero pronto lo olvidó para

centrarse en otras cosas.

Estaba sumergida en agua caliente, lo cual era agradable, pues tenía algo de frío. Sin embargo, estaba confusa. ¿Dónde se encontraba?

Parpadeó para enfocar la vista y fue reconociendo poco a poco el baño. Trató de sentarse y lo logró a duras penas. Le pesaba la cabeza…

—No deberías moverte mucho —dijo una voz familiar a su derecha.

Caedra, con el pelo chorreando pegado a la espalda, abrazó sus rodillas y miró en esa dirección con cierta dificultad. Notaba los párpados de plomo, pero sonrió enseguida al ver a Hadriel. Si él estaba junto a ella, todo estaba bien.

Hadriel sonrió también sin darse cuenta, aunque el cansancio estaba claramente reflejado en las ojeras de su rostro. Era ya tarde, de madrugada.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a la zeafírea con suavidad. Se sentó en el borde de la bañera para hablar con ella más fácilmente—. Me has tenido muy preocupado.

—Yo… —Caedra se llevó una mano a la frente y frunció el ceño al palpar la brecha.

—No deberías tocarlo mucho —advirtió Hadriel en tono bajo—. Podría abrirse de nuevo.

Caedra apartó la mano de inmediato y la sumergió en el agua. Se abrazó con sus alas.

—No sé muy bien qué ha pasado —admitió casi en un susurro.

Hadriel suspiró profundamente.

—Han sido unas horas bastante complicadas. Estabas con Jay cuando os han atacado… ¿Recuerdas algo de esa parte?

Caedra apretó los labios y se esforzó en buscar en su memoria. Hundió los hombros.

—Sí… Me aparté de Jay por… —Calló, con las mejillas rojas. Le daba vergüenza contarlo.

—Tranquila, Jay ya me ha explicado lo que sucedió —dijo Hadriel al percibir la dificultad de Caedra para relatar los hechos.

Ella se mantuvo en silencio. Continuaba inquieta por todo ese asunto, muy consciente del significado tan especial que había tenido el beso para ella y también de la culpabilidad que sentía por ello. Irguió la cabeza y miró a un lado y a otro.

—¿Dónde está Jay? —quiso saber, extrañada.

—No se ha separado de ti hasta ahora. Ha ido a ducharse, no te preocupes.

—Ya… —murmuró ella. Dibujó una mueca en su rostro—. No sé muy bien qué pasó después… Fue todo muy rápido.

Hadriel no dijo nada durante unos segundos, con la vista clavada en el suelo. Al final, respiró hondo y respondió:

—Te atropelló un coche.

«Era la única explicación posible», afirmó Alastair.

Caedra plegó las alas y se llevó las manos al costado. No notó nada.

—Ayla te ha curado —explicó Hadriel. Prefirió no mencionar que, de no ser por ella, habría muerto. Tuvo un escalofrío solo de pensarlo.

Caedra arqueó las cejas. El dolor que había sentido tras el golpe había sido inmenso… Y ahora, salvo por la herida que quedaba en su cabeza, no había ni rastro.

—Tendré que darle las gracias —murmuró, asombrada.

«No me puedo creer que la chica con los poderes de Luvann te haya salvado la vida», masculló Alastair.

«Espero que así Luvann te caiga un poco mejor», pensó Caedra, solo medio en broma.

Alastair no respondió, pero tampoco lo había negado.

Caedra se sumergió en el agua hasta los hombros, pues seguía teniendo frío.

—Me siento muy cansada —murmuró y apoyó la cabeza en el borde de la bañera.

—Es normal —dijo Hadriel con suavidad—. Ayla no ha podido curarte del todo, por lo que tendrás que tomártelo con calma estos días.

—Sí… —musitó ella—. Está claro que todavía me queda mucho por aprender de los peligros de la Tierra.

El semblante de Hadriel se ensombreció.

—En ciertos aspectos puede ser más letal que Gea.

—Ya lo he visto…

—Caedra —dijo Hadriel con seriedad, y la zeafírea, confusa, levantó los párpados y alzó la vista para mirarlo—. Prométeme que no volverás a ir tú sola por la ciudad, por favor.

Caedra apartó la mirada al notar que le ardían los ojos. Su labio inferior tembló.

—Lo siento, Hadriel —balbuceó mientras pestañeaba para contener las lágrimas—. He sido una estúpida.

—No lo eres, Caedra. Aunque es cierto que no tendrías que haber actuado de esa manera. No te estoy reprendiendo por tu reacción, la cual puedo entender en cierta medida, pero no debes olvidar que estamos en la Tierra y ya ha quedado claro que seguimos bajo el punto de mira del emperador.

—Lo sé… —Caedra se frotó los ojos con el dorso de la mano y apoyó el brazo izquierdo en el borde de la bañera para reposar la barbilla encima. Se avergonzaba mucho por lo ocurrido; sabía que Hadriel estaba decepcionado—. No volverá a suceder, te lo prometo.

La zeafírea no pudo reprimir un pequeño bostezo y Hadriel sonrió.

—Gracias —dijo él y se puso serio de nuevo—. No me gustaría tener que volver a pasar por algo así. Encontrarte en ese estado me ha afectado bastante. Hubo un momento en el que pensé que no había nada que pudiéramos hacer para salvarte y…

Caedra miró a Hadriel cuando este se quedó callado, con una mueca en el rostro y el dolor

reflejado en sus ojos. Era de las pocas veces que lo veía incapaz de hablar.

—No volverá a pasar —le aseguró ella. Se le escapó otro bostezo—. Tendré mucho cuidado…

Hadriel esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Quieres irte a dormir?

Por toda respuesta, Caedra se refugió de nuevo en el agua y se hundió casi hasta la barbilla. Hadriel rio con suavidad.

—Querría quedarme un rato más —dijo ella. Ladeó la cabeza para mirarlo—. Pero no quiero retenerte, Hadriel. Puedes irte a dormir si quieres.

Él negó con la cabeza, a pesar del cansancio que tenía en los huesos.

—No, tranquila. A no ser que tú prefieras estar a solas.

—No, me gusta que estés conmigo —contestó Caedra con una sonrisa—. Gracias por acompañarme.

—Me temo que va a costar perderte de vista después de lo sucedido hoy —bromeó Hadriel.

Caedra rio por lo bajo, aunque se sentía culpable por haber hecho que Hadriel lo pasara tan mal.

Estuvieron varios minutos en un silencio agradable. Caedra entrecerró los ojos, disfrutando de la calidez del agua. Ya no tenía frío.

Inevitablemente, acabó pensando en Jay. Quería hablar con él… ¿O sería mejor pasar página y actuar como si aquel beso no hubiera sucedido? Existía la posibilidad de que para él no hubiera significado lo mismo. O tal vez le había hecho daño con su reacción…

Ahora se avergonzaba, si bien no sabía cómo disculparse. Esperaba que Jay no se hubiera enfadado…, aunque estaría en su derecho.

La realidad era que no estaba preparada para esa conversación. La culpa que sentía hacia Kendrij todavía la carcomía…

***

Era de las pocas veces que Jay se duchaba con agua caliente, pues siempre la prefería templada, como mucho, pero era cierto que se había quedado frío después de todo lo sucedido.

Estaba bajo el chorro de la ducha sin moverse, sumido en sus pensamientos. Al menos, el calor del agua lo ayudaba a relajar los músculos, doloridos después de tanto tiempo en tensión.

Tuvo un escalofrío al darse cuenta de que, si su padre no hubiera salido a buscarlos a pesar del mensaje, tanto él como Caedra estarían muertos. Ese ataque realmente los había pillado desprevenidos.

Y todo había sucedido por su falta de reacción, por no haber sido capaz de frenar a Caedra cuando ella se marchó. No había querido llorar en presencia de otros, pero, ahora que estaba solo, apoyó la frente en la pared y sollozó, dejando que las lágrimas cayeran libremente por sus mejillas. ¿Por qué no podía hacer retroceder el tiempo?

Había estado a punto de perder a Caedra. Y ahora Jay no sabía cómo hablar con ella. Ni si debía

hacerlo. ¿Por qué la había besado? Tendría que haber adivinado que lo confundiría con Kendrij y que solo le haría daño. Aunque Hadriel insistía en que esto no era así, Jay no estaba tan convencido. Y no estaba preparado para escuchar la verdad, para que se confirmara su temor de que Caedra nunca lo podría querer por encima de Kendrij, al menos no de la forma que él deseaba…

Por eso no había querido plantearse sus sentimientos. Vivían en constante peligro; no podían permitirse ni la más mínima distracción. Si intentaba hablar de lo sucedido y se creaba una brecha entre ellos…

Apretó los ojos. No lo soportaría si se estropeaba su relación con Caedra. Quizás lo mejor sería hacer como si no hubiera pasado nada…

Cerró el grifo de la ducha y salió. Se ató una toalla a la cintura y se miró en el espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, pero no se molestó en lavarlos con agua fría.

Subió al baño de arriba. Se detuvo antes de abrir la puerta. Finalmente, respiró hondo y entró.

Se quedó congelado al ver a Hadriel hablando con Caedra, que había despertado y estaba sentada en el agua. Ambos lo miraron.

—Jay, hijo, ¿no podías vestirte antes de venir? —lo regañó Hadriel, de brazos cruzados, observando con una ceja arqueada la toalla que lo cubría de cintura para abajo.

Jay sacudió la cabeza.

—No pensaba que… —Calló al notar los ojos amarillos de la zeafírea sobre él. Había tenido tanto miedo de no volver a verlos…

No pensaba que Caedra hubiera despertado, aunque ahora se sentía mucho más ligero. Podía respirar más tranquilo.

Cerró la puerta y se acercó.

—Yo…

Realmente no sabía qué decir. Caedra lo observaba, expectante.

—Me alegro de verte despierta, Cai —murmuró al fin, decidiendo ser sincero. La miró a los ojos y se sorprendió por su sonrisa. Eso hizo que se sintiera peor. Si tan solo la hubiera detenido antes de que se marchara por la ciudad… Se dejó caer de rodillas frente a ella y se le formó un nudo en la garganta—. Lo siento mucho.

—Jay… —susurró ella con el ceño fruncido. Verlo así de abatido le provocó un pinchazo en el corazón.

—De verdad, Cai, no te imaginas cuánto lo siento. Tendría que haber reaccionado antes y… —No pudo seguir hablando. Sentía una presión tremenda en el pecho y se le estaban escapando las lágrimas. Bajó la vista.

—Jay —repitió ella con más firmeza. Puso una mano en la mejilla del chico y limpió un par de lágrimas con los dedos—. Tranquilo. No ha sido tu culpa.

Él la miró con sorpresa, casi con temor, por el cálido tacto sobre su piel. Estuvo quieto durante un par de segundos antes de abrazar a la zeafírea y pegarla a él.

Caedra arqueó las cejas, pues no se lo había esperado. Tardó un poco en reaccionar, pero, al notar que Jay estaba temblando y seguía llorando, suavizó la mirada y lo abrazó también. Puso una mano en su pelo húmedo, acariciándolo, y él escondió el rostro en el cuello mojado de la zeafírea.

Había sido la experiencia más aterradora de su vida. Jay había temido no poder sostener a Caedra en sus brazos nunca más. Y ahora necesitaba apretarla contra su cuerpo y asegurarse de que ella realmente seguía ahí. Las plumas empapadas de Caedra se adherían a su torso desnudo de forma un tanto desagradable, pero le dio igual.

Estuvieron así hasta que Hadriel se aclaró la garganta, aunque estaba observando con una pequeña sonrisa. Se separaron y Jay se frotó los ojos con los puños.

—Mañana podemos hablar con calma, ¿vale? —le dijo Caedra a Jay. Aunque no sabía si se atrevería a afrontar la conversación que tenían pendiente…

—Pero… —empezó a protestar él, frunciendo el ceño.

—Ahora estamos todos muy cansados —lo interrumpió Hadriel—. Será mejor que intentemos dormir.

—Está bien… —aceptó Jay, resignado. La verdad era que él, pasado el momento de mayor angustia, tenía bastante sueño y le costaba pensar con claridad.

***

A pesar de lo exhausto que estaba, a Jay le costó conciliar el sueño. Se despertó en múltiples ocasiones con pesadillas y, cuando el reloj marcaba las ocho de la mañana, decidió que ya había sido suficiente.

Su mente insistía en torturarlo una y otra vez con la imagen de Caedra en el asfalto y el rostro cubierto de sangre. Se incorporó hasta quedar sentado en la cama y se llevó una mano a la frente. Espiró aire con lentitud, expulsándolo en intervalos temblorosos. Estaba agotado y no había conseguido descansar nada.

Se forzó a levantarse. Pasó por el baño y bajó a la cocina. Se sorprendió al ver que su padre ya estaba ahí, mirando las noticias en la pequeña televisión junto al frigorífico.

—Buenos días, Jay —lo saludó Hadriel, levantando ligeramente la mano—. Deduzco que no has dormido bien.

—Deduces bien —masculló Jay. Se dejó caer en una de las sillas y lo miró—. ¿Tú tampoco?

—Me temo que no… Pero estoy convencido de que esta noche dormiremos mejor, no te preocupes —respondió Hadriel. Jay se fijó en que tenía una taza de café de la que todavía salía vapor. Frunció el ceño. Al final, con todo lo sucedido el día anterior, no habían comprado leche. Hadriel percibió su mirada de confusión—. Acabo de volver de comprar.

—Ah —asintió Jay. Estaba tan cansado que hasta le costaba hablar.

Hadriel se levantó y preparó otro café para él. Jay sonrió cuando le dio la taza, agradecido.

—… un coche destrozado en medio de la carretera…

Ambos giraron la cabeza para mirar la televisión al escuchar esto. En la pantalla se mostraban imágenes de su ciudad hasta que pasaron a la de un coche arrugado por completo.

Jay abrió los ojos como platos. Ahora entendía por qué su padre estaba viendo las noticias; estaba pendiente por si mostraban algo de lo ocurrido.

—No hubo ningún testigo de los acontecimientos —explicaba la reportera—, aunque la mayoría de vecinos coincide en que escucharon ruidos extraños en torno a la medianoche.

Empezaron a reproducir un vídeo grabado desde una ventana con un móvil. Era de muy mala calidad, pues había sucedido justo en una zona poco iluminada de la ciudad y también había estado nevando con intensidad. Jay tuvo un escalofrío al ver el coche ya destrozado, dos personas salian corriendo del vehículo, y otras tres estaban delante de él. Afortunadamente no se distinguía ninguno de sus rasgos, a pesar de que Jay sabía que se trataba de él mismo, en el suelo con Caedra en brazos, y Hadriel junto a ellos.

—Hemos recibido este vídeo en el que podemos apreciar varias figuras involucradas en este extraño accidente, aunque no es posible identificarlas. La policía no se explica cuál puede ser la causa para que el coche haya acabado en este estado, pues no hay marca alguna que indique colisión con otro vehículo…

—Es una suerte que no hubiera cámaras de seguridad en esa zona —comentó Hadriel.

Jay asintió con la cabeza. Sacó el móvil para escribir a Connor. No iba a dar muchos detalles, pero prefería comentarle lo sucedido antes de que fuera a su casa para que no se llevara una sorpresa al llegar.

La respuesta llegó de inmediato y arqueó las cejas. ¿Cómo estaba Connor despierto a esas horas? Jay era capaz de no levantarse hasta mediodía si lo dejaban dormir.

—Tiene que haber algún método más efectivo para buscar a Mhunn —habló Jay una vez dejó el móvil apartado en la mesa.

Hadriel giró la cabeza hacia él y arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Jay estaba soplando para enfriar el café. Le dio un sorbo antes de responder:

—Que no es nada eficaz revisar todos los libros de cada biblioteca. Es demasiado lento. ¿Y qué pasa si resulta que no encontráis nada?

Hadriel suspiró pesadamente.

—Ya, Jay, tienes razón, pero no hay alternativa. No se nos ocurre ninguna otra opción que pueda tener éxito.

Jay gruñó, descontento. Se centró en beber su café. Lo iba a necesitar para aguantar el día; tenía que trabajar por la tarde.

Escucharon el ruido de alguien bajando por las escaleras y poco después apareció Ayla en la cocina. La chica disimuló un bostezo y se frotó un ojo.

—Buenos días —los saludó ella.

—Buenos días, Ayla, ¿qué tal has dormido? —le preguntó Hadriel con una sonrisa.

Desde luego, era la que mejor aspecto tenía de todos ellos.

—Bien, estaba muy cansada y me dormí enseguida —contestó ella mientras abría uno de los armarios para sacar el pan—. Caedra no se ha despertado todavía.

—Imagino que todavía tardará un poco —dijo Hadriel—. No te preocupes.

—¿Qué fue lo que sucedió anoche? —inquirió Ayla, consternada, pues ella no conocía la historia todavía.

Jay suspiró pesadamente y se llevó una mano a la cara. Odiaba tener que recordarlo.

—Nos atacaron anoche y… usaron un coche para atropellar a Caedra —resumió con cierta dificultad.

Ayla lo miró con los ojos abiertos como platos. Se había quedado congelada con la barra de pan en la mano.

—No sabía que los coches eran tan peligrosos.

—Lo son. Es muy habitual que haya accidentes de coche mortales —explicó Hadriel—. Y los atropellos también ocurren de vez en cuando, aunque no suelen ser a propósito.

—Ya veo… —murmuró ella, impresionada, mientras cortaba el pan.

Jay se dedicó a observarla de reojo hasta que se sentó frente a él.

—¿Vas a ir a trabajar esta tarde? —le preguntó Ayla a Jay.

Él apuró lo que quedaba de su café antes de responder:

—Sí, no me queda otra. Y Connor encima me ha dicho que le han cambiado el turno, así que no estará conmigo.

Ayla frunció el ceño.

—En ese caso, iré yo.

Jay esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Ayla. Pero tendrás que acompañarme desde que salga de casa. No conviene que vayas luego tú sola y no creo que Caedra tenga ánimo para ir a la cafetería hoy.

—Tranquilo, me llevaré algo para entretenerme.

Estaban terminando de desayunar cuando sonó el timbre. Hadriel fue a abrir sin dudarlo. Solo podía tratarse de Connor.

Y, efectivamente, Hadriel regresó unos segundos más tarde con el chico a su lado.

—¿Caedra está bien? —inquirió él, preocupado al no verla en la cocina, mientras se quitaba el gorro de lana y la bufanda.

—Sí, tranquilo, está descansando —respondió Jay.

—*Estaba* descansando —lo corrigió la propia Caedra.

Todos se giraron hacia la entrada de la cocina, donde ahora estaba la zeafírea. Era tan sigilosa que no la habían escuchado.

Llevaba todavía el pijama, como Jay y Ayla, y su pelo estaba un tanto despeinado. Pero tenía, desde luego, mucho mejor aspecto que la noche anterior.

—Hola, Caedra —la saludó Connor. Se forzó a no dejarse intimidar cuando ella clavó en él sus ojos rapaces—. Jay me ha contado lo que pasó… ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contestó ella con cierta sequedad. Se sentía demasiado observada por todos.

Jay esbozó una sonrisa cansada al contemplarla. Caedra se fijó en las marcadas ojeras en su rostro, pero optó por no comentar nada al no estar ellos dos solos. Su conversación en privado tendría que esperar aún. ¿Estaban, acaso, preparados para hablar de lo sucedido?

Capítulo 8: Oasis

Jay suspiró con pesadez. Su turno no había hecho más que empezar y ya quería irse a casa. Pero apenas había dormido y estaba agotado…

Además, a pesar de ser un día de diario como cualquier otro, esa tarde la cafetería estaba a reventar de gente. Tanto él como Meredith iban de mesa en mesa sin parar; se notaba que la Navidad ya había llegado. Jay habría agradecido muchísimo tener, al menos, a algún compañero más trabajando.

Echaba un vistazo siempre que podía al rincón donde se había sentado Ayla. Sonrió al verla enfrascada en la pantalla del portátil que le había dejado Hadriel para entretenerse. Jay le había dado sus cascos para que viera alguna película, ya que esta resultaba ser una de las actividades favoritas de Ayla. De vez en cuando, ella también lo buscaba con la mirada y le dedicaba una cálida sonrisa que hacía que Jay recuperara el ánimo.

—Hoy no ha venido tu otra amiga, qué raro —comentó Meredith en un momento en el que coincidió con ella en la barra mientras preparaban varios cafés.

Jay tensó los hombros.

—Ya. Está ocupada —contestó con sequedad. No tenía ganas de darle explicaciones a su compañera de trabajo.

—Qué pena —dijo Meredith, aunque, por su tono, estaba claro que lo decía solo por cortesía—. Y tu amiga… —Señaló a Ayla con un asentimiento de cabeza—, ¿no se aburre? Lleva aquí toda la tarde.

Jay se encogió de hombros.

—Está haciendo un trabajo de la uni.

Meredith se inclinó hacia él.

—¿Y os iréis luego juntos a casa?

—Sí —respondió Jay en tono cortante. Ese día estaba de mal humor debido a lo sucedido la noche anterior y el cansancio acumulado. No tenía ganas de soportar los intentos de su compañera.

—Ah, vaya… —se lamentó Meredith e hizo un mohín.

Al fin, Meredith se fue con las tazas en su bandeja. Jay se quedó solo terminando de preparar el último café y frunció el ceño.

Había hablado un momento a solas con Caedra esa mañana y la conversación no había resultado como él esperaba.

***

Habían terminado todos de desayunar. Caedra se levantó e hizo un gesto con la cabeza a Jay para que la siguiera. Él, atacado por los nervios, se incorporó de forma un tanto rígida. Solo podía querer hablar de un asunto en concreto…

Fue tras ella cuando salió de la cocina, dejando a Hadriel, Ayla y Connor debatiendo cuál sería la próxima biblioteca que visitarían, si bien ese día se lo tomarían de descanso. Salvo Connor, estaban todos agotados.

Caedra subió por las escaleras al segundo piso. Jay permanecía en silencio, observando el ligero movimiento de su largo cabello despeinado, que caía entre las alas.

Tensó las manos a sus lados. ¿Qué sería lo que diría Caedra?

La zeafírea se detuvo al final del pasillo, frente a la habitación de Hadriel, donde suponía que apenas los escucharían desde abajo. Suspiró pesadamente y se giró hacia él.
—Jay…

Él esperó a que continuara, pero no lo hizo. Caedra ahora miraba al suelo y se había llevado una mano al brazo. Jay frunció el ceño.

—¿Estás bien? —Sabía que se lo había preguntado mil veces y que lo haría otras mil más. No podía evitarlo. Seguía muy asustado y la noche plagada de pesadillas no había ayudado. Era recordar el cuerpo roto de la zeafírea entre sus brazos y el pánico lo atravesaba con una brusquedad que le aceleraba el pulso.

Caedra lo miró por debajo de las pestañas. Se fijó en las marcadas ojeras en el rostro de Jay, en sus párpados, que no estaban levantados del todo, y en cómo mantenía la cabeza inclinada a un lado. Le costaba mantenerla erguida del cansancio.

Ella también notaba la fatiga. Le habría gustado poder tumbarse con Jay en la cama, que él le acariciara el pelo, y abrazarlo y dormirse envuelta en su calidez, olvidándose de todas sus preocupaciones…

Tensó la espalda y su corazón latió más deprisa. No, eso no era correcto. Y era precisamente de lo que tenía que hablar.

—Sobre lo que pasó ayer… —empezó, ignorando la pregunta de Jay. Se forzó a no apartar la vista—. Yo…

Y, una vez más, silencio. Jay, tan impaciente por naturaleza, supo esperar en esta ocasión. No iba a presionarla. Percibía que estaba incómoda.

Sintió un pinchazo en el pecho. Estaba seguro de que era por Kendrij. Pero, ¿y si su padre tenía razón? ¿Y si Caedra no lo había confundido con Kendrij, sino que había pronunciado su nombre por otra razón? Lo mejor sería preguntarle directamente y salir de dudas.

Respiró hondo y se armó de valor.

—Cai, cuando dijiste…
Pero Caedra lo interrumpió:

—Creo que deberíamos centrarnos en otros asuntos —soltó, con los puños apretados. El dolor que cruzó el rostro de Jay fue como una patada en el estómago para Caedra. Pero no estaba preparada para esa conversación. No estaba preparada para asumir que realmente había superado a Kendrij, que lo había dejado atrás. ¿Y si con esto perdía determinación en su afán de venganza? ¿Cómo podía hacerle algo así a Kendrij? Se merecía justicia, y era ella la que

debía encargarse de impartirla.

Además, que fuera precisamente Jay, el hermano de Kendrij, el que se estaba apoderando de su corazón hacía que la culpa la carcomiera. Y, por si esto no fuera suficiente, había algo más, algo al margen de sus sentimientos por Jay, que causaba un nuevo conflicto. Y ni siquiera se atrevía a darle forma en su cabeza. Alastair leía todos sus pensamientos. Y él formaba parte de ello.

Alastair, para alivio de Caedra, permaneció en silencio.

—Si eso es lo que quieres… —logró decir Jay. Su voz había salido ahogada y agachó la cabeza, derrotado. Hundió los hombros.

¿Significaba eso que su temor era real? ¿Que nunca escaparía de la sombra de Kendrij?

Caedra se abrazó a él con brusquedad y Jay alzó las cejas, pillado por sorpresa. Se le aceleró el corazón. Al percibir que ella estaba temblando, la rodeó de inmediato con sus brazos, preocupado.

—¿Qué pasa, Cai? —susurró, llevando una mano a su cabeza y acariciándole el pelo.

Ella reposó la frente en su hombro y apretó los ojos. Lo estrechaba con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer.

—Perdóname, Jay. No estoy preparada… —balbuceó—. Necesito tiempo para organizar mis ideas, pero me da tanto miedo que te enfades conmigo y se estropee nuestra relación que…

Caedra compartía uno de sus miedos. A Jay también le inquietaba que ahora se creara una brecha entre ellos.

Por eso se apresuró en tranquilizarla:

—Cai —la interrumpió con suavidad, poniendo las manos en sus hombros y apartándola ligeramente. La tomó de la barbilla para que lo mirara. Sintió un pinchazo ante la angustia reflejada en sus ojos amarillos—. No estoy enfadado. Solo… sigo un poco asustado —admitió, bajando la voz—. Y lo único que quiero es que tú estés bien. Si necesitas tiempo… —Respiró hondo. Trató de sonreír, si bien solo lo consiguió a medias—. Yo esperaré a que tú estés preparada. Cuando tú quieras, hablaremos de ello.

El labio inferior de Caedra tembló. Pestañeó varias veces para contener las lágrimas, tan reconfortada como aliviada por las palabras de Jay. ¿Por qué era tan bueno con ella? No se lo merecía. Pero lo apreciaba tanto que solo pudo asentir y, de manera más relajada, abrazarse de nuevo a él.

Jay le dio un beso en la cabeza. Las mariposas revolotearon en el estómago de Caedra. En la calidez de los brazos de Jay, con él sosteniéndola con ese cariño que siempre le mostraba, supo que su relación con él estaba a salvo. Solo debía organizar sus caóticos sentimientos.

Y Jay se habría quedado abrazándola para siempre…

***

Era cierto que le había dolido tener que olvidarse, por el momento, de aquel beso que tanto había significado para él. Pero, por encima de todo, no quería presionar a Caedra. Y al final también

era cierto que ahora lo más importante era centrarse en los asuntos que tenían pendientes. Como completar la misión por la que estaban en la Tierra.

Terminó de llenar la taza con café e iba a colocar todo en su bandeja cuando un chillido atravesó el local. Jay se giró de golpe para ver qué había sucedido, y se quedó perplejo al divisar a Meredith con el uniforme empapado de café, junto a la mesa de Ayla, y a su amiga con expresión de asombro y un brazo extendido.

Intuyendo que Meredith estaba a punto de explotar, Jay fue corriendo hacia ellas.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —bramó Meredith. Aunque Ayla no entendió lo que decía, su enfado era evidente, y se encogió, intimidada.

El resto de personas en la cafetería también se habían girado para observar la escena, algunos descaradamente y otros con cierto disimulo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Jay. Se interpuso entre Meredith y Ayla.

—¡Me ha tirado el café encima! —acusó Meredith, señalando a Ayla.

Jay arqueó una ceja. Eso no sonaba del todo bien. Miró a Ayla por encima del hombro.

—Ayla, ¿qué ha ocurrido? —le preguntó en auralio.

—No lo sé… —balbuceó ella con la frente arrugada—. Ha pasado junto a mí, se ha tropezado, y he actuado por reflejo. Solo he visto que se caía una taza de café encima de mí y la he golpeado con el brazo… Y ha ido hacia ella, claro.

—¿En serio? —murmuró Jay, fascinado. Ayla había actuado con una rapidez y precisión tremendas para haber conseguido eso.

—No sé qué te está diciendo —ladró Meredith. Estampó un pie en el suelo—, ¡pero está claro que ha querido burlarse de mí!

—Meredith, ha sido un accidente —dijo Jay, alzando las palmas de las manos, en un intento de tranquilizar a su compañera.

—¿Accidente? —repitió Meredith. Señaló a Ayla de nuevo—. ¡Tu estúpida amiga me ha hecho quedar en ridículo! ¡Voy a echarla!

Jay frunció el ceño. Respiró hondo, tratando de calmar el burbujeo del enfado, pues no podía perder la paciencia estando en el trabajo con los clientes observando. Pero no iba a permitir que Meredith se refiriera a Ayla de esa forma.

—No la insultes —dijo con cierto filo en la voz, cruzando los brazos. La dureza en su tono sorprendió a Meredith, que retrocedió un paso inconscientemente—. Y no puedes echarla, porque no ha hecho nada. ¿Qué le vas a decir a nuestra encargada? ¿Que has echado a una clienta habitual de nuestra cafetería por un accidente que has tenido tú? —Jay bufó—. Estoy seguro de que si comprobamos las cámaras de seguridad podremos ver que casi le tiras el café encima tú a ella.

Meredith palideció. Abrió la boca para replicar, pero no se le ocurrió ninguna respuesta con la que defenderse. Se escuchó un silbido desde el otro lado de la cafetería y el rostro de Meredith pasó de blanco a rojo al instante.

No dijo nada. Dio media vuelta y se fue apresuradamente al baño de empleados para cambiar su uniforme.

Un murmullo colectivo se extendió por la cafetería mientras todo el mundo comentaba lo sucedido. Jay liberó un suspiro de alivio al ver que Meredith se había dado por vencida y se giró para mirar a Ayla y asegurarse de que estaba bien.

—¿Qué estaba diciendo tu compañera? —inquirió Ayla, curiosa.

Jay rio con suavidad ante la expresión tan adorable de Ayla, sumada a su gracioso gorro de orejas de gato. A pesar de que ella no lo necesitaba, le gustaba llevarlo puesto.

—Nada, tonterías… —dijo él para restarle importancia—. Voy a llevar un pedido a una mesa y ahora vengo.

Jay regresó a por la olvidada bandeja de cafés. Una vez los hubo puesto en las mesas respectivas, volvió junto a Ayla. Comprobó que no había ningún cliente que lo estuviera llamando y se agachó.

—¿Qué estás viendo? —preguntó, mirando la pantalla del portátil.
—Es una película sobre un caballo salvaje al que capturan, y debe buscar una forma de escapar y regresar junto a su familia —explicó Ayla con una sonrisa—. No entiendo mucho, pero como la narra el caballo y casi no habla, más o menos me estoy enterando.

Jay sonrió también.

—Me alegro de que te guste.

Ayla apretó los labios.

—¿Se ha enfadado mucho tu compañera? No era mi intención que el café terminara encima de ella; lo he hecho sin pensar… —murmuró, preocupada.

Jay puso los ojos en blanco.

—No le des más vueltas. Ha sido un accidente y la culpa es de Meredith. Tú no podías controlar dónde iba a acabar el líquido de la taza cuando la has apartado en el aire y, si no lo hubieras hecho, habrías acabado tú con el café encima.

—Ya… En cualquier caso, ¿le pedirías perdón de mi parte cuando vuelva? —suplicó Ayla.

—Eh… Sí, claro, lo haré —dijo Jay, aunque no tenía intención alguna de hacerlo. La actuación de Meredith y su forma de dirigirse a Ayla lo habían dejado bastante molesto e irritado con su compañera de trabajo.

—Gracias, Jay —dijo ella con una sonrisa—. ¿Crees que Caedra se lo estará pasando bien?

Jay ladeó la cabeza, confuso.

—Supongo que estará un poco aburrida sin hacer nada en casa…

Ayla dejó escapar una pequeña carcajada y se llevó la mano a la boca.
—No, no. Me dijo que Connor quería llevarla a un sitio esta tarde —explicó.

Jay se quedó boquiabierto.

—Llevarla… ¿a un sitio? —balbuceó, perplejo.

—Sí, pensaba que lo habías escuchado.

—No…

La verdad era que haber dormido tan poco le había pasado factura, más de lo que pensaba. Después de su conversación con Caedra, casi no se había enterado de nada de lo que habían hablado a su alrededor.

Entornó los ojos.

—¿Y a dónde han ido?

—¿A un sitio de helados? —contestó Ayla con cierta duda, subiendo el dedo índice a los labios —. No recuerdo cómo se llama.

—Sí, una heladería —asintió Jay. Suspiró con cierta resignación—. Veo que Connor enseguida se ha dado cuenta de lo mucho que le gusta a Caedra el helado.

—Espero que Caedra se lo pase bien y pueda desconectar un poco —comentó Ayla. Apoyó el codo en la mesa para reposar la mejilla en la mano—. Con lo mal que lo tuvo que pasar anoche… Se merece un descanso.

Jay sacudió la cabeza. Se forzó a sonreír, pues su amiga tenía razón. ¿Por qué sentía esos celos tan tontos de Connor? Debería estar agradecido de que su amigo se preocupara por hacer algo que animara a Caedra.

—Estoy seguro de que le gustará —dijo Jay al final—. Aunque no quiera admitirlo, tiene un auténtico vicio con el helado. Intenta disimularlo, pero está claro quién arrasa con todo el helado que hay en la nevera…

Ayla rio.

—Qué malo eres, Jay.

Jay vio por el rabillo del ojo a un cliente levantar el brazo.

—Bueno, me temo que voy a tener que seguir trabajando —dijo y se puso en pie. Le dio un toque a las orejas de gato del gorro de Ayla—. Luego me cuentas qué tal la peli.

Ayla observó a Jay con una sonrisa mientras este iba a una mesa en el extremo opuesto de la cafetería. No se aburría en absoluto, le gustaba contemplar a Jay cuando estaba trabajando. Y él iba siempre que le era posible a ver qué estaba haciendo y a hablar con ella aunque fuera unos segundos.

Divisó a una chica de inconfundible cabello rojo salir del baño. Meredith la miró y resopló. Irguió la barbilla, muy digna, y fue a la barra. Ayla frunció el ceño. No había querido decírselo a Jay, pero le había dado la sensación de que Meredith había tropezado junto a ella a propósito…

***

Connor observa a la zeafírea sentada frente a él con una sonrisa divertida.

—Jay tenía razón, no te cansas de comer helado.

Caedra se detuvo con la cucharilla en la boca, como si la hubieran pillado cometiendo un terrible crimen. Sus mejillas se colorearon ligeramente de rojo. Iba ya por su cuarta tarrina.

—El helado no existe en Gea —se defendió ella—. Por lo que tengo que aprovechar ahora que estoy en la Tierra.

Connor echó la cabeza hacia atrás y rio. A Caedra se le escapó una sonrisa que borró pronto de la cara. Todavía se sentía avergonzada por lo sucedido la noche anterior, por haber actuado de esa forma tan temeraria, y le costaba relajarse.

—Sí, y te estás tomando muy en serio tu misión de dejar la Tierra también sin helado —bromeó Connor. Se recostó en la silla y cruzó los brazos. Él ya había terminado su tarrina hacía rato, pero no tenía ninguna prisa y se alegraba de que Caedra estuviera disfrutando.

Estaban en una de las heladerías más populares del centro. A pesar de ser pleno diciembre, con la nieve ya cuajando en las aceras, el lugar estaba repleto de gente. Habían tenido suerte y se habían sentado en la única mesa que quedaba libre, junto a la cristalera.

Caedra, además, apreciaba haber ido a una heladería. No podía quitarse el gorro ni el poncho en ningún sitio y, a veces, acababa teniendo calor. El helado ayudaba a combatirlo.

Debía admitir que no había esperado llevarse tan bien con el mejor amigo de Jay. Al principio se había temido que fuera un estorbo, o incluso una distracción, para Jay. Tenían una misión que cumplir y el resto de sus compañeros los esperaba en Gea; no había tiempo que perder.

Pero Connor enseguida había mostrado su compromiso y su comprensión de la situación. Al ver lo dispuesto que estaba también a aprender a defenderse para no ser un blanco fácil, la opinión de Caedra sobre Connor había mejorado todavía más. Ella misma se había sentido débil e indefensa cuando sus alas se habían roto, y luego cuando había resultado que nunca podría volar de la misma manera. Había agradecido que Hadriel la entrenara en el uso de los abanicos, por lo que estaba encantada de hacer lo mismo por Connor.

Era muy diferente a Jay cuando lo conoció. A pesar de que veía que Connor era un chico alegre y animado, no le restaba importancia a nada y se tomaba las cosas en serio.

Y, por alguna extraña razón, insistía en hablar con ella. A Caedra esto, antes, le resultaba molesto, pero, ahora que iban cogiendo confianza, disfrutaba de las conversaciones.

«Estoy convencido de que resultará ser otro simple y estúpido mortal», masculló Alastair.

Caedra lo ignoró. Se dedicó a observar a Connor mientras este se disculpaba para responder a unos mensajes en su grupo de laboratorio de la universidad. Llevaba un jersey gris oscuro que hacía destacar su revuelto pelo rubio, y una chaqueta vaquera por encima con un bordado que iba a juego con sus ojos verdes. Se marcaron los hoyuelos en sus mejillas cuando se le escapó una sonrisa por un mensaje que había leído, y se fijó en que tenía la barba algo crecida tras unos días sin afeitarse.

Aunque había sido un inconveniente al principio, Caedra se alegraba de que Jay hubiera recuperado a su mejor amigo.

—Disculpa, Caedra; mis compañeros están un poco preocupados porque se acerca la fecha límite para entregar una práctica y todavía necesitan mi parte —explicó Connor mientras guardaba el móvil—. Como llevo ya un par de semanas sin aparecer por la uni… Pero les he

asegurado que esta noche tendrán todo.

—¿Qué es lo que estudias? —preguntó Caedra, curiosa.

—Biología —contestó Connor con sencillez—. Me está gustando, pero hay algunas asignaturas que se me hacen un poco pesadas.

—¿Y no hay problema si te saltas las clases?

Connor dejó escapar una risita nerviosa. Se llevó una mano al cuello.

—No es lo ideal… Pero tendré que apañármelas; no me queda otra, dada la situación… —Suspiró pesadamente—. En el peor de los casos, repetiré las asignaturas el año que viene.

Caedra torció el gesto. Ahora se sentía mal por ser la causa de que tuviera que perderse las clases para entrenar con ella. Aunque fuera algo necesario si quería ser capaz de defenderse.

Terminó su cuarta tarrina, pero, aunque ya estaba llena, no tenía prisa por marcharse.

—Es curioso —comentó Connor y esbozó media sonrisa—. Me gustaría centrarme en la ornitología.

Caedra ladeó la cabeza, confusa. En Gea no existían semejantes campos de estudio, y la última palabra que había dicho Connor no había sido traducida al auralio por el medallón, como sucedía con la mayoría de términos exclusivos de la Tierra.

—¿Qué es eso?

—Es la parte de la zoología que se centra en las aves.

Al menos, sí fue capaz de deducir lo que era la zoología con esa información. Caedra dejó escapar una pequeña carcajada.

—Y aquí estoy yo, una especie mezcla entre humano y pájaro, ¿no?

Connor rio también.

—No quería decírtelo, por si te ofendías, pero sí. No es solo por tus alas, o las plumas —comentó—. Tus ojos me recuerdan bastante a los de un halcón. Los cuernos, me temo, son ya diferentes.

Caedra se encogió de hombros.

—Es difícil adivinar a simple vista para qué sirven los cuernos que tenemos los zeafíreos, pero…

—¿Os ayudan a detectar cambios en las corrientes de aire? —dedujo Connor.

Caedra se quedó boquiabierta y arqueó las cejas.

—¿Cómo has…?

Connor sonrió.

—Lo he estado pensando estas semanas y era la única explicación que tenía sentido. Dudaba que fueran meramente decorativos.

—Es lo que cree la mayoría…

—Entonces, ya no formo parte de la mayoría, ¿verdad? —dijo Connor, divertido.

—Supongo que no —respondió Caedra con una pequeña sonrisa—. ¿Y qué haces exactamente en la universidad?

—Aprender biología —bromeó él. Caedra puso los ojos en blanco—. Vale, vale… Tenemos una parte de clases teóricas, y luego también hay prácticas en el laboratorio… —Su rostro se iluminó. Se inclinó hacia ella y reposó los brazos en la mesa—. ¿Por qué no venís conmigo algún día?

Caedra se sorprendió cuando lo primero que le vino a la mente fue decir que sí; debía admitir que tenía curiosidad. Se forzó a averiguar un poco más:

—¿Qué es lo que hacéis en el laboratorio?

Connor había captado su interés, por lo que respondió enseguida:

—Examinamos muestras de distinto tipo, analizamos tejidos, plantas o bacterias con el microscopio, mezclamos algunos líquidos…

Había intentado no utilizar ningún término demasiado técnico, por lo que Caedra lo entendió sin problema. Solo había una palabra que desconocía:

—¿Microscopio?

—Es un aparato que permite ampliar la imagen de objetos o seres para ver detalles que no se apreciarían a simple vista.

Caedra se llevó el dedo índice a los labios. Le costaba imaginarlo; era algo que le gustaría ver con sus propios ojos.

—Sí que estaría bien ir —respondió al final, sonriendo.

—¡Genial! —celebró Connor con alegría—. Espero que podamos encontrar algún hueco. A Ayla le resultará fascinante.

—Estoy segura de que sí —dijo ella, divertida. Ayla adoraba almacenar en su mente cualquier tipo de conocimiento—. Por cierto, ¿has podido mirar algo de esos… vídeos… que hay en…?

—¿… Internet? —completó él.

Caedra suspiró con alivio. Era incapaz de recordar tantos términos extraños. ¿Cómo lo lograba Ayla?

—Sí.

—Lo he estado mirando y yo, desde luego, no creo que pueda aprender a lanzar cuchillos por mi cuenta —admitió Connor, más serio—. Pero si puedes ayudarme aunque sea un poco…

Caedra asintió con la cabeza.

—Tranquilo, no soy una experta, pero algo podré indicarte.

Connor le mostró a Caedra en su móvil los tutoriales que había encontrado en la red. Pasaron así unos minutos. La zeafírea miraba con atención, impresionada por la calidad de las explicaciones, aunque no entendiera el idioma. Había llegado a pensar que en la Tierra nadie

sabía luchar.

Sin embargo, pronto se empezó a sentir observada. Cruzó las manos para apoyar la barbilla en ellas, fingiendo tener puesta toda su atención en el móvil. Mientras tanto, iba recorriendo el lugar con sus ojos poco a poco.

Encontró lo que buscaba al detectar que un chico de la edad de Connor, o quizá algo más joven, apartaba la mirada con rapidez. Estaba sentado al otro lado del establecimiento, justo la dirección desde la que Caedra había notado algo extraño.

Lo analizó de reojo. A simple vista no parecía muy amenazador. Vestía entero de negro y llevaba su largo y liso pelo rubio, pálido y distinto al dorado de Connor, recogido en una coleta. Su piel era casi blanca, algo que Caedra visualizaba con facilidad por el contraste con sus prendas oscuras. No distinguía ningún rasgo más a esa distancia.

No le sonaba de nada… y, aun así, tenía cierto aire familiar. ¿Por qué?

—No actúes de forma distinta con lo que te voy a decir —le susurró Caedra a Connor, que giró la cabeza para mirarla con el ceño fruncido—. Sigue comportándote con naturalidad.

—De acuerdo.

—Hay alguien que lleva un rato observándonos y no sé qué quiere —explicó ella. Connor, cumpliendo con lo ordenado, no mostró reacción exterior a la información, aunque sí que tuvo que contenerse para no tensar los hombros.

—¿Es uno de ellos? —inquirió él también por lo bajo.

—Es lo más probable.

—¿Y qué hacemos?

—Vamos a irnos con tranquilidad, como si no lo hubiéramos visto —contestó Caedra mientras se ponía la bufanda—, y comprobaré si nos sigue.

Connor asintió con la cabeza. Se abrochó la chaqueta y se levantó.

Caedra también se incorporó, pero se tambaleó y apretó los ojos. Se llevó una mano a la frente, mareada, y no se dio cuenta de que se estaba cayendo hacia atrás hasta que algo la forzó a mantenerse en pie.

«Ten cuidado», advirtió Alastair, muy serio. Liberó el control sobre su cuerpo al comprobar que había recuperado el equilibrio.

Caedra respiró hondo y se aseguró también de que se le había pasado la desagradable sensación.
«Gracias», le dijo a Alastair, avergonzada, pero a la vez conmovida por que él siempre estuviera tan pendiente de ella.

—¿Estás bien?

La pregunta de Connor la devolvió a la realidad.

—Sí, tranquilo.

—Un golpe en la cabeza nunca es una tontería. Avísame si empiezas a encontrarte mal —le pidió él, yendo a su lado.

—Lo haré —asintió ella, aunque un tanto incómoda. Pensaba ocultarlo en la medida de lo posible.

Connor extendió su brazo hacia la puerta.

—Te sigo.

Caedra se forzó a andar, ahora nerviosa. Pero el mareo se había pasado.

«Tendrías que haberte quedado en casa descansando», la regañó Alastair.

«Pensaba que me encontraba mejor», replicó ella.

Fueron recibidos por una fría corriente de aire al salir al exterior. Ya se había hecho de noche y Caedra se sorprendió. La tarde se le había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Estaba nevando y agradeció, por una vez, llevar el gorro y el poncho.

Connor también se estaba ajustando su propio gorro de lana. Guardó las manos en los bolsillos de la chaqueta y la miró.

—¿A dónde vamos? —inquirió, pues, si alguien los estaba siguiendo, supuso que ir directos al coche no sería lo mejor.

Caedra echó a andar y Connor fue junto a ella. La zeafírea comprobó por el rabillo del ojo que el misterioso chico se había levantado también y salía ahora del establecimiento.

Eso confirmaba sus sospechas.

—Hay que despistarlo —le susurró Caedra a Connor.

—Conozco el sitio perfecto —dijo él y aceleró el paso.

Se adentraron en las calles abarrotadas del centro. Al ser de noche, la gente estaba saliendo del trabajo, y muchos iban directos a comprar regalos de Navidad.

—¿Te ha explicado Jay lo que es la Navidad? —inquirió Connor mientras caminaban.

—Algo ha mencionado, pero no recuerdo mucho —admitió Caedra—. ¿Algo de una celebración que tenéis en la Tierra?

—Sí, algo así. Es una época del año en la que las familias se juntan y se intercambian regalos —resumió él—. Se extiende prácticamente durante todo diciembre.

Caedra asintió con la cabeza, aunque no le veía mucho sentido y no entendía por qué ese mes en concreto.

Connor la guio hasta el interior de una de las mayores tiendas de ropa del centro, que tenía varios pisos. Subieron por las escaleras mecánicas.

—¿Nos sigue todavía? —inquirió Connor por lo bajo.

Caedra echó un rápido vistazo por encima del hombro. Divisó al misterioso chico entrando por la puerta y mirando en derredor.

—Sí.

—De acuerdo. Ven conmigo.

Fueron al otro extremo de la segunda planta, tras lo cual volvieron a subir por unas escaleras mecánicas. Repitieron el proceso hasta llegar a la quinta y última planta, donde ya cogieron el ascensor para descender a la planta baja.

—¿Y ahora? —le preguntó Connor a Caedra mientras andaban a paso rápido, ya de nuevo en la calle.

Connor le ofreció el brazo a Caedra para que buscara a su perseguidor sin chocarse con nada. Ella se agarró sin dudarlo, dadas las circunstancias, y dejó que la guiara mientras miraba por encima del hombro. Por más que trató de localizar al misterioso chico, sin embargo, no lo encontró.

—Creo que lo hemos perdido —declaró, satisfecha.

—En ese caso, vamos rápido al coche.

Subieron al vehículo y Connor arrancó de inmediato. Circularon durante un par de minutos hasta que Connor habló:

—Interesante forma de terminar la noche, ¿no?

Caedra lo miró y soltó una pequeña carcajada ante su tono irónico.

—Ve acostumbrándote, Connor.

—Lo sé, lo sé —dijo él con una sonrisa—. Pero, a pesar de este pequeño incidente, me lo he pasado muy bien.

Caedra no dudó al responder:

—Yo también.

Connor la observó de reojo.

—Me alegro. ¿Crees que tendrás hueco para la cena con todo el helado que te has comido?

Caedra bufó y Connor rio.

—Ten cuidado con lo que dices o acabarás con un cuchillo en la espalda cuando empecemos a entrenar con ellos —advirtió ella.

Connor arqueó una ceja. Paró en un semáforo en rojo.

—Creo que es la primera vez que te escucho hacer una broma estando conmigo.

—¿Quién ha dicho que sea una broma? —replicó Caedra, muy seria.

Él la miró fijamente durante unos segundos, desconcertado. Finalmente, a Caedra se le escapó una sonrisa y ambos rieron.

Capítulo 9: Vendaval

Hadriel levantó la vista del libro que estaba revisando cuando escuchó a Caedra resoplar con clara frustración.

—Es imposible, nunca vamos a encontrar nada —murmuró la zeafírea, apartando el último volumen de su montón. Se hundió en el respaldo de la silla y cruzó los brazos.

Hadriel cerró el libro y se giró hacia ella.

—No te desanimes. Después de todas las bibliotecas que hemos revisado hasta ahora, estoy convencido de que estamos cerca.

—Ese es precisamente el problema —gruñó Caedra. Alzó la palma de la mano izquierda. Solía ser optimista, pero…—. Por más que miramos no hay ni rastro de nada, y ya hemos buscado bastante. ¿Y si realmente Mhunn no dejó más libros escritos como pista?

Hadriel se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Suspiró con pesadez.

—Es una posibilidad. Sin embargo, me temo que no hay nada más que podamos hacer para dar con el paradero de Mhunn o con el lugar en el que escondió los cuerpos.

Estaban ya a finales de diciembre. Dentro de poco se cumplirían dos meses de su llegada a la Tierra, y Caedra se estaba agobiando. Era desesperante no avanzar nada en su búsqueda, y más sabiendo que tenían a sus compañeros esperándolos en Gea.

Caedra abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por un ataque de tos. Hadriel frunció el ceño y puso la mano en la espalda de la zeafírea, preocupado.

—Esa tos ha empeorado bastante estos días —comentó él una vez Caedra pudo respirar con normalidad de nuevo—. Quizá sea el momento de que nos planteemos probar con algún medicamento no muy agresivo.

La única razón por la que no lo habían hecho antes era porque no sabían hasta qué punto sería similar el organismo de un zeafíreo al de un humano.

Caedra negó con la cabeza.

—No, tranquilo. Puedo aguantarlo, no es más que una molestia sin importancia.

—Por ahora. He estado dando vueltas a ese asunto también estas semanas —dijo Hadriel y se irguió en su asiento—. Solo tú y Ayla tenéis esa tos tan extraña, y en ambas apareció después de llegar a la Tierra.

—Sí —afirmó Caedra con sencillez. No adivinaba a dónde quería llegar Hadriel.

—A Ayla ha parecido afectarle en menor medida que a ti. Tú eres zeafírea y Ayla lo es solo en parte. Los zeafíreos son más vulnerables que otras razas a los cambios en el ambiente…

Caedra arqueó una ceja. Ahora sí se iba haciendo una idea.

—Es por la contaminación de la Tierra —dedujo, y Hadriel asintió con la cabeza.

—Sospecho que sí.

«Estoy de acuerdo, es la teoría que tiene más sentido —comentó Alastair—. Cuanto antes regresemos a Gea, mejor».

«Eso depende de cuándo encontremos algo…», se lamentó Caedra.

—Me preocupa que siga empeorando —prosiguió Hadriel y torció el gesto—. Me gustaría llevarte a que te hagas unas pruebas de función pulmonar, pero me temo que no será posible en un hospital, por razones obvias…

—¿Eso para qué serviría?

—Son pruebas que evalúan si los pulmones están funcionando bien y se emplean para averiguar la causa de problemas respiratorios. Nos permitiría saber un poco mejor hasta qué punto te está afectando esto.

—No creo que sea para tanto… —protestó Caedra, y justo tuvo que callar para toser.

—Has empeorado bastante estos últimos días —repitió Hadriel con firmeza y el ceño fruncido. Cruzó los brazos—. Si sigues así, podrías llegar a un punto en el que haya daño irreversible en tus pulmones. Me gustaría tener un diagnóstico para saber cómo actuar.

Caedra bajó la vista al suelo. Ahora se estaba empezando a preocupar ella también.

—Pues… —Se llevó una mano a la barbilla, pensativa. Sus ojos se iluminaron y miró a Hadriel —. ¿No podríamos ir a un hospital y luego tú borras la memoria a las personas que nos atiendan?

—Sería lo más sencillo, pero no es viable. Los hospitales están llenos de personal y no solo habría que tenerlos a ellos en cuenta; quedan registros en los ordenadores y en las cámaras.

Caedra hundió los hombros.

—Por ahora puedo seguir aguantando —acabó por decir ante la falta de soluciones—. Pero sí que me gustaría encontrar algo sobre Mhunn de una vez…

Habían buscado ya en tantas bibliotecas que había perdido la cuenta. La biblioteca en la que se encontraban en ese momento distaba dos horas de casa. Todas las que estaban más cerca ya las habían registrado.

Regresaron al coche al atardecer. Lo primero que hizo Caedra cuando Hadriel arrancó el motor fue mirar la hora que aparecía en la pantalla.

—¿A qué hora llegaremos? —preguntó mientras se abrochaba el cinturón.

Hadriel la miró con una pequeña sonrisa.

—¿Alguna razón en especial para esa pregunta?

Caedra notó que sus mejillas ardían.

—¿Por qué lo dices?

Hadriel rio por lo bajo. Salieron a la carretera.

—No creerás que no me he dado cuenta de lo mucho que quedas con Connor últimamente.

Y con ese comentario, el rostro entero de Caedra se coloreó de rojo.

—Pero… Hadriel, ¿desde cuándo te fijas en esas cosas? —logró balbucear ella.

—Simplemente me ha llamado la atención —dijo él con sencillez—. Lleváis ya tres semanas saliendo juntos con bastante frecuencia. Y sé que Jay está un tanto irritado.

Caedra frunció el ceño. No se había dado cuenta de esto último.

—¿Y eso por qué? Connor solo me está llevando a distintos sitios de la ciudad para que los conozca y, como pasamos bastante tiempo entrenando…, es una buena forma de tomarnos un descanso —se defendió. Y era la verdad. No se sentía atraída por Connor, pero sí disfrutaba con su conversación, cosa que no había esperado cuando lo conoció.

—¿Seguro que no hay nada más? —insistió él, divertido.

—Hadriel… —gruñó Caedra y se hundió en su asiento, avergonzada. Hadriel rio—. Estás disfrutando torturándome de esta forma, ¿eh?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Me alegra verte entusiasmada con algo y no puedo desperdiciar la oportunidad de ejercer un poco de padre.

Caedra sonrió al escuchar esto último, pero frunció el ceño. Bajó la vista a su regazo.

—¿Lo dices en serio? —murmuró con cierto temor; no quería sacar conclusiones precipitadas.

—¿El qué?

Caedra cogió uno de sus largos mechones de pelo blanco y empezó a enrollarlo en sus dedos, nerviosa.

—Lo que has dicho hace un momento…

Hadriel suavizó la mirada. El comentario se le había escapado, pues no había tenido intención de hablar sobre ello hasta mucho más adelante, pero sabía que no podía ignorar a Caedra cuando ella quería una respuesta. Por tanto, lo mejor sería aprovechar el momento.

Paró el coche en una gasolinera y apagó el motor. Caedra lo observaba, confusa por su silencio.

Hadriel se giró hacia ella. Respiró hondo.

—Sí, Caedra, lo decía en serio. Eres como una hija para mí, ya desde hace muchos años.

Caedra tenía los ojos muy abiertos. Se le había quedado la garganta seca y se forzó a tragar saliva.

—Yo…

¿Por qué le tenían que fallar las palabras justo en ese momento, cuando era lo que siempre había deseado escuchar?

Hadriel vio su dificultad para hablar, por lo que decidió continuar:

—No había querido decirte nada antes para no incomodarte. —Frunció el ceño—. Pero ya desde pequeñita te hiciste enseguida un hueco en mi corazón. Sabes que una de las cuestiones más dolorosas para mí, cuando tuve que venir a la Tierra, fue no poder despedirme de ti y explicarte la situación…

Caedra notaba que le ardían los ojos.

—Entiendo por qué tuviste que hacerlo… —consiguió murmurar.

Hadriel tensó las comisuras de los labios.

—Aun así, me costó bastante. Afortunadamente, el destino nos permitió encontrarnos de nuevo —dijo y la miró a los ojos—. Siempre me he preocupado mucho por ti e intento estar pendiente de todo. Jay y tú sois lo más importante que tengo, y…

Hadriel calló cuando Caedra se lanzó a abrazarlo. Aunque tardó un instante en reaccionar, enseguida la abrazó también y sonrió. Era bastante incómodo al estar en el coche, pero a ninguno de los dos les importó.

—No sabes lo mucho que significa eso para mí —dijo Caedra con voz ahogada.

Él puso una mano en su cabeza.

—Si lo hubiera sabido, te lo habría dicho antes.
Ella se separó para mirarlo.

—Yo siempre te he visto como un padre, Hadriel, pero… —Suspiró con tristeza—, tampoco me atrevía a decirte nada.

—¿Por qué? —preguntó él con suavidad.

—Temía que no lo vieras de la misma manera. —Torció el gesto—. Y también está Jay, que sí que es tu hijo, y no quería entrometerme…

—En ese caso, ambos nos hemos preocupado por nada —dijo él—. No tenía intención de hablar de ello hasta más adelante por si te molestaba, pero me alegro de que hayamos podido hablarlo ahora.

Ella sonrió.

—Yo también.

—Caedra, ten clara una cosa —prosiguió Hadriel, más serio—. Jay es mi hijo, sí, pero que lo quiera a él no me impide quererte a ti. Y viceversa.

La sonrisa de Caedra se ensanchó. Sus mejillas estaban rosas de la alegría.

—Gracias, Hadriel. Creo que ahora mismo soy la persona más feliz del mundo.

Hadriel rio con suavidad. La miró antes de arrancar el coche de nuevo.

—Y yo también al escuchar eso.

Regresaron a la carretera. Caedra se había relajado en su asiento y observaba el paisaje por la ventanilla con la sonrisa todavía plasmada en su rostro.

—Bien, ahora que hemos hablado de nosotros… —continuó Hadriel, y Caedra adivinó lo que iba a decir en cuanto escuchó su tono pícaro—, ¿no me vas a contar nada más sobre Connor?
—¡Hadriel! —exclamó Caedra con indignación, irguiéndose, pero acabó por reír—. Sí que vas a disfrutar con esto.

—No lo voy a negar —dijo él, divertido—. Sin embargo, por mucha curiosidad que tenga, cuéntamelo solo si quieres, por supuesto.

—Bueno… —Caedra volvió a enrollar un mechón de pelo en sus manos—. No es nada de lo que imaginas. Solo nos estamos haciendo muy amigos. Aunque Connor no me agradaba al principio, estas semanas se ha ido ganando mi cariño poco a poco.

—Yo lo conozco desde pequeño y siempre ha sido buen chico —asintió Hadriel—. Un poco trasto como niño, pero ha madurado mucho desde entonces.

—La verdad es que me lo paso muy bien cuando estoy con él. Solo espero que Connor no tenga otras intenciones, porque yo no lo veo de esa manera.

—No lo creo, tranquila.

Caedra frunció el ceño.

—Aun así… —Espiró aire con brusquedad y se llevó una mano a la cabeza—. Hablando de todo esto, Hadriel, estoy muy confusa. No he sido capaz de volver a enamorarme de nadie desde lo de… Kendrij… Y ahora… —Calló. ¿Debería sacar el tema de Jay?

—¿Qué te preocupa? —inquirió Hadriel ante su silencio.

—Jay. Yo… no termino de aclarar mis sentimientos hacia él —admitió ella y lo observó de reojo para ver su reacción—. Ni si debería sentir lo que siento.

Contuvo un suspiro de alivio al comprobar que Hadriel no se mostraba molesto.

—Sí, me había dado cuenta, pero no quería entrometerme.
—¿Tan obvio es? —exclamó ella, alarmada, y giró la cabeza hacia él de golpe.

Hadriel rio por lo bajo.

—No, no te preocupes, pero os conozco demasiado bien a los dos y me he ido fijando en pequeños detalles.

Esta vez Caedra sí que suspiró de puro alivio.

—Menos mal… Lo último que necesito es que todo el mundo se haya dado cuenta de mi confusión.

—Tranquila, ni el propio Jay se da cuenta —dijo Hadriel y negó con la cabeza—. Para lo observador que es con todo lo demás…

Caedra apretó los labios.

—Yo no sé muy bien qué hacer—murmuró y bajó la vista a su regazo. Siguió jugueteando con el mechón de pelo—. Sé que Jay es muy importante para mí. Daría todo por él. Me siento bien cuando estoy a su lado, pero… —Empezó a experimentar una desagradable presión en el pecho al recordar el beso tras el cual ella se marchó de forma tan precipitada—. No sé cómo debería actuar al respecto. Y tampoco sé lo que siente él por mí. Es frustrante.

Hadriel sonrió. Era irónico; Jay estaba en la misma situación. Pero no era él quien tenía que decírselo a Caedra.

—Imagino que te preocupa que se deteriore tu relación con él —habló Hadriel, y Caedra asintió con la cabeza tristemente.

—También me recordaba mucho a Kendrij, por más que trataba de evitarlo, y eso dificultaba todo —masculló ella. Apretó los dientes—. Pero ahora que he conseguido separarlos en mi mente… Ahora que ya no pienso en Kendrij al mirar a Jay… —Le ardieron los ojos y parpadeó —. Siento que estaría traicionando a Kendrij si hago caso a mis sentimientos. Precisamente con su hermano…

Hadriel frunció el ceño. Era una situación muy complicada, y entendía que Caedra tuviera ese conflicto interior.

—Kendrij nunca te lo reprocharía. Creo que le haría feliz saber que has encontrado el amor con otra persona, sea quien sea. —Hadriel la miró de reojo. Ella lo escuchaba con atención—. Pero no debes presionarte al respecto. Si ahora no te sientes preparada, deja que pase el tiempo. Al final, las cosas se aclararán por sí solas, ya lo verás.

—No estoy tan segura… —murmuró ella.

Hadriel esbozó una pequeña sonrisa. Él consideraba que el vínculo que existía entre Jay y Caedra era especial; ambos darían todo por el otro. Para él, no había duda de lo que sentían, y nada le gustaría más que verlos juntos. Pero debían darse cuenta ellos mismos.

Tras unos segundos de silencio, Caedra sacudió la cabeza.

—En cualquier caso, no voy a desanimarme ahora por eso. Si no llegamos muy tarde voy a salir a cenar con Connor y la verdad es que me apetece mucho.

Hadriel dejó escapar una pequeña carcajada.

—Me alegro, pero tened cuidado.

—Tranquilo, estoy siempre atenta.

Aunque tenía que admitir que se sentía hipócrita. Tanto regañar a Jay por querer hacer otras actividades mientras estaban en la Tierra... No se sorprendería si en algún momento Jay se enfadaba con ella. Al menos, ahora lo entendía; era algo que necesitaban hacer para despejarse cuando no podían avanzar de ninguna otra manera en la búsqueda.

Caedra se centró de nuevo en mirar por la ventanilla. Hadriel la observaba de vez en cuando de reojo, pensando en lo curioso que era que Caedra no se diera cuenta de lo celoso que se ponía Jay cada vez que salía con Connor.

***

Jay podía decir con total seguridad que no había estado tan estresado nunca antes en los días que llevaba trabajando en la Tierra. Era viernes y habían cerrado a las doce de la noche.

Ayla estaba a su lado mientras terminaba de echar la llave a la puerta de la cafetería. Meredith se había ido unos minutos antes. Desde el incidente con el café se habían distanciado un poco, lo que Jay agradecía.

—¿Qué tal el curro hoy, Jay?

No era Ayla quien había hablado. Jay se giró al escuchar la voz masculina, sorprendido, y

divisó a Connor y a Caedra andando hacia ellos por la acera.

—¿Qué hacéis aquí? —quiso saber él, confuso.

—Nosotros también nos alegramos de verte —dijo Connor, sarcástico.

—Venimos de cenar —respondió Caedra, riendo ante el comentario de Connor—. Como sabíamos que terminarías de trabajar ahora, hemos pensado que podríamos volver todos juntos a casa.

—Sí, ¡así será más alegre el paseo! —celebró Ayla y dio una palmada. Había protegido sus manos con unos guantes marrones.

—Muy bonito, Connor —refunfuñó Jay mientras guardaba las llaves en su mochila—. Yo aquí trabajando y sufriendo, y tú por ahí cenando con Caedra.

Connor soltó una carcajada.

—No es mi culpa que tuviera el día libre hoy.

—¿A dónde habéis ido? —inquirió Ayla, curiosa.
—A un restaurante especializado en comida… —Caedra calló y se llevó el dedo índice a los labios, pues no recordaba la palabra exacta.

—Italiana —la ayudó Connor, divertido.

—Sí, eso —asintió la zeafírea. Sonrió—. Estaba muy bueno; tenemos que ir todos juntos algún día.

Jay tensó la mandíbula y no dijo nada. Echaron a andar. Sus pasos crujían sobre la nieve sucia de la acera. El reloj estaba ya a punto de marcar la una de la madrugada, pues Jay había tardado en limpiar y recoger, y las calles estaban casi desiertas. Muchas de las luces navideñas se estaban apagando.

—La verdad es que no me gusta estar fuera tan tarde —murmuró Ayla y se abrazó a sí misma —. El ambiente es muy triste.

—Lo prefiero a las calles abarrotadas de gente —replicó Caedra, que no paraba de escrutar los alrededores disimuladamente, por si acaso. El enemigo podía estar al acecho.

—Existe algo llamado «término medio» —dijo Jay.

—No creo que tú seas el más indicado para decirlo, con lo quejica que eres —comentó Connor para picarlo. Se ganó un puñetazo en el hombro y rio.

—¿Quién se paseó por todo el camping gritando porque había una arañita de nada en su saco de dormir? —señaló Jay con una sonrisa pícara.

Connor se cruzó de brazos, ofendido.

—Teníamos seis años.

—Sí, y luego tuviste que pasar la noche conmigo en mi saco de dormir porque no te atrevías a volver al tuyo —completó Jay y los dos soltaron una carcajada.
Caedra ignoraba su conversación. Iba con el ceño fruncido, pues tenía la misma sensación de

estar siendo observada que el otro día. Sin embargo, por más que trataba de localizar a alguien espiando, no lo conseguía.

—¿Qué te pasa? —le susurró Ayla, que detectó la intranquilidad de la zeafírea.

—Creo que nos están observando —contestó Caedra en el mismo tono.

Vio a dos hombres aparecer por la esquina unos metros más adelante. Entornó los ojos y miró por encima del hombro. Otros dos venían ahora por detrás.

Ayla imitó a la zeafírea y palideció. Caedra agarró a Connor y a Jay del brazo.

—Vamos a cruzar —les indicó en voz baja baja, y ambos chicos no tardaron en darse cuenta de la situación.

Sin embargo, al mirar a la izquierda para ir a la otra acera se toparon con otros tres hombres que ya estaban caminando por el asfalto hacia ellos. La única opción que tenían era la calle que quedaba a la derecha… Un callejón sin salida.

Jay apretó los dientes. No estaban en una zona muy iluminada, pero, aun así, era pleno centro de la ciudad. ¿Qué pretendían?

—Cada vez es más difícil pillaros desprevenidos.

El que había hablado era el que estaba en medio de los hombres que venían por la izquierda. Caedra tensó los hombros al escuchar su voz, la de alguien joven. Aunque iban todos vestidos de negro y encapuchados, un fino mechón de pelo rubio pálido lo delataba. Era el chico que los había seguido a ella y a Connor hacía unas semanas.

Tenía ese aire lejanamente familiar…
Jay adoptó una postura defensiva al ver que se comunicaban en auralio. Estaba claro que no era un simple grupo callejero que hubiera decidido atracarlos precisamente a ellos. Venían de parte del emperador.

No iba a haber más charla. El chico rubio indicó a los demás con un asentimiento de cabeza que atacaran. Él era el que estaba al mando.

Caedra reaccionó de inmediato y se situó delante de sus compañeros. Tan pronto como los hombres extrajeron los cuchillos, ella extendió las alas y los brazos y una poderosa corriente de viento los lanzó a todos por los aires.

—Imaginaba que no sería tan sencillo —comentó el misterioso chico con sequedad.

Su enemigo juntó las manos y giró las muñecas. Echó una pierna hacia delante y la dobló. Caedra adivinó al instante a qué elemento pertenecía esa postura.

—¡Jay! —lo advirtió, pero él también la había reconocido con facilidad y ya se estaba moviendo.

El chico extendió con brusquedad hacia ellos un puño y de este salió despedido un inmenso torrente ígneo. Jay estiró ambos brazos hacia delante con las palmas abiertas para frenar el ataque y el fuego los rodeó como si de un escudo se tratara.

Jay apretó los dientes. Las llamas seguían viniendo en un chorro incesante. ¿De dónde sacaba

aquel chico tanta energía? Esperaba que no hubiera cámaras grabando lo que estaba sucediendo en medio de la calle… Pero seguro que ya había alguien mirando por las ventanas.

Palideció al ver que el fuego se tornaba azul. Nunca antes se había cruzado con otro que tuviera la misma habilidad que él: una llama azul obtenida a base de años de entrenamiento. Pero ese chico le estaba demostrando que no era el único. ¿Quién era?

Jay gruñó. Una gota de sudor se deslizó por su rostro. No iba a aguantar mucho más.

A pesar del calor infernal, pues la temperatura había subido con brusquedad, Ayla pudo materializar una pequeña bola de agua que aumentó de tamaño con rapidez. Hizo que impactara contra el torrente de fuego y lo interrumpió. Todos aprovecharon para saltar en direcciones diferentes y una nube de vapor cubrió el lugar. Un instante después, las llamas volvían a ocupar el mismo espacio.

El chico interrumpió su ataque al cabo de unos segundos. Entornó los ojos y miró a un lado y a otro. Sus hombres, que ya se habían levantado e iban hacia él, esperaron nuevas órdenes.

Sonrió con satisfacción. Vio a dos de sus objetivos doblar una esquina a la izquierda y a los otros dos tratar de esconderse a la derecha.

—Todos, a por ellos —ordenó y señaló la calle a la derecha.

Sus hombres obedecieron de inmediato. Y el chico estiró los dedos y se encaminó a la izquierda.

***

Jay y Ayla se agacharon entre unas cajas de madera que había en un callejón, respirando agitadamente.

—Mierda —masculló Jay—. Ha conseguido separarnos.

Pero no les había quedado más remedio. Era eso o ser fundidos por el fuego. Jay se preguntó en qué estado habría quedado la pared sobre la que impactaron las llamas. Esperaba que el fuego no se estuviera extendiendo por el edificio. Solo faltaba que provocaran un incendio en pleno centro y tuvieran en nada ahí mismo a los bomberos. Aunque estaba seguro de que, si alguien había visto lo que estaba sucediendo a través de alguna ventana, ya habrían dado la voz de alarma.

—¿Qué hacemos? —murmuró Ayla, asustada.

—Tranquila, solo tenemos que… —Jay calló al escuchar el ruido de pasos. Miró a Ayla y puso el dedo índice en los labios. Ella asintió lentamente con la cabeza y se quedó en silencio.

Contuvieron la respiración mientras los pasos se acercaban.

La caja que estaba encima del montón tras el cual se escondían estalló en mil pedazos por el golpe de un rayo. Jay y Ayla se levantaron y salieron corriendo de inmediato. Sus enemigos sabían que estaban ahí.

Al considerar que ya tenía distancia suficiente, Jay saltó y giró en el aire. Disparó un torrente de fuego hacia sus enemigos, que se desplazaron a un lado y a otro con rapidez. Ayla ya lo esperaba y, prediciendo hacia dónde se iba a mover cada uno, fue ensartando carámbanos de hielo en sus pies y manos con gran precisión. Dejó a tres de ellos clavados contra la pared o el suelo.

Los que se le escaparon fueron corriendo hacia ellos con un grito de guerra. Jay aterrizó y materializó una serie de esferas de fuego que lanzó con rapidez. Dos cayeron al suelo, retorciéndose con aullidos de dolor, en llamas.

Solo quedaba uno, que se abalanzó con sus cuchillos por delante. Fue recibido en el aire por una ola de agua que lo estampó con fuerza contra el suelo y se congeló al instante. El hielo le impidió moverse.

Jay miró a su compañera con una sonrisa.

—Buen trabajo, Ayla.

Ella se sonrojó ante la felicitación, pero no tenían tiempo para más charla. Salieron a la carrera en busca de Connor y Caedra.

***

Caedra extendió sus abanicos de metal y creó un inmenso viento huracanado. Si su contrincante hubiera sido un soldado cualquiera, ese habría sido el fin del combate. Sin embargo, no fue así. El misterioso chico dio un impresionante salto en el aire y fue hacia la pared de un edificio, donde rebotó al propulsarse con chorros de fuego que salieron despedidos de sus pies. Pasó volando por encima de ellos y aterrizó al otro lado con impresionante ligereza.

Caedra enseguida se giró y se situó delante de Connor con las alas estiradas y los abanicos cruzados.

—Me habría gustado enfrentarme a mi hermano —se lamentó el chico, y Caedra arqueó una ceja—, pero supongo que lo bueno se hace esperar… —Sonrió con malicia—. De momento, me conformo con librarme primero de su molesta «guardiana».

—¿Quién eres? —quiso saber Caedra. Su comentario la había desorientado por completo. Sumado a ese aire tan familiar que tenía, hacía que estuviera muy confusa. Solo había una persona viva que podría llamar a Jay «hermano» y que, a la vez, le resultaría familiar a ella. Pero ese hermano tendría que ser mucho más pequeño…

El chico se llevó una mano al pecho y fingió estar herido.

—¿No me recuerdas, Caedra? —se lamentó—. Nunca nos hemos conocido en persona, pero ¿acaso crees que no me daba cuenta cuando ibas a espiar al palacio y a observarme cuando era pequeño? Encima de que fui tan bueno que nunca di la voz de alarma…

Caedra abrió los ojos como platos.

—No puede ser.

—Aquella vez que me viste quemar a esos pájaros lo hice porque sabía que estabas mirando —continuó él y se encogió de hombros—. Pensé que te parecería tan divertido como a mí y que, al fin, bajarías a hablar conmigo y podríamos ser amigos. Pero no fue así; dejaste de visitarme…

La zeafírea frunció el ceño.

—Es imposible —replicó ella—. Si fueras quien dices ser…, no podrías tener más de once años. Aparentas dieciocho.

—Y dieciocho son los años que tengo —dijo él con una fría sonrisa—. Soy el príncipe Gavin, heredero al trono del Imperio gaelaro por derecho de nacimiento. ¿Ahora sí me recuerdas, Caedra?

Caedra palideció. Se le crisparon las plumas. Su primer instinto fue gritar que estaba mintiendo, pero todo encajaba demasiado bien. Nadie la había detectado cuando, en los años posteriores a la muerte de Kendrij y a la desaparición de Jay, había ido al palacio a espiar. Solo ella estaba presente cuando un adorable niño reía con perversa alegría mientras torturaba a un grupo de pájaros y los quemaba vivos. Era una imagen que se había quedado grabada en su mente y nunca más había vuelto a observarlo después de eso. El niño había dejado de ser adorable y había pasado a ser cruel.

—¿Cómo puedes tener dieciocho años?

—¿Me lo preguntas tú? Según tengo entendido, caíste presa en el mismo mundo al que fui yo a entrenar.

Caedra arqueó las cejas. Esa era la pieza del puzzle que faltaba, y ahora estaba completo.

—Titaia —murmuró. El desfase temporal.

El chico, Gavin, asintió con la cabeza y dio unas lentas palmadas.

—Enhorabuena, Caedra. Ahora, al fin, sabes quién soy. He de admitir que he disfrutado viendo la sorpresa en tu rostro, pero suficiente charla.

Desenvainó una espada de su cinto y la envolvió en llamas. Salió disparado hacia ellos.

Caedra, consciente de que Connor estaba detrás de ella, no se apartó. Movió los abanicos con gran rapidez y creó primero un viento huracanado que forzó a Gavin a frenar, y luego una corriente de aire afilado que lo obligó a desplazarse para no acabar lleno de cortes por todo el cuerpo.

—Veo que te has adaptado enseguida a no depender de tus alas —comentó Gavin al parar un poco más lejos—. El oráculo supremo tenía razón cuando decía que no debía subestimarte.

Connor observaba todo con los ojos muy abiertos. No había nada que pudiera hacer para ayudar a Caedra en un combate donde estaban involucrados los elementos de la naturaleza, y no había aprendido a lanzar cuchillos todavía. Solo podía estar atento para aprovechar la más mínima oportunidad de salir corriendo a esconderse. Sabía que en esos momentos era un estorbo para Caedra, quien para defenderlo no podría esquivar los ataques de su enemigo.

Gavin disparó varias esferas de fuego contra ellos. Caedra las desintegró con poderosas ráfagas de viento una tras otra.

—Es una pena que estés en el bando contrario, Caedra —exclamó Gavin mientras seguía atosigándolos con proyectiles ígneos—. Tu poderoso viento y mi hábil fuego serían excelentes aliados.

—Tu padre es un asesino —espetó Caedra—. ¡Jamás lucharía para él!

Gavin endureció su mirada.

—Lo sé —dijo él en un tono sorprendentemente frío.

Caedra enarcó una ceja. ¿Eran imaginaciones suyas o el chico no se engañaba respecto al emperador?

No pudo darle más vueltas. Gavin volvía a la carga y se acercaba peligrosamente rápido hacia ellos. Se propulsó con fuego en sus pies y Caedra lo vio delante de ella en un abrir y cerrar de ojos.

Cruzó los abanicos frente a su rostro justo a tiempo para parar la estocada de su enemigo. El sonido del choque metálico resonó por el lugar.

—Buenos reflejos —ronroneó Gavin mientras los dos luchaban por repeler al otro. Caedra agradeció que el metal de sus abanicos fuera tan resistente—. Pero ¿y si hago esto?

Gavin alzó una mano y creó una llama de fuego azul. Caedra inconscientemente miró por encima del hombro; Connor seguía detrás de ella y parecía que Gavin iba a atacarlo…

Esa pérdida de concentración era lo que buscaba Gavin y lo consiguió. Le dio una patada a la zeafírea en el abdomen y la lanzó al suelo.

Caedra cayó de espaldas con un quejido. Gavin ya saltaba sobre ella con su espada por delante y la zeafírea trató de cruzar los abanicos…

Una corriente de viento golpeó a Gavin en el costado y lo mandó contra el escaparate de una tienda al otro lado de la calle. El cristal se rompió en mil pedazos con el impacto y el sonido de una alarma taladró sus oídos.

Caedra jadeó y se sentó todo lo rápido que pudo. No era ella quien había invocado esa ráfaga de aire.

Miró a Connor, quien estaba observando las palmas de sus manos con los ojos abiertos como platos.

¿Qué acababa de suceder?

Capítulo 10: La dura revelación

Jay y Ayla llegaron a la escena justo cuando Gavin se estaba incorporando. Gavin se quitó los trozos de cristal de encima mientras miraba a Jay, con un extraño brillo en sus ojos.

Todos estaban quietos, esperando a ver cuál sería el próximo movimiento de Gavin. Finalmente, las sirenas de la policía sonaron en la distancia y reaccionaron. Gavin salió corriendo, y Jay y Ayla fueron junto a Connor y Caedra.

—Debemos irnos —dijo Jay con urgencia—. Si nos pilla la policía, no será bueno.

Caedra solo sabía que la policía en ese mundo era como la guardia del emperador. Y con eso tenía suficiente. Asintió con la cabeza; aplazarían la charla sobre lo sucedido con Connor para cuando estuvieran a salvo.

—Vamos a mi casa, está aquí al lado —habló Connor, que estaba un poco pálido, y echó a correr.

Sus compañeros no dudaron en seguirlo.

***

Las sirenas de la policía y de los camiones de bomberos continuaban escuchándose desde el apartamento de Connor. Jay observaba por la ventana con los ojos entornados.

—No parece que nos hayan rastreado —dijo Jay. Se apartó y miró a los demás.

Ayla se había sentado en el sofá, pero Connor y Caedra se habían quedado de pie. No paraban de mirarse el uno al otro, y Jay arqueó una ceja.

—¿Se puede saber qué os pasa? —inquirió al final y se cruzó de brazos—. Estáis raros desde que os hemos encontrado. Estáis bien, ¿no?

Caedra se giró hacia él.

—Sí, estamos bien, pero… —Suspiró con pesadez—. Hay un par de asuntos que deberíamos hablar.

Miró a Connor de reojo. El chico había fruncido el ceño y estaba cabizbajo. Parecía sumido en sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jay.

—El que lideraba el grupo que nos ha atacado antes… —empezó Caedra. Torció el gesto y puso los brazos en jarras, desviando la atención hacia el exterior.

—¿Qué pasa? —Jay la instó a continuar, impaciente.

Caedra clavó en él sus ojos amarillos. Jay se quedó rígido. Hacía mucho tiempo que no se sentía intimidado por esa mirada rapaz, pero Caedra estaba muy seria.

—Recuerdas que te comenté que el emperador había tenido otro hijo, ¿verdad?

—Sí…

—Bien. Pues era él.

Jay se quedó con la boca abierta. Tardó unos segundos en asimilar la información.
Frunció el ceño.

—Pero… eso es imposible. Me dijiste que tenía ocho años o algo así por ese entonces, ¿no? Ahora no podría tener más de once…

—Ha estado en Titaia —lo interrumpió Caedra—. Y en ese mundo había un desfase temporal, ¿recuerdas? El tiempo pasaba más deprisa que en Gea.

Claro que lo recordaba. Jay tuvo un escalofrío. Jamás sería capaz de olvidar lo que había vivido en aquel lugar, lo que Caedra había sufrido.

Bajó la vista.

—No me lo puedo creer…

—Se trata del príncipe Gavin —prosiguió Caedra—. Y es un enemigo muy peligroso. Su fuego azul denota un manejo experimentado del elemento. Su velocidad al moverse es impresionante. Es muy ágil y hábil… Y, por alguna razón que no alcanzo a comprender, está aquí, en la Tierra.

—¿Qué hay de extraño? —dijo Jay—. El emperador quiere eliminarnos. Gavin… —Dudó al decir su nombre, sin estar seguro de haberlo memorizado bien—. Él… será uno de sus mejores soldados. O el mejor, directamente.

—Es, también, su heredero al trono —señaló Caedra—. ¿Por qué arriesgarse a enviarlo a la Tierra?

—Es extraño —la apoyó Ayla.

—No lo sé, pero alguna explicación tendrá.

—Si el emperador lo ha enviado aquí a acabar con nosotros, es porque confía completamente en las habilidades de Gavin —dijo Caedra y cruzó los brazos—. Es posible que ninguno de nosotros sea capaz de vencerlo en un combate de uno contra uno.
—Por eso quería separarnos… —murmuró Jay. Suspiró pesadamente—. Las cosas no hacen más que complicarse…

—Y todavía no hemos encontrado lo que buscamos —se lamentó Ayla.

Hubo varios segundos de silencio. Jay observó a Connor de reojo, extrañado porque su amigo no había intervenido todavía en la conversación.

—¿De qué otra cosa querías hablar? —le preguntó Jay a Caedra.

Ella se mordió el labio inferior. Miró a Connor, pero este seguía en silencio.

—Cuando estábamos luchando contra Gavin, después de separarnos… —Caedra frunció el ceño—. Connor controló el viento. Fue él el que lo lanzó contra el cristal, justo antes de que aparecierais vosotros…

—Espera, espera, ¿qué? —la cortó Jay, con los ojos muy abiertos.

—Connor puede controlar el viento. Porque es afín al viento.

Jay, perplejo, desvió su atención hacia Connor, como si estuviera esperando que su amigo confirmara que no era más que una broma. Él, al fin, había levantado la vista, y no estaba riendo.

—No sé cómo lo hice —dijo Connor. Dibujó una mueca en su rostro—. Vi que iba a atacar a Caedra y… actué por instinto.

Jay arqueó las cejas.

—Pero… pero…

—Está claro que Connor ha tenido ese poder siempre, Jay —dijo Caedra—. Del mismo modo que tú pasaste todos esos años en la Tierra sin saber que podías controlar el fuego.

Jay se llevó una mano al cuello.

—Ya. Nunca se me ocurrió siquiera intentarlo porque, según lo que yo sabía hasta entonces, no era posible…

—Hay algo que no entiendo —habló Ayla. Todos la miraron—. Jay estuvo años sin saber que tenía poderes, pero él procede de Gea, como Caedra y como yo; por tanto, es normal que los tenga. Sin embargo, tenía entendido que Connor ha nacido en la Tierra.

—Y es así —confirmó Connor—. He nacido aquí. En la Tierra.

—Es por eso que es tan extraño —dijo Jay.

—No tanto —replicó Caedra—. Recuerda que, hace ya muchos siglos, había varios portales entre Gea y la Tierra, y la gente de Gea visitaba la Tierra con frecuencia. Muchos tendrían descendencia aquí.

—Tiene sentido, pero… serían muy pocos —insistió Jay—. De lo contrario, la gente en la Tierra se habría enterado de que hay personas con poderes.

—Sí, entre que no serían muchos los que se quedaran aquí, y que los portales, salvo uno, desaparecieron hace siglos… —Caedra se giró para mirar a Connor—. Es una gran coincidencia que precisamente tú tengas poderes, Connor. La única explicación posible es que un antepasado tuyo muy lejano fuera originario de Gea. Y se ha dado la casualidad de que toda su descendencia, hasta llegar a ti, ha heredado la afinidad al viento, fueran conscientes de ello o no.

Connor arqueó las cejas.

—¿Quieres decir que mis padres también pueden controlar el viento?

Caedra asintió con la cabeza.

—Tu padre o tu madre. Has heredado tus poderes de uno de ellos. Sin embargo, imagino que no serán conscientes de ello, del mismo modo que tú no sabías nada hasta ahora.

Connor no respondió. Apretó los labios y bajó la vista.

Hubo varios segundos de silencio hasta que Jay habló:

—Bueno, ¿por qué hay este ambiente tan lúgubre? Ni que fuera algo malo que Connor tuviera poderes.

—Es… cierto —dijo Caedra y esbozó una pequeña sonrisa—. Realmente es una ventaja. Connor, si vas a seguir con nosotros mientras estemos en la Tierra, poder controlar el viento te

ayudará a defenderte mejor todavía.

Connor alzó la vista de nuevo y la miró con sorpresa.

—¿Crees que puedo aprender a controlarlo de verdad?

Caedra ensanchó su sonrisa.

—Claro. Yo te enseñaré.

Connor sonrió también.

—No creo que sea tan fácil, pero… Sí, está bien. Me esforzaré para intentar aprenderlo.

—Estoy segura de que lo conseguirás.

—Yo también —dijo Jay y se acercó a Connor para darle una palmada en la espalda—. Así que, mira, algo bueno ha tenido el ataque de hoy…

Connor rio por lo bajo.

—Supongo…

—¿Y qué hacemos ahora? —quiso saber Ayla. Se puso en pie, pues los demás seguían sin sentarse.

Jay sacó el móvil del bolsillo.
—Por ahora voy a llamar a mi padre para contarle todo, es tarde y estará preocupado. Y luego… —Calló y miró a Caedra. Ella negó con la cabeza.

—No creo que debamos salir ahora. Es posible que Gavin y sus hombres sigan al acecho.

—Podéis dormir en mi casa —ofreció Connor—. Aunque solo tengo una cama y el sofá. Puedo ver si tengo algún colchón hinchable…

—No te preocupes, tío —lo cortó Jay con una carcajada—. Pasamos la mayor parte del tiempo durmiendo en el suelo al aire libre, nos las apañaremos. Con que saques unas mantas será suficiente.

***

Hadriel estaba de acuerdo con la teoría de Caedra sobre el origen de los poderes de Connor. Al fin y al cabo, era lo único que tenía sentido. No le preocupaba la posibilidad de que la causa fuera que uno de los padres de Connor se tratara de un agente del emperador enviado años atrás a la Tierra en secreto. Hadriel había interactuado durante mucho tiempo con los padres de Connor cuando sus hijos eran pequeños. Les había leído la mente para asegurarse de que no eran una amenaza y no había encontrado nada sobre Gea.

Estaba tan consternado como Caedra por la aparición de un príncipe Gavin más mayor y entrenado. Era algo que ni siquiera había considerado; jamás habría sospechado que el emperador mandaría a su propio hijo a Titaia para que regresara con dieciocho años. El emperador estaba decidido a eliminar a Jay costara lo que costara.

—Es muy importante que nos aseguremos siempre de que nadie nos ha seguido hasta casa —estaba diciendo Hadriel. Era temprano por la mañana y se habían reunido en el salón—. Es el

único refugio que tenemos en la Tierra, y si lo destruyen nos veremos obligados a estar otra vez en constante movimiento.

—Y no podemos volver a Gea todavía —murmuró Jay con el ceño fruncido.

—Tenemos que encontrar el cuerpo de Alastair primero —asintió Caedra—. Pero se nos acaba el tiempo…

—Yo creo que no vais a encontrar nada en las bibliotecas —dijo Jay—. Hay que buscar otra forma.

—He estado pensando en otra posibilidad —habló Ayla. Se quedó rígida cuando notó de inmediato cuatro pares de ojos sobre ella. Se aclaró la garganta, nerviosa, y explicó—: La gema astral permite usar los portales creados por Mhunn, debido a que la gema es una parte de Mhunn. Por tanto, podríamos probar a recorrer la zona de las montañas para ver si reacciona y nos lleva hasta él.

Hadriel se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Hay mucho terreno que cubrir, pero es cierto que ya hemos perdido suficiente tiempo recorriendo todas las bibliotecas a nuestro alrededor. Puede que sea el momento de probar algo nuevo y no se me ocurre nada mejor.

—Es buena idea —dijo Jay.

—Mhunn dejó escrito que podríamos encontrarlo por la zona del portal —dijo Caedra—. Así que yo también estoy de acuerdo. Merece la pena recorrer las montañas con la gema astral y ver si encontramos algo.

—En ese caso, podemos comenzar ya mismo —decidió Jay y se puso en pie. Los demás lo imitaron.

—Yo quiero empezar a entrenar con Connor el control del viento —les comunicó Caedra—. Nos quedaremos en algún lugar apartado mientras vosotros investigáis. Solo tenemos una gema astral, por lo que solo puede estar buscando un grupo.

—Sí, es cierto —asintió Hadriel—. Y cuanto antes coja Connor una buena base sobre la que ir aprendiendo, mejor. Jay, Ayla y yo nos encargaremos de recorrer la zona estos días.

***

Las siguientes semanas fueron duras. Jay se había acostumbrado al ritmo relajado de la vida en la Tierra, por lo que andar por el terreno escarpado de la montaña durante todo el día le recordó lo que era viajar por Gea de un sitio a otro.

Había tenido que renunciar a su trabajo en la cafetería. Había quedado claro que Gavin sabía dónde trabajaba, por lo que era un riesgo que continuara en el mismo lugar. Tendrían que apañárselas con el dinero que les quedaba; de todos modos, tampoco podían tardar mucho más en regresar a Gea. Sus compañeros los esperaban.

Connor seguía yendo a trabajar. Caedra lo acompañaba ante la insistencia de la propia zeafírea; no estaría tranquila dejándolo solo cuando sus enemigos también querían eliminarlo a él. Por tanto, Hadriel, Jay y Ayla pasaban el día entero recorriendo la montaña, y Connor y Caedra iban

con ellos para seguir entrenando las mañanas y las tardes que libraba Connor.

Connor, al principio, había tenido cierta dificultad para manejar el viento, pero no se había dado por vencido. Caedra le había asegurado que el comienzo era lo más complicado, y que, una vez superara esa barrera, el resto sería más sencillo.

Era una mañana de lunes a mediados de enero. Connor libraba ese día, por lo que pasarían todo el tiempo en la montaña. Jay, Hadriel y Ayla ya se habían marchado a recorrer zonas que no habían investigado todavía.

Caedra y Connor estaban en una explanada oculta entre pinos de espesas copas, donde solían entrenar. No tenían mucho por lo que preocuparse, pues rara vez se adentraba alguien tanto en las montañas. Aun así, habían preferido buscar un lugar lo más apartado posible.

—Relaja tu postura —le indicó Caedra y Connor se forzó a no tener tan rígidos los brazos—. El viento es un elemento que requiere ligereza en los movimientos; tienes que guiarlo con suavidad y dejar la mente en blanco para percibirlo.

Connor asintió con la cabeza. Cerró los ojos y respiró hondo. Se concentró y sintió la brisa que soplaba en la montaña rozando su piel y revolviendo su cabello.

—Es importante que aprendas a usar el viento tanto para atacar, como para defenderte —prosiguió Caedra—. No suena tan amenazador como el fuego, la tierra o el rayo, pero el viento es un elemento que puede causar una tremenda destrucción. Es lo mismo que sucede con el agua, y pobre del iluso que lo subestime…

Connor asintió de nuevo. Recordaba a la perfección los vientos huracanados que había invocado la zeafírea en alguna ocasión.

—Sin embargo, muchos se piensan que el peligro del viento reside solo en potentes ráfagas que arrasan con todo en su camino o, incluso, en las afiladas corrientes que pueden cortar hasta una roca por la mitad. —Caedra rodeó a Connor hasta quedar detrás de él. El chico continuaba con los ojos cerrados, atento a sus palabras y centrado en la brisa que seguía soplando—. Pero el viento es más que eso. También debes aprovecharlo para defenderte. Si aprendes a escuchar lo que susurra… —Caedra extendió con rapidez su puño hacia la cabeza de Connor. Y él, sin levantar los párpados ni girarse siquiera, atrapó el puño con la mano. Ella sonrió—…, podrás predecir hasta el más mínimo movimiento de tus enemigos.

Connor abrió los ojos y se volvió hacia ella para mirarla, sorprendido.

—Es la primera vez que lo consigo —murmuró.

—Te dije que cada vez te sería más fácil descifrar lo que susurra el viento. Te puede ayudar a localizar dónde se esconde un enemigo al acecho, a adivinar lo que va a hacer…

—Es muy útil. —Alzó la palma de su mano derecha y la observó—. Pero no deja de parecerme un sueño. ¿Realmente soy capaz de hacer cosas así?

Caedra rio con suavidad. Puso los brazos en jarras.

—Claro que sí. Sabía que no tardarías en aprender lo principal. A partir de aquí, es cuestión de ir mejorando y seguir aprendiendo poco a poco. Estás entendiendo todo muy rápido.

—La verdad es que ha sido una suerte que, de todos los elementos que podría haber tenido, sea

afín al viento —dijo Connor con una sonrisa—. Si aprendo tan rápido es gracias a ti. Eres una gran maestra.

La zeafírea apartó la mirada, acalorada. ¿Por qué nunca sabía cómo responder a un cumplido?

Se llevó un puño a la boca y se aclaró la garganta.

—Bueno, sigamos repasando los ejercicios del otro día…

Dedicaron las siguientes horas a que Connor aprovechara el viento que soplaba para controlarlo y usarlo a su favor. Caedra también siguió enseñándole a invocar su propio viento cuando este no soplara en la naturaleza.

—La verdad es que me hace ilusión que seas afín al viento —dijo Caedra cuando se detuvieron para hacer un descanso. Se habían sentado junto a los árboles, en la tierra del suelo—. En cuanto perfecciones estos ejercicios intentaremos hacer algún ataque combinado.

Connor arqueó una ceja.

—¿Eso qué quiere decir?

—Cuando se junta más de un afín del mismo elemento, el daño puede ser devastador —contestó ella. Se inclinó hacia él y esbozó una sonrisa—. Tú y yo juntos podríamos crear un tornado.

—Eso… suena peligroso —comentó Connor, intimidado.

Caedra soltó una carcajada. Si hubiera sido Jay, habría querido probarlo de inmediato. Se alegraba de que Connor fuera más precavido.

—Esa es la intención —replicó ella, divertida. Se levantó y le tendió la mano—. ¿Qué tal si hacemos un pequeño intento?

Connor aceptó su mano y se incorporó.

—De acuerdo, pero no sé qué hay que hacer.

—Yo te guiaré, no te preocupes.

Se desplazaron al centro de la explanada. Caedra se recogió el pelo en una coleta y se situó junto a Connor.

—Mueve el aire de tal forma que vaya girando sobre sí mismo —explicó ella—, y ve haciéndolo más fuerte poco a poco.

Connor asintió con la cabeza. Extendió los brazos y empezó a mover las manos en círculos una tras otra. Pasaron unos segundos y el aire fue soplando con mayor intensidad, girando.

Caedra lo observaba de reojo. Sonrió al verlo tan centrado. Hizo lo mismo que él y no tardaron mucho en crear un pequeño tornado. El viento arrastraba hojas, arena, piedras y hasta alguna pequeña rama.

—Bien, ya es suficiente —indicó Caedra. Connor bajó los brazos y se irguió. Ella deshizo con rapidez el creciente tornado—. Podríamos haber continuado, pero no conviene que lo divise alguien desde lejos y venga a investigar. —Se giró hacia él—. ¿Qué te ha parecido?

Connor rio con alegría.

—Jamás habría imaginado ser capaz de hacer esto. Es increíble.

—Ya verás cuando aprendas a crear vientos huracanados y ráfagas tan afiladas que puedan cortar incluso la roca.

—Pero imagino que llevará años llegar a tu nivel, ¿no?

—Sí, se necesitan años de entrenamiento hasta perfeccionar el control de un elemento. Sin embargo, esto no quiere decir que no puedas adquirir un buen nivel en unos meses. Y, si mantenemos este ritmo con un entrenamiento intensivo, serás más fuerte de lo que piensas en poco tiempo.

Connor miró las palmas de sus manos.

—No sé si seré de mucha ayuda en un combate real…

—Tendrías que haber visto a Jay en sus primeros enfrentamientos con nuestros enemigos —dijo Caedra. Alzó la vista al cielo, nostálgica—. No sabía muy bien qué hacer y se ponía muy nervioso. Sin embargo, ahora no duda a la hora de atacar y es capaz de mantenerse centrado incluso bajo presión. —Lo miró de nuevo—. Es todo cuestión de práctica, Connor, no te preocupes. Será normal si al principio te cuesta más, pero no voy a dejarte solo, tranquilo.

Connor sonrió.

—Gracias, Caedra. La verdad es que sí que me tranquiliza saber que estarás a mi lado. Eres una gran amiga… y me alegro mucho de que fueras tú quien encontró a Jay.

El corazón de Caedra se aceleró. Aprovechó que Connor había desviado la vista, mirando cómo el viento mecía las copas de los árboles, para observarlo de reojo. El sol brillaba de vez en cuando a través de las nubes ese día, y justo en ese momento un rayo de luz arrancaba destellos dorados a su pelo rubio, bastante despeinado por el entrenamiento.

«Tú también has resultado ser un gran amigo para Jay», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

«Céntrate, Caedra —la regañó Alastair, irritado—. No es más que un simple humano».

Caedra suspiró pesadamente para sus adentros.

«Te he dicho que trates a mis amigos con respeto, Alastair —protestó ella—. Y no sé a qué te refieres. Estoy centrada».

«Ese humano se quedará en la Tierra. Nosotros volveremos a Gea. No deberías malgastar tu energía en entrenarlo».

Caedra frunció el ceño. A veces le gustaría que Alastair no fuera tan frío y directo.

Connor, por su parte, estaba animado. Iba aprendiendo cada vez más aspectos sobre el viento y le alegraba poder ser de más ayuda para Jay. Había recuperado a su mejor amigo después de muchos años y no estaba dispuesto a permitir que un emperador cualquiera se lo arrebatara. Iba a darlo todo.

También apreciaba la paciencia que tenía Caedra con él. Primero lo había entrenado en el combate cuerpo a cuerpo y ahora le estaba enseñando a controlar su elemento. No dejaba de

fascinarle el dominio que tenía la zeafírea de él, fruto de sus años como guerrera.

Caedra había llamado su atención desde el principio, aunque ella se hubiera mostrado distante y recelosa. Se había esforzado para ganarse su confianza y lo había conseguido. Ahora, dos meses después de haberla conocido, podía decir que eran amigos. Y estaba muy contento por ello.

Sin embargo, ellos en algún momento regresarían a Gea. Y la vida de Connor estaba en la Tierra.

—¿En qué piensas?

La pregunta de Caedra lo devolvió a la realidad. Connor sacudió la cabeza y miró a la zeafírea. Ella lo observaba con curiosidad. Su pelo blanco, todavía atado en una coleta, caía como una cascada por encima del hombro derecho. El sol incidía en sus ojos amarillos, reduciendo la pupila a prácticamente un punto invisible. Sus plumas parecían más doradas que marrones bajo la cálida luz.

Era tan diferente con esa mirada rapaz, los afilados cuernos en su cabeza, las alas… La cicatriz en su rostro indicaba que no había tenido una vida fácil, y la piel de sus manos era áspera tras años de combate. Un par de abanicos colgaban inocentemente de su cinto, pero Connor sabía que eran armas letales.

Era una veterana guerrera zeafírea, nada que ver con cualquier persona que pudiera encontrarse en la Tierra. A veces, Connor se preguntaba si él realmente podría encajar en aquel grupo.

—Nada —murmuró y retrocedió, ahora un tanto desanimado. ¿Qué haría él cuando se marcharan a Gea?

—No lo parece —replicó ella y frunció el ceño. ¿Por qué se alejaba?

Connor permaneció en silencio.

—Bueno… —dijo Caedra—. No pasa nada si no quieres contármelo. Sigamos entrenando, entonces.

Connor la miró cuando ella le dio la espalda. Esperaba que no se hubiera molestado, pero no sabía cómo explicar lo que le sucedía. Su problema, que se quedaría solo en la Tierra cuando se marcharan, era insignificante en comparación con todo a lo que ellos se tenían que enfrentar…

Caedra dejó a Connor practicando un ejercicio que le permitiría aumentar la fuerza de su viento y se alejó una distancia prudente. Encaró unas rocas en la distancia y extendió el brazo izquierdo.

Pensó en las palabras de Connor. Que se alegraba de que fuera ella quien había encontrado a Jay…

Ni siquiera le había dado todavía a Jay una explicación de por qué se había marchado de esa manera después del beso. Y Jay le daba espacio porque la respetaba… ¿O era porque para él el beso no había significado lo mismo?

«Sería más necio de lo que creo si no hubiera significado nada para él».

Caedra se sorprendió al escuchar a Alastair. Esbozó una sonrisa triste. En ese caso, era ella la que estaba siendo cruel con Jay, por no aclarale lo que le había pasado en ese momento… Y, a pesar de ello, a pesar de que le habría hecho daño apartándose, él no la había presionado en

ningún momento. Esperaba a que ella se acercara a él cuando estuviera preparada…

No se merecía su cariño y comprensión. Sus sentimientos no eran más que un cúmulo confuso que, en ocasiones, amenazaba con desbordarla.

Apretó los dientes y la electricidad cubrió su mano. ¿Qué hacía pensando en ese asunto? No tenía tiempo para ello. Debía vengar a Kendrij. No podía distraerse con tonterías.

Estiró el dedo índice y un rayo salió disparado a gran velocidad. Las rocas estallaron en mil pedazos. Connor se detuvo para mirar desde la lejanía con las cejas arqueadas, intimidado.

«Por mucho que me guste que te decidas, al fin, a continuar tu entrenamiento de la electricidad —comentó Alastair—, voy a decirte algo, Caedra, y no esperes que lo repita, porque odio involucrarme en este tipo de asuntos de los mortales».

Caedra se irguió y frunció el ceño.

«Hace tiempo me hiciste plantearme qué sentido tenía mi larga vida inmortal si no disfrutaba de ella, si no aprovechaba cada momento con una persona, por efímero que fuera —prosiguió Alastair con su característico tono frío—. Sin embargo, aquí estoy yo ahora, viendo cómo quieres tirar toda tu breve vida mortal para dedicarte a vengar a alguien que ya no está. ¿Acaso tú no debes vivir tu vida? No voy a seguir los consejos de alguien que no se los aplica a sí misma».

«Pero… —Caedra sacudió la cabeza, confusa—. Alastair, tú también quieres vengarte».

«Yo tengo toda una eternidad por delante. Y no he dicho que renuncies a tu venganza. He dicho que no vivas solo por y para eso. Y que te permitas seguir adelante, más allá de Kendrij».

«Siempre has pensado que Jay es un estúpido. No te entiendo. Y antes has dicho que tengo que centrarme, ¿no?».

Hubo varios segundos de silencio y Caedra se preguntó en qué estaría pensando Alastair. Le habría gustado tener esa conversación mirándole a la cara.

«Mi opinión sobre él no ha cambiado —contestó, al final, Alastair—. Pero no es asunto mío con quién decidas o no estar. No esperes, tampoco, que te ayude a decidirte sobre lo que sientes. Lo que he dicho es todo lo que tenía que comentarte al respecto. Tienes que centrarte, sí, pero no tanto como para ignorar todo a tu alrededor y no disfrutar también de la vida».

Caedra se extrañó al detectar cierto pesar, casi amargura, en la voz de Alastair, más baja de lo normal. Ya era raro de por sí que hubiera decidido discutir ese asunto con ella.

«Ya… veré qué decido hacer», acabó por responder, insegura. Aunque apreciaba enormemente que Alastair le hubiera dicho todo aquello, que su dilema interno le importara y hubiera querido aconsejarla. Sintió una agradable calidez en el pecho y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—¿Qué te pasa?

Caedra dio un respingo al escuchar a Connor. Había estado tan pendiente de su conversación con Alastair que no lo había oído acercarse. Se irguió al darse cuenta de que estaba encorvada y se giró hacia él.

—Nada, estaba pensando… —murmuró ella. Respiró hondo y frunció el ceño. Miró a Connor a

los ojos—. Connor… ¿Qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres? —inquirió él y ladeó la cabeza, confuso.

—Cuando volvamos a Gea…, te quedarás en la Tierra, ¿no?

Él desvió la mirada a su derecha y suspiró profundamente. ¿Acaso le había leído la mente? Ya era casualidad que le hiciera esa pregunta justo cuando estaba angustiado por ese asunto.

—No podría dejar a mis padres atrás y desaparecer sin más. Y… no sé cómo es Gea.

Caedra asintió. Su respuesta tenía sentido.

—Ya veo.

Connor la observó de reojo.

—Tú…, ¿querrías que fuera con vosotros?

Caedra estuvo a punto de decir que sí. Pero negó con la cabeza; no podía ser egoísta. Por mucho que Connor fuera prometedor en el combate, Gea era un lugar demasiado peligroso.

—Estarás más seguro en la Tierra.

Y Connor se sintió decepcionado. No sabía por qué, pero había tenido la pequeña esperanza de que ella le pidiera que los acompañara, de que le dijera que podría ayudarlos de alguna manera...

Estaba claro que no lo iba a hacer. ¿Qué podría aportar él a un grupo que llevaba años luchando? Caedra no lo vería nunca como a un igual. No era más que su aprendiz temporalmente. Y solo sería un estorbo para Jay…

Siguieron entrenando, pero el entusiasmo y la ilusión de antes habían desaparecido.

Capítulo 11: A ciegas

—Voy a acabar aprendiéndome estas montañas de memoria, estoy harto.

Esa fue la queja de Jay mientras miraba el paisaje desde lo alto de un precipicio. El bosque de pinos que poblaba toda la cordillera se extendía allá donde miraba. Los pájaros sobrevolaban los árboles en dirección a sus nidos; el cielo se había teñido ya de naranja y pronto caería la noche.

Estaban a mediados de febrero, lo que significaba otro mes de búsqueda incesante… y en vano. Jay estaba convencido de que ya habían recorrido cada rincón posible en la zona, pero Hadriel insistía en que todavía les quedaba terreno por cubrir.

No habían vuelto a saber nada de Gavin o de cualquier otro enemigo enviado por el emperador, lo cual era extraño. Había pasado mucho tiempo desde el último ataque y, aunque estaban siendo precavidos, lo lógico sería que ya hubieran intentado algo. Sin embargo, no había ni rastro.

Jay se preguntó qué tal les iría a Connor y Caedra. Estaban entrenando en algún punto del bosque. Jay había presenciado un combate entre los dos el día anterior y le había impresionado el progreso de su amigo en el par de meses que llevaba entrenando el control del viento.

—No seas quejica, Jay —lo regañó Hadriel, que se había sentado en una de las rocas. Estaban tomándose un pequeño descanso antes de descender por la montaña para reunirse con Connor y Caedra—. Hoy no hemos andado tanto.

—Seguro que estamos ya cerca —dijo Ayla con una sonrisa—. Mhunn no puede ocultarse eternamente.

Jay suspiró con pesadez. Se giró hacia ellos, dando la espalda al precipicio.

—Eso suponiendo que podamos localizarlo con la gema astral y que esté por esta zona…

Ayla abrió la boca para responder, pero se quedó petrificada. Hadriel y Jay la miraron y no se sorprendieron al comprobar que los ojos de la chica se habían iluminado. Estaba recibiendo una visión.

Pasaron varios segundos que pronto se convirtieron en minutos. Jay arqueó una ceja. Sería una visión bastante larga y detallada para llevar tanto tiempo.

Ayla parpadeó al fin. Pero permanecía congelada.

—Vaya, Ayla, con lo que has tardado espero que fuera una visión sobre Mhunn… —empezó a bromear Jay, pero calló al ver que la chica había perdido todo el color en su rostro. Se puso serio —. ¿Qué ocurre?

Por toda respuesta, Ayla cayó de rodillas al suelo, se llevó las manos a la cabeza, apretó los ojos y gritó. Jay, alarmado, miró a su padre y los dos enseguida se agacharon junto a ella.

—¡Ayla! —la llamó Jay, alzando la voz, pues ella seguía gritando. Era un aullido de profunda agonía y no comprendía qué lo causaba—. ¡Ayla! —Jay la agarró de los hombros y la zarandeó para intentar que ella reaccionara y lo mirara. No sabía qué hacer para ayudarla—. ¿Qué has visto? ¿Qué te pasa?

—Ayla, tranquila —dijo Hadriel con suavidad y posó una mano en la espalda de la chica. Ella, al fin, calló—. Estamos aquí.

Ayla abrió lentamente los ojos, que enseguida se llenaron de lágrimas. Vio a Jay delante de ella y sollozó.

—Jay… —balbuceó y él no dudó en abrazarla. Ella se aferró a la tela de su chaqueta y hundió el rostro en su pecho—. Jay, he visto…

Ayla no continuó. Jay notó que estaba temblando y puso una mano en su cabeza y otra en su espalda. Acarició su pelo con suavidad y miró a Hadriel, consternado. Su padre tenía el ceño fruncido. Ninguno de los dos había visto a Ayla así antes; era la primera vez que tenía esa reacción tras una visión.

Jay no la presionó para que hablara. La sostuvo en sus brazos durante varios minutos, con la esperanza de que se relajara poco a poco. Hadriel se levantó y se mantuvo a un lado, esperando pacientemente sin decir nada.

Al fin, Ayla se apartó de Jay y se frotó los ojos con las manos. Había dejado empapada la chaqueta de Jay con sus lágrimas, pero nadie se fijó en eso.

—Ayla, ¿qué has visto en tu visión? —le preguntó Jay con seriedad, manteniendo las manos en sus hombros—. ¿Por qué te ha afectado tanto?

Ella bajó la vista.

—No… No quiero hablar de ello.

Jay torció el gesto. Quería saberlo, pero no iba a obligarla a contárselo. Resignado, se puso en pie y le tendió la mano a Ayla. Ella la cogió y se incorporó también.

Ayla miró primero a Hadriel y luego a Jay. Los dos la observaban, expectantes.

—Lo que he visto… —dijo ella. Respiró hondo—. Lo que he visto parecía ocurrir en un futuro no muy próximo.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Hadriel.

—Estábamos enfrentándonos al emperador —contestó Ayla. Jay arqueó las cejas—. Y eso no va a suceder en las próximas semanas, espero.

Hadriel asintió.

—Tendrían que precipitarse mucho las cosas, desde luego… ¿Y qué sucedía en el enfrentamiento?

Aunque no todas las visiones se cumplían, tener información sobre un posible futuro combate contra el emperador sería muy útil.

Ayla dibujó una mueca en su rostro. Se llevó las manos al pecho, encogida.

—Era todo muy confuso. Éramos varios y no tengo muy claro quién estaba de parte de quién… Sé que había un dragón… Estaban también el oráculo supremo y el príncipe Gavin. Hubo una explosión y me pareció ver una serpiente enorme…

Jay estaba escuchando con tanta atención que tardó unos segundos en darse cuenta de que Ayla

se había callado. La chica había pegado la barbilla al pecho y tenía los puños apretados.

—No tienes por qué continuar si no quieres, Ayla —dijo Jay con suavidad.

Ella alzó la vista y sus ojos estaban de nuevo inundados de lágrimas. Su labio inferior temblaba.

—Y luego… Luego vi cómo… —La voz de Ayla era tan baja que tenían que esforzarse para escucharla—. Vi… —Ayla sollozó y se llevó las manos a la cara. Sacudió la cabeza—. No puedo. No puedo decirlo.

Jay y Hadriel intercambiaron miradas preocupadas.

—¿Perdíamos contra el emperador? —preguntó Hadriel.
—No lo sé…

Por tanto, lo que había visto no era la conclusión del enfrentamiento, sino algo diferente. Hadriel endureció la mirada.

—¿Has visto morir a alguien?

Pasaron varios segundos en los que Jay esperó con los músculos en tensión. Se quedó helado al ver a Ayla asentir lentamente con la cabeza.

—Está bien, Ayla —dijo Hadriel, su semblante serio, pero su tono cálido—. No pasa nada si no quieres contarnos más. De poco nos serviría saberlo; el futuro de tus visiones no es fijo y cualquier acción puede hacer que cambie. No le des más vueltas, ¿de acuerdo?

Ayla siguió en silencio. Jay pasó un brazo por sus hombros y la pegó a su cuerpo, buscando mostrarle su apoyo de alguna manera. Ella se aferró a él.

—Bueno, eh… Al menos, si había un dragón es que en algún momento recuperaremos el cuerpo de Alastair, ¿no? —dijo Jay en un intento de animar el ambiente.

—Pero también había una serpiente y me temo que sería Saekish igualmente con su cuerpo … —replicó Hadriel. Suspiró con pesadez—. No tiene sentido preocuparnos ahora. Será mejor que volvamos.

Jay asintió con la cabeza. Necesitaba saber qué era lo que había visto Ayla, pero, de forma contradictoria, a la vez prefería no saberlo. Además, no dejaría de preguntarse a quién había visto morir. No quería perder a ninguno de sus compañeros…

¿Y si lo había visto morir a él? Tuvo un escalofrío. En efecto, era mejor no pensar en ello.

***

Era de noche y Jay no paraba de dar vueltas en la cama. No era capaz de conciliar el sueño, por muy agotado que estuviera tras la caminata de aquel día.

Agobiado, echó la manta y las sábanas a un lado y se sentó. Cogió el móvil de la mesita y comprobó la hora. Las tres de la madrugada.

—Joder —masculló sin darse cuenta. Tenían que levantarse a las siete para continuar rastreando las montañas. Necesitaba dormir y descansar.

El problema era que no olvidaba la visión de Ayla. Se había quedado intranquilo.

Pensó en bajar a la cocina a tomar un vaso de leche, pero despertaría a Connor, que estaba durmiendo en el sofá.

Se levantó y salió de su habitación haciendo el menor ruido posible. Fue hasta el final del pasillo y se quedó parado.

Se sentía como un niño que había tenido una pesadilla e iba a buscar llorando a sus padres. La de veces que lo había hecho cuando era pequeño con Hadriel, tras tener sueños inexplicables en los que llamas negras lo perseguían, las sombras trataban de asfixiarlo y, a veces, una chica con alas venía a salvarlo. Hadriel siempre le había asegurado que nada de eso era real, pero ahora todo aquello tenía sentido.

Abrió la puerta de la habitación de su padre y se asomó. Estaba completamente a oscuras salvo por los rayos de luz lunar que se filtraban por la ventana.

Hadriel, siempre alerta, se despertó enseguida. Se sentó y vio a Jay.

—Jay —lo llamó, y este se quedó rígido—. ¿Qué pasa?

—Papá… Necesito… Necesito hablar con alguien —murmuró él, avergonzado.

Hadriel encendió la lámpara de la mesita de noche. Miró a Jay.

—Bien, cuéntame.

Jay cerró la puerta y fue a sentarse junto a él en la cama, agradecido. Se metió debajo de las sábanas. Hadriel había acomodado la almohada como respaldo y los dos se recostaron en ella.

—Pues… —Jay suspiró pesadamente, con la vista fija en las manos sobre su regazo—. No puedo parar de pensar en la visión de Ayla.

—Lo imaginaba —asintió Hadriel—. Yo también he estado dándole vueltas.

Jay lo miró con sorpresa.

—¿Sí?

—Sí. Pero es natural, Jay. ¿Cómo no nos va a preocupar la muerte de alguien?

—Ya… No sé. Yo… querría saber quién es… Pero, a la vez, no quiero.

Hadriel rio con suavidad.

—Te entiendo. Me sucede lo mismo. Sin embargo, creo firmemente que es mejor no saberlo.

—¿Por qué? —inquirió Jay. Estaba jugueteando con un hilo de la sábana—. Si sabemos quién es, ¿no podríamos evitarlo?

—Como le dije a Ayla, el futuro está en constante cambio. Hay muchos futuros posibles… —Hadriel entornó los ojos. Jay lo escuchaba con atención y había dejado el hilo en paz—. Piensa, Jay, que si sabemos quién es y evitamos su muerte, quizá provoquemos sin querer la muerte de otra persona, o de dos personas, incluso. O que intentar evitar su muerte sea lo que la provoque…

—Sería irónico —dijo Jay e intentó reír, pero no fue capaz.

—También puede que al final lo que ha visto Ayla no suceda y no muera nadie, y nos

estaríamos preocupando para nada.

—Eso sería lo mejor, pero… —Jay lo miró y parpadeó repetidamente. Se le había formado un nudo en la garganta que no le permitió seguir hablando.

Hadriel pasó un brazo por los hombros de su hijo.

—¿De qué tienes miedo, Jay?

—De que sea cualquiera de nosotros… De que sea Caedra, de que sea yo… —Jay respiró hondo y se frotó los ojos. Bajó la vista y añadió en un susurro—: De que seas tú, papá…

—Jay…

—Papá, yo no podría continuar con todo esto sin ti —balbuceó Jay. Se le escapó un sollozo y se abrazó a Hadriel—. No quiero que te pase nada.

—No me va a pasar nada, Jay, tranquilo —dijo Hadriel con suavidad. Puso una mano en la cabeza de su hijo, que por una vez no protestó cuando tocó su pelo—. Te prometí que estaría a tu lado en cada paso de esta empresa y así ha sido siempre, ¿verdad?

—Sí, pero…

—No le des más vueltas, Jay. Yo estoy aquí, tú estás aquí, todos estamos aquí. Y así seguirá siendo, ¿de acuerdo? Siempre nos hemos protegido unos a otros.

—Excepto cuando hago alguna estupidez… —masculló Jay. Se frotó los ojos de nuevo con el dorso de la mano.

—Jay… No somos perfectos. Cometemos errores. Lo importante es aprender de ellos.
—Tú no cometes errores —lo acusó Jay.

Hadriel rio.

—Ojalá fuera eso cierto, hijo, pero no te imaginas la cantidad de errores que he cometido a lo largo de mi vida…

Jay frunció el ceño.

—¿Sí? Es difícil de creer. Siempre sabes qué hacer en todo momento.

Hadriel esbozó una triste sonrisa.

—Porque he ido aprendiendo de mis errores, Jay. Me temo que ya tengo bastante experiencia en la vida.

Estuvieron en silencio varios segundos hasta que Jay bostezó. Alzó la vista para mirar a Hadriel.

—¿Puedo quedarme a dormir contigo? —suplicó, usando su expresión de cachorro abandonado.

Hadriel dejó escapar una pequeña carcajada.

—Lo dices como si tuvieras que convencerme, Jay. —Esbozó una cálida sonrisa—. Claro que puedes.

Jay sonrió también.

—Gracias, papá. Eres el mejor. Y perdona por despertarte…

—No pasa nada. Pero ahora será mejor que durmamos, mañana tenemos que madrugar.

Jay gruñó.

—Yo que tenía la esperanza de que nos levantáramos más tarde después de esta bonita charla… Hadriel rio.

—Buen intento, Jay, pero no. A dormir.

***

Al día siguiente, Hadriel se quedó con Connor y Caedra ayudándolos a entrenar. Jay y Ayla se fueron a recorrer lo poco que quedaba ya sin investigar.

Caedra practicaba con Connor a lanzar ataques combinados. Hadriel se mantenía a una distancia prudente y se aseguraba de que nadie viera los tornados desde la lejanía cubriendo la zona con una ilusión.

Hadriel estaba orgulloso de los progresos de Connor en esos meses; se notaba que ya tenía un buen dominio del elemento, aunque todavía le quedara bastante por aprender. Le preocupaba, sin embargo, que el chico prácticamente hubiera abandonado el curso en la universidad, pero Connor había insistido en que ya lo recuperaría el año siguiente. Al fin y al cabo, era más importante aprender a defenderse y atacar por si lo necesitaba.

Hadriel se fijaba también en lo radiante que estaba Caedra. La zeafírea claramente disfrutaba enseñando a Connor todo lo que sabía. Sin embargo, aunque se alegraba de que Caedra hubiera encontrado esa amistad, no sabía cómo le sentaría la separación, al igual que a Jay. Porque en algún momento regresarían a Gea y Connor se quedaría en la Tierra.

Caedra aterrizó junto a Hadriel con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Has visto eso? ¡Ha sido devastador!

Efectivamente, tras el último tornado que habían creado, había ahora un amplio círculo de tierra vacío donde antes estaba poblado de jóvenes árboles.

Hadriel rio con suavidad por su entusiasmo.
—Sí, ha sido increíble. Es algo que os vendrá bien si estáis vosotros dos luchando solos.

Porque no sería posible crear un tornado si estaban todos juntos; afectaría tanto a enemigos como a aliados.

—¿Verdad? —dijo Caedra, animada.

Connor llegó junto a ellos. Había tardado más al ir andando. Caedra había estado demasiado impaciente por saber la opinión de Hadriel y se había adelantado.

—Tengo miedo de que el tornado se descontrole y nos arrastre a nosotros… —admitió Connor.

—No te preocupes, es por eso que estamos aumentando el tamaño de los tornados poco a poco, para que puedas ir acostumbrándote y no perder el control —dijo Caedra.

—Caedra sabe lo que hace, Connor, puedes estar tranquilo —añadió Hadriel y puso una mano en la espalda de la zeafírea, que lo miró con una sonrisa—. ¿Qué tal si hacéis un pequeño descanso?

—Está bien —aceptó ella.

Hadriel se estuvo planteando si contarles lo que había sucedido con la visión de Ayla mientras charlaban apoyados en unas rocas. Ni él, ni Jay, ni Ayla habían sacado el tema la noche anterior, por lo que Connor y Caedra no sabían nada. Pero quizá era mejor así.

—Me pregunto cómo estarán Ayla y Jay —dijo Caedra con el ceño fruncido—. Hoy iban a subir ya a la zona donde hay nieve, ¿no?

Hadriel asintió con la cabeza.

—La cima de esta montaña es de lo poco que nos queda por rastrear.

—Si ese tal Mhunn quería que lo encontrarais, ¿no podría haber dejado alguna pista un poco más clara?

Caedra rio ante el comentario de Connor.

—No habría estado mal.

—No podía ser muy concreto con la información porque no quiere que lo localicen nuestros enemigos —contestó Hadriel. Suspiró con pesadez—. Pero sí, he de admitir que cada vez tengo menos esperanzas de dar con él…

—Seamos optimistas. Es poco, pero todavía queda territorio sin recorrer en las montañas —dijo Caedra—. Estoy segura de que lo encontraremos.

—Mientras Jay no pierda la gema astral… —murmuró Connor y soltó una carcajada—. Siempre ha sido muy descuidado.

Caedra puso los ojos en blanco.

—Ya lo he podido ir viendo a lo largo de estos años…

Hadriel rio.

—Me ha costado dejar la gema a su cuidado, no voy a mentiros, pero estoy convencido de que estará pendiente de ella en todo momento. Sabe la importancia que tiene.

***

Jay y Ayla se habían abrigado bien para caminar entre la nieve. Jay estaba un poco incómodo con esas botas, pero al menos no tenía que llevar tantas capas de ropa como Ayla. Ser afín al fuego tenía sus ventajas y le era muy sencillo regular su temperatura corporal.

Habían caminado ya durante un par de horas. El sol estaba alto en el cielo, brillando con intensidad y sin rastro de una sola nube.

—Es una pena que no estén los demás aquí —dijo Jay, aburrido—. Podríamos hacer una guerra de bolas de nieve.

Ayla esbozó una pequeña sonrisa.

—Sería divertido. Quizá podamos proponerlo para mañana.

—Sí, mañana podríamos venir todos a buscar y en algún descanso aprovechar para ello. Connor no se va a morir por no entrenar un día.

Ayla se llevó la mano a la boca y soltó una carcajada.

—Buena suerte convenciendo a Caedra, Jay.

Jay resopló. Le dio una patada a un montón de nieve.

—No sé qué obsesión tiene con Connor últimamente. Se pasa todo el tiempo entrenando con él y cuando estamos todos juntos lo mira demasiado.

—¿Y tú cómo sabes que no para de mirarlo? —inquirió Ayla, divertida.

Jay se paró. Sus mejillas estaban rojas, y no era del frío.

—Bueno… —Se aclaró la garganta y siguió andando—. Me he fijado por casualidad…

—Seguro, Jay —murmuró Ayla entre risas.

Jay arqueó una ceja y la miró de reojo.

—¿Desde cuándo te gusta picar a la gente, Ayla? —replicó él—. Al final va a ser cierto que soy una mala influencia.

Ayla rio con más intensidad.

—Bueno, eres la persona con la que paso más tiempo, es inevitable.

Jay sonrió, divertido. En el fondo le gustaba que Ayla abandonara cada vez más su timidez cuando estaba con él. Solo quedaba que también lo hiciera con los demás.

—Supongo.

Jay caminaba con una mano reposando en el pomo de su espada, que colgaba del cinto. Se la llevaba siempre con él a las montañas, pues no había nadie que pudiera verlo y, al estar alejados de la ciudad, era más fácil que los atacaran. Aunque por el momento, seguían sin tener noticias de los hombres del emperador.

En la otra mano portaba la gema astral, pendiente en todo momento por si emitía algún brillo. Pero, como de costumbre, la piedra permanecía inerte.

—Esto es una pérdida de tiempo —gruñó Jay una hora más tarde—. Está claro que no vamos a encontrar nunca nada.

—No seas pesimista, Jay…

—Yo creo que Mhunn mintió y no está siquiera en la Tierra —la interrumpió él, irritado—. A lo mejor ha sido una trampa del oráculo supremo para alejarnos de Gea y que no podamos hacer nada productivo…

—Jay…

—… Porque si Mhunn realmente estuviera por aquí, yo creo que a estas alturas ya habríamos encontrado una pista, por mínima que fuera…

—Jay.

—… Además, ¿quién dice que no podamos derrotar al emperador sin la ayuda de Alastair, que, además, es un capullo? Somos lo bastante fuertes para…

—¡Jay! —gritó Ayla y se detuvo delante de él para obligarlo a frenar.

Jay, al fin, calló y frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Qué pasa?
—Llevo ya un buen rato intentando que me escuches —protestó ella y señaló su mano—. Mira.

Jay bajó la vista y abrió los ojos como platos. La gema astral emitía un tenue e intermitente brillo rosa.

—No me jodas… —soltó, estupefacto.

—Caedra siempre te dice que no hables así —se quejó Ayla.

—Creo que ahora tenemos cosas más importantes por las que preocuparnos —replicó Jay, divertido. Miró en derredor—. No veo nada… ¿En qué dirección vamos?

—Probemos a movernos y a ver si se apaga o si brilla más.

Siguieron de frente y la luz se redujo en intensidad. Retrocedieron y probaron a ir a la derecha, obteniendo el mismo resultado. Al volver a donde estaban y caminar hacia la izquierda, sin embargo, la gema astral aumentó su brillo.

—Lo tenemos —dijo Jay con alegría—. Al final parece que sí que lo vamos a conseguir.

—¿Vamos a por los demás? —inquirió Ayla.

Jay se detuvo y frunció el ceño. Ayla paró a su lado, expectante.

—Si nos vamos dudo que sepamos encontrar el lugar exacto de nuevo… —dijo él—. Y no sería seguro que uno de los dos se quedara solo y el otro fuera a buscar al resto. Tendremos que ver primero a dónde nos lleva esto.

Ayla asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Echaremos un vistazo rápido.

Descendieron por la pendiente de la montaña. Llegaron a una grieta en una pared rocosa y se adentraron por ella. No tardaron mucho en salir a una enorme cueva con un gran agujero en el techo por el cual entraba la luz del sol y, también, había caído algo de nieve. No había más camino y estaba desierto.

Jay miró la gema astral. Su brillo ahora era permanente, sin parpadeos. Dio un paso más y la luz se volvió casi cegadora. Puso una mano delante de sus ojos, pero alcanzó a ver cómo un portal se abría en el centro de aquel lugar.

Ayla, junto a él, también observaba con la boca abierta. El portal era mucho más grande que ninguno de los que habían visto y, en vez de flotar en el aire, era una abertura en el suelo, un gran círculo negro que giraba lentamente.

—Sí que habéis tardado en encontrarlo, hermanito. Nosotros llevamos aquí desde ayer.

El corazón de Jay se aceleró al escuchar esa voz. Se giró de golpe y abrió los ojos como platos al ver que la entrada a aquella cueva estaba ahora bloqueada por un chico rubio de mirada calculadora. Vestía entero de negro y una espada colgaba de su cinto.

Gavin.

—¿Qué…? —Jay sacudió la cabeza. Se puso delante de Ayla y frunció el ceño—. ¿Cómo nos has encontrado?

—¿No me has oído? No sabía que además de un incordio, eras también sordo, hermanito —se burló Gavin. Puso una mano en la cintura—. Te lo acabo de decir, llevamos aquí desde ayer. Estábamos esperando a que aparecierais.

Jay apretó los dientes. Era irritante que Gavin se refiriera a él como «hermanito»; no solo lo decía con tono condescendiente, sino que Jay no consideraba a Gavin hermano suyo, por mucho que tuvieran la misma madre.

Le alarmó el uso del plural. Miró a un lado y a otro, pero no localizó a nadie más. Clavó sus ojos de nuevo en Gavin.

—¿Por qué no nos habéis atacado antes?

Gavin se encogió de hombros.

—Ambos buscábamos el escondite de Mhunn. Me da lo mismo mataros antes que después, así que… ¿por qué no aprovechar y utilizaros para explorar el terreno con más rapidez? —Sonrió con sorna—. Hemos ignorado las zonas por las que ibais vosotros mientras buscábamos en otras. No me dirás que no sé cómo ser eficaz… Como ya solo quedaba esta zona sin cubrir, la rastreamos anoche.

Jay gruñó. Habían caído en una trampa, aunque todavía no sabía muy bien en qué consistía. ¿Por qué estaba solo Gavin?

—Llevo años esperando este momento —dijo Gavin. Dio un paso hacia delante, y la mano de Jay fue al pomo de su espada—. He sido entrenado para este propósito. Para acabar contigo, Althalos.

—Mi nombre es Jay —replicó él, irritado—. Y sí que es triste que hayas esperado tanto solo para matar a alguien con quien no habías hablado hasta ahora. Tu vida ha debido de ser muy aburrida, «hermanito».

Gavin echó la cabeza hacia atrás y rio. Clavó sus ojos verde esmeralda en Jay.

—Althalos. Jay. Qué más da. Me gusta tu chispa, pero eres el único que se puede interponer entre el trono y yo. ¿No te parece comprensible que quiera eliminarte?

—Obedeces ciegamente las órdenes de un padre que mató sin escrúpulos al que se suponía que era su hijo y que luego intentó asesinarme a mí también —espetó Jay. Guardó disimuladamente la gema astral en el bolsillo del pantalón donde tenía el móvil y extrajo el aparato con el mismo cuidado—. ¿Cómo puedes quererlo, Gavin? ¿No te da miedo que haga lo mismo contigo? Está claro que no es capaz de sentir aprecio por nadie.

Gavin soltó una carcajada. Ladeó la cabeza y esbozó una enigmática sonrisa.

—Ah, hermanito… ¿Quién ha dicho que siga «ciegamente» las órdenes del emperador? —Gavin desenvainó su espada. Jay lo imitó, con los músculos en tensión—. Simplemente compartimos el mismo objetivo… por ahora.

Unos diez hombres cayeron del techo a oscuras de la cueva y los rodearon. Jay palideció. Estaban perdidos; no podrían con tantos a la vez estando Gavin presente.

Lo que había dicho Gavin lo había descolocado, pues ni siquiera se había referido al emperador como su padre, pero no había tiempo para reflexionar. La charla había terminado y era hora de luchar por su supervivencia.

Capítulo 12: Duelo

Las espadas de Jay y Gavin chocaron. El sonido metálico resonó por toda la cueva.

—Podría acabar contigo ahora mismo —dijo Gavin con una sonrisa cargada de sorna.

—¿Y qué te lo impide? —gruñó Jay, aplicando más fuerza para no perder terreno.

—Quiero ver si realmente eres un contrincante digno —contestó Gavin y le dio una patada en el abdomen.

Jay retrocedió, pero recuperó el equilibrio con rapidez. Deslizó la espada en diagonal y Gavin saltó hacia atrás con una elegante pirueta para esquivarlo. El resto de sus hombres estaban a su alrededor, a la espera. Ayla estaba pendiente por si intervenían, pero todos estaban quietos.

—¿A qué estás jugando? —dijo Jay al ver esto. No iba a poder centrarse en el combate contra Gavin sabiendo que los demás podían atacar a Ayla en cualquier momento.

Gavin suspiró con exageración.

—Definitivamente eres sordo, hermanito. ¿Cómo voy a ver si eres un contrincante digno en algo que no sea un duelo de uno contra uno?

Y extendió un puño del que salió disparado un torrente de fuego azul. Jay enseguida alzó la mano izquierda y lo frenó. Las llamas se esparcieron en todas las direcciones.

—No entiendo por qué este conflicto te parece tan divertido —masculló Jay, que no quería alejarse mucho de Ayla, por si acaso.

—Es divertido ver que piensas que tienes alguna posibilidad de derrotarme —replicó Gavin.

Se acercaron y sus espadas chocaron de nuevo. Gavin logró imponer su arma y Jay fue forzado a saltar a su derecha para esquivar la estocada que vino a continuación. Rotó y elevó la pierna para lanzar una bola de fuego hacia Gavin.

A pesar de la proximidad, Gavin demostró una tremenda flexibilidad al prácticamente doblarse hacia atrás. La esfera en llamas pasó por encima de él.

Intercambiaron golpes durante los siguientes minutos. La temperatura en el lugar aumentó drásticamente por la gran cantidad de fuego que utilizaban. Ayla observaba cómo la nieve que había en el interior de la cueva se estaba derritiendo.

Jay encadenó varios golpes con su espada que Gavin tuvo que frenar uno tras otro mientras retrocedía.

—No está nada mal, hermanito —gruñó Gavin y esbozó media sonrisa—. Todavía no he conseguido rozarte, aunque tú a mí tampoco. Así que vamos a cambiar un poco las cosas.

Gavin saltó por encima de Jay propulsándose con chorros de fuego en sus pies. Jay se giró todo lo rápido que pudo, pero Gavin era más veloz y ya estaba deslizando su espada por el aire hacia él. Jay abrió los ojos como platos y trató de interponer su arma. No iba a llegar a tiempo.

Una ola de agua golpeó a Gavin de lleno en el costado. Él se recuperó enseguida y rodó por el suelo antes de levantarse con una ágil pirueta. La expresión en su rostro ya no era de diversión.

Jay miró a Ayla por encima del hombro. La chica tenía los brazos extendidos hacia ellos.

—Veo que os gusta jugar sucio —escupió Gavin. Aumentó la temperatura de su cuerpo y el vapor subió de su piel. Estaba eliminando el agua que lo había calado por completo—. He intentado tener un combate justo contigo, hermanito, pero si es así como van a ser las cosas, jugaremos a vuestra manera.

Hizo un gesto con la mano y sus hombres de inmediato pasaron a la acción. Descendieron sobre Ayla, que chilló y alzó el vuelo.

—¡Ayla! —la llamó Jay, preocupado. Tal y como se había temido al principio, no iban a poder con todos.

Intentó ir hacia ella, pero Gavin aterrizó delante de él para cortarle el camino. Lo apuntó con su espada.

—Tu combate es conmigo, hermanito.

Jay apretó los dientes. Se lanzó hacia él y envolvió su espada en fuego. Gavin sonrió con la fiereza de un depredador y lo imitó. Las hojas de metal chocaron, con las llamas azules volando en todas direcciones.

Ayla esquivaba los ataques de sus enemigos como podía. Eran soldados entrenados en el uso de los elementos, y la única ventaja que tenía era sus alas y la velocidad para desplazarse que le otorgaba su poder sobre la luz. Pero eran demasiados, y no aguantaría mucho. Descargaba lluvias de carámbanos de hielo cuando tenía la oportunidad.

Las cosas se estaban complicando para Jay. No era capaz de centrarse en su combate contra Gavin al saber la situación de Ayla. Estaba pendiente de ella y desviaba los ataques que podía con su fuego para que no alcanzaran a su amiga, pero Gavin se aprovechaba de esas distracciones y enseguida iba hacia él con la espada por delante. Aunque había conseguido evitar que lo atravesara, ya había recibido varios cortes en la piel.

Jay se detuvo a una distancia prudente de Gavin, resollando por el esfuerzo. Su contrincante rio al verlo.

—¿Ya te estás cansando, hermanito? Si acabamos de empezar.

Jay abrió la boca para replicar, pero giró la cabeza al escuchar a Ayla chillar del dolor. Había sido alcanzada por una descarga eléctrica y caía hacia el suelo.

—¡Ayla!

Jay fue hacia ella. Envió una tormenta de fuego contra los soldados que ya saltaban también a por la chica, dispuestos a rematarla. Alcanzó con sus llamas a varios de ellos.

Ayla logró recuperar la estabilidad antes de impactar con el suelo y se giró, ganando altura de nuevo. Jay contuvo un suspiro de alivio, pero se acordó demasiado tarde de su otro enemigo.

Evitó ser ensartado por la espada de Gavin por cuestión de milímetros. Sin embargo, no lo esquivó del todo. Abrió los ojos como platos al notar que la hoja metálica le rasgaba todo el abdomen.

—No aprendes, hermanito —se mofó Gavin. Se giró hacia él. De su espada caían gotas rojas—.

A mí nunca se me da la espalda.

Jay trastabilló hacia atrás. Tenía una mano en el lugar de la herida y respiraba con dificultad. El corte era profundo y salía mucha sangre. El dolor hizo que no escuchara lo que acababa de decir Gavin.

—¡Jay! —exclamó Ayla, horrorizada, al ver lo que había sucedido. Trató de ir hacia él, pero sus enemigos se lo impidieron.

A duras penas logró Jay frenar las siguientes estocadas de su contrincante. Finalmente, su espada salió volando por los aires y, mareado y exhausto, cayó de espaldas al suelo. Gavin se alzaba sobre él.

—Es una lástima —dijo Gavin y torció el gesto—. Siempre me quedaré con la curiosidad de saber cómo habría sido un combate solo entre tú y yo, sin intervenciones o distracciones de ningún tipo… Pero no voy a desaprovechar la oportunidad de eliminarte, como comprenderás.

Jay no fue capaz de responder. No tenía fuerzas para moverse, todo daba vueltas a su alrededor y un desagradable pitido resonaba en sus oídos. Notaba todo el cuerpo frío, salvo la zona del abdomen, que ardía como el infierno. Vio la espada de su enemigo descender sobre él…

Una poderosa ráfaga desestabilizó a Gavin. Solo el hecho de intuir el cambio en las corrientes de aire a tiempo salvó a Gavin de ser arrastrado por el viento. Saltó hacia atrás y se alejó.

Caedra descendió por el agujero en el techo de la cueva con sus abanicos abiertos. Deslizó uno en horizontal y el otro con el eje al contrario. Se levantó un amplio viento huracanado que esta vez Gavin no esquivó. El chico cruzó los brazos delante del rostro y fue estampado contra la pared de roca unos metros a sus espaldas. La siguiente corriente fue muy afilada y apenas tuvo tiempo de rodar por el suelo para evitarla.

Caedra aterrizó junto a Jay. Palideció al ver su estado y se dejó caer de rodillas a su lado. El corazón le latía a mil por hora.

—¡Jay! —lo llamó. La preocupación se palpaba en su voz, muy aguda. Sus ojos se movían de un lado a otro mientras examinaba todas las heridas en el cuerpo del chico, deteniéndose en el profundo corte en su abdomen, rojo.

Jadeó y unas garras de puro terror se le clavaron en el pecho. ¿Cómo había acabado así? ¿Y por qué no había llegado ella antes? Su deber era protegerlo, y ahora…

«Mantén la calma, Caedra». La fría voz de Alastair ayudó a que su pulso no alcanzara límites peligrosos.

Pasó una mano por debajo de la espalda de Jay con cuidado y lo incorporó para que quedara sentado. Lo recostó en ella y mantuvo un brazo alrededor de sus hombros.

—Cai… —Casi no pudo escucharlo. Jay la miraba con los ojos entrecerrados. Su pecho apenas subía y bajaba.

Caedra parpadeó repetidamente para evitar que se le escaparan las lágrimas y respiró hondo. Ver a Jay en ese estado la había alterado, pero Alastair tenía razón, no podía perder el control. Puso la mano que tenía libre en la herida del chico y trató de aplicar presión. Le daba igual mancharse con su sangre. Tan solo quería que dejara de salir… Había demasiada.

—Jay, aguanta —murmuró, esforzándose para que no se filtrara el pánico en sus palabras—. Ya estamos aquí.

—Esto no es nada… —dijo él con un hilo de voz y trató de sonreír, pero acabó tosiendo. Apoyó la cabeza en el pecho de Caedra y cerró los ojos, escuchando el latido desbocado de su corazón. El dolor se había esfumado, desplazado por un profundo cansancio, y refugiado en los brazos de la zeafírea se sentía a salvo. Podría quedarse así para siempre…

—Jay. —Notó la mano cálida de Caedra en su mejilla y levantó los párpados, frustrado. Tenía mucho sueño—. No te duermas. ¿Estás ahí?

—Sí… Pero, Cai… —Jay frunció el ceño. Apenas enfocaba a Caedra con la mirada; estaba sin fuerzas. Sin embargo, había algo que le impedía relajarse del todo. Percibía que seguían en peligro; tenía que advertirla…—. Cai, tienes que…

Pero Caedra estaba pendiente. Vio a Gavin cargar contra ellos desde la distancia. Antes de que los alcanzara, Gavin fue suspendido en el aire sin causa aparente y salió disparado con fuerza contra la pared.

Hadriel y Connor aparecieron en la entrada de la cueva. Hadriel fue directo hacia Gavin, que ya se estaba poniendo en pie de nuevo a pesar del golpe, y Connor corrió hacia Caedra.

Los ojos de Connor casi salieron de sus órbitas ante el estado de su amigo. Se agachó junto a ellos.

—Jay… —Miró a Caedra, asustado—. ¿Qué le ha pasado?

—No hay tiempo para explicaciones —dijo ella y clavó sus ojos amarillos en él, muy seria. Tenía que darse prisa. Iba a salvar a Jay. Como fuera. Sin él, ella no era nada. No podía perderlo —. Connor, voy a confiar en ti.

A Connor se le cortó la respiración. Pero sacudió la cabeza y endureció su expresión. No se vendría abajo ahora.

—Protege a Jay —prosiguió Caedra y le pasó con cuidado al chico. Connor lo acomodó en sus brazos, notando con preocupación que su respiración era casi imperceptible—. Ayla lo curará, pero debo ayudarla para que pueda venir.

Connor asintió firmemente.

—Yo me encargo.

Connor no se sentía en absoluto preparado para un combate real si se daba la situación, pero esto no le iba a impedir hacer todo lo que estuviera en sus manos para cumplir su tarea. Caedra confiaba en él y no iba a defraudarla. No permitiría que ningún enemigo se acercara a Jay.

—Gracias —dijo ella y se puso en pie.

Connor percibió toda la consternación y la angustia de la zeafírea en su voz, que tembló ligeramente. Estaba claro que le costaba separarse de Jay.

—Va a estar bien, Caedra —dijo Connor, sintiendo que tenía que tratar de animarla de alguna manera. Los ojos de la zeafírea brillaban con lágrimas que estaba conteniendo—. Aguantará. Los dos sabemos que Jay es un cabezota.

—Puedo escucharos…, ¿sabéis? —protestó Jay débilmente.

Caedra esbozó una temblorosa sonrisa y alzó el vuelo.

Ayla ya no sabía qué hacer. Sus enemigos no paraban de atosigarla y se estaba cansando con rapidez. Había logrado dejar inconscientes a tres de ellos, pero quedarían por lo menos otros siete. Había recibido ya varios golpes y todavía notaba en la rigidez de sus músculos y sus alas los efectos de la descarga eléctrica.

—¡Ayla!

Se permitió respirar con algo más de tranquilidad al escuchar la reconfortante voz de Caedra llamándola. La zeafírea no tardó en aparecer a su lado, bloqueando con sus abanicos los cuchillos que habían lanzado contra ella. Ayla siempre se alegraba de ver a Caedra, pero ese fue, quizás, el momento en el que más se alegró de todos.

—Caedra, necesito ayuda —dijo Ayla, jadeando, por si no era evidente—. No puedo contra todos…

—Déjamelos a mí. ¡Ve con Jay!

Caedra se interpuso entre Ayla y los soldados. Invocó una poderosa ráfaga de aire que mandó a los que no la esquivaron directos contra la pared.

Aunque Ayla habría querido quedarse a luchar con ella, sabía que Jay estaba herido. Aprovechó para dar media vuelta y descender hacia donde divisó a Connor con Jay.

—Ayla —dijo Connor en cuanto aterrizó junto a ellos, aliviado—. Tienes que curar a Jay, está muy mal y…

—Yo me encargo —le aseguró Ayla, aunque tragó saliva con fuerza al ver toda la sangre.

Connor dejó con suavidad a Jay en el suelo. Ayla posó sus manos envueltas en luz sobre el abdomen del chico, que había perdido ya todo el color en su rostro. Ayla se sintió peor que nunca, consciente de que había terminado así por estar pendiente de ella. Por mucho que entrenara, seguía sin ser lo suficientemente fuerte…

Apretó los dientes y parpadeó repetidamente, pero se le escaparon las lágrimas. ¿De qué le habían servido todos esos años entrenando con el oráculo supremo? ¿De qué le servía tanto conocimiento si luego no podía aplicarlo en combates de verdad? Combates en los que estaba en juego su vida y la de sus amigos.

—Ayla…

Miró a Jay, sollozando. Él logró mover la mano para ponerla en el brazo de la chica y esbozó una pequeña sonrisa cargada de dolor, por mucho que intentara no mostrarlo.

—Ayla, no te preocupes. Estoy bien.

—No, no lo estás, Jay, y es por mi culpa… —balbuceó ella.

—Eh, eh. Somos un equipo, ¿no? Nos defendemos los unos a los otros… —dijo Jay y tuvo que parar para tomar una amplia bocanada de aire. Se iba sintiendo mejor a medida que Ayla iba cerrando la herida, pero aun así había perdido mucha sangre—. Y asumimos las consecuencias.

Yo no me arrepiento. Me conformo con saber que estás bien…

Connor se había puesto de pie junto a ellos y observaba lo que sucedía a su alrededor, con los músculos en tensión. Hadriel y Gavin estaban enzarzados en un combate bastante igualado; aunque Hadriel era uno de los telépatas más poderosos que había, Gavin era muy ágil y se lo estaba poniendo difícil para atraparlo. Hadriel lanzaba una roca tras otra contra él en un intento de desestabilizarlo lo suficiente para retener su cuerpo con la psiquis. Y Gavin, consciente de sus intenciones, no se detenía en ningún momento y lo atosigaba con lluvias constantes de fuego.

Caedra había derribado a otros dos de los soldados y quedaban cinco contra ella. Connor quiso ir a ayudarla, por mucho miedo que tuviera, pero temía terminar siendo un estorbo y perjudicarla. Además, le había asegurado que protegería a Jay, por lo que no podía moverse de su sitio.

Connor observó el portal que continuaba abierto en el centro de la cueva, girando lentamente, pues la gema astral permanecía pegada a la energía vital de Jay a través de la tela de su pantalón. Tuvo un escalofrío al verlo y no supo por qué. Percibía malas vibraciones emanando de aquel agujero… ¿A dónde llevaría?

—¿Cómo nos habéis encontrado?

La pregunta de Ayla lo devolvió a la realidad. Connor miró por encima del hombro. La chica seguía centrada en curar a Jay.

—Hadriel recibió la llamada de Jay en el móvil y hemos venido lo más rápido que hemos podido —explicó.

—Menos mal —dijo Ayla—. Nos tendieron una trampa…

No pudieron hablar mucho más. Hubo una explosión a su derecha y Connor giró la cabeza con tanta rapidez que se hizo daño en el cuello. Apenas alcanzó a ver a Caedra caer por el portal.

—¡No!

Era Gavin quien había gritado esa palabra cargada de ira. Pasó como una flecha y saltó detrás de la zeafírea.

Connor buscó con la mirada a los soldados contra los que había estado luchando Caedra. Estaban todos inconscientes, desperdigados por el suelo.

—Connor, quédate con Jay y con Ayla.

Dio un respingo al escuchar la voz detrás de él. Giró sobre los talones y contuvo un suspiro de alivio al comprobar que era Hadriel.

Hadriel se había agachado junto a Jay. Cogió la mano del chico y le acarició el pelo, con una desagradable presión en el pecho al verlo en ese estado. Si no lo hubiera dejado buscando por su cuenta aquel día…

—Papá… —murmuró Jay. Ya tenía mejor aspecto.
—Siento no haber podido llegar antes, Jay.

Jay frunció el ceño. Miró a su alrededor.

—¿Y Caedra?

—Voy a ir a por ella, tranquilo —dijo Hadriel y se puso en pie, no sin cierta dificultad. No quería apartarse de Jay, pero no iba a abandonar a Caedra a su suerte.

—¿A dónde? —quiso saber Jay, que estaba de todo menos tranquilo. Trató de incorporarse, pero Ayla se lo impidió solo con presionar un poco en su pecho. Estaba muy débil—. Papá, ¿a dónde vas? ¿Dónde está Caedra?

—Volveré con ella, Jay, no te preocupes —le aseguró Hadriel con una sonrisa.

Miró a Connor, serio de nuevo, y este asintió con la cabeza. Estaba preocupado por Caedra, pero confiaba en que Hadriel la ayudaría. Él continuaría vigilando que no apareciera nadie para atacarlos mientras tanto.

Hadriel desapareció por el portal.

***

Caedra ahogó una exclamación al caer del cielo. Extendió las alas y planeó por el aire, confusa.

«Has pasado por el portal —informó Alastair—. Ten cuidado».

El lugar que los recibió era de todo menos normal. El sol que brillaba era un minúsculo punto rojo en un cielo igualmente escarlata. Un mar naranja se extendía allá hacia donde miraban, con unas pocas islas de roca marrón desiertas… salvo por una.

En la isla más grande de todas, la que estaba en el centro, unas escaleras se adentraban en la tierra. Y guardando esas escaleras, enroscada en torno a la entrada, había una gigantesca criatura de escamas negras con tres largos cuellos, cada uno rematado por una cabeza triangular y de afilados cuernos.

Una hidra.

«Está aquí».

Caedra sacudió la cabeza. Batió las alas y se mantuvo en el aire, a una distancia prudente de la hidra. Estaba durmiendo y no quería despertarla.

«¿El qué está aquí?», inquirió Caedra, confusa.

«Mi cuerpo», dijo Alastair, muy serio.

Caedra abrió los ojos como platos.

«¿Dónde?».

«Abajo».

Caedra palideció al mirar de nuevo a la hidra. Su corazón se aceleró. Tenía que conseguir esquivarla y bajar por esas escaleras…

«¡Detrás de ti!».

La exclamación urgente de Alastair hizo que Caedra se girara de golpe. Gavin chocó con ella y Caedra gritó. Se precipitaron contra el mar.

Caedra subió enseguida a la superficie y sacudió la cabeza para apartar el pelo mojado de su

rostro. Las olas eran fuertes y la arrastraban. Luchó por nadar contra la corriente hacia una de las pequeñas islas de roca, con un olor a sal atosigándola.

Algo tiró de su ala. Caedra se volvió y comprobó que Gavin la había agarrado.

—No voy a permitirte que traigas de vuelta a ese dragón —dijo Gavin con una mueca en su rostro.

Caedra frunció el ceño. Así que su enemigo sabía sobre Alastair.

—No me lo vas a impedir —replicó ella y trató de plegar el ala que Gavin había agarrado.

Una fuerte ola los golpeó y los separó. Caedra rompió la superficie del agua de nuevo y se le cortó momentáneamente la respiración cuando un poderoso rugido le taladró los oídos.

Buscó a la criatura que lo había proferido con la mirada. La hidra se alzaba sobre sus cuatro patas en la isla del centro, analizándolos con tres pares de afilados ojos rojos.

Caedra alcanzó por fin la roca y trepó. Se dejó caer sobre la tierra y jadeó.

«Arriba», dijo Alastair con urgencia.

Vio un par de botas delante de ella y Caedra alzó la vista. Gavin, tan empapado como la zeafírea, la contemplaba con una expresión extraña. La luz roja del sol recortaba su silueta.

—¿Por qué estás de parte de mi hermano?

Caedra tensó la mandíbula ante la pregunta.

—Jay es mi amigo. Y jamás lucharía para el emperador.

Gavin se agachó frente a ella y apoyó el codo en una rodilla. Caedra lo observó, desconcertada y preparada para frenar cualquier ataque.

—Yo no lucho para el emperador.

—¿Qué…? —Caedra sacudió la cabeza. Se puso en pie y retrocedió—. Tratas de confundirme.

Gavin también se incorporó, pero respetó la distancia.

—El emperador se cree que soy el hijo perfecto —prosiguió Gavin, ignorándola. Esbozó una sonrisa amarga—. O el soldado perfecto, más bien. Nunca me ha querido como a un hijo. Y, a cambio, yo nunca lo he querido como a un padre.

La hidra seguía rugiendo en la distancia.

—¿Por qué me estás contando esto? —quiso saber Caedra y frunció el ceño. Abrió los abanicos, por si acaso.

—Porque siempre has sido mi referencia desde que era pequeño —dijo Gavin—. Siempre esperaba con impaciencia tus visitas…

—Dejé de ir en cuanto vi cómo eras en realidad.

—Eres la única que intentó verme como una persona, y no como una pieza más en este estúpido juego.

—Y, aun así, has acabado al servicio de tu miserable padre —replicó Caedra; la rabia era tan

evidente en su voz como el sol rojo que brillaba sobre ellos—. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero estás luchando para él.

—Eso es lo que quiero que él piense. Y es solo temporal —aseguró Gavin. Su gesto era sombrío—. Mi tiempo entrenando en Titaia, alejado de él, me permitió darme cuenta de muchas cosas. Sobre todo, acumulé una inmensa furia hacia él por haber asesinado a uno de mis hermanos…

—¡Pero si estás intentando matar a Jay! —lo interrumpió Caedra, perpleja e irritada.

Gavin suspiró con tristeza.

—Porque Jay se interpondrá en mi camino. Y el trono del imperio me pertenece. Pero no puedo aceptar a un padre que estuvo dispuesto a matar a los que se suponía que eran sus hijos.

Caedra resopló.

—Pero tú sí eres libre de matar a quien te plazca, ¿no?

Gavin apretó los dientes.

—Caedra…

Dio un paso hacia delante. La zeafírea cruzó los abanicos frente a su rostro.

—No te muevas —le advirtió con voz fría.

—Caedra —repitió Gavin y le tendió la mano. Caedra arqueó una ceja—. Eres una de las guerreras más feroces y leales que conozco. Eres muy poderosa. Sería una pena tener que eliminarte por opinar de forma diferente. Lucha conmigo.

—Tú lo has dicho, Gavin —dijo ella con sequedad—. Soy leal. Leal a Jay. Leal a mis amigos.

—Quiero transformar el imperio. Voy a acabar con el emperador. Compartimos el mismo objetivo —insistió él, sin bajar la mano—. Te quiero a mi lado. Juntos haríamos grandes cosas…

—¿Realmente crees que vas a convencerme después de que hayas intentado matar a Jay? —siseó Caedra—. Eres igual a tu padre.

«Caedra, atenta —la regañó Alastair—. No estáis solos, ¿recuerdas?».

Caedra sintió que la tierra temblaba cuando algo cayó detrás de ella. Se giró de golpe y palideció al ver las tres cabezas de la hidra rugiendo y con los colmillos de las mandíbulas a punto de cerrarse en torno a su cuerpo…

Gritó cuando tiraron de ella. Rodó por el suelo y sacudió la cabeza. Gavin estaba a su lado, con un brazo rodeando su cintura.

Caedra lo observó, perpleja. Le había salvado la vida. ¿Por qué?

La hidra corría hacia ellos. Se pusieron en pie.

—No quiero que mueras —dijo Gavin, con los ojos puestos en la criatura de tres cabezas—. Pero tampoco puedo permitirte que le devuelvas el cuerpo al dragón si no vas a luchar a mi lado.

Caedra frunció el ceño.

—No esperes que te dé las gracias.

Gavin esbozó una enigmática sonrisa. Otro estridente rugido les taladró los oídos.

—No lo esperaba, tranquila. Pero no esperes tú que vuelva a hacerlo.

Los dos se separaron para que la hidra pasara entre ellos. Caedra batió las alas y alzó el vuelo.

—¡Caedra!

El corazón de la zeafírea se aceleró al escuchar aquella voz familiar. Miró por encima del hombro y divisó a Hadriel en la isla del centro. Voló hacia él.

—Hadriel, tenemos que bajar las escaleras —le dijo rápidamente en cuanto aterrizó a su lado—. El cuerpo de Alastair está ahí abajo.

Hadriel abrió la boca para responder, pero el rugido por triplicado de las cabezas de la hidra los hizo mirar en esa dirección. Gavin saltaba por las islas hacia ellos, con la enorme criatura detrás de él.

—Yo me encargo —decidió Hadriel y manipuló una de las olas para que se estrellara donde iban a cruzar Gavin y la hidra, impidiéndoles el paso. Gavin tuvo que frenar la dentellada de una de las cabezas con su espada.

—No tardaré —aseguró Caedra y bajó corriendo por las escaleras.
Iba intranquila sabiendo que había dejado a Hadriel luchando contra Gavin y la hidra, pero no tendrían ninguna otra oportunidad; no podían irse sin el cuerpo de Alastair.

«Está cerca», dijo Alastair.

Caedra no respondió, centrada en no tropezar. Las escaleras parecían descender hasta el infinito; por más que bajaba, continuaban y continuaban. Cada vez había menos luz y hubo un tramo en el que estaban a oscuras.

Pronto vio luz de nuevo, sin embargo. Casi sin aliento, Caedra llegó a una sala circular iluminada por extrañas plantas blancas luminiscentes.

Y en el centro de ese lugar…

«No puede ser —dijo Alastair, fascinado—. Después de más de mil años…».

Envuelto en un círculo de luz, el cuerpo de un dragón reposaba en el suelo, aparentemente dormido. Era blanco como la nieve, con alas de plumas y extrañas runas dibujadas en sus escamas.

«Las runas son las que usaron para sellar mi cuerpo —explicó Alastair—. Así es como ha aguantado intacto todo este tiempo».

Caedra se acercó lentamente, casi con temor. Tenía los ojos muy abiertos, como si no terminara de creerse lo que estaba sucediendo.

«Espera —la frenó Alastair cuando llegaron hasta el cuerpo—. Es extraño que no esté Mhunn aquí».

Caedra escrutó los alrededores, pero ahí no había nadie más.

«Abajo —indicó Alastair, y Caedra inclinó la cabeza para que leyera unas runas inscritas en la

roca del suelo—. “Alastair, espero que seas tú quien lea este mensaje. He decidido esconder en lugares diferentes tu cuerpo, el de Saekish y la esfera primaria. He optado por quedarme custodiando la esfera primaria, por lo que no me encontrarás aquí”».

«Bien, pues eso resuelve tu duda —pensó Caedra—. Será mejor que nos demos prisa; quiero volver con Hadriel cuanto antes. ¿Qué tenemos que hacer?».

«Lo que tenemos que hacer es muy sencillo, basta con que pongas tu mano en mi cuerpo y yo me encargaré del resto —explicó Alastair, pero su voz no era alegre, sino todo lo contrario—. Caedra, debes estar preparada».

«¿Para qué?», inquirió ella, confusa.

«Mhunn ha dejado una advertencia —dijo Alastair y Caedra volvió a mirar las runas—. “Seas quien seas, en cuanto toques este cuerpo, este lugar quedará destruido en cuestión de minutos”».

Caedra frunció el ceño.

«¿Eso qué quiere decir?».

«Quiere decir que este sitio no es un espacio natural, es algo creado por Mhunn. Una especie de micro mundo artificial —explicó Alastair—. Probablemente sustentado por la energía de mi cuerpo. Tienes que estar preparada porque ambos nos vamos a quedar muy débiles cuando yo vuelva a mi cuerpo. Tú por la fatiga de la transferencia, y yo porque regresaré a un cuerpo que lleva más de un milenio sin alma que lo sostenga».

«Y una vez estés en tu cuerpo este lugar comenzará a desaparecer porque ya no tendrá energía que le siga permitiendo existir… —pensó Caedra, consternada—. Ya entiendo. De acuerdo, estoy preparada».

—No des ni un paso más, Caedra.

La zeafírea crispó las plumas de las alas al escuchar esa voz. Gruñó y se giró con los puños apretados. Gavin la observaba desde las escaleras.

El corazón de Caedra se encogió. ¿Cómo había ido Gavin tras ella? ¿Estaría Hadriel…?

—Te mataré si inicias la transferencia —la amenazó Gavin y puso la mano en el pomo de su espada—. Sabes que no quiero hacerlo, así que no me obligues.

Caedra contuvo la respiración. Prácticamente escuchaba las agujas de un reloj marcando el tiempo que se agotaba.

Capítulo 13: Sin retorno

«Tendremos que encargarnos primero de él», dijo Alastair, claramente molesto.

Caedra estaba tensa por completo.

—¿Dónde está Hadriel? —le preguntó a Gavin y contuvo la respiración, nerviosa.

Gavin se encogió de hombros.

—Lo he dejado con la hidra. Yo que tú no tardaría mucho en tomar una decisión, no sé cuánto aguantará…

Caedra apretó los dientes. Aunque era un alivio saber que Hadriel estaba vivo, la hidra parecía bastante peligrosa. Desenganchó sus abanicos del cinto y los abrió. Gavin entornó los ojos.

—¿Es esa tu decisión, Caedra?

—No lucharé junto a ti, Gavin. Eres mi enemigo —declaró ella con firmeza.

—¿Realmente piensas que Jay es mejor candidato que yo para el trono? —replicó Gavin y bufó —. Mi hermano ha crecido en la Tierra, apartado de Gea… No conoce cómo funciona el imperio, cómo es cada territorio. No ha sido educado para gobernar, no sabrá manejar Gaelar.

—Aprenderá. ¿Cuáles son tus planes si llegas al trono, Gavin? ¿Perpetuar el reinado de terror de los tres últimos emperadores? ¿Expandirte ya también al otro continente?

—Veo que para ti todo es blanco o negro, Caedra —dijo Gavin, cruzando los brazos—. Amigo o enemigo. A favor de Jay o en contra de Jay.

Caedra frunció el ceño.

—Yo creo en Jay. No lucharé para nadie más. Y lo protegeré con mi vida si es necesario; no volveré a fallar.

No había podido salvar a Kendrij. También pensó que había fracasado cuando su hermano pequeño supuestamente fallecía en un incendio unos días más tarde. No se permitiría ni el más mínimo error esta vez.

Caedra extendió las alas. Se elevó en el aire, pues la sala era inmensa y tenía espacio para maniobrar. Cruzó los abanicos.

Gavin chasqueó la lengua.

—Una lástima tener que enfrentarme a ti.

Saltó hacia ella propulsándose con fuego en sus pies. Caedra abrió los ojos como platos cuando en apenas un instante lo tenía frente a ella. ¿Cómo era tan veloz?

Frenó la estocada con sus abanicos. Hizo fuerza y apartó la espada de Gavin. Él dio una voltereta hacia atrás y aterrizó en el suelo.

—Sabes que Jay jamás me derrotará —se mofó Gavin.

—Eso está por ver —espetó Caedra y lanzó una potente ráfaga de viento hacia él.

Gavin se desplazó con rapidez al extremo opuesto del lugar. Extendió un puño hacia ella y disparó un chorro de fuego azul.

Caedra giró en el aire y lo evitó, aunque las llamas rozaron sus plumas. Ya no podía maniobrar de la misma forma que antes de que se rompieran sus alas.

«¿Confías en mí?», preguntó Alastair de repente.

Caedra deslizó sus abanicos por el aire. Varias corrientes de viento tan afilado que prácticamente creaban una forma de semicírculo se dirigieron hacia Gavin una tras otra.

«Sí», contestó sin dudarlo. Tiempo atrás habría tenido que pensarlo; ahora tenía la respuesta clara.

«Bien. Yo me encargo», dijo Alastair.

Caedra se desplazó a la derecha para esquivar una bola de llamas, pero el movimiento fue involuntario. Se dio cuenta de que era ahora Alastair quien controlaba su cuerpo. Sin embargo, no se alarmó ante esto. Si Alastair creía que él terminaría el combate contra Gavin de forma más rápida que ella, lo dejaría. Quería volver con Hadriel cuanto antes y asegurarse de que estaba bien.

Lanzó un rayo contra Gavin. Este tuvo que saltar para evitarlo, pero del lugar del impacto salieron disparadas rocas y esquirlas que sí lo alcanzaron y le provocaron varios cortes.

Caedra desapareció en un cúmulo de sombras. Gavin se detuvo y miró a un lado y a otro, desconcertado.

—Se acabó.

Gavin se giró con brusquedad y abrió los ojos como platos al ver a Caedra reaparecer a unos milímetros de él. La zeafírea impactó con su palma cargada de electricidad en el pecho del chico y este aulló de dolor.

«¡Ya basta!», pensó Caedra, alarmada. Recuperó el control de su cuerpo y se apartó.

Gavin cayó al suelo con un golpe seco, inconsciente. Caedra jadeó.

«¿Por qué has querido que parara? —replicó Alastair, que, aunque irritado, había respetado sus deseos—. Sabes que lo mejor sería matarlo ahora mismo».

«No puedo matar a nadie —contestó ella y sacudió la cabeza. Ya había tenido suficiente con lo sucedido en Titaia—. Solo al emperador. Hice una promesa».

Alastair resopló.

«Una promesa que debería ser irrelevante en tiempos de guerra, pero como desees. Lo mataré yo mismo en cuanto recupere mi cuerpo».

Caedra fue corriendo hacia el dragón sellado por las runas. Recordó que Alastair había dicho que bastaría con que lo tocara y él se encargaría del resto, por lo que posó la mano en la piel escamosa de la criatura y contuvo la respiración.

El efecto fue inmediato. Fue cegada por un resplandor y gritó cuando una sensación desgarradora la invadió por dentro. Trató de aguantar, pero la presión fue demasiada; había sido peor que una descarga eléctrica. Se desplomó junto al dragón.

***

Alastair abrió los ojos y frunció el ceño. Se notaba pesado y adormecido. Sus músculos estaban entumecidos y el mero hecho de ponerse en pie supuso un tremendo esfuerzo por el que sus pulmones protestaron.

Probó a estirar las alas. Estaban rígidas, pero obedecieron y se extendieron por completo.

Era extraño. Aunque había seguido percibiendo el mundo a su alrededor a través de Caedra, era diferente ahora que estaba de nuevo en su propio cuerpo. La roca bajo sus garras era dura y áspera, el ambiente estaba cargado del olor a sal del mar… Escuchaba a los peces nadar en la distancia. Todos sus sentidos eran mucho más agudos en su forma de dragón.

Tuvo que parpadear varias veces para que sus ojos se acostumbraran a la luz. Sacudió la cabeza. Hasta su mente estaba nublada.

Bajó la vista y buscó a Caedra. La encontró junto a él; ella ahora parecía muy pequeña en comparación al tamaño de su cuerpo de dragón. La zeafírea estaba tumbada en el suelo y se había llevado una mano a la cabeza. Parecía estar despertándose.

Caedra gimió. ¿Qué le había pasado? Estaba muy cansada, como si llevara dos días enteros sin dormir. Sus párpados parecían de plomo; le estaba costando abrir los ojos.

«Caedra».

Había conseguido sentarse cuando escuchó la voz en su mente. Pero había algo diferente.

Alzó la vista y dio un respingo al encontrarse con un inmenso dragón de escamas y plumas blancas como la nieve. La observaba con afilados ojos del color del hielo, con la pupila reducida a apenas una rendija.

—¿Alastair…? —balbuceó ella, insegura. Se sentía vacía, como si le faltara algo, y se llevó una mano al pecho.

«Sí. He vuelto a mi cuerpo —afirmó él—. No tengo fuerzas todavía para pasar a mi forma humana. Pero puedo comunicarme por telepatía en esta forma».

Caedra no dijo nada. Le costaba mantener la cabeza erguida y el espacio a su alrededor estaba distorsionado. Lo que daría por dejarse caer en una cama y dormir un día entero…

Alastair se agachó junto a ella. Era complicado acostumbrarse de nuevo a mover un cuerpo tan grande y pesado y se le hizo raro maniobrar su cuello, ahora largo y esbelto.
«¿Te encuentras bien?», le preguntó, consternado.

—Solo estoy cansada… Supongo que la transferencia me ha dejado casi sin energía —murmuró ella. Giró la cabeza para mirarlo y sonrió—. Pero lo hemos conseguido, Alastair.

Alastair frunció el ceño. No había pensado que el proceso afectaría tanto a Caedra. Había cerrado los ojos de nuevo y estaba inclinándose hacia la derecha. Extendió su ala junto a ella justo a tiempo para evitar que cayera al suelo.

Captó movimiento por el rabillo del ojo y consiguió, en el último instante, cubrirlos con su otra ala de una tormenta de fuego. Plegó el ala e irguió el cuello, rugiendo con ferocidad.

Gavin se había puesto en pie y tenía los puños envueltos en llamas.

—Puede que Caedra haya conseguido devolverte a tu cuerpo, dragón de la destrucción, pero estáis demasiado débiles ahora para defenderos —dijo Gavin, jadeando—. Habéis cometido un grave error.

«Sabía que debería haber acabado contigo antes —gruñó Alastair. Se situó delante de Caedra, con los músculos en tensión. Había dejado a aquel chico con vida por ella, pero ahora estaba claro que esa decisión les iba a costar cara. Sin embargo, había algo que no entendía—. ¿Cómo te has recuperado tan rápido?».

Gavin resopló.

—He sido entrenado sin descanso durante años. He conseguido una resistencia bastante alta a la electricidad, dragón. Me has subestimado.

Gavin se acercó. Alastair mostró sus afilados colmillos. Y todo el espacio a su alrededor tembló.

Del techo de la cueva empezaron a filtrarse chorros de agua salada. Gavin extinguió el fuego de sus puños, confuso.

«Este espacio no tardará en destruirse ahora que he recuperado mi cuerpo —advirtió Alastair—. O nos vamos, o moriremos todos».

Gavin apretó los dientes.

—¿Quién ha dicho que no pueda acabar primero contigo y marcharme luego? Estás tan débil que será pan comido.

El chico saltó sobre el dragón deslizando su espada por el aire. Alastair clavó sus ojos en él y la temperatura descendió con brusquedad. Abrió la boca y disparó un fino rayo de hielo concentrado que fue directo hacia el pecho de Gavin.

Gavin solo logró esquivarlo al disparar fuego contra la pared a su derecha y echarse así hacia atrás en el aire. Palideció cuando la roca en la que impactó el rayo se congeló al instante, con carámbanos de hielo brotando por todo el suelo varios metros a su alrededor.

Gavin aterrizó y miró al dragón, esta vez con respeto.

—Veo que eres muy poderoso, incluso aunque acabes de recuperar tu cuerpo.

«Eres tan necio como el resto de mortales —dijo Alastair en tono frío—. Pero espero que sepas rectificar».

Los huecos por los que caía el agua aumentaron de tamaño con un crujido. La sala comenzó a inundarse, ahora con rapidez.

—¿Qué está pasando? —murmuró Caedra, aletargada, cuando la alcanzó el agua marina.

—Tendremos que posponer nuestro enfrentamiento —dijo Gavin, frustrado. Dio media vuelta y se fue corriendo por las escaleras.

Alastair miró a Caedra.

«Debemos irnos. No tenemos mucho tiempo».

Ella no dijo nada, aunque trató de ponerse en pie. Sus piernas temblaron y cayó de rodillas al suelo, chapoteando en el agua, cuyo nivel subía cada vez más.

—No lo entiendo —masculló—. ¿Es normal que esté así?

«Sabía que estarías débil, pero no hasta este punto —contestó Alastair y apretó los colmillos—. Lo siento».

Caedra trató de sonreír.

—No te pega disculparte, Alastair —murmuró mientras él la ayudaba a que subiera a su lomo.

Alastair gruñó.

«No esperes que lo haga con nadie más».

Caedra se aferró al cuello del dragón, fascinada con la suavidad y frialdad de sus escamas. Sus alas de plumas estaban plegadas contra los costados. Tenía también plumas creciendo a lo largo de toda la columna vertebral y detrás de una serie de cuernos en su cabeza. Era una criatura realmente hermosa, y, aunque el cansancio le impidiera expresar todo lo que quería, se sentía muy contenta por haber logrado al fin que Alastair recuperara su cuerpo.

El túnel era un poco estrecho para el inmenso dragón, pero Alastair consiguió pasar. Ascendieron con rapidez y pronto divisaron la luz roja de la salida. En el exterior fueron recibidos por vientos huracanados y un cielo en llamas.

Caedra buscó a Hadriel con la mirada. Lo divisó lanzando rocas hacia la hidra en la distancia. No había ni rastro de Gavin.

—Tenemos que ir a por Hadriel —dijo Caedra.

Alastair no respondió. Caedra frunció el ceño.

—No nos vamos a ir sin él —advirtió, muy seria.
«No era eso lo que estaba pensando», replicó Alastair y enseñó los colmillos, molesto por su falta de confianza.

La situación era complicada. Iba a tener que volar para alcanzar el portal en el cielo, pero no poseía la fuerza suficiente para ello todavía. Aunque sería cuestión de tiempo que se recuperara lo suficiente, tiempo era precisamente lo que no tenían. El mundo se caía a pedazos a su alrededor, como un edificio que había perdido todos los cimientos que lo sostenían.

—¡Hadriel! —Caedra lo llamó con toda la fuerza que pudo.

Él los miró por encima del hombro, pero la hidra se lanzaría a por él en cuanto le diera la espalda para ir hacia ellos. Llevaba ya un largo rato luchando contra ella y se estaba cansando. No sabía por qué, pero era inmune a su psiquis. Si trataba de retenerla con la mente, la criatura se seguía moviendo como si nada. Recurría a atacarla y frenarla con elementos de su entorno.

Alastair disparó su rayo de hielo hacia la hidra. Esta retrocedió con un aullido, pero los carámbanos de hielo que se materializaron en el suelo como un muro de afiladas columnas cruzadas sirvieron para impedirle el paso.

Hadriel aprovechó la oportunidad para ir hacia ellos. Caedra bajó del lomo de Alastair y fue a

recibirlo. Hadriel la atrapó en sus brazos justo antes de que la zeafírea se cayera de nuevo por la falta de fuerza en las piernas.

—Caedra, ¿qué te pasa? —quiso saber Hadriel de inmediato, preocupado. Respiraba con mucha rapidez y su voz sonaba algo débil. Caedra supuso que era por el esfuerzo de haber luchado contra la hidra.

A la zeafírea le pesaban los párpados, pero estaba muy contenta al ver que Hadriel estaba bien y se dejó llevar por la emoción, por mucho que le costara moverse.

Sin embargo, su alegría pronto se convirtió en horror al notar algo húmedo y cálido. Bajó la vista y palideció al divisar tres profundos cortes surcando el pecho de Hadriel.

—No… —balbuceó ella y le tembló la voz.

A Hadriel también se le agotaba la energía ahora que la adrenalina lo abandonaba.

—Me temo que me ha alcanzado —dijo con una mueca de dolor en su rostro. Trató de aguantar, pero no pudo más y cayó de rodillas al suelo, junto a Caedra, resollando.

Caedra tenía los ojos muy abiertos, incapaz de cerrar la boca. Puso una mano en los cortes y Hadriel apretó los dientes, agonizando de dolor. Apartó la mano de inmediato, temiendo hacerle más daño, y lo miró a la cara. Jadeó y ahogó una exclamación, angustiada. ¿Por qué lo había dejado luchando solo?

Hadriel se apoyó en la roca tras él. Sintió el pánico de la zeafírea, que manaba de ella con la misma fuerza del viento a su alrededor. Estaba reflejado en sus ojos amarillos y en su respiración cada vez más corta y acelerada. Pero Hadriel necesitaba descansar un poco antes de hablar de nuevo.

Las olas cobraban más intensidad. Una rompió contra el borde de la isla y el agua les llovió encima. La hidra rugió en la distancia.

Caedra, sin soltar a Hadriel, miró a Alastair por encima del hombro.

—Tenemos que irnos —le dijo con la voz ahogada por un sollozo.

Alastair negó con la cabeza.

«No puedo volar todavía…».

—Yo os ayudaré —murmuró Hadriel. Su respiración era laboriosa. Tenía muchas más heridas y cortes por el cuerpo, además de los tres que se hundían en su pecho.

—¿Cómo que nos ayudarás? Te vienes con nosotros —replicó Caedra de inmediato.

Hadriel la miró a los ojos. El corazón de Caedra se aceleró de terror al verlo con el rostro tan abatido. Parecía derrotado.

—Caedra, no voy a aguantar mucho más…

—Ayla te curará.

—Ayla ha curado ya a Jay… —le recordó Hadriel con suavidad. Llevó una mano a la mejilla de la zeafírea. Ella puso su mano sobre la de él, con los ojos llenos de lágrimas—. Sabes que no podrá curarme a mí también ahora.

—Tiene que haber algo que… —Caedra calló de golpe. Se le había formado un nudo en la garganta y le estaba empezando a doler el pecho de la tremenda presión que sentía—. ¡La pluma de Luvann! C-con eso podremos…

Hadriel esbozó una sonrisa cansada.

—No la tenemos aquí…

La tenían Tarvo y Valikia, y no había manera de transportarla por arte de magia.

Caedra sollozó y apretó la mano de Hadriel contra su mejilla. Las lágrimas fluían como ríos de sus ojos.

—Hadriel, no… No voy a dejarte aquí —dijo ella con toda la firmeza que pudo, que no fue mucha. Su voz falló al final.

A Hadriel le costaba cada vez más enfocarla. Había dejado de sentir ya el dolor de los profundos cortes, pero otro tipo de dolor lo estaba invadiendo por dentro. Él tampoco quería separarse de Caedra. Sabía que la vida se le estaba escapando, fluyendo a través de la sangre que manaba de sus heridas. La hidra había sido más feroz de lo que imaginaba; no había contado con que fuera inmune a su psiquis.

Habría querido acompañar a Jay hasta el final. No iba a estar tranquilo hasta que el emperador hubiera desaparecido, hasta que no quedara nadie que amenazara a su hijo. Pero no iba a ser posible.

Sin embargo, no se arrepentía de sus acciones. Había ido tras Caedra porque jamás la habría abandonado a su suerte. Ella era tan importante para él como Jay y, al menos, la había ayudado manteniendo alejada a la hidra de ella. Ahora solo le quedaba hacer un último esfuerzo para asegurarse de que Caedra salía sana y salva de aquel mundo que se estaba rompiendo. No descansaría hasta entonces.

—Los años que pasé contigo en el palacio, cuando eras pequeña… —murmuró Hadriel, y Caedra lo miró con los ojos muy abiertos—. Siempre estarán… entre mis más preciados recuerdos. Veros crecer a ti y a Jay ha sido la mayor alegría de mi vida.

—Hadriel, no digas eso… —sollozó Caedra y sacudió la cabeza. ¿Sería todo aquello una pesadilla? Sí, tenía que serlo, por mucho que estuviera experimentando el mismo dolor que si le estuvieran clavando una daga y retorciéndola en su abdomen—. N-no te estás muriendo… Vamos a salir de aquí y…

—Caedra, prométeme que… —Hadriel calló y respiró hondo, pero acabó tosiendo. Ya hasta respirar suponía un tremendo esfuerzo y era muy complicado pronunciar cada palabra. Caedra cerró la mano que tenía libre en su hombro—. Prométeme que cuidarás de… Jay.

Caedra quería despertarse. Esa pesadilla se estaba alargando demasiado. ¿Qué iba a hacer ella sin Hadriel?

—Siempre cuidaré de él, pero…

—Y dile a Jay que… cuide de ti, ¿de acuerdo? No os separéis nunca… —Hadriel cerró los ojos, exhausto. Caedra se alarmó al notar que dejaba caer la mano de su mejilla—. Estoy seguro de que juntos… podréis con todo.

—Y tú vas a estar con nosotros, Hadriel —insistió ella y tomó la mano fría de Hadriel entre las suyas—. A-abre los ojos, por favor…

Él levantó ligeramente los párpados. Tosió y la sangre cayó por las comisuras de sus labios. A Caedra se le escapó un gemido cargado de angustia.

No. No. No. Era una pesadilla. Tenía que ser una pesadilla.

Hadriel quería tranquilizarla, pero sabía que sería imposible en esas circunstancias.

—Caedra…

Lo interrumpió otro estridente rugido de la hidra. Se escuchó cómo hacía añicos el muro de hielo.

—Hadriel, vamos —dijo Caedra con urgencia y puso las manos en sus brazos—. Levanta, tenemos que irnos.

Él no se movió. No le quedaban fuerzas. Se esforzó para mirar a Caedra y ver su rostro una última vez. Observó sus ojos amarillos, muy abiertos, clavados en él, reflejando todo su dolor y desesperación. Las marcas negras en forma de triángulo invertido bajo sus ojos brillaban por las lágrimas, que empapaban sus mejillas. La cicatriz que surcaba la mitad izquierda de su rostro estaba al descubierto; su pelo estaba mojado y echado hacia atrás.

La hidra se lanzó a por ellos. Alastair se interpuso con un feroz rugido y su hielo chocó contra el fuego de la criatura de tres cabezas.

Caedra sacudió a Hadriel con suavidad.

—Hadriel, por… por favor… —suplicó con voz rota—. Levanta… N-no…

Quizás no era una pesadilla. Estaba pareciendo cada vez más real. Pero ella no iba a poder seguir adelante sin Hadriel. No se apartaría de su lado.

—Caedra… No voy a aguantar… mucho más… —murmuró él, que sentía que ya solo se aferraba a la vida por un mísero hilo. Alzó un brazo tembloroso y dejó caer la mano en la cabeza de la zeafírea—. Tenéis que iros. Sin mí.

—¡No! —chilló ella. Se abrazó a él, sin importarle mancharse con su sangre. ¿Qué era ella sin Hadriel? Era quien se había encargado de ella cuando su hermano había desaparecido. La había criado con todo el cariño del mundo, dedicado a ella por completo, siempre pendiente de enseñarla, cuidarla y de que no le faltara nada. Era a quien acudía cuando estaba preocupada por algo, era quien siempre sabía qué decir y qué hacer para ayudarla.

Hadriel siempre había estado ahí. No concebía un mundo sin Hadriel a su lado.

Hadriel acarició el pelo de Caedra, que estaba sucio y mojado. Ella alzó la vista para mirarlo, temerosa.

—Caedra… Por favor. No dejes que me vaya… sin saber que estás bien. A… salvo.

Caedra sacudió la cabeza.

—N-no me digas eso…

—Te quiero. Os quiero… a ti y a Jay. Díselo…

Caedra se quedó con la boca abierta. Su labio inferior tembló. Apenas lo veía con el velo de lágrimas en sus ojos.

—Yo… Yo también te quiero, pero… Pero…

No. Nada de eso estaba pasando. Hadriel tenía una solución para todo. Siempre podía con todo. No iba a quedarse ahí.

—Se lo dirás tú mismo, Hadriel —dijo Caedra y tiró de él, pero no tenía fuerzas, y Hadriel pesaba demasiado—. Tienes que levantarte…

Hadriel sonrió. Era duro, pero se alegraba de estar con ella en sus últimos momentos. Era la luz en medio de la oscuridad de su agonía.

—Caedra… Ve.

Alastair hizo retroceder a la hidra con un golpe de sus garras, pero esta mordió su cuello con una de sus tres cabezas. El dragón aulló y se retorció. Logró librarse de sus fauces y disparó su rayo de hielo. La hidra chilló cuando sus patas quedaron congeladas y varios carámbanos brotaron para flanquear sus costados, pinchando sus escamas.

Alastair se giró y dejó a la hidra luchando por librarse de su prisión. Sabía que no tardaría mucho.

Localizó a Caedra abrazada a Hadriel, llorando desconsoladamente. Frunció el ceño al ver el estado de Hadriel y supo que no aguantaría mucho más. Había perdido demasiada sangre.

«Caedra, nos vamos», dijo con voz férrea. La zeafírea lo ignoró.

El resto de islas ya habían quedado sumergidas bajo el agua. Quedaba poco para que la isla en la que estaban sufriera el mismo destino. Y la temperatura no hacía más que subir.

Alastair respiró hondo. Odiaba tener que hacerlo, pero no quedaba otra opción.

Agarró a Caedra con la pata delantera y la separó de Hadriel. Caedra chilló y se retorció.

—¡No! ¡No, no, no! ¡Alastair, suéltame!

Era difícil también para Alastair. Había pasado mucho tiempo con Caedra y sabía lo importante y especial que era Hadriel para ella. La zeafírea se estaba rompiendo por dentro y él no podía hacer nada para ayudarla, solo aumentar su sufrimiento al verse forzado a separarlos, pues Caedra no se iba a apartar de Hadriel por voluntad propia. Y si no lo hacía, ella moriría también, atrapada en aquel mundo que estaba desapareciendo.

—Alastair… Cuida de Caedra y de Jay, por favor —dijo Hadriel con un hilo de voz, pero el dragón lo escuchó a la perfección.

«Lo haré», respondió de inmediato.
Hadriel era otro de los pocos que se había ganado su respeto, por lo que a él también le iba a costar dejarlo atrás. Lo menos que podía hacer era contestar a su último deseo.

Extendió las alas.

—¡Alastair, por favor! —suplicó Caedra. Su rostro estaba empapado por las lágrimas y su respiración era entrecortada. Sentía una presión tremenda en el pecho y en la cabeza, que parecía

a punto de estallar—. ¡Hadriel! —gritó y estiró los brazos hacia él, desesperada.

Hadriel ya no era capaz de hablar. Tenía que reservar las escasas fuerzas que le quedaban para ayudarlos a salir de ahí.

Alastair batió las alas y alzó el vuelo, asistido por los poderes psíquicos de Hadriel. Se dirigió hacia el portal. Caedra no dejaba de retorcerse y gritar.

—¡Hadriel! ¡Hadriel!

Alastair se obligó a ignorarla, pero hasta él estaba afectado por el profundo y desgarrador dolor en la voz de la zeafírea.

—Hadriel… —sollozó Caedra, que ya no se movía, derrotada. Sus lágrimas le impedían ver con claridad, pero sabía que cada vez se estaba alejando más de Hadriel. De Hadriel, quien era un padre para ella. Se alejaba más y más, y ya nunca podría acercarse a él de nuevo.

Porque no estaría.

Caedra echó la cabeza hacia atrás y gritó. Gritó con todas sus fuerzas, transmitiendo su agonía y sufrimiento a aquel mundo que se rompía a pedazos de la misma forma que su corazón. Gritó hasta que se quedó sin aire, devastada. La herida causada por la pérdida no se cerraría nunca.

Cruzaron el portal en medio del cielo en llamas. Hadriel los observó marcharse. Escuchó el alarido de Caedra y le ardieron los ojos. Nada le habría gustado más que ir junto a ella a abrazarla y tranquilizarla hasta que dejara de llorar. Pero no podría volver a abrazarla nunca más…

La hidra se retorcía en algún punto a su izquierda, olvidada. Pronto desaparecería junto a él y lo que quedaba de aquel mundo.

Hadriel apoyó la cabeza en la roca. Tenía grabados a fuego en su mente los últimos instantes con Caedra. Se había asegurado de memorizar a la perfección el rostro de la zeafírea, aunque este estuviera ensombrecido por la desolación. Ojalá la hubiera visto sonreír una última vez… Pero no había sido capaz de pedírselo, porque sabía que Caedra no habría podido cumplir su deseo.

Se desvanecía poco a poco. No era así como había imaginado su final. Sin embargo, era imposible predecir ese tipo de sucesos.

Le habría gustado tener más tiempo. Más tiempo para estar con Caedra, para estar con Jay. Habría querido acompañarlos en cada paso de sus caminos en la vida. Pero estaba contento. Había tenido muchos años junto a ellos. Tendría que conformarse con eso.

Sonrió. Recordó los momentos en los que había observado a Caedra, Kendrij y Althalos jugar en los jardines del palacio cuando eran pequeños, ajenos a las desgracias que les deparaba el cruel futuro. Todo había sido más sencillo…

Deseó regresar al pasado y vivir de nuevo todos esos instantes de felicidad con ellos. Respiró hondo una última vez…

Y cerró los ojos.

Capítulo 14: Ante la pérdida

La luna llena brillaba en el cielo nocturno. Las estrellas apenas se veían, ocultas por la contaminación de la ciudad. Soplaba una brisa helada y la temperatura era baja, propia del invierno. Pero Jay ignoraba el frío, sentado en el tejado de su casa.

No quería hablar con nadie. Necesitaba estar solo para intentar asimilar lo ocurrido. Se sentía vacío por dentro.

No reaccionó ni cuando un coche golpeó a otro en un semáforo y los conductores salieron a discutir sobre quién tenía la culpa.

No terminaba de creérselo. Su padre le había prometido que estaría con él hasta el final. Antes de cruzar el portal le había dicho que volvería con Caedra y Hadriel siempre cumplía su palabra.

Pero no había vuelto.

Todavía no tenía muy claro qué había sucedido exactamente. Gavin había aparecido primero, pero había huido sin dedicarles ni una sola mirada. Unos minutos después salía del portal un inmenso y majestuoso dragón blanco con Caedra en su espalda. Pero la zeafírea estaba inconsciente y seguía sin despertar desde que habían vuelto, sumida en un profundo sueño.

Todo lo que sabía era lo que le había contado Alastair, quien de por sí hablaba poco. Se había limitado a comunicarle que Hadriel no regresaría.

Y Jay estaba muy confuso. Enfadado también. ¿Por qué habían vuelto ellos, pero Hadriel no? ¿Acaso Alastair lo había dejado atrás? Jay había querido lanzarse por el portal e ir a buscar a su padre, pero el portal se había destruido apenas unos segundos después de que lo cruzaran Alastair y Caedra.

Todavía tenía una pequeña esperanza. A lo mejor Caedra le diría que Hadriel había escapado por otro lugar y se reencontrarían con él más adelante.

Sí, seguro que era eso.

Bajó del tejado y entró a su habitación por la ventana. Vio la foto que tenía en la mesita de noche y se le formó un nudo en la garganta. Estaba con Hadriel el día que se había graduado del instituto.

Jay respiró hondo. Realmente sí que quería hablar con alguien: con Caedra. Necesitaba saber lo que había ocurrido con exactitud.

Habían dejado a la zeafírea durmiendo en la habitación de Hadriel. Jay salió de su habitación y fue al fondo del pasillo. Se detuvo y frunció el ceño cuando divisó a Alastair cruzado de brazos delante de la puerta.

Alastair había pasado de su forma de dragón a la humana antes de entrar a la ciudad. Jay no sabía cómo funcionaba el proceso exactamente, y tampoco estaba interesado en conocerlo. Alastair vestía con ropa que llamaría la atención, propia de Gea, pero ya lo resolverían en otro momento.

—Déjame pasar —le dijo Jay a Alastair con toda la firmeza que pudo.

Alastair era más alto que él, lo cual ya era decir. Clavó en él sus ojos azul hielo, que brillaban tenuemente en la oscuridad, y Jay se forzó a no retroceder. Su mirada intimidaba demasiado. Era como una feroz ventisca.

—No.

La fría respuesta de Alastair hizo que Jay apretara los dientes.

—Necesito hablar con Caedra —insistió él. No se iba a rendir.

—Hablarás con ella cuando haya despertado.

—Pues haré que despierte ahora.

—Tiene que descansar —siseó Alastair—. Aunque no me sorprende que un simple mortal como tú no sepa respetar nada.

Jay gruñó, con el enfado burbujeando en su interior. Alastair era tan antipático y arisco como se lo había imaginado.

—Tengo que saber qué le ha pasado a mi padre.

—Está muerto —dijo Alastair con tono gélido.

Jay se quedó paralizado. Notó que le ardían los ojos, que el pasillo se cerraba a su alrededor. Sus manos temblaron. Su corazón se aceleró a la vez que sentía una terrible opresión en el pecho.

Lo sabía. En el fondo lo sabía. Pero se negaba a creerlo. Seguro que Alastair estaba mintiendo…

Solo se dio cuenta de que había intentado darle un puñetazo a Alastair cuando él atrapó su puño con la mano. Los dedos de Alastair transmitían el mismo hielo que su mirada. Jay, sin embargo, ardía de furia por dentro.

—Déjame pasar —exigió.

—No.

Jay apretó tanto los dientes que se hizo daño. Trató de empujarlo, movido por la ira. Pero Alastair se limitó a poner la palma de la mano en el pecho del chico y presionar. Jay salió disparado y se estrelló en el extremo opuesto del pasillo, donde cayó al suelo de madera con un golpe seco.

Se le escapó un sollozo, tiritando. El frío se estaba apoderando de él con rapidez. Eso no podía ser más que una pesadilla. Su padre lo despertaría en cualquier momento y lo abrazaría para asegurarle que todo estaba bien…

Escuchó el ruido de pasos subiendo por las escaleras con rapidez. Giró la cabeza y vio a Connor, que había estado durmiendo en el sofá y se había despertado al escuchar el estrépito.

—¡Jay! —lo llamó Connor, con los rizos despeinados, al divisarlo tirado en el suelo. Se agachó junto a él y puso una mano en su hombro, consternado—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Jay no respondió. Alzó la vista y clavó su mirada, que humeaba con profundo odio, en Alastair. Él permanecía quieto, como una estatua.

Connor lo ayudó a sentarse. Observó a Alastair con cautela, intimidado por su aura fría y su

porte amenazador. Aún no tenía muy claro quién era, pero no tenía deseo alguno de acercarse a él, por si acaso.

Él también quería ver a Caedra, pero Alastair les había impedido el paso a todos. Ayla lo había aceptado y trató de explicarles a Connor y a Jay que era porque Caedra necesitaba descansar sin que nadie la molestara para recuperarse cuanto antes. Connor supuso que sería lo mejor, pero Jay no estaba nada convencido.

Alastair se dio la vuelta al oír el giro del pomo de la puerta. Caedra se asomó al pasillo y Jay abrió los ojos como platos al verla. Por un momento pensó que era un espectro, porque la zeafírea lo parecía: la pobre iluminación hacía que los escasos rayos de luna que se filtraban por el lugar incidieran en sus cuernos y resaltaran sus ojeras, y su pelo blanco sucio y enmarañado caía por encima del hombro, manchado de sangre que no era suya. Ayla, al menos, le había cambiado la ropa por un simple camisón para que estuviera cómoda.

—¿Qué ocurre? —dijo ella casi en un susurro. Estaba encorvada y respiraba con cierta pesadez por el esfuerzo de haberse levantado. Todavía se sentía como si llevara varios días seguidos sin dormir.

Jay se arrepentía de haberla despertado. Ahora veía que estaba realmente exhausta. Pero tenía que saber qué había pasado…

—Cai… —dijo él mientras se levantaba con ayuda de Connor. Se quedó callado cuando Alastair clavó en él sus ojos de hielo. Era como ser observado por un lobo a punto de abalanzarse sobre él.

Caedra frunció el ceño. Lo miró durante varios segundos en los que nadie hizo nada. El ambiente era tenso.

—Jay… Tenemos que hablar —murmuró ella, y Jay se irguió, esperanzado.

***

Estaban a solas en la habitación de Hadriel. Alastair y Connor se habían quedado fuera esperando, mientras que Ayla dormía en su habitación, ajena a todo.

Jay ayudó a Caedra a sentarse en la cama, pero él se quedó de pie.

Se observaron, en silencio. Ninguno sabía cómo empezar.

La habitación estaba a oscuras, iluminada solo por la luz lunar que entraba por la ventana. Jay tenía el estómago revuelto. Hadriel tendría que estar ahí, en su dormitorio…

—Jay… —empezó Caedra al fin. Respiró hondo—. ¿Qué te ha contado Alastair?

Jay gruñó.

—No mucho. Es un amargado.

Caedra frunció el ceño.

—No lo es… Pero no estamos aquí para hablar de Alastair, así que olvídalo.
—¿Cuándo va a volver mi padre? —quiso saber Jay y se cruzó de brazos.

Caedra bajó la mirada a su regazo. Se le formó un nudo en la garganta y apretó los puños. La

realidad caía sobre ella como un jarro del agua más gélida.

Hadriel estaba muerto. Y era ella quien tendría que explicárselo a Jay, por mucho que ella misma se negara a creerlo.

—Jay, no va a… —Caedra calló y parpadeó repetidamente, pero no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas—. No va a volver…

A Jay se le cortó la respiración. La observó durante varios segundos, sin reaccionar.

No. No podía ser cierto.

—Por… ¿Por qué? —balbuceó él. Su corazón latía cada vez más deprisa. Dejó caer los brazos a los lados.

—Tenía una herida mortal, había perdido mucha sangre y… —Caedra apretó los ojos, incapaz de soportar el dolor que se reflejaba en la mirada desolada de Jay. No quería recordarlo, pero debía hacerlo. Jay merecía saber lo que había pasado—. No pudo… No pudo venir con nosotros. Nos ayudó a salir de aquel lugar y…

Jay respiraba de forma entrecortada. La presión en su pecho era insoportable. La habitación se hacía cada vez más pequeña, asfixiándolo, y sentía agujas clavándose en su corazón. Al escuchar esto último, no fue capaz de contenerse.

—¿Lo abandonasteis? —rugió. Su ira era peor que una tormenta.

Caedra calló al escuchar su grito, mirándolo con los ojos muy abiertos mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas.

—¡Jamás…! ¡Jamás abandonaría a Hadriel! —replicó ella cuando reaccionó—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—¿Que no lo abandonarías? —bramó él y estampó el pie en el suelo—. ¿Y por qué estás tú aquí pero él no, Caedra? ¡Explícame eso!

Caedra abrió la boca, pero no fue capaz de responder. Se le escapó un sollozo y escondió el rostro en las manos, deseando simplemente desaparecer. Recordaba una y otra vez sus últimos momentos con Hadriel y su corazón se rompía cada vez más. Ella no había querido separarse de él.

Jay se dejó caer de rodillas al suelo y gritó. Caedra lo había confirmado; Hadriel estaba muerto. Su padre había roto su promesa. No había vuelto. Nunca volvería. Y ya nunca más estaría a su lado.

No sabía qué hacer con todo el dolor que se estaba acumulando en su interior. Una ardiente furia y una fría desolación chocaban dentro de él.

—No, no, no… —balbuceó una y otra vez y se llevó las manos a la cabeza. Se dio cuenta de que estaba llorando cuando vio que las gotas que se escapaban de sus ojos mojaban el suelo, pero le dio igual.

No podía aceptarlo. No quería aceptarlo.

La noche anterior. La misma noche anterior. Hadriel le había asegurado que no se separaría nunca de él. Solo habían pasado unas horas desde entonces…

¿Por qué le había mentido? Su padre nunca mentía si no era necesario.

—No… No está muerto… —sollozó Jay y sacudió la cabeza—. Mi padre… nunca rompe sus promesas… y…

Calló cuando notó a Caedra abrazándolo por detrás. Ni siquiera la había escuchado moverse. Se aferró a los brazos de la zeafírea y apretó los ojos, deseando que todo aquello no fuera más que una pesadilla. Ella lo envolvió también con sus alas y Jay trató de centrarse en la suavidad de sus plumas, en su cálida presencia, para olvidar todo lo demás.

Pero era imposible. Repetía una y otra vez las palabras de Caedra en su mente. «No va a volver». Porque estaba muerto.

Pero Hadriel era muy poderoso. Era de las personas más fuertes que había conocido. Él no se dejaría vencer así como así.

No. Si Hadriel no volvía tenía que ser por culpa de alguien.

Su respiración se iba acelerando. Los brazos y las alas de Caedra, antes reconfortantes, ahora le parecían una prisión. Tenía calor y se estaba agobiando. La rabia y la ira burbujeaban en su interior, como un volcán a punto de estallar.

Y estalló.

—¡Es tu culpa! —bramó Jay y apartó a Caedra con brusquedad, sacudiéndose.

Ella gimió de dolor al caer con dureza al suelo. Jay se puso en pie y se giró. La observó con la furia reflejada en el rostro, sus ojos fríos, su pupila apenas un punto.

—¡Tú lo abandonaste! ¡¿Por qué lo abandonaste, Caedra?! —gritó, fuera de sí. Caedra se encogió—. ¡Él jamás te habría abandonado! ¡Si está muerto es porque fue a por ti!

—Jay… —intentó llamarlo ella. Tenía que tranquilizarlo, pero no sabía cómo. Y sus palabras le estaban haciendo daño; cada grito era un latigazo en su alma.

Sollozó y extendió un brazo hacia él. No tenía fuerzas para moverse.

Él la ignoró, muy alterado.

—¿Es que acaso mi padre no significaba nada para ti? —Jay seguía gritando mientras las lágrimas fluían como ríos por sus mejillas. Se frotó los ojos—. ¿Cómo pudiste dejarlo atrás?

—Yo no…

—¡No tendría que haber ido a por ti! ¿Por qué tuvo que ir a por ti?

Jay se dejó caer de nuevo de rodillas y enterró el rostro en sus manos, llorando, desesperado, deseando más que nunca no haber ido jamás a Gea, haberle insistido a su padre para que se quedaran ocultos en la Tierra para siempre. Se clavó las uñas en la piel, ahogando un alarido de pura agonía que le desgarró la garganta.

Caedra se mordió el labio. Sabía que Jay no pensaba lo que estaba diciendo, sus emociones desbordadas por completo y guiado únicamente por impulsos, pero eso no impedía que sus palabras le hubieran dolido. Vio que sus hombros temblaban y se arrastró hacia él. Si al menos pudiera aliviar su sufrimiento… Puso la mano en su brazo.

—Jay…

—¡Déjame! —aulló él y movió el brazo con fuerza. Y, aunque esa no había sido su intención, pues no veía nada y lo único que quería era que no lo tocara, golpeó a Caedra en la cara.

Se quedó congelado al darse cuenta de lo sucedido. La miró con los ojos muy abiertos mientras seguía temblando, sus manos rígidas, horrorizado consigo mismo. Jadeó, tratando de normalizar su respiración aterrada, sin éxito.

Caedra también lo observaba, ahora con algo de miedo. Había recibido golpes mucho peores, pero el hecho de que Jay la hubiera apartado de esa forma le había hecho mucho daño. El chico estaba claramente fuera de sí.

—Cai… —la llamó él con un hilo de voz. Extendió una mano hacia ella, sin saber cómo arreglar lo que había hecho. Jamás la golpearía, había sido un accidente, pero se arrepentía de igual manera.

Y el recuerdo de su padre atacó su mente de nuevo; era un incendio que se resistía a extinguirse. Recordó por qué estaban así. Era porque Hadriel no iba a volver. Caedra lo había abandonado.

Apretó los puños y se puso en pie, su semblante sombrío. Caedra seguía llorando, ya no solo por la pérdida, sino también por la reacción de Jay. Pero podía entenderlo. Ella también sentía que había fallado por no haber sido capaz de salvar a Hadriel. Se merecía su odio…

—Será mejor que me vaya —dijo Jay, con la cabeza gacha, y eso fue una flecha en el corazón para Caedra. Dio media vuelta, sabiendo que no soportaría el dolor que habría en la mirada de la zeafírea. Si lo veía, el arrepentimiento podría con él, la abrazaría y le suplicaría que lo perdonara. Pero no podía estar con ella, no tan alterado como se encontraba, no porque por ella Hadriel no volvería. Se mantuvo de espaldas. No quería decir más cosas de las que luego se arrepentiría.

Fue a la puerta. La abrió y lo recibió la gélida mirada de Alastair. Pero esta vez no se dejó intimidar.

Pensó que Alastair iba a decirle algo, pero el hombre se limitó a apartarse para que se marchara. Y Jay se fue sin mirar atrás, la ira incendiando sus venas más y más con cada paso que daba.

—¡Jay! —lo llamó Connor, consternado. Jay desapareció por las escaleras y Connor fue corriendo tras él.

Alastair entró a la habitación. Entornó los ojos al ver a Caedra, que había vuelto a sentarse en la cama, encorvada, llorando. Gruñó y tensó los dedos, a punto de disolverse en sombras para ir a por Jay y atravesarlo con sus garras.

Pero Caedra era su prioridad. Fue junto a ella.

—Sé lo que estás pensando —murmuró Caedra entre sollozos.

—¿Qué estoy pensando? —dijo él con tono frío. Se sentó a su lado y la observó.

Seguía siendo extraño. Después de más de un milenio, volvía a tener su propio cuerpo. Al fin podía hablar con Caedra cara a cara en el mundo real, y no en un plano onírico. Sin embargo, las circunstancias de su regreso no habían sido las mejores. Caedra estaba destrozada por lo sucedido, rota en pedazos que no sabía cómo recomponer. Y, aunque él ya no pudiera leerle la

mente, había estado tanto tiempo con ella que sabía a la perfección lo que estaba sintiendo en esos momentos.

—No puedes matar a Jay —balbuceó Caedra y se limpió los ojos con el dorso de la mano. Aparentemente ella también podía adivinar lo que estaba pensando—. Su reacción es… normal.

Alastair optó por no comentar nada. No quería alterarla más; no tenía sentido discutir sobre Jay. Ya se encargaría de ese asunto más tarde.

—No es tu culpa.

Caedra lo miró. Sus ojos estaban rojos e hinchados.
—Pero yo…

—No había nada que pudieras hacer por Hadriel, Caedra —dijo Alastair con firmeza—. Nada salvo estar con él en sus últimos momentos.

—Pero y si…

—No tiene sentido darle vueltas —la cortó Alastair. Frunció el ceño—. No se puede volver al pasado. Lo que ha sucedido, ha sucedido. Solo queda asumirlo.

Caedra suspiró profundamente y hundió los hombros.

—Yo… no quería separarme de él…

—Lo sé. Fui yo quien te apartó.

Caedra bajó la vista. No culpaba a Alastair; sabía por qué lo había hecho.
Apretó la sábana en sus puños y se mordió el labio inferior. No quería seguir llorando. Le dolía mucho la cabeza.

—Todavía me cuesta creer que Hadriel ya no esté aquí —murmuró. Respiró hondo—. Yo… —Miró a Alastair a los ojos a través de sus pestañas húmedas—. Alastair, no tienes por qué… quedarte conmigo.

Él enarcó una ceja.

—¿Quieres que me vaya?

—No —respondió ella de inmediato—. Claro que no. Es solo que has recuperado tu cuerpo y yo… —Se le escapó un sollozo—. Yo ahora no sirvo para nada… Y tú tienes cosas que hacer…

¿Cómo iba a funcionar ella sin Hadriel? Nada tenía sentido sin él.

Alastair la observó durante unos segundos. Era cierto, Caedra estaba rota por dentro y le llevaría un largo tiempo recuperarse, si es que lo hacía algún día.

Pero ella lo había ayudado. Era la primera persona que se había preocupado por él en más de mil años. Había perseverado cuando él la atacaba al principio y no se había rendido hasta conseguir que colaborara con ella para que ambos consiguieran sus objetivos. Se había esforzado para acercarse a él y comprender sus motivos.

Gracias a ella había recuperado su cuerpo. Y el tiempo que había pasado con Caedra le había permitido conocerla y apreciarla más que a nadie. Había hecho que recuperara el deseo de vivir.

No le iba a dar la espalda ahora.

—Tengo toda la eternidad para ocuparme de mis asuntos —replicó Alastair—. Permaneceré contigo.

Caedra esbozó una sonrisa casi imperceptible. A pesar de la frialdad de Alastair, de ser la esencia del invierno en persona, le había transmitido la calidez que tanto necesitaba en ese momento.

—Gracias —dijo en un trémulo susurro. Se le estaban cerrando los ojos.

Alastair se levantó. Caedra lo miró sin apenas erguir la cabeza, exhausta.

—Sigue durmiendo, Caedra —dijo él—. Mañana hablaremos.

***

Jay tenía los codos clavados en las rodillas y el rostro escondido en las manos. Connor trazaba círculos en su espalda con suavidad mientras Jay lloraba. Se habían sentado en el sofá del salón.

Connor no sabía qué habían hablado Jay y Caedra. Había escuchado algunos fragmentos cuando Jay gritaba, pero su amigo no había querido contarle nada. Por lo que Connor se limitaba a estar a su lado, pendiente por si necesitaba algo.

Había pensado que la conversación con Caedra ayudaría a Jay, pero había sido al contrario; la respiración de Jay era a ratos frenética. Connor estaba confuso, pues siempre había tenido la sensación de que un vínculo muy fuerte unía a los dos. ¿Qué había pasado?

Un escalofrío recorrió su espalda y, aunque no había escuchado acercarse a nadie, supo que Alastair estaba detrás de ellos. Miró por encima del hombro y dio un respingo al ver sus fríos ojos de hielo brillando en la oscuridad.

—Déjanos a solas —pidió Alastair, aunque sonó como una orden.

—Pero… —Connor miró a Jay, que ignoraba lo que sucedía a su alrededor. Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Quiero hablar con él.

Connor lo observó con desconfianza.

—¿Solo hablar?

Alastair cruzó los brazos, irritado. ¿Acaso ese patético humano pensaba que lo podría detener si tenía otras intenciones? De estar en su forma de dragón, le habría enseñado los colmillos.

—Solo hablar.

Connor se levantó y se mordió el labio. Alastair era muy intimidante, pero no se iba a dejar amedrentar cuando se trataba de su amigo. Solo se apartó porque Caedra confiaba en Alastair, por alguna razón que él no alcanzaba a comprender, pero no iría muy lejos, por si acaso. Subió las escaleras y se sentó en el último escalón, donde podría escuchar si sucedía algo.

Alastair se quedó de pie frente a Jay.

—No quiero hablar contigo —masculló Jay. Se frotó los ojos con el brazo. Su voz sonaba rota;

estaba afónico de gritar tanto.

—A mí tampoco me entusiasma tener una conversación con un simple mortal como tú —replicó Alastair con desdén y Jay gruñó—, pero tengo que dejar claras un par de cosas.

Jay lo miró, desafiante.

—No voy a hacer caso a nada de lo que me digas tú —espetó, no sin cierto desprecio.

Alastair lo ignoró.

—Consideras que lo sucedido es culpa de Caedra. ¿Por qué?

Jay apretó los dientes. Ahogó un sollozo y respiró hondo. No iba a llorar delante de Alastair.

—Porque ella… Ella dejó atrás a mi padre.

Alastair entornó los ojos. Jay sintió el hielo de su mirada y apartó la vista, incómodo.

—Caedra no quería separarse de Hadriel. Se habría quedado con él si yo no hubiera intervenido. ¿Y sabes qué habría sucedido entonces?

—No —murmuró Jay.

—Que Caedra habría muerto también. ¿Hubieras estado contento, entonces?

Jay lo miró con los ojos abiertos como platos, el terror reflejado en ellos. Su corazón se aceleró y le temblaron las manos. No había pensado en eso. Seguía muy confuso con todo lo ocurrido.

—No. No —respondió y sacudió la cabeza. Respiró hondo, pero no había manera de aliviar la horrible presión en su pecho—. Ella… ¿No lo abandonó?

—El mundo al que llevaba el portal era uno creado artificialmente por Mhunn —explicó Alastair, cruzado de brazos—. Se sostenía con la energía canalizada por mi cuerpo. Una vez recuperé mi cuerpo, empezó a destruirse.

Ahora Jay entendía por qué el portal había desaparecido.

—Caedra estaba sin fuerzas después de la transferencia. Y, aun así, fue capaz de luchar contra mí para que no la apartara de Hadriel —prosiguió Alastair—. De no ser por mí, Caedra no se habría separado de Hadriel. Ella no lo dejó atrás por voluntad propia. Y no tiene la culpa de lo que le ha sucedido a tu padre.

Jay inclinó la cabeza y clavó los ojos en el suelo. Sintió un pinchazo en el corazón. Se sentía tan mal por haberle gritado a Caedra… y por haberla apartado de él. Ella también estaba sufriendo por la muerte de Hadriel. Había visto cómo sucedía con sus propios ojos. Y Jay no había hecho sino añadir más dolor con sus palabras.

—Pero si mi padre no hubiera ido tras ella…

—¿Habrías preferido que muriera Caedra en vez de Hadriel, entonces? —preguntó Alastair.

Jay tenía el estómago cada vez más revuelto. La mera idea de perder a Caedra le provocó náuseas; por un momento el salón dio vueltas a su alrededor. Se mordió el labio, se llevó una mano al pecho y se clavó las uñas, angustiado.

Si Caedra hubiera muerto…, no habría sido capaz de soportarlo. Pensó en la última imagen que

tenía de ella, demacrada por el cansancio y el sufrimiento, por el mismo dolor que lo estaba atravesando a él.

—No… Yo… —musitó. Le tembló la voz y respiró hondo—. No… No habría preferido que muriera Caedra. Pero…

Simplemente quería que no hubiera muerto nadie. Sin embargo, era ahora muy consciente del error que había cometido tratando a Caedra de esa manera.

—Soy un imbécil —dijo y apretó los ojos. ¿Por qué no había sido capaz de controlarse para no hacerle más daño a Caedra? No se merecía tenerla a su lado.

—En eso estamos de acuerdo —espetó Alastair con frialdad—. Y la única razón por la que estoy hablando contigo, y no atravesándote con una estaca de hielo, es por lo mucho que significas para Caedra. Eso, y que eres el hijo de Hadriel.

—¿Qué tiene que ver? —murmuró Jay con voz queda. Se sentía derrotado.

—Yo respetaba a Hadriel. Él también se esforzó por ayudarme a recuperar mi cuerpo —explicó Alastair. Frunció el ceño—. Es gracias a él que pudimos escapar de aquel lugar. Sin su ayuda, Caedra y yo tampoco habríamos podido salir.

A Jay se le escapó un sollozo y maldijo entre dientes. Parpadeó repetidamente. No iba a llorar delante de Alastair, pero era tan complicado contenerse con todo ese dolor que no hacía más que aumentar…

—Pero, entonces… ¿De quién es la culpa? —dijo con un tono vacío de emoción. Estaba encorvado y había hundido los hombros. Se sentía más solo y desesperanzado que nunca. Ahora sí que apreciaría tener a Caedra envolviéndolo con sus alas para reconfortarlo. La necesitaba tanto a su lado…

Alastair arqueó una ceja.

—Diría que por qué tiene que ser culpa de alguien, pero si algo puedo comprender es la necesidad de venganza. Sin embargo… —Tensó las comisuras de los labios—. Tu padre murió como consecuencia de la herida que le provocó la hidra que custodiaba el lugar. Y esa hidra desapareció cuando se destruyó el mundo. Aunque…

Jay alzó la vista cuando Alastair se calló. El hombre había desviado su atención hacia la ventana. Se fijó en que había empezado a nevar.

—Aunque ¿qué?

Alastair lo miró de nuevo.

—No me gusta plantearme cómo habrían sido las cosas de haber hecho algo de forma diferente. Sin embargo, es posible que todo hubiera sucedido de manera distinta si no hubieran atacado los soldados del emperador. Si tienes que enfocar tu odio hacia alguien…

Jay apretó los dientes. Sus manos temblaron.

—Gavin —gruñó con furia contenida.

Alastair no dijo nada más. Le dio la espalda y se quedó en silencio mientras Jay procesaba la

nueva información.

Era cierto. Habrían ido todos por el portal y se habrían enfrentado juntos a lo que hubiera al otro lado si Gavin y sus hombres no hubieran aparecido.

Jay ahogó un sollozo. Volvía a formársele un nudo en la garganta solo de pensar en lo que le había sucedido a su padre.

Se levantó y Alastair lo miró por encima del hombro.
—Caedra está durmiendo. No vuelvas a molestarla. —La amenaza en su voz era evidente.

Jay se quedó quieto. ¿Cómo había adivinado lo que iba a hacer?

Suspiró tristemente y se dejó caer de nuevo en el sofá. Apoyó los codos en las rodillas y se quedó encorvado, mordiéndose el labio para contener las lágrimas. Necesitaba ahora más que nunca hablar con Caedra y disculparse con ella. Pero sabía que Alastair no le dejaría. Y no podía ser tan egoísta. Ya había despertado a Caedra una vez cuando ella tenía que descansar, no lo haría una segunda vez.

—Cómo… ¿Cómo se supera esto? —balbuceó Jay.

Alastair arqueó una ceja. Se quedó en silencio. Los problemas de aquel humano le daban igual.

—Yo… sin mi padre… —continuó Jay, que tampoco sabía por qué le estaba contando aquello precisamente a Alastair. Pero necesitaba hablar. Las lágrimas se escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas—. ¿Qué voy a hacer sin él?

Alastair continuó en silencio. Jay sentía su gélida mirada sobre él.

—Ha estado siempre a mi… a mi lado y… É-él siempre sabe… —Sacudió la cabeza y, con un pinchazo en el corazón, se corrigió—: Sabía… qué hacer…

—No somos amigos, mortal. No esperes que te aconseje —lo cortó Alastair, implacable.

Jay sollozó.

—Pero tú has vivido durante siglos… —protestó débilmente. Levantó la vista para mirarlo a los ojos. Alastair ni se inmutó ante la angustia reflejada en el rostro del chico—. Seguro que sabes cómo…

—No voy a ayudarte —espetó Alastair—. No has hecho nada de utilidad desde que estoy con Caedra. Tendrás que ganarte mi respeto antes de que contemple siquiera la posibilidad de darte mi apoyo en algo.

Dicho esto, Alastair se fue. Jay apenas escuchó sus pasos subiendo las escaleras; era muy sigiloso.

Se llevó las manos a la cabeza y dejó que las lágrimas cayeran con libertad.

Capítulo 15: Cambios

Caedra salió de la ducha y se miró en el espejo. Estaba empañado, por lo que antes tuvo que pasar la toalla para limpiarlo.

Tenía ojeras y bolsas bastante evidentes. Los pómulos se le marcaban en exceso y le daba la sensación de que la cicatriz destacaba más que nunca. Su pelo, demasiado largo, caía por la espalda chorreando.

Apoyó las manos en el lavabo y suspiró tristemente. Sus ojos estaban rojos e hinchados. En general, su aspecto era deplorable. Al menos, ahora ya estaba limpia, pero la verdad era que no tenía ánimo alguno para salir del baño y enfrentarse al mundo.

Se le escapó un sollozo y se mordió el labio. Se envolvió en la toalla y se sentó en el suelo mojado, abrazándose con sus alas. Apoyó la frente en las rodillas y apretó los ojos.

Siempre había sido muy consciente de que cualquiera de ellos podía morir en su misión. La empresa en la que se habían embarcado era muy peligrosa y complicada, y el emperador era el peor enemigo que uno podía tener. Y, aun así, no era capaz de asumirlo. Hadriel no tendría que haber muerto. Tendrían que haber estado todos juntos hasta el final.

Habían pasado diez años desde la muerte de Kendrij y todavía no lo había superado, porque no descansaría hasta haber vengado su asesinato. Ahora ya tampoco estaba Hadriel… ¿Cómo iba a seguir adelante? El pesar acumulado amenazaba con ahogarla. No veía cómo nadar hacia la superficie.

—Hadriel, vuelve, por favor… —murmuró para sí. Estaba llorando de nuevo, y se preguntó si se quedaría sin lágrimas en algún momento.

Alguien llamó a la puerta.

—Cai, ¿estás bien? Llevas ya dos horas ahí dentro.

Era la voz de Jay.

Caedra alzó la vista. ¿Dos horas? No se había dado cuenta. Aunque no entendía por qué Jay se preocupaba por ella. La noche anterior le había echado la culpa de todo y parecía haber terminado odiándola.

Se levantó y se encontró de nuevo con su reflejo. Su pelo ahora estaba más seco, aunque seguía húmedo. Captó un destello rojo, bajó la vista y su corazón se aceleró. Cogió los extremos de su cabello y suspiró de alivio. Solo había sido su imaginación.

No era capaz de dejar de ver la sangre de Hadriel que había manchado su pelo. Trató de respirar hondo para calmarse, pero solo pudo tomar una pequeña bocanada de aire.

No, no. Seguía manchado. Tenía que volver a lavarlo.

—¿Cai?

Ignoró a Jay. Abrió el grifo del lavabo y frotó su pelo bajo el chorro del agua. Pero, por más que lo limpiaba, veía rojo. Gritó, frustrada.

La puerta se abrió. Caedra se giró de golpe y se encontró cara a cara con Jay.

No lo había visto desde la noche anterior, pero la pobre iluminación y su visión permanentemente nublada por las lágrimas le habían impedido analizar su aspecto con claridad. Ahora notaba que estaba como ella, con un rostro marcado por bolsas y ojeras debido a la falta de sueño y la desolación reflejada con claridad en sus ojos ensombrecidos.

Jay la observaba con preocupación.

—Te he escuchado gritar…

Caedra se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Se miró de nuevo en el espejo. Sollozó al comprobar que el rojo seguía ahí.

Reanudó la tarea de frotar su pelo bajo el chorro de agua del grifo. Jay cerró la puerta y se acercó a ella.

—¿Qué haces?

—No se limpia…

Jay frunció el ceño, desconcertado.

—¿Tu pelo? A mí me parece bastante limpio.

—No, no, no. —La respiración de Caedra se aceleró—. ¿No lo ves? Hay sangre.

—No hay nada, Cai —replicó Jay. Abrió los ojos como platos al ver que la zeafírea empezaba a tirar del pelo y a arrancar mechones—. ¡Eh, eh, eh! Para, para.

La cogió de las muñecas y la obligó a soltar el pelo. Caedra estaba temblando. Trató de zafarse de sus dedos.

—Tengo que limpiarlo… —balbuceó ella, retorciéndose.

—Cai, tranquilízate —dijo Jay con firmeza. A él también le costaba, pero ahora estaba dispuesto a ser el apoyo que ella necesitaba. Puso las manos en sus hombros y la hizo sentarse en el borde de la bañera. Deslizó sus dedos por el largo cabello de la zeafírea—. No hay nada, te lo aseguro.

—Tú no lo estás viendo bien…

—Cai —la interrumpió Jay—. No hay nada. En serio.

Caedra bajó la vista. Se levantó y siguió intentando arrancarse el pelo.

—¡Cai! —exclamó Jay, consternado. Volvió a poner las manos en los hombros de la zeafírea y la forzó a sentarse de nuevo. Espiró aire con brusquedad; no se podía bloquear por los nervios. Le asustaba y le dolía verla así. ¿Cómo podría ayudarla?—. Está bien, está bien. ¿Qué te parece si lo cortamos?

Él adoraba el pelo largo de Caedra, pero era la única solución que se le ocurría para que se sentiera mejor…

—Sí —contestó ella de inmediato—. Sí, porque no se limpia y…

—De acuerdo —dijo Jay—. No te muevas, ¿vale? Yo me encargo.

Fue al pequeño armario junto al espejo y sacó unas tijeras. Regresó junto a Caedra, que estaba encorvada y cabizbaja.

—Cai… —la llamó Jay con suavidad, pero ella no reaccionó.

Jay suspiró tristemente. La situación era complicada. La ausencia de su padre se notaba más que nunca y su ánimo estaba por los suelos. Apenas había conseguido reunir la motivación suficiente para salir de su habitación y solo había desayunado porque Connor lo había obligado.

Pero tenía que arreglar las cosas con Caedra.

Se agachó frente a ella y la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos. Ella lo observó con las mejillas mojadas por las lágrimas. El amarillo de su iris carecía de brillo.

—Cai, siento mucho todo lo que te dije ayer…
—No pasa nada. Estabas muy afectado y…

—No es excusa —la interrumpió él y frunció el ceño—. Yo… Te traté fatal, ahora soy consciente de ello. Lo siento. Lo que le ha pasado a mi padre no… —Tuvo que parar para respirar hondo. Parpadeó repetidamente al notar que le ardían los ojos y esperó unos segundos para asegurarse de que podía hablar sin que se le quebrara la voz—. Lo que le ha pasado a mi padre no es tu culpa.

—No quería separarme de él… —balbuceó Caedra, con los ojos húmedos.

—Lo sé. Yo… soy un imbécil —dijo Jay y se le escapó un sollozo. Gruñó y se frotó los ojos con los puños—. Pero ayer no sabía cómo controlar la ira que sentía y… Y lo pagué contigo.

Caedra lo miró, apenada. Sus palabras le habían dolido, sí, pero realmente entendía que habían sido fruto de toda la angustia que lo había invadido de forma tan repentina, y no había podido controlarla. No se había enfadado con él en ningún momento.

Lo abrazó y Jay de inmediato se aferró a ella, necesitando su contacto y su calidez más que nunca. Hundió el rostro en su pecho y dejó que las lágrimas fluyeran libremente. Caedra apoyó la mejilla en su cabeza y lloró también mientras acariciaba la espalda del chico, que no paraba de temblar por los sollozos.

—Lo echo mucho de menos —dijo Jay con la voz distorsionada por la tela de la toalla—. Quiero que vuelva, Cai, quiero que vuelva…

—Yo también, Jay, pero… —Caedra calló. El nudo en la garganta le impedía hablar. Porque sabía que no había forma de que Hadriel volviera.

Estuvieron así durante varios minutos, llorando, sosteniéndose. Habían estado los tres desde el principio. Jay, Caedra y Hadriel. Ahora solo quedaban ellos dos.
Jay no quería separarse de Caedra, pero se forzó a hacerlo. Se limpió la cara con el brazo y miró a la zeafírea, que tenía los ojos hinchados y rojos y todo el rostro empapado de lágrimas.

A Jay se le escapó una carcajada amarga, sabiendo que él estaría igual. Ella ladeó la cabeza y lo observó, confusa.

—Damos pena con estas pintas, ¿eh? —dijo Jay mientras secaba las mejillas de Caedra con la manga de su camisa.

Ella esbozó una triste sonrisa.

—Sí…

La zeafírea se llevó las manos al pelo. Jay frunció el ceño.

—¿Seguro que quieres cortarlo?

Ella asintió con la cabeza. Evitó mirar su cabello, pues temía volver a verlo todo manchado de sangre de nuevo.

Jay suspiró con pesar.

—Está bien.

No era ningún experto en peluquería, pero hacer un corte recto de los mechones de Caedra fue sencillo. Observó tristemente el pelo húmedo cayendo a la bañera o al suelo según iba pasando las tijeras.

—¿Así o más?

Caedra se levantó y se acercó al espejo. Estuvo unos segundos mirando su reflejo desde distintos ángulos. Su cabello, que antes llegaba a la cintura, ahora rozaba sus hombros. No vio ni rastro de rojo y asintió para sí, satisfecha.

Jay sonrió. Al menos, la zeafírea estaba ahora más tranquila.

—Siéntate, vamos a secarlo.

Enchufó el secador y lo pasó por el pelo de Caedra, que cerró los ojos, relajada con el aire caliente que salía del aparato. Jay movía el cabello de la zeafírea con la mano para que se secara más rápido y Caedra agradeció las suaves caricias de sus dedos por la cabeza.

No tardaron en terminar y Jay apagó el secador. Caedra se levantó para mirarse en el espejo de nuevo, ahora ya con el pelo seco. Sacudió la cabeza, sorprendida. Ahora se notaba mucho más ligera.

—Te queda muy bien —comentó Jay.

—¿Tú crees? —dijo Caedra y se giró hacia él mientras agarraba uno de los cortos mechones. Sus mejillas se habían coloreado de rojo.

—Sí —afirmó él y sonrió, sintiendo una agradable calidez en el pecho al ver aquella pequeña muestra de alegría.

—Gracias —musitó ella, con una tímida sonrisa.

—No me des las gracias por eso —replicó Jay. Pero Caedra lo abrazó y se pegó a él, escondiendo el rostro en el hueco entre su cuello y el hombro y respirando hondo. Jay suavizó la mirada y la rodeó con sus brazos, estrechándola—. Vamos a estar bien, Cai —dijo, aunque no logró desterrar la angustia de su voz. Él también tomó una amplia bocanada de aire, tratando de convencerse a sí mismo de sus palabras. Le dio un beso en la cabeza a Caedra, que apretó la tela de su camisa en los puños, y cerró los ojos—. Tú y yo. Ya lo verás.

Caedra asintió, reconfortada. A pesar de estar tan roto como ella, Jay trataba de animarla, de transmitirle su cariño. Después de la oscuridad de la noche anterior, ahora, al fin, había un

pequeño rayo de luz.

Se separaron y se miraron a los ojos, más tranquilos.

Jay frunció el ceño al percatarse de algo.

—A todo esto, ¿dónde está Alastair?
Caedra se llevó el dedo índice a los labios.

—Me dijo que tenía que hacer algo en la ciudad.

—¿En la ciudad? —repitió Jay, extrañado—. Si no habla inglés… Ni conocerá nada…

—No lo sé, pero supongo que él sabrá lo que hace.

Caedra abrió la puerta para salir del baño, ahora con algo más de energía para enfrentarse al mundo. Estaba un poco preocupada por Alastair, pero no tenía sentido darle muchas vueltas. Sería imposible localizarlo y confiaba en que sabría desplazarse sin ser visto por sus enemigos.

—Cai…

Miró por encima del hombro al escuchar a Jay llamándola. El chico había bajado la vista al suelo.

—¿Quieres bajar conmigo al salón? Podríamos ver todas las fotos que tengo con mi padre en los álbumes…

Caedra esbozó una sonrisa triste.

—Claro. Voy a ponerme la ropa y bajo contigo.

***

Estuvieron un par de horas hojeando todos los álbumes que había guardados. Connor y Ayla también se unieron a ellos y estuvieron recordando entre todos, con amargas risas y lágrimas, sus momentos con Hadriel.

Sin embargo, sabían que no podían seguir hundidos eternamente.

—Y ahora…, ¿qué? —preguntó Connor tras un largo rato de silencio.
Se habían sentado en círculo en la alfombra del salón, con los álbumes en el centro. El amplio ventanal dejaba ver la nieve que caía en el exterior.

—Seguiremos adelante —dijo Jay. Respiró hondo y cerró los ojos un instante antes de seguir hablando—: No descansaremos hasta haber acabado con el emperador.

—Sí. Hadriel no querría que abandonáramos la misión —asintió Caedra—. Y tampoco estaremos tranquilos mientras continúen persiguiéndonos.

Ayla frunció el ceño, pero se mantuvo en silencio. Recordó la visión que había tenido del enfrentamiento del grupo contra el emperador. Alguien moría en esa batalla…

Ya habían perdido a Hadriel. No quería perder a nadie más. Y esa visión había sido de las más nítidas que había recibido…

—Es hora de volver a Gea —prosiguió Caedra. Dibujó una mueca en su rostro—. Ya nos

hemos ausentado lo suficiente. Tenemos lo que necesitábamos de la Tierra; Tarvo y los demás nos esperan.

Habían transcurrido ya varios meses desde que se habían separado de la otra mitad del grupo. No había forma de comunicarse, por lo que no podrían saber qué había sucedido en Gea hasta que regresaran.

Jay miró a Connor y tensó las comisuras de los labios. Sabía que Caedra tenía razón, pero…

—¿No podemos quedarnos un poco más?

Caedra negó con la cabeza.

—Partiremos cuanto antes. La Tierra ya no es segura. Gavin y sus hombres seguirán al acecho.

Jay hundió los hombros.
—En Gea correremos el mismo peligro —replicó él—. Simplemente tenemos que tener cuidado…

—Jay —lo interrumpió Caedra—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Es hora de volver.

—Pero… —Jay abrió la boca para protestar. Al no tener ninguna respuesta convincente, sin embargo, se quedó callado.

Connor puso una mano en la pierna de su amigo.

—No pasa nada, Jay. Entiendo que tenéis que regresar.

Caedra clavó sus ojos amarillos en Connor.

—Podrías venir con nosotros.

Jay arqueó las cejas y giró la cabeza para mirarla con tanta rapidez que se hizo daño en el cuello.

—¿Qué? Ni de broma. Será peligroso.

Connor, en cambio, se había llevado la mano a la barbilla, pensativo.

—No lo descarto.

—¿Qué? —exclamó de nuevo Jay, volviendo a mirarlo a él—. Connor, ¿estás loco?

—Nos vendría de maravilla otro guerrero en el grupo —dijo Caedra y se cruzó de brazos—. He estado entrenando a Connor, Jay; no estaría indefenso.

—Pero no tiene experiencia —replicó Jay.

—Estará con nosotros.

Jay sacudió la cabeza. Miró a su amigo, desesperado.
—¿Y qué hay de tus padres, Connor? No puedes abandonarlos sin más.

—Ahora vivo por mi cuenta, Jay —le recordó él. Suspiró con pesadez—. Y no me iría a Gea para siempre, ¿sabes? Les diría que me voy de viaje o algo.

—Pero ¿por qué quieres venir?

—Jay, ahora ya formo parte de esto —contestó Connor, con los hombros rígidos. Que estuviera dispuesto a acompañar a Jay no significaba que no tuviera miedo, aunque lo ocultaba—. He estado con vosotros estos meses; he visto cómo van a por ti. Cuando dije que te ayudaría en todo, es cierto que, en ese momento, me refería a mientras estuvierais en la Tierra, porque no había descubierto mis poderes todavía. Pero ahora… —Connor torció el gesto—. ¿Tú crees que estaría tranquilo sin saber qué ha sido de ti? ¿De mi mejor amigo? ¿Sin saber si estás vivo o muerto?

—Ya, pero…

—¿Tú qué harías en mi lugar, Jay? —le preguntó Connor, muy serio, y lo miró a los ojos.

Jay se quedó congelado. Pasaron varios segundos en los que todos esperaron su respuesta, en tensión.

Al final, Jay gruñó.

—No, Connor. No puedo permitir que vengas con nosotros —dijo y se levantó—. Si te pasara algo, yo…

—Eso no es decisión tuya, Jay —lo cortó Caedra poniéndose en pie. Connor y Ayla la imitaron —. Connor es libre de hacer lo que desee. Eso también incluye venir con nosotros a Gea.

Jay se giró hacia ella, irritado, apretando los puños.

—Puede que para ti Connor sea solo un guerrero más para sumar números a nuestro grupo, Caedra, pero para mí significa mucho más. No es un soldado cualquiera, es mi mejor amigo — espetó y, sin esperar respuesta de nadie, se fue del salón.

Lo escucharon subir por las escaleras y dar un portazo. Se había encerrado en su habitación.

Ayla se encogió ante el brusco ruido.

—Voy a hablar con él… —murmuró y se fue con rapidez hacia el piso de arriba.

Hubo varios segundos de silencio entre Connor y Caedra, que ahora estaban solos, hasta que Connor suspiró pesadamente, llevándose una mano al cuello.

—Sí que ha cambiado.

Caedra arqueó una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Estaba convencido de que a Jay le animaría que fuera con él; que no se pensaría dos veces invitarme a ir con vosotros. Pero veo que ahora se toma las cosas más en serio.

Caedra esbozó media sonrisa y desvió la vista hacia las escaleras, por donde se había ido Jay.

—Ha madurado mucho durante estos años. —Miró a Connor y puso una mano en su hombro—. No se lo tengas en cuenta, está muy afectado por lo que ha ocurrido, no quiere perder a nadie más y… —Se apartó. Espiró aire con brusquedad, sacudiendo la cabeza—. Y yo tampoco. Y lo que ha dicho Jay…

—Caedra, no pasa nada —dijo Connor y dio un paso hacia ella. Caedra lo observó de reojo—. Sé que no me has ofrecido ir con vosotros así a la ligera.

Ella esbozó una triste sonrisa.

—En el fondo estoy de acuerdo con Jay. Es demasiado peligroso, pero… —Calló y frunció el ceño.

—¿Pero…? —murmuró Connor, instándola a continuar.

—Pero creo que realmente puedes llegar a ser un luchador muy valioso, Connor. Nos vendría muy bien tu ayuda. Y… —Le dio la espalda, incómoda—. Y lo siento, porque suena justo a lo que ha dicho Jay; como si te viera como un simple soldado.

Connor la rodeó para quedar frente a ella.

—Caedra, sé que no es así. Podrías haberme ignorado desde el principio, pero fuiste tú quien insistió en dedicar una parte de tu tiempo a entrenarme solo para que pudiera defenderme si me atacaban.

Ella alzó la vista para mirarlo.

—Y me alegro de haberlo hecho. Has demostrado ser muy capaz. Por eso te he ofrecido acompañarnos, si es lo que deseas.

Connor sonrió.

—Gracias.

Caedra sonrió también, pero enseguida recuperó su semblante serio.

—Eso sí, no podrías separarte de mí. Aunque seas un alumno muy prometedor, todavía te queda mucho por aprender.

—Lo tendré en cuenta —aseguró él. Suspiró pesadamente—. Espero que a Jay se le pase el cabreo…

—Una vez estemos en Gea, se alegrará de tenerte a su lado —dijo ella mientras se agachaba para recoger los álbumes. Pasó el dedo índice por su superficie, sumiéndose en sus pensamientos.

Connor la observó durante unos segundos antes de apartarse. No la molestaría ahora, pero apreciaba mucho sus palabras. Y se alegraba de que hubieran acabado siendo amigos, a pesar de lo recelosa que se había mostrado la zeafírea al principio.

Escucharon la puerta de la entrada abrirse y Alastair apareció en el salón. Caedra dejó los álbumes en una estantería y fue a recibirlo.

Connor arqueó las cejas al verlo. Alastair ahora vestía una camisa roja y unos vaqueros negros, nada que ver con la ropa medieval que había llevado el día anterior. Si no fuera por su largo pelo blanco, parecería un ciudadano más.

—Alastair, ¿de dónde has sacado eso? —inquirió Caedra, curiosa.

—Lo he robado —dijo Alastair con sencillez.

Connor tuvo que contener la risa. Caedra se llevó una mano a la cara.

—Imagino que nadie te habrá visto —murmuró la zeafírea.

Alastair no contestó. La respuesta era obvia; se desplazaba entre las sombras. Se acercó a Caedra y la observó fijamente.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Me apetecía cortarlo —respondió ella, no dispuesta a dar más detalles. Movió la cabeza de un lado a otro y lo miró con una sonrisa—. ¿Te gusta?

Alastair arqueó una ceja. Detectó con facilidad la tristeza en sus ojos, pero optó por no comentar nada. Caedra se estaba esforzando en ocultarlo.

—Eso es irrelevante.

Caedra puso los ojos en blanco. Había esperado algo así por parte de Alastair.

—Pero sí, te queda bien —añadió Alastair tras darles la espalda. Se fue a la cocina.

Y Caedra se quedó boquiabierta, con las mejillas coloreándose de rojo. Eso sí que no se lo había esperado.

Sacudió la cabeza, con el corazón acelerado y unas desconcertantes mariposas en el estómago. Se giró hacia Connor buscando confirmación de que el comentario no había sido imaginación suya. Él la observaba, divertido.

—Tu cerebro se bloquea cuando recibes cumplidos, por lo que veo —dijo él con una carcajada.

Caedra gruñó, avergonzada.

—Voy a ir preparando todo para irnos —comunicó y se aclaró la garganta—. ¿Me acompañas?

Connor sonrió.

—Te sigo.

***

Jay estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas y la mirada clavada en el suelo, sin decir nada. Ayla se había acomodado a su lado y lo observaba, incómoda, pues realmente no sabía cómo podía ayudarlo. Al menos, no la había apartado.

—¿Realmente no quieres que venga Connor? —habló casi en un susurro.

Jay frunció el ceño.

—No, no es eso. Pero me da miedo que le pase algo…

—Si se queda en la Tierra, también podría estar en peligro —señaló Ayla.

Jay arqueó las cejas. No había pensado en la posibilidad de que aprovecharan para atacar a Connor cuando se fueran.

Gruñó y subió las manos a la cabeza, enredando los dedos en sus alborotados mechones. ¿Por qué era todo tan complicado? Seguro que Hadriel habría sabido qué era lo mejor…

—En tu visión… —dijo Jay y ladeó la cabeza para mirar a Ayla—. ¿Estaba Connor con nosotros?

Ayla se llevó el dedo a los labios y tardó unos segundos en responder, pensativa.

—Había muchas personas —murmuró—. Y no se ha repetido la visión desde entonces. Lo desconozco.

Jay suspiró pesadamente.

—No puedo impedirle que venga. Aunque tampoco esperaba que quisiera acompañarnos.

—Por lo que he visto, te aprecia mucho —dijo Ayla—. Además, imagino que no querrá separarse de ti de nuevo.

—Ya… —Jay dibujó una mueca en su rostro—. Sé que fue duro para él cuando desaparecí durante todos estos años sin ninguna explicación. Pero también pensaba que, a lo mejor, se habría olvidado de mí…

Ayla esbozó una pequeña sonrisa y posó una mano en la espalda del chico. Él la miró con sorpresa, pues sabía que todavía le costaba iniciar el contacto físico con los demás.

—Creo que no eres consciente del impacto que tienes en las vidas de los demás, Jay.

—¿Qué quieres decir?

—Mi vida sería completamente distinta si no te hubiera conocido —explicó ella—. Me ayudaste a abrir los ojos y ver cómo es el mundo realmente a mi alrededor. Me has enseñado a disfrutar de las cosas y a ser yo misma…

Jay la observó durante varios segundos, experimentando una agradable calidez en el pecho, y sonrió sin darse cuenta. Siempre se alegraría de haber decidido acercarse a Ayla cuando la chica todavía era una rehén sin nombre.

—No creo que yo sea tan importante como dices... —murmuró él—. Pero gracias, Ayla.

Hadriel ya no estaba para liderar el grupo. Jay no sabía cómo iba a seguir adelante con la misión. Siempre había tenido a su padre para ayudarlo, para guiarlo, siempre había estado para resolver cualquier duda. ¿Cómo podrían continuar sin él?

Y ahora también había aparecido Alastair. Jay no soportaba su actitud gélida y desdeñosa. Iban a tener problemas y a chocar a menudo.

Era el momento de regresar a Gea. Llevaban meses sin tener contacto con el resto de sus compañeros y podía haber sucedido cualquier cosa. No sabían qué encontrarían al llegar...

Por si no tenían suficiente con el emperador y el oráculo supremo, habían enviado a Gavin para complicarlo todo aún más. Jay ya había visto que no era rival para él en combate, pero desconocía de qué forma seguir entrenando para derrotarlo.

Connor quería acompañarlos. Caedra lo apoyaba. Jay no estaba de acuerdo. No estaba Hadriel para dar su opinión sobre cuál sería la mejor decisión.

El futuro era más incierto que nunca. Y Jay no sabía si estaría a la altura de las circunstancias.

Capítulo 16: El retorno a Gea

Jay no encontraba motivación alguna para levantarse ese día. Sabía que sus compañeros lo estaban esperando y que convenía que se pusieran en marcha cuanto antes. Pero no era capaz de reunir el ánimo suficiente y empezar a moverse.

Regresaban a Gea. Escuchaba los pasos de sus amigos por la casa, recogiendo lo que necesitarían. Sin embargo, no estaban todos.

Faltaba su padre. Hadriel no volvería a Gea con ellos, y, si ya de por sí Jay habría tenido pocas ganas de irse de la Tierra, sin Hadriel a su lado la desolación era absoluta.

¿Cómo iba a seguir adelante sin él? Su padre siempre sabía qué hacer en cada situación. ¿Acaso tenía sentido continuar sin Hadriel? ¿Serían capaces de lograr sus objetivos sin él? En el fondo, Jay tenía serias dudas, y la poca fuerza que había reunido el día anterior se estaba desvaneciendo.

Alguien no paraba de llamar insistentemente a la puerta de su habitación. Jay lo ignoró todo lo que pudo.

—Jay, tienes que levantarte. —Era la voz de Caedra—. Nos vamos ya.

Jay era consciente de esto. Y, en vez de levantarse, tapó su rostro con la almohada. Caedra seguía aporreando la puerta.

—O te levantas o entro a levantarte —amenazó ella.

Jay gruñó. Tampoco tenía ganas de ver a Caedra. Ni a nadie que no fuera Hadriel.

La puerta se abrió. Jay apartó la almohada para dedicarle una mirada asesina a Caedra.

La zeafírea no se dejó intimidar. Entró en la habitación e inclinó la cabeza para observarlo con ojo crítico. Tenía los brazos en jarras.

—¿Se puede saber a qué estás esperando? Apenas quedan un par de horas para que salga el sol y conviene que ya estemos en el portal para entonces.

Jay no se acostumbraba a ver a Caedra con el pelo corto y su abatida mente solo fue capaz de centrarse en esto.

Caedra arqueó una ceja ante su falta de respuesta.

—¿Me has escuchado, Jay?

El chico sacudió la cabeza y se sentó.

—No quiero levantarme… —murmuró.

—Debes hacerlo —replicó ella, cruzando los brazos.

Jay no contestó. Se quedó ovillado y clavó su mirada en la sábana. ¿Cómo era capaz Caedra de actuar con esa decisión tras lo sucedido?

—Jay…

—Ya te he oído —la interrumpió él, irritado.

Caedra optó por ignorar su tono.

—Pues arriba, vamos.
—Ahora voy.

—No, tienes que levantarte ya.

Jay apretó la sábana en sus puños.

—No quiero irme.

—Debemos regresar a Gea, Jay. Nuestros compañeros…

—¿Y por qué tenemos que volver ya? —la interrumpió Jay, girando la cabeza de golpe para mirarla. Él todavía necesitaba tiempo para recuperarse…—. ¿Acaso eres tú la que da las órdenes ahora? ¿Qué pasa si yo no quiero?

Caedra tensó la mandíbula.

—Iba a decir que nuestros compañeros nos están esperando. Tenemos una misión que cumplir, ¿recuerdas?

Jay resopló.

—¿Y cómo esperas que consigamos matar al emperador ahora que mi padre…? —Jay notó que sus ojos ardían y no fue capaz de terminar la frase.

—Podemos hacerlo, Jay. Solo tenemos que…

—¡No voy a poder hacerlo sin él! —espetó Jay, clavando las uñas en la sábana. Había estado dispuesto a no rendirse. A terminar lo que habían empezado. Pero cada día sin Hadriel era más difícil y no estaba preparado para asumirlo—. No tiene sentido irnos tan rápido si mi padre no está, ¿por qué no lo entiendes? —Agachó la cabeza, tratando de controlar su respiración. Se estaba alterando. Sabía que luego se arrepentiría de hablarle así, pero no conseguía apagar el fuego que incendiaba su interior.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, Jay —dijo Caedra con suavidad—. Hadriel no habría querido que nos diéramos por vencidos…
—Para ti es fácil decirlo —cortó él, volviendo a mirarla. Caedra entornó los ojos—. Hadriel no significa lo mismo para ti que para mí, él es… era… mi padre y…

Caedra borró todo rastro de compasión de su rostro, siendo esta vez ella quien lo interrumpió con frialdad:

—Cuidado con lo que dices, Jay.

—¿Cuidado con qué? —replicó él de inmediato. Se levantó para quedar por encima de ella. La zeafírea no retrocedió—. Veo que a ti te da igual lo que le haya pasado a mi padre, pero a mí…

—Jay, cállate antes de que empeores las cosas —le aconsejó Caedra, tensando los hombros y con las plumas crispadas—. Sabes lo mucho que significaba Hadriel para mí.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué estás lista para irte como si nada? —la acusó Jay, con las cejas bajas, ensombreciendo sus ojos—. ¡Cualquiera diría que no te ha afectado en absoluto!

Y Caedra perdió la poca paciencia que le quedaba.

—¡Claro que me ha afectado! —exclamó ella, extendiendo los brazos—. Pero no podemos lamentarnos eternamente en la situación en la que estamos. Tenemos que seguir adelante, o de lo contrario…

—¡Si te hubiera afectado tanto como a mí no querrías regresar a Gea ya! ¡Estás actuando como si no hubiera sucedido nada y todo estuviera igual de bien que antes!

—No, Jay. Estoy actuando teniendo en cuenta que nuestros enemigos no van a quedarse quietos y darnos el tiempo necesario para recuperarnos. ¿O he de recordarte la razón principal por la que no podemos abandonar? —siseó Caedra—. El emperador no va a descansar hasta que te haya matado.

Jay se quedó callado durante unos segundos. Apretó los dientes. Abrió la boca para replicar, pero Caedra se le adelantó:

—Cada uno tiene su forma de llevar el dolor, Jay. La diferencia entre tú y yo es que yo soy consciente de la situación en la que nos encontramos. ¿O acaso crees que he podido dormir tranquila toda la noche y que me he levantado fresca para empezar el día?

Jay frunció el ceño. Se fijó en las feas ojeras y bolsas que marcaban el rostro de la zeafírea. Sus ojos amarillos lo miraban con clara fatiga, y Jay fue capaz de ver reflejado en ellos su profundo malestar.

Sintió un pinchazo en el corazón. El fuego en su interior iba remitiendo poco a poco.

—Has crecido protegido de la realidad en la que vivimos, ajeno al sufrimiento en el imperio, príncipe Althalos —espetó ella con tono gélido. Jay tuvo un escalofrío cuando la escuchó llamarlo de esa forma—. Yo he perdido a Kendrij. He perdido a mi hermano. He perdido a Hadriel. Para muchos en Gaelar, la muerte de sus seres queridos es el pan de cada día. Ve acostumbrándote.

Caedra dio media vuelta y salió de la habitación, sin molestarse en cerrar la puerta.

Jay se quedó mirando fijamente el espacio vacío frente a él con una presión insoportable en el pecho. Sus ojos ardían y tuvo que ahogar un sollozo. Las palabras de Caedra le habían dolido, mucho, pero no podía reprocharle nada. Sabía que tenía razón.

Se dejó caer de rodillas al suelo, derrotado. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué le había dicho aquellas cosas tan despreciables a Caedra? Él era consciente del vínculo que había unido a su padre y a la zeafírea. La había visto tan rota como él ante la pérdida. Caedra simplemente estaba reuniendo todas sus fuerzas para seguir adelante, algo de lo que él no era capaz. Estaba demasiado irascible, y no le gustaba pagarlo precisamente con Caedra, a quien quería tanto…, a quien le había dicho que estarían bien, él y ella…

—¿Jay?

Escuchó una tímida voz llamarlo. Alzó la vista y se encontró con Ayla, que lo miraba desde el marco de la puerta con un puño apretado contra su pecho, observándolo con ojos cargados de consternación.

Jay abrió la boca para decir algo, pero su visión se nubló de lágrimas. Ayla fue junto a él y se

agachó.

—¿Qué ha pasado, Jay? Os he escuchado gritar y… —empezó a decir Ayla. Sin embargo, antes de que pudiera terminar de hablar Jay se abrazó a ella y hundió el rostro en su hombro, sollozando. Ayla frunció el ceño, apenada, y no dudó en rodearlo con sus brazos—. Tranquilo, Jay, estoy aquí.

***

Caedra sabía que había sido demasiado dura con Jay. Estaba ahora más enfadada consigo misma que con él por haber perdido los estribos de esa forma. Jay estaba sufriendo por la muerte de Hadriel y, en vez de entenderlo y ayudarlo, ella le había hecho más daño todavía. Las palabras de Jay le habían dolido, sí, pero el chico no estaba pensando con claridad y había actuado movido por toda la tristeza y rabia acumuladas. Ella mejor que nadie tendría que haberlo comprendido. Jay la había tranquilizado y ayudado el día anterior cuando estaban en el baño, a pesar de estar tan destrozado como ella… Y ella no había sido capaz de hacer lo mismo con él ahora, de tener la paciencia que requería esa situación tan delicada.

Hadriel habría estado muy decepcionado con ella. Caedra se llevó una mano a la boca y cerró los ojos, respirando hondo. No era capaz de sacar de su mente el rostro desolado de Jay tras escuchar sus últimas palabras antes de marcharse de su habitación. Se arrepentía mucho. Estaba muy afectada por lo sucedido, pero le había fallado igualmente.

Escuchó la puerta de la entrada abrirse y cerrarse. Unos pasos fueron a la cocina.

—Caedra, ya tengo todo listo.

La zeafírea abrió los ojos y se giró, topándose con Connor. Esbozó una triste sonrisa al verlo preparado con su mochila.

—¿Estás seguro de esto, Connor? Es cierto que no vienes para quedarte para siempre en Gea, pero, una vez crucemos el portal, no habrá vuelta atrás hasta dentro de mucho tiempo.

Connor frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

—Quiero acompañaros. No voy a daros la espalda cuando necesitáis ayuda.

Caedra admiró su decisión. La muerte de Hadriel tendría que haberlo intimidado; tendría que haberle hecho asumir el peligro de estar con ellos. Sin embargo, ella estaba convencida de que era eso precisamente lo que, al final, empujaba a Connor a ir con ellos de vuelta a Gea. Caedra era ahora consciente de lo mucho que apreciaba Connor a Jay. No estaba dispuesto a perderlo de nuevo y haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudarlo, incluyendo adentrarse en un mundo desconocido.

Solo esperaba que no se arrepintiera más adelante.

—De acuerdo. En cuanto baje Jay nos pondremos en marcha. Temo encontrarnos con Gavin en el portal…

—Gavin no estará —declaró con total seguridad Alastair, entrando a la cocina desde el salón.

Caedra entornó los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—No han encontrado el cuerpo de Saekish todavía. De lo contrario, habría sido ella misma la que nos habría esperado en las montañas para tendernos la trampa—explicó él.

Caedra frunció el ceño. Se había olvidado de ese pequeño detalle. Sus enemigos querían conseguir el cuerpo de Saekish y, además, la peligrosa esfera primaria.

Hadriel no habría pasado por alto ese hecho…

Pero no había nada que pudieran hacer. Confiarían en la suerte, en que se rindieran antes de completar la búsqueda o que tardaran más en encontrar la esfera que ellos en acabar con el emperador.

Tendrían que arriesgarse. No podían permanecer en la Tierra. Era hora de reunirse con el resto de sus compañeros.

—Sin embargo, sí que habrá tropas del emperador custodiando la salida del portal en el bosque de Gallia —dijo Caedra y se llevó una mano a la barbilla, pensativa. No sería tan sencillo esquivarlos como la vez anterior, en la que contaron con las ilusiones de Hadriel para despistarlos.

Pero quería evitar a toda costa el enfrentamiento. Se verían en una seria desventaja numérica y, aunque confiaba en sus posibilidades de éxito, no serían capaces de escapar sin heridas serias, o algo peor.

Miró a Alastair.

—Alastair… ¿No podrías…?

—No —la cortó él con frialdad antes de que terminara la pregunta. Se cruzó de brazos y le dio la espalda.

Connor arqueó una ceja. ¿Qué era lo que iba a decir Caedra?

La zeafírea hundió los hombros.

—Por favor, es la única forma de que podamos salir de ahí sin un enfrentamiento.

—No contéis conmigo.

Caedra suspiró tristemente. Sabía que no tenía ningún derecho a realizar esa petición, pero había tenido la pequeña esperanza de que Alastair accediera…

***

Connor tuvo una extraña sensación al cruzar aquel portal. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza y tardó un par de segundos en ser capaz de percibir lo que había a su alrededor.

Ahora se encontraban en una bonita cueva iluminada por cristales azules.

—Bienvenido a Gea, Connor —dijo Caedra con una sonrisa.

Jay resopló, pero se quedó callado. Ayla, que no se había separado de él en todo el trayecto, lo observó con preocupación.

Alastair miró a un lado y a otro. Entornó los ojos. Caedra se puso seria al ver esto.

—¿Cuántos hay? —inquirió por lo bajo.

—Demasiados —fue la seca respuesta de Alastair.

Caedra apretó los labios.

—Lo mejor sería que volviéramos a la Tierra ahora que todavía podemos —masculló Jay—. Si nos enfrentamos a los soldados del emperador, vamos a salir muy mal parados. Sabe que tenemos que pasar por aquí; habrá puesto a sus mejores hombres.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —replicó Caedra, girándose hacia él y cruzando los brazos—. ¿Quedarnos eternamente escondidos en la Tierra? Vamos a tener que superar esto tarde o temprano.

Jay gruñó y apartó la mirada. Se mantuvo en silencio. Ayla puso una mano en su hombro.

Echaron a andar con cuidado por el túnel que ascendía hacia el exterior, pendientes hasta del más mínimo ruido. Caedra iba la primera, con Connor y Alastair detrás de ella, y Jay y Ayla cerrando el grupo.

Jay se sentía peor con cada paso que daba. Hadriel tendría que estar con ellos…

Fueron recibidos por un día nublado y apagado. El viento movía con suavidad las copas de hojas blancas del bosque de Gallia, que a simple vista parecía vacío por completo.

Pero el silencio era demasiado artificial. La atmósfera era tensa. Caedra entrecerró los ojos y crispó las plumas de sus alas.

Solo tuvieron un segundo para reaccionar. Cientos de hilos metálicos salieron disparados de entre las ramas hacia ellos. Se desplazaron con rapidez, esquivándolos o cortándolos. Connor no tuvo los suficientes reflejos, pero Caedra se encargó de defenderlo.

Y se vieron rodeados por más soldados de los que podían contar, todos ataviados con la armadura dorada del Imperio gaelaro.

No hubo charla alguna. Las órdenes del oráculo supremo eran claras: debían ejecutarlos sin vacilar.

Caedra abrió sus abanicos y descargó poderosas ráfagas de viento. Jay desenvainó la espada y lanzó ondas de fuego, mientras que Ayla hizo llover sobre sus enemigos una multitud de carámbanos afilados. Connor no supo muy bien qué hacer, nervioso, y Alastair se quedó de brazos cruzados.

—¡Alastair! —lo llamó Caedra, mirándolo por encima del hombro, perpleja, tras frenar una serie de cuchillas. ¿Por qué no estaba atacando?

Un soldado se acercó demasiado a ella por la espalda y fue atravesado de inmediato por una estaca de hielo. Alastair había movido ligeramente la mano, pero no hizo nada más después de esto.

Caedra frunció el ceño. Sí actuaba para defenderla, pero no estaba dispuesto a ayudar al resto de sus compañeros. Aunque sabía que todavía estaba recuperando sus poderes tras haber regresado a su cuerpo, no entendía su actitud. Era perfectamente capaz de luchar.

Connor pronto se atrevió a situarse junto a Caedra y entre los dos enviaron vientos huracanados que mandaron a grupos enteros de soldados volando por los aires. Jay y Ayla luchaban espalda

contra espalda, repeliendo a cualquiera que se aproximara demasiado con llamaradas y olas de agua.

Por muy bien que hubieran empezado, sin embargo, pronto quedó claro que, tal y como Caedra había sospechado, la situación se iba a complicar por la gran cantidad de contrincantes a los que se enfrentaban. Por cada soldado que caía, aparecían otros tres para sustituirlo. ¿Cuántas tropas tenían estacionadas en el bosque de Gallia?

Pasaron los minutos y empezaron a cansarse. Caedra acababa de tirar de Connor hacia abajo para que un rayo pasara por encima de ellos cuando escuchó un grito a su izquierda.

Se giró con rapidez y palideció al ver a Ayla en el suelo con todo su costado derecho ensangrentado, fruto de los carámbanos de hielo que tenía clavados. Un telépata enemigo le había devuelto su propio ataque.

Jay notó que su corazón iba a mil por hora, con cada latido retumbando en sus oídos. Se interpuso con rapidez entre Ayla y los soldados que aprovecharon el momento para acercarse. Intercambió una estocada tras otra con su espada y, con un grito cargado de furia, los forzó a retroceder al liberar una inmensa llamarada azul desde el filo metálico de su arma.

—¡Ayla! —la llamó Jay, yendo de inmediato junto a ella. La chica tosía sangre, incapaz de moverse. Jay pasó un brazo por debajo de su espalda para recostarla contra él, pero no se atrevió a arrancar los carámbanos de hielo. Observó con horror toda la sangre que estaba manchando la ropa de Ayla y la hierba del suelo—. No, no, no…

Su mente se bloqueó por unos instantes. No podía perder a nadie más.

—Ja-Jay… —La voz rota de Ayla lo devolvió a la realidad. La respiración de la chica era débil, y Jay la miró con los ojos muy abiertos, sabiendo que tenía que reaccionar.

Caedra fue junto a ellos, seguida por Connor, para defenderlos de sus enemigos. La zeafírea frenó con su abanico extendido una cuchilla que se habría clavado en la espalda de Jay.

—Aguanta, Ayla —dijo Jay con urgencia. Apartó los mechones de pelo rubio que tapaban el rostro de la chica y ella intentó mover el brazo, pero gimió y se detuvo—. Aguanta, por favor. ¿Puedes curarte?

—S-sí, pero… —Ayla calló y apretó los dientes. Hasta hablar le causaba dolor. Logró levantar la vista—. Tienes… que quitar…

Jay entendió sin necesidad de más palabras. Podría curarse si quitaba los carámbanos de hielo que obstaculizaban el proceso.

Pero estaban en medio de un enfrentamiento con gran desventaja. Connor cayó a su lado inmovilizado por una descarga eléctrica.

—¡Connor! —gritó Jay, histérico. Lo vio retorcerse, en agonía, y se forzó a respirar hondo.

Caedra se interpuso entre ellos y la siguiente oleada de soldados. Extendió las alas y movió sus abanicos, pero no iba a ser suficiente. Poco a poco los iban rodeando de nuevo y ella no podría protegerlos desde todos los ángulos.

Caedra miró a su derecha.

—¡Alastair! —lo llamó, desesperada—. ¡Por favor…!

Tuvo que callar para bloquear la estocada de un soldado al que vio en el último momento por el rabillo del ojo. Antes de que otro pudiera atravesarla con una lanza, Alastair se materializó junto a ella en un cúmulo de sombras y los repelió a todos con una ola de brumas negras.

—¡Alastair! —repitió Caedra, jadeando, y se giró hacia él—. Por favor, ¡tienes que ayudarnos a salir de aquí!

Alastair clavó en ella sus ojos de hielo.
—Tus compañeros no son asunto mío.

Caedra frunció el ceño, con la mandíbula tensa. Se giró para invocar otra ráfaga de viento y devolver los cuchillos que habían lanzado a sus enemigos.

—¡Por favor, Alastair! —suplicó—. Puede que ellos no te importen a ti, ¡pero son mis amigos! No voy a abandonarlos. Sin ellos, no hubieras podido recuperar tu cuerpo... —Envió una corriente de aire afilado—. ¡Y no voy a poder contra todos! Si te importo lo más mínimo, ayúdame, ¡por favor!

No pudo ver la reacción de Alastair a sus palabras, pues tuvo que desplazarse con rapidez para cortar por la mitad con su viento una ola de agua que iba a golpear a sus compañeros. Connor se estaba incorporando a duras penas, pues era la primera vez que se veía afectado por una descarga eléctrica y su cuerpo no estaba acostumbrado. Jay intentaba arrancar con cuidado los carámbanos clavados en el costado de Ayla, pero era complicado cuando ella gemía del dolor que cada tirón le causaba.

Hubo un resplandor que cegó a todos brevemente. Cuando terminó, Caedra se giró y jadeó al ver que donde antes estaba Alastair ahora se erguía un majestuoso e imponente dragón blanco.

Los soldados se quedaron paralizados, intimidados. Alastair rugió y de su cuerpo salió despedida una onda de brumas negras con la que se deshizo de todos los enemigos que los rodeaban.

El dragón clavó su gélida mirada en Caedra, que también fue incapaz de moverse por un segundo debido al resentimiento que se reflejó en sus ojos.

La zeafírea sacudió la cabeza.

—¡Vamos! —dijo, apremiando a sus amigos.

Jay levantó a Ayla en sus brazos y Caedra agarró a Connor de la cintura, ayudándolo a desplazarse. Consiguieron subir los cuatro al dragón y Alastair extendió sus grandes alas de plumas.
Se elevaron con rapidez en el aire, dejando atrás el bosque de Gallia.

***

Volaban con ligereza entre las nubes. El viento era frío y les hacía ir rígidos por completo, pero ninguno se quejaba.

Jay tenía apretada a Ayla contra él. La chica se había curado antes de caer inconsciente y él la intentaba proteger del frío rodeándola con sus brazos. Estaba demasiado pálida, pero confiaba en

que se recuperaría.

—¿Está bien? —inquirió Connor, que iba sentado en el medio, y lo miró por encima del hombro.

—Creo… Creo que sí —logró responder Jay. Aún no se había recuperado tras aquel susto. Se había temido lo peor. No habría soportado perder también a Ayla—. Espero que solo necesite descansar.

Caedra iba delante del todo, aferrada al cuello de Alastair, inquieta por su silencio.

—Alastair —lo llamó, sabiendo que la escucharía a pesar del ruido del viento.

El dragón giró levemente la cabeza para mirarla por el rabillo del ojo.

«¿Qué quieres, Caedra?», dijo con frialdad.

Había establecido el vínculo telepático, por lo que Caedra esperaba que pudiera leer sus pensamientos.

«¿Qué te pasa? ¿Por qué no querías ayudarnos?», quiso saber ella.

Alastair gruñó.

«Tus compañeros no me importan en absoluto, Caedra. Si estoy contigo es para cumplir nuestra venganza contra Saekish y el emperador; no voy a luchar por la causa de tu joven y estúpido príncipe», espetó.

Caedra frunció el ceño, dolida por sus palabras.

«¿Solo estás conmigo por tu venganza? Pensaba que yo también te importaba».

«Sabes que no es solo por eso —replicó él, irritado—. Podría haberme ido por mi cuenta. Si permanezco contigo, la respuesta es obvia».

«¿Entonces? Mis amigos son muy importantes para mí, Alastair».

«No eres consciente de lo humillante que es esto para mí, Caedra —siseó él. La zeafírea arqueó las cejas, estupefacta—. Contigo no me importa, pero esos otros estúpidos mortales… No soporto tener que llevarlos encima».

Caedra al fin entendía la razón por la que Alastair no había accedido desde el principio a transformarse en dragón para huir de inmediato del bosque de Gallia, aunque era lo que le había pedido cuando aún estaban en la Tierra.

Se negaba por encontrar denigrante llevar en su lomo a tres personas que él consideraba inferiores.

Caedra se sentía mal por forzar su voluntad; de no ser por ella, Alastair nunca lo habría hecho. Sin embargo, tenía que intentar que cambiara esa mentalidad.

«Lo siento, Alastair. Pero no iba a abandonarlos —declaró con firmeza—. Si les dieras una oportunidad, estoy segura de que tú también los apreciarías y…».

«No estoy interesado en que esas irritantes criaturas sean mis amigos —dijo él con desdén—. Tan solo no me vuelvas a pedir que haga algo así, Caedra, porque entonces sí que me marcharé».

Caedra notó que un gélido pánico se apoderaba de su corazón.

«No, Alastair… No te marches, por favor».

Se sentía extrañamente vacía desde que Alastair no estaba en su mente, aunque poco a poco se iba habituando a que estuviera junto a ella de forma física y material. Sin embargo, si decidía abandonarla…, no sabría qué hacer. Se había acostumbrado demasiado a su presencia, lo que también era peligroso. Pero no podía evitar quererlo a su lado. Y eso también le hacía preguntarse por qué necesitaba tanto a Alastair.

Alastair no respondió. Caedra se mordió el labio, preocupada. Tendría que intentar hablar con él más tarde.

Iban directos a Ganthia, la isla de los torrogal en la que Jay había entrenado años atrás. Era el último refugio que les quedaba, pues se trataba del único territorio del continente de Aruristed que no había sido conquistado por el Imperio gaelaro.

Con un poco de suerte coincidirían allí con Tarvo y Valikia. Y si no, sería cuestión de esperar a que regresaran en algún momento. Una vez estuvieran todos juntos, intercambiarían información y, tras analizar la situación, decidirían el plan a seguir.

Capítulo 17: Ganthia

Jay evitó acabar de bruces contra el suelo al extender las manos para frenar la caída, pero se hizo bastante daño en las palmas por la fuerza del impacto. Jadeó, con el sudor deslizándose por su rostro.

—¿Suficiente por hoy, Jay?

El chico gruñó y se forzó a ponerse en pie. Sus rodillas temblaron. Se giró para mirar a la persona que había hablado, en la otra punta del campo para prácticas de batalla.

Era un veterano torrogal, el más alto que había visto de su especie. Su piel era negra como el carbón, con algún que otro lunar amarillo en los brazos. Tenía pelo aceitoso que resplandecía como la obsidiana, largo hasta su cintura y atado al final. Vestía con una ligera túnica roja y portaba una banda de oro en su hombro, que indicaba su rango. Destacaban los tres pequeños cuernos que brotaban de su frente.

—No. Todavía puedo aguantar.

El torrogal sonrió, dejando al descubierto sus afilados colmillos perlados.

—Recuerda que saber cuándo parar también es una virtud, Jay.

Jay sacudió la cabeza. No podía permitirse descansar. Era muy débil todavía; no podía dejar que sus amigos y su padre tuvieran que protegerlo siempre.
Extendió el puño y de él salió despedido un chorro de fuego naranja. El torrogal se quedó quieto. El fuego lo cubrió por completo.

Jay frunció el ceño. ¿Por qué no lo había esquivado o lo había apartado? Lo había visto mover el fuego sin levantar siquiera un dedo en otras ocasiones. No por nada era considerado el afín al fuego más poderoso de todo el continente.

—Siguiente lección, Jay. —Escuchó su voz retumbando por encima de las llamas. El torrogal salió del fuego, intacto, tanto él como su ropa, de material ignífugo. Jay se quedó con la boca abierta, sorprendido—. Los torrogal somos inmunes al fuego. Tendrás que atacarme de otra forma.

Jay apretó los dientes. Los combates de práctica con el maestro Shidan eran lo que más odiaba de su entrenamiento. Apreciaba su ayuda cuando practicaban el control y domino del fuego, pero en esos enfrentamientos, el maestro Shidan siempre lo derrotaba sin cansarse en absoluto.

Y ahora ni siquiera iba a poder utilizar el fuego contra él.

—Pensaba que los combates eran para poner en práctica lo que he aprendido sobre el control del fuego —replicó Jay.

Shidan soltó una carcajada. Su risa era áspera.

—Me enorgullezco no solo por ayudar a los afines al fuego a alcanzar su máximo potencial en el dominio del elemento, sino también por enseñarlos a defenderse cuando no puedan recurrir a él.

Dicho esto, los ojos del torrogal se iluminaron tenuemente. Jay soltó una exclamación al verse rodeado por un círculo de lava que brotó de la tierra. Saltó para quedar fuera, pero tuvo que saltar de nuevo apenas aterrizó, pues la lava ya estaba apareciendo otra vez en torno a él.

—La agilidad siempre será tu mejor aliada —dijo el maestro Shidan mientras Jay se desplazaba de un lado a otro—. Pero recuerda que nunca debes olvidarte de lo que está sucediendo a tu alrededor.

Jay solo alcanzó a girarse para ver cómo una llamarada iba hacia él. Lo golpeó en el pecho y aulló. Cayó de espaldas y rodó por el suelo para apagar el fuego. Quedó al borde de uno de los ríos de lava y palideció.

Estaba avanzando mucho con la ayuda del maestro Shidan, no podía negarlo. Sin embargo, ¿sería capaz de completar su entrenamiento sin perder la vida?

Cada día lo dudaba más.

***

Alastair aterrizó en la costa de la isla de Ganthia. Bajaron todos y Jay frunció el ceño al pisar la arena negra de la playa. Alzó la vista para admirar el imponente volcán inactivo que se apreciaba en la distancia, ocupando el centro de la isla.

Caedra miró a Alastair, extrañada por que se mantuviera en su forma de dragón. Él se tumbó y la ignoró.

Habían pasado el resto del trayecto en silencio. Caedra se frotó los brazos con las manos, pues se había quedado un poco fría con el gélido viento de las alturas. Vio a Connor igual que ella, mientras que Jay, siendo afín al fuego, no había tenido problema alguno. Jay le había puesto su chaqueta a Ayla y había dejado que se recostara en él para caminar, pues todavía estaba bastante débil.

Era bien entrada la noche y no había ni rastro de nadie en la isla. Caedra le echó un último vistazo a Alastair, comprobando que seguía sin moverse, y se puso en marcha con sus compañeros tras ella.

Se adentraron en el bosque de pinos altos y finos, dejando la playa atrás. Al cabo de solo unos minutos Ayla no aguantó más y Jay la cogió en brazos. Ella no tardó en quedarse dormida de nuevo.

Caedra notaba la tensión que había en el grupo y sabía que Jay estaba enfadado con ella. Sin embargo, tendría que esperar.

Llegaron a la falda del volcán, donde se encontraba una gran multitud de casas hechas a base de magma solidificado, como era la costumbre de los torrogal. Las viviendas estaban dispuestas en varios círculos, con una inmensa hoguera en el centro permanentemente encendida en honor al dios Volkorr. Varias antorchas más aportaban una cálida luz naranja al lugar.

Continuaron sin detenerse. Connor observaba todo con los ojos muy abiertos, fascinado por las estructuras. Fueron directos al otro lado del poblado, a una cueva que se adentraba en el volcán. Estaba custodiada por un par de torrogal ataviados con armadura, también hecha de magma sólido.

Pusieron los hombros rectos al verlos acercarse.

—Que Volkorr purifique con su fuego incandescente vuestra senda —los saludó Caedra. Ya se conocían de las anteriores veces que habían estado ahí. Ellos inclinaron la cabeza a modo de saludo—. ¿Se encuentra despierto el maestro Shidan?

Por toda respuesta, se apartaron para permitirles el paso. Connor arqueó una ceja ante su silencio, pero no dijo nada.

Entraron por un pasadizo generosamente iluminado con una multitud de antorchas. Ancho y alto, no producía sensación de claustrofobia. La roca del volcán era negra y había un sutil olor a humo e incienso.

El túnel se bifurcaba. Un camino descendía y el otro ascendía. Tomaron el que iba hacia arriba y no tardaron en salir. Se encontraron con un vasto espacio circular con una abertura grande en el techo por el que se filtraba la luz. La tierra estaba cubierta de hierba verde y había un pequeño estanque a la derecha con árboles. Al fondo, se veía una larga casa de dos pisos sin decoración alguna, idéntica a las del poblado salvo por su mayor tamaño.

Un torrogal, más alto que cualquiera de su especie y ataviado con una larga túnica roja, estaba de pie de espaldas a ellos, observando las llamas de las antorchas en la entrada de la casa.

—¡Maestro Shidan! —exclamó Jay, con una sonrisa de oreja a oreja. No pudo contener su alegría; realmente lo había echado de menos. Llevar a Ayla aún en sus brazos fue lo único que le impidió ir directo a darle un abrazo, como hubiera sido su deseo.

El veterano torrogal se giró con lentitud. Connor tragó saliva. En medio de la noche, con su piel de carbón y esos ojos rojos que brillaban en la oscuridad, resultaba intimidante. Esa sensación se acentuó todavía más cuando sonrió y mostró un par de afilados colmillos blancos, además de los tres pequeños cuernos en su cabeza.

—Jay, Caedra, cuánto tiempo —dijo Shidan. Su voz era grave y áspera—. Suponía que no tardaríais mucho más en regresar. —Frunció el ceño—. ¿No os acompaña Hadriel?

El silencio se apoderó del lugar. Jay borró la sonrisa de su rostro y apartó la vista.

—Tuvimos… problemas en la Tierra —respondió Caedra con lentitud. Por la tristeza de su tono, Shidan dedujo a qué se refería.

—Lo lamento —dijo el torrogal e inclinó la cabeza—. ¿Por qué no pasamos y hablamos tranquilamente sentados?

***

Las casas de los torrogal mantenían el suelo de tierra y no solían estar decoradas en exceso. Lo poco que había en el salón era unos cuantos taburetes creados con magma, una mesa del mismo material y una cálida hoguera. En la mesa había unos palos de incienso encendidos de los cuales ascendía un fino hilo de humo blanco.

Jay nunca había entendido para qué necesitaba Shidan una casa tan grande si apenas la usaba, pero no iba a cuestionarlo. Una gran parte estaba dedicada al campo de entrenamiento, tenía varias habitaciones de invitados y una cocina generosa en alimentos.

Habían dejado a Ayla reposando en uno de los dormitorios. Shidan les había servido un plato de una extraña pasta negra para cenar y Connor lo había observado con cierto recelo, pero, al ver que Caedra y Jay lo comían sin problema, había acabado por imitarlos.

Ahora estaban tomando té, la gran afición de los torrogal, en unas tazas que Shidan utilizaba exclusivamente para eso. A Jay siempre le había parecido divertido lo sabio y poderoso que era su maestro, pero con un vicio incontrolado por el té. Cualquier excusa era buena para beber té.

Sin embargo, en esa ocasión, no fue capaz de provocar al veterano torrogal por sus gustos. Estaba completamente desanimado y se mantenía encorvado en su asiento, con la taza de té ya frío en las manos.

—Tarvo y Valikia no deberían tardar en regresar —estaba diciendo Shidan—. Partieron hacia Anthius hará dos semanas; querían ver si podían liberar a los presos capturados en una rebelión y sumarlos a nuestra causa.

—¿Han conseguido reclutar a mucha gente? —inquirió Caedra, esperanzada.

Shidan torció el gesto.

—No la suficiente. Apenas llegan a treinta las personas que han llegado a las costas de Ganthia para unirse a nosotros. Eso es un número insignificante en comparación con todo el ejército del emperador.

—¿Por qué tan pocos? —se atrevió a preguntar Connor.

—Es complicado —respondió Caedra—. En Gaelar, territorio original del imperio, la gente está cegada y adoran al emperador; están convencidos de que es un dios, el único que evita que las sombras invadan sus hogares. Los hay escépticos, pero son tan pocos que es arduo convencerlos para que actúen.

—Y en el resto del continente, en los territorios que ha conquistado el imperio, odian al emperador —prosiguió Shidan. Echó más té en su taza e hizo que se calentara al subir la temperatura de sus manos—. Este los ha esclavizado y explota sin descanso sus recursos naturales. Sin embargo, es difícil convencerlos de que se puede luchar contra él. Y a los que sí están convencidos, es casi imposible movilizarlos sin ser interceptados por las tropas del emperador.

—Ya veo —murmuró Connor, y frunció el ceño.

—Os lo comentarán Tarvo y Valikia, pero un obstáculo frecuente con el que se han encontrado en el imperio es que todos están seguros de que el príncipe Althalos está muerto —dijo Shidan con una mueca en su rostro. Miró a Jay, que seguía en silencio—. No hay forma de convencerlos de que está vivo. Además de temer las represalias del emperador contra sus familias si se entera de lo que están haciendo.

El maestro Shidan y su colonia de torrogal habían accedido a ser el refugio de la rebelión al tratarse del único territorio que quedaba libre del control del imperio. Makus y Silvary, los dos ex Shak’ti, iban con frecuencia a espiar a Luminaria, la capital, y habían recibido información de que el emperador ya estaba preparando una flota para marchar a conquistar Ganthia. Y, si esa isla caía, todo el continente sería suyo y no tendrían ningún lugar seguro.

Los torrogal, por tanto, estaban dispuestos a luchar junto a ellos con el objetivo de mantener su libertad. La isla era grande, por lo que habían podido dejar la otra mitad a los humanos que iban llegando.

No hablaron mucho más, pues era tarde. Shidan se retiró a dormir tras invitarlos a ocupar cualquiera de las habitaciones que estaban libres. Connor, exhausto tras su primer día en Gea, no tardó en seguir su ejemplo.

Y, una vez se quedaron a solas en el salón, Jay al fin explotó.

—Ayla casi muere hoy, Caedra —espetó sin molestarse en camuflar su furia. Poco le faltó para estampar un puño en la mesa de piedra.

Caedra se fijó en que había decidido no llamarla por su hipocorístico. Lo ignoró.
—Muchos de nosotros hemos estado a punto de morir a lo largo de estos años, Jay —respondió ella, sin inmutarse—. Es el riesgo que se corre cuando te enfrentas al emperador.

—¡No tendríamos que habernos ido de la Tierra!

—¿Y quedarnos ahí eternamente de brazos cruzados, esperando a que el emperador enviara más soldados a por nosotros? ¿Qué habríamos conseguido con eso?

Jay apretó los dientes. Caedra le sostuvo la mirada.

—No lo sé, pero lo de hoy ha sido una locura. Además, ¿qué puto problema tiene Alastair?

Ella entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No te creas que no me he dado cuenta, Caedra. Podría habernos sacado de ahí desde el principio transformándose en dragón, pero, por alguna estúpida razón que no alcanzo a comprender, esperó hasta el último momento —dijo Jay, con la mandíbula tensa. Estaba cada vez más enfadado y la temperatura ascendía—. ¿Ves cómo no está dispuesto a ayudarnos? ¡Mi padre murió para que él recuperara su cuerpo! ¡¿Y así es como muestra su agradecimiento?! —Extendió los brazos, con el rostro rojo de la ira—. ¡Habríamos estado mejor sin él!

Caedra se fijó en la respiración acelerada de su amigo.

—Jay, tranquilízate —le pidió por lo bajo. Lo peor de todo era que, esta vez, no podía defender a Alastair.

—¿Que me tranquilice? ¡Nada de esto va a salir bien!

—Solo ves lo negativo.

Él gruñó.
—No ignores lo que he dicho.

Ella suspiró pesadamente. Se masajeó las sienes con los dedos.

—Alastair está todavía… adaptándose. Dale un tiempo, por favor.

—¿Tiempo? —Jay bufó y cruzó los brazos—. Sí, ¿y qué más? Es un imbécil.

Caedra endureció la mirada.

—Si quieres que Alastair esté más abierto a ayudarnos, Jay, convendría que empezaras a tratarlo con respeto. No has hecho más que sospechar de él desde el principio, ¿cómo esperas que te tienda la mano si sabe que desconfías de él?

—¿Acaso me ha dado razones para respetarlo y que confíe en él? Porque yo no he visto ninguna.

—A mí me ha ayudado mucho. De no ser por él…

—Ya, pues a mí, no —la interrumpió Jay, irritado—. ¿De qué nos sirve que esté en el grupo si no colabora?

Caedra respiró hondo, aplacando el burbujeo en su interior. Debía mantener la paciencia. Apoyó las manos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Jay, tienes que entender que Alastair ha estado solo durante más de un milenio, y prácticamente todo ese tiempo lo ha pasado sin tener su propio cuerpo. No puedes esperar que cambie de la noche a la mañana y que…

—Fuimos a la Tierra a buscar su cuerpo porque se suponía que nos ayudaría en la batalla contra el emperador y Saekish —la cortó Jay una vez más, con los hombros rígidos—. ¡Si no fuera por él, mi padre seguiría vivo! ¡¿Qué esperas que entienda, Caedra?!

Caedra se encogió. Se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas al recordar a Hadriel.

—Eso… no es así —dijo con cierta dificultad—. La culpa es de Gavin, que fue el que nos atacó. No culpes a la persona equivocada. Y Alastair sí que nos va a ayudar contra el emperador y Saekish.

Jay jadeó. Sus ojos ardían y parpadeó repetidamente.

—Ya. Harás lo que sea para defender a ese imbécil —espetó y se puso en pie.

—Jay —lo llamó ella con seriedad. Fue tras él y lo agarró del brazo—. Jay, por favor, no te vayas así. Vamos a hablar las cosas…

Él se apartó con brusquedad, evitando mirarla.

—Déjame en paz, Caedra, no estoy de humor.

Caedra lo dejó marchar. Se sentó de nuevo y hundió el rostro en las manos, conteniendo a duras penas un sollozo. No podía con tanto peso sobre sus hombros…

Sin Hadriel, el grupo se estaba viniendo abajo. No hacía más que discutir con Jay por un asunto o por otro, cuando antes siempre se entendían en todo. Y no sabía qué hacer para remediarlo. No quería que Jay estuviera constantemente enfadado con ella, pero, hiciera lo que hiciera, ahora siempre acababan teniendo un conflicto.

Y también se sentía culpable por lo sucedido con Ayla. Sin embargo, regresar a Gea era la única opción.

Tuvo un escalofrío y detectó una presencia detrás de ella. Supo antes de girarse que se trataba de Alastair.

Había vuelto a su forma humana y la observaba con su mirada de hielo.

—¿Sigues convencida de que no sería mejor abandonar tu grupo y actuar tú y yo por nuestra cuenta? —preguntó Alastair, permaneciendo de pie.

Caedra se frotó los ojos y respiró hondo. Se aclaró la garganta, por si acaso.

—No voy a abandonar a Jay, Alastair, ya lo sabes.

—¿Incluso cuando no hace más que cuestionar tus decisiones?

La zeafírea suspiró tristemente.

—Son momentos complicados… Todavía necesita asimilar lo sucedido. Hadriel era el apoyo más importante de Jay, y nunca antes se había enfrentado a una pérdida de esa magnitud.

—Es débil —declaró Alastair con frialdad.

—No lo es —replicó Caedra, pero no tenía ganas de discutir. Bajó la vista y se llevó la mano al brazo—. Sus reacciones son normales. Alastair, deberías darle una oportunidad…

—¿Por qué? —gruñó él.

—Respetabas a Hadriel, ¿no es así? —inquirió ella, mirándolo por debajo de las pestañas. Alastair frunció el ceño—. Jay es su hijo. Hadriel luchó para que recuperaras tu cuerpo, Alastair, fue quien más nos ayudó en la búsqueda. Lo menos que puedes hacer es darle una oportunidad a Jay ahora que Hadriel ya no está.

Alastair se mantuvo en silencio. Era consciente de ello y la razón por la que había tenido aquella breve charla con Jay cuando estaban en la Tierra. Sin embargo, era incapaz de ver algo positivo en aquel humano.

Caedra no dijo nada más, pues ese era el fin de la conversación.

***

Jay daba vueltas sin parar en la cama. Era incapaz de dormir y el fino colchón que permitía que casi pudiera sentir la dura superficie de la piedra bajo él no ayudaba.

Había discutido con Caedra. Otra vez. ¿Qué le estaba pasando? Sabía que ella también estaba sufriendo. En el fondo comprendía todas sus razones. Era consciente de que no podían quedarse en la Tierra.

A solas, se permitió llorar con libertad y se le escapó un sollozo. Apretó los ojos y dejó que las amargas lágrimas rodaran por sus mejillas hacia la almohada. Hadriel no estaba y, sin él, lo estaba estropeando todo.

Caedra no tenía ninguna obligación de estar con él. ¿Y si en algún momento decidía marcharse? ¿Qué haría sin ella?

Un terror salvaje se apoderó de su corazón. Se sentó en la cama, dudando, encorvado y con las cejas muy juntas. ¿Sería buen momento para ir a disculparse? Necesitaba que Caedra supiera lo mucho que se arrepentía de estar comportándose de esa manera. Era como si ahora estuviera en un estado de permanente nerviosismo e irritabilidad, y el enfado estallaba a la más mínima. No podía seguir así. No quería hacerle más daño, no se lo perdonaría.

Alguien llamó a la puerta de su habitación, aunque apenas lo escuchó, pues esta, como casi

todo, también estaba hecha de magma.

Tensó la espalda, esperanzado, y se le aceleró el corazón. ¿Sería Caedra? Así podría hablar con ella…

—¿Sí?

—Jay, soy yo. —Era la voz de Connor. Jay hundió los hombros—. ¿Puedo pasar?

Jay se limpió los ojos con el dorso de la mano y respiró hondo.

—Sí, pasa.

La puerta se abrió y Connor entró en la habitación, cerrando detrás de él. Jay se alegró de que la única luz que había fuera la que se filtraba de la luna por la ventana, porque sabía que tendría los ojos rojos de tanto llorar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó. Se aclaró la garganta cuando su voz salió algo ronca.

—Solo quería saber si estás bien —explicó Connor, sentándose en el borde de la cama y mirándolo—. Te escuché antes discutir con Caedra.

Jay se encogió, arrepentido y avergonzado. Espiró aire con lentitud, pasando una mano por su largo y revuelto cabello.

–-Ya… Últimamente no hago más que estropear las cosas.

Connor puso una mano en el hombro de su amigo.

—No has estropeado nada, Jay. Han sido días muy difíciles y estoy seguro de que Caedra lo entiende.

Jay esbozó una pequeña sonrisa triste.

—La vas conociendo cada vez más, ¿eh?

Connor arqueó las cejas y notó sus mejillas arder.

—No te hagas ideas raras, Jay, que te conozco.

Él dejó escapar una risa amarga.

—No lo decía con esa intención. —Frunció el ceño y suspiró profundamente. Clavó los ojos en las palmas de las manos—. Espero poder controlar mis nervios… No sé qué me está pasando.

—Date tiempo, Jay. No te fuerces, estás sufriendo por lo que ha ocurrido y…

—Ya, pero tengo que recuperar el control —masculló Jay—. Tenemos mucho que hacer y yo no puedo estar así. —Sacudió la cabeza y respiró hondo. Miró a Connor, que lo observaba con preocupación. Se forzó a sonreír—. ¿Tú qué tal? ¿Mucho trauma en tu primer día en Gea?

Connor bufó.

—He de admitir que ha sido más fuerte de lo que me esperaba, pero qué mejor forma de ver en lo que me he metido, ¿no?

Jay soltó una pequeña carcajada, teñida de tristeza. Se puso serio antes de continuar:

—Connor, sabes que me oponía a que vinieras, pero lo hacía porque quería que estuvieras a

salvo. Yo… —Bajó la vista, avergonzado—. Me alegro de que estés aquí, conmigo. Lo aprecio mucho.

Connor sonrió. Jay ahogó una exclamación, sorprendido, cuando lo abrazó.

—Para eso están los amigos, ¿no? No ibas a librarte de mí tan fácilmente.

Jay se relajó y lo abrazó también, riendo.

—Mira que lo he intentado de todas las formas posibles, hasta yéndome a otro mundo, pero no hay manera de librarse de ti, ¿eh?

—Es lo que consigues teniendo un buen amigo tan cabezota como yo.

—A cabezota no me gana nadie.

—Sí, puede que en eso tenga que concederte la victoria. —Connor se separó y echó un vistazo a la habitación, vacía salvo por la cama y una mesita. Idéntica a la suya—. ¿Para qué tiene este señor una casa tan grande si luego está medio desierta? —cuestionó, arqueando una ceja.

Jay se encogió de hombros.

—Eso mismo me preguntaba yo, pero bueno. Es su estilo.

—¿No tiene familia o algo?
Jay frunció el ceño.

—No. Que yo sepa.

En los dos años que había pasado entrenando con el maestro Shidan nunca lo había visto con nadie. No tenía ni pareja ni hijos. Pero era posible que les hubiera sucedido algo o que se hubieran marchado… Nunca se había atrevido a preguntar, aunque tenía que admitir que sentía una gran curiosidad. El maestro Shidan era muy respetado por toda la comunidad torrogal, tanto que lo habían elegido su líder, por lo que estaba en constante contacto con otras personas y conocía a casi todo el mundo. ¿Por qué permanecía solo?

Connor no tardó mucho más en despedirse e irse a dormir. Los dos necesitaban descansar.

Jay se tumbó de nuevo, con la vista clavada en el techo. El entrenamiento con Shidan había sido duro, pero había merecido la pena. Había aprendido a controlar el fuego y a sacarle el máximo provecho. Había conseguido, incluso, que su llama se volviera azul.

Sin embargo, nada de eso había servido en su enfrentamiento con Gavin, alguien que también había alcanzado el fuego azul. Daba igual lo que le lanzara, Gavin lo frenaba todo.

El maestro Shidan lo había obligado a aprender a pensar en situaciones en las que su fuego no serviría de nada. Pero no había tenido nada que hacer contra Gavin, incluso le superaba en su destreza con la espada.

Jay se dio la vuelta, intranquilo. Era inevitable que volviera a luchar contra Gavin. ¿Cómo podría vencerlo? No tenía nada más que el fuego y la espada…

Pensó en Caedra. Ella siempre había usado su viento y su lanza. Luego había sufrido la rotura de las alas y había tenido que cambiar de arma a los abanicos. Pero él no se sentía capaz de volverse experto en el uso de ninguna otra arma…

Sin embargo, había más. Alastair abrió los ojos a Caedra para que viera que podía, además, controlar la electricidad. Valikia también podía controlar el viento.

¿Y si esos poderes ocultos no se limitaban a los zeafíreos?

Pero el único que podría responder a esa pregunta era precisamente Alastair. Seguía sin fiarse de él y, aunque estuviera dispuesto a darle una oportunidad, dudaba que Alastair quisiera ayudarlo.

Frunció el ceño y cerró los ojos. Tendría que pensar otras opciones.

Capítulo 18: Un último mensaje

Ayla abrió los ojos con cierta dificultad. Tenía la mente nublada y le pesaba la cabeza, pero los rayos del sol incidían en su rostro, revelando que era ya de día y tenía que levantarse.

No reconoció el espacio en el que se encontraba. Se sentó, con el ceño fruncido, y arqueó las cejas al toparse con los ojos marrones de Jay, que la observaba de pie junto a la cama.

—Justo venía a ver si despertabas —dijo él a modo de saludo y sonrió con calidez—. Me dejaste muy preocupado anoche. Me alegra que estés bien.

En realidad llevaba ahí desde que había sido incapaz de seguir durmiendo antes del amanecer. Estaba intranquilo y necesitaba asegurarse de que Ayla respiraba, pues los carámbanos de hielo que se le clavaron habían provocado heridas bastante profundas y no sabía si habría perdido demasiada sangre.

Supuso un gran alivio verla abrir los ojos.

Ayla agachó la cabeza y dejó que el flequillo tapara su rostro en un intento de ocultar sus mejillas rojas.

—Lo siento…

—No te disculpes por eso, Ayla. ¿Has descansado?
—Sí, ya estoy mejor, pero… ¿dónde estamos? —inquirió ella, mirando a un lado y a otro.

—En casa del maestro Shidan. Llegamos anoche, pero estabas dormida —explicó Jay—. ¿Te apetece desayunar? Yo me muero de hambre.

—Sí, me gustaría —dijo Ayla con suavidad. No había cenado y lo estaba notando.

Jay le tendió la mano y la ayudó a levantarse, manteniendo el brazo en su cintura hasta que se aseguró de que la chica se tenía en pie.

Ayla reprimió un bostezo y se frotó los ojos.

—¿Y los demás?

—No lo sé, no los he visto esta mañana… —admitió Jay—. Pero no creo que anden muy lejos.

***

El sol brillaba en medio de un cielo azul despejado por completo. Soplaba una ligera brisa marina que arrastraba el olor a sal del mar y las olas rompían en la orilla de la playa rítmicamente. Varias aves parecidas a las gaviotas volaban de un lado a otro en busca de alimento, llenando el ambiente con sus graznidos. El viento mecía las anchas hojas de las palmeras esparcidas por el lugar.

Caedra estaba sentada con la espalda apoyada en una roca. Tenía un pequeño cuaderno en sus manos, pero no sabía si debía abrirlo. Connor no estaba muy lejos, haciendo pequeños ejercicios propuestos por ella para practicar el control de su elemento.

La zeafírea levantó la vista del cuaderno para observar a Connor. Los rayos del sol arrancaban

preciosos reflejos dorados a sus rizos rubios y hacían brillar su piel bronceada. El chico se movía con ligereza, descalzo, levantando algo de arena negra con sus movimientos. Aún distaba mucho de ser un experto, pero Caedra estaba orgullosa de lo mucho que había avanzado en su entrenamiento.

Se centró de nuevo en el cuaderno y frunció el ceño. Lo había encontrado entre las pertenencias de Hadriel; lo había visto a menudo con ese cuaderno y sabía que apuntaba ahí muchas cosas. Tenía curiosidad por abrirlo y ver lo que había escrito. Sin embargo, no era capaz.

Era de lo poco que le quedaba de Hadriel. Sería difícil leerlo sin venirse abajo. Además, no sabía qué contenía exactamente. Quizás era algo privado que Hadriel no quería que nadie más leyera…

Se decidió, al fin, y abrió el cuaderno. Encontró apuntes de la vida en la Tierra en las primeras páginas, supuso que de cuando, años atrás, Hadriel había tenido que marcharse a vivir allí con Jay. Luego vio notas sobre las posibles teorías de la creación del imperio y el destierro de las sombras de Gaelar. Encontró doblados entre varias páginas distintos dibujos que Tarvo le había dado a Hadriel y Caedra tuvo que contener las lágrimas al ver retratos en los que estaban todos juntos.

Había una lista de ejercicios que tuvo que hacer ella para rehabilitar el movimiento de sus alas, y sus ojos se humedecieron de nuevo. También estaban anotadas todas las bibliotecas que habían ido visitando y posibles causas que Hadriel había considerado para la tos de Caedra y Ayla en la Tierra.

Llegó al final de lo que había escrito, aunque quedaban algunas hojas vacías al final del cuaderno. Caedra se aseguró de que no había nada más, apenada, pues leer esos apuntes, con la letra de Hadriel, había hecho que se sintiera más cerca de él. Tendría que darle luego el cuaderno a Jay para que él también echara un vistazo.

Se fijó en unas líneas escritas en letra más pequeña en una de las últimas páginas. Frunció el ceño y leyó el contenido:

«Caedra, confío en que, si algún día me pasa algo, este cuaderno acabe en tus manos. Sé que me estoy poniendo en lo peor, pero el futuro es impredecible, y más en nuestras circunstancias. En el momento de escribir esto, todavía no os he llevado ni a ti ni a Jay a conocer a mi padre. Es algo que no sé si tendré el valor de hacer nunca; dudo que mi padre desee verme de nuevo, y mucho menos que desee reconciliarse, dadas las circunstancias de nuestra separación. Sin embargo, creo que tanto tú como Jay tenéis el derecho de ir a conocerlo si así lo queréis en algún momento. Mi padre se llama Ilyor. Ilyor de la casa Reilhor. No deberíais de tener problema para dar con su paradero en Luminaria con esta información.

Ojalá el destino me sea favorable y no tengas que leer esto nunca. No obstante, aquí te lo dejo.

Os quiere,
Hadriel».

Caedra apartó el cuaderno y echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en la roca. Cerró los ojos y un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

Hadriel siempre pensaba en todo. Ella nunca sería capaz de estar a su altura. Lo echaba

muchísimo de menos.

Era cierto. Llevaba queriendo conocer al padre de Hadriel desde que él lo había mencionado por primera vez hacía algunos meses. Sin embargo, también recordaba que Hadriel no tenía intención de presentárselo a Jay antes de que hubieran acabado con el emperador. Caedra tenía la tentación de salir volando hacia Luminaria en ese mismo instante, pero ¿qué era lo que habría querido Hadriel, realmente?

Caedra consideraba que Jay también tenía derecho a conocer esa información, no podía ocultárselo. Lo compartiría con él y decidirían cómo actuar.

Había olvidado que Hadriel nació en una de las casas nobles del imperio. Por eso, él y la emperatriz habían sido amigos desde la infancia.

Ahora sabía que había pertenecido a la casa Reilhor. Antiguamente había sido muy poderosa, pero hoy en día era una de las casas más pequeñas y olvidadas tras la serie de desgracias que había sufrido. La mujer de Ilyor, el hombre a la cabeza de la casa, había fallecido en el parto de su última hija. Se decía que Ilyor había perdido también a todos sus hijos, que habían muerto o habían desaparecido. Tras esto, se había retirado para llevar una vida solitaria y apartada.

Caedra frunció el ceño. Hadriel había mencionado que su padre odiaba al emperador, algo extraño, puesto que se trataba de un noble, alguien con poder. ¿Qué habría sucedido?

No sabía qué edad tendría el padre de Hadriel, pero quizás estuviera dispuesto a ayudarlos con la rebelión contra el emperador. Tendrían que ir y averiguarlo.

—Cai.

Abrió los ojos y se limpió la cara de lágrimas al escuchar una voz familiar llamándola. Respiró hondo, dispuesta a enfrentarse a otro día sin venirse abajo.

Se levantó y se giró. Jay y Ayla se acercaban a ella. Connor continuaba centrado en el entrenamiento, apartado.

Caedra sonrió al ver a Ayla andando por su cuenta. Su rostro había recuperado el color.

—Ayla, ¿te encuentras mejor?

—Sí, ya estoy bien —asintió ella, sonriendo también—. Gracias.

—Ha tardado en despertarse esta mañana, creo que le he pegado mis costumbres… —bromeó Jay. Caedra, sin embargo, no rio y el chico se llevó una mano a la cabeza, incómodo. ¿Seguiría enfadada con él?—. Esto, Cai… ¿Sabes dónde está Alastair?

Caedra arqueó una ceja y cruzó los brazos.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Quiero… hablar con él —musitó Jay, apartando la vista.
Caedra decidió no interrogarlo más. Señaló con el pulgar detrás de ella.

—Si sigues caminando por la playa en esa dirección, acabarás por encontrarte con él.

—De acuerdo —asintió Jay. Miró a Ayla—. ¿Me esperas aquí?

La chica dedujo con facilidad que Jay quería hablar a solas con Alastair.

—Sí, aquí estaré —contestó ella, aunque no le apetecía nada separarse de él.

Jay se marchó, parando un momento para saludar a Connor antes de continuar su camino. Tanto Caedra como Ayla lo observaron hasta que se perdió en la distancia.

—Me pregunto de qué querrá hablar con Alastair… —murmuró Ayla.

Caedra la miró de reojo.

—Pensaba que te lo habría dicho.

Ayla negó con la cabeza.

—No sabía nada.

—Espero que no sea para discutir con él —dijo Caedra, frunciendo el ceño.

***

Jay se detuvo al ver la enorme forma de un dragón blanco, tumbado junto a un alto risco en el que las olas rompían con fuerza. Alastair tenía su cuello erguido por completo y su mirada estaba perdida en la distancia.

Jay sentía un desagradable cosquilleo en los dedos por los nervios. No tenía ni la más mínima idea de cómo empezar la conversación. O de cómo plantearle lo que quería pedirle…

«¿Vas a estar ahí eternamente, mortal?».

Jay dio un respingo al escuchar la gélida voz de Alastair en su mente. El dragón ni siquiera había girado la cabeza, pero había detectado su presencia.

Se forzó a ir hacia él. Aun así, se quedó a una distancia prudente.

—Yo… quería hablar contigo —dijo Jay, incómodo.

Alastair clavó en él sus ojos de hielo.

«Yo no tengo interés en hablar con un mortal como tú».

Jay apretó los puños, irritado, pero se forzó a mantener la calma.

—Solo será un momento…

Alastair gruñó. Estaba claro que no le iba a dejar en paz.

«Habla, pues».

Jay respiró hondo y alzó la vista para mirarlo a los ojos.

—Tengo que volverme más fuerte si quiero derrotar a Gavin. Pero no sé qué más puedo hacer. Sé usar la espada y controlo el fuego… Él me supera en ambos aspectos.

Alastair estuvo en silencio durante unos segundos. Jay se temió que lo estuviera ignorando. Varias gaviotas graznaron en la distancia.

«¿Por qué quieres derrotar a ese humano, mortal?».

Jay arqueó una ceja.

—Para vengarme. Tú mismo me dijiste que es su culpa que mi padre… —Calló y tragó saliva.

Alastair resopló.

«¿Y solo quieres "derrotarlo"? —dijo con desdén, enseñando los colmillos—. No me hagas perder el tiempo».

Jay tensó la mandíbula. Evocó la imagen de su hermano, rubio y con aquellos ojos verdes que lo habían contemplado con sorna. El enfado burbujeó en su interior.

—Cuando digo «derrotarlo», me refiero a hacerle pagar por lo que hizo…, y matarlo.

«Ahora estás hablando mi idioma —comentó el dragón y giró la cabeza para mirarlo—. Sin embargo, ¿por qué debería ayudarte?».

—Le dijiste a Caedra que puede controlar la electricidad y la estás ayudando a entrenar, así que había pensado que a lo mejor no solo los zeafíreos tienen poderes que desconocen —explicó Jay y bajó la vista, nervioso—. ¿Hay algo que yo pueda aprender además del fuego?

«No me has entendido. No he dicho que no pueda o no sepa si podré ayudarte —espetó Alastair —. Sé exactamente lo que necesitas. Pero ¿por qué iba a perder mi tiempo contigo?».

Jay dibujó una mueca en su rostro. Esa era la respuesta que se había esperado.

—No… No tengo nada que ofrecerte a cambio. Solo quiero volverme más fuerte para conseguir lo que nos hemos propuesto —masculló, avergonzado. No le gustaba admitir delante de nadie que se sentía débil.

Alastair lo observó con ojo crítico durante unos segundos que a Jay se le hicieron eternos.

«No voy a ayudarte», sentenció Alastair. Su frialdad cayó como una losa sobre Jay, que hundió los hombros.

El dragón desvió la mirada de nuevo hacia el mar, dando por concluida la conversación.

Jay apretó los dientes. No quería darse por vencido, pero no sabía cómo convencerlo.

—¿Por qué estás con nosotros, entonces? Si eres parte del grupo, deberías…

«No soy parte de ningún grupo —lo cortó Alastair, irritado. Esta vez ni siquiera lo miró—. Solo estoy aquí por Caedra».

—¿Ah, sí? —gruñó Jay, notando que la llama de la furia se encendía poco a poco en su interior —. ¡Pues hemos sido todos nosotros los que te hemos ayudado a recuperar tu cuerpo! Fuimos a la Tierra por ti, Alastair. ¿Por qué no quieres formar parte de nuestro grupo?

«No me relaciono con mortales estúpidos e impulsivos».

—¿Qué…? —balbuceó Jay, enfadado. Sacudió la cabeza y lo miró con ojos ardientes de rabia —. No me puedo creer que mi padre dedicara la última parte de su vida a ayudar a un capullo como tú.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó con rapidez, echando humo. Alastair frunció el ceño y lo observó marcharse.

Algo parecido al arrepentimiento le pinchó el corazón.

***

Los siguientes días fueron tensos. Jay se dedicaba a realizar combates de práctica con el maestro Shidan. Caedra ayudaba a Ayla a manejar la lanza, entrenaba con Connor y practicaba con Alastair el control de la electricidad. El dragón se iba de vez en cuando, pero nadie sabía a dónde. Jay también le estaba enseñando a Connor a usar la espada, pero su amigo no terminaba de sentirse cómodo con ese tipo de arma.

Caedra se había sentado al borde de un acantilado para observar el atardecer, cansada tras un largo día de entrenamientos. Abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas, sumiéndose en sus pensamientos.

Todavía no había hablado con Jay sobre el padre de Hadriel, su abuelo. Apenas había tenido tiempo para charlar con él a solas y tampoco sabía cuál sería su reacción.

Empezaba a estar preocupada, además, por lo que estaban tardando Tarvo y Valikia en aparecer. Esperaba que no les hubiera pasado nada en Anthius… No sabía por qué, pero echaba especialmente de menos a Valikia y tenía muchas ganas de verla de nuevo. Quizás porque era una zeafírea, como ella.

Desconocía sobre qué había hablado Jay con Alastair, pero ambos continuaban sin dirigirse la palabra, como de costumbre. Era frustrante no conseguir que se llevaran bien.

Escuchó pasos a sus espaldas y se giró de cintura para arriba. Vio a Jay, que se quedó quieto al percibir su mirada.

—Cai… ¿Puedo sentarme contigo?

Caedra frunció el ceño, apenada. No le gustaba esa distancia que se había creado entre ellos. Jay no tendría por qué pedir permiso para sentarse a su lado.

—Claro —dijo ella, esforzándose en aportar toda la calidez que pudo a su voz y a su sonrisa.

Jay se acomodó junto a ella. Los dos estuvieron varios segundos en silencio, simplemente observando el sol mientras iba desapareciendo por la línea del horizonte. El cielo estaba naranja por completo, y el agua del mar se llenaba de reflejos rojos y amarillos. Soplaba una suave brisa que removía el cabello y les acariciaba la piel de forma relajante.

Caedra miró a Jay de reojo. Su piel morena brillaba como si fuera dorada al recibir la luz del sol del atardecer y sus ojos marrones parecían de color miel. Se fijó en que las facciones de su rostro se habían endurecido con el paso de los años. Había crecido con rapidez; estaba ya lejos del chico que había conocido en la Tierra.

Sonrió sin darse cuenta y extendió un ala para envolverlo con ella. Jay giró la cabeza para mirarla con sorpresa.

—Hacía mucho que no hacías eso —comentó él, notando que su corazón se aceleraba.

—¿Te molesta? —inquirió Caedra con el ceño fruncido.

—No, no —se apresuró a aclarar Jay. Relajó los hombros—. La verdad… es que lo echaba de

menos.

Caedra recuperó su sonrisa y Jay sintió florecer en su pecho una agradable calidez. Ambos miraron de nuevo hacia la línea del horizonte. El sol estaba a punto de desaparecer del todo.

—No me gusta que discutamos tanto últimamente —murmuró Jay, encorvado. Caedra ladeó la cabeza para centrar su atención en él—. Siento… siento mucho haberte gritado estos días, Cai.

—No te preocupes, Jay, no pasa nada —dijo ella, porque entendía sus reacciones—. Yo también lo siento. Tan solo espero que podamos volver pronto a la normalidad. A mí también me cuesta estar en conflicto casi constante contigo…

Jay frunció el ceño.

—Lo siento, de verdad. No sé qué me pasa…

—Yo sí lo sé. Estás pasando ahora por emociones muy fuertes. Toda tu vida has tenido a tu padre al lado. Te acompañaba, te protegía, te animaba en los momentos difíciles y frenaba tu impulsividad cuando era necesario. Era siempre el último y definitivo recurso... Incluso en la distancia, nunca estabas solo. Todo tenía sentido porque él estaba contigo. Y ya no está. —Caedra respiró hondo y miró directamente a los ojos a Jay—. Yo también me siento así. Pero lo superaremos —declaró con firmeza—. Como si estuviera con nosotros. Está con nosotros, Jay.

Jay esbozó una pequeña sonrisa bañada en lágrimas de tristeza, pero también de esperanza.

—Gracias, Cai.

Se quedaron de nuevo en silencio. Sin embargo, era un silencio relajado, acompañado de la suave brisa marina y de las olas rompiendo en la orilla. Jay estaba disfrutando de ese momento especial que le había vuelto a unir a Caedra, algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo.

Caedra, en cambio, sabía que era hora de contarle lo del cuaderno. Odiaba tener que estropear aquella atmósfera de calma que habían conseguido, pero era posible que no tuviera otra oportunidad. Y no podía seguir aplazándolo.

—Jay… Tengo algo que contarte.

Jay giró la cabeza para mirarla.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

Caedra suspiró tristemente.

—Encontré el cuaderno de Hadriel y me lo traje a Gea. Pero no fui capaz de abrirlo hasta el otro día —explicó. Extrajo dicho cuaderno de su bolso y se lo tendió a Jay, que lo observó con cierto temor—. Adelante, puedes leerlo.

Jay lo tomó en sus manos, apreciando la textura del cuero, y lo abrió con lentitud, casi con reverencia. Mantuvo los hombros tensos mientras lo leía, reconfortado, al menos, por el ala de Caedra rodeándolo, transmitiéndole su calidez. La zeafírea esperó pacientemente sin decir nada.

Los ojos de Jay se abrieron como platos cerca del final.
—¿Qué…? —musitó él, estupefacto—. ¿Es… cierto lo que pone aquí?

Miró a Caedra con el corazón a mil por hora. En sus ojos brillaba la esperanza.

—Sí, Jay. El padre de Hadriel, tu abuelo, está vivo —dijo ella—. Y, si tú quieres, podemos ir a hablar con él.

—Yo… Eso… Eso sería fantástico —logró responder Jay. Sin embargo, pronto se puso serio —. Pero… ¿por qué no me dijo nada de esto mi padre?

Caedra suspiró pesadamente.

—A mí solo me lo mencionó en una ocasión, pero por lo que sé lleva décadas sin tener contacto con él. Se separaron en muy malos términos; desconozco la historia completa… Por tanto, Hadriel tenía muchas dudas sobre ir a verlo después de tanto tiempo.

—Entiendo… —murmuró Jay, pero no pudo evitar sentir cierto resentimiento. Le habría gustado que Hadriel también se lo dijera a él.

—No sé qué tipo de persona nos encontraremos, Jay —advirtió Caedra en tono grave—. Por tanto, no te hagas ilusiones.

—Está bien —aceptó él. Cerró el cuaderno y lo dejó en su regazo. Respiró hondo y apretó los ojos—. Lo echo tanto de menos, Cai…

Ella tensó el ala con la que seguía envolviéndolo; sus plumas se habían crispado.

—Lo sé, Jay. Yo también.

Jay necesitó unos segundos para recomponerse antes de hablar de nuevo:

—¿Cuándo podremos ir a conocer a… a Ilyor?
—No sé cuándo tendremos la oportunidad; para eso tendríamos que ir a Luminaria. Cuando estén aquí Tarvo y Valikia y decidamos nuestro plan de acción, podremos tener una respuesta más concreta.

—Vale…

Se escuchó una vez más el ruido de pasos tras ellos. Tanto Caedra como Jay miraron por encima del hombro.

Se trataba de Ayla, que enrojeció al notar los dos pares de ojos sobre ella.

—Esto… yo… Siento interrumpir… —balbuceó, nerviosa, jugueteando con los dedos de las manos.

Ayla seguía siendo muy tímida y no se sentía cómoda con nadie que no fuera Jay o Caedra. Por tanto, estaba muy inquieta si no tenía a uno de los dos a su lado. Sabía que esa dependencia no era buena, pero no podía evitarlo. Todavía no había cogido confianza con Connor o con el resto de sus compañeros.

Había ido de inmediato a buscarlos al no encontrarlos por ninguna parte. Ahora, sin embargo, temía haber molestado.

Caedra sonrió, divertida.

—No interrumpes nada, Ayla.

—Puedes sentarte con nosotros —añadió Jay, contento de verla.

Ayla, todavía roja como un tomate, se acercó con pasos muy pequeños y se acomodó al otro lado de Caedra. La zeafírea extendió su ala izquierda para envolverla a ella también, y Ayla ahogó una exclamación, sorprendida por el gesto.

—Ayla, como sigas sonrojándote vas a acabar echando humo por la cabeza —la provocó Jay, riendo.

Y Ayla escondió el rostro en sus manos. Caedra soltó una pequeña carcajada y le dio un toque en el hombro a Jay con el puño.

***

Regresaron al poblado de los torrogal cuando ya había caído la noche. Era la primera luna nueva del mes, por lo que se toparon con una gran multitud de torrogal bailando en torno a la inmensa hoguera que ocupaba el centro de aquel lugar. Llevaban todos brazaletes dorados y la cara pintada con ceniza roja.

Divisaron a Connor sentado en una roca en un rincón y fueron hacia él. El chico se levantó al verlos, sacudiendo la tierra de sus pantalones.

—Han intentado pintarme la cara de rojo, ¿es normal? —cuestionó Connor, receloso.

Jay se llevó la mano a la tripa y rio.

—Sí, tranquilo. Es un ritual que hacen los torrogal la primera noche de luna nueva de cada mes —explicó Caedra—. Creen que en medio de la oscuridad total del cielo su fuego brilla con más fuerza, y lo celebran en honor a su dios, Volkorr.

—Ya veo —asintió Connor.

—¿Qué os parece si cenamos y bailamos un poco? —propuso Jay, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—De acuerdo —accedió Connor—. Pero se me va a dar fatal.

—¿Competición de a ver quién baila peor? —inquirió Jay, divertido.

—Tú lo has querido —declaró Connor de inmediato.

Caedra resopló, con los brazos en jarras.

—¿Desde cuándo es motivo de enorgullecerse ganar una competición de quién baila peor? ¿Por qué no intentáis esforzaros en aprenderos este baile de los torrogal y realizarlo correctamente?

—Eso… sería mucho trabajo —protestó Jay.

—Bueno, se pueden hacer ambas cosas —dijo Connor, encogiéndose de hombros.

Ayla observó a los torrogal danzando en torno a la hoguera, recelosa.

—Parece complicado…

—No será para tanto —dijo Jay.

Caedra arqueó una ceja.

—Pero si justo acabas de decir que aprenderlo costaría mucho trabajo —señaló.

Jay tosió para disimular.

—Me habrás entendido mal…

Capítulo 19: Reencuentro

Jay se despertó con el ruido de varias voces conversando en el salón. Trató de dormirse de nuevo, pero fue imposible. Abrió los ojos y se sentó. Maldijo entre dientes al ver que el sol ya estaba alto en el cielo. Era un desastre cuando se trataba de madrugar.

Se levantó y se vistió. Frunció el ceño. ¿Por qué habría tanto jaleo? Todos solían irse de la casa en cuanto estaban listos para realizar sus tareas del día.

Salió de su habitación y se dirigió al salón. Su corazón se aceleró al escuchar dos voces familiares y, al fin, entendió la causa de la reunión.

Los encontró a todos sentados en torno a la mesa. Caedra, Connor, Ayla… y Tarvo y Valikia.

Valikia se puso en pie en cuanto lo divisó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Jay! —exclamó ella, y se lanzó a abrazarlo.

Jay, todavía medio dormido, tardó un segundo en reaccionar.

—Val, me alegro de verte —dijo, sonriendo y abrazándola también—. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace unos minutos —contestó ella al separarse. Regresó a su sitio y Jay se sentó a su lado después de abrazar a Tarvo—. Ha sido una gran sorpresa encontrarnos con vosotros.

—Sí, la verdad es que pensaba que tardaríais más en regresar a Gea —comentó Tarvo. Jay se fijó en que se había dejado crecer un poco la barba y que su coleta era ahora más corta—. Si hubiéramos sabido que estabais aquí, nos habríamos apresurado en volver.

Tanto Tarvo como Valikia tenían algunos rasguños por la piel que parecían relativamente recientes. Jay se preguntó si habrían tenido éxito en la misión que los había ocupado.

Como si le hubiera leído la mente, Caedra lo miró y habló:

—Desgraciadamente, Valikia y Tarvo no han podido liberar a los rehenes de Anthius; los soldados eran demasiados y los ejecutaron antes de que pudieran ayudarles a huir.

Jay hundió los hombros.

—Vaya…

No solo era el hecho de que habían perdido valiosos aliados. También sentía pena por las vidas de esas personas, asesinadas solo por no querer ser esclavizadas por el imperio e intentar luchar por su libertad.

—Caedra nos ha contado lo sucedido con Hadriel —dijo Tarvo, y puso su mano sobre la de Jay, mirándolo con pesar—. Lo sentimos mucho.

—Hadriel era el líder del grupo —se lamentó Valikia, con la vista clavada en la superficie de la mesa—. Ahora…

—Seguiremos adelante como hasta ahora —declaró Caedra con firmeza, extendiendo ligeramente las alas—. No dejaremos que el sacrificio de Hadriel haya sido en vano.

—El emperador caerá, cueste lo que cueste —asintió Tarvo.

Jay observó a Tarvo de reojo. Se le había formado un nudo en la garganta y no era capaz de decir nada, pero se alegraba mucho de tener a todos sus amigos de vuelta. Había temido que les hubiera pasado algo a ellos también.

Hubo unos segundos de silencio denso hasta que Valikia decidió que lo mejor sería cambiar de tema:

—Así que Connor es tu mejor amigo, ¿eh, Jay?

—Amigos desde la infancia —afirmó Connor con una sonrisa en la que se marcaron sus hoyuelos.

—Así es —dijo Jay y se forzó a sonreír también, luchando por desterrar la tristeza que se había apoderado de su corazón tras la mención de Hadriel. Era complicado—. Resulta que Connor debe de ser descendiente lejano de gente de Gea, porque puede controlar el viento, y ha decidido venir con nosotros.

—Sí, nos lo comentó Caedra antes —asintió Valikia. Se inclinó hacia Connor y le dedicó una sonrisa pícara—. ¿Sois así de apuestos todos los que venís de la Tierra?

Caedra le dio un codazo y Valikia rio, sin avergonzarse en lo más mínimo. Connor soltó una pequeña carcajada y Jay puso los ojos en blanco.

—Más quisiera Connor estar a mi nivel —lo picó Jay.

—Creía que era al revés, Jay —replicó Connor, irguiendo la barbilla para aparentar arrogancia.

—Por favor, si alguien se fijara en ti sería porque no se ha graduado la vista.

Ayla miraba a uno y a otro, confusa, mientras estos seguían intercambiando pullas como si nada. Era uno de los aspectos de la amistad que no terminaba de entender. Caedra, en cambio, rio con suavidad.

—A ver, a ver —dijo, y Jay y Connor se callaron enseguida—. Dejemos los insultos amistosos para más tarde. ¿Sabemos algo de Makus y Silvary?

—Sí —afirmó Valikia.

—Nos reunimos con ellos a las afueras de Luminaria antes de volver —contestó Tarvo—. No parece que el emperador vaya a tardar mucho más en lanzar su ataque a Ganthia.

Caedra frunció el ceño.

—Además, cada vez va a ser más difícil para ellos entrar y salir de Luminaria —añadió Valikia. Dibujó una mueca en su rostro—. Han construido una impresionante muralla que protege toda la ciudad.

—Mierda —masculló Jay—. Eso complica mucho las cosas.

Caedra clavó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de las manos, apoyando la barbilla. Suspiró pesadamente.

—No podemos huir eternamente del emperador, pero ahora no es buen momento para atacarlo. Y no sé cuándo lo será. Pero, si no hacemos nada, conquistará Ganthia y ya no tendremos ningún refugio en Aruristed.

—No hemos reclutado a toda la gente que necesitamos para nuestra causa —dijo Tarvo, con el ceño fruncido—. Luminaria está más blindada que nunca y el emperador se mantiene rodeado de una buena parte de su ejército. Nosotros solos no lograríamos ni acercarnos a él.

—¿Tampoco sería posible infiltrarse? —inquirió Connor. Si se descartaba un ataque directo, esa sería la mejor opción.

Tarvo negó con la cabeza.
—El oráculo supremo controla todo.

Caedra resopló.

—Quién sabe si no tendría alguna visión de cualquier plan que inventáramos para infiltrarnos en el palacio.

—Lo ideal sería librarnos del oráculo supremo en un ataque previo antes de acabar con el emperador —dijo Tarvo—. El oráculo supremo es la mano derecha del emperador y la segunda persona más poderosa en el palacio. Si podemos evitar enfrentarnos a ambos a la vez, tanto mejor.

—No lo veo posible. Ni uno ni otro abandonan el palacio el tiempo suficiente —replicó Caedra —. La única opción que tendríamos sería lanzar un ataque a Luminaria que desatara el caos en la ciudad. Tendría que ser algo muy grande para que el emperador movilizara sus tropas y dejara el palacio más despejado. Pero no se me ocurre cómo podemos conseguir esto.

—¿Alastair no podría hacerlo? —preguntó Jay, cruzado de brazos.

—Es muy poderoso en su forma de dragón, pero ni él podría contra todas las defensas de Luminaria ahora que las han reforzado.

Valikia tuvo un escalofrío al recordar la gélida mirada del dragón con el que se habían cruzado en la playa al llegar a la isla.

—Sin embargo —prosiguió Caedra—, podemos empezar por visitar a una persona que vive en Luminaria desde siempre, que odia al emperador y que es posible que tenga alguna forma de ayudarnos.

Tarvo arqueó una ceja.

—¿Quién?

El corazón de Jay se aceleró.

—El padre de Hadriel —contestó Caedra, sorprendiendo a los demás con la información—. Es un noble de la casa Reilhor. Se llama Ilyor.
—Merece la pena intentarlo —asintió Tarvo—. Sin embargo, me temo que ahora mismo es imposible que nos desplacemos todos a Luminaria. Es complicado entrar por la muralla y llamaríamos demasiado la atención.

—Puedo ir yo sola —dijo Caedra—. No tardaré en ir y volver volando. Si Makus y Silvary pueden ayudarme a traspasar la muralla, localizaré al padre de Hadriel sin problema.

—Pero yo también quiero ir —protestó Jay, frunciendo el ceño.

—Lo siento, Jay, pero…

—Tengo derecho a conocerlo —gruñó él. No iba a ceder—. Es mi abuelo.

Caedra suspiró tristemente.

—Lo sé, pero tardaríamos demasiado en ir a pie. Tal y como está la situación, no podemos perder nada de tiempo. Lo conocerás más adelante, Jay.

—No —replicó él, apretando los puños—. No vas a dejarme atrás, Cai.

Conocer a su abuelo era lo único que le había devuelto un poco la ilusión. Jay no estaba dispuesto a perder esa oportunidad.

—Jay, Caedra tiene razón —dijo Valikia con una mueca en su rostro—. Imagino que será importante para ti, pero…

—Claro que es muy importante para mí. Así que no vais a decirme qué puedo hacer o no —espetó Jay.

Caedra endureció la mirada.

—Jay, es muy peligroso que tú vayas a Luminaria. Eres el objetivo principal del emperador. ¿En serio estás dispuesto a ir directo a la boca del lobo?

Jay abrió la boca para replicar, pero se había quedado sin argumentos. Hundió los hombros.

—¿Y no es posible que Jay te acompañe y se quede esperando fuera de Luminaria, al menos? —inquirió Connor. Entendía lo mucho que Jay necesitaba ir—. Quizás Alastair esté dispuesto a llevarlo…

Caedra entrecerró los ojos.

—Lo veo poco probable.

—Ya, yo igual —masculló Jay, que ahora había clavado la vista en la mesa.

—En cualquier caso, no pierdes nada por preguntarle —señaló Connor.

«Sí, que quizás decida descuartizarme», pensó Jay.

—Yo también podría acompañarte, Cai —dijo Valikia, estirando las alas—. Por si te atacan.

Caedra sonrió.

—Gracias, Val.

—Está bien —refunfuñó Jay y se levantó—. Hablaré con Alastair.

***

Jay arrastraba los pies por la arena negra de la playa, desganado. Entendía los argumentos de Caedra para que no fuera a Luminaria. Sin embargo, eso no impedía que lo deseara con toda su alma. Tenía muchas ganas de conocer a su abuelo. Era como recuperar una parte de su padre.

Estaba convencido de que Alastair rechazaría su petición. Ni siquiera sabía para qué iba a intentarlo. Pero realmente necesitaba ir a Luminaria.

Encontró al dragón tumbado al sol junto al mismo risco de la otra vez. Parecía estar durmiendo,

pero abrió los ojos en cuanto Jay se acercó.

Alastair irguió el cuello y clavó en él su gélida e intimidante mirada. Jay se quedó rígido.

«¿Qué quieres ahora, mortal?», gruñó Alastair.

Jay se llevó la mano al brazo opuesto, incómodo.

—Quería… preguntarte algo.

«Eso ya lo puedo ver —replicó Alastair y bufó—. Mi opinión sigue siendo la misma».

—No es sobre eso, es algo distinto —se defendió Jay, aunque le molestó que el dragón continuara con la misma actitud—. Caedra va a ir a Luminaria a hablar con… Ilyor Reilhor. Mi abuelo, al que yo también quiero conocer. Querría acompañarla…, pero yo no puedo volar.

Jay evitó mirar a Alastair, avergonzado. El dragón, en cambio, lo observó con los ojos entornados.

«Eres un mortal insolente —dijo Alastair en tono frío. Jay hundió los hombros, aunque no había esperado una respuesta diferente—. No voy a ser reducido a una simple montura para ti».

—No es esa mi intención —protestó Jay—. No podría verte nunca de esa manera; sé que eres mucho más poderoso que yo. Pero pensé que a lo mejor tú también querrías ir con Caedra y… —Calló, sin saber cómo continuar. Dio media vuelta, dispuesto a marcharse. Estaba claro que no iba a conseguir nada—. Da igual, olvídalo.

Alastair arqueó una ceja. Se incorporó y sacudió la arena negra de sus escamas y plumas.

«Espera».
Jay se detuvo y se giró de nuevo, confuso.

«Sigues pareciéndome un humano débil e inútil —empezó Alastair, hablando con su característica sinceridad gélida. Jay apretó los dientes y gruñó, ofendido—. Pero te llevaré».

—En… ¿serio? —balbuceó Jay, que tuvo que parpadear varias veces, sorprendido.

«¿Acaso te parezco alguien capaz de bromear?», dijo Alastair y entornó los ojos, amenazador.

—No, no —se apresuró a aclarar Jay, alzando las palmas de las manos. No tenía deseo alguno de convertirse en alimento para el dragón—. Gracias.

Por toda respuesta, Alastair le dio la espalda y se tumbó de nuevo.

***

Caedra y Valikia caminaban por la playa en el lado opuesto de la isla. Valikia andaba por la orilla, dejando que sus pies se mojaran cuando venían las olas. Caedra la observaba de reojo, feliz por verla de nuevo después de tanto tiempo. Era curioso lo mucho que la había echado de menos con el mal comienzo que habían tenido al conocerse.

La brisa marina removía su cabello constantemente. Caedra se llevó la mano a la cabeza para apartar los mechones que insistían en cruzarse en su rostro y taparle los ojos. Valikia se fijó en esto.

—Te queda muy bien el pelo corto, Cai —comentó ella con una sonrisa. El cabello negro de Valikia, en cambio, había crecido bastante esos meses.

—Ah… ¿Tú crees? —murmuró Caedra, notando las mejillas arder. ¿Por qué se le daba tan mal recibir cumplidos?

—Créeme, estás muy guapa así —insistió Valikia, con su sonrisa pícara al ver el sonrojo de Caedra, aunque fingió no darse cuenta. Cruzó las manos detrás de la espalda y ladeó la cabeza para contemplarla—. ¿Cómo es que has decidido cortarlo?

Caedra frunció el ceño.

—Pensé que sería más práctico.

Valikia puso los ojos en blanco.

—Se te da fatal mentir, Cai.

—Ya… —masculló Caedra. Dejó de andar y suspiró tristemente. Agarró un mechón de pelo corto con la mano y cerró los ojos al notar que le ardían—. Fue… a causa de lo que sucedió con Hadriel.

Valikia se detuvo a su lado y la miró, apenada y arrepentida.

—Lo siento, Cai, no quería…

Caedra sacudió la cabeza.

—No te preocupes, Val, no pasa nada. Es solo que… —Se mordió el labio y parpadeó repetidamente—. Lo echo tanto de menos…

Se le formó un nudo en la garganta y no fue capaz de continuar hablando. Se frotó los ojos con los puños y se le escapó una exclamación cuando Valikia la abrazó y la envolvió con sus alas.

—Puedes llorar conmigo, Cai —murmuró Valikia con suavidad.

Caedra la miró con cierta sorpresa. No había visto a Valikia actuar con tanta delicadeza desde aquella vez que había vuelto de Titaia con las alas rotas. Sin embargo, no dudó en aferrarse a ella y enterrar su rostro en el hombro de la otra zeafírea, dejando que las lágrimas fluyeran con libertad de sus ojos. Valikia acarició el pelo de Caedra para intentar tranquilizarla. Se le encogió el corazón al ver cómo temblaba por los sollozos.

Valikia recordaba a Caedra siempre pegada a Hadriel. Había percibido con claridad el aprecio que se tenían el uno al otro y muchas veces había llegado a sentir envidia por no mantener ella esa relación tan estrecha con sus padres, de los que llevaba años distanciada.

—No quiero perder a nadie más, Val —balbuceó Caedra, incapaz de contenerse ahora que había liberado la angustia que siempre reprimía—. Tengo que mostrarme fuerte sobre todo ante Jay, porque él está sufriendo tanto como yo, pero en el fondo tengo mucho miedo. Si… si os pasara algo a alguno de vosotros, yo…

—Cai, tranquila —dijo Valikia en tono bajo—. No nos va a pasar nada. Aguantaremos lo que nos queda y acabaremos con ese estúpido emperador, ya lo verás.

—Pero… Hadriel era el más fuerte de todos nosotros, y aun así…

—Todo va a salir bien. Confía en mí.

Caedra se quedó en silencio, abrazando a Valikia con fuerza. Valikia la dejó llorar todo lo que necesitó, esperando con paciencia a que sus sollozos se fueran calmando poco a poco.

Unos minutos más tarde, Caedra se separó y se limpió el rostro de las lágrimas con el brazo. Miró a Valikia con los ojos y el rostro rojos, avergonzada.

—Siento que hayas tenido que ver esto.

—¿Ver el qué? —replicó ella, cruzándose de brazos—. Cai, no podías seguir acumulando ese dolor en tu interior, tenías que liberarlo de alguna forma. Y es normal que te sientas así. Yo solo me alegro de estar a tu lado y ayudarte en todo lo que puedo.

El corazón de Caedra latió más deprisa. Esbozó una pequeña sonrisa, conmovida por sus palabras.

—Gracias, Val.
—No me las des. Y, aunque creo que no deberías ocultar cómo te sientes ante Jay, puedes hablar conmigo siempre que lo necesites.

Caedra suspiró tristemente.

—Él lo está pasando muy mal, es la primera vez que experimenta algo así… Y yo siento que debo cuidar de él. No lo puedo evitar. Además del cariño que le tengo a Jay, se lo debo a Hadriel. El cuidó de mí cuando desapareció mi hermano —Sacudió la cabeza—. Pero suficiente hablar sobre mí. ¿Cómo te ha ido a ti estos meses, Val?

—Digamos que han sido… entretenidos —comentó Valikia con una mueca en su rostro. Viendo que no iban a seguir andando, se sentó en la arena. Caedra la imitó, escuchándola con atención—. Hemos ido de un lado a otro analizando la situación en cada reino conquistado por el imperio, y la realidad es bastante desalentadora. La pobreza y la miseria se han extendido por cada rincón. Jamás imaginé que Aruristed sería tan diferente a Zarested.

Caedra apretó los dientes con rabia.

—Es todo culpa del imperio. Aruristed prosperaría sin la tiranía del emperador.

—La gente de Gaelar está cegada y la gente del resto del continente tiene miedo. La situación no es fácil. —Valikia torció el gesto—. Siento no haber podido reclutar a más gente para nuestra causa.

Caedra puso una mano en el hombro de su amiga.

—Eso no es culpa tuya, Val. Tú misma lo has dicho, es muy complicado.

—Lo sé… Pero me habría gustado poder hacer algo más —masculló ella. Clavó sus dedos en la arena y apretó los puños—. Lo peor ha sido esta última misión. Estaba segura de que lo íbamos a conseguir, estábamos a punto de liberarlos a todos y huir, y entonces…
Valikia calló. Caedra esperó pacientemente a que continuara. Todo lo que se escuchó durante varios segundos fue el rumor de las olas rompiendo en la orilla.

—Denkuro… —murmuró Valikia, abrazando sus rodillas y apoyando la barbilla en ellas—. Mi propio hermano, Cai. Nos atacó y estropeó toda la operación.

Caedra frunció el ceño. Era cierto, el hermano de Valikia había resultado estar de parte del oráculo supremo. Naturalmente, la más afectada por esta revelación había sido Valikia, que no terminaba de asumirlo.

—Lo siento, Val —dijo y pasó un brazo por los hombros de Valikia, que se recostó en ella.

—Sigo sin entenderlo, Cai —masculló Valikia—. ¿Cómo puede mi hermano estar de parte de alguien tan despreciable?

—El oráculo supremo es muy hábil manipulando a la gente —dijo Caedra con un tono cargado de amargura.

—A mí también me afectó mucho lo que le sucedió a Uma, ¿sabes? Pero… jamás trabajaría para alguien que está destrozando las vidas de miles de personas solo para averiguar quién la asesinó.

—Supongo que él lo verá de otra forma. Es imposible saberlo.

Valikia suspiró pesadamente.

—Siempre me ha resultado muy difícil saber lo que piensa Denkuro; es tan callado… Me gustaría hablar con él, pero no me da la oportunidad. En esta última ocasión me atacó ya sin dudarlo…

Caedra percibió por el tono de su amiga lo dolida que estaba. No había esperado en absoluto la traición de su hermano.

—Espero que tengamos la oportunidad de hablar con él en algún momento para hacerle ver cómo es el oráculo supremo en realidad —dijo Caedra.

Desvió su mirada hacia la línea del horizonte, nostálgica. Estaba recordando a su propio hermano, Loure. Ella no había podido salvarlo. Tras años de incertidumbre, preguntándose dónde estaría, si seguía vivo siquiera, había sido incapaz de protegerlo cuando, al fin, por casualidades del destino, había dado con su paradero. Nunca se arrepentiría lo suficiente, y no había nada que pudiera hacer para arreglarlo.

Observó a Valikia de reojo. Parecía sumida en sus pensamientos, relajada contra su costado.

No dejaría que Valikia también perdiera a su hermano.

***

Jay había ido a buscar a Alastair. Caedra y Valikia se habían ido a dar una vuelta. Ayla, en cuanto habían desaparecido tanto Jay como Caedra, había buscado una excusa para marcharse también por su cuenta.

Y eso había dejado a Connor a solas con Tarvo en el salón de la casa.

Habían estado unos minutos sumidos en un silencio incómodo, hasta que Tarvo había extraído su cuaderno de bocetos de la mochila y se había puesto a dibujar. Ahora, Connor se dedicaba a observar, fascinado, el carboncillo deslizándose por la superficie del papel.

Habría podido irse él también, pero no tenía nada que hacer, pues no se sentía cómodo entrenando sin la supervisión de Caedra y tenía curiosidad por Tarvo. Era otro de los amigos que

Jay había conocido en Gea.

—Esto… Tarvo, ¿por qué dibujas? —inquirió Connor para empezar la conversación, pues no soportaba más el silencio.

Tarvo levantó la mirada brevemente del papel antes de continuar dibujando.

—Lo llevo haciendo desde pequeño. Me ayuda a relajarme y a aclarar mis ideas —explicó con sencillez.

Connor se inclinó en su asiento para echar un vistazo mejor al boceto. Se trataba del perfil de una chica de pelo liso y oscuro, con facciones suaves y una nariz pequeña y respingona. El ojo que tenía visible era grande, con una marca en forma de triángulo invertido bajando desde él por la mejilla. Tenía un par de cuernos en forma de espiral.

La identificó enseguida: se trataba de la zeafírea que había conocido esa mañana, la que tenía las alas negras en vez de marrones como las de Caedra y Ayla.

—¿Es Valikia? —Le había costado recordar el nombre, pero lo había conseguido.

Tarvo asintió con la cabeza. Connor sonrió.

—¿Sois pareja?

Y Tarvo dejó de mover el carboncillo para mirarlo con una ceja arqueada. Al final, rio con suavidad.

—No. Hago dibujos y retratos de todos mis amigos con frecuencia. En estos últimos meses he pasado mucho tiempo con Valikia, por lo que tengo varios bocetos de ella, pero nada más.

—Ah, vaya… —murmuró Connor y se llevó una mano al cuello, avergonzado—. Perdona.

—No te preocupes —dijo Tarvo, esbozando una cálida sonrisa—. Además, aunque haya aprendido a apreciar mucho a Valikia en todo el tiempo que hemos pasado juntos en nuestras misiones, jamás podría atraerme de esa forma.

Connor frunció el ceño y ladeó la cabeza, confuso.

—¿Por qué lo dices?

Tarvo dibujó una mueca en su rostro.

—No me atraen las mujeres —comentó en voz baja.

Connor arqueó las cejas. Ahora lo entendía todo.

—Ya… veo —murmuró. Aunque no le parecía nada malo, percibió que Tarvo estaba incómodo hablando con él sobre ese asunto, lo cual era comprensible, pues acababan de conocerse. Sacudió la cabeza y decidió que lo mejor sería cambiar de tema—: Y… ¿de qué os conocéis Jay y tú?

Tarvo enseguida relajó su postura.

—Nos conocemos desde pequeños, aunque él no recuerda mucho. Mi hermano trabajaba al servicio del emperador y yo me encontré con Jay por primera vez en una visita que hice al palacio.

—Se me hace tan raro imaginar a Jay como un príncipe… —comentó Connor—. ¿Era muy

diferente?

Tarvo sonrió, con la mirada cargada de nostalgia.

—Un poco más travieso, quizás.

Connor arqueó una ceja.

—Esperaba que dijeras que había sido más serio y educado o algo así, la verdad.

Tarvo soltó una pequeña carcajada.

—No, ese era su hermano Kendrij. Jay, por entonces llamado Althalos, siempre estuvo muy protegido por Kendrij y era un niño muy despreocupado y alegre.

—Idéntico a como lo conocí yo, entonces —dijo Connor, divertido—. A los once años… Cuando acababa de llegar a la Tierra, supongo.

Y pensar que él nunca había sospechado que su amigo fuera originario de otro mundo…

—La verdad es que es agradable conocerte al fin, Connor —dijo Tarvo, pillándolo por sorpresa —. Jay siempre ha hablado mucho de ti.

—Espero que no haya dicho nada malo… —murmuró Connor, nervioso. Para él era importante que los amigos de Jay tuvieran una buena imagen de él, pues quería llevarse bien con todos.

Tarvo rio con suavidad y dejó a un lado el carboncillo para dedicarle toda su atención.

—En absoluto. Sé que te echaba mucho de menos, por lo que me alegra verte ahora a su lado. ¿Cómo es que has decidido venir a Gea?

Connor se encogió de hombros.

—Bueno… Lo pasé mal los años que pensaba que Jay había desaparecido para siempre porque le había pasado algo.

—En eso puedo entenderte —comentó Tarvo con el ceño fruncido.

Connor arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Yo también pensé durante muchos años que el príncipe Althalos había muerto y que había perdido a mi amigo para siempre. Por tanto, puedes imaginar mi alegría al reencontrarme con él y ver que seguía vivo. No dudé en ir con él.

—Vaya… —Connor rio, maravillado—. Es exactamente lo mismo que me ha pasado a mí. No quería perderlo de vista de nuevo, por lo que decidí acompañarlo a Gea para apoyarlo y ayudarlo en todo lo que pudiera.

Tarvo sonrió.

—Veo que nos entendemos en ese aspecto, entonces.

Capítulo 20: Ecos del pasado

Era de noche cuando llegaron a las afueras de Luminaria. Alastair aterrizó en cierto encinar que no les traía muy buenos recuerdos ni a Jay ni a Caedra. En ese lugar se habían agrupado años atrás en el intento de rescatar a la emperatriz.

Jay se quedó boquiabierto al ver la altura y la longitud de la muralla, que se apreciaba a la perfección incluso a esa distancia.

—Hay un soldado cada diez metros como mucho —habló Valikia, con los brazos en jarras—. Está muy bien vigilada.

Jay no dijo nada. Se apresuró en bajar de Alastair antes de que el dragón se molestara más.

—¿Creéis que Makus y Silvary habrán recibido nuestro mensaje? —inquirió Caedra, preocupada.

La única forma que tenían de comunicarse con ellos era mandando al pájaro mensajero del maestro Shidan. Sin embargo, existía la posibilidad de que la nota fuera interceptada algún día.

—Lo han recibido —afirmó Jay y señaló un punto en la distancia. Dos figuras encapuchadas caminaban con rapidez hacia ellos.

Se detuvieron un poco más lejos de lo habitual, amedrentados por el dragón. Se quitaron las capuchas, dejando al descubierto el rostro de Makus, surcado por varias cicatrices, y el de Silvary, con su típica expresión de aburrimiento.

—¿Debería preguntarme qué hace aquí un dragón? —dijo Silvary a modo de saludo.

Caedra sonrió.

—Es Alastair, no te preocupes. —Se aclaró la garganta—. Me alegro de veros de nuevo, Makus, Silvary. ¿Podréis ayudarnos a acceder a la ciudad, entonces?

—Es cada vez más complicado, pero esta noche será posible —asintió Makus, con voz grave—. Aún no han descubierto el pasadizo que utilizamos. No obstante, es cuestión de tiempo, y llegará el momento en el que ya no podamos volver a Luminaria si salimos.

— En palacio están obsesionados con la seguridad y cada vez hacen barridas más extensas del terreno —explicó Silvary. Sopló un mechón de su flequillo rubio que le hacía cosquillas en la nariz—. La verdad es que son un poco estúpidos si no han encontrado el pasadizo todavía, pero no me voy a quejar.

—Será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes —dijo Caedra y dio un paso al frente. Valikia fue junto a ella.

—Estoy de acuerdo —afirmó Makus y extrajo un brazalete de umbrano de su bolsillo—. Ponte esto para evitar que te detecten.

Caedra obedeció sin dudarlo, pues ya los conocía. Al fin y al cabo, Valikia siempre llevaba uno puesto.

Makus, Silvary, Caedra y Valikia se dispusieron a dar la vuelta. Jay frunció el ceño.

—¿Seguro que no puedo ir yo también?

Caedra suspiró profundamente y lo miró por encima del hombro.
—Lo siento, Jay. Nada me gustaría más que nos acompañaras, pero eres el objetivo principal del emperador. Es demasiado arriesgado.

—Además, Cai y yo podríamos intentar escapar volando en el peor de los casos —añadió Valikia—. Lo más seguro es que te quedes aquí, Jay.

El chico inclinó la cabeza, con los labios apretados en una fina línea. No protestó más.

Caedra suavizó la mirada y se acercó a él para poner la mano en su hombro.

—Tranquilo, estoy segura de que lo conocerás pronto. Quién sabe, a lo mejor hasta está dispuesto a acompañarnos de vuelta a Ganthia…

—Lo dudo —masculló Jay.

—No seas pesimista, Jay. Tardaremos lo menos posible —aseguró Caedra y regresó con los demás.

Jay observó a sus compañeros hasta que se perdieron en la oscuridad de la noche. Suspiró tristemente y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, dispuesto a esperar.

—Espero que todo vaya bien… —murmuró, intranquilo al separarse de Caedra. ¿Y si eran descubiertos y capturados por el emperador? No dudaría en ejecutarlos.

Alastair, que era ahora su única compañía, lo ignoró. Jay gruñó para sus adentros. Encima iba a tener que pasarse todo el tiempo en un molesto silencio.

El dragón, sin embargo, no había contestado solo porque no quisiera conversar con Jay. Estaba también pendiente de lo que había a su alrededor, pues llevaba ya unos segundos con una sensación extraña, como si estuvieran siendo observados.

***

No caminaron mucho para llegar al pasadizo, cuya entrada estaba oculta por unas rocas que movieron con facilidad entre todos. Se trataba de un estrecho y pequeño túnel que bajaba por la tierra.

—La casa Reilhor lleva ya varios años caída en desgracia —comentó Makus en tono bajo mientras caminaban. Portaba una antorcha con la que iluminaba allá por donde pisaban—. No creo que queden más de un par de miembros de esa familia.

Caedra se mordió el labio y frunció el ceño.

—Me temo que eso es cierto.

—Su residencia está algo más apartada del centro que las del resto de las casas nobles —dijo Silvary—. Por lo que no será tan arriesgado ir hasta ella.

—Algo es algo —dijo Valikia, más animada.

—A no ser que queráis esperar hasta mañana por la noche para volver a salir de Luminaria, no podéis tardar más de un par de horas una vez estemos fuera del pasadizo —advirtió Makus con

seriedad—. Silvary y yo nos quedaremos cerca y, si pasadas dos horas no habéis aparecido, no regresaremos a buscaros hasta mañana.

—Entendido —murmuró Caedra. Esperaba que pudieran hablar todo lo necesario con el padre de Hadriel en ese tiempo.

A las dos zeafíreas, acostumbradas a espacios abiertos, el pasadizo se les hizo eterno. Al fin, el claustrofóbico túnel desembocó en un espacio con un agujero en el techo.

Apartaron unas cajas de madera que había amontonadas encima y salieron del pasadizo. Enseguida las colocaron de nuevo para ocultar la entrada.

Habían acabado en un callejón sin salida, en medio de los suburbios, en las afueras de Luminaria. Ahí las casas y edificios estaban destartalados, muchos de ellos abandonados. Al ser ya noche avanzada, las calles se encontraban desiertas, lo que resultaba un tanto espeluznante.

Se desplazaron en silencio. Caedra y Valikia ahora también iban cubiertas con capas y capuchas, o llamarían la atención si alguien veía sus alas y cuernos.

Necesitaron una media hora para llegar a una imponente mansión de dos pisos. Aunque a simple vista parecía lujosa, cuando uno se fijaba bien enseguida se detectaba la evidencia del deterioro que provocaba el abandono. Los jardines en la entrada estaban secos y marchitos, la verja de metal oxidada y partida en varios puntos, algunas hiedras habían comenzado a subir por las paredes, sucias y agrietadas, y en el tejado se acumulaba el barro depositado por las lluvias.

—Os esperaremos aquí —indicó Makus, agachado en un hueco entre dos casas. Silvary se situó junto a él.

Caedra asintió con la cabeza. Miró a Valikia y las dos se dirigieron hacia la entrada de la mansión.

No tuvieron problemas para pasar por la verja, que ni siquiera estaba cerrada. Fueron directas al doble portón. Caedra respiró hondo y agarró la aldaba que colgaba de las mandíbulas de la cabeza de un león de hierro. Usó la gruesa anilla para golpear la puerta tres veces.

No hubo respuesta.

Caedra frunció el ceño. Era normal, pues estaban llamando en plena madrugada; pero no quería insistir mucho más o acabarían alertando a algún guardia que estuviera patrullando y escuchara el sonido.

Golpeó la puerta de nuevo. Se apartó y esperó, en tensión.

Pasaron los minutos. Caedra maldijo para sus adentros. No había contado con arriesgarse a adentrarse en Luminaria para que luego ni siquiera pudiera hablar con la persona a la que habían ido a buscar.

Se sorprendió al escuchar un pequeño ruido metálico y la puerta se entreabrió. Asomó una cabeza de pelo gris y una cara que reflejaba claramente su mal humor. Caedra no distinguió mucho más debido a la pobre iluminación.

—¿Se puede saber qué queréis y quiénes sois? —cuestionó el hombre. Su voz era grave y profunda.

—Buscamos a Ilyor Reilhor —respondió Caedra de inmediato. Valikia estaba detrás de ella, sin atreverse a intervenir—. Queremos hablar con él.

El hombre entornó los ojos.

—¿Quién lo busca?

—Mi nombre es Caedra, y mi amiga es Valikia. Venimos… de parte de Hadriel.

***

El interior de la mansión era aun más ruinoso que el exterior. El polvo se acumulaba en los muebles de madera carcomida por el paso del tiempo. Las alfombras estaban sucias y algunos tapices se arrastraban por el suelo.

El hombre, que resultó ser el mismo Ilyor, las llevó al salón. Había un sofá, varios sillones y una mesa con varias sillas, pero ninguno se sentó. Caedra y Valikia retiraron las capuchas de sus cabezas.

Ilyor se fue un momento y regresó con una vela con la que encendió todas las demás que tenía dispuestas en la sala. Con algo más de luz, Caedra pudo fijarse más en el aspecto de aquel hombre.

Era más alto que ellas, y más robusto de lo que Caedra habría esperado para la edad que debía de tener, unos sesenta y cinco años, aunque aparentaba menos. Tenía el pelo casi completamente gris, al igual que su corta barba. Su rostro, marcado ya por varias arrugas, era de facciones duras, con un ceño fruncido que no lo hacía muy amigable.

Al girarse hacia ellas para mirarlas, Caedra captó el tono plateado de sus ojos. Idénticos a los de Hadriel. Crispó las plumas.

—Decís que venís de parte de Hadriel… —habló Ilyor, apoyándose en la pared y cruzando los brazos—. ¿Es este el último intento del emperador para engañarme?

Caedra tensó los hombros.

—No nos ha enviado el emperador.

—Es cierto que no esperaría que tuviera dos zeafíreas trabajando para él, pero los tiempos están cambiando y cada vez veo más personas de otras razas sirviendo en el palacio —comentó Ilyor, claramente receloso—. Sin embargo, al emperador se le ha escapado un pequeño detalle: llevo décadas sin hablar con mi hijo y no me importa lo más mínimo lo que pueda querer de mí.

—No venimos de parte del emperador —repitió Caedra, esta vez con más firmeza—. Hadriel dejó de trabajar para él hace más de diez años.

Ilyor resopló.

—Hadriel estaba cegado por su amor a Emeline de Nives. Jamás la habría abandonado y la emperatriz fue ejecutada hace tres años, no más de diez.

Caedra se mordió el interior de la mejilla ante el amargo recordatorio de su fracaso rescatando a la emperatriz.

Todo habría sido mucho más sencillo si Ilyor hubiera sido un telépata, como Hadriel. Sin

embargo, no era el caso, e iban a tener que convencerlo.

—Se marchó porque la emperatriz así se lo pidió —explicó Caedra—. Los príncipes Kendrij y Althalos eran en realidad hijos de Hadriel, no del emperador. Fue el propio emperador el que mandó asesinar a Kendrij y habría hecho lo mismo con Althalos si Hadriel no hubiera escapado con él a la Tierra.

Ilyor arqueó una ceja.

—Qué historia tan absurda. ¿Me tomáis por estúpido?

Caedra apretó los dientes.

—Es la verdad. El príncipe Althalos está vivo y el emperador lo busca para matarlo. Hadriel ha liderado durante estos años a nuestro grupo, cuyo objetivo es acabar con el emperador y su tiranía en Aruristed.

Ilyor frunció el ceño. Aunque llevaba décadas sin tener contacto alguno con su hijo, era cierto que, al menos antes, recibía información con frecuencia de su vida en el ejército, y posteriormente en el palacio, por medio de otros. Habían pasado ya años sin tener ninguna información nueva; era como si Hadriel hubiera desaparecido.

—Si lo que decís es cierto, ¿dónde está Hadriel? —cuestionó Ilyor—. ¿Por qué no ha venido él mismo a verme?

Caedra apartó la mirada al notar ese ya familiar ardor en los ojos. Valikia puso una mano en su hombro, intentando transmitirle su apoyo.

—Hadriel está… muerto. Murió hace muy poco.

Ilyor no mostró reacción alguna ante la noticia. Caedra parpadeó repetidamente y respiró hondo, tratando de aliviar la presión que tenía en el pecho y dijo con un tono cargado de rabia:

—¿Es que acaso te da igual?

—¿Debería importarme? —replicó Ilyor con desdén. Caedra se quedó boquiabierta—. Mi hijo tomó sus decisiones y yo las mías. Llevo décadas sin saber nada de él y cortamos todo contacto en muy malos términos; fue lo suficientemente necio como para irse a servir al emperador que le ha arrebatado todo a la casa Reilhor con tal de continuar cerca de su amada. No tengo nada que lamentar.

Caedra no era capaz de hablar. Se le había formado un nudo en la garganta al ver la indiferencia de aquel hombre ante la muerte de su hijo, que tan importante era para ella.

Fue Valikia la que intervino:

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Habéis preguntado; he respondido.

—Jamás… — Caedra tuvo que respirar hondo antes de continuar. Clavó sus ojos amarillos en Ilyor—. Jamás imaginé que el padre de Hadriel, a quien tanto he querido y admirado siempre, sería un hombre tan diferente a él. Tan despreciable.

—¿Despreciable? —gruñó Ilyor. Se apartó de la pared y dejó caer los brazos—. Mi vida no es

asunto tuyo, zeafírea, y no espero que lo comprendas, pero cuando uno sufre y vive tantos años como yo, solo queda asumir la amarga realidad de manera estoica e indiferente.

Caedra veía que el padre de Hadriel era un hombre cínico y amargado. No podía entender qué era exactamente lo que le había hecho ser así. Solo sabía que estaba muy lejos de lo que se había imaginado.

Ahora ya no tenía sentido convencerlo de que se uniera a su causa; era evidente que no les iba a aportar nada. Sabía que Jay se enfadaría por no tener la oportunidad de conocerlo, pero no había alternativa. Y casi mejor que se ahorrara tal decepción.

—Muy bien —dijo Caedra, fría como un témpano—. Espero que disfrutes del resto de tus años en soledad, Ilyor. Nosotras nos marchamos.

Caedra hizo un gesto con la cabeza a Valikia y las dos se encaminaron hacia la salida. Ilyor las iba a ignorar hasta que un destello dorado captó su atención.

—Esperad.

Caedra y Valikia se detuvieron, sorprendidas. Caedra miró a Ilyor con los ojos entornados, recelosa. ¿Qué querría ahora?

Ilyor se acercó a ella. Caedra se dio cuenta de que estaba observando los abanicos que llevaba colgados del cinto. Los desenganchó y los abrió.

—Me los regaló Hadriel —dijo, con un tono cargado de tristeza—. Los uso para combatir desde que ya no puedo utilizar una lanza.

Ilyor se había quedado en silencio. Por primera vez, Caedra vio una emoción reflejarse en sus ojos de acero. Era nostalgia.

—Estos abanicos… —murmuró él. Su voz era ahora sorprendentemente suave—. Son los abanicos de mi hija. No sabía que Hadriel los había guardado todo este tiempo, pensaba que se habían perdido…

Caedra arqueó una ceja.

—Hadriel me dijo que los compró.

—No, estoy seguro de que son estos —replicó Ilyor. Señaló uno de los símbolos que había grabados en el borde del abanico, el de una especie de águila—. El emblema de la casa Reilhor.

—Pero… —Caedra sacudió la cabeza—. ¿Por qué no me dijo que eran de su hermana?

—Quizás porque te habrías negado a aceptarlos y usarlos —comentó Valikia.

Caedra permitió que Ilyor cogiera los abanicos. El hombre fue a una de las estanterías y regresó con otro par de abanicos idénticos, salvo que estos eran de un tono broncíneo. También tenían el símbolo del águila.

—Yo mismo le regalé estos abanicos a mi hija, Efedia, como felicitación por haber sido aceptada en el ejército del emperador —relató Ilyor, sin apartar la mirada de la superficie metálica, donde contemplaba su propio reflejo—. Efedia falleció poco después y pensé que los abanicos se habían perdido para siempre…

El Ilyor frío y duro que les abrió la puerta había desaparecido. En su lugar había un hombre cansado y torturado por las desgracias y el paso del tiempo. Con los hombros hundidos resultaba menos imponente que hacía unos minutos.

Ilyor miraba ahora a Caedra con otros ojos. Analizó a la zeafírea de arriba abajo, curioso. Reparó en la cicatriz que recorría la mitad izquierda de su rostro.

—¿Qué relación tenías con Hadriel, Caedra?

Ella se sorprendió de que hubiera recordado su nombre. Dudó un momento antes de contestar:

—No conocí a mis padres y mi hermano desapareció cuando yo era pequeña. Hadriel cuidó de mí. Desde que nos reencontramos hace unos años, no me separé de él. Hadriel era… —Caedra apretó los puños, esforzándose por que su voz no temblara—. Hadriel era como un padre para mí.

Ilyor esbozó una pequeña sonrisa.

—Veo que él también te tenía mucho aprecio. No habría dado estos abanicos a cualquiera.

Caedra se relajó al ver su cálido gesto. Extrajo el cuaderno de Hadriel y se lo tendió a Ilyor.

—No sé si querrás leer esto. Lo ha ido escribiendo Hadriel a lo largo de los años. Así podrías entender un poco mejor a qué se ha dedicado en este tiempo.

***

Acabaron sentados en torno a la mesa de ébano negro, con Ilyor hojeando el cuaderno con interés y detenimiento. Valikia jugueteaba con varios mechones de pelo, impaciente, mientras que Caedra aguardaba con la espalda perfectamente recta en el respaldo de la silla, observando las emociones que se iban reflejando en el rostro de Ilyor.

—Jamás habría imaginado algo así de Hadriel —comentó Ilyor mientras pasaba una página—. Me fascina lo mucho que dista del adolescente temerario que yo recuerdo… Es como si estuviera leyendo las palabras de otra persona, pero reconozco perfectamente la letra de Hadriel.

—No sé cómo sería Hadriel de joven —dijo Caedra, con las manos reposando en la superficie de la mesa—. El hombre al que yo conocí era sabio y observador, hábil y experto. Siempre tenía una solución para cualquier problema. Sabía escuchar y transmitía una calidez que no he encontrado en ninguna otra persona. No se daba por vencido ante ninguna adversidad… —Sonrió con tristeza—. Y tenía más paciencia que nadie y lo habría dado todo por nosotros. Él… Hadriel… murió por salvarme a mí.

Valikia puso su mano sobre las de Caedra.

—No fue tu culpa, Cai —le susurró. Caedra la miró brevemente, agradecida.

Ilyor la escuchaba con atención. Dibujó una mueca en su rostro.

—Definitivamente es como si me estuvieras hablando de otra persona… —Suspiró con pesadez y cerró el cuaderno. Apoyó el codo en la mesa y reposó la frente en la palma de la mano—. No habría imaginado que Hadriel cambiaría tanto. Ahora me arrepiento de no haber retomado el contacto con él; pero la última información que tenía sobre su vida era que estaba sirviendo al

emperador. De haberlo sabido…

—Hadriel te echaba de menos —dijo Caedra, afligida por todos los recuerdos que asaltaban su mente—. Pero nunca se atrevió a hablar contigo. Supongo que por temor a tu rechazo; él era consciente de lo mucho que te decepcionó en el pasado.

Ilyor bajó la vista.

—Siento mucho no haber podido hablar, al menos, una última vez con él. Sabiendo todo esto, lo habría perdonado sin dudarlo. Todos cometemos errores.

—Ya. Ojalá hubiéramos venido antes de… —Caedra calló y respiró hondo. Se apartó los molestos mechones de su flequillo que caían entre sus ojos—. En cualquier caso… Como dije antes, el príncipe Althalos, que en realidad es hijo de Hadriel y, por tanto, tu nieto, está vivo.

Ilyor frunció el ceño. Hubo varios segundos de tenso silencio.

—No sé si tiene sentido que lo conozca…

—Él está deseando conocerte. Hadriel quería que os conocierais —aseguró Caedra—. Es lo menos que puedes hacer, Ilyor, y creo que a ti también te gustará conocerlo. Ahora se llama Jay, está sufriendo mucho por la pérdida de su padre y está en peligro constante porque el emperador no descansará hasta acabar con él.

—El emperador siempre ha destrozado las vidas de otros —masculló Ilyor. Desvió la vista hacia la ventana que daba al exterior—. Y el pueblo de Gaelar es ciego, ajeno a ello. Veneran a quien los pisotea una y otra vez. ¿Por qué?

—Han sido hábiles ocultando la verdadera historia de la creación del imperio y sofocando de inmediato cualquier revuelta que pudiera haber, para posteriormente borrarla de las mentes de todos —contestó Caedra con amargura—. La gente cree que las sombras volverán a las tierras de Gaelar si no está el emperador para desterrarlas con su «luz». No saben que las sombras solo volverán si el emperador sigue teniendo el poder.

Ilyor entornó los ojos y la miró fijamente.

—Algo me dice que sabes más que otros al respecto.

Caedra esbozó una sonrisa triste. Valikia resopló.

—Nos hemos dedicado a investigar sobre el origen de las sombras estos últimos años y ya tenemos la mayoría de las respuestas —explicó Valikia.

—Si hubiera sabido esto antes… —Ilyor sacudió la cabeza—. Jamás habría sospechado que Hadriel sería quien buscara argumentos para enfrentarse al emperador.

—Ilyor… —Caedra se inclinó hacia él y lo miró con seriedad—. Hemos venido a verte no solo para hablar de Hadriel, o de Jay. Necesitamos gente que nos ayude a luchar contra el emperador para poner fin a todo esto.

Ilyor torció el gesto.

—Hace unos años quizás podría haber sido de ayuda, pero ahora… Teníamos un grupo muy cerrado, pero eficaz; varias personas que por distintas circunstancias habíamos sido ultrajados por el emperador y que decidimos tomar cartas en el asunto. Sin embargo, a lo largo de los años,

el oráculo supremo ha ido eliminándonos uno a uno… Y ahora solo quedo yo.

—Ya veo —murmuró Caedra, apenada.

—Estuvimos realmente cerca de averiguar el punto débil del oráculo supremo. No. —Ilyor gruñó—. De hecho, lo averiguamos. Uno de nuestros miembros, Rajah, infiltrado en los Shak'ti, al fin dio con la respuesta. Desgraciadamente, el oráculo supremo lo descubrió y lo ejecutó antes de que nos pasara la información…

Valikia y Caedra se miraron la una a la otra con los ojos abiertos como platos.

—Pero Rajah tiene que ser… —empezó Valikia.

—… El hermano de Tarvo —completó Caedra, con el corazón latiendo a mil por ahora.

Ilyor arqueó una ceja.
—Sí, Tarvo era el hermano pequeño de Rajah. Me pregunto qué sería de aquel chiquillo…

—Está con nosotros —respondió Caedra de inmediato, irguiéndose en su asiento. ¿Estarían a punto de averiguar, al fin, qué le pasó exactamente al hermano de Tarvo? Sabía que eso seguía atormentando a su amigo—. Desertó y se unió a nosotros para luchar junto a Jay.

Ilyor soltó una pequeña carcajada, fascinado.

—Vaya, veo que le viene de familia.

—¿Qué punto débil del oráculo supremo buscabais, exactamente? —inquirió Caedra.

—El mayor problema que teníamos a la hora de urdir cualquier plan de ataque eran las visiones del oráculo supremo —explicó Ilyor—. Daba igual lo cuidadosos que fuéramos a la hora de planificarlo; si conseguía tener una visión, todo nuestro esfuerzo sería en vano.

—Es cierto —asintió Caedra—. Ese es también uno de nuestros mayores problemas.

—Rajah encontró la forma de bloquear sus visiones —prosiguió Ilyor—. Por desgracia, la información se perdió con él.

—Pero existe —dijo Caedra, emocionada—. Hay, pues, una forma de evitar que el oráculo supremo reciba las visiones. Solo tenemos que averiguarlo nosotros de nuevo.

—No será sencillo… —masculló Ilyor y chasqueó la lengua—. Si al menos Rajah hubiera conseguido dejarnos una pista de dónde o cómo encontró esa información…

—Lo investigaremos —declaró Caedra firmemente—. No descansaremos hasta eliminar al emperador, y eso incluye al oráculo supremo. ¿Estás dispuesto a ayudarnos?
Ilyor suspiró con pesadez y entrelazó los dedos de las manos. Cerró los ojos y Caedra esperó, con paciencia, pero con los nervios hormigueando en su piel. Hadriel había mencionado que su padre era uno de los mejores afines al viento del imperio, por lo que, aunque al final no sirviera para reclutar más rebeldes para su causa, su poder ya sería una gran ayuda.

Pero, sobre todo, por muy mala impresión que le hubiera causado aquel atormentado hombre al principio, Caedra no quería dejar atrás al padre de Hadriel todavía. Quería que se conociera con Jay, como también era el deseo de Jay y Hadriel.

—No sé si os serviré de mucho —dijo Ilyor, abriendo de nuevo los ojos para mirar a las

zeafíreas. Valikia estiraba y plegaba las alas periódicamente, inquieta por estar tanto tiempo sentada sin moverse. Ilyor resopló—. No sé, incluso, si todo esto no será una ilusión provocada por el oráculo supremo para conseguir una excusa con la que ejecutarme al fin. Sin embargo, he de admitir que estoy cansado de la soledad y sigo queriendo vengarme por todo lo que me ha arrebatado el emperador.

El corazón de Caedra se aceleró.

—¿Vendrás con nosotras, entonces?

Ilyor asintió con la cabeza.

—Será agradable retomar la lucha que abandoné hace unos años porque la di por perdida. Probablemente seamos aplastados como simples insectos por el emperador, pero merece la pena intentarlo —declaró y se encogió de hombros—. Además, ya no me queda nada ni nadie en Luminaria. Puedo marcharme.

Caedra plasmó una sonrisa entusiasmada en sus labios.

—Me alegra oír eso, Ilyor. Aunque yo creo que sí que tenemos una posibilidad de derrotar al emperador.

La sonrisa de Ilyor fue, en cambio, triste.
—Tendré que confiar en tu optimismo, Caedra.

***

Jay arrancaba tallos de hierba y los partía para pasar el tiempo, aburrido. Alastair estaba de pie junto a él, escrutando los alrededores. Jay supuso que simplemente estaba vigilando por si aparecía alguien, aunque lo notaba bastante tenso.

—¿Ocurre algo? —acabó por preguntarle, alzando la vista.

Él entornó los ojos.

«Nada que te incumba a ti, mortal».

El silencio de la noche era relajante y, a la vez, tenía algo tétrico. Sonaba algún que otro grillo en la distancia, pero, por lo demás, nada se movía. Jay no sabía si estar tranquilo o preocupado por esto.

Escuchó el batir de unas alas y frunció el ceño. El ruido era muy alto; no podía tratarse ni de Caedra ni de Valikia.

Miró por encima del hombro y abrió los ojos como platos. Una criatura enorme descendía sobre ellos, casi camuflada en medio del cielo nocturno.

Alastair también lo percibió y se giró, rugiendo. La criatura chocó contra él y ambos rodaron por el suelo. Jay tuvo que saltar a un lado para evitar ser aplastado.

—¡Pero ¿qué…?! —exclamó Jay, con el corazón latiendo a mil por hora y los pelos de punta. Tosió por la nube de polvo que la colisión había provocado.

Alastair se levantó y se separó, mostrando los colmillos. Jay se quedó boquiabierto al ver que la

otra criatura no era ni más ni menos que otro dragón, quizás algo más pequeño y esbelto que Alastair, de escamas tan oscuras como la noche y alas membranosas en vez de cubiertas de plumas.

«¡Alastair! —rugió el dragón con timbre agudo, femenino. Jay se encogió ante la potencia del grito resonando en su mente. Supuso que la voz telepática alcanzaría a toda criatura que estuviera en su rango—. ¡¿Cómo osas profanar esta tierra de nuevo con tu presencia?!».

«Djaka —gruñó Alastair, erizando todas sus plumas. Jay palideció. ¿Se trataba de Djaka, la antigua diosa del tiempo?—. No sé por qué no me sorprende que mi regreso sea para ti una desgracia».

«Si te sellamos fue para evitar que Gea se sumiera de nuevo en las sombras», replicó Djaka, irguiendo la barbilla.

—Alastair no tenía intención alguna de hacer eso —lo defendió Jay, hablando antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Tensó los músculos al notar las miradas de ambos dragones sobre él, pero continuó—: Fuisteis vosotros los que os equivocasteis al encerrarlo injustamente solo por el poder que tiene.

La expresión de Alastair era indescifrable, pero era diferente a su habitual máscara de frialdad e indiferencia. Lo último que habría esperado era que aquel humano que consideraba inferior lo defendiera.

«Mantente alejado de los asuntos que no te incumben, mortal —siseó Djaka. Algunas de sus escamas destellaron brevemente, al igual que las gemas que tenía incrustadas en la cornamenta de su cabeza—. Elegimos el menor de dos males. Tendrías que darnos las gracias».

Los ojos de hielo de Alastair brillaron con odio.

«Veo que sigues siendo tan arrogante y despótica como hace mil años, Djaka».

«Y tú, Alastair —espetó Djaka, clavando sus ojos de fuego en él—. Tú, que vuelves ahora a Gea. Llevo varios días detectando una alteración en los pliegues del mundo y recibiendo frecuentes visiones de un futuro lleno de oscuridad. Ahora que te he encontrado, todo tiene sentido. Tú eres la causa de ambas cosas».

«¿Qué insinúas?», dijo Alastair, estirando su cuello para quedar por encima de ella.

«Que una vez más he de ser yo la que se encargue de asegurarse de que no vas a ser un lastre para Gea, Alastair —declaró Djaka con furia y extendió las alas—. Puede que no sea capaz de volver a sellarte sin la ayuda de Luvann, pero, créeme, tengo otros métodos para eliminarte».

La dragona rugió y las gemas en su cornamenta brillaron con luz azul, cegando brevemente tanto a Alastair como a Jay. El chico se cubrió los ojos con el brazo y, cuando logró ver de nuevo, solo alcanzó a observar cómo Djaka embestía a Alastair y este caía por un extraño portal que se había materializado a sus espaldas.

Alastair desapareció, con un aullido que se interrumpió. Jay jadeó, incrédulo. ¿Qué acababa de pasar?

El portal era diferente a los que había visto para viajar de un mundo a otro. No era negro y circular, sino una especie de masa azul y deforme que no hacía más que estirarse erráticamente

en todas direcciones.

Djaka se irguió y sus gemas empezaron a iluminarse de nuevo. Jay tomó una rápida decisión. No iba a abandonar a Alastair.

Se lanzó hacia el portal. Lo atravesó justo antes de ser cegado por la luz y que este se cerrara.

Capítulo 21: En un futuro oscuro

Al principio, todo lo que vio fue oscuridad. Parpadeó varias veces para asegurarse de que realmente tenía los ojos abiertos. Poco a poco se fue acostumbrando a la falta de luz, y movió la mano delante de su rostro. Apenas se distinguía la silueta de sus dedos. Era como si una marea de sombras envolviera todo…

Jay ahogó una exclamación y se puso en pie de golpe, alarmado. Las brumas negras cubrían con un tétrico manto cada rincón del lugar. ¿Acaso había llegado la marea oscura de Zarested al continente de Aruristed? ¿O había liberado el emperador las sombras de nuevo en Gaelar?

Tenía que huir. Correr y correr hasta alejarse de ahí. Las sombras pronto empezarían a susurrar y a trepar por su piel, engañándolo mientras lo devoraban vivo…

—Tranquilízate.

La fría voz a sus espaldas le hizo girarse con rapidez. Jay no era capaz de controlar su acelerada respiración. Los nervios lo bloqueaban casi por completo sabiendo que sus pies se encontraban sumergidos en las sombras, un veneno mortal para cualquier humano.

Se topó con un hombre de piel oscura, largo pelo blanco y ojos de hielo.

—¿Alastair?
Él asintió con la cabeza.

—Las sombras no te harán daño. Me he encargado de eso.

Jay frunció el ceño, pero decidió confiar en su palabra. Al fin y al cabo, era cierto que había despertado en medio de un mar de bruma negra y seguía vivo e intacto.

Respiró hondo y, ya con más calma, miró a su alrededor. Se dio cuenta de que, a pesar de la oscuridad, era de día. El sol se esforzaba, en vano, por brindar su luz a través de la espesa capa de nubes que cubría el cielo entero. Se encontraban en una especie de ruinas, con varias casas y edificios de piedra gris derruidos o a punto de venirse abajo, llenos de grietas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Jay, inquieto. La atmósfera era asfixiante y había algo que le ponía los pelos de punta, aunque no sabía qué.

—En el futuro.

La respuesta de Alastair dejó a Jay con la mandíbula desencajada. El chico tardó un par de segundos en reaccionar.

—¿Cómo?

Alastair se cruzó de brazos.

—Estamos en el futuro —repitió— o, más bien, en uno de los posibles futuros.

—¿Qué quieres decir?

—El futuro está en constante cambio. Los oráculos reciben visiones que pueden no cumplirse precisamente por eso. Por tanto, nos encontramos solo en uno de los tantos futuros que podrían

suceder… o no.

—No lo entiendo —murmuró Jay. Dibujó una mueca en su rostro—. ¿Cómo hemos acabado aquí?

—Djaka controla el tiempo. Uno de sus poderes es viajar en el tiempo, ya sea al pasado, el cual ya es fijo…, o al futuro más posible en ese momento —explicó Alastair—. Nos ha traído a este futuro a través de ese portal.

—Pero… —Jay miró a un lado y a otro, asustado. Sus hombros estaban rígidos—. Es esto… ¿el futuro? Está todo lleno de sombras…

—Ahora mismo, si no sucede algo que altere este posible futuro, sí. Este es el futuro que nos espera —declaró Alastair sin vacilar.

Jay tuvo un escalofrío.

—Entonces… ¿Vamos a fracasar? ¿Van a ganar Saekish y el emperador?

—Ahora mismo —repitió Alastair—, sí. Sin embargo, en algún momento cualquiera, ya sea a causa de una visión o por mera casualidad, puede hacer algo que provoque un cambio en el futuro.

Jay pasó una mano por su pelo y agachó la cabeza. La información era confusa. Y era espeluznante que no se escuchara nada a su alrededor. Había silencio absoluto. Todo estaba muerto…

—Así que Djaka nos ha mandado aquí a través de ese portal. ¿Por qué?

—Para deshacerse de mí —dijo Alastair con frialdad—. Lo que no entiendo es por qué has decidido seguirme, Jay.

Él frunció el ceño. Su corazón dio un brinco. ¿Acababa de llamarlo por su nombre?

—No iba a abandonarte, Alastair.

—¿A pesar de nuestra antipatía mutua?

Jay suspiró tristemente.
—Eres muy importante para Caedra. Con eso me basta.

Jay se fijó en que Alastair arqueaba las cejas de forma casi imperceptible. Lo había sorprendido.

—Eres un necio impulsivo, mortal —dijo Alastair, y Jay gruñó—. Sin embargo, ahora veo que realmente te preocupas por los demás.

—Claro que lo hago —contestó Jay sin dudarlo—. Mis amigos son muy importantes para mí.

Alastair negó con la cabeza.

—La amistad es un lastre. Un punto débil. Podrías estar a salvo en el presente. En cambio, estás aquí, condenado a desaparecer conmigo.

—No es un punto débil —replicó Jay con firmeza y lo miró a los ojos—, todo lo contrario. La amistad es un sentimiento que nos da la fuerza necesaria para seguir adelante, hace que nuestros

actos tengan un significado y nos protege de la soledad y el olvido. *Sine amicitia vitam esse nullam* —La voz se le quebró—, oí decir alguna vez a mi padre.

Alastair esbozó media sonrisa. Era la primera vez que Jay lo veía así.

—Supongo que, en ciertos aspectos, te pareces a Caedra.

Jay parpadeó varias veces, incrédulo.

—¿Seguro que eres Alastair y no una alucinación?

Alastair recuperó su gélida seriedad.

—Me temo que esto es muy real —espetó con la frialdad de un invierno que ya no llegaría en ese mundo, congelado en la destrucción—. No eres consciente del peligro en el que te encuentras.

—¿Por qué? —inquirió Jay, ahora cayendo preso de la angustia—. ¿Acaso no hay ninguna forma de regresar al pasado, a nuestro presente?

Alastair miró a su derecha y frunció el ceño.

—La hay, pero es prácticamente imposible.

—¿Cómo?

—Encontrando a la Djaka de este futuro y convenciéndola para que nos envíe de vuelta atrás —explicó en tono amargo—. Como comprenderás, eso no va a suceder.

—Claro que va a suceder —declaró Jay, recuperando el ánimo. En sus ojos ardía la decisión. Apretó los puños—. La encontraremos y la convenceremos, Alastair, estoy seguro. Conseguiré que vea lo equivocada que está respecto a ti.

—Djaka es obstinada y rencorosa.

—Aun así, tenemos que intentarlo —insistió Jay. No podían quedarse de brazos cruzados.

Alastair giró la cabeza hacia él. Jay notó escarcha en las venas al ver el destello de un depredador en sus ojos de hielo.

—Estúpido mortal, no se trata solo de encontrar a Djaka. El futuro está en un cambio constante —le recordó—. Cada mínima acción del presente puede alterarlo.

—Eso es bueno, ¿no? —dijo Jay, encogiéndose de hombros—. Quiere decir que lo que estamos viendo ahora no tiene por qué suceder. Haremos que cambie.

Alastair gruñó, exasperado.

—Piensa, mortal, piensa. Si el futuro cambia mientras nosotros seguimos aquí…

Hubo unos segundos de silencio y Jay abrió los ojos como platos.

—No… no puede ser. Si este futuro desaparece…, ¿nosotros desapareceremos también? —balbuceó mientras su corazón se aceleraba más y más. Miró a un lado y a otro, como si el espacio a su alrededor fuera a desintegrarse en ese mismo instante.

—Así es.

Jay hundió los hombros. Ahora entendía la preocupación de Alastair. El plan de Djaka para deshacerse de él era perfecto: encerrado ahí, él jamás convencería a la Djaka del futuro de que lo enviara de vuelta. Si Djaka lograba que el futuro cambiara, Alastair desaparecería junto con aquel futuro de sombras y ya no tendría que preocuparse por él nunca más.

Podían disponer de tan solo unos segundos si el futuro cambiaba en ese instante, o de toda la eternidad si ese futuro terminaba sucediendo y quedando escrito en piedra. No podían saberlo, y ambas posibilidades eran igual de aterradoras. Jay no quería desaparecer, pero tampoco quería que su misión fracasara y que Gea acabara de esa forma.

—Tenemos que volver —dijo con decisión y se irguió. Era muy pronto para rendirse. Y nada le iba a impedir volver con Caedra. No iba a abandonarla—. Convenceremos a Djaka, regresaremos a nuestro presente y nos aseguraremos de que este futuro nunca ocurre.

Alastair no contestó. Él estaba seguro de que no habría manera de hacer que Djaka cambiara de opinión. Sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que Djaka se saliera con la suya y triunfara sobre él.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha —habló al fin Alastair y alzó la vista al cielo—. El curso del río se puede desviar en cualquier momento.

Jay asintió con la cabeza, pero todavía tenía una pregunta más:

—Alastair, ¿por qué no me afectan las sombras?

Sabía que Alastair era una de las pocas criaturas que podía vivir en aquella bruma negra sin verse afectado. Él, en cambio, no era más que un simple humano mortal.

Alastair le dio la espalda. Jay esperó, pero cuando pasaron los segundos, se dio cuenta de que estaba mirando el horizonte para decidir la ruta a seguir y no tenía intención alguna de contestarle.

—Alastair…

El hombre suspiró pesadamente.

—Yo me he encargado de eso. Solo había una forma de salvarte y era otorgándote mis poderes.

Esto desconcertó a Jay, que miró las palmas de sus manos, confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Del mismo modo que Djaka y Luvann pueden compartir su poder con otros, yo también tengo esa habilidad —explicó Alastair, muy serio—. Sin embargo, estaré más débil ahora durante un tiempo como consecuencia de esto.

Jay abrió los ojos como platos, incrédulo. Se le aceleró el corazón.

—Tú… Has hecho eso… ¿para salvarme? ¿A mí?

Alastair no contestó. La respuesta era obvia, y le disgustaba en gran medida haber tenido que compartir su poder con otra persona. Pero no había ninguna alternativa. Era eso, o las sombras habrían consumido a Jay de inmediato.

—¿Por qué? —quiso saber Jay, maravillado. Aunque Alastair podría haberlo dejado morir,

había decidido actuar para salvarlo.

Alastair lo miró por encima del hombro. Clavó en él sus ojos de hielo, que ahora brillaban con más suavidad.

—Porque eres importante para Caedra.

Ante esto, Jay esbozó una pequeña sonrisa.
—Veo que nos entendemos, Alastair.

—Ni de lejos, humano —gruñó él.

***

El viento no soplaba. Las plantas se habían marchitado por completo y lo único que quedaba de los árboles era algún que otro tronco seco tirado por el suelo de brumas negras. La ciudad y el par de aldeas que habían atravesado estaban abandonadas, sumergidas en una extraña atmósfera de lamento y agonía, como si los espíritus de sus habitantes se hubieran quedado atrapados en ellas.

No había rastro de ninguna forma de vida. Los pájaros no graznaban, las liebres no saltaban entre los arbustos, los grillos no cantaban al caer la noche. El silencio era espeluznante.

Era imposible encontrar plantas o frutos comestibles, y tampoco había nada para cazar. Alastair podía estar perfectamente varios días sin comer, pero este no era el caso de Jay.

Afortunadamente, Jay había encontrado algún que otro alimento escondido en las casas abandonadas de la ciudad en ruinas y había guardado todo lo que había podido en su bolso. Tendría que racionarlo. La mayor parte era pan duro y seco, pero daba igual.

Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde que iniciaron el camino. Sin embargo, Jay estaba seguro de que habían sido casi veinte horas, y ya no aguantaba más. Necesitaba descansar.

—Alastair, ¿no podemos parar? —dijo Jay, con la voz rasposa. Tenía sed, pero no sabía dónde podía conseguir agua.

—Este futuro puede desaparecer en cualquier momento —replicó él con frialdad.

Jay gruñó.

—Eso ya lo sé, pero no voy a aguantar sin dormir, ¿sabes?
Alastair se detuvo. Sin decir una palabra, se sentó entre las brumas. Jay, agradecido, lo imitó, si bien algo inquieto al estar rodeado de sombras.

—Los mortales sois demasiado frágiles —masculló Alastair. Se recostó contra una roca y cruzó los brazos.

Jay puso los ojos en blanco. Había esperado un comentario de ese tipo.

—Eso no es mi culpa —replicó. Rebuscó en su bolso hasta que encontró un trozo de pan. Suspiró con tristeza—. Tengo sed…

Alastair lo ignoró. Jay maldijo para sus adentros y se puso a comer, pero el pan duro raspaba su garganta seca.

—Entonces… ¿No hay nadie más en este mundo? —murmuró Jay al cabo de un rato, harto del silencio.

Alastair negó con la cabeza.

—Los mortales no pueden vivir entre las sombras. Djaka, Luvann, Volkorr, Anatala, Mhunn y Kealis pueden sobrevivir con bastantes dificultades. Solo Saekish y yo vivimos sin problemas en un mundo así.

—Ya veo.

A Jay se le puso la piel de gallina. Realmente se encontraban en una Gea yerma y vacía, muerta.

Trataba de ocultarlo, pues se negaba a mostrarse derrotado delante de Alastair, pero, por muy decidido que estuviera a conseguir regresar, estaba asustado. ¿Y si no eran capaces de volver? ¿Y si tenía que vivir ahí el resto de su vida? No volvería a ver a Caedra, a Tarvo, a Ayla, a Valikia, ni a nadie.

También le daba miedo que el espacio a su alrededor empezara a desintegrarse de repente y que él desapareciera si el futuro cambiaba. Eso podía suceder en cualquier momento.

—¿A dónde vamos exactamente? —quiso saber Jay, curioso.

—Al que espero que siga siendo el refugio de Djaka: el atolón Esmeralda.

No le sonaba de nada. Jamás había escuchado hablar de ese lugar.

—¿Dónde está?

—La ciudad en la que aparecimos era Luminaria —dijo Alastair y Jay arqueó las cejas. ¿Esas ruinas habían sido Luminaria?—. El atolón Esmeralda se encuentra en la costa, en el extremo al este de Aruristed. Tres semanas a pie.

—¿Qué? —soltó Jay y se irguió alarmado—. ¿Tres semanas?

Era demasiado tiempo. ¿Y si el futuro cambiaba en lo que tardaban en llegar?

Jay frunció el ceño. Se le ocurría una opción, pero sabía que Alastair lo iba a querer asesinar… Sin embargo, tenía que intentarlo.

—Y… ¿No podrías transformarte en dragón y…? —Jay dibujó una mueca en su rostro. Alastair ya lo estaba taladrando con la mirada—. Sé que lo odias y lo respeto, pero lo digo solo porque vamos a contrarreloj y…

—Es imposible —lo cortó Alastair, irritado—. No puedo transformarme en dragón ahora mismo.

—¿Por?

—He perdido una parte de mi poder —le recordó en tono frío—. Necesitaré unos días para recuperarme.

Jay hundió los hombros.

—Lo siento.

Tras eso, cayó el silencio. Jay terminó el trozo de pan e iba a tumbarse. Se quedó quieto, sin embargo, al reparar de nuevo en las sombras.

Respiró hondo y se mentalizó. Se echó hacia atrás con lentitud y se tumbó. Tuvo un escalofrío al notar el cosquilleo de las sombras acariciando su piel, como zarzas que no llegaban a hacerle ninguna herida. Cerró los ojos.

Era incapaz de conciliar el sueño. Tenía mucha sed, estaba inquieto y se sentía acechado. Rodó de un lado a otro, sin poder dejar la mente en blanco.

—Levanta.

Jay maldijo para sí al escuchar la dura orden de Alastair. Era cierto que le resultaba difícil calcular el paso del tiempo en esas circunstancias, pero estaba seguro de que no habían transcurrido más de dos horas. ¿Realmente esperaba que fuera capaz de continuar la marcha sin haber descansado?

—No estamos solos —añadió Alastair por lo bajo y Jay se incorporó de inmediato, alerta.

Alastair ya estaba de pie, con los ojos entornados. Jay miró a su alrededor, pero no distinguió nada fuera de lo normal entre las sombras.

Pasaron los segundos. Jay casi no se atrevía a respirar. Su corazón latía con fuerza, retumbando en sus oídos. ¿Qué era lo que los estaba acechando? Se suponía que no podía haber nadie más vivo en ese futuro oscuro.

Palideció al ver cómo de las sombras empezaban a emerger figuras extrañas. Eran grandes, de su altura, y poco a poco fueron tomando la forma de criaturas cuadrúpedas, de hocicos largos y llenos de afilados colmillos, con púas en sus lomos.

Jay los reconoció enseguida: eran volpires. Sin embargo, parecían estar hechos por completo de las mismas tinieblas que inundaban Gea entera, y sus ojos eran dos puntos de luz roja.

—¿Qué… es… eso? —balbuceó Jay, retrocediendo hasta quedar junto a Alastair. Cada vez había más y más.

—Espectros de las sombras —dijo Alastair, muy serio—. Adoptan la forma que deseen y se alimentan solo de una cosa: la esencia vital de otros.

—Joder. Lo que faltaba —masculló Jay y envolvió sus puños en fuego azul. Las llamas temblaron por un instante a causa de sus nervios.

—No podrás matarlos —comunicó Alastair y Jay lo miró con la frente arrugada—. Pero, si los atacas lo suficiente, los dispersarás y tardarán en recomponerse.

—Entendido —asintió Jay. Tragó saliva y encaró la nueva amenaza.

Al mismo tiempo que los volpires se abalanzaron sobre ellos, Jay echó los brazos hacia delante y liberó un torrente de fuego. Los primeros fueron calcinados y se desintegraron, con pequeños hilos de sombras perdiéndose en el aire. Alastair congeló a los que estaban a su derecha y cerró el puño, provocando que el hielo se rompiera en pedazos y, con él, los espectros atrapados dentro.

Si hubieran sido solo unos pocos, no habrían tenido problema. Sin embargo, parecían ser una

cantidad infinita. Los espectros se llamaban unos a otros, anunciando con alegría que al fin, después de tanto tiempo, habían encontrado un par de criaturas vivas de las que podrían alimentarse.

Pasaban los minutos. Jay se estaba cansando con rapidez y veía por el rabillo del ojo que Alastair, incapaz de transformarse en dragón, tampoco iba a aguantar mucho más.

Jay trastabilló hacia atrás al evadir las púas de sombras con las que pretendía acribillarlo un volpir a su izquierda. Esto hizo que no pudiera esquivar al que se abalanzó sobre él desde su derecha, y Jay soltó una exclamación al caer al suelo de bruma negra con el espectro encima.

El volpir hundió en su pecho afiladas garras de sombras. Jay gritó y se retorció, agónico. Trató de quitárselo de encima, pero el espectro había empezado a drenarle la energía y el fuego no acudió a su llamada. Su corazón se aceleró hasta límites insospechados, con los ojos muy abiertos fijos en la criatura que iba a acabar con él…

Alastair fue todo lo rápido que pudo. Golpeó al volpir con un rayo de hielo y deslizó la mano hacia la izquierda. El espectro salió volando por los aires en esa dirección.

Jay jadeó, aterrado. Era incapaz de levantarse. Alastair se agachó a su lado y, con un rápido movimiento que le causó todavía más dolor a Jay, echó al chico en su hombro, manteniéndolo agarrado con un brazo en su cintura.

—Aguanta.

Alastair se desplazaba con rapidez entre las brumas negras a pesar de estar cargando con Jay, pero los espectros también eran veloces. La marea de volpires de sombras yendo tras ellos era una imagen tétrica, con una cacofonía de espeluznantes risas resonando allá por donde iban.

Jay no supo cuánto tiempo pasó. Sentía un dolor tremendo en el pecho, que no paraba de arder, y su visión se llenaba de puntos negros. Los espectros estaban cada vez más cerca y eso significaba que todo se iba a terminar…

Un rayo de luz descendió del cielo y envolvió el espacio alrededor de Alastair y Jay. Alastair se detuvo, con el ceño fruncido, y una majestuosa ave fénix de plumas oscuras y verdes brillantes se materializó sobre ellos. El fénix graznó y extendió las alas. La luz se expandió en círculo, quemando y desintegrando a todos los espectros que alcanzó. Los demás aullaron y desaparecieron de inmediato.

Jay parpadeó repetidamente para enfocar la vista. El fénix aterrizó frente a ellos. La luz desapareció, pero los espectros tardarían en volver, amedrentados por el momento.

—¿Luvann? —murmuró Jay, confuso.

El fénix clavó sus grandes ojos esmeralda en él.

«Jay. Te recuerdo —dijo con su melodiosa voz y ladeó la cabeza—. Viniste hace cinco años a buscarme».

—¿Cinco años? —repitió Jay por lo bajo. Ahora ya tenían una idea de lo lejano que estaba el futuro en el que se encontraban. Era muy próximo.

Alastair lo dejó con cuidado en el suelo. Jay apretó los dientes por el dolor que le causó el movimiento. Tenía toda la camisa manchada de sangre a causa de los cortes en el pecho. Era

como si miles de agujas se estuvieran clavando sin cesar.

—Luvann, ¿puedes curarlo? —le preguntó Alastair al fénix. Sus ojos de hielo reflejaban el profundo odio que sentía por él, pero logró que su tono se mantuviera todo lo neutro posible.

El fénix frunció el ceño.

«Las sombras reducen mi poder más cada día —contestó e inclinó la cabeza para mirar a Jay más de cerca—. Veré qué puedo hacer».

Colocó el ala derecha sobre el pecho de Jay y las plumas en los extremos se iluminaron. Los cortes empezaron a cerrarse, pero, antes de desaparecer del todo, el brillo se apagó.

Luvann se retiró, resollando por el esfuerzo.

«No puedo hacer más».

De tener la capacidad de traer a alguien de vuelta del mundo de los muertos a no poder curar una mera herida.

—Es suficiente —dijo Alastair y se agachó junto a Jay. Cogió el bolso del chico y rebuscó hasta que extrajo las vendas.

«Me alegra ver que has recuperado tu cuerpo, Alastair —comentó Luvann mientras el hombre pasaba un brazo por detrás de la espalda de Jay y lo recostaba en él para trabajar con más facilidad—. Jay me informó de todo cuando fue a buscarme».

Alastair lo ignoró. Desabrochó la camisa de Jay y al chico se le escapó un quejido cuando tuvo que moverse para quitársela. El dolor se había reducido considerablemente tras el tratamiento de Luvann, pero seguía causándole una fuerte molestia. A pesar de esto, se sorprendió al apreciar la presencia de Alastair junto a él. Su aura gélida ayudaba a calmar el ardor en su pecho.

«Me arrepiento mucho de mis acciones hace mil años —prosiguió Luvann, con el pesar reflejado en su rostro. Mantenía la cabeza inclinada—. Actué de forma precipitada, cegado por mi preocupación por Gea. Me equivoqué».

Alastair tensó la mandíbula.

—No esperarás que te perdone —dijo, frío. Jay notó que clavaba ligeramente los dedos en su espalda.

Luvann negó con la cabeza.

«Lo que hice no tiene perdón. Solo quería que supieras lo mucho que lo siento, Alastair».

Alastair pasó la mano por el pecho de Jay y creó una fina capa de escarcha para tapar los cortes. Esperó unos segundos y deshizo el hielo. Empezó a vendar la zona.

—Nos has salvado, Luvann. Es la única razón por la que no te estoy desgarrando el corazón ahora mismo —advirtió Alastair con el filo de un cuchillo en cada una de sus palabras.

Luvann suspiró pesadamente.

«Lo sé. Si te sirve de consuelo, Alastair, no creo que sobreviva durante mucho más tiempo —comentó el fénix—. Para mí será imposible aguantar mucho más entre las sombras».

Alastair no dijo nada, si bien unas líneas casi imperceptibles se marcaron entre sus cejas.

Terminó de vendar la herida de Jay y lo ayudó a ponerse lo que quedaba de su desgarrada camisa de nuevo.

—Gracias, Alastair —murmuró Jay. Habría querido decir algo más, pero había perdido mucha sangre y estaba cansado; le pesaban los párpados. Alastair lo recostó en una roca y se puso en pie. Jay echó de menos tenerlo a su lado, lo cual lo pilló desprevenido. Sería porque echaba de menos la seguridad que le proporcionaba Caedra y no quería sentirse solo…

—¿Por qué nos has salvado? —cuestionó Alastair encarando a Luvann y cruzando los brazos.

«Detecté vuestra presencia y vine lo más rápido que pude. Os reconocí de inmediato y actué en consecuencia. Como ya he dicho antes, Alastair, me arrepiento de lo que hice en el pasado. Ya no tengo nada en contra de ti», explicó Luvann.

—Salvarnos te ha salido caro —señaló Alastair, si bien su tono se mantenía indiferente—. Tu poder ha mermado todavía más.

Luvann frunció el ceño.

«Es lo menos que podía hacer tras lo sucedido hace mil años».

Jay se alegraba de que, aunque Alastair no estuviera dispuesto a perdonar a Luvann, no hubiera intentado asesinarlo de inmediato. Sabía la sed de venganza que tenía Alastair por lo que le hicieron, así que aquello decía mucho de su capacidad de autocontrol.

«Sin embargo —prosiguió Luvann—, hay algo que no entiendo. Jay, tú no deberías estar vivo. Las sombras acabaron hace años con todo rastro de vida humana».

Jay se sintió un poco incómodo bajo el ojo analítico del fénix.

—Le he otorgado mis poderes —explicó Alastair, regresando a su característico tono frío.
Luvann arqueó las cejas.

«Jamás pensé que llegaría el día en el que compartirías tu poder con un humano, Alastair».

Por toda respuesta, Alastair gruñó. Luvann se percató de que lo mejor sería callarse.

Alastair cambió de tema:

—¿Qué ha sucedido para que Gea acabe así?

«¿Cómo puedes no saberlo?», inquirió Luvann, desconcertado.

Alastair tensó los dedos. Se imaginó deslizando sus garras por el cuello de Djaka. Era lo que se merecía.

—No somos de este tiempo, Luvann. Djaka —pronunció su nombre con asco— nos ha traído aquí desde el pasado.

«¿Por qué haría algo así?».

—Sigue convencida de que mi intención es destruir la esfera primaria para que todo vuelva a estar sumergido en las sombras.

«¿Y Jay?».

—Estaba conmigo cuando Djaka me localizó en el pasado y me atacó. Caímos los dos por el portal dimensional.

«Entiendo —dijo Luvann y dibujó una mueca en su rostro—. Supongo, pues, que buscáis a Djaka para regresar a vuestro tiempo».

Alastair no contestó. La respuesta era obvia.

«No se ha movido del atolón Esmeralda desde que la marea de sombras se extendió por Gea. Pero… temo… que será complicado hablar con ella», comentó Luvann, incómodo. Se le erizaron las plumas del cuello.

—¿Por qué?

«Lo ocurrido a Gea le ha afectado más que a nadie —contestó el fénix y negó con la cabeza—. Su cordura… pende de un hilo».

Alastair entornó los ojos. Efectivamente, eso complicaba el asunto.

Capítulo 22: Espectros

Jay se despertó con la sensación de que alguien le estaba dando martillazos en la cabeza. Acababa de tener una pesadilla muy extraña que lo había dejado bastante alterado.

Abrió los ojos… y se sentó de golpe al ver la marea de sombras a su alrededor. Se llevó una mano al pecho, jadeando.

No había sido una pesadilla.

Realmente estaban en el futuro. Unos años más tarde de lo que había sido su presente, Gea terminaba siendo un mundo de tinieblas. Existía la posibilidad de que esto no sucediera si algo cambiaba en el pasado. Sin embargo, Jay esperaba que ese cambio no se diera mientras ellos estuvieran todavía atrapados en el futuro. De lo contrario, desaparecerían.

Los cortes le dolían, aunque menos que el día anterior. No había descansado mucho, pero tendría que aguantarse. Al fin y al cabo, no se podía permitir seguir durmiendo cuando iban a contrarreloj, por mucho que se sintiera como si le hubiera pasado una manada de elefantes por encima.

Se encontraban en la misma explanada de rocas donde habían parado tras huir de los espectros. La luz, debido al manto de nubes oscuras, era escasa. Todo continuaba en un sobrecogedor silencio.

—Jay.

El chico giró la cabeza al escuchar una voz a su derecha. Se topó con un hombre de piel casi negra, largo y liso pelo verde pálido, ojos del mismo color y ataviado con una sencilla túnica blanca. Le tendía una cantimplora.

Jay frunció el ceño.

—¿Luvann?

Él sonrió, revelando sus dientes perlados, y asintió con la cabeza.

—Me será más cómodo acompañaros en el viaje con esta forma.

—¿Vas a venir con nosotros? —dijo Jay arqueando las cejas.

—Desgraciadamente —gruñó Alastair. Jay lo divisó unos pasos más lejos, de pie y cruzado de brazos.

Alastair siempre tenía ese aire sombrío y reservado. ¿Acaso lo había visto sonreír de verdad alguna vez? Desde luego, encajaba a la perfección en aquel paisaje de brumas negras.

—Creo que podré ayudaros a convencer a Djaka de que os devuelva a vuestro tiempo —explicó Luvann—. Y, en cualquier caso, no hay nada más que pueda hacer en este mundo de sombras. Hace mucho que no localizo a los demás…

Luvann agitó la cantimplora para que Jay reparara en ella. El chico parpadeó y sacudió la cabeza. Era su propia cantimplora; la habrían sacado del bolso.

—¿Quieres beber de una vez? —dijo Alastair—. Tenemos que continuar.

—¿Hay agua? —cuestionó Jay, perplejo. Aceptó la cantimplora y comprobó que, efectivamente, tenía líquido dentro.

—El agua está en Gea en las mismas cantidades —contestó Luvann. Su tono era igual de cálido que las llamas de una hoguera. Jay agradeció el contraste de su actitud con la fría de Alastair—. Las sombras simplemente la mantienen oculta. Pero, si conoces la ubicación de los ríos y lagos, es cuestión de apartar de ahí las sombras.

Jay no dijo nada y se dedicó a beber todo el contenido de la cantimplora. Tenía mucha sed y notaba la garganta rasposa. Aunque no era la primera vez desde que había iniciado su travesía en Gea, ya varios años atrás, nunca era agradable estar tanto tiempo sin agua. No podía acostumbrarse.

Terminó y se puso en pie tras guardar el recipiente en su bolso. Tensó los hombros al observar el mundo gris y apagado a su alrededor. Un lienzo sin vida.

—Luvann, al final no nos contaste qué sucedió exactamente para que Gea acabara así —habló Jay una vez hubieron reanudado la marcha.

Alastair iba al frente del pequeño grupo. Luvann y Jay caminaban detrás de él, en silencio hasta ese momento.

Luvann suspiró pesadamente. Pasó una mano por su largo cabello verde.

—No lo sé con exactitud, pues no estaba presente en el lugar donde se desencadenó todo. Lo que está claro es que subestimé al humano que se hacía llamar emperador de estas tierras. Él junto con Saekish desataron este horror en Gea tras destruir la esfera primaria, después de que Saekish recuperara su cuerpo.

Jay frunció el ceño. Era una pena que Luvann no pudiera ser más concreto, pues les habría sido de gran ayuda conocer los acontecimientos para intentar cambiar el futuro si conseguían regresar.

—¿Dónde está Saekish? —quiso saber Alastair, sin apartar la vista del camino al frente.

—Lo desconozco. Lo último que sé de ella es que… —Luvann calló. Un profundo dolor se reflejó en sus ojos pálidos—. Saekish ha estado rastreándonos para cazarnos. Hace unos meses dio con el paradero de Kealis… —Sacudió la cabeza—. No tuvo ninguna oportunidad, debilitada por las sombras. Saekish la asesinó.

Jay tuvo un escalofrío. No había conocido nunca a Kealis, considerada la diosa de la tierra y de los denu, pero igualmente sintió pena por ella. ¿Qué llevaba a Saekish a ser tan despiadada?

Los libros que había leído sobre ellos contaban la historia de aquellas criaturas inmortales de forma fragmentada e incompleta. Había demasiados huecos y a Jay algún día le gustaría saber con exactitud qué había sucedido entre todos ellos.

—Sin embargo —prosiguió Luvann—, por alguna razón que se me escapa, Saekish ha respetado a Djaka a pesar de que todos sabemos que se encuentra en el atolón Esmeralda.

Alastair resopló.

—Saekish es retorcida. Si lo que dices de que Djaka ha perdido la cordura es cierto, Saekish estará disfrutando viendo cómo Djaka enloquece cada vez más en este mundo de sombras que

ella ha causado. Djaka fue siempre la que más se oponía a Saekish y a mí, y ella también quiere venganza —explicó con desdén—. Darle una muerte rápida a Djaka no es suficiente para Saekish.

Luvann asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. Saekish prefiere que Djaka se marchite poco a poco mientras ella observa.

—Pero ¿cómo puede disfrutar Saekish viviendo en un mundo… así? —dijo Jay, extendiendo los brazos a sus lados—. No hay vida… No hay nada que le dé sentido.

—Las sombras son el elemento de Saekish —contestó Luvann arrugando la nariz—. Se siente cómoda entre ellas. Siempre ha sido de naturaleza solitaria; toda la compañía que necesita es la de los espectros.

—¿Puede existir alguien así? —murmuró Jay, confuso.

—No intentes comprenderla.

Continuaron andando en silencio. Jay se fijó en que, mientras que él y Alastair se desplazaban a través de las sombras sin alterarlas, las brumas se apartaban del lugar en el que iba a pisar Luvann, repelidas por su luz. Era la diferencia entre ser inmune a ellas y solo resistirlas. Una vez los poderes de Luvann se agotaran, ya no tendría nada con lo que apartarlas y defenderse.

***

La primera semana de viaje transcurrió de forma monótona. Caminaban durante todo el día y paraban solo al caer la noche. Alastair se mantenía callado, respondiendo de manera cortante si Jay intentaba conversar con él. Era más sencillo hablar con Luvann, pero, tras haberle contado Jay un resumen de su vida, no había mucho más sobre lo que hablar.

Jay estaba cansado y hambriento a casi todas las horas. La comida que encontraba en las ruinas de ciudades y pueblos del pasado no era suficiente. Su estómago protestaba con molestos pinchazos.

Esa noche se habían detenido en una pequeña cueva en una pared de roca. Habían encendido una hoguera utilizando trozos de madera de un tronco que llevaba mucho tiempo muerto y seco. El fuego aportaba luz y calidez y esto le resultaba reconfortante a Jay, que se había sentado pegado a él, con las manos sobre las llamas.

Era uno de sus pocos consuelos. Al menos, el fuego nunca lo abandonaría. Seguía existiendo en ese futuro muerto, aportándole combustible para su ánimo, que en ese momento estaba por los suelos.

Echaba de menos a sus amigos. Se esforzaba por mantenerse optimista, pero seguía asustado. La experiencia con los espectros había contribuido a aumentar el desánimo que lo invadía. Temía no poder regresar y estar condenado a morir entre sombras, solo y alejado de sus seres queridos. Cuando estuvo encerrado en Titaia, solo pensaba en volver a ver los ojos amarillos de Caedra, intimidantes para algunos, pero reconfortantes para él, y así reavivaba su deseo de luchar. Necesitaba tanto estar a su lado…

También era extraño, además, llevar varios días con la compañía de Alastair. Jay había tenido la esperanza de que se abriera a él un poco, pero Alastair se mantenía tan frío y distante como de

costumbre. Todavía no podía transformarse en dragón; seguía recuperando su poder tras haberle otorgado a Jay una parte de él.

Jay no comprendía muy bien en qué consistían los nuevos poderes que le había dado, aparte de hacerlo inmune a las sombras, fundamental para sobrevivir en ese futuro oscuro. Había visto ya en un par de ocasiones a Alastair usar el hielo, pero ni rastro de agua. También había presenciado cómo se desplazaba entre las sombras, pudiendo desaparecer y reaparecer en la otra punta de un lugar en un abrir y cerrar de ojos. ¿Sería él capaz de hacer esto ahora también?

No se atrevía a preguntárselo a Alastair. Sabía que había sido un tremendo esfuerzo, físico y mental, para Alastair darle su poder. No quería molestarlo preguntando en exceso sobre ello, pero tenía curiosidad. Con un poco de suerte, el propio Alastair se acercaría a hablar con él en algún momento. Aun así, lo veía poco probable.

Observó a Alastair de reojo. Se había sentado con la espalda en la pared, con una rodilla levantada para apoyar el brazo. Tenía la vista clavada en un punto en el exterior y Jay se preguntó qué estaría pensando.

Alastair permanecía envuelto en un aura de misterio. A Jay le había costado mucho confiar en él por el comienzo que había tenido con Caedra. Receloso, había estado convencido de que Alastair los estaba engañando a todos.

Ahora que Alastair ya no era una sombra en la mente de Caedra, sino una persona con su propio cuerpo, era más fácil para Jay aceptar que tenía buenas intenciones. O, al menos, que no las tenía malas. Aún no era capaz de dilucidar cuáles eran sus objetivos, pero no se apartaba de Caedra. Era el aprecio que sentía por ella lo que le había salvado la vida a él, a Jay, en aquel mundo de sombras. Y eso debería ser suficiente para confiar en Alastair.

Jay se arrepentía del rechazo que le había mostrado desde el principio, si bien estaba convencido de que había sido justificado. Y Alastair había tenido la misma actitud. De hecho, seguía aprovechando cada oportunidad para dejar clara la baja opinión que tenía de él.

—¿De qué punto del pasado procedéis, exactamente?

Jay sacudió la cabeza, volviendo a la realidad. Se dio cuenta de que Luvann, todavía en forma humana, se había sentado a su lado.

—Si para ti han sido cinco años desde que fui a buscarte, entonces venimos de unos meses, casi un año, creo, después de ese momento.

Luvann frunció el ceño.

—En ese caso, no queda mucho para que se rompa la esfera primaria en vuestro tiempo.

Jay palideció.

—¿Cuánto, exactamente?

—No recuerdo la fecha exacta… Un año después, o dos, como mucho.

¿Tan rápido se torcían las cosas? ¿Qué sucedía para que fracasaran en su misión?

Siempre había sabido que podía morir en cualquier momento. Que el emperador y el oráculo supremo podían superarlo y lograr acabar con él. Sin embargo, no había sido realmente

consciente de lo posible que esto era hasta que Hadriel había muerto.

No eran invencibles. Y, por mucho que Jay había estado convencido de que llegarían todos a enfrentarse al emperador y a derrotarlo, era cada vez más evidente el enorme peligro que suponía.

Sin embargo, le costaba imaginar un futuro en el que hubieran fracasado. Hasta ese momento habían ido cumpliendo poco a poco todos sus objetivos, y el emperador no lo había matado.

¿Qué era lo que provocaba ese futuro tan terrible?

***

Alastair iba unos metros por delante. Luvann caminaba junto a Jay, pero ambos permanecían en silencio, inquietos por el lúgubre y oscuro paisaje que estaban atravesando. Era una llanura repleta de enormes esqueletos de diversas criaturas que Jay no reconocía. Las calaveras y los huesos esparcidos por todas partes provocaban escalofríos.

Jay arrastraba los pies. Estaba exhausto tras casi dos semanas de viaje, sin apenas alimento con el que sustentarse. Al menos, Luvann no tenía problemas para encontrar agua.

Había perdido peso y los cortes en su pecho, aunque ya habían cicatrizado, le seguían causando alguna que otra molestia. Echó un vistazo por encima del hombro inconscientemente, queriendo asegurarse de que no había ningún espectro de las sombras tras ellos.

Jay se preguntó qué habría pensado Caedra cuando regresara a por ellos y no los encontrara ni a él ni a Alastair. ¿Sería capaz de averiguar lo que había sucedido? Djaka ya se habría marchado y el único rastro que quedaría sería la tierra removida por el enfrentamiento de dos dragones.

Tenía que encontrar la forma de regresar. No podía dejar sola a Caedra. Habían empezado esa misión juntos, y la terminarían juntos. La zeafírea ya había perdido demasiado y la ausencia de Hadriel todavía pesaba sobre ambos. Jay no estaba dispuesto a añadir más a ese sufrimiento.

Percibió movimiento por el rabillo del ojo y miró a su derecha. Su corazón se aceleró al divisar la figura familiar de un hombre alto de pelo oscuro escondiéndose tras las enormes costillas de un esqueleto.

—¿Papá…? —balbuceó Jay, pálido.

Hadriel se giró hacia él y se quedó quieto como una estatua. Jay abrió los ojos como platos. Estaba tal y como lo recordaba…, observándolo con su cálida sonrisa.

¿Cómo era posible? ¿Acaso le habían mentido Alastair y Caedra? ¿Y si Hadriel sí había sido capaz de escapar…?

Solo se dio cuenta de que se había desviado para ir hacia él cuando alguien lo agarró de la muñeca. Irritado, Jay miró por encima del hombro. Se topó con la mirada atormentada de Luvann.

—No vayas, Jay.

Jay sacudió el brazo, se libró de sus dedos y lo ignoró. Caminó con rapidez hacia Hadriel. ¿Cómo no iba a ir?

—¡Papá! —lo llamó con desesperación al ver que su padre daba media vuelta y echaba a andar.

¿A dónde iba? Aceleró el paso hasta que se lanzó a correr—. ¡Papá, espera! —gritó, sin detenerse cuando las sombras empezaron a enrollarse en sus tobillos. Iba hacia Hadriel como una polilla a la luz, y nada lo iba a detener…

Hasta que algo se interpuso entre él y Hadriel. Jay chocó contra el pecho de Alastair y retrocedió, aturdido. Alzó la vista y se quedó congelado cuando vio esos fríos ojos de hielo.

—Detente —ordenó Alastair. Su voz gélida hizo que Jay recobrara algo de lucidez. Por eso, no trató de apartarlo de inmediato—. ¿Acaso eres tan estúpido que no eres capaz de distinguir la realidad de lo que te muestran las sombras?

—Pero… —Jay sacudió la cabeza. Pestañeó. Miró por encima del hombro de Alastair y se le formó un nudo en la garganta al divisar a Hadriel esperándolo junto a unas rocas.

—Las sombras te muestran aquello que más quieres —habló Luvann a sus espaldas, con tono más suave. Él mismo había sido torturado por múltiples visiones de tiempos pasados en sus momentos más débiles—. Los espectros te están tendiendo una trampa para separarte de nosotros.

Jay no dijo nada. Siguió mirando a Hadriel, ahogando un sollozo. ¿Por qué no podía ser real? Era su padre, tal y como lo recordaba. Lo miraba con esa sonrisa cálida que siempre lo había reconfortado y tenía los brazos extendidos, esperándolo para darle un abrazo. Y cuánto necesitaba Jay ese abrazo de Hadriel…

Pero los ojos grises de Hadriel estaban vacíos. Lo único que había reflejado en ellos era un mundo de sombras.

Jay se dejó caer de rodillas al suelo, con las brumas negras danzando a su alrededor. Hundió los hombros y se mordió el labio inferior, conteniendo a duras penas las lágrimas.

—¿Por… qué? —musitó y le tembló la voz. Clavó la vista en las palmas de sus manos para evitar llevar la atención de nuevo hacia el espectro de Hadriel—. No es justo…

Alastair resopló. Una ligera brisa, arrastrando el olor de la naturaleza muerta, echó su largo pelo hacia atrás.

—Nada es justo en Gea, mortal. Acostúmbrate.

Luvann se agachó junto a Jay y posó una mano en su espalda.

—No te des por vencido ahora, Jay. Eso es precisamente lo que quieren las sombras.

Alastair, en cambio, fue más brusco. Tiró del brazo de Jay para ponerlo en pie. Jay gruñó y se apartó, irritado.

—En marcha —dijo Alastair, implacable, y dio media vuelta.

Luvann volvió a poner la mano en la espalda de Jay y empujó con suavidad. Echaron a andar. Jay tuvo que apretar los ojos para resistir la tentación de echar un último vistazo a donde estaba Hadriel… o el espectro que había robado el aspecto de su padre.

***

El incidente le recordó a Jay los primeros días que habían pasado en el continente de Zarested.

Se habían visto sorprendidos por la marea oscura en uno de sus bosques cuando el grupo se había separado para realizar diferentes tareas. Él había ido en busca de Caedra y la había encontrado yendo hacia el fantasma de Kendrij.

Ahora comprendía, al fin, lo mucho que había sufrido Caedra en aquella ocasión, cuando había visto a Kendrij y Jay había tenido que apartarla de él, escuchando sus gritos desgarradores. Las sombras eran crueles y hábiles.

Nunca se recuperaría de la muerte de Hadriel. Aun así, lo iba asumiendo poco a poco. Sin embargo, verlo de nuevo, aunque fuera producto del engaño de un espectro, había reabierto las heridas. Y ahora su pecho ardía de la angustia.

Espiró aire con suavidad por la nariz y negó para sí. Debía ser fuerte, pero era tan complicado…

—Alastair —lo llamó, pero fue ignorado. Jay decidió seguir hablando—: ¿Sigues sin poder transformarte?

—Podré en un par de días —contestó Alastair sin apartar la vista del camino.

Jay suspiró tristemente. Ahora tenía miedo de que las sombras le mostraran de nuevo visiones de Hadriel. Aunque no lo dañaran físicamente, los espectros todavía podían atacar su mente.

***

Había caído la noche. En aquel futuro de sombras, no había apenas diferencia entre la noche y el día, por lo que la luz seguía siendo la misma: oscura y apagada.

Todo permanecía en un silencio sepulcral. Jay estaba tumbado boca arriba, observando el cielo perpetuamente cubierto de nubes negras, sumido en sus pensamientos.

No lograba conciliar el sueño, lo cual era frustrante. Tenía que descansar, pues Alastair no estaba dispuesto a reducir la marcha en ningún momento, algo que Jay podía entender. Al fin y al cabo, estaban en peligro constante de que algún evento cambiara en el pasado y el futuro en el que se encontraban despareciera. Debían llegar hasta Djaka cuanto antes.

Aunque quién sabía si lograrían convencerla.

Jay rodó por el suelo y acabó tumbado sobre el costado derecho. No dejaba de pensar en su padre. Alejado de todos sus compañeros, se sentía más solo que nunca. Y también…, necesitaba ver a Caedra. Necesitaba abrazarla, estrecharla y ser reconfortado por su cálida presencia. A pesar de la tensión que se instaló entre ellos desde la muerte de Hadriel, se daba cuenta de que ella siempre era su motivación para seguir adelante.

Quería volver a besarla. No era capaz de apartar de su mente aquel beso que había compartido con Caedra. Pero siempre estaba la sombra de lo que había sucedido después, atormentándolo, mostrando de nuevo toda la sangre… y reavivando su miedo de no superar nunca al espectro de Kendrij.

Notó un pinchazo en el corazón y tensó la mandíbula. La intensidad de sus sentimientos por Caedra no hacía más que aumentar. Pero él no la presionaría. Esperaría a que ella estuviera preparada para hablar…, si es que conseguía regresar a su lado.

No. Lo conseguiría. No podía dudar o se derrumbaría.

Para centrarse en algo distinto, clavó sus ojos en Alastair, que dormía de espaldas a él. ¿Qué era Alastair exactamente? ¿Un aliado? ¿Un simple conocido? Dudaba que pudiera considerarse un amigo.

Era extraño. Alastair le había salvado la vida, pero lo ignoraba y lo trataba con la misma frialdad y desdén de siempre. Ahora que Jay iba estando más convencido de sus buenas intenciones, le habría gustado llevarse mejor con él. Por desgracia, Alastair no parecía dispuesto.

Cerró los ojos y trató de dejar la mente en blanco, sin éxito. Enseguida se puso a recordar momentos del pasado con su padre. Había estado en todos los momentos importantes de su vida, acompañándolo y apoyándolo…

Frunció el ceño y notó el escozor de las lágrimas bajo los párpados. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ello? Empezó a sentir una presión desagradable en el pecho y respiró hondo. No iba a venirse abajo. Pero era tan complicado…

Su última conversación con él había sido en muy malas circunstancias. Estaba herido por la espada de Gavin y apenas pudo escuchar las palabras de Hadriel. Su recuerdo de aquel momento era muy borroso.

Gruñó, agobiado por el insomnio, y se sentó. Le ardían los ojos y los frotó con los puños para limpiar las lágrimas. Se quedó encorvado, mirando al suelo de brumas, durante varios minutos, en silencio.

—Los mortales os sentís atormentados por el pasado con demasiada facilidad.

Jay dio un respingo al escuchar esa fría voz junto a él. Giró la cabeza a la derecha y comprobó que Alastair se había sentado también, observándolo de reojo.

—¿Qué quieres decir? —replicó Jay, de mal humor. ¿A qué venía ese comentario?

—No puedes dormir porque eres incapaz de dejar de pensar en Hadriel.

Jay resopló.

—¿Y? ¿Acaso no es normal? —masculló—. Es… era… mi padre.

—No hay nada que puedas hacer para traerlo de vuelta. Y esa tristeza que sientes te entorpece. De no ser por mi intervención hoy, habrías ido directo al espectro —señaló Alastair. Su rostro era de piedra, sin mostrar emoción alguna.

—Lo dices como si tú fueras perfecto —refunfuñó Jay, apartando la mirada. Los ojos de hielo de Alastair lo enervaban—. Sigues buscando venganza por algo que sucedió hace más de mil años.

—No dejo que mis acciones se vean influidas por ello.

—Normal, has tenido siglos y siglos para asumir tu situación… —dijo Jay, aunque se arrepintió tan pronto como había hablado. Ladeó la cabeza para comprobar la reacción de Alastair, pero él se limitó a tensar las comisuras de los labios. Jay suspiró con pesadez—. Lo siento. Es solo que… mi padre lo era todo para mí. Tú… ¿Tú nunca has perdido a nadie?

Unas líneas casi imperceptibles se marcaron entre las cejas blancas de Alastair.

—No.

Jay se sorprendió al verlo un tanto nostálgico. ¿En qué estaría pensando?

—Entonces, no puedes entender mi situación —dijo con voz queda. Hundió los hombros, sabiendo que no encontraría el apoyo que buscaba en Alastair.

—Supongo que no.

—Puede que ser inmortal y haber vivido tantos años te haya hecho volverte un tanto cínico —comentó Jay y lo miró—. Y, hasta ahora, habías estado solo. Pero desde que conoces a Caedra… —Jay frunció el ceño. No sabía cómo explicarse—. ¿Es que no te afectaría si le pasara algo?

Alastair entornó los ojos. Jay se quedó rígido, intimidado, sintiendo que la temperatura descendía. Se le erizó el vello en los brazos.

—Eso no es asunto tuyo.

Jay se mantuvo en silencio, pero, aunque nunca lo comentaría en voz alta, ya iba conociendo un poco a Alastair. Si quisiera decir que no, lo habría hecho sin ningún miramiento.

—Los sentimientos no los tenemos solo los mortales, ¿sabes, Alastair? —murmuró Jay—. Por muy inmortal que seas, tú también los tienes. Y si perdieras a alguien muy querido, te afectaría. Estoy seguro.

Alastair estuvo mirándolo fijamente durante varios segundos. Jay tuvo que esforzarse para no apartar la vista y captó la tensión que había en sus hombros.

Pensaba que Alastair se enfadaría por lo que le había dicho. Sin embargo, se limitó a tumbarse dándole la espalda de nuevo. La conversación había concluido.

Jay se tumbó también. Era curioso. Aunque no había sido precisamente una charla cálida y reconfortante, como él suponía que necesitaba, ahora se encontraba mejor. En cierto modo, Alastair lo había ayudado. ¿Lo habría hecho a propósito?

***

Alastair seguía despierto cuando Jay, al fin, se durmió. Era difícil calcular cuánto tiempo había pasado exactamente en aquel mundo donde el día y la noche se fundían. El silencio perpetuo de su entorno complicaba aún más las cosas.

La pregunta del chico lo había dejado desconcertado, aunque había conseguido ocultarlo. Jay, en general, le tenía muy confuso desde que se habían visto atrapados en el futuro.

En circunstancias normales, habría dejado a Jay a su propia suerte. Nunca había sentido especial aprecio por él. De hecho, era alguien que lo irritaba a menudo con sus acciones. Sin embargo, Alastair no había dudado en salvarle la vida, incluso cuando eso había supuesto perder una buena parte de su poder temporalmente. Y, después, había seguido pendiente de él. Había accedido a detenerse para descansar cuando Jay lo había pedido, a pesar de que él podría haber continuado andando sin problema.

Había reaccionado de inmediato cuando vio a Jay caminando hacia la trampa del espectro. E, incluso, al verlo agobiado unos minutos antes por lo sucedido, en vez de ignorarlo, había hablado con él.

¿Por qué había empezado a preocuparse por Jay? ¿Era únicamente porque sabía lo mucho que Jay significaba para Caedra?

Ya le costó aceptar su amistad con Caedra. Alastair no sabía cómo sentirse respecto a Jay. Más seres queridos significaban más puntos débiles. Y Jay le seguía pareciendo un mortal estúpido e impulsivo…

Jay podría haberlo abandonado a su suerte. En vez de eso, no había dudado en lanzarse a ciegas por el portal tras él para ayudarlo, aunque había puesto en peligro su propia vida. Era esa reacción la que había hecho que Alastair empezara a replantearse su opinión sobre él. Caedra siempre había insistido en las buenas cualidades de Jay, pero Alastair tendía a ver solo lo malo en los demás.

También estaba sorprendido por la actitud de Jay en otro aspecto. Con lo impetuoso e impaciente que era en otras ocasiones, Alastair había esperado que Jay quisiera saber de inmediato en qué consistían sus nuevos poderes y que insistiera en que le enseñara a usarlos. Sin embargo, Jay no había mencionado nada sobre ello. Se había dado cuenta de la gravedad de la situación en la que se encontraban y se había centrado únicamente en eso.

No lo admitiría en voz alta, pero se iba ganando su respeto.

Capítulo 23: Viaje al pasado

Jay abrió los ojos y dio un respingo al encontrarse solo en medio de un vórtice de sombras. Allá donde alcanzaba a ver, estaba todo cubierto de bruma negra, con un extraño cielo oscuro, sin estrellas, nubes, sol o luna.

¿Cómo había acabado allí? Lo último que recordaba era su esfuerzo por dormir…

Su corazón se aceleró. ¿Habrían logrado engañarlo los espectros? ¿Y si había ido hacia uno de ellos y ahora estaba muerto?

—No te angusties, mortal.

La fría voz a sus espaldas casi lo hizo gritar. Jay giró sobre los talones y se llevó la mano al pecho.

—¡Alastair! —exclamó, irritado, a la vez que aliviado por no estar solo en aquel lugar—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos? No recuerdo…

—Tranquilízate —lo cortó Alastair, mirándolo con desdén. Jay se calló de inmediato y gruñó, indignado por haber sido interrumpido y por la condescendencia de su compañero—. Podría decirse que estás soñando.

Jay se quedó con la boca abierta. Parpadeó repetidamente y sacudió la cabeza.

—¿Qué? —balbuceó—. Entonces…, eres un producto de mi imaginación.
¿Por qué decidía su mente que lo mejor sería ofrecerle un sueño en el que apareciera Alastair? Tuvo un escalofrío.

Alastair puso los ojos en blanco.

—No. Soy real.

—Pero…

—Estás durmiendo. Yo también. He conectado nuestras mentes para comunicarnos mientras tanto —explicó Alastair, aburrido.

Jay arqueó las cejas.

—¿Puedes hacer eso?

La verdad era que todo aquello parecía demasiado real para ser un simple sueño.

—Es una habilidad que he desarrollado a lo largo de este milenio —contestó Alastair. Se cruzó de brazos—. No esperes poder hacer esto sin mi ayuda, por mucho que te haya otorgado mis poderes.

—Ya… —murmuró Jay, incómodo. Seguía teniendo curiosidad por saber en qué consistían dichos poderes. Se llevó una mano al cuello—. Sobre eso…

—No es el asunto que quiero tratar contigo —lo interrumpió Alastair. Jay se mordió la mejilla —. Nos encontramos ahora mismo en un espacio neutro entre tu mente y la mía. Así es como me comunicaba con Caedra cuando todavía no había recuperado mi cuerpo.

—Ya veo —asintió Jay. Siempre se había preguntado cómo hablaban exactamente—. Pero ¿por qué haces lo mismo conmigo, entonces?

Al fin y al cabo, podían hablar con normalidad cuando estaban despiertos.

—Para aprovechar el tiempo en el que estamos dormidos —dijo Alastair. Miró a su izquierda y entornó los ojos—. Tiempo es precisamente lo que necesitamos.

—Es cierto que es bastante útil… —comentó Jay. Aprovechó para observar su entorno—. ¿No hay nada más que… brumas?

—En este espacio neutro, no. Sin embargo, si caminas en cierta dirección, terminarás por llegar a tu mente, o a la mía.

—¿Y para qué serviría eso? —inquirió Jay, frunciendo el ceño. Sonaba extraño.

—Adentrarte en la mente de alguien te permite conocerlo más en profundidad. Sobre todo, puedes ver todos sus recuerdos.

Jay se mantuvo en silencio. Seguía sin comprender cuál era el objetivo de Alastair.

Alastair, por su parte, contuvo un suspiro de exasperación. Miró a Jay de nuevo.

—Tú has conocido y tratado al emperador, el huésped de Saekish. Quiero ver cómo es a través de tus recuerdos.

Jay dibujó una mueca en su rostro. Había un pequeño problema.

—Me borraron la memoria, así que no podrás ver nada.

No hubo cambios en la expresión carente de emoción de Alastair.

—Eso no es un obstáculo para mí.

Jay arqueó las cejas y su corazón se aceleró.

—¿Cómo?

¿Sería realmente posible? ¿Habría alguna forma de recuperar sus recuerdos perdidos?

—Será más complicado —admitió Alastair—. Pero no será un impedimento. Conozco cómo funciona la mente de un mortal a la perfección.

Jay no cabía en sí de la emoción.

—¿Y a qué estamos esperando? —exclamó. Se le escapó una sonrisa.

Alastair clavó en él sus ojos de hielo y Jay recuperó el semblante serio. Se le había olvidado quién era la persona que lo acompañaba… ¿Tanto le costaría a Alastair compartir su alegría?

Suspiró tristemente y preguntó:

—¿Por qué has decidido que ahora es el momento de ver esto?

—Antes no confiaba en ti —contestó Alastair con frialdad. Jay no se mostró ofendido, pues había sido mutuo.

—¿Y ahora sí?

Alastair se mantuvo en silencio. Jay esperó durante unos segundos y justo iba a hablar de nuevo cuando Alastair, al fin, respondió:

—No.

—¿Entonces? —Jay ladeó la cabeza, confuso. Dejó la irritación apartada en un rincón. No era el momento de discutir.

—Desconfío menos.

Jay puso los ojos en blanco.

—Vale…

—Sígueme —ordenó Alastair y dio media vuelta.

Jay corrió para alcanzarlo, pues se desplazaba con rapidez.
—¿A dónde vamos?

—A tu mente.

Jay frunció el ceño. Todavía le costaba creer lo que estaba sucediendo, y no era capaz de imaginar cómo sería estar en su propia mente…

—Pero… Alastair, yo… —Jay espiró aire con brusquedad. Por un lado, no sabía cómo expresarse, lo cual era frustrante. Por otro, cualquiera diría que Alastair ni siquiera le estaba prestando atención, pues lo había ignorado—. Yo… Yo siempre he querido recuperar la memoria; recuperar todos los recuerdos perdidos, pero…

—Suéltalo, mortal —dijo Alastair irritado, impacientándose.

Jay lo miró ofendido.

—¿Qué ganas tú con todo esto? ¿De qué te sirve exactamente ver al emperador a través de mis recuerdos?

Alastair se detuvo. Jay estuvo a punto de chocar con su espalda, pero frenó a tiempo. Retrocedió un par de pasos y Alastair lo observó por encima del hombro.

—Desconozco cuánto tardaremos en enfrentarnos al emperador si somos capaces de regresar a nuestro tiempo. Quizás el encuentro sea inminente. Conviene saber cómo es el enemigo al que nos enfrentamos.

Jay tuvo que admitir que sentía curiosidad por saber qué aspecto tenía el emperador. Se lo había imaginado de mil maneras distintas, pero sabía que ninguna de ellas sería la real. Cuando pensaba en sus enemigos, el único rostro que venía a su mente era el del oráculo supremo, a quien sí había tenido la mala suerte de conocer en la operación de rescate fallida de la emperatriz.

¿Estarían ahora Hadriel y Emeline juntos?

Jay sacudió la cabeza, ignorando el pinchazo en su corazón. Ya no tenía a ninguno de sus padres.
—De acuerdo. Y respecto a lo otro…

—Ahora no tenemos tiempo, mortal —lo cortó Alastair. Siguió andando, con Jay tras él—. Será complicado extraer un recuerdo. No podremos hacer eso con todos.

Jay hundió los hombros, decepcionado. Había sido demasiado bonito para ser cierto.

Alastair percibió su tristeza. Se paró de nuevo y Jay, que tampoco lo esperaba, sí que chocó contra su espalda esta vez. Se apartó de inmediato, abriendo la boca para disculparse, pero calló al ver que Alastair no se mostraba molesto.

—Puedo entender tu angustia —dijo Alastair, girándose para mirarlo.

Jay arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Djaka y Luvann me traicionaron, pasé varios años vagando sin rumbo, sin saber quién era o cuál era mi propósito —explicó Alastair. Jay se fijó en que la nostalgia se reflejó en sus ojos de hielo—. Tardé un tiempo en ir recuperando la memoria y era frustrante encontrarse con lagunas que oscurecían mis recuerdos.

Jay se mantuvo en silencio, sin saber qué decir. En cierto modo, Alastair estaba compartiendo un momento íntimo con él y no quería estropearlo con palabras.

Alastair, por su parte, se estaba preguntando qué clase de demonio lo había poseído para hacerle hablar con el mortal sobre su pasado; para hacerle reaccionar al dolor de Jay y tratar de consolarlo de alguna forma.

—Si conseguimos volver a nuestro tiempo y tenemos la oportunidad, te ayudaré a ir recuperando la memoria —concluyó Alastair con rapidez.

Jay parpadeó un par de veces. Al fin, reaccionó y su rostro se iluminó con una sonrisa. Alastair apartó la mirada, incómodo.
—¿En serio? —exclamó Jay, emocionado de nuevo—. Eso sería genial, Alastair.

Pero Alastair ya le daba la espalda de nuevo, reanudando la marcha. Jay no se molestó y fue tras él, más tranquilo, ahora con un cosquilleo de emoción en los dedos.

No tardaron en ver su paso impedido por una extraña barrera traslúcida de color rojo. Jay la observó con cierto recelo.

—Si atravesamos esto, nos encontraremos en tu mente —explicó Alastair.

Jay tragó saliva, nervioso.

—Y no… ¿Seguro que no me va a pasar nada por ir los dos a mi mente?

—Esto es algo que ya he hecho con Caedra.

—¿Sí? —dijo Jay, curioso. Había demasiados aspectos que no conocía sobre la relación de Alastair y Caedra. Jamás habría imaginado que habían visitado las mentes del otro…

Alastair, recuperando su actitud habitual, se mantuvo en silencio, ignorándolo. Atravesó la barrera y desapareció.

Jay frunció el ceño. Receloso, extendió primero la mano. No podía verla al otro lado de la

barrera, por mucho que esta fuera aparentemente traslúcida, pero seguía notándola…

Respiró hondo y cerró los ojos. Dio un paso hacia delante…

Y los volvió a abrir, encontrándose en una vasta llanura bajo un cielo despejado y soleado. Su corazón se aceleró ante la luz, después de tanto tiempo en la oscuridad de aquel espeluznante futuro.

Alastair lo esperaba un poco más adelante. Jay fue hacia él, observando con más detenimiento el paisaje a su alrededor.

No era una llanura especialmente bucólica. La hierba estaba seca y no había ni rastro de animales; era un lugar desierto. Había algún que otro árbol, pero sus ramas apenas tenían hojas y las pocas que había parecían a punto de caerse. Se sorprendió al divisar algunas zonas con flores que, a diferencia de todo lo demás, sí tenían vivos colores, aunque la mayoría estuvieran marchitas.

Alastair fue directo a una de las áreas con flores y se agachó para observarlas.

—Cada mente tiene un aspecto distinto —explicó cuando Jay se detuvo a su lado—. Depende de la personalidad y el estado de ánimo de su propietario.

Jay torció el gesto. ¿Por qué su mente era un paisaje prácticamente seco? Además, estaba empezando a darse cuenta de que el brillo incesante del sol provocaba bastante calor.

—¿Y cómo era la de Caedra? —inquirió, curioso.

—Un paisaje otoñal —respondió Alastair sin dar más detalles—. Parece que tus recuerdos están almacenados en las flores. Las marchitas son los recuerdos negativos; las sanas, los positivos.

—¿Eh? —fue todo lo que pudo decir Jay. Ladeó la cabeza para mirar primero a Alastair y luego las flores, confuso.

—Si tocas una flor, verás el recuerdo que tiene asociado —resumió Alastair y se puso en pie—. Sin embargo, no es esto lo que buscamos.

—¿Y cómo sabes lo que buscamos? —cuestionó Jay. Echaron a andar por la llanura y tuvo que empezar a abanicarse con la mano debido al calor.

Alastair no contestó. Jay se resignó a seguirlo en silencio.

—Tu ánimo es bajo y te ves abrumado por todas las dificultades de tu vida —habló Alastair al cabo de un rato, captando la atención de Jay—. Es por esto que la llanura está pasando por una sequía.

Jay frunció el ceño. Era cierto que las cosas cada vez eran más complicadas, pero le habría gustado que la hierba en la llanura fuera verde y fresca; que su mente fuera un lugar agradable en el que estar y no, prácticamente, un páramo hirviendo.

Caminaron sin rumbo, o eso le parecía a Jay, durante casi una hora, aunque era difícil calcular con precisión el paso del tiempo en aquel espacio donde incluso las distancias eran engañosas.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Jay. El paisaje se había vuelto monótono. Allá por

donde pasaban, todo era igual.

Alastair se desvió a la derecha. Jay resopló al ser ignorado, pero fue tras él.

Descendieron por la cuesta que daba a un valle completamente yermo. No había ni rastro de vegetación y el suelo, de roca anaranjada, presentaba múltiples grietas por la sequía.

—Tus recuerdos fueron borrados —habló Alastair, y Jay alzó la vista para prestar atención—. Sin embargo, un telépata humano nunca podrá realmente borrar los recuerdos de alguien, por mucho que empleen el término «borrar».

Jay apretó los labios.

—Pero mi padre bloqueó algunos de mis conocimientos. Esos sí se podían recuperar. En cambio, todo lo que borró era supuestamente irrecuperable… De ahí lo de «borrar».

Alastair lo miró por encima del hombro.

—No. Los entierran en lo más profundo de tu subconsciente, donde nadie puede llegar. Al menos, no en circunstancias normales. En teoría, es como si los hubieran borrado, pues un mortal sin ayuda de alguien como yo nunca podrá acceder a ellos. Pero siguen estando.

—Ya veo —murmuró Jay. Su corazón latió más deprisa. Siempre había querido saber cómo había sido su vida en el palacio.
—Sin embargo, no va a ser fácil recuperarlos —advirtió Alastair, muy serio—. O me obedeces absolutamente en todo momento, o puedes acabar perdido en tu propia mente.

La ilusión de Jay se sofocó de golpe.

—¿Y qué sucedería si… me pierdo?

—Morirías.

—Pero… —Jay sacudió la cabeza, ahora pálido—. ¿Merece la pena, entonces, arriesgarse?

—Mientras obedezcas, no habrá problema.

—De acuerdo… —musitó Jay, no muy convencido.

En el centro del valle había una grieta inmensa. Era imposible ver el fondo, negro por completo. El silencio en el lugar era sepulcral y a Jay, al asomarse, se le pusieron los pelos de punta.

—¿Qué es esto? —inquirió, un tanto intimidado. Su corazón había empezado a latir con fuerza, como si estuviera en peligro, rodeado por una jauría de volpires invisibles.

—Es el lugar en el que están tus recuerdos borrados —contestó Alastair con sequedad—. O, más bien, recluidos.

Jay siguió observando, pero era imposible distinguir nada de lo que había en el precipicio. Empezó a escuchar un murmullo que poco a poco fue aumentando en intensidad.

«Althalos…»

«¿Dónde has estado…?».

«Te prometo que luego jugaremos juntos…».

Jay retrocedió, ahogando una exclamación. Varias voces desconocidas para él le estaban susurrando.

«No me llames Dradra, ¿vale…?».

«El emperador requiere vuestra presencia, alteza…».

«Althalos, ven con mamá…».

«Volaremos solo si te disculpas con Kendrij…».

Reconocía, al menos, la voz de Caedra, pero la situación seguía siendo muy desconcertante y sobrecogedora. Las voces retumbaban con cierto eco.

—Estás escuchando fragmentos de los recuerdos —dijo Alastair, observándolo de reojo—. Si queremos adentrarnos en ellos, hay que saltar.

—¿Saltar? —balbuceó Jay, ahora un tanto intimidado. No sabía lo que se iba a encontrar…

—Lo verás todo de nuevo a través de tus propios ojos. Yo también. Si no tienes cuidado, acabarás por olvidar que estás presenciando un recuerdo y tu mente se fusionará con la de tu yo pasado. Olvidarás lo que está sucediendo y te perderás para siempre.

—Qué… bien —logró decir Jay, sarcástico—. ¿Y cómo voy a tener cuidado de que no pase eso, exactamente?

—Te ayudaré a saltar entre los recuerdos hasta llegar a uno en el que aparezca el emperador —contestó Alastair—. Una vez tengamos lo que buscamos, tenemos que salir de inmediato. Si permanecemos demasiado tiempo es cuando sufriremos ese riesgo.

—Vale…

—Obedece en todo momento, Jay.

Jay giró la cabeza con rapidez hacia Alastair al escuchar cómo lo llamaba por su nombre, arqueando las cejas. Antes de que pudiera comentar nada, sin embargo, Alastair puso la mano en su espalda y lo empujó.

Gritó al caer por el precipicio y apretó los ojos…

***

—¿Te has hecho mucho daño?

Jay abrió los ojos, confuso. Su intención fue mirar a su alrededor, pero algo lo forzó a bajar la vista a las palmas de sus manos, que estaban raspadas… Y las manos en sí eran mucho más pequeñas de lo que deberían ser.

«Estamos en un recuerdo».

Esa había sido la voz de Alastair. Al menos, podía seguir comunicándose con él, aunque no podía localizarlo por ninguna parte.

«Estamos los dos observando lo mismo», explicó Alastair.

«¿Por qué no obedece mi cuerpo?», quiso saber Jay, inquieto. Un sollozo involuntario brotó de su garganta. Su visión se nubló con lágrimas.

—¿Althalos? —Esa voz suave y femenina era familiar, aunque su timbre era más agudo que en la actualidad.

Se frotó los ojos y, al fin, su yo del pasado alzó la vista. Se encontró con el rostro preocupado de Caedra. Sin embargo, era diferente: sus pómulos no estaban tan marcados, sus facciones eran más redondeadas que afiladas, sus cuernos eran más pequeños y las plumas de sus alas más claras. Tampoco tenía la cicatriz atravesando su ojo izquierdo.

—Dradra… —Era él quien había hablado. Jay no era capaz de acostumbrarse.

Caedra resopló y puso los brazos en jarras, pero sonrió.

—Te he dicho que no me llames así. Dime, ¿te has hecho mucho daño? ¿Cómo te has caído?
Se agachó junto a él y le limpió las lágrimas de las mejillas. Jay sintió la calidez de su contacto. La echaba tanto de menos…

Sin embargo, aunque le habría ayudado tener a Caedra a su lado, no desearía que estuviera atrapada con él en el futuro. Seguía existiendo la angustiosa posibilidad de que no consiguieran regresar.

El espacio a su alrededor se distorsionó. Jay soltó una exclamación de indignación.

«¿Qué ha ocurrido?», preguntó, confuso.

«No es el recuerdo que buscamos», contestó Alastair con sequedad.

«Pero yo quería ver qué pasaba», protestó Jay. Le había fascinado revivir un recuerdo infantil en el que, encima, aparecía también Caedra más joven.

«Obedece, mortal —le recordó Alastair en tono frío—. No hay tiempo que perder».

Otra escena se materializó frente a ellos. Jay se encontró caminando por pasillos largos y altos de mármol blanco y tapices rojos. Llegó a una puerta de madera negra y llamó.

—¡Keeendrij!

Jay se habría llevado una mano a la cara si hubiera podido. Era tan extraño escuchar esa voz tan chirriante e infantil y saber que había sido la suya años atrás…

Además, ¿por qué sonaba tan irritante?

—Keeendriiij…

La puerta se abrió y apareció un chico de unos trece años, de piel blanca, pelo castaño y cálidos ojos marrones. Vestía un traje escarlata.

—Discúlpame, Althalos, estaba terminando una cosa.
Jay se sorprendió al observar y escuchar a su hermano mayor. Era increíble verlo, al fin, tal y como había sido, y no una macabra ilusión provocada por los espectros de las sombras.

—¿Vamos a jugar?

—Sí, vamos. Caedra vendrá enseguida —dijo Kendrij saliendo al pasillo y cerrando la puerta

tras él. Le tendió la mano a Althalos y este la aceptó enseguida. Echaron a andar.

—¿Padre no viene?

—El emperador está… ocupado —murmuró Kendrij.

Su mirada era sombría y Jay se fijó en cómo había evitado llamarlo «padre».

El espacio se distorsionó de nuevo. Jay gruñó. Alastair lo ignoró.

—¡Pero mira qué tenemos aquí!

Ahora Jay se veía elevado en el aire por los brazos de una mujer con rasgos muy similares a los de Kendrij. Su pelo estaba subido en un elaborado recogido y su rostro pintado de maquillaje un tanto exagerado.

Jay la reconoció enseguida, si bien la primera y última vez que había hablado con ella su aspecto había sido bien distinto: era la emperatriz.

Emeline tenía una amplia sonrisa plasmada en sus labios rojos y lo movía de un lado a otro. Jay se escuchó a sí mismo reír.

—¿No es encantador? —canturreó Emeline y miró por encima del hombro. Jay siguió la dirección de sus ojos y su corazón se detuvo al ver a quién observaba.

Era un hombre joven, de pelo corto y oscuro, con una barba cuidada y ataviado con el uniforme imperial de los soldados: ropa de un tono rojo apagado y gris oscuro, y armadura dorada.

—Lo es, majestad —dijo Hadriel con una sonrisa.

Emeline frunció el ceño.

—No me llames así, Hadriel.

—Nunca se sabe cuándo puede haber alguien escuchando…, Emeline.

—Madre, bájame —se quejó Althalos.

—Althalos, no seas así. Por fin tengo un respiro para estar contigo y…

—¡Pero quiero jugar con Hadriel!

«No, ¡espera! —protestó Jay al ver cómo la escena comenzaba a desvanecerse—. ¡Por favor!»

Era Hadriel. Era su padre. Estaba allí, hablando, sonriendo. Vivo.

No quería separarse de él.

«¡Alastair!».

Sus súplicas fueron ignoradas. Si hubiera podido, Jay habría roto a llorar. Hadriel había desaparecido.

Jay sintió un miedo repentino, como zarzas clavándose en su piel, y tardó un par de segundos en darse cuenta de que era lo que estaba experimentando su yo del pasado. Se encontraba ahora en una cámara oscura iluminada por antorchas, de pie frente a un hombre sentado en un trono con alguien a su derecha.

Reconoció al acompañante de inmediato: ataviado con una túnica dorada, sus ojos de acero relucían peligrosamente mientras calculaba cada movimiento. El oráculo supremo.

El hombre en el trono estaba envuelto en un manto rojo, con el símbolo del imperio, dos llamas entrecruzadas, estampado repetidas veces en la tela. Su pelo, rubio y liso, se recogía en una larga y alta coleta. Una corona de oro reposaba en su cabeza. La piel blanca de su rostro complementaba sus rasgos suaves y aristocráticos, de labios finos y apretados por su expresión de descontento. Sus ojos, de color verde, parecían brillar en la oscuridad y Jay tuvo un escalofrío al ser taladrado por ellos. Reparó en la multitud de anillos que adornaban sus dedos largos y afilados al juntar este las manos en su regazo.

—Althalos, hijo mío —habló el emperador. Su voz era grave y poderosa; retumbaba en la sala —. ¿Sabes por qué he tenido que castigar a tu hermano?

Hubo unos segundos de silencio.

—Por… no querer hacer daño a un soldado indefenso.

El emperador endureció su expresión.

—Por no obedecer mis órdenes —lo corrigió—. ¿Qué conclusión sacas de lo sucedido?

Nuevamente, unos instantes en los que nadie dijo nada. Jay sentía el nerviosismo de su yo del pasado con la misma claridad que si lo estuviera experimentando él en ese instante. Y, en cierto modo, así era. Había algo en la presencia del emperador que disparaba su instinto de huida ante el peligro.

—Que… no debo desobedecer vuestras órdenes, padre.

«Fíjate —dijo Alastair—. En los ojos del humano que se hace llamar emperador».

Jay tuvo que esperar a que su yo del pasado alzara la vista de nuevo. Hubo un pequeño instante en el que el iris se tornó rosa, pero se corrigió tan rápido que, de no ser por las palabras de Alastair, pensaría que lo había imaginado.

«¿Por qué pasa eso?», inquirió, desconcertado.

«Es Saekish. Tenemos lo que buscamos».
Era tan extraño ver, por fin, el rostro del hombre que había desencadenado todas las desgracias en su vida… Jay se lo había imaginado siempre como alguien más mayor, de rasgos más duros y hasta grotescos.

El emperador parecía demasiado joven para la edad que debía de tener. ¿Sería también por la presencia de Saekish en su cuerpo?

«Es por la cosecha de sombras que lleva a cabo —dijo Alastair, pero no ofreció mayor explicación—. Será mejor que salgamos de aquí; ya hemos estado demasiado tiempo».

El espacio a su alrededor se distorsionó.

Capítulo 24: La calma en el palacio

Lo primero que notó Jay fue que estaba cayendo sin parar. Confuso, abrió los ojos. Gritó al ver que estaba precipitándose por el abismo de la grieta, cuyo fondo seguía sin percibirse. No iba a sobrevivir a una caída así…

«Althalos, estate quieto…».

«Obedece y cumple tu deber como príncipe, o de lo contrario…».

«Nuestro padre no es un hombre como los demás, Althalos, debes entender que…».

Escuchaba las voces susurrando a su alrededor. Pensó en el rostro aniñado de la Caedra que había visto, en lo mucho que le había recordado el aspecto de Kendrij a sí mismo, en la alegría de la emperatriz, su madre, y, sobre todo, en lo vivo que había estado su padre en aquel recuerdo…

Sus ojos ardían y los cerró para que no cayeran las lágrimas, angustiado. Necesitaba volver a verlo. No estaba listo para separarse de Hadriel otra vez…

***

El sol le daba en la cara, abrasando su piel. Jay abrió los ojos y subió una mano para cubrir su rostro.

—Hace un día espectacular, ¿eh?

Miró a su izquierda. Un chico de unos diez años estaba sentado a su lado en las escaleras de piedra que daban a uno de tantos jardines del palacio. Tenía el rostro redondeado y pelo castaño largo y revuelto, ensombreciendo sus ojos del mismo color. Vestía con sencilla ropa negra.

Le resultaba muy familiar. Estaba convencido de haberlo visto en alguna otra parte…

—Para ti cualquier día es bueno, Tarvo. —Jay se sorprendió al escucharse a sí mismo. Se percató de que se había sumergido en otro de sus recuerdos perdidos…, y de que quien estaba junto a él no era ni más ni menos que su amigo Tarvo de pequeño.

Tarvo rio con suavidad.

—¿Acaso lo vais a negar, alteza? Puede que odiéis la lluvia y el agua, pero sé que adoráis los días de sol.

Jay notó que su yo del pasado inflaba los mofletes.

—Tarvo, ¿puedes dejar de dirigirte a mí de esa forma? Es muy extraño, somos amigos.

—Debo seguir el protocolo, alteza.

Althalos bufó.

—Dradra no lo hace con Kendrij.

Tarvo ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Dradra? —repitió, confuso.

Althalos sintió que sus mejillas ardían de la vergüenza.

—Caedra —especificó—. La amiga…, o pareja…, o lo que sea… de mi hermano.
—Ah, ¿la zeafírea que he visto en ocasiones con el príncipe Kendrij?

—Sí.

—Es normal en su caso, ella no pertenece al palacio y los zeafíreos no reconocen al emperador como su soberano.

—¿Eh?

Tarvo rio al ver su expresión desconcertada.

—No me digáis que habéis olvidado ya las lecciones de historia y relaciones políticas que os enseñaron hace apenas unas semanas, alteza.

Althalos gruñó y cruzó los brazos. Irguió la barbilla con orgullo.

—Por supuesto que no.

Tarvo se levantó y sacudió la cabeza con una carcajada.

—Sois un desastre, mi joven príncipe —dijo y extendió una mano para revolverle el pelo.

Althalos soltó una exclamación de protesta y se echó hacia atrás.

—¡Sabes que odio que me toquen el pelo! ¿Acaso eso no va contra el protocolo, Tarvo?

Tarvo se encogió de hombros, divertido.

—Quién sabe. En cualquier caso, he de irme, alteza. Mi hermano no tardará en volver.

Althalos se encorvó.

—Oh, vaya… ¿Estarás mañana?

—No lo sé… Pero lo intentaré.
Althalos observó a Tarvo entrar en el palacio y perderse por el pasillo. Suspiró con tristeza, ahora solo.

Contempló el amplio jardín. La hierba, cortada con cuidado, brillaba en un tono verde exuberante al recibir los rayos del sol. Había gran multitud de flores de diversos colores situadas en varios rincones, plantadas de tal forma que creaban círculos perfectos. Las copas de los pocos árboles existentes, de troncos pálidos, también estaban podadas meticulosamente.

«Jay».

Una voz grave y fría le había taladrado la mente. ¿Quién lo estaba llamando?

Vio una figura familiar aterrizar delante de él. Caedra se agachó para mirarlo con una sonrisa y le dio un toque con el dedo en la nariz. Althalos se inclinó hacia atrás, irritado.

—Dradra, no me ataques tú también… —protestó.

Caedra se irguió y ladeó la cabeza.

—¿Yo también? ¿Quién más te ha «atacado»?

Althalos gruñó.

—Tarvo me ha despeinado antes.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Qué tremenda tortura, ¿eh, Althalos? —se burló con cariño, pasando sus finos dedos por el pelo de Althalos para arreglarlo—. ¿Sobrevivirás a ello?

—Supongo… —masculló él y se cruzó de brazos. La miró fijamente—. ¿Y Kendrij?

—Ahora viene, ha ido un momento a hablar con el emperador… —respondió Caedra y su expresión se volvió seria—. Espero que no tarde mucho. Yo he venido a despedirme, ya me voy.

—Jo, ¿tú también te marchas? —se quejó Althalos. Se levantó, pero seguía siendo mucho más bajo que la zeafírea—. Me voy a aburrir mucho…

Caedra puso los ojos en blanco.

—No te preocupes, estoy convencida de que Kendrij estará contigo enseguida. Te veré mañana, Althalos. ¡Pórtate bien!

La zeafírea extendió las alas y alzó el vuelo, creando una corriente de aire que revolvió de nuevo el pelo de Althalos.

«Jay».

Otra vez esa voz. ¿De dónde venía?

«Estúpido mortal. ¿No te das cuenta?».

¿Darse cuenta de qué?

La vida en palacio era tranquila, aunque un tanto aburrida. Althalos odiaba tener que levantarse temprano todas las mañanas para que le dieran lecciones de historia, política, geografía o cualquier otro tema. Luego comía con Kendrij y su madre en aquella inmensa y larga mesa en la que solo se sentaban ellos tres, pues el emperador siempre estaba muy ocupado. Después tanto él como Kendrij entrenaban su control del fuego. Tras eso, él era libre, pero Kendrij todavía tenía que continuar con combates de práctica, dejándolo solo.

Afortunadamente, solía tener a Tarvo o a Caedra para darle compañía. Pero lo mejor era cuando podía estar jugando con Caedra y con Kendrij. Se lo pasaba muy bien.

—¿Por qué estáis tan triste, Althalos?

Althalos alzó la vista y se irguió. Miró por encima del hombro y sonrió al ver a Hadriel, esta vez sin la armadura.

Al menos, Hadriel lo llamaba por su nombre en vez de usar «alteza», pero seguía empleando aquel plural que tanto detestaba.

—Me aburro. Me he quedado solo.

Hadriel se sentó a su lado. Althalos lo observaba de reojo.

—No os preocupéis. El príncipe Kendrij terminará en breve.

—¿Cómo es que no estás tú con él? —quiso saber, receloso. Al fin y al cabo, Hadriel era el guardia personal de Kendrij y rara vez se apartaba de su lado.

—Los asuntos que debe tratar con el emperador son privados.

Althalos hizo un mohín. Se inclinó hacia atrás y apoyó las palmas de las manos en el suelo de mármol.

—No entiendo por qué solo puede estar Kendrij. Yo también quiero saber de qué hablan. Él pasa mucho más tiempo con padre que yo…

Notó una mano en el hombro y miró a su derecha.

—Os aseguro que son asuntos aburridos y sin importancia, Althalos, no os estáis perdiendo nada —dijo Hadriel con suavidad.

Althalos entrecerró los ojos. Le daba la sensación de que estaba mintiendo.

Siempre había tenido cierta envidia de su hermano. Entrenaba más, tenía audiencias privadas con el emperador y contaba con un guardia personal. ¿Acaso era más importante que él?

«Tienes una vida a la que volver, mortal, así que espabila».

¿Vida a la que volver? ¿A qué se refería esa voz? Era tan fría, tan de crudo invierno, que no le inspiraba nada de confianza…

Se sentía a gusto con Hadriel. No tenía prisa por regresar a ninguna parte.

«Lo que ves no es real. Es solo un recuerdo».
—¿Qué tal vuestras lecciones de hoy? —inquirió Hadriel.

Althalos lo miró. Vio que se había inclinado hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Aburridas.

Hadriel rio con suavidad.

—¿Sí? Kendrij me ha dicho lo contrario.

—Mi hermano es un sabelotodo —refunfuñó él, inflando los carrillos—. Jugar es mucho más divertido que estudiar.

«Jay. Reacciona».

¿Por qué no se callaba esa estúpida voz?

«Vuelve a llamarme estúpido y te abandonaré a tu suerte, mortal».

Y encima se atrevía a amenazarlo.

«Estamos atrapados en el futuro. Debemos regresar junto a Caedra y el resto de vuestros compañeros».

¿Caedra? Acababa de ver a Caedra apenas unos minutos atrás, así que eso no tenía sentido.

«Te persigue el emperador para matarte. Tienes que vengar la muerte de tu padre, Hadriel, junto a quien estás ahora en tu recuerdo».

Sí, Hadriel estaba junto a él, pero su padre era el emperador, no por nada era uno de los príncipes del imperio…

«Tienes veintidós años. Ha pasado mucho tiempo desde lo que estás viendo. Los mortales y vuestras vidas tan cortas… ».

Ni su propio hermano Kendrij, mayor que él, tenía esa edad. ¿Acaso dejaría de decir tonterías esa voz en algún momento?

«¿Tonterías? O reaccionas ya, mortal, o te quedarás atrapado en tus recuerdos para siempre. Y, créeme, se me está agotando la poca paciencia que tengo».

«No entiendo qué dices», pensó él, confuso. ¿Acaso se estaba volviendo loco?

«El emperador asesinó a tu hermano Kendrij. Caedra busca venganza por ello y fue a por ti a la Tierra, donde estabas escondido con Hadriel, quien resultó ser tu verdadero padre».

La Tierra… Sí, sonaba familiar. Un mundo distinto a Gea.

Kendrij… ¿Asesinado? Y el emperador quería matarlo a él también…

Hadriel era su padre. Pero la voz había dicho que estaba muerto… En cambio, el Hadriel junto a él estaba vivo.

«Tienes que regresar al presente para acabar con el emperador. Si te quedas atrapado en tus recuerdos, habrás fracasado. Le habrás fallado a Caedra y a tus estúpidos amigos mortales».

Fallar… No, él no quería fracasar en nada. Y menos todavía fallarle a Caedra.

«O reaccionas ahora mismo, mortal, o…».

***

Jay abrió los ojos. Una vez más, se vio cayendo por aquel precipicio sin fin. El viento le golpeaba con fuerza en la cara, revolviendo todo su pelo. ¿Qué estaba pasando?

«Althalos, tienes que acostarte pronto…»

«Realmente no estáis hecho para esto, alteza…»

«Siempre estaré contigo, Althalos. Para eso están los hermanos, ¿no…?»
Las voces continuaban susurrando a su alrededor.

Una sombra pasó como un relámpago por encima de él. Jay gritó al ver que las brumas al fondo comenzaban a desaparecer, revelando el duro suelo de roca que lo esperaba. No iba a poder hacer nada para salvarse…

Gimió de dolor al caer con brusquedad sobre un lomo cubierto de plumas y escamas. Se aferró de inmediato y sacudió la cabeza, confuso. Estaba sobre un dragón blanco…

—¿Alastair? —balbuceó Jay.

El dragón lo miró por el rabillo del ojo. Jay se quedó rígido al ver su expresión de fría furia.

«Has sido lo suficientemente estúpido como para casi perderte en tus recuerdos, mortal», siseó Alastair, batiendo las alas con fuerza. Ascendieron por el abismo.

Jay no respondió, sintiendo un cúmulo de emociones en su interior. Salieron de la grieta y Alastair aterrizó en la tierra árida del valle. Jay bajó y se quedó con la vista clavada en el suelo, pensativo.

Había estado atrapado en sus recuerdos. Había visto a Kendrij, a Tarvo y a Caedra de pequeños, a su madre, y a… Hadriel.

Había visto a su padre de joven. Lo había visto sonreír de aquella forma que siempre lo reconfortaba, había podido relajarse con su presencia, tranquilo al saber que estaba vivo…

Pero no. No lo estaba. Hadriel no estaba vivo. Había muerto.

Jay cayó de rodillas y se le escapó un sollozo. Otra vez esa sensación de que el mundo se desmoronaba a su alrededor…

—Te advertí sobre el peligro —dijo Alastair con sequedad—. No has tenido el cuidado suficiente.

Jay lo ignoró. Trató de controlar su respiración cada vez más acelerada, sin éxito. Los ojos le ardían.

—Jay. ¿Estás aquí?

Alzó la vista al escuchar a Alastair llamarlo por su nombre, sorprendido. Alastair volvía a tener el aspecto de un hombre de pelo blanco y lo observaba con su característica frialdad.

—Sí… —murmuró con voz ahogada. Notaba una presión muy desagradable en el pecho, como si unas garras le estuvieran atravesando la piel.

Alastair fue junto a Jay.

—No vuelvas a sumirte en tus recuerdos —advirtió—. No podré ayudarte a salir una segunda vez tan pronto.

—Podrías… Podrías haberme dejado allí —sollozó Jay, cabizbajo—. Habría podido seguir con mi padre…

Alastair resopló y se cruzó de brazos.

—¿Para que vivieras una mentira? Los mortales no dejáis de sorprenderme con vuestra estupidez.

—No es una estupidez —protestó Jay—. En mis recuerdos, mi padre sigue vivo…

—Efectivamente, son tus recuerdos —lo cortó Alastair, impasible—. La realidad, en cambio, es otra. Puedes elegir entre quedarte con un Hadriel que ya no está o seguir luchando para que aquellos que sí siguen aquí, como Caedra, no sean asesinados por el emperador también.

Jay, encorvado, hundió el rostro en las manos y dejó que las lágrimas cayeran al fin. No lo soportaba más. La pérdida dolía mucho, todavía más tras haber tenido de nuevo tan cerca a su padre. Quería volver con él…

Notó que unas manos frías, afiladas, lo agarraban de los hombros y lo sacudían. Gruñó y alzó la vista, topándose con los ojos de hielo de Alastair que lo observaban con seriedad.

—Si no tienes cuidado, te sumergirás de nuevo en tus recuerdos y, esta vez, estarás solo.

—Sé que no soy más que una molestia para ti —sollozó Jay. Seguía respirando con rapidez y le estaba empezando a doler la cabeza. ¿Cómo era eso posible cuando estaba en su propia mente?

Alastair frunció el ceño.

—Estarás solo porque ya me ha costado bastante llegar hasta ti la primera vez, mortal, no porque te vaya a abandonar si sucede de nuevo.

Jay se frotó los ojos, pero las lágrimas no paraban de fluir.

—¿Acaso no me abandonarías, Alastair?

—Podría haberlo hecho cuando aparecimos en el futuro. Las sombras habrían acabado contigo enseguida —dijo Alastair ofendido.

—Lo sé, pero… —Jay respiró hondo. Se llevó una mano a la frente—. Ahora mismo soy una molestia para ti.

Alastair desvió la mirada a su derecha y entornó los ojos.

—Puede ser. Sin embargo…

Se extendió el silencio. Jay sollozó y se limpió las lágrimas de las mejillas.

—¿Qué? —dijo al ver que Alastair se había quedado callado.

—No eres una molestia… Al menos, no tanto como antes.

Jay arqueó las cejas. ¿Había escuchado bien?

—¿Cómo dices?

—No voy a repetirme, mortal —gruñó Alastair.
Jay esbozó una pequeña sonrisa, aliviado. Se iba acostumbrando a su actitud.

Sin embargo, no tardó en recuperar la desolación en su rostro. Había sido tan fácil dejarse llevar por el recuerdo estando junto a Hadriel…

Tuvo un escalofrío. De no ser por Alastair, se habría quedado atrapado para siempre.

—Tienes… ¿Tienes lo que necesitabas? —murmuró Jay, mirando a Alastair por debajo de las pestañas húmedas.

—Sí. Ya conozco el aspecto del mortal que acoge a Saekish.

—Bien.

Al menos, habían conseguido lo que iban buscando.

Alastair se irguió. Jay, en cambio, no se sentía con fuerzas para ponerse en pie. Lo sucedido le pesaba demasiado…

—Te despertarás en breve. Es hora de irnos —dijo Alastair.

Jay no quería moverse. Continuaba pensando en su padre.

—Arriba, mortal.

Jay suspiró tristemente.

—Alastair… ¿Tú no querrías volver al pasado?

Alastair entornó los ojos.

—No.

—¿Por qué?

—No hay nada que desee revivir en mi pasado —contestó Alastair, cortante.
—Eso no es posible…

—Por mucho que regresara a mi infancia junto a mis antiguos compañeros —lo interrumpió—, junto a Djaka… Esos momentos felices que tuve junto a ellos, junto a ella, no tendrían ya significado alguno para mí. Sabría que en algún momento me traicionarían. Por tanto, no tengo deseo alguno de revivir mi pasado.

Jay hundió los hombros.

—Ya veo…

Entonces, Alastair no podía comprenderlo.

Alastair se agachó frente a él, clavando una rodilla en el suelo. Jay alzó la mirada con sorpresa. Varios mechones de pelo alborotado caían por la frente del chico, entre sus ojos.

—Continuaremos recuperando tus recuerdos, Jay —dijo Alastair. Su tono no era cálido, exactamente, pero tampoco era tan frío como de costumbre—. Sin embargo, eso tendrá que esperar a que estemos en un lugar seguro.

—De acuerdo —murmuró Jay. Se frotó los ojos. Alastair se levantó y Jay lo imitó—. Gracias, Alastair.

Seguía afectado por lo sucedido, pero sabía que no podía rendirse. No iba a fallarle a Caedra. Por mucho que quisiera volver a ver a Hadriel, tendría que ser en otro momento.

—No me las des, mortal.

Alastair le dio la espalda y echó a andar. Jay lo observó durante un par de segundos antes de ir tras él, conteniendo una sonrisa, con una inesperada calidez invadiendo su pecho y ayudando a combatir la angustia. Alastair lo había salvado y estaba dispuesto a continuar ayudándolo.

Quizás sí que podrían ser amigos.
Alastair se detuvo con brusquedad. Jay frenó a tiempo para no chocarse, pero tensó los hombros.

—¿Qué ocurre?

—Nos están atacando —dijo Alastair y se giró hacia él de golpe. Jay retrocedió ante la intensidad amenazadora de su mirada. Sus pupilas eran una fina rendija—. Tenemos que despertar. Ya.

El espacio a su alrededor se distorsionó. Jay corrió hacia Alastair, asustado…

Capítulo 25: Sombras al acecho

Despertarse fue una sensación extraña tras lo ocurrido. A Jay le costó ubicarse y distinguir el sueño de la realidad. Al verse de nuevo en aquel espacio lleno de brumas, pensó por un momento que seguía en su mente, con Alastair. Pero no, era el mundo real. La Gea del futuro.

Tiraron de su brazo con brusquedad. A Jay se le escapó un quejido de protesta y miró ofendido al responsable. Era Alastair, que lo observaba con seriedad.

—Tenemos que irnos.

Jay localizó a Luvann en pie detrás de Alastair. Parecía preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jay, confuso.

Alastair no respondió. Lo empujó para que echara a andar y los tres se movieron con rapidez, aunque Jay no supiera de qué estaban huyendo. Recordaba a Alastair advirtiéndole de algo antes de despertar… ¿No había dicho que los estaban atacando? Él no veía nada.

—¿Se puede saber qué pasa? —inquirió Jay una vez más, ahora irritado.

—Saekish está cerca —contestó Luvann en tono bajo.

Jay arqueó una ceja. Miró en derredor, con los pelos de punta. No había nadie más.
—¿Saekish? ¿Cómo lo sabes?

Alastair, que iba el primero, resopló.

—Créeme, Jay, la presencia oscura de Saekish es demasiado fácil de detectar.

—Pues yo no detecto nada…

—Porque eres un mortal.

Jay gruñó. Ya estaba tardando Alastair en recordárselo.

Descendieron por una cuesta y se desviaron a la izquierda. Entraron por un hueco entre unas rocas que daba a una pequeña cueva. Se detuvieron ahí, a esperar.

—¿Sigue cerca? —preguntó Jay, inquieto. Tenía los músculos en tensión, temiendo que los fueran a atacar en cualquier momento.

—Parece que no —contestó Luvann. Se inclinó hacia él para observar su rostro, frunciendo el ceño—. ¿Te encuentras bien, Jay? Tienes mala cara.

Jay apartó la mirada. Se fijó en que Alastair se había quedado de brazos cruzados junto a la entrada, vigilando.

—He estado recordando algunas… cosas —murmuró, incapaz de ocultar el pesar en su tono.

Luvann se irguió y suspiró con tristeza.

—Te entiendo. Es difícil no pararse a contemplar el pasado cuando todo lo que hay a nuestro alrededor es este mundo de sombras.

Jay estuvo unos segundos en silencio, pensativo. Había sido una experiencia tan agridulce volver a vivir sus recuerdos… No podía borrar de su mente el rostro joven de Hadriel. Apartarse había sido realmente complicado.

—Se ha ido —dijo Alastair y se acercó a ellos—. No detecto su presencia.

Luvann respiró con más calma.

—Es una suerte, entonces. Imagino que no nos estaría buscando a nosotros. Ha dado la casualidad de que pasaba por aquí.

Alastair no estaba tan convencido, pero se mantuvo en silencio. Saber que su antigua enemiga, aquella de la que quería vengarse, estaba tan cerca lo enervaba. Sin embargo, tenía que contenerse para no ir a por ella. No serviría de nada matarla en el futuro y tampoco estaba en condiciones de luchar. Él seguía débil, no solo por haber compartido su poder con Jay, sino también por haber estado más de mil años sin su cuerpo. La Saekish del futuro ya había tenido por lo menos cinco años para recuperar todo su poder y, además, estaba en su terreno: un mundo de sombras. Un enfrentamiento con ella no terminaría bien.

Tampoco sabía cómo podría contenerse para no lanzarse a atacar a Djaka en cuanto la viera. Del mismo modo que no veía claro que fueran a convencerla para que los enviara de vuelta al pasado…, pero era su única opción.

Seguía notando algo extraño en el ambiente. Las sombras no estaban tranquilas…

Escuchó un crujido. Y supo que Saekish los había encontrado.

—¡Fuera! —exclamó Alastair con urgencia.

Agarró a Jay del brazo y este soltó un quejido de protesta. Alastair tiró de él mientras el techo de la cueva comenzaba a derrumbarse. El pasillo en las rocas era muy corto, por lo que estuvieron enseguida en el exterior. Comprobó por el rabillo del ojo que Luvann había salido con ellos. La cueva acababa de ser reducida a meros escombros.

La responsable se alzaba ahora sobre los restos de piedra. Era una inmensa serpiente de relucientes escamas negras como la noche y penetrantes ojos rosas muy pálidos. Un aura de brumas se movía a su alrededor.

—Alastair… —ronroneó Saekish, irguiéndose para ganar todavía más altura. Jay retrocedió un paso inconscientemente—. Llevo años buscándote. ¿Dónde has estado?

Jay estaba haciendo todo lo que podía para reprimir sus temblores. Había algo en la presencia de aquella criatura que lo intimidaba demasiado; se sentía insignificante en comparación a ella, como una hormiga frente a un rascacielos.

Estaba claro que Saekish no sabía que el Alastair frente a ella no era el de ese tiempo, sino del pasado. La serpiente entornó los ojos al divisar a Jay.

—Tú… Deberías estar muerto.

Jay tuvo un escalofrío. Tenía sentido: ningún ser humano habría sobrevivido en aquel mundo de sombras. Sin embargo, era más sobrecogedor recibir la confirmación de quien lo había provocado. Sus amigos estarían todos muertos… Caedra estaría muerta.

Y, para Jay, no había nada peor que un mundo sin ella.

—¿Por qué no lo estás? —siseó Saekish y se deslizó unos centímetros hacia delante.

«Ni un paso más, Saekish».

Jay se sorprendió al escuchar la voz retumbando en su mente. Miró a la derecha. Luvann volvía a ser un majestuoso fénix de plumas negras y verdes. Jay no comprendía cómo cambiaban de forma con tanta rapidez.

Saekish echó la cabeza hacia atrás y rio, mostrando su hilera de afilados colmillos.

—¿Acaso me lo vas a impedir tú, Luvann? —se mofó—. Tu estado es lamentable; las sombras ya no se mantienen alejadas de ti, sino que danzan a tu alrededor. No eres capaz de enfrentarte a mí.

«Aun así, saldrías bastante mal parada», amenazó Luvann e irguió la barbilla, sin dejarse intimidar.

Alastair frunció el ceño. Si ni siquiera Luvann, quien había doblegado a Saekish sin pestañear un milenio atrás, podía frenarla ahora…

Saekish bufó.

—En cualquier caso, es mi día de suerte. Mataré dos pájaros de un tiro —declaró, mirando primero a Luvann y luego a Alastair. Clavó de nuevo sus ojos rosas en Jay—. Tú, sin embargo… No lo entiendo.

—No hay nada que entender, Saekish —dijo Alastair—. Lárgate.

—¿Por qué debería hacerlo? —replicó ella con una sonrisa altanera—. La única razón por la que no os he matado todavía es porque quiero comprender cómo sigue aquí este humano.

—No hay nada que comprender —gruñó Alastair en tono frío—. No tengo ganas de enfrentarme a ti ahora, Saekish, así que márchate.

—Una pena que vayas a tener que enfrentarte a mí igualmente —se mofó ella. Reptó por el suelo. Luvann crispó las plumas y Alastair se situó delante de Jay.

Jay miró a Alastair con sorpresa, mientras su corazón latía más deprisa. ¿Acaso iba a tratar de defenderlo?

«Marchaos».

Jay desvió su atención hacia Luvann, que no había apartado los ojos de Saekish. Por la falta de reacción de la serpiente, Luvann había dirigido su telepatía solo a él y a Alastair.

«Yo la entretendré —prosiguió Luvann—. Vosotros debéis seguir vuestro camino hacia Djaka».

—No vamos a abandonarte —protestó Jay, apretando los puños. No conocía a Luvann desde hacía tanto tiempo, pero no iba a dejar atrás a un aliado. Y Luvann los había salvado de los espectros.

«Saekish iba a dar conmigo tarde o temprano —dijo Luvann con el pesar de alguien que ya había aceptado la derrota—. Y no tengo nada por lo que vivir en este mundo muerto. Vosotros,

en cambio, debéis regresar al pasado, a vuestra época. Tenéis que impedir que esto ocurra. Y, entonces, será como si mi sacrificio no hubiera sucedido».

Jay abrió la boca para responder. Pero Saekish ya se abalanzaba sobre ellos.

Luvann creó un escudo de luz contra el que chocó la onda de sombras. Alastair se giró hacia Jay.

—Nos vamos.

—¡No! —exclamó Jay. Saekish rugió y saltó sobre Luvann. El fénix batió las alas y se elevó por encima de ella—. ¡No podemos abandonarlo!

—Es su elección —dijo Alastair—. Y es nuestra única posibilidad de sobrevivir.

—Pero…

—Él mismo lo ha dicho: si cambiamos el futuro, no habrá muerto por nosotros. Por tanto, si quieres salvar a Luvann, lo único que puedes hacer ahora mismo es huir.

Las palabras de Alastair eran duras. Sin embargo, Jay sabía que tenía razón. Y, aun así, le costaba tanto aceptarlo…

Saekish hundió sus colmillos en el ala de Luvann, que aulló de dolor, retorciéndose.

—Lo ha envenenado —dijo Alastair. Entornó los ojos—. En breve estará paralizado por completo.

Jay palideció. Observó que Saekish avanzaba hacia Luvann, ahora incapaz de volar…

—¡Muévete!

La orden de Alastair le hizo reaccionar. Sintiendo una presión tremenda en el pecho, se forzó a dar media vuelta y echar a correr. Alastair pronto lo alcanzó y Jay se centró en seguirlo.

No supo cuánto tiempo pasó. Descendieron por la colina y continuaron adentrándose en un bosque de árboles muertos. Los pulmones le ardían tras la carrera y no aguantaría mucho más.

—Alastair, no… no puedo más —logró decir Jay. Se paró y se agachó para poner las manos en las rodillas, resollando.

Alastair se detuvo y arqueó una ceja al verlo.

«¿Cómo puede estar como si nada?», pensó Jay, frustrado. Alastair no se mostraba cansado en lo más mínimo.

—Busquemos algún sitio más apartado.

Jay se irguió con una mano en el pecho, sintiendo el todavía frenético latido de su corazón. Al menos, Alastair estaba más dispuesto a comunicarse. Lo normal habría sido que echara a andar sin comentar sus intenciones.

El bosque proyectaba una imagen muy tétrica. Los árboles muertos eran de troncos bastante altos, con corteza negra. Las afiladas ramas, desprovistas de hojas, se extendían como una red tapando la mayor parte del cielo nublado. Esto, sumado al silencio por la ausencia de criaturas y a la permanente niebla de oscuras sombras que cubría todo el suelo, hacía que Jay estuviera

constantemente escrutando su entorno, como si un depredador los estuviera esperando escondido tras el próximo tronco.

Acabaron refugiados en un hueco hundido en la tierra bajo las raíces secas de un árbol. A Jay le seguía resultando perturbador estar sentado entre las brumas, pero notaba la tierra que había bajo ellas.

Alastair se sentó frente a él. Jay esperaba que dijera algo, pero se mantuvo en silencio.

Se habían alejado bastante, pues ni siquiera se escuchaba nada del enfrentamiento entre Luvann y Saekish. Si es que este no había terminado ya.

Jay abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas. A pesar de que parpadeó repetidas veces, no fue capaz de contener las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —inquirió Alastair. Su tono fue algo agresivo.

—No sé… —masculló Jay, sin ganas de que Alastair cuestionara sus emociones. Además, le dolía la cabeza—. Me siento mal…

Alastair bufó.

—Ha sido elección de Luvann.

—Aun así… —Jay se frotó los ojos con los puños y apoyó la sien contra la pared de tierra—. Ha muerto por nosotros.

Tenía que asumirlo: no había ninguna posibilidad de que Luvann hubiera sobrevivido a su enfrentamiento con Saekish; estaba muy débil. Quizás si hubieran luchado los tres contra ella… Pero se habrían arriesgado a morir todos. Y, entonces, nada cambiaría en el futuro.

—No era nuestro amigo.

Jay tensó la mandíbula, con las cejas muy juntas. ¿Por qué tenía que ser Alastair siempre tan frío? Lo miró, sin dejarse amedrentar por sus ojos de hielo.

—¿Y qué? Era nuestro aliado, te guste o no.

Y, quizás, con el tiempo también podrían haber sido amigos. Ahora ya nunca lo sabrían.

—No comprendo por qué a los mortales os afecta tanto la muerte —masculló Alastair y cruzó los brazos.

—¿Acaso tú no luchas por sobrevivir? —replicó Jay—. En serio, Alastair, soy yo el que no te entiende a ti. Podrías tratar con un mínimo de respeto la muerte de Luvann después de lo que ha hecho por nosotros…

Alastair gruñó, pero se mantuvo callado.

El silencio se extendió entre ellos y Jay decidió dar por concluida la conversación. Apoyó de nuevo la cabeza en la pared y cerró los ojos. ¿Lograrían algún día regresar al pasado? El futuro era cada vez más deprimente, agobiante, asfixiante… Lo dejaba sin energía…

—Jay.

Levantó levemente los párpados, confuso. Su mente estaba nublada… ¿Se había quedado dormido sin darse cuenta? No tenía la sensación de que hubieran pasado más de unos minutos.

—Jay —repitió Alastair, esta vez con más firmeza. Jay, al fin, abrió los ojos del todo y dio un respingo al encontrarse con el hielo de su mirada. Alastair estaba agachado frente a él. Se irguió —. Vámonos.

—¿Por qué? —protestó Jay, cansado todavía. Sus músculos estaban agarrotados y le costó estirar las piernas.

—Este lugar no es realmente seguro.

—Pero no detectas la presencia de Saekish, ¿no?

—No. Pero tampoco la detecté hasta justo antes de que destruyera la cueva en la que estábamos con Luvann. Parece que camufla su esencia bastante bien entre las sombras si así lo desea.

—Ya…
Jay se incorporó y disimuló un bostezo. Lo que habría dado por seguir durmiendo…

La atmósfera del bosque era tan hostil como la primera impresión que había tenido de él. Jay veía cosas extrañas por el rabillo del ojo según caminaban, pero cuando se giraba los árboles estaban tan muertos y quietos como siempre.

—No me gusta este lugar —comentó Jay por lo bajo.

Alastair no respondió. Jay se mordió el labio y captó movimiento de nuevo. Se giró con brusquedad.

Todo congelado y en silencio.

—Hay algo por aquí —dijo Jay, inquieto. Los nervios le hicieron tensar los dedos, listo para invocar las llamas.

—Estamos solos —replicó Alastair, deteniéndose para mirarlo por encima del hombro.

—Estoy seguro de que no —insistió Jay. Agarró a Alastair del brazo cuando este hizo ademán de continuar andando. A pesar de que recibió una mirada asesina que le provocó un escalofrío, Jay no lo soltó—. En serio, Alastair…

—Estarás teniendo alucinaciones por el cansancio, mortal —lo cortó Alastair y se zafó de sus dedos, molesto—. Aquí no hay nada.

Una risa diabólica resonó por todo el lugar. A Jay se le pusieron los pelos de punta. Vio que Alastair se quedaba rígido.

—Sí que estás oxidado, Alastair… —ronroneó la voz de Saekish. Jay, ahora con el corazón latiendo a mil por hora, miró a un lado y a otro frenéticamente. ¿Dónde estaba?—. Que un mero mortal haya sido capaz de detectarme antes que tú…

La intimidante serpiente emergió de entre los árboles muertos, de corteza tan negra como sus escamas. Se había camuflado a la perfección; solo sus dos ojos rosas relucían en la oscuridad.

—¿Dónde está Luvann? —quiso saber Jay, tragándose su miedo. Tenía el estómago revuelto.

Saekish se irguió y ladeó la cabeza.

—¿Luvann? —Se llevó la punta de la cola a la barbilla y fingió estar pensativa—. Hmmm… Ah, sí. Muerto, ¿dónde si no?

La risa de Saekish le sentó como una patada en la tripa a Jay. Eso confirmaba sus sospechas.

—¿Qué ganas matándonos? —dijo Jay, molesto—. No somos ninguna amenaza para ti.

—No te preocupes, mortal, esto no es más que un mero pasatiempo para mí —contestó ella—. ¿Por qué te crees que estoy conversando con vosotros? Podría haberos matado desde las sombras en un abrir y cerrar de ojos.

Jay apretó los dientes. Saekish sabía que podía permitirse jugar con ellos: no tenían ninguna posibilidad contra ella, no en esas condiciones.

Envolvió sus puños en fuego, aunque era consciente de que serviría de poco. Saekish soltó una carcajada al ver esto y sacudió la cabeza.

—Tendrías que estar muerto, mortal, pero no seré yo quien se queje ante la oportunidad de matarte yo misma ahora.

Jay parpadeó y, de repente, tenía los colmillos perlados de Saekish delante de él. Abrió los ojos como platos, sabiendo que no reaccionaría a tiempo…

Un rugido le taladró los oídos. Una mancha se movió como un relámpago y derribó a Saekish. Jay retrocedió, trastabillando, pero logró mantener el equilibrio para no caerse. Ahogó una exclamación al distinguir, al fin, que lo que le había salvado había sido un majestuoso dragón blanco que ahora estaba enzarzado en una pelea con la tétrica serpiente negra.

—¿Alastair? —balbuceó Jay sin darse cuenta, confuso. Miró por encima del hombro para comprobar que el hombre ya no estaba detrás de él, pero no entendía nada. ¿No había dicho que estaba todavía demasiado débil para transformarse?

El dragón rasgó con sus garras las escamas de la serpiente, que siseó y lo apartó con un latigazo de su cola. A pesar de ser una serpiente contra un dragón, Saekish no estaba en desventaja: su tamaño era igual, o mayor, al de Alastair.

—Te noto con ciertas dificultades, Alastair —se mofó Saekish—. ¿Qué te pasa?

Alastair se limitó a mostrarle sus colmillos. Disparó un rayo de hielo que congeló el tronco que estaba detrás de Saekish cuando esta se deslizó para evadirlo. La serpiente se envolvió en una capa de sombras y embistió al dragón en un abrir y cerrar de ojos. Alastair fue lanzado hacia atrás, destruyendo un par de árboles.

—¡Alastair! —lo llamó Jay, alarmado y con el corazón en la garganta. Formó una serie de esferas de fuego que dirigió hacia Saekish para impedir que se acercara al dragón, pero ella las esquivó entre risas.

Alastair se sacudió y se puso en pie, con finos hilos de brumas cayendo por sus escamas.

Observó a Saekish con los ojos entornados. Su respiración era pesada. Realmente no tenía la fuerza suficiente para vencerla, y eso le hacía sentirse humillado.

Jay estaba ahora junto a él, mirándolo con preocupación.

«Sube», le ordenó mientras se agachaba.

—¿Qué? —dijo Jay, confuso.

«¡Sube!», rugió al ver que Saekish iba hacia ellos.

Jay reaccionó y trepó a su lomo. Alastair se irguió y de sus fauces salió disparado otro rayo de hielo que esta vez golpeó a Saekish de lleno. La serpiente aulló y se retorció mientras la escarcha empezaba a materializarse sobre sus escamas.

Alastair extendió las alas y alzó el vuelo. Varias de sus plumas fueron desgarradas por las afiladas ramas de los árboles muertos, pero era la única salida. Jay se protegió el rostro con un brazo y se encogió al escuchar los crujidos.

Rompieron la cubierta de ramas. Estaban de nuevo bajo el cielo de nubes negras y Jay se aferró al cuello del dragón al ver que este ganaba velocidad.

Jay intentó asomarse para ver lo que sucedía bajo ellos, pero era imposible apreciar nada entre los árboles. ¿Los estaría siguiendo Saekish? Esperaba que ahora sí que pudieran dejarla atrás…

Les llevó un rato sobrevolar el inmenso bosque. Pasaron por una llanura completamente desierta y, al cabo de media hora, llegaron a una cadena de montañas. Empezaron a perder altura. Jay supuso que ese sería su destino. Sin embargo, le dio la sensación de que descendían demasiado rápido…

Gritó cuando el ala izquierda de Alastair chocó con una roca. Se desestabilizaron y giraron en el aire. Jay se agarró con toda la fuerza que pudo a sus plumas y apretó los ojos.

—¡Alastair…! —lo llamó, pero su voz no se escuchó por encima del viento.

El dragón impactó contra el suelo de piedra. Jay salió disparado y cayó con dureza, rodando unos metros antes de detenerse.

Estuvo unos segundos sin moverse, dolorido y confuso. Tosió y consiguió respirar de nuevo, pero notó un fuerte pinchazo en las costillas. Esperaba no haberse roto ninguna, aunque no lo descartaba…

Le temblaron los brazos por el esfuerzo, pero logró incorporarse hasta quedar sentado. Se llevó una mano a la cabeza y necesitó unos instantes para deshacerse de la sensación de mareo. ¿Qué había pasado?

Miró a su derecha y localizó a Alastair, todavía en su forma de dragón, inmóvil entre las brumas. Jay se fijó en que sus alas estaban manchadas de rojo y desgarradas, supuso que por haber tenido que huir a través de las ramas.

Se arrastró hacia él, temeroso. Lo escuchó respirar, si bien lo hacía con cierta dificultad.

—¿Alastair?

El dragón abrió sus ojos de hielo y lo miró, sin decir nada.

—¿Estás bien? —le preguntó Jay, preocupado, extendiendo una mano hacia él. Tenía que haber alguna explicación para ese aterrizaje tan desastroso.

«Me he transformado demasiado pronto —contestó Alastair. Trató de plegar las alas, pero fue incapaz—. Estoy todavía débil —admitió a regañadientes—. Pero era la única forma de escapar con vida».

Jay frunció el ceño. Se sentó junto a él, encorvado.

—Siento que estés así, Alastair. Es por mi culpa —murmuró, notando que le ardían los ojos.

El dragón gruñó. Fue un sonido grave que reverberó en medio del silencio de las montañas.

«No seas estúpido, Jay. En todo momento he tomado mis propias decisiones, asumiendo las consecuencias».

Jay hundió los hombros.

—Lo sé, pero… —Suspiró pesadamente y calló. No tenía sentido discutir con él—. ¿Puedes moverte? ¿O transformarte de nuevo?

«No».

Jay observó al dragón, sintiéndose bastante inútil. No había nada que pudiera hacer por él.

Trató de incorporarse, pero sus piernas fallaron y cayó al suelo. Se llevó una mano a las costillas, jadeando. Estaba realmente débil.

«Estate quieto —lo regañó Alastair—. Por lo que veo, no podemos movernos ninguno de los dos».

Jay dibujó una mueca en su rostro. Ahí, en medio de las montañas, estaban muy expuestos. ¿Y si Saekish era capaz de seguirlos? No tardaría en dar con ellos…

«No hay nada que hacer hasta que yo pueda moverme —prosiguió Alastair—. Así que relájate e intenta recuperar fuerzas».

—Ya…

Estuvieron varios minutos en silencio. Jay, impacientándose, intentó levantarse de nuevo, ante lo que Alastair puso los ojos en blanco. Sin embargo, esta vez lo consiguió. Recogió su bolso, caído unos metros más abajo, y regresó con Alastair. Extrajo la cantimplora con agua.

Alastair gruñó al notar que Jay ponía la mano en una de sus alas.

«¿Se puede saber qué haces?», cuestionó, irritado, pero era incapaz siquiera girar la cabeza para observar. Eso sí, había puesto el ala entera en tensión.

—Solo quiero limpiar las heridas —protestó Jay—. Para que no se infecten.

«No será para tanto», replicó Alastair.

—Eso es porque no has visto el estado de tus alas. ¿Es que no te duele?

Alastair gruñó una vez más y se mantuvo en silencio. Si le dolía, no lo iba a admitir en voz alta.

Jay puso los ojos en blanco y sonrió al ver que Alastair relajaba el ala. Algunas de las plumas estaban destrozadas por completo y otras tenían un estado lamentable. Se acordó, con un

pinchazo en el corazón, de cuando había tenido que limpiar las alas estropeadas de Caedra en Titaia. Realmente eran más frágiles de lo que parecía.

—¿Es muy difícil aprender a volar?

Alastair arqueó una ceja.

«No recuerdo mucho —contestó con cierta reticencia—. Fue Djaka quien me enseñó y con su ayuda no tardé tanto».

Jay frunció el ceño al detectar la nostalgia en su voz al hablar de Djaka. Le vino a la mente la imagen de la temible dragona azul que los había enviado a aquel futuro tan oscuro. Era difícil pensar que podía llegar a ser una persona, o criatura, agradable.

—¿Cómo se torcieron tanto las cosas entre Djaka y tú?

«¿Qué clase de pregunta es esa? —espetó Alastair con frialdad, erizando las plumas del cuello —. ¿Acaso arrebatarme mi cuerpo durante un milenio no es motivo suficiente para habernos distanciado?».

—No me refiero a eso, sino antes. Porque parecíais muy amigos según lo que has dicho alguna vez…

«Djaka era mi pareja, en términos vuestros —aclaró Alastair, irritado—. Eso no le impidió abandonarme».

Jay suspiró tristemente mientras seguía limpiando las heridas con agua.

—No lo entiendo.

«No hay nada que entender, mortal. Todos me rechazaban por mi papel como guardián de una esfera que contiene la destrucción del planeta. Djaka no quería que la asociaran a mí; ella era adorada por todos».

—Pues qué imbécil —comentó Jay sin poder evitarlo. ¿Por qué ahora sentía rabia por lo que le había sucedido al dragón?

Alastair resopló.

«No lo negaré. Se merece todo lo que le ha pasado en este futuro».

—Espero que cuando la veas recuerdes que la necesitamos para volver al pasado…

«Sé controlar mis emociones, mortal», dijo Alastair en tono seco.

Jay decidió que lo mejor sería abandonar el tema. Se centró en su tarea y trató de quitarse de encima la sensación de que Saekish todavía estaba al acecho. Pero los nervios se habían pegado a él como una lapa. Aquel mundo de sombras era la versión más terrorífica de Gea.

—¿Realmente no habría ninguna forma de que pudiéramos derrotar a Saekish? —murmuró Jay, consternado.

«No. Ahora mismo es mucho más poderosa que nosotros».

Jay hundió los hombros. No sabía con exactitud a cuánta distancia se encontraban del atolón Esmeralda, pero estaba seguro de que no estaban cerca todavía. Y si Saekish daba con ellos de

nuevo…

Observó a Alastair, inmóvil, y pensó también en el sacrificio de Luvann, que todavía lo atormentaba. Dudaba que fueran a tener la suerte de escapar una tercera vez…

Si lograban regresar al pasado, tenían que impedir a toda costa que Saekish recuperara su cuerpo.

Capítulo 26: La era de las sombras

Por tercera vez consecutiva, trató de estirar sus alas todo lo que pudo y volar. Lo único que consiguió fue elevarse durante un par de segundos en el aire antes de caer de bruces al suelo. Sacudió la cabeza y tosió, escupiendo tierra.

Escuchó una suave carcajada a sus espaldas. Irritado, se giró con rapidez para gruñir y enseñar los colmillos. Sin embargo, se quedó rígido al ver que lo que asomaba entre las flores era una pequeña dragona más o menos de su edad.

La observó, curioso. Nunca antes había encontrado a nadie más que pareciera de su especie. En general, el mundo era aburrido. La mayor parte de sitios estaban sumergidos en extrañas mareas de sombras y los rincones como aquel en el que se encontraban, un oasis de hierba, árboles y flores, eran cada vez más escasos.

Su vida había sido, por lo general, solitaria. Cualquier amigo que hubiera tenido había fallecido en cuanto se le acercaron las sombras. A él, por razones que no entendía, no le afectaban esas tétricas brumas.

—¿De qué te ríes? —acabó por decir, con cierta agresividad, después de unos segundos.

La dragona ladeó la cabeza y dejó escapar otra carcajada. Aunque similar a él, su aspecto era distinto: ella tenía escamas de un reluciente tono azul oscuro que parecían zafiros, frente a las suyas blancas. Sus ojos eran grandes y naranjas, y sus alas, en vez de estar recubiertas de plumas, eran membranosas.

—Es divertido ver a alguien más aprendiendo a volar —respondió ella. Su voz era una combinación extraña: poderosa, expandiéndose por todo el lugar, pero con un timbre melodioso —. Yo también tuve algunas dificultades, no te preocupes. Puedo enseñarte si quieres.

—¿Sabes volar?

—Claro que sé —dijo ella e irguió la barbilla, orgullosa.

Aun así, él seguía receloso.

—¿Por qué ibas a enseñarme?

—Quiero ayudarte, nada más. Y… —La pequeña dragona se encorvó, apenada—. No tengo a nadie que me haga compañía…

Otra criatura solitaria, como él, entonces.

—¿Cómo te llamas? —inquirió, acercándose a ella.

—Mi nombre es Djaka. «Zafiro en el tiempo» —explicó ella y movió la cola con alegría—. ¿A que es bonito?

Él la miró con cierta envidia.

—Sí que lo es… Yo me llamo Alastair. Pero no sé si tiene algún significado.

Djaka frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué hay de tus padres?

—No tengo padres —espetó él con tono seco.

—¿Cómo no vas a tener? Todos tenemos.
—¿Ah, sí? ¿Y dónde están los tuyos?

Djaka se encogió de nuevo, abrazándose con sus alas. Alastair se sintió mal por haberle causado esa tristeza.

—Murieron. Por las sombras. No sé por qué a ellos les afectaban más que a mí. Yo pude escapar, pero…

—Yo… No sé nada de mis padres. No los recuerdo —admitió Alastair—. La verdad es que hasta que te he visto a ti pensaba que yo era el único de mi especie.

—¿Especie? ¿El qué, un dragón? —dijo ella irguiéndose de nuevo y recuperando su alegría—. Mis padres me contaron que antiguamente éramos muchos, pero que, poco a poco, fuimos desapareciendo según el planeta iba enfermando.

Alastair frunció el ceño.

—Crees… ¿Crees que solo quedaremos tú y yo?

Djaka suspiró tristemente.

—No lo sé… No he visto a ninguno más. Mis padres pensaban que solo quedábamos nosotros.

Hubo varios segundos de silencio incómodo. Al fin, Djaka sacudió la cabeza y dijo:

—Pero bueno, no es momento de lamentarse. Estoy segura de que algún día las sombras se marcharán y el mundo entero será tan bonito como este lugar.

Alastair observó las flores azules en las que estaba Djaka, a juego con sus escamas. ¿Realmente habría alguna forma de que las sombras desaparecieran?

—Así que hasta que ese momento llegue, tú y yo estaremos juntos. Porque los dos somos dragones —declaró Djaka alegremente—. ¿Qué tal si te enseño a volar?
—Estaría bien —aceptó Alastair con la cabeza agachada, avergonzado.

—Bien, pues te enseñaré a volar y luego iremos a buscar comida.

—¿Por qué a buscar comida? Yo preferiría descansar un poco —protestó Alastair. Le dolía todo el cuerpo por las caídas que había tenido.

—Porque yo soy la mayor y, por tanto, la que manda.

Alastair la miró y gruñó, erizando las plumas del cuello.

—¿Quién dice que eres la mayor?

—Soy más grande que tú.

Era cierto, la dragona azul era unos centímetros más alta. Alastair se estiró todo lo que pudo y resopló.

—Eso no significa nada.

Djaka rio y le dio un toque en el hombro con su ala.

—Vale, vale, descansaremos un poco y luego iremos a por comida.

***

Los años junto a Djaka pasaron rápido. Viajaban en busca de aquellos oasis libres de sombras. El trayecto de uno a otro era tedioso para Djaka, y Alastair notaba las dificultades que tenía para moverse entre las brumas, pero no había mucho que pudiera hacer para ayudarla. Le preocupaba que la distancia entre los oasis era cada vez mayor y los que encontraban eran cada vez más pequeños. Las sombras estaban ocupando todo.

Alastair estaba tumbado sobre la hierba al sol, disfrutando de la sensación cálida de los rayos en sus plumas y escamas. Djaka había ido a recorrer el oasis, tan curiosa como siempre. Él había preferido descansar un poco.

—¡Alastair! ¡Alastair!

Levantó la cabeza al escuchar a Djaka llamándolo, alarmado. Pero cuando divisó a la dragona yendo hacia él, vio que su expresión era de alegría.

Tanto Djaka como él habían crecido un poco. Ahora ya estaban a la misma altura.

—¿Qué ocurre? —inquirió él, poniéndose en pie.

Djaka se detuvo frente a él con una sonrisa.

—¡Mira lo que he encontrado!

Alastair la observó detenidamente, confuso. Él no veía nada…

Detectó movimiento detrás de Djaka. De entre las patas de la dragona salió una pequeña ave fénix. Alastair frunció el ceño, analizándolo y olfateándolo con su hocico. Era de plumas negras como la noche, pero tenía algunas de un bonito color verde fluorescente. Su pico era corto y afilado, y sus ojos, de un tono verde pálido, lo miraban fijamente, tan curioso como él.

—Sabía que no podíamos estar solos en todo el mundo —continuó Djaka, alegre—. No habla nuestro idioma, pero estoy segura de que podemos enseñarle.

Alastair enarcó una ceja. Al menos, el fénix no parecía muy amenazador, se notaba que era una cría aún…

***

Cuando recordaba a Djaka, solía recrearse en sus malos momentos con ella, fruto del odio que sentía tras el rechazo de la dragona. Era incapaz de olvidar sus duras palabras, que lo había apartado porque prefería la admiración de otros a su compañía, después de todo lo que habían pasado juntos.

Sin embargo, la lluvia hacía que se sintiera nostálgico. Y estaba cayendo una auténtica tormenta en el exterior.

Tardó en poder moverse, pero, cuando lo consiguió, buscaron inmediatamente refugio tras las primeras gotas de agua. A Jay le sorprendió, pues había pensado que en aquel mundo de sombras tampoco habría lluvia ya.

Alastair permanecía en su forma de dragón, por lo que habían tenido que buscar una cueva suficientemente alta y ancha. Jay se había tumbado al fondo y se había quedado dormido enseguida, exhausto. Alastair, en cambio, no podía conciliar el sueño y había optado por acomodarse junto a la entrada y vigilar.

Un rayo surcó el cielo, iluminando brevemente sus ojos. Los entornó, clavando ligeramente las garras en la roca.

Sus recuerdos de la infancia se habían vuelto cada vez más difusos con el paso del tiempo, pero seguía teniendo una imagen perfecta de algunos momentos concretos. Habría preferido borrar de la memoria toda su relación con Djaka para así dejar de pensar en ella y no sentir remordimiento alguno cuando tuviera la posibilidad de llevar a cabo su venganza.

Retumbó un trueno en el exterior. Alastair percibía que las sombras estaban alborotadas.

***

—No deberías hablar con ella nunca más.

Alastair arqueó una ceja. Irguió el cuello y miró a Djaka por encima del hombro. La dragona azul lo observaba desde la entrada a la cueva que compartían con la indignación ardiendo en sus ojos.

—¿Con quién?

—Con Saekish.

—¿Por qué? —cuestionó Alastair, girándose—. Yo no te impido que hables con Volkorr o Luvann por mucho que ya no me lleve tan bien con ellos.

Djaka resopló.

—Volkorr y Luvann son normales, como tú y como yo. Saekish, en cambio, es… rara.

—¿Rara? —repitió Alastair, entornando los ojos.

Djaka apartó la vista, incómoda.

—No la vimos nunca antes de que atrapáramos todas las sombras en la esfera primaria. Apareció solo justo después para reprochárnoslo… ¿No te parece sospechoso?

—Se sentiría sola.

—Si se hubiera sentido sola, podría haberse unido a nuestro grupo mucho antes.

Habían pasado varios siglos desde que conociera a Djaka. Ambos eran ya adultos. Djaka contaba ahora con una preciosa cornamenta con gemas azules incrustadas para adornar su cabeza, haciendo resaltar sus ojos naranjas. Atraía las miradas de todas las criaturas allá por donde pasaba y ella, claramente, disfrutaba de esto.

Tras sellar las sombras en la esfera primaria, lo que había requerido un tremendo esfuerzo, el mundo cambió en gran medida. Habían dejado de tener que viajar en busca de oasis y habían podido asentarse en un sitio para vivir. Pero algo les inquietaba aún. Mientras el resto de criaturas que habían aparecido en aquel planeta libre de brumas, muchas traídas a través de los portales de Mhunn, vivían y morían con relativa rapidez, ellos no envejecían nada. Alastair

habría supuesto que tendría algo que ver con que eran dragones, pero ni Luvann, ni Volkorr, ni Kealis, ni Anatala, ni Mhunn habían envejecido tampoco.

Djaka creía que era debido a algún efecto causado por sellar las sombras en la esfera primaria. Alastair no sabía qué pensar.

—No voy a dejar de hablar con ella si no me da razón para ello —declaró Alastair, dando la conversación por concluida.
Djaka gruñó, pero no lo presionó más.

***

Era espeluznante descender por aquel desfiladero donde no brillaba el sol. El lugar, envuelto en sombras, le recordaba a Gea antes de la esfera primaria.

—Hacía mucho que no te veía por aquí.

Alastair se detuvo y miró a su derecha. Un par de ojos rosas brillaban en la oscuridad.

—He estado ocupado custodiando la esfera —contestó Alastair con sencillez—. Pero no me he olvidado de ti.

Una serpiente se materializó de entre las sombras. Saekish suspiró tristemente.

—Ah, sí, la dichosa esfera…

—Siento que tengas que estar así, Saekish, pero… lo hicimos por el bien de Gea.

—¿El bien de Gea? —Saekish bufó—. No me hagas reír, Alastair. Yo antes podía moverme con libertad tanto por la noche como por el día. Ahora, en cambio, el sol brilla en Gea durante el día en todas partes, quemando mis escamas. Me he visto limitada y recluida a la noche.

Alastair no podía decir que comprendía su sufrimiento. Aunque él también era inmune a las sombras, como Saekish, no se veía perjudicado por la luz.

—Tus compañeros solo pensaron en sí mismos —siseó ella—. Y algún día lo pagarán caro.

Ante esta amenaza, Alastair gruñó, enseñando los colmillos.

—Seremos amigos, Saekish, pero si le haces daño a Djaka…
Saekish resopló.

—Djaka, Djaka… Alastair, ¿en serio piensas que te quiere?

—¿Cómo? —dijo él, confuso.

—Más bien, ¿en serio piensas que te sigue queriendo? —se corrigió ella. Rio con desdén—. El ego de Djaka no hace más que crecer cada día con toda la admiración que le profesan las nuevas y estúpidas criaturas mortales de Gea.

—No creo que…

—Estás cegado por tu amor a ella. Pero el tiempo me dará la razón.

***

Alastair observaba su reflejo en el agua cristalina del lago, iluminado por los rayos del sol. Los pájaros cantaban a su alrededor, llenando el ambiente con su melodía. Él, en cambio, no podía sentirse más vacío por dentro.

Djaka acababa de dejar claro que no quería saber nada de él. Su popularidad se estaba viendo afectada por ser su compañera y había decidido cortar toda relación. Como si los siglos y siglos que habían estado juntos no significaran nada.

Estaba desolado, pero, a la vez, una tormenta de ira se desataba en su interior. Quería odiarla… y, sin embargo, no era capaz.

—No dirás que no te lo advertí, Alastair.

El dragón se giró en redondo al escuchar la voz a sus espaldas. Escondida bajo la sombra de unos árboles se encontraba una inmensa serpiente negra.

—Saekish —gruñó él, irritado. Su relación con ella había sufrido tras el par de intentos de Saekish de robar la esfera primaria para destruirla. Hacía años que no hablaban… ¿Cómo había sabido encontrarlo en el momento adecuado?

—¿Es esa la forma de saludar a tu vieja amiga? —se mofó la serpiente. No podía acercarse, pues eso supondría quedar expuesta a la luz—. Ha tardado más de lo que pensaba, pero Djaka al fin ha demostrado lo despreciable que es.

—No hables así de ella —dijo Alastair con frialdad.

Saekish echó la cabeza hacia atrás y rio.

—No es posible. A pesar de lo que te ha hecho, sigues enamorado de ella. ¿Cómo se puede ser tan necio?

Eso mismo le gustaría saber a Alastair. Pero los sentimientos no desaparecían de la noche a la mañana.

***

Y era cierto, había seguido amando a Djaka durante los años siguientes, aunque con cierto resentimiento, a pesar de que ella no había vuelto a hablar con él. Hasta su conflicto final con Saekish, que había acabado con un continente entero arrasado. Cuando Djaka lo había sellado, su amor por ella, al fin, se había transformado en un gélido odio.

¿Dónde estaría la esfera primaria? En el futuro, había sido destruida, por lo que, si no hacían algo para evitarlo en el pasado, el emperador y Saekish encontrarían la esfera. Pero Mhunn no había dejado más pistas.

***

Volaban hacia el atolón Esmeralda. Alastair no se sentía recuperado del todo todavía y, cada vez que batía las alas, el inmenso esfuerzo hacía que sus músculos ardieran, pero no había tiempo que perder.

El cielo continuaba nublado, si bien ya no amenazaba lluvia. No había peligro alguno en el aire, por lo que avanzaban sin dificultad.

Estaba cayendo la noche, aunque apenas hubiera diferencia con el día en aquel mundo de sombras, cuando divisaron en la distancia una inmensa torre en espiral. Se apreciaba ya el mar de agua negra, con el sonido de las olas rompiendo contra los acantilados.

Jay sonrió por el olor a sal. Le recordó a Ganthia, la isla de los torrogal. Si lograban convencer a Djaka, estarían ya muy cerca de regresar.

Alastair, sin embargo, no era muy optimista.

Aterrizaron en la base de aquella inmensa torre que parecía hecha de marfil. Jay se quedó boquiabierto al ver que se alzaba hasta casi tocar las nubes.

—¿Y esto?

«La morada de Djaka, aunque la torre es nueva —explicó Alastair en tono seco. Plegó las alas y levantó la vista—. Desconozco cuándo ha sido construida o qué propósito tiene».

—Bueno… Supongo que estará dentro —comentó Jay, aunque no localizaba la entrada.

Alastair entornó los ojos. Las sombras estaban inquietas, susurrando… Había algo extraño en el ambiente. Jay también lo percibió.

—¿Crees que Djaka se habrá marchado? —murmuró, temeroso. ¿Habrían viajado hasta allí para nada? Si no estaba ahí, ¿dónde estaría? No disponían de tiempo para rastrearla…

Jay dio un respingo cuando el ala del dragón rozó su hombro. Alastair se había pegado a él, sin responder, pendiente de algo.

—No, no se ha marchado.

La voz femenina le produjo un escalofrío a Jay. No, no era posible. ¿Cómo los había alcanzado?

—Sin embargo —prosiguió Saekish, emergiendo de las sombras—, no llegaréis hasta ella.
«¿Cómo nos has localizado?», gruñó Alastair, tensando los músculos. Extendió ligeramente las alas, inclinando el cuello para que su cabeza quedara por delante de Jay.

Saekish puso los ojos en blanco.

—Era obvio hacia dónde os dirigíais.

—Aun así, no tendrías que haber llegado antes que nosotros —exclamó Jay, que apretó los puños para ocultar el temblor.

—Puedo desplazarme con gran rapidez a través de las sombras, humano —respondió Saekish con desdén. Miró al dragón blanco—. Ah, Alastair, si tan solo hubieras accedido a colaborar conmigo desde el principio… Te dije que haría lo que fuera para que Gea regresara a su estado natural como un mundo de sombras. Y tú podrías haber estado a mi lado.

«Un mundo así no es lo que quiero», replicó él, con las plumas crispadas.

—Ya… Lo cual te convierte en mi enemigo. Una pena. Eras el único que me comprendía. Sin embargo, siempre insististe en tratar de frenarme… Por tanto, tú también debes desaparecer —concluyó Saekish ferozmente y abrió la boca, mostrando sus afilados colmillos y emitiendo un estridente chillido.

Jay se llevó las manos a las orejas, ahogando una exclamación ante el dolor que taladró su mente. Las sombras empezaron a girar en torno a ellos. Alastair rugió y las brumas retrocedieron durante un par de segundos antes de acercarse de nuevo.

—Siempre tuve un control superior al tuyo —se mofó Saekish.

Jay observaba la escena con los ojos muy abiertos, mientras trataba de pensar en alguna forma de escapar, pero no se le ocurría nada. Estaban ya tan cerca de regresar al pasado… Y la que se lo iba a impedir no era ni más ni menos que Saekish, a quien tendrían que enfrentarse en el pasado también. Si no podían derrotarla en el futuro, que estaba sola…, ¿qué posibilidad tendrían en su tiempo, con todos los aliados que poseía?

Los espectros se abalanzaron sobre ellos. Jay los repelió con su fuego, pero sabía que no aguantaría mucho. Eran demasiados.

Saekish reptó con la fluidez de una ola hacia donde estaban. Saltó sobre Alastair y los dos se enzarzaron en una pelea de la que Jay pronto quedó alejado. Le habría gustado comprobar cómo se las estaba apañando Alastair, pero los espectros apenas le dejaban respirar.

Uno de ellos hundió las garras en su brazo y Jay apretó los dientes, logrando contener a duras penas el grito de dolor. No podía usar su espada, pues los espectros no eran corpóreos del todo y no le serviría de mucho. Sin embargo, sí que eran materiales hasta cierto punto, pues podían herirlo.

Escuchó el rugido de Alastair. Echó un breve vistazo por encima del hombro y se le encogió el corazón de pánico al ver que Saekish había hundido sus colmillos en el cuello del dragón. ¿Lo habría envenenado?

Alastair empujó a la serpiente con sus garras. Ella soltó una carcajada mientras se alejaba.

—No imaginaba que estarías tan débil, Alastair. Es un poco decepcionante. ¿Qué te ha pasado en todos estos años que has estado ausente?

Alastair clavó sus ojos de hielo en ella, gruñendo. Tenía que haber alguna forma de derrotarla… No podían quedarse a las puertas de regresar al pasado.

Batió las alas e invocó una fría ventisca. La serpiente se encogió y se cubrió con un manto de sombras. Los trozos de hielo chocaron contra el escudo, haciéndose añicos.

El dragón no se detuvo. Desapareció en un cúmulo de brumas y reapareció en un parpadeo tras Saekish. Ella se volvió de inmediato y frenó con su cola las afiladas garras del dragón.

—Aún recuerdo nuestra batalla por el destino de la esfera primaria —dijo ella mientras forcejeaban—. ¡Qué diferente fue a este enfrentamiento tan patético! Por ese entonces sí que eras un digno oponente capaz de derrotarme. Y ahora…

Saekish apartó a Alastair con la ayuda de una onda de sombras. El dragón salió despedido por los aires, cayendo con brusquedad unos metros más lejos y clavándose varias rocas. Trató de incorporarse, pero el veneno actuaba rápido y ya estaba paralizando sus músculos. Sus patas temblaron y se derrumbó en el suelo, apretando los dientes.

—¡Alastair! —lo llamó Jay, preocupado, al ver que no se movía. Apartó a los espectros con un círculo de llamas y se lanzó corriendo hacia él. Puso las manos en las gélidas escamas de su

hombro; la angustia se había apoderado de su corazón—. ¡Alastair! ¿Estás bien?

El dragón clavó en él sus ojos de hielo. Jay tuvo un escalofrío al ver su mirada derrotada, cargada de amargura.

«Aquí termina todo, Jay. Saekish en este futuro es demasiado poderosa».

—No, no, no… —Jay sacudió la cabeza y parpadeó repetidamente para despejar las lágrimas. Tenía que conseguir que Alastair reaccionara—. ¡Piensa en Caedra! —gritó, incapaz de controlar el tono de su voz en medio de aquel momento de terror—. Ella… ¡Ella nos está esperando en el pasado! ¡No podemos abandonarla!

Los ojos de Alastair brillaron con dolor y rabia. Clavó las garras en la roca, pero, por más que lo intentó, sus músculos no respondieron. Se le estaban durmiendo las extremidades…

Pero Jay tenía razón. No le podía fallar a Caedra. Ella se había convertido en la razón de su existencia, era la causa de que hubiera recuperado las ganas de vivir. ¿Acaso iba a fracasar ahora?

—¡Estáis acabados! —declaró Saekish mientras reía con sorna—. Gea siempre será un mundo de sombras.

A Jay se le pusieron los pelos de punta. Se irguió y giró sobre los talones. Palideció al ver que la serpiente iba hacia ellos, dispuesta a dar el golpe de gracia. Las sombras la envolvían, tan ansiosas como su ama por saborear la sangre.

«¡Apártate!», rugió Alastair; la desesperación en su voz era tan evidente que sorprendió a Jay. El dragón intentó ponerse en pie, sin éxito, y el latido frenético de su corazón retumbó en sus oídos. No podía permitir que Jay muriera; Caedra se rompería por completo si lo perdía. Y se encontró con que él mismo también sufriría si no era capaz de protegerlo.

Pero no había nada que pudiera hacer.

Jay apretó los dientes e ignoró la orden de Alastair. Endureció la mirada, desenvainó su espada y la envolvió en fuego azul, iluminando el lugar. No abandonaría a Alastair, aunque eso supusiera el fin…

«¡Aparta, Jay!». Y Jay pensó que la voz de Alastair sería lo último que escucharía.

Hubo un chasquido y fue cegado por completo. Jay se cubrió el rostro con el brazo mientras oía a Saekish gritar de agonía a la vez que un temible rugido atravesaba el lugar. ¿Qué estaba pasando?

El brillo se apagó. Jay, al fin, pudo observar la escena.

Saekish yacía en un cráter del suelo, con las sombras envolviéndola poco a poco y humo ascendiendo de su piel chamuscada. Encima de ella se erguía ahora una dragona con escamas de zafiro e inmensas alas membranosas extendidas.

La serpiente siseó y se retorció.

—¡Djaka! ¡¿Por qué has decidido salir precisamente ahora de tu maldita torre?!

¡Había estado a nada de acabar con Alastair y el humano!

Djaka la observó con ojos vacíos. Las gemas azules en su cornamenta se iluminaron y Saekish

aumentó sus esfuerzos por liberarse.

«No eres bienvenida en mis dominios, serpiente desgraciada. Piérdete».

Por toda respuesta, Saekish, al fin, se desvaneció entre las sombras, desapareciendo en un instante.

Jay observaba todo nervioso y con el corazón latiendo a mil por hora. Djaka se giró hacia ellos y Jay se quedó rígido. La dragona los miraba fijamente, sin moverse.

¿Los atacaría también?

Capítulo 27: Djaka

Cuando Djaka fue hacia ellos, Alastair asumió que estaban acabados. La dragona todavía tenía las gemas de su cornamenta encendidas de furia tras su breve intercambio con Saekish, y él seguía sin poder moverse. No parecía que fueran a tener siquiera la oportunidad de intentar convencerla…

«¡Alastair!».

Que Djaka gritara su nombre no lo sorprendió. Lo que no se esperaba era que lo hiciera con… ¿alegría? ¿Alivio, incluso?

Jay tampoco daba crédito a lo que había escuchado y estaba viendo. Las gemas se apagaron. Aunque con cierta reticencia, le permitió a Djaka acercarse a Alastair cuando esta no mostró hostilidad alguna. Al contrario, la escuchó sollozar. Jay miró a Alastair, confuso. El dragón, sin embargo, no apartaba la vista de Djaka, receloso.

«Djaka, ¿se puede saber qué haces?», preguntó Alastair, su voz tan gélida que hasta el páramo más cálido del planeta se habría congelado por completo ante su presencia.

La dragona de escamas azules se había tumbado frente a él, acercando su rostro al del dragón blanco, que habría retrocedido de ser capaz de moverse.

«Alastair, ¡eres real! —exclamó ella, maravillada. Pero sus ojos reflejaban, a la vez, un profundo pesar—. ¿Cómo…? ¿Cómo es posible?».

Alastair estaba cada vez más desconcertado. Ignoró la incómoda cercanía de la dragona para centrarse en otros asuntos.

«¿Acaso te alegras de verme?».

Djaka, sin embargo, no contestó. Pegó su frente a la del dragón blanco, haciendo que sus cuernos chocaran. Alastair gruñó, molesto, pero se relajó al darse cuenta de que, poco a poco, volvía a notar las extremidades. Djaka lo estaba curando del veneno.

Al fin pudo levantarse. Sus músculos seguían entumecidos, pero lo primero que hizo fue apartarse de ella. Fue junto a Jay, que continuaba a un lado observando la escena con confusión. A Jay no se le escapó que Alastair lo cubrió parcialmente con un ala y su corazón se aceleró.

«¿Qué te ocurre, Alastair? —sollozó Djaka, irguiéndose, pero con la cabeza agachada por el rechazo—. ¿Por qué te alejas? ¡He estado tanto tiempo esperándote…!».

«Djaka, no soy el Alastair de este tiempo», dijo él, irritado.

Ella lo miró con la frente arrugada.

«¿Qué más da?», acabó por responder.

Alastair clavó en ella sus ojos azul hielo; su pupila apenas era una fina línea. Djaka se encogió intimidada.

Jay se fijó en lo diferente que era esta Djaka de la que habían conocido antes de caer por el portal dimensional, no solo en su actitud. Aunque se había mostrado fuerte y poderosa contra

Saekish, su porte autoritario del pasado había desaparecido por completo. No era más que un cervatillo amedrentado frente a Alastair.

«Alastair, llevo años esperando. Pensaba que habías desaparecido para siempre… —murmuró Djaka—. He tenido mucho tiempo para contemplar mi larga vida ahora que todo lo que queda de Gea es este mundo de sombras».

—No entiendo nada —habló al fin Jay, impacientándose. Djaka bajó la mirada y arrugó el hocico. Reparaba por primera vez en él, medio oculto por las largas plumas del ala de su compañero—. ¿Ya no quieres matar a Alastair? Porque es tu culpa que estemos atrapados en el futuro, ¿sabes?

«¿Quién eres?», preguntó ella.

—¿No te acuerdas de mí? Estaba junto a Alastair cuando lo empujaste al portal.

Djaka sacudió la cabeza.

«Yo… no recuerdo nada semejante. La última vez que vi a Alastair fue… hace más de mil años, cuando…». No completó la frase, pero era evidente a qué momento se refería. Alastair gruñó.

«Y ojalá hubiera permanecido así, pero este ya es el segundo encuentro indeseado que tengo contigo —masculló él—. Sin embargo, en esta ocasión sí que podrías sernos de ayuda».

«Alastair, tienes que perdonarme», suplicó ella, inclinando su cuello de tal forma que se mostraba inferior a él.

«No tengo que perdonarte nada, Djaka —la interrumpió él, mirándola con condescendencia—. No quiero saber nada de ti. Me abandonaste hace tiempo por tu propia voluntad y, después, por si no era suficiente, me traicionaste y me arrebataste mi cuerpo».

Los ojos de la dragona azul se llenaron de lágrimas.

«¡Alastair, por favor! Me arrepiento tanto…».

«No me interesa en lo más mínimo —la cortó él de nuevo—. Si quieres hacer algo por mí, devuélvenos a Jay y a mí al pasado, a donde pertenecemos».

Hubo unos segundos de silencio. Jay aguardaba la respuesta de Djaka casi conteniendo la respiración, nervioso. Había esperado tener que convencerla para que los ayudara tras impedir de cualquier manera que atacara otra vez a Alastair, no que fuera ella la que suplicara al dragón blanco.

Djaka les dio la espalda, encorvada.

«No».

Alastair enseñó los colmillos.

«¿No?»

Ella giró la cabeza para mirarlo.

«No, de ninguna manera. ¡Llevo tanto tiempo sola…! —sollozó con profundo pesar—. Esta vez no te dejaré marchar».

«Tu soledad no es problema mío —replicó Alastair, molesto. Se acercó a ella y la rodeó para quedar cara a cara. Jay echó de menos tenerlo a su lado. Alastair se irguió, erizando las plumas del cuello—. Devuélvenos al pasado. Ahora».

«Alastair, por favor, tienes que comprenderme —insistió Djaka—. Quiero hablar contigo… Todo este tiempo he estado pensando que estabas muerto, y ahora…».

«Sigue pensándolo. No tengo nada que hablar contigo, Djaka —espetó él, clavando las garras en la roca—. Tú no diste importancia alguna a mis sentimientos hace siglos. ¿Por qué debería actuar yo de manera diferente?».

Djaka hundió los hombros.

«Me arrepiento mucho…», empezó a balbucear ella.

«No me importa. ¿Vas a ayudarnos?», fue todo lo que dijo Alastair, observándola con el resentimiento reflejado en sus ojos, tan claro como el agua.

La dragona azul suspiró con tal tristeza que hasta a Jay se le encogió el corazón. Era la viva imagen de la derrota, con la cabeza agachada, la cola arrastrándose por el suelo y la mirada apagada.

«Está bien», cedió, al fin.

Jay frunció el ceño. Pensaba que insistiría más, dada su actitud…

«Seguidme —indicó ella y echó a andar—. Mis poderes han mermado con los años y ya no puedo invocar un portal allá donde yo quiera. Solo puedo concentrar mi poder en el portal dimensional que mantengo siempre abierto en lo alto de la torre».

«Espero que no estés intentando engañarnos», siseó Alastair con los ojos entornados, la amenaza implícita en sus palabras, pero fue tras ella. Jay lo imitó.

***

El interior de la torre era un espacio curioso. Estaba iluminado por gemas azules, similares a las de la cornamenta de Djaka, y sus baldosas blancas brillaban libres de sombras. Por lo demás, estaba vacío. Solo había una rampa lisa de caracol hasta llegar a la cima, donde se extendía una amplia plataforma.

«Aquí paso la mayor parte del tiempo… —se lamentó Djaka, yendo hacia un pequeño orbe de luz que flotaba en el centro de la sala. El techo estaba muy alto, permitiendo a ambos dragones moverse con libertad—. Han pasado años desde la última vez que vi a Luvann…».

«Está muerto», informó Alastair, con la calidez de una tundra congelada. Jay se encogió. ¿Era necesario que fuera tan brusco?

Djaka se giró de golpe, con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada.

«No… No puede ser».
«Murió de camino al atolón Esmeralda para protegernos de Saekish».

A Jay se le formó un nudo en la garganta al recordarlo. Lo único que le proporcionaba algo de consuelo era que, si conseguían regresar al pasado, Luvann seguiría vivo.

Djaka se envolvió en un brillo cegador, pero duró solo unos instantes. Cuando se apagó, donde había estado la dragona había ahora una joven mujer.

Jay se quedó boquiabierto al verla. Tenía la piel blanca como el marfil, lisa e impoluta. Era alta y esbelta, con dedos finos y afilados. Su largo cabello azul oscuro caía como una cascada por su espalda hasta la cintura, enmarcando su rostro de facciones duras, pero aristocráticas. Tenía unos ojos naranjas que brillaban con intensidad, aunque algo ensombrecidos por las marcadas ojeras bajo ellos. Llevaba un sencillo vestido blanco y estaba descalza. También portaba unos curiosos brazaletes de acero en las muñecas.

Era, con diferencia, la mujer más bella que había visto, a pesar del aire de soledad que la rodeaba. Jay sacudió la cabeza y volvió a la realidad cuando, tras otro brillo similar junto a él, Alastair regresó a su forma humana. Djaka no solo lo había curado del veneno: también le había devuelto la energía.

Jay se preguntó cómo funcionaba la transformación que realizaban, exactamente. Era un proceso casi instantáneo y la ropa que llevaban como humanos permanecía intacta. Por tanto, no debía de ser una transformación como tal, no era que transformaran su propio cuerpo, ya que esto dejaría las prendas hechas trizas. Más bien, parecía que sustituían un cuerpo por otro. ¿Cómo lo harían? ¿Sería otra de las habilidades que habían adquirido al crear la esfera primaria? Quizás habían absorbido esa capacidad de las sombras para cambiar de cuerpo…

En cualquier caso, no era el mejor momento para preguntar y salir de dudas.

—Luvann… —murmuró Djaka. Su voz era ahora más clara que cuando Jay la tenía que escuchar en su mente—. ¿Realmente está…?
—Queremos volver al pasado, Djaka —espetó Alastair, implacable.

Jay, sin embargo, empezaba a sentir cierta pena por Djaka. Ahora que la veía como humana, el sufrimiento en su rostro era mucho más tangible y cercano al suyo.

—Alastair, por favor, dame una oportunidad para hablar las cosas —suplicó ella, avanzando hacia él y extendiendo una mano.

Alastair retrocedió y se cruzó de brazos, creando una especie de barrera entre ellos. La observaba con frialdad. Su silencio fue respuesta suficiente y los ojos de Djaka se inundaron de lágrimas.

—¡Por favor! —exclamó y se dejó caer de rodillas frente a Alastair—. Alastair, no me dejes sola. ¡No puedo soportar más este mundo de sombras!

—Sé que no aguantarás mucho más en un mundo así —dijo él, mirándola con la misma condescendencia que cuando habían estado en sus formas de dragón—. Sin embargo, es lo que te mereces.

—Lo siento, Alastair. Jamás tendría que haberme alejado de ti… Jamás tendría que haber dudado de tus intenciones…

—Devuélvenos al pasado, Djaka.

La mujer se había quedado encorvada, con las manos apretadas contra su pecho y la cabeza agachada, haciendo que su largo pelo cayera como una cortina, ocultando su rostro.

Jay siguió observándola, afligido. Comprendía su sentimiento de pérdida y no quería ni imaginar lo que era haber estado tantos años en soledad, con la única compañía de las crueles sombras. Además, la actitud de esta Djaka no tenía nada que ver con la Djaka que los había atacado en el pasado y parecía realmente arrepentida por sus actos. ¿Era necesario que Alastair fuera tan cruel?

Dio un paso hacia ella, dispuesto a acercarse…

Y Djaka echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Jay se quedó rígido. Alastair entornó los ojos.

—Debería haberlo imaginado —dijo ella entre carcajadas. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Alastair, Alastair… No eres más que un espectro, ¿verdad? Las sombras insisten en torturarme…

Alastair gruñó. Luvann había mencionado que Djaka estaba perdiendo la cordura. Había estado esperando algún brote de ese tipo, pero había tenido la esperanza de que el fénix solo hubiera exagerado.

—Djaka, no soy un espectro. Mírame.

Ella lo ignoró. Se puso en pie y les dio la espalda, murmurando para sí:

—Ilusiones, ilusiones… Eso es lo que me hago siempre.

Alastair fue junto a ella. Djaka ahora se había quedado en silencio, abrazándose a sí misma y mirando fijamente el pequeño orbe de luz.

—¿Te atacan los espectros a menudo? —preguntó Alastair, dejando una distancia prudente.

—Constantemente. Pero jamás lograréis engañarme —siseó ella. Sacudió la cabeza y se le escapó otra carcajada—. Siempre he sido la criatura más poderosa de Gea… Algo así no podrá nunca conmigo.

Alastair se pellizcó el puente de la nariz, irritado. ¿Cómo podrían convencerla de que eran reales?

—Pero al menos me hacéis compañía —prosiguió Djaka—. Hasta el día que decidáis consumirme.

—Venimos del pasado —dijo Alastair, asegurándose de mantener un tono lo más calmado posible—. Tú misma nos enviaste a este futuro, Djaka, porque querías deshacerte de mí. No somos espectros.

Djaka rio por lo bajo y se llevó los dedos a sus labios.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así?

—O nos devuelves al pasado o no habrá nadie que evite que este futuro se cumpla.

—¿Futuro? —repitió ella y sacudió la cabeza. Se giró, al fin, para mirarlo—. Esto es el presente. Y sabes que no mando a nadie al pasado. El curso de la historia no debe ser alterado, o las consecuencias serían terribles.

«¿Más terribles que este mundo de sombras?», pensó Jay, escéptico.

—Conozco tus reglas sobre el viaje en el tiempo —dijo Alastair, cruzando los brazos—. Sin embargo, nosotros ya procedemos del pasado. No estaríamos aquí de no ser por ti y no podemos quedarnos en un futuro al que no pertenecemos.

—Pasado, futuro… —Djaka soltó una delicada carcajada y le dio la espalda de nuevo—. ¿Qué más da? Gea está condenada igualmente. Las sombras…

Djaka murmuró algo para sí mientras echaba a andar. Alastair frunció el ceño.

—Djaka…

—¡Cállate! —rugió ella, girándose de golpe. Sus ojos se habían incendiado por la llama de la ira. Alastair, sin embargo, no retrocedió. Jay sí que dio un paso hacia atrás, intimidado—. ¡Estúpido espectro! ¡¿No se supone que las sombras tratáis de engañarnos ofreciéndonos aquello que más deseamos?! ¡¿Por qué me mostráis a un Alastair que me rechaza?! ¡No servís para nada!

La mujer extendió un brazo y dos de sus brazaletes salieron disparados hacia Alastair. Estos cambiaron de forma en el aire y el metal se expandió hasta formar cadenas. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, y Alastair no pudo reaccionar. Se enrollaron en torno a sus muñecas y se engancharon al suelo de lisas baldosas blancas. Estaba atrapado.

Alastair gruñó.

—Suéltame —ordenó con voz glacial.

Djaka lo ignoró. Se giró hacia Jay.

—Y tú también —declaró, extendiendo su otra mano hacia él para encadenarlo con los brazaletes que le quedaban.

Jay sí tuvo tiempo para reaccionar. Rotó sobre su propio eje y creó un escudo de fuego. La temperatura subió con brusquedad.

—¡Humano insolente! —chilló Djaka y estampó su pie en el suelo al ver cómo el metal de las cadenas empezaba a fundirse. Tuvo que apartarlas—. Tú… ¡Ni siquiera sé quién eres tú! ¡¿Por qué apareces ante mí, espectro miserable?!

—Eso es porque no soy un espectro —replicó Jay, deshaciendo el escudo de fuego, pero manteniendo las piernas flexionadas y los brazos cruzados delante de él, por si acaso—. Mi nombre es Jay y acompaño a Alastair.

—Las sombras solo pueden manifestarse como fragmentos de tu mente… —murmuró Djaka para sí. Clavó sus ojos naranjas en Jay—. ¿Eres real, pues?

—Sí —declaró él con firmeza.

—Así que tú eres el culpable… —Djaka arrastró las palabras, dando un paso hacia él.

Jay retrocedió, confuso.

—¿Culpable de qué?

—¡Eres el que ha vuelto a Alastair en mi contra! —ladró ella, señalándolo de forma acusadora con el dedo índice—. ¡Lo has corrompido hasta que ahora tiene esa visión tan distorsionada de mí!

—Eso lo has conseguido tú sola, Djaka —masculló Alastair, que estaba intentando librarse de las cadenas, en vano.

Djaka le dedicó una breve mirada.

—¡Silencio!

Las cadenas que habían quedado abandonadas en el suelo tras el intento de atrapar a Jay flotaron de nuevo en el aire. El metal se moldeó hasta formar una afilada guadaña que fue a las manos de Djaka.

—¿Sabes qué he hecho siempre con las criaturas inferiores que me molestan? —dijo ella mientras se acercaba a Jay. Él desenvainó la espada—. He sido admirada y respetada siempre. Por todos. ¡Y eso es porque me aseguro de que todo aquel que ose cuestionarme sea destruido!

Jay saltó hacia atrás para esquivar el filo de la guadaña, que descendió en diagonal hacia él. Djaka, con ojos desorbitados, dejó escapar una macabra carcajada.

—¡Patético humano! No tienes nada que hacer contra mí.

La guadaña fue hacia él de nuevo a la velocidad de la luz. Jay la frenó con la espada y apretó los dientes. A pesar de estar casi en los huesos, la mujer tenía fuerza.

—Es tan divertido que pienses que tienes siquiera alguna posibilidad contra mí… —ronroneó ella. Jay ignoró su sonrisa condescendiente, centrado en mantener su guadaña alejada de él—. Si me transformara en dragón, te aplastaría en un instante. Pero así es más entretenido, ¿no crees?

Jay envolvió la espada en llamas y forzó a Djaka a apartarse. Ella gruñó.

—Ah, el fuego… Uno de los elementos más destructivos. Nunca terminé de llevarme bien con Volkorr por eso, aunque en mi forma de dragón yo también puedo manejarlo.

Volkorr, dios del fuego y de los torrogal. Jay se preguntó si seguiría vivo en aquel futuro.

Intercambiaron varios golpes y estocadas hasta que Jay consiguió alejarla de nuevo.

—Djaka, yo no le he hecho nada a Alastair —dijo él, jadeando.

Estaba siendo una pelea más complicada de lo que parecía a simple vista: no solo tenía que evitar que Djaka lo matara, sino que debía tener cuidado de no herir accidentalmente de gravedad a Djaka. La mujer atacaba con habilidad y fiereza, y era peligrosa. Pero él tenía que contenerse y no contraatacar de ninguna forma significativa. Terminaría por cansarse antes que su oponente y, entonces, estaría perdido.

Pero Djaka era la única capaz de devolverlos al pasado. No podían perderla.

Djaka clavó el astil de la guadaña en el suelo y se irguió a la vez que reía. Alzó la barbilla y lo miró con desdén.

—Mi única alegría en este mundo de sombras es que los humanos hayáis sido exterminados. Incluso el propio hombre lo suficientemente necio como para colaborar con Saekish y desencadenar esta desgracia en todo el planeta… —Djaka sacudió la cabeza—. Si hubiera sabido que uno de los vuestros iba a ser la causa de todo esto, os habría aniquilado yo misma hace tiempo. Sois despreciables… —Hizo una pausa para observar con aparente fascinación las uñas de la mano que no sostenía la guadaña—. Aunque he de admitir que mi forma humana no me

disgusta… Contradictorio, ¿no?

Jay aprovechó que Djaka estaba divagando para acercarse a ella con rapidez. Deslizó su espada en el aire con el objetivo de arrebatarle la guadaña. Pero, justo cuando iba a alcanzarla, Jay parpadeó y ya no estaba.

Escuchó la risa de Djaka a sus espaldas y se giró de inmediato. A duras penas logró interponer la espada entre el filo del arma y su pecho.

—Acelero o ralentizo el tiempo como me plazca, humano —se mofó ella—. Jamás me alcanzarás. Y, además…

Djaka deslizó con brusquedad su mano a la derecha. La espada de Jay salió volando por los aires y cayó unos metros más lejos, con el sonido metálico del impacto con las baldosas resonando por la sala.

—… controlo el metal —completó ella, divertida.

Jay palideció. Envolvió sus puños en fuego, pero ahora veía que realmente no tenía nada que hacer contra una criatura como Djaka. Si así lo deseaba, lo atravesaría con su guadaña en un abrir y cerrar de ojos antes de que él supiera siquiera lo que había pasado.

Y Alastair también era consciente de esto. Aquel diminuto orbe de luz que flotaba, inocente, en medio de aquel lugar era el que permitía, de alguna forma, a Djaka tener todos sus poderes, como si las sombras no hubieran drenado su fuerza a lo largo de esos años.

—Djaka, detente —ordenó Alastair. Al escucharlo, Djaka bajó la guadaña y se irguió—. Si le haces daño, jamás hablaré contigo.

Djaka se giró hacia él.

—Por fin… ¿vas a hablar conmigo? —murmuró, esperanzada. Jay arqueó una ceja, aunque no relajó su postura ni apagó el fuego, por si acaso. ¿Dónde estaba la macabra Djaka de hacía unos segundos?

—Solo si no le haces daño a Jay. Ese es el trato —dijo Alastair a regañadientes. Seguía sin estar dispuesto a conversar con Djaka por voluntad propia, pero era la única manera que veía de conseguir lo que necesitaban.

Djaka dejó caer la guadaña al suelo. Jay se encogió ante el golpe del metal contra las baldosas. La mujer fue corriendo hasta Alastair y se lanzó a abrazarlo. Alastair la miró con claro enfado, pero no tenía forma de apartarla, pues seguía encadenado.

—¡Alastair, perdóname, por favor! —sollozó ella, con mares de lágrimas.

Jay hizo una mueca. Volvía a ser la del principio… Al menos, ya no pensaba que eran espectros.

—Sé lo ignorante que fui —prosiguió Djaka, aferrada a Alastair—. Jamás tendría que haberme alejado de ti. No aprecié suficientemente lo mucho que me quieres…

—Lo mucho que te quería —la corrigió Alastair, irritado—. Ya, no.

Jay le lanzó una mirada de advertencia al ver cómo Djaka lloraba con más intensidad. No tenía ganas de enfrentarse a ella de nuevo si se molestaba.

—Me arrepiento tanto de las cosas que te dije… —se lamentó Djaka. Se apartó para mirar a Alastair a los ojos, aunque apenas distinguía su fría expresión a través del velo de lágrimas—. Yo nunca dejé de quererte. Traté de ignorar mis propios sentimientos por lo que pensaban las demás criaturas de Gea sobre ti…

Alastair suspiró pesadamente.

—Djaka, puedo escucharte, pero debes entender que jamás volverá a haber nada entre nosotros.

Ella agachó la cabeza y se mantuvo en silencio. Las lágrimas caían de su barbilla al pecho.

—Estás así por todos los años que llevas sola —prosiguió Alastair—, a consecuencia de este mundo de sombras. Sin embargo, si nos devuelves a Jay y a mí al pasado, puede que consigamos hacer algo para que el futuro cambie y esto no ocurra. Nada de esto sucederá, ni habrá existido.

—Pero… Yo… —balbuceó ella. Retrocedió un par de pasos y apretó los puños—. No… No puedo perderte de nuevo… No quiero quedarme sola… —Y Djaka rompió a reír de nuevo. Jay tuvo un escalofrío. ¿Los atacaría una vez más?—. Sola… Sola… Siempre he estado sola, en verdad, ¿no es así? —Se abrazó a sí misma—. Desde que te aparté de mí, Alastair…

Alastair no respondió. La observaba en silencio con sus ojos de hielo. Jay se preguntó qué estaría pensando, pues su expresión era indescifrable. Esa mujer había sido su pareja en el pasado, si bien un pasado muy remoto para criaturas inmortales como ellos. ¿No era capaz de sentir compasión alguna?

Djaka seguía riendo y llorando. Y, entonces, la torre entera tembló.

Jay logró mantener el equilibrio. Miró a Alastair, que tenía el ceño fruncido, y luego a Djaka, que se había puesto seria.

—Saekish… —siseó Djaka. Extendió el brazo y la guadaña fue a su mano, transformándose en los brazaletes que enrolló en su muñeca.

Jay palideció. ¿Saekish de nuevo?

—Djaka, envíanos de vuelta al pasado —dijo Alastair con rapidez—. Viene a por nosotros.

Djaka resopló.

—Si Saekish cree que puede hacer algo contra mí en mis dominios…

Tuvo que callar cuando otro temblor sacudió la torre. Los tres cayeron al suelo esta vez, aunque enseguida se pusieron en pie.

Djaka ya no parecía tan segura. Había fruncido el ceño y apretado los labios.

—No es posible… —murmuró, llevándose una mano al pecho.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Alastair. Las cadenas le impedían percibir lo que sucedía alrededor con total claridad.

—Las sombras… Los espectros… —Djaka abrió los ojos como platos. Estaba temblando y Jay intuyó que eso no significaba nada bueno—. Saekish los ha concentrado a todos en mi torre.

Alastair apretó los dientes. Saekish estaba dispuesta a acabar con ellos, costara lo que costara. Aunque tuviera que abandonar su juego de desgastar poco a poco a Djaka.

—Ni siquiera los tres juntos podríamos contra todo eso —dijo Alastair muy serio. Djaka lo miró, temerosa—. Djaka…

—Yo… Yo…

La mujer se dejó caer de rodillas al suelo y hundió el rostro en las manos, sollozando. Hubo otra sacudida que recorrió la torre entera.

Jay observó a Djaka, apenado. Fue junto a ella, aunque no sabía muy bien qué hacer o decir.

—Djaka… Puede que Gea esté condenada en este futuro. Que Saekish haya traído todo su ejército a tu torre. Que no haya nada que puedas hacer para vencerla ahora. Y que este sea el fin…

Djaka alzó la mirada, confusa. Jay se forzó a seguir hablando al ver que había captado su atención:

—Pero eso es solo el fin en este futuro. Si nos envías a Alastair y a mí al pasado, lo cambiaremos. Y nada de esto habrá sucedido.

—¿Nada…?

—Nada. Todo será diferente. Nos aseguraremos de que Saekish no se salga con la suya. Las sombras no regresarán a Gea —declaró con toda la firmeza que pudo.

Estaba asustado por el inminente ataque de Saekish, que podía aparecer en cualquier momento, y por la posibilidad de que los matara a todos y ahí se terminara su recorrido en ese mundo. Pero, a la vez, estaban más cerca que nunca de regresar al pasado. Más cerca de volver con Caedra…

Tenía que intentarlo. Se agachó y puso las manos en los hombros de Djaka con suavidad. La piel de la mujer estaba fría.

—Por favor, Djaka. Es la única oportunidad que tenemos.

Estuvieron varios segundos, que a Jay le parecieron una eternidad, mirándose a los ojos. Djaka estaba asimilando todo lo que le había dicho y lo que eso significaba. La mirada de Jay albergaba esperanza. La de Djaka era sombría.

La torre tembló de nuevo y Djaka, al fin, parpadeó. Se puso en pie y Jay se apartó para darle espacio.

—Yo… Está bien —dijo ella, con voz ahogada. Estaba haciendo un esfuerzo para mantener la compostura. Hizo un gesto con la mano y Alastair fue liberado de las cadenas. Él se irguió de inmediato frotándose las muñecas, molesto, pero se mantuvo en silencio—. Os enviaré… de vuelta al pasado.

No quería quedarse sola de nuevo. Sin embargo, era inevitable. Si no los ayudaba, Saekish los mataría a todos en los minutos siguientes.

—Tan solo… —Djaka fue junto a Alastair, que hizo un esfuerzo para no apartarse cuando ella puso la mano en su pecho y lo miró a los ojos, apenada—. Por qué… ¿Por qué os traje al futuro?

Alastair gruñó.

—Me temo que tu yo del pasado estaba enfurecida conmigo por mi mera presencia. Detectó que

había recuperado mi cuerpo y estaba convencida de que querría vengarme destruyendo la esfera primaria.

Djaka abrió los ojos como platos.

—Ahora lo recuerdo… —Dio un paso hacia atrás y sacudió la cabeza—. Pero no… No fue exactamente así…

—¿Cómo que no? Fue lo que dijiste —la acusó Jay, incapaz de contenerse.

Djaka se mordió el labio, nerviosa, antes de contestar:

—Es posible… Sin embargo, me arrepentí poco después. Y al ver que Gea terminaba sumida en el caos a pesar de la ausencia de Alastair…, supe que él no había tenido nada que ver.

La torre tembló, y esta vez varias grietas aparecieron en las paredes. El corazón de Jay se aceleró.

—Djaka…

Ella asintió con la cabeza.

—Acercaos.

Los tres fueron hacia el orbe de luz. Ella posó la mano en la esfera, cuyo brillo aumentó en intensidad.

—Aquí reside la mayor parte de mi poder —explicó Djaka—. Luvann me ayudó a concentrarlo de esta forma para que las sombras no me lo arrebataran. Por eso debo estar cerca para usar todos mis poderes.

Un portal se abrió junto a ellos. Era igual que al que había visto Jay en el pasado, una masa azul que se estiraba en una y otra dirección erráticamente.

—Os devolverá al mismo punto del pasado en el que os marchasteis… —La voz de Djaka era apagada. Jay la observó de reojo, apenado.

Aunque era culpa de la mujer que hubieran acabado en aquel futuro tan horrible, consideraba que ya había sufrido lo suficiente como castigo. Y ahora la iban a dejar ahí, sola, abandonándola a su suerte contra Saekish…

Pero si lograban arreglar el futuro, nada de eso sucedería, tal y como él mismo le había dicho a Djaka segundos antes.

—Gracias, Djaka —murmuró y ella le dedicó una pequeña y temblorosa sonrisa—. Cambiaremos el pasado, ya verás.

Alastair estuvo a punto de entrar en el portal e ignorarla. En el último momento, sin embargo, se detuvo y se giró hacia la mujer, que lo observaba con la tristeza y el anhelo reflejados en sus ojos naranjas.

—Jamás podré perdonarte lo que me hiciste, Djaka —dijo, y ella hundió los hombros. Jay iba a protestar, pero Alastair siguió hablando—: Sin embargo, te agradezco que hayas decidido ayudarnos en vez de retenernos egoístamente a tu lado.

De haber tenido más tiempo, quizás hubieran llegado a entenderse de nuevo. Quizás su odio

habría desaparecido del todo. Quizás habrían sido amigos, al menos, a pesar del rencor que Alastair guardaría siempre…

Pero si le daba esas esperanzas a Djaka, Alastair temía que cambiara de opinión y no los dejara marchar. Por tanto, le dio la espalda y cruzó el portal.

Jay le dedicó una última mirada a Djaka, cuyas mejillas empezaban a estar empapadas de lágrimas. Y, al fin, cruzó el portal también, dejando atrás aquel futuro de sombras.

Capítulo 28: Amanecer

En un mundo donde las nubes no impedían ver el cielo estrellado y la luna en cuarto creciente, donde la vegetación era verde y espesa y donde diversas criaturas cantaban en la noche, cierta dragona de escamas azules acababa de dar media vuelta tras cerrar el portal que había empleado para atrapar a Alastair en el futuro.

No había sido una decisión fácil, aunque tenía que admitir que había actuado de forma un tanto precipitada. Si hubiera pensado más las cosas… Pero Alastair era una amenaza. Era, junto a Saekish, una de las pocas criaturas capaces de sobrevivir entre las sombras. Si decidía vengarse por lo que le habían hecho mil años atrás y destruía la esfera primaria…

Djaka no iba a arriesgar de ninguna manera el bienestar de un mundo entero. Gea debía permanecer libre de espectros y tinieblas.

Había estirado las alas, dispuesta a marcharse, cuando notó una vibración en el aire y frunció el ceño. Miró por encima del hombro y abrió los ojos como platos al ver que el portal que acababa de cerrar se estaba materializando de nuevo.

«Pero ¿qué…?», pensó, confusa. Plegó las alas.

Y del portal aparecieron un hombre de piel oscura y largo cabello blanco, y un chico de pelo castaño y ojos vivaces.

Alastair había caído por el portal en su forma de dragón y ahora era humano, pero eso daba igual. La cuestión era cómo había regresado.

Las escamas de Djaka se iluminaron de la furia.

—Cuánto tiempo sin vernos, Djaka —ironizó Jay saludándola con un gesto de la mano.

«¿Cómo habéis regresado? —exigió saber ella mientras enseñaba los colmillos en un claro signo de hostilidad—. Cerré el portal de inmediato».

—Tu yo del futuro ha decidido ser de más ayuda que tú —contestó Alastair con sequedad.

Djaka ladeó la cabeza, desconcertada.

«¿Por qué haría yo algo así?».

—Bueno, resulta que en el futuro no eres tan capulla como ahora —resumió Jay, encogiéndose de hombros. Trataba de no pensar en aquellos atormentados ojos naranjas que habían tenido que dejar atrás—. Porque hemos necesitado unos cuantos días para apañárnoslas para conseguir volver… ¿Sabes todo lo que nos has hecho pasar?

Djaka se quedó en silencio. Alastair había cruzado los brazos, observándola, pendiente por si intentaba atacar. Pero la dragona necesitaba comprender lo sucedido, y lo que esto implicaba.

De repente, Djaka se quedó rígida mientras todas las gemas de su cornamenta y sus ojos se iluminaban. Jay tensó los músculos, alarmado, y dio un respingo al notar la fría mano de Alastair en su hombro. Él negó con la cabeza y Jay se relajó.

—Está teniendo una visión del futuro —explicó Alastair, que conocía bastante bien cómo

funcionaban los poderes de Djaka—. Probablemente de lo que acabamos de presenciar nosotros.

Djaka parpadeó y el brillo cesó. La dragona miró fijamente a Alastair durante varios segundos con una expresión indescifrable. Jay aguardó a que dijera algo, expectante.

Y Djaka extendió sus alas membranosas y alzó el vuelo, perdiéndose en la noche.

—¿Y eso? —murmuró Jay, perplejo—. ¿Se marcha, sin más?

—Necesitará tiempo para asimilar lo que la visión le ha mostrado, si es lo que yo creo —contestó Alastair. Entornó los ojos y se giró.

Jay también se dio la vuelta, confuso. El portal ya se había cerrado y no había nada a sus espaldas…

—¡Jay, Jay!

Aquella voz familiar y aguda le arrancó una sonrisa. Tanto tiempo en el futuro le había hecho temer que nunca serían capaces de regresar…

Pero lo habían conseguido.

Valikia irrumpió en el pequeño claro, jadeando. Tenía las mejillas rojas por la carrera que se había pegado y su melena negra un tanto revuelta.

—¡He visto un dragón que no era Alastair! ¿Me podéis explicar qué…?

La zeafírea calló al fijarse en el estado sucio y desgarrado de la ropa de Jay, además de algunas magulladuras y rasguños en su piel. Frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado?

—No te lo vas a creer… —dijo Jay, notando que los ojos le ardían.

Había echado mucho de menos a todos sus amigos. Tener a Valikia delante de él era la confirmación de que realmente estaban de nuevo en el pasado, su presente, y que habían escapado con éxito de aquel terrible futuro de sombras que tanto lo había marcado, amenazando con ahogarlo en las tinieblas.

Al divisar a Caedra acercándose entre los árboles se le formó un nudo en la garganta. Ella se movía con mucho más sigilo que Valikia, y arqueó una ceja al detenerse junto a ellos y ver el estado de Jay y Alastair

—¿Estáis bien? ¿Os ha descubierto alguien? —preguntó Caedra consternada. La única razón por la que no miró a su alrededor en busca de enemigos fue por la postura relajada de Alastair, indicando que ya no había peligro.

Caedra ahogó una exclamación cuando Jay se lanzó a abrazarla con fuerza, aprisionando tanto sus brazos como sus alas. Tuvo que dar un par de pasos hacia atrás para no perder el equilibrio.

—Jay, ¿se puede saber qué…? —murmuró ella, confusa por su repentina acción, ladeando la cabeza para mirarlo. Pero él hundió el rostro entre su cuello y el hombro y Caedra se dio cuenta de que estaba llorando. Cada vez entendía menos lo que estaba pasando.

Los cortos mechones de pelo de Caedra le hacían cosquillas a Jay en la cara, pero no se apartó. Necesitaba tranquilizarse tras todo lo sucedido. Había sufrido demasiados momentos en los que

se había temido que no vería a Caedra, la persona más importante para él, nunca más. Necesitaba sentir su cariño y calidez.

Respiró hondo y el reconfortante aroma a resina y madera recién cortada de Caedra lo envolvió. Poco a poco, se fue relajando. Caedra al fin pudo mover los brazos cuando Jay aflojó ligeramente los suyos y lo abrazó también, optando por mantenerse en silencio y darle al chico el tiempo que necesitara. Acarició su largo y enredado pelo con suavidad, peinando los mechones.

Valikia, mientras tanto, le dirigió una mirada acusadora a Alastair.

—Oye, ¿tú no tendrás nada que ver, no? Como le hayas hecho algo a Jay…

Alastair arqueó una ceja ante el atrevimiento de la zeafírea. Debía admitir que tenía agallas, dispuesta a amenazarlo cuando la mayoría lo trataba con un silencio casi reverencial por el miedo que provocaba su mirada gélida.

—Cuida tus palabras, mortal —siseó él, y ella bufó.

—No hasta que sepa qué le pasa a Jay. ¿Se puede saber qué ha ocurrido mientras no estábamos?

Alastair la ignoró, irritado, y le dio la espalda. Valikia gruñó y apretó los puños, molesta por su falta de respuesta.

Jay se separó de Caedra, aunque habría deseado quedarse pegado a ella mucho más tiempo. La zeafírea mantuvo una mano en su hombro, preocupada, y Jay se frotó los ojos. Respiró hondo y se aclaró la garganta.

—Perdóname, Cai, es solo que… —Jay calló al captar movimiento detrás de la zeafírea. Arqueó las cejas al darse cuenta de que había alguien más presenciando la escena.

Se trataba de un hombre de edad ya más avanzada, con expresión severa acentuada por algunas arrugas en su piel. Tenía el pelo gris y una corta barba del mismo color. Era alto y su ropa, roja, elaborada e impoluta, parecía cara.

Cuando dio un paso para acercarse a ellos, Jay se fijó en sus ojos. Plateados, como los de Hadriel.

Su corazón se aceleró y sus manos temblaron. Apretó los puños para que no se notara. Caedra y Valikia no solo habían encontrado a su abuelo, sino que lo habían convencido para que fuera con ellas.

Solo habían sido unas semanas, pero a Jay le parecía que había pasado una eternidad desde que habían ido a Luminaria en busca del padre de Hadriel, cuando su mayor frustración había sido tener que quedarse esperando lejos de la muralla con Alastair.

Caedra se percató de su reacción y sonrió, echándose a un lado.

—Jay, este es Ilyor.

Antes de que Caedra continuara hablando, Ilyor fue junto a Jay para observarlo más detenidamente y dijo:

—Así que tú eres el hijo de Hadriel, ¿eh?

Jay trató de responder, pero se le había quedado la garganta seca. Solo fue capaz de asentir

rígidamente con la cabeza. No pasó por alto el hecho de que no se había referido a él como su nieto.

—Sin embargo —prosiguió Ilyor, frunciendo el ceño—, eres la viva imagen de tu madre, Emeline de Nives.

En su tono se vislumbró cierto resentimiento hacia la emperatriz. Jay se preguntó por qué. ¿Estaría decepcionado por lo que había visto?

—Será mejor que regresemos a Ganthia cuanto antes —dijo Caedra, situándose entre los dos para salvar el silencio incómodo—. Creo que todos tenemos bastantes cosas que contar y no estamos en el lugar más adecuado para ello.

Jay asintió con la cabeza una vez más. Estaba nervioso con la presencia de Ilyor y, además, necesitaba ver cuanto antes también al resto de sus amigos. Sería mejor contar lo acontecido en el futuro una vez estuvieran todos reunidos.

***

Estaba amaneciendo cuando llegaron a la isla en la que se refugiaban. Alastair aterrizó directamente en el jardín de la casa del maestro Shidan y, una vez hubieron bajado todos, se marchó sin decir nada. Jay no se extrañó, pues supuso que estaba cansado tras todo lo sucedido, pero Caedra lo observó irse con el ceño fruncido. Seguía sin saber qué había pasado, por lo que hablaría con él más tarde.

Aprovechando que estaban todos todavía dormidos, Jay fue directo al río que atravesaba la isla para darse un baño y cambiarse de ropa. Estuvo a punto de quedarse dormido varias veces en el agua, pero prefería ver primero a sus compañeros para informarlos de todo.

Cuando regresó a la casa, se encontró con que sus amigos lo esperaban sentados en la mesa del salón. Sorprendentemente, Alastair, de nuevo como humano, también había decidido presentarse. Él estaba de pie, cruzado de brazos como de costumbre, en una de las esquinas. Ilyor se había apoyado en la pared del extremo opuesto, también manteniendo las distancias. El maestro Shidan se había marchado a la aldea a encargarse de diversos asuntos.

—Buenos días, Jay —Ayla fue la primera en saludarlo con una sonrisa.

Jay sonrió también, si bien con cierta amargura. Para Ayla solo habían pasado unas horas, pero él llevaba días y días sin verla.

Miró a Connor, que estaba sentado junto a Tarvo. Irónicamente, ambos eran sus amigos de la infancia, solo que de diferentes mundos. Hasta ahora Jay solo recordaba su vida en la Tierra, pero, al fin, había tenido la oportunidad de presenciar algunos fragmentos de su vida en Gea, incluyendo a Tarvo y a él cuando eran pequeños.

Valikia jugueteaba con el pelo de Caedra, aburrida mientras esperaba, peinándolo en pequeñas trenzas. Jay rio para sus adentros al ver esto, pensando en lo mal que se habían llevado al conocerse.

—Espero que estés listo para contarnos qué pasó anoche —dijo Caedra, sin percatarse de lo que estaba haciendo Valikia con su cabello—. Porque dudo que Alastair esté dispuesto a ofrecernos una explicación detallada de ello.

A Jay se le escapó una pequeña carcajada. Por la mirada fría con la que Alastair observaba a todos, no parecía que fuera a darles un discurso completo de lo que había sucedido.

—Es… difícil de explicar, la verdad —empezó Jay. Prefirió quedarse de pie. Todos le prestaban atención, incluyendo Valikia, que había soltado el pelo de Caedra—. Cuando Alastair y yo nos quedamos solos esperando, Djaka nos encontró.

—¿Djaka? —repitió Caedra, estupefacta. Miró a Alastair y él se limitó a asentir con la cabeza —. Pero… ¿Cómo?

—Sabía que había visto otro dragón —comentó Valikia con una sonrisa triunfal, irguiendo la barbilla. Caedra puso los ojos en blanco.

—Detectó a Alastair y… nos atacó —dijo Jay—. Y pues… Alastair y yo acabamos en el futuro.

La reacción de sorpresa fue colectiva, desde el sutil arqueo de las cejas de Ilyor a los ojos desorbitados de Valikia.

—¿Al futuro? —murmuró Ayla, fascinada. Sus visiones le permitían observarlo de vez en cuando, pero era una experiencia muy diferente a lo que era vivir la realidad.

—Sí… Perdí la cuenta, pero habremos estado unas dos semanas allí hasta que hemos conseguido volver —prosiguió Jay.

Fue interrumpido una vez más:

—¿Estás de coña?

El que había hablado era Connor, que, aunque ya iba asumiendo que su vida iba a ser una sorpresa tras otra tras decidir viajar a aquel mundo desconocido para él, todavía se estaba acostumbrando a la inmensa cantidad de hechos que jamás habría creído posibles.

—Es similar a lo que nos sucedió a Jay y a mí cuando nos quedamos atrapados en Titaia, con aquel desfase temporal —dijo Caedra, mirando a Connor—. Para nuestros compañeros solo fueron unas horas; para Jay y para mí fueron semanas.

Jay asintió con la cabeza.

—La Djaka del futuro nos devolvió al mismo punto del pasado… o presente… del que nos fuimos, por eso para vosotros es como si no nos hubiéramos marchado. Pero, creedme, han sido unas semanas en las que han pasado bastantes cosas.

Todavía le dolían los cortes en el pecho provocados por los espectros.

—¿Cómo es el futuro? —quiso saber Tarvo, muy serio.

Jay suspiró pesadamente y se llevó una mano al cuello.

—A eso iba. El futuro… no es nada bueno. Gea está completamente sumida en las sombras.

Caedra palideció.

—¿Nos derrotará el emperador?

—Eso parece —musitó Jay. Sacudió la cabeza y añadió con más firmeza—: Pero eso no quiere decir que no podamos hacer nada al respecto. El futuro puede cambiar. Y vamos a cambiarlo, cueste lo que cueste.

—Estoy de acuerdo. El emperador no se saldrá con la suya —declaró Caedra, su gesto un tanto sombrío. Nada iba a impedir su venganza—. Pero… ¿No sabéis cómo acababa el futuro así?

Jay negó con la cabeza.

—No pudimos averiguar lo que había sucedido con exactitud. Tendremos que confiar en hacer lo correcto. Quizás las visiones de Ayla nos ayuden —dijo y miró a la chica en cuestión, que enrojeció como un tomate y se hundió en su asiento cuando los demás también pusieron su atención en ella.

Sería muy útil que pudiera controlar sus visiones, pero Ayla todavía necesitaba mucho entrenamiento para llegar al mismo nivel de habilidad que el oráculo supremo.

—A todo esto, Jay —habló Valikia con el ceño fruncido—. Hay algo que no entiendo. Fue Djaka la que os envió al futuro, pero ¿por qué lo hizo?

Jay desvió la vista hacia Alastair, incómodo. Afortunadamente, el hombre captó su mirada y accedió a responder:

—Djaka quería deshacerse de mí. Seguía sospechando de mi presencia en Gea.

—Pero sigo sin entenderlo, entonces —insistió Valikia—. Fue ella la que os envió al futuro…, pero habéis dicho que también fue Djaka la que os trajo de vuelta, ¿no? ¿Por qué haría eso si quería librarse de Alastair?

—Es complicado —contestó Jay—. Así que supongo que tendré que contaros todo lo sucedido.

***

Caedra escuchó con atención a Jay, mirando de vez en cuando a Alastair para observar sus reacciones, que eran sutiles, pero ella lo conocía bien.

No percibía ya hostilidad alguna entre Jay y Alastair, lo cual era extraño y, a la vez, agradable. Se había sorprendido de que Alastair estuviera dispuesto a compartir sus poderes con Jay para salvarle la vida. No lo habría esperado de él, pero le estaba profundamente agradecida. Tendría que decírselo más tarde. Y pensar que había estado tan cerca de perder a Jay…

La zeafírea tuvo un escalofrío. No. Había fallado con Kendrij, pero no permitiría que sucediera lo mismo con Jay.

Era aterrador saber que el futuro les deparaba un mundo de sombras si no eran capaces de hacer algo para derrotar al emperador y a Saekish. La Saekish del futuro había sido invencible, condenando a Gea a estar sumida en las tinieblas para siempre.

Ayla había sentido mucha pena por lo que le había sucedido a Luvann. Sin embargo, su consuelo era que en el presente estaba vivo y que el futuro podía cambiar.

Jay se fijó en cómo se iluminaron de alegría los rostros de Tarvo y Caedra cuando mencionó que había recuperado una parte de sus recuerdos con ayuda de Alastair. No entró en detalles, pero sabía que ambos querrían hablar con él en privado sobre eso.

Caedra ya había presentado a Ilyor al resto de sus compañeros (y Tarvo lo había observado muy detenidamente, extrañado, pues le resultaba familiar) antes de que llegara Jay, por lo que, una vez terminaron de discutir lo ocurrido en el futuro, solo quedaba decidir qué iban a hacer a

continuación.

—Hay que actuar y asesinar al emperador cuanto antes —estaba diciendo Tarvo muy serio—. Cada minuto que pasa hay más posibilidades de que encuentren el cuerpo de Saekish y la esfera primaria. Si es que no lo han hecho ya.

—El problema es, sobre todo, la esfera primaria —comentó Caedra con el ceño fruncido. Miró a Alastair—. ¿No podríamos intentar conseguirla nosotros primero para esconderla?

—Sería lo ideal, pero me temo que no tenemos ninguna pista sobre su ubicación, aparte de que no está en Gea —replicó él—. El único camino viable es eliminar al emperador y, a continuación, a Saekish.

—Además, no nos conviene buscar nosotros la esfera primaria. Podrían tendernos una trampa y conseguirla antes que nosotros tras seguirnos —señaló Tarvo.

—Hay algo que no entiendo —habló Ayla—. ¿Cómo vamos a destruir a Saekish si no ha recuperado su cuerpo todavía? Si matamos al emperador, pasaría a ser un espectro de nuevo y no sabríamos a dónde iría…

Hubo varios segundos de silencio mientras todos sopesaban lo dicho por la chica.

—Es demasiado arriesgado que Saekish recupere su cuerpo —declaró finalmente Alastair. Su tono indicaba que no aceptaría réplicas—. Yo me encargaré de rastrear su espectro si es necesario. Lo primero es destruir su red de aliados: el emperador y el oráculo supremo.

—Está bien —aceptó Caedra—. Sin embargo, sigo sin ver cómo llegar hasta ellos. Y también está el príncipe Gavin de por medio.

Al escuchar este nombre, el rostro de Jay se ensombreció. No se había vuelto a cruzar con su hermano, aunque él no lo consideraba como tal, desde la batalla que terminó con la muerte de Hadriel. ¿Sería capaz de contener su furia cuando lo viera?

—El problema siempre serán las visiones del oráculo supremo —dijo Ilyor. El corazón de Jay se aceleró al escuchar su voz grave y profunda. Sabía que no podía confundirlo con Hadriel, pero no podía evitar compararlos—. Es el obstáculo que nos frenó en su día. Rajah no logró transmitirnos lo que había averiguado antes de ser ejecutado…

Tarvo reaccionó y alzó la vista para mirarlo.

—¿Rajah? —Mucha gente podía tener el mismo nombre, pero…

—Sí, tu hermano —confirmó Ilyor con un asentimiento de cabeza.

Tarvo arqueó las cejas.

—¿Me conoces? ¿Conocías a mi hermano?

—Tu hermano y yo formábamos parte del mismo grupo que trabajaba en las sombras planeando el asesinato del emperador para acabar con su despreciable reinado —contestó Ilyor, con una mueca amarga en su rostro—. De todos, soy el único que sigue vivo. Rajah averiguó cómo impedir que el oráculo supremo tuviera visiones, pero… fue ejecutado antes de decírnoslo.

Tarvo se había quedado con la boca abierta. Ahora entendía por qué Ilyor le había parecido lejanamente familiar: lo habría visto alguna vez con su hermano.

—Rajah era buen chico, avispado; enseguida se percató de que algo no estaba bien cuando el emperador ordenó a los Shak'ti ejecutar a su propio hijo —prosiguió Ilyor. Se acercó a Tarvo y puso una mano en su hombro—. Siento que ya no esté con nosotros, pero me alegro de que hayas seguido sus pasos, Tarvo.

Jay observaba a Tarvo de reojo, pendiente de su reacción. Sabía que Tarvo había tenido la esperanza de averiguar algún día qué había pasado exactamente con su hermano, por qué el emperador había decidido ejecutarlo de la noche a la mañana. Ahora tenía, al fin, la respuesta, aunque resultara un tanto amarga.

Tarvo lo había sospechado. Intuía que su hermano había averiguado algo que no debía, los propios Makus y Silvary se lo habían dicho también. Lo que nunca habría imaginado era que no había sucedido por accidente, que su hermano trabajaba activamente en la sombra para destronar al emperador.

Volvía a experimentar aquella familiar desolación ante la pérdida, pero, a la vez, también sentía cierto orgullo. Rajah no había sido engañado por el emperador y no había cumplido con sus órdenes a ciegas. Él también se había dado cuenta de que no era aceptable que gobernara como lo hacía y había dado su vida para frenarlo.

Y ahora tenía la oportunidad de vengarlo.

—Djaka lo sabrá —dijo Alastair.

Jay giró la cabeza hacia él. Su mirada se iluminó.

—¡Claro! Ella es la que concede el poder de las visiones.

Alastair suspiró con exasperación. No iba a librarse de Djaka.

—Tendremos que ir en su busca, entonces —masculló—. Otra vez.

—¿No podríais habérselo preguntado antes de que se fuera anoche? —protestó Valikia poniendo los brazos en jarras.

—Estábamos pensando en otras cosas después de volver del futuro, ¿sabes? —replicó Jay, sarcástico.

—¿Podrás localizarla? —inquirió Caedra, dirigiéndose a Alastair.

—Supongo —dijo él sin entusiasmo alguno.

—¿Estará en el atolón Esmeralda? —preguntó Jay.

—Es probable.

—Entonces, tenemos que ir allí cuanto antes —decidió Jay de inmediato. Esperaba que Djaka se hubiera dirigido a su hogar y no a otro punto de Gea. No podían perder tiempo rastreándola—. ¿Y qué haremos una vez tengamos esa información?

—No conviene decidir nada más ahora —dijo Ilyor con el ceño fruncido—. Hasta que sepamos cómo detener las visiones del oráculo supremo, existe el riesgo de que tenga una visión de nosotros y se entere de nuestros planes.

—Es razonable —aceptó Tarvo—. De acuerdo, en ese caso nos centraremos en averiguar lo de

las visiones. ¿Quién irá a buscar a Djaka, aparte de Alastair?

—Podemos ir Alastair y yo —ofreció Jay.

Caedra arqueó una ceja. Sí, definitivamente había algo extraño. No solo no se mostraban ya hostiles el uno con el otro, sino que, además, Jay estaba dispuesto a estar a solas con Alastair, cuando antes no se soportaban.

Connor tampoco daba crédito a lo que estaba escuchando y miró a Jay como si estuviera loco.

—Sí, vosotros dos sois los más adecuados para ir en su busca —asintió Tarvo, que optó por actuar con naturalidad—. Pero sería mejor si fuera también alguien más. No sabemos cuándo pueden atacar nuestros enemigos de nuevo.

—Me gustaría ir yo también —dijo Ayla, con voz baja, pero todos la escucharon. Ignoró el ardor en sus mejillas y se forzó a continuar hablando—: Quiero conocer a Djaka. Al fin y al cabo, es gracias a ella que tengo mis visiones.

Jay sonrió.

—Genial. ¿Se viene alguien más?

—Normalmente estaría a favor de que se desplace solo un grupo pequeño para este tipo de asuntos —habló Ilyor—. Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad de que el emperador os prepare una emboscada en el atolón si se entera de que os dirigís allí.

—Es cierto —murmuró Tarvo y se llevó la mano a la barbilla, pensativo—. Pero tampoco podemos ir todos; no podemos dejar Ganthia desprotegida.

—Yo me quedo —anunció Valikia, recostándose en el respaldo de la silla—. Ya tuve suficiente con ir en busca de Luvann.

Alastair miró a Caedra. Ella sonrió para sus adentros, divertida al percibir su irritación por verse forzado a pasar tiempo con los demás miembros del grupo. Intuyó que él prefería que los acompañara ella y que no fuera cualquier otro de sus compañeros.

—Iré yo también —dijo Caedra. Valikia le dirigió una mirada de reproche, pues había tenido la esperanza de que se quedara con ella, pero entendía que quisiera asegurarse de que Jay y Alastair estaban bien.

Tarvo asintió con la cabeza.

—De acuerdo, los demás os esperaremos aquí.

Connor suspiró tristemente para sus adentros. Él también habría querido acompañar a Jay. No obstante, era consciente de sus propias limitaciones y todavía le quedaba mucho por entrenar hasta ser capaz de valerse por sí mismo en un combate.

—No tardaremos —aseguró Jay. Cuando voló con Alastair en el futuro, había visto que el atolón Esmeralda no estaba tan lejos como parecía. Se le escapó un bostezo—. Y… preferiría que nos fuéramos mañana.

—Sí, no hemos dormido esta noche —dijo Caedra. Se levantó y los demás la imitaron—. Descansaremos hoy y partiremos mañana a primera hora.

Jay miró a sus compañeros uno a uno. Tenía que hablar de distintos asuntos con casi todos

ellos, y no sabía hacia quién ir primero. Ya habían empezado a conversar unos con otros…

Captó a Alastair escapando hacia el exterior y tomó una decisión.

***

El océano brillaba con la luz del amanecer. El sol ya estaba alzándose en el cielo, dejando todavía algunos reflejos naranjas en el agua. Las olas rompían con suavidad en el acantilado y la brisa arrastraba un agradable olor a sal.

Alastair observaba en silencio los pájaros volando, con las manos guardadas en los bolsillos de su chaqueta. Tenía muchas cosas en las que pensar…

Y no era el único. Puso los ojos en blanco y miró por encima del hombro.

—¿Vas a estar ahí todo el día, Jay?

El chico notó que le ardía toda la cara. Creía estar bien oculto bajo la sombra de los árboles… Pero Alastair detectaba con facilidad cualquier presencia.

Además, Alastair había sonado sarcástico; se había referido a él por su nombre… No sabía por qué, pero eso le hacía sentirse bien. ¿Se estaría ganando su aprecio?

—Yo… Lo siento —se disculpó Jay atropelladamente, saliendo de los arbustos. Fue hacia Alastair, situándose junto a él al borde del acantilado. Suspiró con pesadez—. Necesitaba hablar con alguien.

Alastair arqueó una ceja.

—¿Por qué no con Caedra?

Jay clavó los ojos en la tierra, incómodo.

—Se ha puesto a hablar con Tarvo e Ilyor y no quería molestarla…

Aunque sí que le habría gustado hablar también con ella. Sin embargo, no se había atrevido a apartarla del grupo delante de todos. Tendría que ser más tarde.

Alastair se mantuvo en silencio. Jay no se molestó. Se iba acostumbrando.

—En realidad, tengo cosas que hablar con todos —prosiguió Jay—. Y lo haré, poco a poco. Pero quien más me preocupa es… Ilyor, mi abuelo. Si es que lo puedo llamar así.

—¿Por qué? —dijo Alastair, observándolo de reojo. No había rastro de su característico tono frío.

—No sé cómo empezar una conversación con él… o de qué podemos hablar, siquiera. Y yo… —Jay se mordió el labio, frustrado—. Ni siquiera sé cómo comportarme. Quiero crear un buen ambiente entre los dos, pero no quiero que quede forzado…

Alastair, por su parte, no sabía por qué seguía ahí escuchando en vez de ignorado y marcharse. ¿Desde cuándo le interesaban los problemas que tuviera Jay?

Y él no era precisamente un experto en comunicación.

—Hablad de temas que tengáis en común —fue lo único que se le ocurrió—. Como Hadriel. Es

lo que os une a ambos, al fin y al cabo.

Jay suspiró con tristeza. Perdió la vista en el horizonte.

—Sí, mi padre…

Estuvieron varios segundos en silencio, escuchando el canto de aquellos pájaros tan parecidos a las gaviotas y dejando que la brisa marina les revolviera el pelo. Jay, curiosamente, no se sentía incómodo.

—Oye, Alastair… —empezó Jay—. Respecto a cuando me salvaste la vida…

Él continuaba observándolo de reojo, siempre analizando. El viento movía su largo cabello hacia atrás.

—Te entrenaré para que sepas utilizar mis poderes, Jay, no te preocupes.

Había ido cambiando de opinión tras conocer mejor a Jay en el futuro. Seguía siendo extraño que alguien más tuviera sus poderes, pues él no los había compartido nunca antes, pero ahora que ya estaba hecho, no le desagradaba.

Jay se giró hacia él con el rostro iluminado.

—¿En serio?

Alastair gruñó.

—¿Acaso yo bromeo?

Lo único que frenó a Jay de darle un abrazo fue que se trataba, precisamente, de Alastair.

—¿Y me ayudarás a recuperar el resto de mis recuerdos? —inquirió esperanzado.

Alastair puso los ojos en blanco.

—Los mortales sois muy exigentes.

Jay rio por lo bajo. Alastair no estaba siendo precisamente cálido y abierto, pero su actitud distaba mucho de lo reservado y frío que solía ser. Y hasta resultaba agradable.

—Pero bueno —protestó una voz a sus espaldas, divertida—, os pierdo de vista durante unas horas, os vais de vacaciones al futuro un par de semanas y volvéis siendo grandes amigos.

Jay se giró con rapidez. Caedra los observaba con los brazos en jarras y una pequeña sonrisa dibujada en sus labios.

Alastair bufó.

—Nada de eso. Jay sigue siendo un mortal insoportable.

—¡Oye! —exclamó él con falsa indignación. Miró a Caedra y sonrió pícaramente—. ¿Y a ti qué te pasa, Cai? ¿No estarás celosa?

La zeafírea se acercó a ellos y rio con suavidad.

—Muy, muy celosa —aseguró—. Con lo empeñada que estaba yo en que fuerais enemigos eternamente…

—Y así habría sido, de no ser por la «oportuna» intervención de Djaka… —admitió Jay. Tuvo

un escalofrío—. Eso sí, preferiría no repetir la experiencia.

Caedra esbozó una sonrisa triste y puso una mano en su hombro.

—Lo sé. Trabajaremos duro para que ese futuro no suceda nunca.

Los tres se quedaron en silencio, mirando el sol que ascendía en el cielo bañar las tierras de Ganthia con su rayos. Jay estaba feliz, envuelto en aquella atmósfera relajante y acompañado por Caedra y Alastair. Aquel pequeño descanso era una merecida recompensa tras todo lo que había sucedido en los últimos días, y por un momento se olvidó de todas sus preocupaciones para disfrutar de aquel instante. Un simple amanecer, con su luz y calidez, le resultaba sanador después de haber experimentado la perpetua oscuridad del futuro.

Sabía que tendría que regresar a la realidad al día siguiente. Hasta entonces, sin embargo, podía pretender que todo estaba bien.

Capítulo 29: Anochecer

Los rayos del sol incidían en su rostro con suavidad cuando despertó. No tenía ganas de moverse, pero al cabo de un rato la luz empezó a molestarlo. Apretó los ojos y levantó los párpados con lentitud, confuso. No recordaba haberse dormido.

Escuchaba el arrullo de las olas del mar que se extendía ante él. Se dio cuenta de que seguía en el acantilado, pero ahora, en vez de estar amaneciendo, estaba atardeciendo. El cielo se había teñido de naranja.

Palideció. ¿Había dormido todo el día?

Su cuerpo estaba sobre la hierba, pero su cabeza reposaba en algo distinto. Se incorporó hasta quedar sentado y comprobó que Caedra se recostaba en el tronco de un árbol. No era el único que se había dormido, pero ella no había despertado aún. Jay se había quedado dormido en su regazo.

Bostezó y estiró los brazos. Alastair se había marchado poco después de que hubiera aparecido Caedra y los había dejado a solas. Los dos se habían sentado con la intención de hablar, pero el cansancio pudo con Jay y la zeafírea no tardó en seguir el mismo camino.

Observó a Caedra. Eran pocas las ocasiones en las que la veía tan relajada. Dadas las circunstancias en las que se encontraban, la zeafírea solía tener el ceño permanentemente fruncido.

Caedra respiraba con suavidad, ajena a él. Jay se fijó en que tenía todavía en su pelo blanco alguna que otra trenza de las que había hecho Valikia y sonrió. Era reconfortante saber que ahora se llevaban bien.

Con el rostro iluminado por el sol, la cicatriz de Caedra se difuminaba en su piel. Jay tuvo la tentación de pasar la mano por ella para ver si se notaba igual que cuando el corte era más reciente, pero prefirió no despertarla todavía. Si ella, que estaba siempre alerta, continuaba durmiendo a pesar de que él la estaba observando fijamente, era porque se había relajado por completo y estaba descansando.

Hadriel ya no estaba, pero Caedra seguía ahí, junto a él. Jay siempre había estado convencido de que los tres permanecerían juntos hasta el final. Eran los que habían empezado todo. Ahora, sin embargo, solo quedaban ellos dos y Jay iba tomando conciencia de lo vulnerables que eran. No estaban protegidos por el destino y el emperador podría lograr en cualquier momento su objetivo de eliminarlos.

Jay solo había sido capaz de seguir adelante tras la muerte de Hadriel por Caedra. Habían discutido, pero se habían apoyado y ayudado mutuamente. Caedra siempre lo había entendido a la perfección en todo, siempre sabía lo que necesitaba y siempre estaba para protegerlo. Era la primera a la que Jay acudía si tenía un problema.

Ahora también la recordaba de su infancia. Habían crecido juntos, ella siempre pendiente de él. Caedra era realmente lo único que le quedaba de lo que él podía considerar su familia. Tenía cada vez más claros sus sentimientos por ella y no tenía ninguna duda de que se trataba de la

persona más importante en su vida.

Si Caedra algún día no estaba…, ¿qué haría él?

Tuvo un escalofrío y sacudió la cabeza. Era mejor no pensarlo. Ya había perdido a su padre; no iba a permitir que le sucediera lo mismo a nadie más. Caedra y él estarían juntos hasta el final. Con el resto de sus amigos. Se aseguraría de ello.

Vio a Caedra fruncir el ceño y supo que se estaba despertando. Sonrió cuando abrió sus ojos amarillos, casi blancos por la luz del sol.

—Jay… —murmuró ella, necesitando un par de segundos para ubicarse. Se llevó una mano a la boca para disimular un bostezo y puso la espalda recta—. ¿Me he quedado dormida?

Jay rio por lo bajo.

—Tranquila, yo también.

La zeafírea miró la posición del sol en el cielo naranja.

—Genial, hemos perdido casi todo el día…

—Puede ser, pero yo no lo calificaría de «perdido» —replicó Jay, ensanchando su sonrisa—. Para ti habrán sido solo unas horas, pero yo he estado semanas separado de todos en ese futuro tan deprimente, ¿sabes? Y… te he echado de menos.

Caedra arqueó las cejas, sintiendo una extraña calidez en el pecho al escuchar esto último. Jay no solía expresar con esa libertad sus emociones.

—Así que me alegro de haber podido estar un rato contigo, aunque haya sido… dormidos —concluyó Jay y Caedra dejó escapar una pequeña carcajada—. No sé por qué tengo la sensación de que no vamos a tener la oportunidad de descansar mucho los próximos días…

Caedra suspiró con pesadez.

—Ya, yo igual.

Estuvieron varios segundos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—En el futuro… —habló Jay, y Caedra ladeó la cabeza para mirarlo. El chico hundió los hombros—. Vi un espectro. De mi padre. Como cuando…

—… ¿Como cuando yo vi a Kendrij? —completó Caedra al ver que se quedaba callado, pues se le había formado un nudo en la garganta. Él asintió con la cabeza—. Fue un momento muy duro; parecía tan real…

—Sí… De no ser por Alastair y Luvann, no habría dudado en ir con él —admitió Jay en tono bajo—. Cómo… ¿Cómo es Ilyor?

Caedra dibujó una mueca en su rostro.

—No tuve la mejor impresión de él al conocerlo. Sin embargo, ha ido mejorando poco a poco, aunque todavía es pronto para sacar conclusiones.

—Ya; yo todavía no he podido hablar con él.

—Diría que el paso del tiempo y todo lo que le haya sucedido en la vida lo ha amargado

bastante, pero no puedo opinar mucho… Me gustaría saber qué pasó exactamente con toda su familia—confesó ella—. Porque odiaba al emperador desde antes de que la hermana de Hadriel muriera en el ejército. O esa es la impresión que me ha dado. Y no hay ni rastro de la madre de Hadriel, por lo tanto…

—… Lo más lógico es que también esté muerta —completó Jay con pesar—. ¿Les haría algo el emperador?

—Me gustaría preguntárselo en algún momento a Ilyor, pero no podemos forzarlo a que nos cuente nada. Por ahora, me conformo con haberlo convencido de que nos acompañe.

—Pero justo mañana tenemos que irnos… —masculló Jay, frustrado.

Caedra lo observó durante un par de segundos antes de decir:

—Pues ve a hablar ahora con él.

Jay se quedó rígido.

—¿A-ahora? —balbuceó, mientras su corazón se aceleraba. La mera idea le ponía nervioso—. Pero… pero… ¿Qué le digo?

Caedra esbozó una cálida sonrisa.
—Lo que te venga a la mente en el momento; no le des tantas vueltas. Ya verás cómo la conversación fluye con naturalidad.

La zeafírea se puso en pie y estiró las alas. Tras suspirar exageradamente, Jay se incorporó también.

—Vale… Pues… iré a buscarlo… —murmuró Jay llevándose una mano al cuello.

Caedra asintió con la cabeza.

—Muy bien. Ya me contarás qué tal.

***

No tardó mucho en encontrar a Ilyor. Estaba sentado en los jardines de la casa del maestro Shidan afilando sus abanicos de metal. Jay pasó primero por su habitación para coger unas cosas y, acto seguido, se dirigió hacia él. Ilyor se había acomodado entre unas rocas junto al estanque, centrado en su tarea.

Jay se detuvo a unos pasos de distancia. Ilyor alzó la vista para mirarlo y Jay se quedó rígido. Otra vez no sabía qué decir.

—Buenas tardes, Jay —lo saludó Ilyor cerrando los abanicos y dejándolos a un lado en la hierba—. ¿Ocurre algo?

—Yo… esto… Quería hablar contigo.

Ilyor no sonrió como lo habría hecho Hadriel. Se mantuvo serio, pero le dio un toque a la roca que había junto a él.

—De acuerdo, siéntate.

Jay obedeció. Seguía con los músculos en tensión, como si lo fueran a atacar en cualquier momento.

—¿Sobre qué querías hablar?
Jay se forzó a responder:

—Sobre… Hadriel. Sobre mi padre.

Ilyor suspiró pesadamente. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, entrelazando los dedos de las manos.

—Hadriel… Hacía décadas que no sabía nada de él. Lo último que me habría esperado es que su hijo viniera a buscarme algún día.

Jay notó que las orejas le ardían.

—Mi padre quería llevarme con él a conocerte, pero…

—Ya. Sé que eso ya nunca será posible —dijo Ilyor en tono seco—. El tiempo no perdona y, desde luego, no espera a nadie.

—¿Por qué acabasteis tan mal?

Ilyor torció el gesto.

—Malentendidos, chico. Tu padre conocía la opinión que tenía yo del emperador y, aun así, se marchó a trabajar para él. Todo por un amor adolescente tonto.

Jay frunció el ceño.

—No fue «tonto». Mi padre y mi madre siguieron juntos a pesar de que mi madre tuviera que casarse con el emperador.

—¿Y mereció la pena? —replicó Ilyor, bufando—. Un amor a escondidas. Una deshonra para la casa Reilhor.

—No elegimos a quién queremos —murmuró Jay. Un par de bonitos ojos amarillos le vinieron a la mente.

—No, pero sí con quién estamos. Hadriel tomó sus propias decisiones y yo actué en consecuencia.
Jay desvió la vista. Prefirió centrarse en los peces nadando en el estanque. Eran grandes, blancos y naranjas. Su movimiento resultaba casi hipnótico.

—¿Y no lo habrías perdonado ahora que sabes lo que hizo después? Mi padre también odiaba al emperador y se dedicó a luchar contra él.

—He de admitir que no me lo esperaba, pero es algo que me ha llenado de orgullo —respondió Ilyor, más calmado—. Sí, sí que habría podido entenderme con él. Me arrepiento de no haber tenido una última oportunidad para hablar las cosas después de lo que me habéis contado y de leer su cuaderno.

Jay recordó lo que había ido a coger a su habitación. Sacó unos papeles de su bolso y se los tendió a Ilyor.

Eran fotografías de él con su padre. Había incluso alguna con Caedra, que habían hecho en su último viaje a la Tierra.

—¿Qué es esto? —preguntó Ilyor, fascinado, mientras pasaba de una imagen a otra.

—En la Tierra existen unos aparatos llamados cámaras que permiten guardar fotos, imágenes de cualquier momento, al instante —explicó Jay—. Como dibujos, pero totalmente idénticos a la realidad.

Ilyor arqueó las cejas.

—Jamás habría imaginado que algo así sería posible.

Jay contuvo una sonrisa, divertido. Del mismo modo que nadie en la Tierra imaginaría jamás que existían personas con poderes.

—Entonces…, ¿este es Hadriel? —murmuró Ilyor. Su mirada se había vuelto nostálgica y Jay se fijó en que la expresión de su rostro ya no era tan severa.

—Sí… Me traje estas fotos conmigo. Esta es de cuando yo tenía unos doce años, poco después de llegar a la Tierra… Esta es de mi graduación —iba señalando Jay—, esta es de cuando fuimos de vacaciones a la playa con unos amigos… Aquí está Caedra con nosotros junto al árbol de navidad, es la foto más reciente y…

Y la última que tendría de Hadriel, pero prefirió quedarse en silencio.

Ilyor analizó las fotos durante varios minutos. Jay volvió a fijar su atención en los peces del estanque, parpadeando repetidamente hasta que desapareció el ardor en sus ojos.

Al cabo de un rato, Ilyor le devolvió las fotos.

—Gracias por enseñarme esto, Jay —dijo con una pequeña sonrisa—. Después de décadas sin ver a Hadriel, era difícil imaginarme cómo habría crecido.

—Puedes… quedarte alguna, si quieres —ofreció Jay tras pensarlo durante unos instantes—. Aunque en todas las fotos salgo yo…

—Gracias, Jay, pero son tuyas, y prefiero no vivir en el pasado —contestó Ilyor mientras se ponía en pie.

Jay alzó la vista, confuso.

—¿Te vas?

Ilyor llevó las manos a las caderas y suspiró pesadamente.

—Mira, chico. Sé que eres el hijo de Hadriel, pero… Como te he dicho, no quiero vivir en el pasado y tú eres un recordatorio permanente de lo que esa mujer le hizo a mi hijo.

Jay entornó los ojos.

—¿A qué te refieres? Mi madre no obligó a mi padre a nada.

—No, pero podría haberlo apartado, por su propio bien. Ahora están muertos los dos —dijo Ilyor con amargura—. Emeline de Nives siempre fue muy egoísta.

Jay se levantó con rapidez y apretó los puños.

—¿Y tú qué sabes? —gruñó. Su paciencia se agotaba con rapidez y más si era cuestión de defender a Hadriel—. Puede que apenas recuerde cosas de mi madre, pero si hay algo que sé es que no fue una egoísta. Estuvo años sin verme, sabiendo que, además, me borrarían la memoria y me olvidaría de ella; todo con tal de salvarme la vida, consciente de que, si la descubrían, el emperador la ejecutaría. Y así fue. Así que… —Jay jadeó, pues había dicho todo precipitadamente y había permitido que su enfado se apoderara de él—. Así que no hables así de ella.

Ilyor lo había escuchado con el ceño fruncido.

—Hay muchas cosas que desconozco —admitió tras unos segundos de silencio en los que Jay se fue calmando poco a poco—. Tan solo no quiero que te hagas ilusiones conmigo, chico.

—¿Por qué? —inquirió Jay, desconcertado.

Ilyor desvió la mirada.

—Temo que esperas demasiado de mí. No soy Hadriel; nunca lo seré. Podemos conocernos, trabajar como aliados, pero…

—No… ¿No quieres ser mi abuelo? —murmuró Jay y hundió los hombros decepcionado. Sí, sí que se había hecho ilusiones.

Ilyor no contestó y esto fue respuesta suficiente para Jay. Dio media vuelta y se marchó por donde había venido, conteniendo a duras penas las lágrimas, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

***

Tarvo estaba sentado en las ramas de un árbol, cerca de la aldea, dibujando unos pájaros en un nido un poco más arriba. Escuchó ruido de pasos y bajó la vista. Frunció el ceño al ver a Jay pasar andando rápido. Parecía alterado por algo.

Cerró el cuaderno y bajó al suelo de un salto.

—Jay —lo llamó y el chico se detuvo—. ¿Estás bien?

Los hombros de Jay temblaban. El chico se limpió las lágrimas de la cara con el dorso de la mano antes de darse la vuelta para mirar a Tarvo.

—No lo sé…

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Tarvo, consternado.

Jay fijó los ojos en los matojos de hierba y guardó las manos en los bolsillos de la chaqueta. Tarvo esperó pacientemente a que contestara.

—He hablado con Ilyor.

Tarvo intuía, pues, que Jay habría acabado así por alguna discusión, pero no conocía los detalles de lo que había sucedido con exactitud.

—¿Qué te ha dicho?

Jay se mordió el labio.

—Yo… Es cierto que tenía las expectativas muy altas —murmuró—. Ilyor no es Hadriel, está claro. Pero aun así, no me esperaba… —Calló, pues se le estaba formando un nudo en la garganta y no quería llorar de nuevo. Tarvo fue junto a él y pasó un brazo por sus hombros. Jay le dedicó una breve sonrisa, apreciando el gesto, y respiró hondo—. Solo quiere que seamos aliados. Nada más.

—Lo siento, Jay —dijo Tarvo en voz baja. Sabía lo importante que era para Jay conocer a su abuelo. Que este no quisiera tener ese tipo de relación con él le había dolido, era natural—. Pero yo no me rendiría todavía.

Jay lo miró tímidamente por el rabillo del ojo.

—¿No?
—No. No quiero que te hagas ilusiones de nuevo, pero tampoco lo des por perdido. Es posible que Ilyor simplemente necesite un tiempo para asimilar todo.

—Ya… Sí, tienes razón. —Jay respiró hondo una vez más—. Gracias, Tarvo.

Tarvo sonrió.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

Jay esbozó una pequeña sonrisa también, más tranquilo.

—Menos mal que ya no me llamas «alteza», ¿eh?

Tarvo se apartó y rio con alegría.

—Pensaba que ya nunca lo recordarías. Y no puedes culparme, Jay, debía seguir el protocolo.

—Ya, ya… —Jay puso los ojos en blanco—. Pero la verdad es que ha sido gracioso verte de pequeño. Tengo ganas de recordar más cosas. A todo esto…

—Dime.

—¿Qué te ha parecido Connor? ¿Crees que puede formar parte de nuestro grupo?

A Jay le interesaba mucho saber la opinión de Tarvo al respecto. Tarvo era, al igual que Caedra, un experimentado guerrero.

—Todavía no he tenido tiempo para hacerme una opinión sobre sus habilidades —respondió Tarvo tras pensarlo un par de segundos—. Quizás aproveche para practicar con él mientras vais a buscar a Djaka.

—Vale —asintió Jay—. Y… ¿como persona?
Tarvo plasmó una afable sonrisa en sus labios.

—Parece buen chico. Estoy seguro de que nos llevaremos bien.

Jay suspiró con alivio.

—Me alegro, porque justo esta mañana pensé que los dos sois mis amigos de la infancia, así que estaría bien que fuerais amigos vosotros también. Y que no estéis peleándoos a mis espaldas, ya sabes…

Tarvo dejó escapar una pequeña carcajada y negó con la cabeza.

—Tranquilo, Jay.

***

Jay dejó que Tarvo terminara su dibujo, pues tenía que aprovechar la poca luz del sol que quedaba ya. Estaba a punto de anochecer.

Pasaba por la aldea de los torrogal cuando divisó una figura familiar sentada junto a la enorme hoguera que ardía perpetuamente en el centro. Una chica de largo pelo rubio y alas marrones estaba de espaldas a él, abrazando sus rodillas.

Jay sonrió y se acercó.

—Ayla, ¿qué haces aquí?

Ella dio un respingo y de milagro contuvo un grito. Había estado tan sumida en sus pensamientos que se había olvidado de todo a su alrededor.

Jay rompió a reír mientras se sentaba a su lado. Ayla infló las mejillas.

—Jo, Jay, menudo susto…

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó, aunque no se arrepentía. La reacción de la chica había sido bastante divertida y le había venido bien para terminar de animarlo tras su conversación con Ilyor—. ¿Por qué estás aquí sola?

Ayla se llevó una mano a los labios, mordiéndose las uñas.

—Pues… No sabía dónde estabas y tampoco he encontrado a Caedra…

—Tienes que intentar acercarte a los demás, Ayla —dijo Jay con suavidad—. Valikia, Tarvo y Connor también son tus amigos.

Ella se encorvó.

—Lo sé, pero…

Le costaba mucho hablar con ellos. No terminaba de acostumbrarse a pertenecer a un grupo de personas. No era porque la trataran mal, al contrario. Pero su timidez, consecuencia de la falta de interacción social durante una gran parte de su vida, seguía siendo un gran impedimento. Y esto, a su vez, la agobiaba.

Ayla decidió que lo mejor sería cambiar de tema y preguntó:

—¿Es realmente tan terrible el futuro?

Jay aceptó que no quisiera continuar la otra conversación y no protestó.

—Más de lo que te puedas imaginar. Eran solo cinco años más en el futuro, pero Gea había cambiado por completo. No quedaba ni rastro de vida aparte de las sombras, si es que los espectros pueden considerarse vivos… —Tuvo un escalofrío al recordar el ataque que habían sufrido—. Era un mundo triste y vacío.

Ayla juntó las cejas.

—Yo nunca he tenido una visión de un futuro tan lejano; lo máximo que experimenté fue una

visión que sucedió un año después. —Optó por no mencionar aquella que había tenido del enfrentamiento contra el emperador—. Espero no recibir ninguna de ese tipo de futuro…

Jay la observaba de reojo. La chica miraba ahora fijamente la hoguera y las llamas del fuego se reflejaban en sus ojos azules y en su rostro, iluminándolo de naranja.

—No te preocupes, Ayla. Cambiaremos el futuro.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí. Yo nunca he dudado de ti, Jay.

El chico se sonrojó al escuchar estas palabras. Ayla confiaba ciegamente en él y esperaba que no llegara nunca el día en el que la decepcionara.

***

Caedra caminaba por la arena negra de la playa. Se había quitado las botas e iba descalza para ir por la orilla, donde las olas entraban con suavidad antes de retroceder. Los tonos naranjas del cielo iban dando paso a morados y azules oscuros, y ya brillaban las estrellas. Se escuchaba en la distancia el revuelo que provenía de la aldea por algún baile que estarían realizando los torrogal.

Divisó la familiar forma de un dragón junto al risco donde solía estar. Alastair observaba las estrellas, tumbado en la arena.

Giró la cabeza hacia ella al escucharla acercarse. Caedra sonrió al ver esos ojos azules del tono del hielo. En el pasado, le habían dado miedo. Ahora le resultaban reconfortantes.

«Caedra. Sabía que vendrías», dijo Alastair a modo de saludo.

Ella se sentó a su lado y cruzó las piernas.

—Y yo sabía que estarías aquí.

Hubo varios minutos de silencio en los que ninguno habló. Disfrutaron del arrullo de las olas y de la suave brisa marina. Los últimos jirones del sol desaparecieron y el cielo quedó oscuro por completo.

«Ni siquiera se veían las estrellas en el futuro —comentó Alastair—. Apenas había diferencia entre noche y día».

—Entiendo, entonces, que fuera deprimente —murmuró Caedra crispando las plumas—. Nunca comprenderé cómo puede ser feliz Saekish en un mundo tan apagado.

«Es su naturaleza. Es solitaria; la única compañía que necesita es la de los espectros».

—Aun así… —Caedra giró la cabeza y alzó la vista para mirar al dragón—. Alastair, le salvaste la vida a Jay. No sabes lo agradecida que estoy por ello.

Él resopló.

«Creo que sí que me hago una idea, Caedra. Recuerda que estuve mucho tiempo en tu mente —dijo él—. Y fue solo por eso que salvé a Jay, por lo mucho que significa para ti ese estúpido mortal».

Caedra se fijó en que Alastair no había dicho el insulto de forma despectiva. Sonrió.

—¿Realmente lo sigues considerando tan estúpido?

Hubo unos segundos de silencio.

«No».

Caedra rio con suavidad.

—Lo intuía.

«Jay no dudó en ir a por mí a través de ese portal. Fue capaz de seguir adelante en aquel mundo de sombras. No me abandonó ni cuando Saekish estuvo a punto de acabar conmigo. Se ha ganado mi respeto», admitió Alastair.

—¿Y por qué no se lo dices? —inquirió ella con una sonrisa.

Alastair gruñó.

«Si es tan listo como tú insistes, lo habrá deducido él solo».

—¿Sabes que no es malo decir de vez en cuando a tus seres queridos que los aprecias? —dijo Caedra, divertida, y se recostó en el hombro de Alastair. Sus escamas estaban frías, pero no le importó. Él sintió un agradable cosquilleo. Se forzó a mantener una expresión neutra.

«¿Para qué? Las acciones significan más que unas simples palabras», replicó él.

—La vida para nosotros es corta, Alastair. A veces no hay tiempo para esperar y descifrar las cosas.

Alastair inclinó la cabeza para observarla, con un amargo pinchazo en el corazón al escucharla. Era algo en lo que pensaba a menudo: la mortalidad de Caedra.

Trataba de hacer caso a su consejo y disfrutar del tiempo que tuvieran juntos en vez de sufrir por lo breve que era la vida de un mortal. Sin embargo, era inevitable que de vez en cuando se acordara de ello.

Había estado dando vueltas también a su relación con Djaka desde su encuentro en el futuro. Djaka era inmortal y él había estado convencido de que estaría siempre en Gea. Que tendría todo el tiempo del mundo para decidir cómo actuar, para perdonarla o no, para alejarse o acercarse.

Se daba cuenta ahora de un importante problema: eran inmortales, pero no invencibles ni inmunes. Su inmortalidad era solo biológica; no fallecerían por envejecimiento. Pero seguían siendo vulnerables a cualquier ataque. La Djaka del futuro habría muerto poco después de volver ellos al pasado.

Él estaba acostumbrado a actuar con lentitud, a pensar un largo tiempo antes de actuar. Al fin y al cabo, se lo podía permitir.

Pero quizás eso tenía que cambiar.

La brisa que soplaba era ya fría. A él no le afectaba, pero notó a través de sus escamas un ligero temblor de Caedra.

La zeafírea lo miró con sorpresa cuando él la envolvió con una de sus alas, pero enseguida se relajó y sonrió. Aunque las plumas de Alastair eran diferentes a las suyas, más ásperas, seguían siendo agradables.

Caedra, por su parte, estaba pensando en lo mucho que había cambiado Alastair. Todavía era un tanto frío y reservado a veces, pero con ella ya solía hablar con libertad y estaba más abierto al contacto. Y había visto que, poco a poco, también iba aceptando a Jay.

—Si algún día me pasara algo…, ¿cuidarías de Jay?

Alastair frunció el ceño. Clavó sus ojos de hielo en ella y Caedra le sostuvo la mirada.

«No voy a dejar que te pase nada, Caedra».

El corazón de la zeafírea se aceleró ante la intensidad de sus palabras. Se obligó a permanecer seria.

—Alastair… Responde a la pregunta.

Él gruñó. Caedra sintió la vibración a través de sus escamas.

«Si es lo que deseas. Así lo haría».

—Gracias.

La zeafírea se recostó de nuevo y cerró los ojos. Estaba muy a gusto sentada en la arena, apoyada en Alastair, con el ala del dragón envolviéndola como una manta y la brisa marina revolviendo con suavidad su pelo. Siempre que estaba con él se sentía en paz con el mundo, relajada por completo, segura. Era tan feliz que se quedaría así para siempre…

Pero, mientras que Caedra estaba ahora más tranquila, Alastair se encontraba lejos de sentir sosiego tras la conversación. Era gracias a Caedra que había recuperado su cuerpo y estaba volviendo a disfrutar de su existencia en Gea, el mundo que lo había rechazado desde que se había convertido en el guardián de la esfera primaria.

Le angustiaba saber que la vida de Caedra terminaría antes que la suya al ser ella mortal y él inmortal. Pero si Caedra moría antes por otra causa… ¿Cómo podría contener su furia para no arrasar él mismo Gea entera?

Capítulo 30: Entre brumas

Caedra frunció el ceño al escuchar el ruido de las olas nada más despertar. Estaba sentada en la arena, recostada en una superficie dura y fría. Algo la cubría y la protegía de la brisa marina, haciendo que no le apeteciera moverse en lo más mínimo.

Levantó ligeramente los párpados y comprobó que estaba en la orilla de la playa. Un fino halo naranja asomaba con timidez por la línea del horizonte, al fondo del mar.

Estuvo así varios minutos, intentando recordar cómo había terminado dormida en aquel lugar.

Alzó la vista y se topó con los ojos azul hielo de un dragón que la observaba fijamente. Caedra dio un respingo.

—Alastair —dijo ella y se aclaró la garganta porque su voz apenas se había escuchado—. ¿Por qué no me has despertado?

Había pasado la noche en la playa en vez de regresar a su habitación en la casa del maestro Shidan.

«No veía la necesidad», contestó él con sencillez.

Caedra reprimió un bostezo. Tenía que admitir que, a pesar de tener los músculos un poco agarrotados por la postura, no había dormido tan mal. Las plumas del ala de Alastair eran una buena manta, aunque eso jamás lo diría en voz alta. Y se había sumido en un sueño tan profundo por lo segura que se sentía a su lado. Un agradable cosquilleo le recorrió los dedos y se sorprendió también al notar mariposas en el estómago…

Tragó saliva y se obligó a calmar su corazón, que ya se estaba acelerando. Era por eso que todavía no se había atrevido a retomar la conversación que tenía pendiente con Jay. Porque, por muy claro que tuviera su amor hacia Jay, ¿qué pasaba con los sentimientos igual de fuertes que estaba percibiendo hacia Alastair? No era justo para ninguno de los dos.

—Deberíamos ir con los demás —dijo antes de empezar a agobiarse—. Hay que partir cuanto antes para aprovechar el día.

Alastair plegó el ala e iba a replicar cuando detectó movimiento detrás de ellos. Giró su largo cuello y entornó los ojos…

—¡Buenos díaaas!

Caedra se levantó de un salto y se giró, alarmada. Valikia aterrizó frente a ella y estalló en carcajadas.

—Ay, Cai, tendrías que haber visto tu cara… —dijo Valikia entre risas, con una mano en la tripa. No llevaba su ropa de viaje; vestía una sencilla camisa blanca y unos pantalones marrones.

Alastair gruñó, mostrando los colmillos, pero la recién llegada no se dio por aludida. Aunque se había visto intimidada por el dragón al principio, como todos, no había tardado en superar su miedo inicial al ver lo mucho que Caedra confiaba en él.

Caedra puso los ojos en blanco. Estiró un poco sus propias alas.

—Val, ¿qué haces aquí?

—Venía a buscaros, obviamente. ¿Es que no te alegras de verme? —dijo ella, fingiendo estar ofendida.

Caedra dejó escapar una pequeña carcajada.
—Claro que me alegro. Pero ¿cómo sabías dónde estábamos?

Valikia sonrió pícaramente.

—Ah, os vi anoche, cuando salí a buscarte al ver que no volvías. Pero erais tan adorables así juntitos que…

Caedra, con las mejillas ardiendo, le dio un suave puñetazo en el hombro, avergonzada. Valikia rio de nuevo, satisfecha.

—Cai, no te pongas así, es que es demasiado fácil picarte a veces.

Alastair taladró con la mirada a Valikia, que experimentó un desagradable escalofrío y se puso seria de inmediato. Fingió ajustarse los cordones de la camisa.

—Eres terrible —protestó Caedra, si bien lo hizo con una sonrisa, y se cruzó de brazos, observando a su compañera—. Pero, Val, por mucho que aprecie tus «buenos días»… ¿Qué haces despierta tan pronto?

Valikia agachó la cabeza.

—Yo… Eh… —Movió su pie derecho en círculos sobre la arena, un tanto nerviosa—. Quería tener la oportunidad de hablar contigo un poco antes de que os fuerais…

Caedra arqueó una ceja.

—¿Sobre qué?

Valikia se contuvo para no llevarse una mano a la cara. Caedra sería una guerrera muy hábil, pero no tenía la capacidad de leer con claridad ciertos sentimientos de los demás. Solo quería tener un momento a solas con su amiga, ¿acaso necesitaba una razón para ello?

—Nada en particular… —murmuró—. Era solo por estar un rato juntas. Aunque sí que te quería comentar una cosa.
Caedra desvió la vista hacia el horizonte, donde el sol todavía luchaba por salir. Miró de nuevo a Valikia con una sonrisa.

—Tenemos tiempo.

El rostro de Valikia se iluminó.

Alastair observaba la escena con el ceño fruncido. No comprendía muy bien cuáles eran las intenciones de esa zeafírea de pelo y alas negras. Estaba bastante molesto por la interrupción, pero, por alguna razón que no alcanzaba a entender, Caedra apreciaba a esa chica, por lo que no sería adecuado quitarla de en medio…

Gruñó para sus adentros y se incorporó.

«Te esperaré junto al estanque en el jardín», le dijo a Caedra y alzó el vuelo.

Las zeafíreas se cubrieron el rostro con una mano para protegerlo de la arena que se levantó.

—¿Por qué es siempre tan antipático? —protestó Valikia—. No es justo, a Jay ya no lo trata tan mal…

Caedra dejó escapar una pequeña carcajada.

—Dale tiempo. Alastair es así.

—Ya… En fin, he traído esto —dijo Valikia mientras extraía un par de manzanas de su bolso —. ¿Qué tal si nos sentamos a desayunar y hablamos?

Caedra aceptó la manzana que le tendía su amiga y asintió con la cabeza. Se acomodaron junto a la orilla. Ya se veía el sol entero en la línea del horizonte y el cielo había empezado a mostrar tonos naranjas y rosas.

Valikia apenas le había dado un mordisco a la fruta cuando bostezó y se frotó los ojos con un puño. Caedra la observó de reojo, divertida.

—Tienes sueño, ¿eh?

—¿Y quién no lo tendría a estas horas? —masculló Valikia. Se recostó en Caedra y ella no protestó.

—¿Y para qué te has levantado, entonces? —replicó Caedra, cubriendo los hombros de Valikia con un ala.

—Ya te lo he dicho antes —refunfuñó ella—. La culpa es vuestra por querer marcharos tan pronto.

Caedra sonrió, divertida.

—Vaya, lo siento.

—A ver si te crees que yo madrugo por cualquiera.

—Tranquila, me lo creo —aseguró Caedra ensanchando su sonrisa.

Estuvieron varios segundos en silencio mientras desayunaban. Los pájaros también se estaban desperezando y empezando a llenar el ambiente de graznidos lejanos.

—Cai… —murmuró Valikia una vez su manzana estaba por la mitad.

—Dime.

—Lo que te quería comentar… —Valikia se mordió el labio y clavó la vista en su regazo. Suspiró tristemente—. Ojalá no os ataquen, pero…

Caedra esperó pacientemente a que Valikia encontrara las palabras que necesitaba, aunque tenía una ligera idea de lo que quería decir.

—Si os ataca Denkuro… —murmuró Valikia al fin. Se forzó a mirar a Caedra a los ojos—. No te contengas solo por ser mi hermano, ¿vale? Él no dudará en intentar mataros. Y no quiero que os pase nada.

Caedra frunció el ceño. Ella seguiría manteniendo la promesa que le hizo a Kendrij de no matar a nadie, pero, además, sabía que Valikia no soportaría que le pasara algo a su hermano.

—Lo tendré en cuenta.

—En serio, Cai… Mi hermano es muy peligroso.

—Lo sé, tranquila. Estaré atenta y me enfrentaré a él si es necesario —dijo ella, con la esperanza de que esto tranquilizara a su amiga.

Valikia asintió con la cabeza.

—Y recordad llevaros la pluma de Luvann por si pasa algo.

—Está todo controlado, Val, no te preocupes —le aseguró Caedra con una sonrisa. Había comprobado la noche anterior que estaba en el bolso de Ayla.

—Bien —dijo Valikia y se centró en terminar su manzana, ya más relajada.

***

Era temprano por la mañana. Demasiado temprano.

Jay estaba encorvado en su asiento, observando desanimado el desayuno. Odiaba madrugar…

—Vamos, Jay, alegra esa cara.

El chico alzó la vista. Connor acababa de entrar en el salón cargando con un montón de libros. Eran tantos que parecía imposible que no se hubieran caído todos.

—¿Qué haces? —inquirió Jay sin vocalizar apenas. Quería seguir durmiendo…

—Cuando no estás, no tengo mucho que hacer aparte de entrenar —contestó Connor, sentándose a su lado. Se encogió de hombros—. Así que aprovecho para informarme. El maestro Shidan me ha dado estos libros que quiero leer. —El medallón traductor lo ayudaba también en esto.

—Ya, sobre eso… —Jay se irguió en su asiento y suspiró pesadamente. Puso las manos en la mesa y entrelazó los dedos—. Siento tener que irme otra vez, Connor, yo…

Connor ladeó la cabeza para mirarlo con una ceja arqueada.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque viniste a Gea por mí, y esta es la segunda vez que me voy ya…

—Jay, no te preocupes —lo interrumpió Connor—. Vine para darte mi apoyo en todo lo que necesites, pero sé que no puedo acompañarte en cada una de tus misiones. Es mejor que me quede aquí hasta que haya entrenado más.

—La cautela es una de las mejores virtudes —asintió Shidan, viniendo desde la cocina. El veterano torrogal cargaba con una bandeja en la que portaba una tetera y varias tazas—. ¿Qué tal un poco de té antes de partir?

Jay puso los ojos en blanco, pero se le escapó una carcajada.

—Maestro Shidan, ¿por qué tomas té siempre?

—Cualquier ocasión es buena para tomar té, mi joven discípulo —contestó el torrogal solemnemente.

Ayla entró en el salón ya vestida y lista para partir. Se había asegurado de guardar todo lo que necesitaría en su bolso. Aunque ya había desayunado, su mirada se iluminó al ver el té en la mesa. Fue a sentarse en el asiento que había libre al otro lado de Jay.

—Buenos días, Ayla —la saludó Jay con una sonrisa—. Te veo un poco impaciente por irte.

La chica agachó la cabeza para ocultar su sonrojo. Se quitó el bolso y lo dejó en la mesa.

—Pensaba que ya estaríamos todos listos.

Connor bufó.

—Caedra no ha vuelto todavía, ha ido Valikia a por ella. Y… ¿Jay preparado a primera hora de la mañana? Buena suerte.

Se ganó un puñetazo en el hombro.

—¡Oye! —protestó Connor, frotándose el lugar afectado.

—Te lo merecías —se defendió Jay, irguiendo la barbilla.

Ayla sonrió mientras se servía un poco de té. Jay terminó su desayuno y la imitó.

—El té de aquí sabe diferente a todos los tés que he probado en la Tierra —comentó Connor tras darle un sorbo a su taza.

—Es cierto —afirmó Ayla—. Vi muchas mezclas curiosas en la Tierra.

—La próxima vez que esté en la Tierra te traeré varias bolsas de té para que las pruebes. —Jay se dirigió a Shidan.

Los ojos del torrogal brillaron con interés.

—No me opondría a probar tés distintos a los que ya conozco.

***

Jay estaba sumido en sus pensamientos mientras sobrevolaban el continente. Rebobinaba una y otra vez su conversación con Ilyor.

¿Cómo podría hacerle cambiar de opinión? ¿Acaso merecía la pena intentarlo? Era el padre de Hadriel… Pero Hadriel llevaba años sin hablarse con él.

Quería saber qué había sucedido para que Ilyor odiara de esa manera al emperador. La inmensa mayoría de la gente de Gaelar estaba cegada; casi todos lo trataban como a un dios. Algo habría pasado para que Ilyor no lo considerara así.

Lo mejor sería olvidarse de ello hasta que regresaran a Ganthia, ya que no lo volvería a ver hasta entonces. Viajaba sobre Alastair con Caedra y Ayla, que también permanecían en silencio, pues no era fácil conversar con el ruido del viento a esa altura. Las dos zeafíreas iban envueltas en gruesas capas, mientras que él apenas necesitaba ropa de abrigo al regular su temperatura corporal por ser afín al fuego.

Jay se preguntaba qué estaría pensando Alastair. El dragón había mostrado un entusiasmo nulo ante la idea de reencontrarse con Djaka tan pronto. ¿Cómo actuaría Djaka esta vez cuando los viera? Esperaba que no los atacara.

Tenía todavía fresca en su mente la imagen de la Djaka del futuro, tan torturada por el paso del tiempo en un mundo de sombras. Recordaba el deseo que había tenido de ayudarla de alguna manera, aunque no fuera posible. Ahora estaban de nuevo en el presente, donde nada de eso había sucedido y Djaka era poderosa y autoritaria. ¿Cómo sería la conversación en esta ocasión?

Se detuvieron a mitad de camino en una cueva para pasar la noche. Al estar en territorio del imperio, organizarían guardias para vigilar por si alguien se acercara.

No hablaron mucho antes de irse a dormir; estaban un poco tensos por encontrarse en las tierras del emperador. Caedra tenía la primera guardia, y fue la única que se quedó despierta.

La zeafírea se acomodó junto a la pequeña hoguera, observando el exterior en todo momento. El bosque estaba tranquilo y se habían asegurado de detenerse en un lugar apartado de todo tipo de caminos entre las ciudades, pero no podía despistarse en ningún momento, por si acaso.

Escuchó el canto de un búho en la distancia. El viento removió con suavidad las copas de los árboles. Captó movimiento por el rabillo del ojo, pero solo era un ratón que salió corriendo de un arbusto a otro.

Caedra seguía dándole vueltas a su conversación con Valikia esa mañana. La última vez que vio al hermano de su amiga había sido cuando estaban abandonando Zarested, en el mismo enfrentamiento en el que se habían enterado de su posición en el bando enemigo. Jamás olvidaría la expresión devastada en el rostro de Valikia.

No lograba comprender por qué Denkuro trabajaba para el oráculo supremo. ¿Cómo había conseguido Leveann hablar con Denkuro cuando los separaba un océano entero entre los dos continentes? ¿Y cómo lo había convencido de unirse a su causa?

Valikia no le había contado todavía la historia completa sobre la muerte de Uma, la pareja de Denkuro. A Caedra le gustaría saber exactamente cómo la habían asesinado para que Denkuro continuara buscando a los responsables años después. ¿Acaso el oráculo supremo le podía ofrecer respuestas que no encontraría en ninguna otra parte? ¿Cómo era esto posible?

Con un poco de suerte, no se enfrentarían a nadie en aquel pequeño viaje. Caedra no sabía qué haría si tenía que luchar contra Denkuro. No solo había mostrado ser muy hábil combatiendo, sino que era el hermano de su amiga. No quería hacerle daño, aunque no dudaría en actuar para defender a sus compañeros.

Suspiró pesadamente. Escuchó movimiento a sus espaldas y miró por encima del hombro. Jay se había sentado y estaba encorvado. Tenía el ceño fruncido.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Caedra en tono bajo. No quería despertar a los demás. Aunque Ayla solía tener un sueño muy pesado, Alastair siempre estaba alerta.

—No —contestó él, frustrado. Se levantó de donde se había tumbado junto a Ayla para ir a sentarse al lado de Caedra, al calor de la hoguera—. No logro dejar la mente en blanco.

—¿En qué piensas?

—En muchas cosas… Pero, sobre todo, en Ilyor.

—¿No fue bien vuestra conversación?

Jay dibujó una mueca en su rostro.

—No lo sé… No quiere tener ningún tipo de relación familiar conmigo. Solo quería conocerme.

Caedra torció el gesto.

—Bueno, dale tiempo. Quizás cambie de opinión.

Jay rio con amargura.

—Ya, eso dijo Tarvo.

—Yo también tenía muchas ganas de conocerlo por ser el padre de Hadriel, pero mi única intención es que sea nuestro aliado. Hadriel era Hadriel, e Ilyor es… Ilyor. Son personas diferentes. Hadriel era mi familia, pero Ilyor no lo es —explicó Caedra—. Es como si alguien me dijera después de todos estos años que mis padres están vivos y quieren conocerme. Me haría ilusión saber que no están muertos, querría conocerlos, sí… Pero mantendría las distancias al principio y necesitaría un tiempo.

—¿Por qué? —inquirió Jay, confuso.

—Porque los vínculos no se establecen por arte de magia solo por ser familia de sangre. Los vínculos se trabajan día a día.

Jay clavó sus ojos en el fuego de la hoguera. Las llamas crepitaban con lentitud, alumbrando con su cálido brillo naranja la cueva, y las ascuas rojas ascendían en un movimiento hipnótico. Pensó durante unos segundos en lo que le había dicho Caedra.

—Supongo que tienes razón —murmuró al fin—. Entonces, será mejor que no lo presione.

—Puedes seguir hablando con él. Tan solo no te hagas ilusiones; deja que las cosas fluyan con naturalidad.

—Vale… —dijo Jay y liberó un suspiro cargado de tristeza. La paciencia no era su fuerte.

Caedra lo observó de reojo. Estaba inclinado y con la cabeza gacha, claramente desanimado. Las llamas arrancaban reflejos cobrizos a su pelo castaño, ya bastante crecido.

—Lo echo mucho de menos, Cai… —balbuceó Jay y parpadeó repetidamente al notar que le ardían los ojos.

Caedra no tuvo que preguntar para saber que se refería a Hadriel. Jay había tenido la esperanza de encontrar en Ilyor alguien que lo guiara como lo había hecho Hadriel y, ahora que había quedado claro que no sería así, se había venido abajo de nuevo ante la dura realidad.

Extendió una de sus alas para envolver a Jay, que la miró con sorpresa al principio, pero enseguida se relajó y se recostó en ella.

—Lo sé, Jay, yo también —murmuró Caedra mientras rodeaba la cintura del chico con el brazo.

Se sumieron en el silencio. Jay respiró hondo, calmándose, y se centró en la suavidad de las plumas de Caedra para dejar la mente en blanco. Eran pocas las veces que la zeafírea lo abrazaba de esa manera, pero siempre que lo hacía se sentía tranquilo y protegido. La calidez de Caedra era única e irreemplazable para él.

Caedra sonrió cuando Jay apoyó la cabeza en su hombro, con los ojos cerrados. Ella debía seguir atenta a todo lo que sucedía en el exterior, pero Jay todavía tenía tiempo para descansar antes de que fuera su turno de guardia.

Jay suspiró, relajado al notar los finos dedos de Caedra acariciándole el pelo. Fue dejando de percibir todo lo demás a su alrededor y el sueño se apoderó de él…

***

Jay abrió los ojos, sabiendo de inmediato que había algo extraño en aquel lugar. Él recordaba haber estado junto a Caedra y suponía que se había quedado dormido, pero ahora se encontraba en un espacio de brumas negras…

Su corazón se aceleró y miró a un lado y a otro frenéticamente.

—Relájate, Jay.

El chico ahogó un grito y se giró de golpe. Se llevó una mano al pecho y liberó un suspiro de alivio al ver que se trataba de Alastair en su forma humana. Este arqueó una ceja ante su reacción.

—Menudo susto me has dado, Alastair —protestó Jay.

—No estamos en el futuro —dijo él para tranquilizarlo—. ¿Acaso has olvidado ya que este es el aspecto del espacio compartido por nuestras mentes cuando hablamos de esta forma?

Jay agachó la cabeza para ocultar su sonrojo, avergonzado. Ahora que ya lo sabía, reconocía el lugar con claridad, pero su reacción con las sombras había sido instintiva. Aquel futuro oscuro estaba grabado a fuego en su memoria.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió Jay, mirando a Alastair de nuevo—. Porque supongo que no estaremos aquí solo porque quieras charlar conmigo —añadió con sarcasmo.

—Supones bien —dijo Alastair con sequedad—. Quiero aprovechar el tiempo e ir enseñándote en qué consisten tus nuevos poderes.
El rostro de Jay se iluminó.

—¿En serio?

Alastair se mantuvo en silencio, considerando que la respuesta era obvia. Jay dejó escapar una risita nerviosa.

—Vale, vale, ya sé que tú nunca bromeas… Pero podrías alegrarte un poco, ¿no? —protestó, poniendo los brazos en jarras.

Alastair clavó en él sus ojos de hielo. Jay tuvo un escalofrío y apartó la mirada.

—De acuerdo, olvida lo que he dicho, «Alastair» y «alegría» no pueden ir en la misma frase —masculló Jay—. ¿En qué consisten mis nuevos poderes?

—Como viste en el futuro, ahora eres inmune a las sombras. Puedes controlarlas hasta cierto punto, aunque no de la misma manera que Saekish, quien puede, además, comandar los espectros —explicó Alastair, con los brazos cruzados—. Podrás desplazarte de un punto a otro a través de las sombras.

—¿Te refieres a eso que haces tú de teletransportarte en un cúmulo de sombras o algo así? —inquirió Jay animado.

—No es exactamente teletransportarme, pero es parecido —asintió Alastair—. También podrás emplear una pequeña cantidad de sombras para atacar.

—Vale, ¿y cómo lo hago?

—Las sombras deberían ser sencillas de manipular, pues suelen estar en menor o mayor cantidad presentes en todas partes. Pruébalo.

Jay arqueó una ceja.

—¿Cómo?
Alastair lo miró como si fuera estúpido. Estaban en un espacio donde las brumas negras lo cubrían todo. Jay se percató de esto y, con una risita nerviosa, se agachó en cuclillas. Puso la mano sobre las sombras. Pensó en la primera vez que había probado a manejar el fuego, cuando Caedra le había indicado que tirara de la diminuta llama del mechero. Hizo lo mismo, probando a levantar la mano mientras se centraba en las brumas. Una pequeña cantidad de estas siguió su movimiento hacia arriba, elevándose.

Jay alzó la vista para mirar a Alastair y sonrió, ilusionado.

—Pues no es tan complicado.

Alastair asintió con la cabeza.

—Para ti será bastante intuitivo. Aunque te costará más desplazarte a través de las sombras, en este espacio debería ser fácil.

—¿Cómo hago eso?

—Visualiza el punto al que quieres ir. Cierra los ojos y céntrate en las sombras a tu alrededor. Atráelas hacia ti y fúndelas con tu esencia…

—Vale, vale, para —le interrumpió Jay y alzó las palmas de las manos. Alastair clavó en él sus ojos de hielo, impacientándose—. ¿Que las funda con mi esencia? ¿Estás seguro de que no hay riesgo de que absorba esas sombras para siempre o algo peor?

—No, eres inmune a sus efectos adversos —le recordó Alastair—. Inténtalo.

Jay suspiró pesadamente, cerró los ojos y respiró hondo. Visualizó el lugar en el que quería aparecer. Las sombras a su alrededor eran tantas que no tuvo problema para atraerlas hacia él. Pasaron unos segundos en los que Jay siguió concentrado en su tarea. Un escalofrío recorrió su cuerpo y trastabilló hacia delante, mareado. Frunció el ceño. ¿Por qué no pasaba nada?

—Bien.
Jay abrió los ojos al escuchar la voz grave de su compañero. ¿Cómo que bien?

Se quedó boquiabierto al ver que ahora estaba detrás de Alastair, quien se estaba girando para mirarlo de nuevo.

—¿Lo he conseguido? —murmuró Jay, fascinado. Comprobó de inmediato que no faltaba ninguna parte de su cuerpo.

—Como he dicho, en este espacio te será muy sencillo. En la realidad tendrás que practicar mucho, pero, al menos, ahora ya sabes cómo funciona.

—Da un poco de mal rollo —comentó Jay con el ceño fruncido.

Alastair lo ignoró.

—Cuando tengas más práctica, podrás desplazarte incluso a puntos que no estén en tu campo de visión, pero sí cerca de ti.

—¿Y podré llevar a más gente conmigo, como haces tú?

—Cuando tengas más práctica. Hasta entonces, no lo recomiendo —contestó Alastair y lo observó detenidamente. Pasaron los segundos y Jay empezó a incomodarse.

—¿Qué pasa?

—Tu fuego va a interferir con mi hielo.

—¿Cómo? —Jay ladeó la cabeza confuso.

—Son elementos opuestos —explicó Alastair—. Es por eso que tendrás más dificultad para controlar el hielo.

Jay apretó los labios. Miró las palmas de sus manos. Estaba muy acostumbrado a la calidez de las llamas, era cierto. ¿Cómo se adaptaría al frío del hielo?

—Tendremos que practicar cuando tengamos agua delante —dijo Alastair—. Serás incapaz de crear hielo por tu cuenta al principio.

—Pero…

Jay calló al ver que el espacio a su alrededor se distorsionaba. Alastair también se percató de esto y entornó los ojos.

—Continuaremos en otro momento.

—Alastair, espera —dijo Jay y extendió una mano hacia él, aunque no llegó a agarrar su brazo.

Todavía tenía muchas preguntas sobre sus nuevos poderes y le habría gustado practicar más con las sombras. Le parecía que no llevaban el tiempo suficiente en ese espacio como para que ya se estuviera haciendo de día en el exterior.

Alastair, sin embargo, negó con la cabeza.

—La mortal con el poder de la luz te está despertando.

—¿Qué? ¿Ayla? —murmuró Jay para sí—. ¿Por qué?

—Enseguida lo comprobaremos.

Capítulo 31: Fantasmas del pasado

Una dragona de escamas azules aterrizó en el atolón Esmeralda, levantando la arena con la corriente de aire que provocaron sus alas. Se acercó al borde de las rocas que entraban en el mar y agachó la cabeza para observar lo que había bajo la superficie del agua.

Contemplar la infinidad de corales verdes que poblaban el atolón siempre la relajaba. Había pequeños peces nadando de un lado a otro, ajenos a la dragona que los admiraba. Los tentáculos rosas de las anémonas, a la espera de capturar su próxima presa, bailaban con suavidad al ritmo de las olas, creando un efecto hipnótico…

Djaka irguió su largo cuello y miró por encima del hombro, entornando los ojos. Había algo extraño en el ambiente…

Pasaron los segundos y no detectó ninguna presencia enemiga. Tras dedicar un último vistazo a los corales, echó a andar por las rocas. No tenía mucho por lo que preocuparse; su hogar estaba protegido por una barrera de luz creada por Luvann. Había que poseer una de sus plumas para atravesarla, por lo cual la probabilidad de que alguien la atacara era mínima.

Un hueco en las paredes de un risco creaba una cueva en la orilla de la playa con el tamaño ideal para ella. Djaka se adentró bordeando el agua que se almacenaba en su interior hasta llegar a la parte seca, donde todo el suelo estaba cubierto de rocas y arena. Los rayos del sol se filtraban por un agujero que había en el techo, manteniendo el lugar bien iluminado.

Djaka caminó hasta el fondo de la cueva y se agachó para tumbarse. Se detuvo, sin embargo, y frunció el ceño. No estaba sola…

Varias cadenas salieron despedidas hacia ella. La dragona rugió y se irguió en un intento de esquivarlas, pero se enrollaron en su cuerpo en un abrir y cerrar de ojos. Trató de extender sus alas, pero estaban aprisionadas. Cuando abrió sus fauces para liberar un torrente de fuego, otra cadena más atrapó su hocico. Gruñó, furiosa, y se dispuso a manejar el metal para romper las cadenas. Sin embargo, el metal no obedeció sus órdenes. Djaka palideció.

Umbrano. Sus poderes habían sido inutilizados y ella no podía hacer nada para moverse.

Vio a un hombre acercarse a ella. Tenía el pelo largo, dos cuernos en la cabeza, con uno de ellos partido; un par de alas de plumas y su mirada…

Su mirada estaba vacía.

***

Ayla ahogó una exclamación al volver a la realidad. Se aseguró de que no había ninguna cadena reteniéndola y tuvo un escalofrío al recordar los ojos sombríos de aquel hombre, un zeafíreo. Su visión se había cortado justo después de verlo.

Miró a su alrededor. Sus compañeros estaban durmiendo, pues le tocaba a ella el turno de guardia. Jay estaba recostado en Caedra y ella se había apoyado en la pared junto a la hoguera. La zeafírea envolvía a Jay con una de sus alas y tenía la mejilla reposando en la cabeza del chico. Ayla sintió una punzada de celos al observar esto, la misma reacción que había tenido al verlos

cuando empezó su turno.

Sacudió la cabeza. Debía apartar sus confusas emociones y centrarse en lo que realmente importaba. Se levantó y se agachó junto a Jay, sacudiéndole el brazo con suavidad.

—Jay —lo llamó en un susurro, pero él no reaccionó—. Jay —repitió alzando un poco más la voz, y él frunció el ceño—. ¡Jay!

El chico, al fin, levantó los párpados y la miró, somnoliento.

—¿Ayla? —murmuró—. ¿Qué ocurre?

—He tenido una visión —explicó ella, apartándose. Comprobó por el rabillo del ojo que Caedra también estaba abriendo los ojos al escuchar sus voces, irguiendo la cabeza—. Aparecía una dragona que tiene que ser Djaka.

Jay, que tan a gusto había estado usando el hombro de Caedra como almohada, se enderezó y se frotó los ojos. Caedra plegó el ala y se inclinó hacia Ayla, muy seria.

—¿Qué has visto? —quiso saber.

—Djaka estaba en una playa con rocas y muchos corales verdes…

«El atolón Esmeralda», informó Alastair.

A Ayla se le escapó un grito de sorpresa y se llevó una mano al pecho. Miró con rapidez por encima del hombro y comprobó que el dragón se había levantado y los observaba, pendiente de la conversación.

La chica respiró hondo para tranquilizarse y prosiguió:

—Djaka iba a una cueva y unas cadenas la atrapaban. No podía usar sus poderes ni moverse, así que supongo que estarían hechas de umbrano…

Jay y Caedra intercambiaron miradas, preocupados, mientras que Alastair frunció el ceño.

—¿Viste a alguien más? —inquirió Caedra. Si tenían alguna pista de quién era el atacante los ayudaría mucho.

Ayla tuvo un escalofrío al recordar esos ojos vacíos.

—Sí. Había un zeafíreo.

—¿Un zeafíreo? —repitió Jay.

—El hermano de Valikia —dijo Caedra sin dudarlo. No conocían ningún otro zeafíreo de parte del emperador.

Ayla frunció el ceño y se llevó un dedo a los labios, pensativa. No había tenido tiempo de memorizar los rasgos del hombre, pero no le había dado la impresión de que tuviera el pelo o las alas negras, sino que, más bien, eran de tonos claros. Y no recordaba que Denkuro tuviera un cuerno partido, aunque podría haberle sucedido recientemente…

—¿Era de noche o de día? —preguntó Jay.

—De día… Pero no sé a qué hora.

«Puede ser una visión de mañana o de dentro de unas semanas —dijo Alastair—. Sin embargo,

el riesgo de que sea un suceso inminente es grande. Partimos de inmediato».

El dragón se dirigió al exterior, donde el cielo todavía estaba oscuro. Los demás se pusieron en pie y recogieron todo.

***

Alastair batía las alas con rapidez, desplazándose entre las nubes mientras estas se iluminaban de naranja y rosa en el amanecer. Jay había tenido bastante sueño, pero el viento frío lo había despejado enseguida.

«Nos estamos acercando», comunicó Alastair.

Ayla se abrazó con fuerza a la cintura de Jay, nerviosa. Él puso una mano sobre las de la chica y apretó con suavidad.

Caedra estaba mentalizándose para el posible enfrentamiento con el hermano de Valikia. Con un poco de suerte, la visión de Ayla sería sobre un suceso en las próximas semanas y no de ese mismo día, pero suerte era precisamente algo de lo que solían carecer. Albergaba la esperanza de que no hubiera nadie más aparte de Denkuro, pues, aunque era un oponente peligroso, no podría enfrentarse a los cuatro a la vez y optaría por retirarse.

Jay dio un respingo cuando atravesaron una barrera de luz que apareció y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió, nervioso.

«Una cúpula de luz creada por Luvann para proteger el hogar de Djaka —explicó Alastair—. Es necesaria una pluma de Luvann para acceder, por lo que nuestros enemigos han debido de hacerse con una si la visión es cierta».

—¿Cómo? —dijo Caedra, frunciendo el ceño. Las plumas de Luvann no eran fáciles de conseguir.

«Lo desconozco».

—Pero esta barrera no estaba en el futuro —señaló Jay.

«El futuro era un mundo de sombras en el que los poderes de Luvann eran cada día más débiles. No habría podido sustentar ningún tipo de barrera —contestó Alastair—. No esperes tampoco que ahora el atolón Esmeralda tenga el mismo aspecto».

Alastair empezó a descender. Aterrizó en la arena blanca de la playa con el mayor sigilo posible, atento por si percibía algún movimiento, pero el lugar estaba desierto.

Ayla, Jay y Caedra bajaron al suelo de un salto. Alastair regresó a su forma humana. Unas finas líneas se marcaron entre sus cejas.

—¿Detectas algo? —le preguntó Caedra.

Jay estaba observando el lugar, admirando lo diferente que era a lo que él recordaba. El atolón estaba lleno de vida y color, y no había ninguna torre erigida en uno de sus acantilados.

—No. Ni siquiera a Djaka —contestó Alastair, pero continuaba en tensión.

—Entonces hemos llegado a tiempo y no ha sucedido nada, ¿no? —dijo Jay, cruzando los brazos detrás de la cabeza, más tranquilo.

Alastair no dijo nada y echó a andar por la orilla. Caedra lo siguió sin dudarlo.

—¿Y ahora qué le pasa? —masculló Jay.

—Es posible que haya notado algo —murmuró Ayla, que no paraba de mirar a un lado y a otro, inquieta.

—Ya… En fin.

Fueron con sus compañeros. Caminaron por una senda de rocas que las olas mojaban de vez en cuando con suavidad. Jay se asomó y se quedó con la boca abierta al ver la cantidad de corales verdes que había bajo el agua.

—Es precioso —comentó Ayla a su lado, igual de fascinada.

Por desgracia, no tenían tiempo para quedarse admirando las vistas. Llegaron a una inmensa cueva en la que entraba el mar. A simple vista parecía estar vacía, pero…

—¡Djaka! —exclamó Jay, palideciendo.

Llegaban tarde. Al fondo de la cueva yacía una mujer en el suelo, aprisionada con múltiples cadenas y con su largo cabello azul desparramado en la arena.

Jay y Ayla fueron corriendo hacia ella. Alastair y Caedra tardaron un par de segundos mientras se aseguraban de que no había nadie más, tras lo cual se acercaron también.

—¿Qué ha pasado? —dijo Jay, angustiado, agachándose junto a Djaka. La mujer apenas respiraba y su piel carecía de todo color salvo por las quemaduras presentes bajo los puntos en los que pasaban las cadenas—. ¿Por qué está así?

—El umbrano no solo inhibe los poderes, sino que también es venenoso para los dragones —contestó Alastair. Mantenía una expresión indiferente, pero en su voz se filtraba algo de la furia que estaba sintiendo al ver así a su antigua compañera—. Hay que quitarle rápido las cadenas.

Jay no tardó en quemar el metal con su fuego, tras lo cual fueron suficiente unos golpes para quebrarlo. El umbrano era peligroso, pero endeble.

Djaka siguió inconsciente. Su respiración, ya tenue de por sí, era cada vez más débil. Muchas zonas de su piel estaban negras por completo ahora que habían retirado las cadenas.

—¿Djaka? —la llamó Jay, temeroso. La mujer no reaccionaba.

Alastair frunció el ceño y puso dos dedos en el cuello de Djaka. Apretó los dientes. Había estado demasiado tiempo en contacto con el umbrano.

No lo entendía. ¿Cómo había caído Djaka en una trampa así? ¿Cómo habían logrado sorprenderla? El umbrano ocultaba la presencia de otros, pero Djaka solía ser cuidadosa. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había visitado su hogar? Sus enemigos habían tenido margen suficiente para preparar las cadenas.

Solo él y Djaka sabían lo vulnerables que eran los dragones al umbrano. Era su punto débil, y era un secreto que guardaban celosamente. ¿Cómo habían conseguido la información sus

enemigos? ¿Acaso Saekish lo habría averiguado?

¿Cómo habían accedido al hogar de Djaka? ¿Cómo habían conseguido una pluma de Luvann?

Eran demasiadas preguntas y no tenía respuesta para ninguna de ellas.

Ayla se había puesto a trabajar de inmediato y las palmas iluminadas de sus manos ya estaban suspendidas sobre el pecho de Djaka, intentando curarla. Pero el veneno en su sistema era demasiado, el daño era excesivo y la llama de la vida de Djaka prácticamente se había apagado. El rostro de Ayla empezó a llenarse de gotas de sudor por el esfuerzo. Jay puso una mano en su espalda, sin poder hacer más para mostrarle su apoyo.

Caedra observaba a Alastair. Él trataba de ocultarlo, pero ella supo reconocer el brillo del terror en sus ojos. Djaka se estaba muriendo, y ni siquiera Ayla podía salvarla.

Alastair siempre había querido vengarse de Djaka. Se negaba a perdonarla por su traición. Sin embargo, ahora veía que no estaba realmente preparado para perder a quien había sido su primera amiga y pareja durante siglos, quizás hasta milenios. Si Djaka moría, Alastair, aunque jamás lo admitiría, quedaría destrozado.

Él había estado convencido de que tendría toda la eternidad por delante para hablar de lo sucedido con Djaka. Ambos eran inmortales, era lo lógico. Pero ahí tenía el cruel recordatorio de que, en realidad, no eran invulnerables.

Caedra rebuscó en el bolso de Ayla, quien ni se inmutó, concentrada por completo en su trabajo, y extrajo la pluma de Luvann. Emitía un tenue resplandor verde.

Se la tendió a Alastair. Él miró la pluma y luego alzó la vista para clavar sus ojos en los de Caedra. Fueron solo un par de segundos, pero a ambos les pareció mucho más tiempo.

Y tiempo, precisamente, era lo que no tenían.

Alastair cogió la pluma y tensó la mandíbula. Observó a Djaka, cuya vida ya pendía de un hilo. Podía sentirlo. La mujer, tan pálida y fría, con sus labios casi azules, parecía un cadáver.

***

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ser inmortales?

Habían pasado siglos desde que había conocido a Djaka. Habían crecido juntos, ya podían considerarse adultos, pero todavía eran relativamente jóvenes.

Estaban postrados en el borde de un acantilado, observando las estrellas con el ruido de las olas del mar bajo ellos. No hacía mucho que habían conseguido recluir las sombras de Gea en una pequeña esfera, y el mundo estaba comenzando a florecer.

Alastair giró la cabeza para mirarla. Las gemas azules de la cornamenta de Djaka recibían los pálidos rayos de la luna, iluminándose con suavidad.

—¿El qué?

Djaka sonrió.

—Que por mucho que nos enfademos, que nos peleemos, que discutamos…, siempre tendremos tiempo para pensar las cosas, hablarlo y juntarnos de nuevo. La eternidad es nuestra. ¿No te

tranquiliza eso, Alastair?

Era cierto. La eternidad nunca sería un castigo para ellos. Siempre se tendrían el uno al otro. Siempre estarían juntos, de una manera o de otra.

Alastair sonrió también.

—Supongo que sí.

***

Alastair miró fijamente el rostro inerte de Djaka. Sus ojos naranjas, tan llenos de fuego y vida, estaban cerrados. Si no actuaba pronto, se quedarían así para siempre.

Djaka. Quien lo había traicionado y lo había atacado aquel fatídico día, despojándolo de su cuerpo y condenándolo a vagar por Gea como un espectro errante durante un milenio.

«¿Por qué lo hiciste?», pensó Alastair, sintiendo cómo la rabia burbujeaba en su interior.

Era ella quien había elegido abandonarlo para preservar su buena reputación. ¿Qué rencor podía tenerle Djaka a él? Jamás le había hecho nada.

Por tanto, ¿qué la había llevado a revolverse contra él? Era una conversación que tenían pendiente.

Alastair había estado convencido de que todo lo que sentía por Djaka era odio. ¿Cómo sentir algo distinto después de su abandono y de su traición?

Pero las llamas de su relación habían dejado cenizas. Y esas cenizas se estaban manifestando ahora, cuando la estaba viendo morir. Estaba sintiendo algo distinto al odio: tenía miedo. Miedo, un miedo terrible a perder a Djaka. Porque, en el fondo, seguía teniendo cierto aprecio por ella. Y no soportaría perderla, no cuando tenían todavía asuntos pendientes.

Djaka y él eran las dos caras de la misma moneda. Ella era la llama de la vida, capaz de hacer brotar una planta en un instante acelerando el paso del tiempo para esa semilla. Él era el hielo de la destrucción, custodio de las sombras que arrasarían Gea entera si eran liberadas. Ambos eran dragones, quizás los únicos que quedaban en ese planeta, y ambos eran inmortales. Ambos se tendrían siempre el uno al otro…

… Excepto si uno de ellos moría.

Ayla había cesado su intento de salvar a Djaka y se había quedado abatida, con la cabeza inclinada mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, viéndose ahogada por la sensación de fracaso.

—No puedo —murmuró la chica entre sollozos—. Es demasiado tarde. Se muere.

Jay la abrazó, intentando consolarla. Caedra se limitaba a observar a Alastair en silencio.

Alastair no dijo nada. Dejó caer la pluma sobre el pecho de Djaka, que ya apenas subía y bajaba. En cuanto la pluma entró en contacto con ella, el efecto fue instantáneo y un brillo cegador forzó a todos a cubrirse el rostro.

—Pero ¿qué…? —dijo Jay, que no había alcanzado a ver la pluma.

El resplandor se apagó. Todos comprobaron que la piel de Djaka estaba impoluta, sin rastro de

quemaduras, y blanca, pero ahora con el color rosa presente en sus mejillas. La mujer abrió los ojos, de un vivo tono naranja, y se sentó, llevándose una mano a la cabeza, confusa. La pluma cayó de su pecho al suelo; su aura verde había desaparecido, dejándola de color negro opaco.

—¿Alastair? —balbuceó Djaka, que reparó en él primero y ya luego se fijó en los demás. Bajó la vista y divisó la pluma. Arqueó las cejas—. ¿Una pluma de Luvann?

—La única que teníamos —dijo Alastair con frialdad.

Caedra sonrió para sus adentros. Aunque el miedo había desaparecido de los ojos de hielo de Alastair y este volvía a tener su actitud gélida, ella veía que ya no estaba en tensión. Sabía que para él era un alivio que Djaka no hubiera muerto.

Ella tampoco habría dejado a Djaka morir, por mucho que no la conociera. Independientemente de lo importante que fuera por su control sobre el tiempo, Djaka era su propia persona. Sin embargo, se alegraba de que fuera Alastair el que había tomado la decisión.

—¿Estás bien? —le preguntó Ayla a Djaka, consternada. Hizo el amago de extender una mano hacia ella, pero no se atrevió a tocarla.

—Estoy sin fuerzas —contestó Djaka con el ceño fruncido. Era incapaz de transformarse en dragón por la falta de energía—. Pero he sobrevivido.

—Lo cual, he de admitir, es un desenlace que no esperaba.

La voz masculina que retumbó por toda la cueva los hizo reaccionar al instante. Jay, Caedra y Alastair se pusieron en pie y se giraron. Ayla, al comprobar que Djaka no podía levantarse, se quedó agachada junto a ella, pues tampoco sería capaz de pelear mucho; también estaba sin fuerzas tras intentar curar a Djaka.

Observaron a un hombre de pelo y alas negras entrar en la cueva, con su silueta recortada por la luz del sol que brillaba a sus espaldas. Caedra apretó los dientes, reconociéndolo al instante.

—Denkuro.

Él asintió con la cabeza.

—Caedra, cuánto tiempo.

Jay tenía los hombros rígidos. Fue directo al grano:

—¿Por qué habéis atacado a Djaka?

—Es una amenaza. El oráculo supremo tuvo una visión y decidió que era el momento de actuar. Y la trampa fue un éxito —resumió Denkuro. Torció el gesto—. Y, aunque esperaba vuestra intervención, no contaba con que salvarais a Djaka.

—Qué mala suerte —replicó Jay, sarcástico.

—Denkuro, ¿por qué estás de parte de un emperador que no tiene nada que ver contigo? —cuestionó Caedra. Tenía la mano derecha en el cinto, lista para agarrar sus abanicos.

—El oráculo supremo me ofrecerá todas las respuestas que necesito a cambio de mi servicio —contestó él con sencillez—. Soy un mercenario; no es diferente a otros trabajos que hago. Solo el pago es distinto.

Alastair entornó los ojos. Denkuro se había mostrado muy fácilmente ante ellos; era imposible que los derrotara a todos por muy poderoso y hábil que fuera. El brazalete que llevaba con una gema de umbrano incrustada explicaba que no percibiera su presencia. Podía haber más enemigos a la espera también ocultos.

Denkuro centró su atención en Ayla, que se quedó rígida. Jay siguió la dirección de la mirada de Denkuro y tuvo un mal presentimiento al ver que su amiga se había quedado pálida.

—Ayla, ¿qué pasa?

—No… no es él —murmuró ella, apretando un puño contra el pecho. Le tembló la voz.

—¿Qué quieres decir?

No había podido distinguir mucho los rasgos del hombre en su visión, pero sí había un detalle que Ayla recordaba con total claridad: el zeafíreo tenía un cuerno partido. Y Denkuro tenía ambos cuernos intactos.

—No es a quien vi en mi visión —contestó Ayla. Se le había quedado la garganta seca. Miró a un lado y a otro, pero no divisó a nadie más.

El corazón de Jay se aceleró. Giró la cabeza primero hacia Caedra y luego hacia Alastair, pero ellos tampoco localizaban a ningún otro enemigo.

—No es nada personal —dijo Denkuro, cargando su arco—. Pero no esperéis que nos abstengamos de mataros solo porque sois amigos de mi hermana.

Jay frunció el ceño. Denkuro había hablado en plural. ¿Dónde estaban sus acompañantes?

Otra figura entró en la cueva. Era un hombre alto y esbelto, de facciones angulares y afiladas. Su largo cabello blanco caía liso por su espalda, de donde brotaban dos alas de plumas marrones. Uno de sus cuernos estaba partido por la mitad y sus ojos rapaces, amarillos, carecían de emoción alguna.

Caedra se había quedado congelada, con los ojos abiertos como platos. Jay tampoco daba crédito a lo que veía, y Alastair, que había observado algún recuerdo de Caedra en el que aparecía esa persona, estaba igual de desconcertado.

El zeafíreo se detuvo junto a Denkuro, empuñando una lanza. La respiración de Caedra se aceleró.

—No es posible —murmuró con la mandíbula desencajada. No podía ser. Miró a Alastair, desesperada—. ¿Es una ilusión? ¿Son las sombras?

Alastair negó con la cabeza.

—Es real —sentenció.

Caedra no paraba de mirarlo, olvidándose de todo lo demás a su alrededor. Le temblaron las manos y luchó por inspirar aire, sin éxito. No comprendía nada. Cayó de rodillas al suelo, incapaz de sostenerse en pie.

—¡Cai! —Incluso la voz de Jay sonó lejana.

Jay había ido de inmediato junto a ella. Se agachó y puso las manos en sus hombros,

preocupado. Caedra seguía con los ojos muy abiertos, sin apartar la vista del zeafíreo de pelo blanco.

—Loure… ¿Estás vivo? —musitó Caedra tan bajo que solo Jay y Alastair la escucharon.

El corazón de Jay latía a mil por hora. Él tampoco lo entendía. Había visto morir al hermano de Caedra con sus propios ojos; había sido atravesado por un par de carámbanos de hielo en su huida de las minas ya varios años atrás, en sus primeras semanas en Gea.

Alastair había dejado claro que no se trataba de un engaño. ¿Qué estaba pasando?

Jay ayudó a Caedra a ponerse en pie, pero mantuvo una mano en la cintura de la zeafírea, pues veía que sus piernas estaban temblando. Él mismo apenas sabía qué decir o hacer debido a la estupefacción que sentía. No quería ni imaginar el cúmulo de emociones por el que tenía que estar pasando Caedra al tratarse de su hermano, al que habían dado por muerto.

Caedra dio un paso hacia delante. Y fue Alastair quien la agarró de la muñeca, interponiéndose.

—Caedra, ten cuidado —advirtió, muy serio. Pero ella no apartaba ya la vista de Loure, quien seguía observándolos con su expresión vacía. Alastair tomó a Caedra de la barbilla y la forzó a mirarlo a los ojos—. Caedra. Puede que se trate de tu hermano…, pero no está de nuestra parte.

Ella parpadeó repetidamente, tratando de comprender la situación.

—¿Qué…?

Jay dibujó una mueca en su rostro. Abrió la boca para protestar, pero sus enemigos ya habían esperado lo suficiente.

Denkuro disparó una flecha cargada de electricidad. Alastair reaccionó de inmediato y se situó delante de Caedra y Jay, extendiendo un brazo y liberando un rayo de hielo que congeló la flecha en el aire. La saeta cayó al suelo y se hizo añicos.

Jay se separó de Caedra al ver que Denkuro volvía a cargar el arco. Envolvió sus puños en fuego, listo para contraatacar. Caedra se derrumbó de nuevo y a Jay se le encogió el corazón al ver su mirada desolada; no apartaba los ojos de Loure. Se forzó a no ir otra vez con ella. Iba a tener que luchar para defenderla, pues estaba claro que no se iba a mover hasta que fuera capaz de reaccionar.

Denkuro disparó una flecha tras otra, pero Alastair las frenó todas. Jay se preguntó cómo podía tener unos reflejos tan rápidos, fascinado. Alastair desapareció en un cúmulo de sombras y reapareció detrás de Denkuro. El zeafíreo se giró al mismo tiempo y se envolvió en un escudo eléctrico que desintegró las brumas que Alastair envió contra él. Denkuro liberó una descarga de rayos. Alastair tuvo que saltar a un lado para esquivarlo.

Jay tensó los músculos al ver que Loure extendía las alas. Los miraba a él y a Caedra.

¿Realmente iba a atacarlos? ¿Por qué no había dicho nada Loure al ver a su hermana? O al verlo a él, incluso, pues habían sido compañeros en las minas cuando a ambos los convirtieron en esclavos.

Jay disipó el fuego en sus puños y desenvainó la espada. Entendía la reacción de Caedra; a él también le temblaban un poco las manos al tratarse del hermano supuestamente muerto de la

zeafírea. Y sabía que no sería capaz de luchar si esa misma situación se diera, por ejemplo, con Hadriel.

Tensó la mandíbula. Elevó el arma y respiró hondo, consciente de que Loure se preparaba para moverse. Se encargaría de proteger a Caedra hasta que entendieran qué demonios estaba pasando.

Loure alzó el vuelo y se dirigió hacia ellos con su lanza por delante. Jay se preparó para frenar el filo de la cuchilla con su espada y el choque metálico resonó por toda la cueva.

El zeafíreo se impulsó hacia atrás con una elegante pirueta. Y volvió a la carga.

Caedra veía cómo Jay y Loure intercambiaban un golpe tras otro. Le empezaba a faltar el aire; se sentía como si estuviera atrapada en una macabra pesadilla. El espacio a su alrededor se distorsionaba, borroso, y se llevó una mano a la cabeza, mareada.

Escuchó el ruido de una pequeña explosión. Y luego un desagradable pitido en sus oídos.

—¡Cai!

Era la voz de Jay.
—Cai, vamos.

Caedra se dio cuenta de que se había desplomado en el suelo. No pensaba con claridad. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué había vuelto el espectro de su hermano para tratar de matarlos? ¿Acaso era esa la forma de los dioses de burlarse de ella por no haber sido capaz de salvarlo en las minas?

Jay la recogió en sus brazos y la ayudó a sentarse de nuevo.

—Tiene que haber una explicación. —Jay seguía hablando, pero Caedra apenas le oía. Se le estaban durmiendo los brazos y sentía una presión terrible en el pecho. La cabeza le dolía de respirar tan rápido. Jay puso una mano en la mejilla de la zeafírea, consternado—. Cai, tranquila, estoy contigo. Pero tienes que reaccionar. Sé que eres fuerte, puedes hacerlo. Esto no es más que un bloqueo temporal…

Sin embargo, por más que trataba de transmitirle su apoyo, Jay veía que Caedra estaba sufriendo un ataque de pánico. Tenía que calmarla cuanto antes. Loure y él habían salido despedidos en extremos opuestos en su último choque. Él se había recuperado antes que su contrincante, pero este volvería a la carga en cualquier momento. Denkuro y Alastair seguían enzarzados en su combate algo más lejos.

—Cai, vamos, respira hondo.

—Jay, no entiendo… —Caedra calló. Ni siquiera podía hablar. La vergüenza por haber caído en ese estado también hacía que se agobiara más. Debería ser al revés, debería ser ella la que estuviera protegiendo a Jay…

Jay apartó los mechones de pelo que habían caído sobre los ojos de la zeafírea.

—Cai, tranquila. Encontraremos la explicación, ¿vale? Tan solo tienes que tranquilizarte.

—Pero…
—Mírame —ordenó Jay con suavidad y ella clavó sus ojos amarillos en los marrones de él, que

la observaban con tanta preocupación que se sintió peor. Tenía que reaccionar. No podía dejarlo solo en ese combate, por mucho que el contrincante fuera su hermano. Jay estaba por encima de todos. Si lo perdía a él…—. Respira hondo. —Caedra asintió y obedeció. Iba a centrarse. Iba a conseguirlo. Jay esbozó una pequeña sonrisa—. Muy bien. Otra vez.

La ayudó a ponerse en pie. Caedra parpadeó con ahínco hasta que enfocó. Su respiración se iba normalizando y el espacio a su alrededor se aclaró.

Sacudió la cabeza. Jay estaba junto a ella, ayudándola como podía mientras se enfrentaba a un enemigo. No podía fallarle de esa manera; ella había jurado que lo protegería en todo momento. Tenía que ser fuerte.

Respiró hondo una vez más y encaró a Loure, que también se había recuperado.

—Loure —lo llamó y consiguió que la voz no le temblara. El zeafíreo clavó en ella sus ojos vacíos. Caedra tuvo un escalofrío, pero no se amedrentó—. Soy Caedra, tu hermana. ¿No me reconoces?

Loure se mantuvo en silencio. Caedra se mordió el labio, tratando de ignorar la punzada de dolor en su corazón. Ni siquiera se acordaba de ella.

Desenganchó los abanicos del cinto y los abrió. Las preguntas tendrían que esperar. Si querían salir de ahí con vida, debían derrotar a su contrincante. El problema era que se trataba de Loure.

Su hermano.

Capítulo 32: Por una visión

Estaba sola en una cueva en lo alto de una montaña esperando a que regresara su hermano. Había pasado la tarde jugando con el resto de niños de la comunidad, pero no había sido una experiencia especialmente divertida.

—Ya estoy aquí, Caedra.

La pequeña zeafírea alzó la vista. Se levantó de la silla de piedra y fue a recibir al zeafíreo adolescente que acababa de aterrizar en la entrada de su vivienda.

—Hoy has tardado más —lo acusó Caedra, inflando las mejillas.

Loure rio y extendió la mano para revolver el corto pelo blanco de la niña, con cuidado de los diminutos cuernos que estaban creciendo.

—Lo siento, tenía unos asuntos pendientes que resolver. Pero mañana te prometo que pasaremos el día entero juntos.

El rostro de Caedra se iluminó.

—¿Sí? ¿Me seguirás enseñando a volar?

—Claro —asintió él con una sonrisa. Se adentró en la cueva y fue directo a dejar su cargada mochila en un rincón junto a la mesa, tras lo cual se sentó—. ¿Qué tal hoy con los niños?

Caedra lo miró fijamente con los brazos cruzados. Loure puso los ojos en blanco y la agarró de la cintura para sentarla en sus rodillas. La niña sonrió de oreja a oreja y Loure soltó una pequeña carcajada.

—¿Me vas a responder ahora?

Caedra suspiró con pesadez.

—No sé, son muy pesados y estúpidos —protestó. Loure rio con más fuerza—. ¡Es verdad!

—¿Por qué dices eso?

—Pues… No hacen más que burlarse de que no tengo padres —masculló ella, agachando la cabeza.

Loure se puso serio de golpe.

—Hacen eso, ¿eh?

—Sí…

—Entonces, estoy de acuerdo contigo, son unos estúpidos. No les hagas caso, Caedra.

Ella lo miró con ojos tristes.

—Pero ¿por qué no tenemos padres? Todos los niños tienen un padre y una madre.

Loure frunció el ceño. Dejó caer la mano en la cabeza de Caedra con suavidad.

—Nuestros padres… no están, Caedra. Se fueron.

—¿No nos querían? —balbuceó ella al borde del llanto.

—No, no es eso —se apresuró en aclarar Loure y acarició el pelo de la niña—. Nuestros padres nos querían mucho.

—¿Tú los conociste?

—Sí…

—¿Y por qué no están? —insistió Caedra.

Loure suspiró con pesar. Sabía que tarde o temprano llegaría el momento en el que su hermana haría esas preguntas. Se había esforzado en cuidar de ella, lo había dado todo para que nunca le faltara nada y no echara de menos en su vida unas figuras que, por circunstancias del destino, no conocería jamás. Sin embargo, era inevitable que buscara respuestas.

—Nuestro padre murió, poco antes de que tú nacieras, en una pelea —contestó Loure al fin, sin dar muchos detalles—. Nuestra madre enfermó cuando tú eras una recién nacida.

Caedra dibujó una mueca en su rostro.

—¿Y por qué se burlan de mí? Eso no es mi culpa.

—No es culpa de nadie, Caedra, pero los niños no lo entienden. Y es por lo que te dicen esas cosas.

Caedra empezó a juguetear con las plumas en los extremos de sus pequeñas alas, todavía en desarrollo. Loure la habría regañado, explicando que no debía hacer eso, pues cuando creciera tendría que esforzarse en mantenerlas limpias. Pero decidió permitírselo esta vez. Podía ver que estaba nerviosa.

—Loure… —murmuró ella, mirándolo por debajo de las pestañas—. ¿No te cansas de tener que cuidar de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo él de inmediato, con el ceño fruncido—. Eres mi hermana, a la que quiero más que a nadie. Cuidar de ti es para mí una alegría.

Podría haberla abandonado cuando habían muerto sus padres, pero la opción ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Y jamás se había arrepentido de su decisión.

—¿En serio? —balbuceó Caedra—. ¿No te molesta?

—En absoluto —aseguró Loure. Acarició la mejilla de su hermana para limpiar una lágrima que se le había escapado—. ¿Tú eres feliz conmigo?

Caedra esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí.

—Pues ya está. Nuestros padres no están, pero nos tenemos el uno al otro. Yo no necesito más.

—Entonces… ¿Tú no te vas a ir?

—No, Caedra, yo siempre estaré contigo —declaró él con firmeza.

Caedra lo miró a los ojos. Siempre le habían gustado mucho los ojos de su hermano, amarillos, como los suyos, pero llenos de una alegría y calidez reconfortantes…

***

Ahora esos ojos estaban vacíos, fríos, y la observaban como si ella no estuviera realmente ahí.

Sus años con Loure habían sido felices y carentes de preocupaciones. Su hermano había cuidado de ella, siempre pendiente de que tuviera todo lo que necesitaba. Caedra nunca había echado en falta a sus padres.

Luego Loure había desaparecido sin dejar rastro. Caedra había temido, al principio, que la hubiera abandonado porque se hubiera cansado de ella, pero enseguida había desterrado ese pensamiento de su mente.

Era ya adulta cuando al fin se había reencontrado con su hermano, averiguando que él había estado todos esos años preso como esclavo en unas minas de umbrano. El paso del tiempo y las circunstancias habían impedido que Caedra lo reconociera de inmediato, y después ya había sido demasiado tarde. Loure había muerto en la huida de las minas…

O eso había creído ella. No entendía nada.

¿Cómo estaba vivo? Caedra habría ido directa a abrazarlo llorando, de no ser porque él no la recordaba en absoluto. ¿Por qué? ¿Qué hacía luchando junto a Denkuro? ¿Estaba de parte del emperador?

Loure deslizó su lanza en diagonal. Envió contra ellos una afilada corriente de aire y Caedra reaccionó de inmediato. Movió sus abanicos, ya preparados y abiertos en las manos, en direcciones opuestas. El viento se dispersó por toda la cueva.

Tenían que tener mucho cuidado al esquivar el ataque de sus enemigos. Ayla y Djaka estaban a unos metros detrás y podían quedar expuestas.

—¿Qué hacemos? —dijo Jay, mirándola con preocupación.

Caedra frunció el ceño. Su hermano los estaba atacando. Tenían que defenderse. Pero…

Escucharon un rugido. Desviaron su atención al exterior comprobando que Alastair, lejos de las cadenas de umbrano, se había transformado en dragón. Denkuro retrocedía con cautela, consciente de que ahora estaba en seria desventaja. Alastair disparó un rayo de hielo y el zeafíreo alzó el vuelo. Las rocas donde había estado un segundo antes quedaron congeladas por completo.

Loure ignoró esto y se preparó para atacarlos de nuevo, con las alas extendidas. Alastair giró la cabeza hacia él, alerta, y liberó otro rayo de hielo para impedírselo.

Caedra abrió los ojos como platos. No tuvo tiempo de pensar su siguiente acción.

—¡No!

La zeafírea se impulsó con las alas y se desplazó en un parpadeo, interponiéndose entre el rayo y su hermano. El corazón de Jay se detuvo por un instante. ¿¡Qué estaba haciendo!?

Extendió los brazos y expulsó una llamarada lo más grande que pudo, actuando casi por reflejo en un intento desesperado de salvar a Caedra. El fuego y el hielo chocaron, provocando una pequeña explosión. Jay escuchó a Caedra gritar y tuvo que cubrirse el rostro con un brazo por la fuerte corriente de aire que se desató. La cueva se llenó de vapor.

Pero Jay no iba a esperar. Su ritmo cardíaco se hizo frenético y le temblaron las manos. Tosió y

caminó hacia delante a ciegas, sin importarle el peligro.

—¡Cai!

Ella no respondió. El miedo inundó las venas de Jay, que tenía la mandíbula tan tensa que le dolía. La angustia ejercía una desagradable presión en su pecho y amenazaba con asfixiarlo. Necesitaba comprobar que Caedra estaba bien.

El vapor empezó a dispersarse y, al fin, divisó a Caedra tirada en el borde del agua, inmóvil. A Jay se le cortó la respiración.

«No, por favor, no», pensó con los ojos desorbitados. El pánico se apoderó de él.

Loure se estaba poniendo en pie junto a ella. El zeafíreo recogió su lanza y observó a Caedra con una expresión carente de emoción en el rostro. Jay palideció al ver que alzaba su lanza dispuesto a clavársela a Caedra…, y él no iba a llegar a tiempo de impedirlo.

El ala de un dragón cubrió a Caedra en el último instante. La lanza se clavó entre las plumas. Jay respiró de nuevo.

Alastair gruñó ferozmente y clavó sus ojos de hielo en Loure, mostrando sus afilados colmillos. Su pupila era apenas una fina línea y espiraba aire con brusquedad, fruto del torbellino de furia que lo removía por dentro.

Loure miró a su alrededor. Se dio cuenta de que la situación era muy desfavorable para él, pues Denkuro había huido. Al fin, alzó el vuelo y se marchó.

Jay fue corriendo hacia Caedra mientras Alastair se transformaba de nuevo en humano.

—¡Cai! —exclamó Jay con urgencia, dejándose caer de rodillas junto a ella y mirándola de arriba abajo para asegurarse de que no presentaba ninguna herida de gravedad—. Cai, ¿estás bien?

Ella frunció el ceño y abrió los ojos con lentitud, dolorida y atontada.

—Creo que sí…

—¿Se puede saber por qué has hecho eso? —bramó Alastair, enfurecido, agachándose también junto a ellos. Pasó un brazo por debajo de la espalda de Caedra para ayudarla a sentarse mientras inspeccionaba su estado. Solo tenía unas ligeras quemaduras y unos rasguños tras la caída por la explosión, pero se encontraba algo mareada y no respondió, agachando la cabeza. Alastair la atrajo hacia sí, dejando que se recostara en él, todavía en tensión.

Jay sonrió, más tranquilo. Aunque Alastair tratara de ocultar su preocupación disfrazándola de enfado, era evidente.

—Yo… no lo sé —murmuró Caedra, llevándose una mano a la frente. Su cuerpo había actuado casi por su cuenta—. Era Loure y…

No iba a dejar que nada hiciera daño a su hermano. Un acto muy estúpido que podría haberle costado la vida.

—Sería tu hermano, pero estaba dispuesto a matarte —dijo Alastair con frialdad. La zeafírea, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchaba el latido todavía acelerado de su corazón. Se sentía culpable por haberlo asustado de esa manera—. No lo defiendas, Caedra. Te apuñalará por

la espalda.

Jay se tensó al ver que los ojos de Caedra se llenaban de lágrimas. ¿Por qué tenía que ser Alastair tan duro?

—No entiendo nada —musitó ella, hundiendo los hombros.

Nadie tenía las respuestas que necesitaba. Estaban todos tan confundidos como ella.

***

El sol brillaba alto en el cielo, pintando los corales verdes de un tono esmeralda a través del agua cristalina. La brisa que soplaba era ligera y agradable, revolviendo el largo cabello azul de Djaka, que estaba agachada en cuclillas al borde de las rocas, observando el mar.

Alastair se encontraba de pie tras ella, ambos en silencio.

—No esperaba que fueras a venir a salvarme precisamente tú, Alastair. —Djaka había hablado al fin, incorporándose, pero con la vista todavía fija en los corales.

—Tu presencia es importante para el futuro de Gea —contestó Alastair con sequedad.

Djaka lo miró por encima del hombro y arqueó una ceja.

—¿Solo por eso? Con lo frío que eres tú, Alastair… Yo diría que si me has salvado con la pluma de Luvann es porque todavía me quieres.

Alastair entornó los ojos.

—No te precipites, Djaka.

Ella se giró para encararlo y suspiró tristemente. La brisa marina seguía moviendo su largo cabello de un lado a otro. Se abrazó a sí misma.

—Lo siento. Todavía no sé muy bien qué pensar sobre lo que he visto de lo sucedido en el futuro.

Alastair se mantuvo en silencio. Djaka torció el gesto, pero ya se esperaba que su antiguo compañero presentara esa actitud fría con ella.

—Si hay algo que me ha quedado claro después de que se repita una segunda vez, es que actúo sin pensar suficientemente las consecuencias de mis actos —murmuró, apartando la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te gustaría saber por qué…? —Djaka se mordió el labio, nerviosa. Sus dedos apretaron la piel de sus brazos—. ¿Querrías saber por qué te ataqué… hace mil años?

Alastair frunció el ceño, pero asintió con la cabeza. El fatídico día de su enfrentamiento con Saekish, Djaka se había limitado a observarlo en silencio, con una extraña tristeza en los ojos. Todavía no tenía una explicación.

Djaka suspiró con pesadez.

—Había escuchado rumores de que cada vez te recluías más y rechazabas la compañía de otros. Que te habías vuelto frío y distante… —dijo, mirándolo—. Empecé a temer por la seguridad de la esfera primaria pues, si lo deseabas, no tendrías problemas para vivir en un mundo de

sombras… Y tuve una visión.

Una ola rompió con más fuerza en las rocas, salpicándolos de agua. Los dos lo ignoraron.

—En ella —prosiguió Djaka, y su voz tembló ligeramente—, te aliabas con Saekish. Aceptabas su propuesta de destruir la esfera primaria y crear vosotros un mundo nuevo en el que reinaran las sombras.

—Saekish me hizo esa propuesta. Sin embargo, yo la rechacé —siseó Alastair.

Djaka se encogió ante la frialdad de su tono.

—Yo pensé que la visión me mostraba un futuro cierto… Cuando arrasasteis Zarested, asumí que era el principio de todo y… que tenía que actuar.

—«Asumiste» —repitió Alastair con desdén. Se cruzó de brazos—. Podrías haberlo consultado primero conmigo para conocer lo que realmente había sucedido…, pero optaste por precipitarte en tus actos.

Djaka bajó la vista, avergonzada.

—Y lo volví a hacer cuando te envié por aquel portal al futuro —admitió en tono más bajo—. Lo siento mucho, Alastair.

—No esperes conseguir mi perdón, Djaka —espetó él con los hombros rígidos.

—Tras experimentar lo que mi yo del futuro sentía… —dijo ella, llevándose una mano al pecho. Lo miró a los ojos—. Alastair, por favor, dame la oportunidad de arreglar todos mis errores.

Alastair gruñó.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

Djaka le había hecho daño una y otra vez. Lo había abandonado, lo había traicionado, le había arrebatado su cuerpo, había intentado eliminarlo mandándolo al futuro. Solo después de todo eso se había dado cuenta, al fin, de que Alastair no buscaba la destrucción de Gea.

—Tenía miedo, Alastair —murmuró ella—. Siempre he tenido miedo. A la soledad, al rechazo, a las sombras… Solo quería protegerme a mí misma y a Gea.

—Lo sé —dijo él en tono seco.

—He sido una egoísta. Pero quiero volver a estar a tu lado, si me lo permites.

Djaka intentó poner la mano en el brazo de Alastair. Él, sin embargo, retrocedió, observándola con frialdad. Djaka retiró la mano y la cerró en un puño.

—¿Me rechazas? —dijo ella, irguiendo la barbilla. No mostraría su orgullo herido.

—Tomaste tu decisión milenios atrás, Djaka —le recordó él—. No buscaré venganza, y eso debería ser suficiente para ti.

Djaka apretó los dientes. Había tenido la esperanza de que todo volviera a ser como antes…

—¿Es por esa zeafírea?

Alastair frunció el ceño.

—No.

—He visto cómo la miras, Alastair. He visto cómo la tratas… Vi el pánico en tus ojos cuando estaba en el suelo tras la explosión —dijo Djaka casi en un susurro—. ¿Acaso te has enamorado de una simple mortal?

—No te refieras así a Caedra, Djaka —advirtió Alastair, con la amenaza plasmada en su tono grave—. Mis sentimientos no son asunto tuyo. —Le dio la espalda—. De ahora en adelante, tú y yo solo somos aliados. No esperes nada más.

Djaka le había revelado lo que la había llevado a traicionarlo mil años atrás. Habían tenido, al fin, la conversación que estaba pendiente.

Pero era cierto que, en el fondo, mantenía cierto cariño hacia Djaka a pesar de todo. Y eso solo hacía que Alastair quisiera estar más alejado de ella. ¿Por qué no era capaz de olvidarla después de todo el daño que le había hecho?

—Si es lo que deseas… —dijo ella con una mueca en su rostro—. Aun así, te doy las gracias por salvarme la vida.

—No esperes que lo haga de nuevo.

—Alastair…

—¿A dónde irás ahora? —la cortó él, mirándola por encima del hombro. No quería escuchar lo que fuera a decir.

Djaka apretó los dientes al ser interrumpida.

—Puede que vaya a visitar a Luvann para advertirlo. Mi hogar ya no es seguro… Tendré que buscar otro lugar.

Alastair asintió con la cabeza y echó a andar, dirigiéndose a la cueva. Djaka lo observó con la frente arrugada, apenada.

Había abandonado a Alastair más de un milenio atrás. Había elegido la aceptación de los demás por encima de su pareja, quien la había acompañado toda la vida.

Quizás fuera demasiado tarde. Pero ella no se rendiría jamás.

Recuperaría a Alastair.

***

Jay, Ayla y Caedra estaban sentados en el suelo de roca y arena de la cueva, junto al agua. Ayla estaba limpiando las leves quemaduras de la zeafírea mientras esperaban a que Djaka y Alastair terminaran de hablar.

—Entonces… ¿Realmente era tu hermano? —le preguntó Ayla a Caedra, con un escalofrío al recordar su mirada vacía.

Los ojos amarillos de aquel zeafíreo no tenían nada que ver con los del mismo color de su amiga. Los de él eran fríos, sin emoción. Los de ella eran cálidos, cargados de vida.

¿Cómo era posible?

Caedra hundió los hombros.

—Sí, pero… No tiene sentido.
—No nos recordaba ni a ti ni a mí —dijo Jay, cruzado de brazos—. Es muy extraño.

—El oráculo supremo puede haberle borrado la memoria —sugirió Ayla—. Como hizo conmigo.

Jay observó a Ayla de reojo, pensativo. Alastair lo estaba ayudando a recuperar sus recuerdos borrados de la infancia… ¿Podría ayudar a Ayla también?

¿Querría acaso Ayla recordar su vida pasada?

—Eso tendría sentido —asintió Caedra, por mucho que le doliera que su hermano hubiera olvidado todos sus años juntos—. Solo queda saber cómo está vivo.

—Yo… —Jay frunció el ceño—. Cuando escapamos de esa mina… Lo recuerdo a la perfección, Cai. Loure fue… —Calló por un instante, pues no quería completar la frase. Todavía lo atormentaba esa imagen—. Por los carámbanos…

—Lo sé, Jay. —Caedra pasó una mano por su pelo blanco, apartando los mechones que le molestaban en la cara—. Yo también lo vi, en el suelo…

Fue muy doloroso enterarse de que aquel hombre había sido su hermano después de que hubiera muerto… Saber que había tenido a su hermano tan cerca después de todos esos años separados y no había podido protegerlo…

Ayla terminó de limpiar las quemaduras y se apartó. Se llevó una mano a la barbilla, pensativa.

—Podría ser… —murmuró para sí.

Jay la escuchó y la miró.

—¿El qué?
Ella alzó la vista. Respiró hondo y dijo:

—Djaka estaba prácticamente muerta. El veneno había destrozado casi todo. Ni siquiera mis poderes podían curarla… Pero, entonces…

Jay y Caedra abrieron los ojos como platos.

—¡Claro! —exclamó Jay.

—Una pluma de Luvann… —musitó Caedra. ¿Sería posible?—. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Ya… ¿Quién podría haber tenido una pluma de Luvann? —cuestionó Jay—. Se supone que son extremadamente raras… ¿Y por qué la habrían usado en Loure?

—Posiblemente sea obra del propio oráculo supremo —dijo Ayla, recibiendo de nuevo la atención de sus amigos—. Si algo ha quedado claro es que Leveann es retorcido y manipulador.

Caedra arqueó las cejas.

—¿Salvó a mi hermano para usarlo contra nosotros?

—Tiene sentido —asintió Jay. Miró a Caedra con seriedad—. Piénsalo, Cai. A la hora de

luchar… tanto tú como yo nos hemos resistido a atacar a tu hermano por ser quien es. Tú ni siquiera eras capaz de reaccionar al principio.

Caedra bajó la vista, avergonzada, y apretó los puños.

—Lo siento…

—No te lo estoy reprochando —dijo Jay con suavidad, poniendo una mano en la espalda de la zeafírea. Lo último que quería era que se sintiera peor por lo sucedido—. Es solo para que te des cuenta de lo astuto que ha sido el oráculo supremo…, una vez más.

Ella lo miró de reojo, en silencio.

—Buscaba desestabilizarnos —murmuró Ayla.

Jay asintió con la cabeza.

—Y lo ha conseguido. No me cabe duda de que volveremos a ver a Loure.

Caedra se mordió el labio, nerviosa. ¿Cómo iba a ser capaz de luchar contra su hermano? ¿Acaso estaba justificado? El hermano de Valikia, Denkuro, había decidido por su propia voluntad unirse al bando enemigo. Pero Loure… A Loure le habían borrado la memoria, y no quería ni imaginar la gran cantidad de mentiras que le habría contado el oráculo supremo.

¿Cómo iba a atacarlo ella? ¿Cómo iba a hacerle daño si no era culpa de Loure?

Jay adivinó lo que estaba pensando.

—Cai… Sé que va a ser complicado, pero… tendremos que enfrentarnos a Loure. Intentaremos evitar hacerle daño en la medida de lo posible, es solo que…

—Lo sé, Jay —lo interrumpió ella, en un tono cargado de amargura—. Él sí que va a atacarnos y nosotros tendremos que defendernos.

Jay suspiró con tristeza.

—Tan solo…, ten cuidado, ¿vale? —dijo, mirándola a los ojos, los suyos un tanto atormentados —. No vuelvas a interponerte de esa manera, porque…

Porque podría haber muerto. Jay sintió dolor en el pecho solo de pensarlo. Revivió el terror que había sentido después de la explosión y tuvo que respirar hondo.

—Tranquilo, Jay, no lo haré —le aseguró ella con suavidad. No volvería a hacerle pasar por eso.

Ayla los observaba a los dos. Sabía lo mucho que Jay quería a Caedra. Ella misma idolatraba a la zeafírea desde que la había conocido…

«Ojalá pudiera ser como ella», pensó, apenada. Caedra era valiente y decidida, era fuerte; siempre acababa superando cualquier dificultad, aunque le costara al principio.

¿Se fijaría Jay en ella si se parecía más a Caedra?

Escucharon pasos y vieron a Alastair entrar en la cueva. Djaka lo siguió no mucho después. Los tres se levantaron para recibirlos.

Alastair le dedicó una mirada severa a Caedra que hizo que la zeafírea frunciera el ceño,

preocupada. Sabía que él querría hablar más tarde con ella, y podía hacerse una idea de por qué.

—Djaka, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Ayla, acercándose a ella.

Alastair le daba miedo y la intimidaba. Con Djaka, en cambio, era distinto. Ayla sentía una especie de conexión hacia ella por haber sido quien le había otorgado una parte de sus poderes, y había tenido muchas ganas de conocerla.

La mujer de pelo azul era realmente bella. A Ayla le habría gustado verla en su forma de dragón, como en la visión, pero sabía que todavía estaba débil por el veneno.

—Bien, Ayla, gracias —dijo Djaka con una radiante sonrisa que hizo que Ayla se sonrojara.

A pesar de la indiferencia que sentía Djaka hacia la mayoría de mortales, aquellos a los que había otorgado sus poderes eran una excepción. Estaba Ayla, a quien apreciaba por haber actuado en cuanto había recibido una visión de lo que le iba a suceder. Y estaba Leveann, el oráculo supremo…, a quien despreciaba por haber tratado de matarla.

Djaka creía en el poder que tenían sus visiones para cambiar el futuro de Gea. Otorgaba ese don a bebés mortales al azar, con la esperanza de que lo utilizaran para el bien. Por desgracia, no siempre era así.

—Djaka, veníamos a buscarte porque necesitamos tu ayuda con un asunto —dijo Jay, algo nervioso ante la hermosa mujer—. El oráculo supremo puede tener visiones sobre cualquier plan que trememos para derrotar al emperador…

—Necesitamos saber si hay alguna forma de impedir que reciba esas visiones —completó Ayla.

Djaka se llevó una mano a la barbilla y frunció el ceño.

—Ya habéis visto que mi punto débil es el umbrano —contestó y todos menos Alastair asintieron—. Para impedir que alguien tenga una visión sobre vosotros, debéis estar en contacto con una pieza de umbrano.

—¿Nada más? —inquirió Jay, arqueando las cejas. Esperaba algo más complicado.

—No es tan sencillo como suena, mortal —replicó Djaka—. Ten en cuenta que no será suficiente con portarlo en un brazalete como si fuerais a impedir que alguien detectara vuestra presencia. El umbrano debe estar en contacto con vuestra piel…, lo que inhibirá también vuestros propios poderes.

—En ese caso, lo único que podemos hacer es tener el umbrano a mano siempre que vayamos a discutir nuestros planes —dijo Caedra con una mueca en su rostro.

—Bueno, algo es algo —comentó Ayla y Jay asintió, de acuerdo con ella.

Alastair había clavado su mirada en las cadenas rotas de umbrano en el suelo unos metros más lejos, aquellas que casi mataban a Djaka. Tendrían que llevarse algunos fragmentos.

Capítulo 33: Bajo las estrellas

Valikia suspiró desanimada, con los brazos en jarras. Connor, que acababa de lanzar una corriente de viento a una diana en la distancia, se giró para mirarla.

—¿Qué pasa? —quiso saber el chico, confuso.

—Eres demasiado predecible —dijo Valikia—. Si usas siempre la misma forma de ataque, tus enemigos sabrán esquivarlo con facilidad. ¿Es que Caedra no te ha enseñado distintas maneras de usar el viento?

—Sí. Pero son complicadas —admitió Connor desanimado.

Valikia se llevó una mano a la barbilla, pensativa. Caedra le había pedido que ayudara a Connor a entrenar mientras ella no estaba y, aunque Valikia había accedido, la verdad era que no tenía paciencia para ello.

—Quizás te sea más sencillo ser creativo en un combate de práctica —propuso Tarvo, sentado a la sombra de una palmera mientras dibujaba. Llevaba toda la tarde observándolos entrenar. El cielo ya se teñía de naranja.

—Pero… no puedo enfrentarme a ninguno de vosotros —protestó Connor—. Sois demasiado fuertes.

Tarvo rio de buena gana y guardó el cuaderno. Se levantó, sacudiendo la arena de sus pantalones.

—No te preocupes, sé medir mis poderes —aseguró, yendo hacia Connor.

Valikia se encogió de hombros y fue a sentarse bajo la palmera, contenta por no tener que lidiar más con la tarea de entrenar a alguien, pues, en realidad, no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Y… ¿te ataco sin más? —dijo Connor, incómodo. Tampoco quería arriesgarse a hacer daño a uno de sus compañeros.

—Adelante —asintió Tarvo, separando ligeramente las piernas y flexionándolas.

Connor movió los brazos y una corriente de viento salió disparada hacia Tarvo. Él la esquivó saltando a la derecha.

—Otra vez —ordenó Tarvo.

Los tres siguientes intentos tuvieron el mismo resultado. Connor frunció el ceño.

Tarvo acababa de aterrizar en la arena, siempre pendiente de lo que estaba haciendo su oponente, cuando Connor lanzó otra ráfaga. Tarvo saltó una vez más, pero detectó que detrás de la ráfaga inicial, que había sido más pequeña que las anteriores, venía otra en horizontal dirigida justo hacia el punto en el que iba a caer. Tarvo cruzó los brazos y levantó un muro de piedra tras el cual se escudó.

—Mejor —comentó Valikia.

Tarvo destruyó el muro y disparó los fragmentos de roca hacia Connor, asegurándose de no lanzarlos con tanta rapidez como habría podido. Connor rotó sobre su propio eje con los brazos

extendidos y el aire giró a gran velocidad a su alrededor, repeliendo los proyectiles.

Connor se quedó quieto, mirando a su oponente.

—No te pares —lo regañó Tarvo—. Enlaza de inmediato con otro ataque.

Connor asintió y extendió los brazos con brusquedad. El viento huracanado forzó a Tarvo a escudarse tras otro muro de piedra. Iba a destruirlo, dispuesto a convertirlo en proyectiles una vez más, cuando Connor saltó por encima de él, propulsado por el aire.

El chico aterrizó a sus espaldas. Tarvo se giró con rapidez y levantó una mano. La arena negra entre él y Connor se elevó, formando una bola en la que chocó la ráfaga de aire cortante. El viento y la arena salieron despedidas en todas direcciones, forzando a Tarvo y a Connor a cubrirse el rostro con los brazos.

Connor ya se estaba moviendo al lado opuesto con rapidez, haciendo soplar el viento a su favor para impulsarse. Tarvo sonrió, pisando con sutileza el suelo y haciendo emerger una pequeña roca donde iba a pasar Connor. El chico tropezó, aunque recuperó el equilibrio con rapidez.

Y Tarvo desenvainó la espada, adelantándose y dejando la punta de la hoja metálica rozando el pecho de Connor en un abrir y cerrar de ojos.

Connor lo miró con las cejas arqueadas, rígido por completo.

—Necesitas un arma —declaró Tarvo divertido. Se apartó y guardó la espada.

Connor suspiró con tristeza.

—Ya me lo ha dicho Caedra, pero no me termino de ver con una espada, la verdad —respondió —. Ni con nada —añadió tras pensarlo un par de segundos.

—Es cierto que una espada no sería lo más útil para un afín al viento —comentó Tarvo. Se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Sin embargo, por lo que he visto, no eres de quedarte quieto en un punto, sino que te gusta moverte con rapidez. Ni unos abanicos, ni una lanza serían adecuados para ti.

—¿Entonces?

—Cuchillos —decidió Tarvo, asintiendo para sí.

Connor frunció el ceño.

—¿Cuchillos? —repitió, escéptico. Recordó que Caedra había dejado caer la idea meses atrás, cuando ni siquiera sabían que era afín al viento. Sin embargo, la zeafírea no sabía usarlos para enseñarle—. ¿Tú podrías ayudarme?

—Claro —asintió Tarvo. No por nada había sido uno de los asesinos de élite del emperador. Era capaz de utilizar la mayoría de armas y conocía una gran cantidad de estilos de lucha.

Valikia se levantó y fue hacia ellos.

—Muy bien. Pues a partir de ahora, tú te encargas de Connor —le dijo a Tarvo, dándole una palmadita en la espalda—. Enhorabuena.

Tarvo puso los ojos en blanco.

—Se nota que te apasiona el arte de entrenar a los demás, Val.

—¿Tan mal alumno soy? —murmuró Connor, desanimado.

—Eh… No, no —se apresuró a decir Valikia, soltando una risa nerviosa. Caedra la asesinaría si se enteraba de que había desmotivado a su aprendiz—. Es solo que… Odio entrenar a otros, ¿vale? —admitió entre dientes—. Se me da fatal. Y… Tarvo te ayudará mucho más que yo.

Eso, al menos, era cierto.

Tarvo rio mientras sacudía la cabeza.

—No sé si los torrogal tendrán cuchillos que nos sirvan. Si no, veré qué oportunidad tenemos de acercarnos al continente a por unos.

Valikia abrió la boca para decir algo, pero Connor se le adelantó:
—¿Son ellos?

Tarvo y Valikia siguieron la dirección de su mirada. Divisaron la silueta de un dragón en la distancia, recortada por el sol poniente a sus espaldas.

—¡Sí! —afirmó Valikia con alegría.

Alastair aterrizó en la arena no mucho después. Valikia fue corriendo a darle un abrazo a Caedra en cuanto se bajaron del dragón. Caedra apenas logró mantener el equilibrio por el impulso que llevaba su amiga.

—Oye, ¿no hay abrazo para mí? —protestó Jay, fingiendo estar triste.

Valikia lo miró y sacó la lengua. Jay la imitó. Caedra rio.

—Sois unos críos.

—Sí, pero nos quieres —replicó Valikia con una sonrisa arrogante.

—A veces me pregunto por qué —dijo Caedra, y Valikia hizo un mohín—. No seas tonta, sabes que es broma.

—¿Qué tal ha ido todo? —inquirió Tarvo, acercándose con más calma—. ¿Habéis encontrado a Djaka?

—Sí… —murmuró Jay con gesto sombrío—. ¿Qué tal si vamos a casa del maestro Shidan y os contamos todo?

***

Anochecía en el exterior. Estaban todos, incluyendo a Ilyor y a Shidan, reunidos en el salón.

—Así que con esto el oráculo supremo no recibirá visiones sobre nosotros —comentó Ilyor, observando el fragmento de umbrano en su mano con el ceño fruncido.
El umbrano emitía vibraciones negativas que eran muy desagradables mientras inhibía sus poderes, pero tendrían que soportarlo.

—Mientras esté en contacto con nosotros, no verá nada de estos momentos —asintió Jay—. Eso es lo que nos ha dicho Djaka.

—¿Djaka está bien, entonces? —quiso saber el maestro Shidan, consternado. Tenía la taza de té

en las manos, con un trozo de umbrano entre los dedos.

—Sí, solo se ha quedado bastante débil después de ser envenenada, por lo que estará escondida durante un tiempo —explicó Caedra—. Me temo que tuvimos que utilizar la pluma de Luvann para salvarla.

Valikia tenía las cejas muy juntas. Se había quedado rígida tras escuchar que su hermano había formado parte de los atacantes, pero había algo más que la tenía inquieta. Observaba con frecuencia a Caedra de reojo, preguntándose cómo se sentiría su amiga. No había esperado que Loure estuviera vivo y que, encima, hubiera sido manipulado por el oráculo supremo. Caedra, sin embargo, mantenía una expresión neutra en el rostro.

—Bien. Es hora, entonces, de urdir nuestro plan de ataque al palacio —decidió Ilyor.

—El ejército del emperador es demasiado grande —comentó Tarvo—. No podremos enfrentarnos a todos. Hemos de dividirlo.

—¿Y cómo hacemos eso? —inquirió Jay.

—El emperador ya ha conquistado el continente de Aruristed entero, salvo por Ganthia —dijo Tarvo. Se llevó una mano a la barbilla—. Por tanto, no tiene por qué enviar sus tropas a ningún lugar ya para conquistarlo…

—En ese caso, debemos ser nosotros quienes creemos un foco que lo obligue a mover su ejército —habló Ilyor.

Tarvo asintió con la cabeza.

—Hay que causar un altercado lo suficientemente grande como para hacer que el emperador envíe a su ejército a sofocar la revuelta.

—Y, en ese momento, atacar el palacio —completó Ilyor.

—De acuerdo —dijo Jay, contento con el plan—. ¿Cómo lo hacemos? —preguntó una vez más.

—Tiene que ser un sitio que esté alejado de la capital, por lo menos a un par de días de viaje —señaló Caedra—. Para que su ejército no pueda volver cuando ataquemos el palacio.

Valikia lo pensó y decidió intervenir:

—¿No creéis que, aun así, las tropas que se queden en la capital seguirán siendo demasiadas?

—Es posible —aceptó Ilyor.

—Lo ideal sería crear varios focos para obligar al emperador a enviar la mayoría de su ejército, fragmentándolo para acudir a los distintos lugares —dijo Tarvo—. Sin embargo, sospechará si esto sucede al mismo tiempo.

—Por tanto, solo nos queda centrarnos en un único foco y esperar que sea suficiente —prosiguió Ilyor, cruzando los brazos—. Es lo mejor que vamos a conseguir.

—Podremos usar el pasadizo descubierto por Makus y Silvary para infiltrarnos en Luminaria, por lo que eso no será problema —comentó Tarvo. Entornó los ojos—. Sin embargo, acceder al palacio en sí ya será otra historia.

Jay frunció el ceño. Miró a Alastair, apoyado de pie en la pared, durante un instante antes de

hablar:

—Mi madre me ayudó a escapar con mi padre del palacio cuando yo tenía once años a través de un pasadizo que solo ella conocía. Es posible que ese pasadizo siga existiendo. Si consiguiera recordarlo…

—Podríamos utilizarlo para entrar en el palacio sin ser detectados —asintió Tarvo—. Excelente.

—En ese caso, es momento de decidir qué clase de revuelta crear para hacer reaccionar al emperador —dijo Ilyor.

El maestro Shidan dejó su taza de té a un lado y extendió el mapa que tenía preparado sobre la mesa. El viejo pergamino mostraba el continente de Aruristed.

—Descartaría cualquier lugar del territorio original de Gaelar —comentó Caedra, dibujando una mueca en su rostro—. Allí la mayoría tiene el cerebro lavado e idolatran al emperador como a un dios.

—Será más sencillo en las tierras conquistadas, donde eso no ha calado del todo aún —asintió Ilyor.

Tarvo observó fijamente el mapa.

—¿Sabemos si ha sobrevivido el heredero de alguno de los reinos conquistados? Lo más sencillo sería localizarlo y utilizarlo como figura que lidere a su gente para recuperar lo que es suyo.

—Sí, sería una rebelión efectiva —dijo Ilyor. Todos esperaron mientras el hombre pensaba durante unos segundos. Si alguien tenía esa información, sería él, parte de una casa noble—. Todas las líneas de sucesión son ejecutadas de inmediato cuando el reino es conquistado; el emperador siempre se asegura de que no queda nadie para disputarle el mandato, pero… —Frunció el ceño—. En el reino de Anthius, aunque también se da por muertos a todos, hay rumores. Rumores de que la princesa Realyn consiguió escapar y sigue viva. Sin embargo, su paradero es desconocido.

—Entonces, habrá que ir a Anthius a investigar —decidió Caedra. Era su única posibilidad—. Comprobaremos si sigue viva y, de ser así, organizaremos allí una rebelión. Si no, pensaremos en otro lugar.

—Los torrogal os ayudarán cuando llegue el momento —comunicó Shidan. Al fin y al cabo, Ganthia y Anthius estaban pegados. Era el mejor lugar para que intervinieran.

—Solo queda decidir quiénes van —dijo Jay, intranquilo. Nunca le gustaba cuando tenían que dividir el grupo, y ahora esto ya era una práctica constante.

—Tanto Valikia como yo llamaríamos demasiado la atención por el simple hecho de ser zeafíreas —señaló Caedra—. Por lo que nosotras tendremos que quedarnos. Y Ayla también —añadió tras observar a su compañera de reojo. El oráculo supremo la identificaría de inmediato en cuanto recibiera el mensaje sobre una mestiza de zeafírea y humana paseándose por las calles de Anthius.

Ayla asintió, entendiendo al instante las razones de Caedra para aquella decisión. Le habría

gustado acompañar a Jay, pero esperaría para no poner en peligro la misión.

—En ese caso iremos Tarvo, Alastair y yo —decidió Jay. Tanto Tarvo como Alastair serían buenos para recolectar información desde las sombras; él los acompañaría como apoyo en caso de enfrentamiento. Miró a Ilyor, esperanzado—. Y…

—Iré yo también —dijo Ilyor, adivinando las intenciones del chico. Jay sonrió. Ilyor sabría cómo organizar la rebelión adecuadamente.

Connor ocultó su decepción al saber que tendría que quedarse de nuevo, pero era lo normal. Jay, sin embargo, se percató de esto.

—¿Por qué no vienes tú también, Connor? —propuso Jay—. Podemos dividirnos una vez estemos en Anthius para cubrir más terreno y buscar información.

—Es buena idea —asintió Tarvo—. Evitaremos todo tipo de enfrentamiento para no llamar la atención, por lo que el peligro será menor que en otras ocasiones.

Connor miró a Jay y sonrió, agradecido.

—Entonces, os acompañaré yo también.

***

La luna llena brillaba alta en el cielo, arrojando su pálida luz sobre las aguas negras del mar. Caedra había salido en busca de Alastair, quien se había marchado una vez habían dado por concluida la reunión. Caminaba por la playa en dirección al risco favorito del dragón, sumida en sus pensamientos.

Le habría gustado ir con el grupo que se dirigiría a Anthius. No estaba tranquila perdiendo a Jay de vista. Sin embargo, sabía que Alastair cuidaría de él. Tarvo tampoco dejaría que le pasara nada. Y tendría también a Connor y a Ilyor.

Partirían a la mañana siguiente, por lo que Caedra debía buscar a Alastair esa noche si quería hablar con él. Tenían una conversación pendiente.

Tal y como había supuesto, lo divisó junto al risco. Había vuelto a su forma de dragón, en la que, aparentemente, se sentía más cómodo. Se acercó a él.

«Has tardado», fue el saludo en forma de acusación de Alastair, y giró la cabeza para mirarla.

Caedra sonrió, poniendo los brazos en jarras.

—Algunos tenemos que cenar, ¿sabes? No todos podemos estar un mes entero sin comer nada.

«Los mortales sois muy débiles».

Caedra rio y se sentó a su lado.

«Y frágiles —añadió Alastair con intención—. ¿En qué estabas pensando, Caedra?».

Caedra borró la sonrisa de sus labios. Suspiró con tristeza y abrazó sus rodillas, apoyando la barbilla en ellas. Clavó los ojos en el mar.

—No lo sé, Alastair… Era mi hermano… Reaccioné por instinto —murmuró, pero el dragón la escuchaba con claridad—. Lo siento.

Alastair no dijo nada durante unos segundos.

«Caedra, ese rayo te habría matado. Habría sido mi culpa».

Caedra alzó la vista para mirarlo, frunciendo el ceño, con los hombros rígidos. No lo había pensado y ahora se daba cuenta de lo traumático que habría sido para Alastair ser el causante de su muerte. Jamás se lo habría perdonado.

—Lo siento —dijo una vez más, arrepentida. Parpadeó repetidamente cuando le ardieron los ojos. Respiró hondo para asegurarse de que no le temblaba la voz—. Alastair, no volverá a suceder, te lo prometo.

El dragón suspiró pesadamente.

«Yo también lo siento».

Caedra arqueó las cejas. ¿Qué hacía Alastair disculpándose?

Alastair resopló al ver su reacción, adivinando lo que estaba pensando la zeafírea.

«Yo también reaccioné por instinto —admitió—. Cuando vi que Loure os iba a atacar. Debí haber supuesto que harías algo así».

—Lo que hice fue estúpido —masculló Caedra—. Tú no tienes la culpa de nada.

«Creo que tú tampoco me habrías perdonado que hubiera matado a tu hermano una segunda vez delante de tus ojos», replicó Alastair.

Caedra lo observó de reojo, sorprendida. Alastair no solía tener en cuenta ese tipo de cosas.

—Yo…
«No me malinterpretes —la interrumpió Alastair, gruñendo—. No dudaré en atacarlo de nuevo si estás en peligro. Pero… trataré de evitarlo. Al menos, hasta que veamos si hay alguna posibilidad de salvarlo».

Caedra se había quedado con la boca abierta. Tenía un cúmulo de emociones en su interior. Pero una reinaba por encima de las demás.

—Gracias, Alastair —dijo con una pequeña sonrisa.

El dragón no habría dudado en matar a un enemigo a la primera oportunidad. La única razón por la que no lo haría con Loure era porque era el hermano de Caedra y era importante para ella.

Y hablando de personas importantes…

—¿Qué tal fue tu conversación con Djaka? —inquirió Caedra en tono bajo, con cierto reparo a hacer la pregunta por si Alastair se molestaba.

Él dejó asomar sus colmillos.

«Me atacó hace mil años porque tuvo una visión en la que me aliaba con Saekish».

Caedra frunció el ceño.

—¿Por qué tendría una visión así?

«Aunque parezca extraño, Saekish y yo fuimos amigos al principio. Pero nos fuimos

distanciando cuando vi su empeño en que Gea volviera a ser un mundo de sombras», explicó Alastair.

Caedra esperó unos segundos antes de preguntar:

—¿Has arreglado las cosas con Djaka? ¿Volveréis a ser lo que erais?

«No», espetó Alastair, enseñando los colmillos del todo.

Caedra suspiró. Era normal, Djaka había hecho daño a Alastair una y otra vez. El dragón no la perdonaría así como así. Pero había visto su miedo cuando Djaka había estado a punto de morir. Eso significaba que Djaka seguía siendo importante para él.

Alastair era inmortal. Si todo iba bien, viviría toda la eternidad. Y la eternidad sería una tortura si estaba solo. Djaka era la única que podría acompañarlo, por mucho que le doliera.

Pero Caedra no podía forzarlo a que arreglara las cosas con ella.

Se quedaron en silencio. Caedra se recostó en el hombro del dragón y él la cubrió con su ala, como la última vez que habían estado a solas en la playa. La zeafírea sonrió.

—¿Va a ser esta nuestra nueva costumbre? —bromeó.

«Podría ser», contestó Alastair, mirándola con sus ojos de hielo, pero el frío estaba ausente en ellos. El corazón de la zeafírea se aceleró.

Apoyó la cabeza en sus escamas y cerró los ojos, tratando de que no se notaran las mariposas en su estómago. Esa felicidad que sentía cuando estaba con Alastair dejaba cada vez menos dudas sobre cuáles eran sus sentimientos hacia él.

Sin embargo, ¿acaso sería él capaz de quererla de la misma manera, cuando no era más que una simple mortal? Caedra se sentía tan inferior… No se atrevía a hacerse ilusiones. Ni quería, porque también estaba Jay… ¿Cómo podía estar enamorada de ambos?

Prefirió no pensar en ello. Respiró hondo, inspirando el aroma de la sal marina, y dejó que su cansancio la arrastrara al sueño. Aunque sus músculos estuvieran agarrotados a la mañana siguiente, dormir con Alastair hacía que mereciera la pena.

***

Alastair y Caedra no eran los únicos observando las estrellas apartados de los demás. Jay se había sentado al borde de un acantilado, a solas con sus pensamientos.

Sabía que no podría dormirse si iba directo a la cama tras la cena. Tenía demasiadas cosas en la mente. Ya estaban planeando cómo derrotar al emperador. El enfrentamiento final estaba cada vez más cerca y eso lo agobiaba bastante.

Escuchó pasos detrás de él y miró por encima del hombro, tensando los músculos. Se relajó al comprobar que se trataba de Ayla. La chica llevaba una sencilla túnica lavanda que usaba para dormir y caminaba descalza.

—Hola, Ayla —dijo Jay con una sonrisa—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

Ayla se sonrojó y se detuvo.

—No, yo… Solo quería saber si estás bien. Como te has ido solo…

—Sí, tranquila —contestó Jay. Suspiró pesadamente—. Es solo que… me preocupan muchas cosas.

Ayla frunció el ceño.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Claro —dijo Jay de inmediato, posando la mano en el espacio a su lado. Ayla se sentó—. Sabes que siempre eres bienvenida.

Las mejillas de Ayla se colorearon de rosa de nuevo. La chica agachó la cabeza, cubriendo el rostro con su largo pelo rubio.

—¿En qué piensas? —inquirió ella con suavidad.

Jay se aseguró de que tanto él como Ayla tenían sus piezas de umbrano antes de hablar:

—En que, si todo sale bien, cada vez queda menos para enfrentarnos al emperador. Y no sé si seremos lo suficientemente fuertes… No sé si *yo* seré lo suficientemente fuerte.

—Jay, te he visto luchar. Claro que eres suficientemente fuerte.

Jay sacudió la cabeza.

—No lo sé, Ayla. La última vez que me enfrenté a Gavin…, él me derrotó —murmuró, hundiendo los hombros—. Y todavía no controlo mis nuevos poderes. Espero que Alastair pueda ayudarme con eso antes de nuestro próximo enfrentamiento, porque si no puedo vencer a mi hermano pequeño, ¿qué posibilidad tengo contra el emperador?

Ayla puso una mano en la espalda del chico, que la miró de reojo.

—Jay, no vas a enfrentarte tú solo al emperador. Estaremos todos contigo.

Jay esbozó una sonrisa un tanto amarga.

—Ya, pero no quiero ser una carga. Necesito estar seguro de mí.

—Jamás… jamás serías una carga, Jay —dijo Ayla de inmediato. Bajó la vista a su regazo, apenada—. La carga en todo caso sería yo.

Jay frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Tenéis todos mucha más experiencia que yo… Muchas veces no sé ni qué hacer en un combate —murmuró ella.

—Ayla, no te tortures de esa forma —dijo Jay, y esta vez fue él el que puso una mano en el hombro de la chica, que lo miró con sorpresa. Jay sonrió—. Ya nos ayudas bastante con tus habilidades de curación; nos has salvado la vida más de una vez. Lo mismo con tus visiones. Eres muy valiosa para nosotros en el combate y fuera de él. Y aprender a luchar es cuestión de práctica. Has mejorado mucho desde que nos conocimos.

Ayla se mordió el labio, no muy convencida. Cuando veía luchar a Caedra sentía una envidia tremenda, y eso que la zeafírea ya no podía maniobrar como antes de que se rompieran sus alas.

Aun así, intentó sonreír.

—En serio, Ayla, eres tan importante como los demás en nuestro grupo —insistió Jay—. No lo dudes nunca.

—Gracias, Jay —dijo ella, sintiendo una agradable calidez en el pecho con las palabras de su amigo.

Estuvieron unos segundos en silencio, observando el movimiento de las olas bajo ellos. Una suave brisa marina les revolvió el pelo y los rodeó del olor a sal.

—¿Qué otras cosas te preocupan? —preguntó Ayla, mirando a Jay de reojo.

Él suspiró pesadamente, encorvado.

—Si conseguimos derrotar al emperador…, ¿qué haré yo después?

Derrotar al emperador parecía un objetivo casi imposible, inalcanzable. Habían estado intentándolo durante tantos años… Y Hadriel ya no estaba con ellos.

Pero, si realmente lo lograban…, ¿qué vendría tras eso?

—¿Qué quieres decir? —murmuró Ayla, ladeando la cabeza, confusa.

—Cuando empezamos todo esto, el objetivo era que yo asumiera el trono, que me pusiera al mando del imperio —explicó Jay—. Pero yo no me veo capaz de ser un líder… Y menos sin que esté mi padre para aconsejarme.

—Yo sí que te veo capaz —declaró Ayla con tanta firmeza que se sonrojó al ver la sorpresa con la que la observó Jay, que no se esperaba ese tono tan decidido por parte de la tímida chica. Se aclaró la garganta antes de continuar—: Quiero decir, una de las cualidades más importantes en un líder es que se preocupe por los demás. Y tú siempre estás pendiente de todos, Jay. Recuerda que, de no ser por ti, yo no estaría aquí.

Jay sonrió.

—Una de las mejores decisiones que tomé fue hablar contigo hasta que aceptaste estar con nosotros. Porque no me imaginaría estar ahora aquí sin ti.

Ayla se quedó con la boca abierta. Notaba el rostro entero ardiendo, pero no era capaz de apartar la mirada de Jay.

El chico no se dio cuenta de esto. Había desviado su atención de nuevo hacia el mar, pensando en lo que había dicho Ayla.

—Supongo que es algo que tendré que ver cuando llegue el momento —murmuró. «Si es que llega», pensó.

—Estoy segura de que serás un buen líder para todos, Jay —dijo Ayla una vez hubo calmado su acelerado corazón—. Y yo… Yo… —Calló, avergonzada.

—¿Tú, qué? —inquirió Jay, curioso, al ver que la chica se quedaba en silencio.

Ayla se puso todavía más nerviosa al sentir la mirada de Jay.

—N-nada…

Jay rio con suavidad.

—Ayla, sabes que puedes decirme lo que sea.

Pero ella estaba a punto de expulsar vapor por la piel de lo roja que estaba. Agachó la cabeza en un intento de ocultarlo y apretó las manos en su regazo.

—S-solo quería decir que… Que yo siempre estaré a tu lado, para ayudarte en todo lo que necesites.

Ayla suspiró con alivio una vez terminó de hablar. Lo había conseguido.

Jay sonrió, tanto por sus palabras como por su adorable reacción.

—Gracias, Ayla.

Mientras contara con el apoyo de sus amigos, sus preocupaciones no resultaban tan abrumadoras.

Capítulo 34: Fuerza de voluntad

Puerto Nithal, en la costa de Anthius, había cambiado mucho desde la última vez que Jay lo había visitado, años atrás, cuando habían ido en busca de un piaferequus que los llevara hasta Luminaria para rescatar a la emperatriz y evitar su ejecución.

Donde antes miembros de todas las razas de Gea se paseaban libremente y negociaban unos con otros, ahora no había ni rastro de nada que no fuera humanos. Los zeafíreos, los aquitones, los denu y los torrogal se habían marchado. Todavía era uno de los mayores núcleos de comercio del continente, pero se había degradado de manera considerable.

Había soldados del ejército del emperador patrullando cada calle, ataviados con sus armaduras doradas, y los estandartes con el símbolo de las llamas entrecruzadas del imperio adornaban cada rincón.

Jay estaba abrumado por la presencia de Gaelar en aquel reino que habían anexado. Las aceras estaban más sucias y descuidadas, los habitantes con rostros sombríos y hambrientos por la pesada carga de impuestos. El emperador solo se preocupaba por mantener reluciente la capital de su imperio, Luminaria, usando todos los territorios conquistados como minas que explotar. Era un desperdicio.

Alastair se había marchado en cuanto los había dejado en un rincón discreto de la playa y alejado de la ciudad, para no ser vistos. Se movería mejor por su cuenta, averiguando información entre las sombras.

—Bien, pues… ¿Por dónde empezamos? —inquirió Jay, mirando a sus compañeros. Estaban en un pequeño callejón, ocultos entre varias cajas de madera apiladas unas encima de otras.

—Será complicado. Aunque sea cierto que la princesa sigue viva, quienes conozcan su paradero se resistirán a contárnoslo —dijo Ilyor, con el ceño fruncido—. Al fin y al cabo, pueden pensar que hemos sido enviados por el emperador para acabar con ella.

—Sin embargo, es lo único que tenemos —replicó Tarvo—. La princesa desapareció sin dejar rastro. Preguntaremos con sutileza en distintos lugares y veremos si a alguien se le escapa algo.

—¿Y no podemos pillar a una chica cualquiera y hacerla pasar por la princesa? —sugirió Jay. Recordó que él mismo le había dicho a Caedra años atrás, cuando había ido a buscarlo a la Tierra, que simplemente usaran a otro chico en su lugar.

Ilyor negó con la cabeza.

—No es viable. La princesa Realyn no era la heredera directa al trono, pero sí que era bien conocida por el pueblo, pues disfrutaba visitando las distintas ciudades del reino —explicó—. Por tanto, sería cuestión de tiempo que alguien se diera cuenta de que la impostora tiene un aspecto distinto.

—Me temo que el castigo de muerte si se mira a un miembro de la realeza a los ojos solo existe en Gaelar —añadió Tarvo—. En Anthius todos podían mirar al rey y a su familia.

Jay chasqueó la lengua.

—Vaya.

—¿Y qué aspecto tenía la princesa, a todo esto? —inquirió Connor.

Ilyor se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—No he llegado a verla nunca en persona. Pero toda la familia real de Anthius tenía el pelo rojo.

Jay frunció el ceño.

—Yo no he visto a nadie con el pelo rojo por aquí.

—La familia real —repitió Ilyor, arqueando una ceja y cruzando los brazos—. No el reino entero de Anthius, chico.

—Pero, si solo la familia real tenía el pelo rojo —dijo Jay—, será pan comido encontrar a la princesa. Será la única pelirroja.

Tarvo esbozó una pequeña sonrisa, divertido.

—Ojalá fuera tan sencillo, mi querido príncipe, pero si yo estuviera en el lugar de la princesa, lo primero que haría sería ocultar, precisamente, mi pelo rojo.

Jay gruñó, desanimado.

—Tiene sentido…

—En cualquier caso —prosiguió Tarvo—, es algo a tener en cuenta. —Se puso en pie, y sus compañeros lo imitaron—. Nos dividiremos y preguntaremos por el puerto a ver si alguien sabe algo. Nos quedaremos como mucho un par de días antes de pasar a la siguiente ciudad, para no llamar la atención.

Todos asintieron, conformes con el plan.

***

Ayla paseaba por el bosque en la falda del volcán, frustrada consigo misma. No había conseguido hacer nada productivo en todo el día; no paraba de pensar en Jay y en si estaría bien, y no había localizado a Caedra por ninguna parte. Había considerado la opción de ir con Valikia cuando se había cruzado con ella en la aldea torrogal, pero lo había descartado. Todavía no se sentía cómoda con ella.

Aunque Jay quería que intentara abrirse más al resto de sus compañeros… era complicado.

Escuchó ruidos a su derecha. Frunció el ceño y se encaminó en esa dirección. Se asomó para ver qué pasaba, escondida entre los árboles. Se relajó al comprobar que se trataba de Caedra. Iba a dar media vuelta, pues no quería molestarla, pero le llamó la atención lo que estaba haciendo.

La zeafírea acababa de lanzar uno de sus abanicos abiertos por completo. Viento cortante salía despedido del filo del arma según rotaba, y varias ramas fueron cercenadas limpiamente. El problema vino después.

Caedra extendió la mano, intentando atrapar el abanico a la vuelta, y se quejó del dolor cuando no logró cogerlo de la forma correcta. La palma de su mano sangraba y el abanico había caído al suelo. Ayla se fijó en que la otra mano de la zeafírea estaba en las mismas condiciones. ¿Cuánto

tiempo llevaba practicando?

Los tres siguientes intentos de Caedra terminaron de la misma forma. Ayla se mordió el labio, apenada.

Caedra suspiró pesadamente. Se agachó para recoger de nuevo sus abanicos y los colgó en el cinto. Se giró y clavó sus ojos amarillos justo en el punto en el que se escondía Ayla. La chica se puso rígida, notando que se crispaban las plumas de sus alas.

—Ayla, ¿cuánto tiempo piensas estar ahí?

Ayla, con el rostro como un tomate, salió de entre los arbustos. Al menos, Caedra no había sonado molesta.

—Estaba paseando y te escuché —explicó ella, avergonzada—. ¿Qué haces?

Caedra torció el gesto, bajando la vista al suelo.

—No lo sé, la verdad.
Ayla ladeó la cabeza, confusa.

—¿No lo sabes?

—No… —Caedra observó las palmas de sus manos, casi abiertas por completo por los cortes. Ayla arqueó las cejas al ver lo mucho que sangraban, alarmada—. Estoy intentando aprender a lanzar los abanicos, pero es complicado. Quiero decir… Lanzarlos es sencillo; recogerlos, no tanto.

Ayla fue junto a ella. Tomó las manos de la zeafírea entre las suyas y un suave brillo blanco las cubrió. Cuando se apartó, los cortes habían desaparecido, como si nunca hubieran estado.

Caedra sonrió, cansada.

—Gracias, Ayla.

Ayla, sin embargo, frunció el ceño.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Estaba claro que, sin nadie que la guiara, Caedra no progresaba mucho y solo conseguía hacerse daño.

La zeafírea apartó la mirada.

—Hadriel quería enseñarme a lanzar los abanicos. Pero eso ahora ya no es posible… —Dibujó una mueca en su rostro—. Y no logro pensar en otra cosa que no sea Loure desde que lo vi… Así que intentaba distraerme de alguna forma, supongo.

—¿No puedes pedirle ayuda a Ilyor?

Si no recordaba mal, era afín al viento. Uno de los mejores afines al viento que había en todo el continente, de hecho.

—Sí…
Sin embargo, el hombre se empeñaba en mantener las distancias. Caedra trataba de animar a Jay a hablar con él, pero la verdad era que ella tampoco terminaba de sentirse a gusto. Ilyor era

muy diferente a Hadriel. Su único parecido era en lo físico.

Hubo unos segundos de silencio incómodo en los que ninguna de las dos supo qué decir. Al final, fue Caedra quien se animó a romperlo:

—Y bueno, dime, Ayla, ¿qué has estado haciendo hoy?

La chica dio un respingo y entrelazó los dedos de las manos por detrás de la espalda.

—Nada especial…

—¿Y eso?

—No sé muy bien qué hacer —admitió Ayla en tono bajo. Miró a Caedra por debajo de las pestañas—. Tú siempre lo tienes todo muy claro, pero yo…

Caedra la interrumpió con una pequeña carcajada. Ayla calló, confusa. La zeafírea sacudió la cabeza.

—Qué más quisiera yo que tener todo siempre muy claro… —Observó a Ayla durante unos segundos antes de preguntar—: ¿Has seguido practicando con la lanza?

Ayla bajó la vista, avergonzada.

—No. No sé muy bien cómo hacerlo por mi cuenta.

Levantó la mirada con sorpresa al notar una mano en su hombro.

—¿Qué te parece si seguimos practicando tú y yo a partir de mañana? —ofreció Caedra con una sonrisa.

Ayla estuvo a punto de responder que sí de inmediato. Sin embargo, lo que quería iba más allá.

Se mordió el carrillo, nerviosa, analizando de cerca a Caedra. Tenía múltiples cicatrices en las partes de su piel oscura que eran visibles, con la más llamativa de ellas surcando la mitad izquierda de su rostro. La zeafírea era una experimentada guerrera que había pasado por muchos conflictos y batallas. Ayla, en cambio, tenía su piel blanca casi impoluta.

—Me gustaría, pero… —Ayla respiró hondo. Miró fijamente a Caedra a los ojos. Ella arqueó una ceja ante la actitud tan directa de la chica—. Quiero hacer más que practicar con la lanza. Quiero que combatas contra mí.

—¿Combates de práctica? Sí, claro, no hay…

—No —la interrumpió Ayla, sacudiendo la cabeza—. Combates de verdad. No quiero que te contengas. Necesito aprender a luchar y es la única forma.

Caedra frunció el ceño. Observó a Ayla durante unos segundos, pensativa. Cruzó los brazos.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí. Quiero… quiero ser como tú —declaró Ayla, apretando los puños—. Quiero ser fuerte. Así que quiero combatir contra ti las veces que haga falta.

Siempre se quedaba atrás en los enfrentamientos. Era frustrante no saber si estaba haciendo lo correcto cuando atacaba, o temer que su enemigo la superara en cualquier momento.

Caedra suavizó la mirada. Puso una mano en el hombro de la chica.

—Ya eres fuerte, Ayla —dijo, sonriendo—. Pero está bien. Si eso es lo que quieres, así lo haremos. Combatiremos para que consigas la experiencia necesaria.

Caedra conocía los problemas de confianza en sí misma que tenía Ayla. Aquel no era el método que habría escogido ella para entrenarla, pero si Ayla estaba dispuesta… Al menos, podría curarse después de cada combate.

***

Valikia bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza, con los ojos todavía medio cerrados.

—¿Es necesario que empecéis antes de que salga el sol? —protestó. Dejó que su espalda se deslizara por el tronco de la palmera hasta que se sentó en el suelo, somnolienta.

—Hay que aprovechar el día —replicó Caedra, desenganchando los abanicos del cinto.

Se habían desplazado a la playa al este de la isla. Ayla se había situado en el extremo opuesto a Caedra del terreno que habían marcado como su campo de batalla. La chica apretaba el astil de la lanza con excesiva fuerza, nerviosa, volviendo blancos sus nudillos.

—Bueno, pues divertíos mientras yo echo una cabezada —dijo Valikia y cruzó los brazos, cerrando los ojos.

Caedra la miró con una sonrisa y puso los ojos en blanco.

—No sé para qué ha insistido en venir si va a dormirse —comentó, dirigiéndose a Ayla, que dejó escapar una pequeña carcajada—. Relájate. ¿Estás preparada?

Ayla tragó saliva, pues tenía la garganta seca, y asintió con la cabeza.

—Allá vamos, entonces —anunció Caedra, y extendió las alas.

Ayla la imitó, sin dejar de observarla. Caedra alzó el vuelo y abrió uno de sus abanicos, alzándolo para luego bajarlo con brusquedad. Salió despedida una fuerte corriente de aire hacia Ayla, que se impulsó con las alas a un lado y luego las usó para protegerse el rostro de la arena negra que se levantó.

Caedra la rodeó y envió otra ráfaga de viento. Ayla saltó una vez más y materializó agua en la punta de su lanza. Deslizó el arma en diagonal y el agua siguió su dirección en forma de látigo. Caedra cruzó los abanicos y se escudó tras ellos. Acto seguido, los separó con rapidez y miró a Ayla.

La chica había arrugado la frente. Se detuvo y se irguió, clavando el astil de la lanza en la arena de la playa.

—¿Qué ocurre? —cuestionó Caedra, aterrizando.

—Caedra, te estás conteniendo —señaló Ayla—. Te he pedido que no lo hagas.

Caedra suspiró pesadamente.

—¿Estás segura? —Se temía que la chica no fuera consciente de lo que realmente estaba diciendo.

—Sí —declaró Ayla con toda la firmeza que pudo.

Caedra dibujó una mueca en su rostro. Flexionó las piernas y cruzó los abanicos delante de su pecho.

—De acuerdo —dijo, poniéndose seria. Pese a su advertencia, Ayla había insistido. Dejaría sus reparos a un lado y cumpliría con lo que le había pedido.

Ayla ahogó una exclamación cuando Caedra apareció delante de ella en un abrir y cerrar de ojos, levantando grandes cantidades de arena a un lado y a otro de su trayectoria. La zeafírea le dio una patada en el abdomen que la echó hacia atrás y, sin detenerse, separó los abanicos. Ayla gritó al salir volando por los aires. Cayó con un golpe seco unos metros más lejos.

Caedra paró, frunciendo el ceño.

—Ayla… —empezó, preocupada.
La chica, sin embargo, se puso en pie todo lo rápido que pudo y sacudió la cabeza.

—He dicho que no te pares.

Caedra endureció la mirada.

—Muy bien.

Caedra alzó el vuelo. Batió las alas con fuerza, invocando un huracán. Ayla trató de moverse a un lado, pero el viento y su potencia fueron demasiado para ella. Se estampó con unas rocas a sus espaldas y acabó de bruces en la arena.

Caedra esta vez no se detuvo. Ayla estaba incorporándose de nuevo, pero Caedra ya había deslizado uno de sus abanicos en diagonal. La chica abrió los ojos como platos al ver la afilada corriente de aire. Apenas logró crear un escudo de agua frente a ella. Este estalló al entrar en contacto con el viento y las gotas llovieron a su alrededor.

Ayla trató de materializar una serie de carámbanos de hielo. Sin embargo, no tuvo tiempo ni de terminar con el primero antes de darse cuenta de que Caedra ya estaba detrás de ella. Recibió una patada en la espalda que la mandó otra vez al suelo, haciendo que se le escapara un quejido. Ayla rodó por la arena y se puso en pie de un salto, aunque le temblaron las piernas.

Caedra ya volaba de nuevo. Ayla palideció al verla lanzar uno de los abanicos en su dirección. El arma giraba a gran velocidad y a duras penas logró desplazarse a la derecha. Recibió un corte en el brazo.

Ayla, al fin, batió sus propias alas y se elevó en el aire. Caedra descendió para recoger el abanico de donde se había quedado clavado en la arena y lo hizo sin detenerse, girando y ganando altura con rapidez al impulsarse con el aire en sus pies.

Ayla se dio la vuelta y apretó los dientes. Intentó crear una esfera de agua. Caedra disparó un pequeño rayo de la punta de sus dedos y la golpeó en el extremo de su ala izquierda. Ayla gritó al precipitarse contra el suelo.

Cayó y tosió, escupiendo arena. Clavó los codos e intentó incorporarse, resollando; los pulmones le ardían. Caedra aterrizó junto a ella.

—Reaccionas con lentitud, te falta velocidad a la hora de crear tus ataques, te bloqueas con

facilidad, no te desplazas con la suficiente rapidez… —enumeró. Si quería que fuera su maestra, lo sería al completo—. No eres capaz de decidir cuál es la mejor estrategia, tienes dudas, tu defensa sigue dejándote abierta a numerosos ataques… Y, sobre todo, no aprovechas el entorno a tu favor.

Ayla apretó los dientes. Caedra se apartó y Ayla se puso en pie. Clavó sus ojos azules en la zeafírea, jadeando.

Caedra frunció el ceño, apenada al verla en ese estado. Cerró sus abanicos y los colgó del cinto, cruzándose de brazos y observándola con ojo crítico.

—¿Estás segura de que quieres continuar?

—Sí —contestó Ayla, un tanto irritada. Era consciente de sus propias debilidades, pero había tenido la pequeña esperanza de no fracasar tan estrepitosamente. Y no debía recurrir siempre a desplazarse usando la luz, o se cansaría demasiado rápido. Iba a tener que entrenar duro.

Caedra suspiró con pesadez.

—Como quieras.

***

Ayla había perdido la cuenta de las veces que había acabado ya en el suelo. Cayó de espaldas a la arena y gruñó, dolorida.

—¡Arriba! —ordenó Caedra, quien ya descendía sobre ella.

Ayla rodó y tropezó al ponerse de pie, pero logró extender las alas y alzar el vuelo. Caedra maniobró para seguirla.

Valikia ahora las observaba con interés. Llevaban ya un par de horas y, aunque Ayla fracasaba en cada intento, admiraba su resistencia y dedicación. Tanto Caedra como Ayla vestían unas sencillas y finas túnicas blancas para entrenar. La de Ayla ya casi estaba enteramente oscurecida por la suciedad, desgarrada en varios puntos.

Ayla descendió justo a tiempo para evitar el rayo que pasó por encima de ella. Trató de crear una esfera de agua entre las manos.

Caedra entornó los ojos al ver esto.

—¡Usa el entorno a tu favor!

Ayla trató de mirarla por encima del hombro, confusa. Caedra se detuvo con brusquedad para batir sus alas con fuerza. La corriente de aire fue suficiente para desestabilizar a Ayla, que, con un grito, se precipitó al mar.

La chica nadó y rompió la superficie del agua para tomar una amplia bocanada de aire. Se apartó el pelo mojado de la cara. Hacía tiempo que había perdido su lanza.

Caedra descendió hasta quedar volando encima de ella, dejando que la chispa en sus dedos se extinguiera. Ayla suspiró tristemente.

Había perdido otra vez.

Se dirigió a la orilla. Su túnica estaba calada por completo y se pegaba a su piel como una segunda capa, con la falda entorpeciendo sus movimientos. Se sentó en la arena, jadeando. Caedra aterrizó a su lado.

—Ayla, tienes el mar junto a ti —señaló Caedra—. No pierdas tiempo creando tu propia agua cuando tienes toda la que quieras a tu alrededor. Usa el entorno a tu favor —repitió.

Ayla se mordió el labio, avergonzada. Se ponía tan nerviosa combatiendo que no era capaz de pensar.

—Tampoco te he visto usar nada de tus poderes de luz —prosiguió Caedra, cruzada de brazos —. Sabes cómo usar la lanza en un combate en el que solo estemos practicando con ella, pero, en cuanto tienes que incorporarla a un combate de verdad, se convierte en un estorbo para ti. No la integras a tus movimientos de lucha. Al final, no usas ni la lanza, ni tus propios poderes.

Ayla desvió la vista unos metros a su derecha, donde su lanza había quedado abandonada en la arena. Hundió los hombros.

—¿Y qué hay de tus visiones? Según dicen, el oráculo supremo usa ese poder también para anticiparse a los movimientos de sus enemigos en combate. Otro punto a tener en cuenta — concluyó Caedra. Le tendió la mano a Ayla.

La chica la miró. Aceptó su ayuda, un tanto desganada, y se puso en pie.

Caedra frunció el ceño tras observarla unos segundos.

—¿Qué tal si lo dejamos por hoy? —propuso. Veía que le temblaban las piernas a su amiga—. Aprovecharemos el resto del día para que practiques con tus poderes siguiendo mis indicaciones y mañana combatiremos de nuevo.

—Vale… —murmuró Ayla, llevándose la mano iluminada al lugar donde el abanico de Caedra le había dejado un corte en el brazo para curarlo.

***

—¡Levanta!

Ayla todavía tenía agujetas del día anterior. Sus músculos protestaron, pero obedecieron y la chica se puso en pie.

Sin embargo, Caedra ya estaba cargando su próximo ataque. Ayla fue forzada a cruzar las alas delante de ella como escudo, y varias plumas se desgarraron por las corrientes de viento afilado que recibieron.

—¡Atenta!

Ayla apartó las alas y abrió los ojos como platos al ver que Caedra ya estaba frente a ella. El filo del abanico quedó reposando en su cuello. Ayla no se atrevió ni a tragar saliva.

Caedra se apartó y Ayla espiró con lentitud.

—Otra vez —ordenó la zeafírea.

***

—¡Muévete!

Ayla se impulsó hacia atrás con dos chorros de agua en sus pies y giró en el aire. El viento impactó donde había estado un segundo antes y la arena salió despedida en todas las direcciones.

Logró interponer su lanza para frenar el abanico que iba a cortarla. Hubo un choque metálico y el abanico cayó a la arena.

Caedra descendió para recogerlo. Ayla apretó los dientes y respiró hondo antes de lanzar su arma. La zeafírea maniobró y se apartó de la trayectoria de la lanza a tiempo, pero no pudo recuperar su abanico.

Caedra no se detuvo, sin embargo. Ya había ganado altura y Ayla trató de volar hacia el mar, extendiendo los brazos y haciendo que el agua se elevara hacia ella…

—Detrás de ti.

Ayla ni siquiera tuvo tiempo de chillar del susto antes de que la zeafírea le diera una patada en la espalda que la desestabilizó por completo. Ayla se precipitó y cruzó los brazos, preparándose para el impacto…

—¡Estás cayendo a tu elemento, Ayla! —la regañó Caedra.

Ayla endureció la mirada. Apartó los brazos y los estiró, haciendo que el agua en el espacio donde iba a caer se hundiera. Giró y extendió las alas de nuevo. Hizo que el agua subiera a sus pies y la usó para impulsarse, ganando altura con rapidez.

Se dio la vuelta… y recibió de lleno el huracán creado por Caedra.

Valikia, sentada a la sombra de la palmera, suspiró con exasperación al ver cómo Ayla caía al agua con un sonoro chapoteo.

***

Estaba atardeciendo. Caedra se mantenía de pie a unos metros de distancia de Ayla, quien la observaba fijamente, casi sin parpadear.

Valikia bostezó, aburrida. Llevaban así varias horas, y se preguntaba cómo Caedra era capaz de estar tanto tiempo sin cambiar de ejercicio.

Los pájaros graznaban, volviendo ya a sus nidos en los acantilados. Ayla se forzó a ignorarlos. Tenía que bloquear todo lo que no fuera la figura de Caedra.

—Derecha —dijo apenas una milésima de segundo antes de que la zeafírea diera un paso justo en la dirección contraria.

Caedra sonrió.

—No pasa nada, Ayla. Otra vez.

Valikia gruñó y se llevó una mano a la cara. Ayla, en cambio, asintió con decisión. Si se concentraba lo suficiente, su habilidad para percibir el futuro se manifestaba indicándole de forma sutil la intención de su oponente. No iba a parar de practicar hasta que fuera capaz de anticiparse a todos y cada uno de los movimientos de la zeafírea.

***

—¡Levanta!

Ayla escupió arena y sacudió la cabeza. Había escuchado esa orden por lo menos doce veces en los últimos diez minutos. Parpadeó para despejar las lágrimas de sus ojos y se obligó a ponerse en pie.

Era solo el tercer día de entrenamiento y todos sus músculos ardían por el esfuerzo.

Caedra empuñaba en esta ocasión una lanza idéntica a la de Ayla.

—¡Bloquea! —ordenó Caedra antes de bajar su lanza sobre Ayla.

La chica la frenó con el astil de su propia arma. Apretó los dientes, aplicando toda la fuerza que pudo.

Caedra deslizó su pierna por los pies de Ayla. Ella soltó una exclamación al perder el equilibrio. Cayó de espaldas a la arena, gimiendo por el impacto.

—No te centres tanto en el arma de tu oponente como para olvidarte de todo lo demás —la regañó Caedra. Elevó su lanza.

Ayla desplazó la vista frenéticamente alrededor. Extendió la mano hacia el mar y la movió hacia Caedra con rapidez. Una ola de agua fue hacia ella.

Caedra se impulsó con el viento y saltó hacia atrás. La ola chocó en la arena y Valikia tuvo que levantarse y moverse para evitar acabar empapada.

—¡Oye! —protestó Valikia. Ayla la ignoró, centrada en el combate, pero Caedra rio y alzó el vuelo.

Ayla corrió hacia Caedra, empuñando la lanza con las dos manos y la punta orientada al mar. El agua empezó a acumularse en el filo de la hoja de metal y, con un grito de guerra, Ayla deslizó su arma con brusquedad. El agua salió disparada como un látigo hacia Caedra, que se dispuso a cortarlo con su viento…

El agua cambió de dirección repentinamente. Se enrolló en el tobillo de la zeafírea y se solidificó para convertirse en hielo. Ayla tiró hacia abajo y Caedra frunció el ceño. Descargó su propia lanza en el hielo y lo rompió en mil pedazos.

Miró a Ayla y asintió con la cabeza.

—Bien hecho.

Pero no era suficiente. Caedra apuntó a Ayla con el dedo índice. La chica se desplazó a su derecha para esquivar el rayo…

Y chilló cuando la lanza de Caedra se clavó a escasos milímetros de sus pies.

—No caigas en las trampas de tu oponente.

Ayla estaba tan centrada en la lanza, nerviosa, que levantó la vista con brusquedad al detectar movimiento a su alrededor. Palideció al ser incapaz de localizar a Caedra y se percató de que había escuchado su voz detrás de ella.

Se giró al instante, justo para recibir la patada de la zeafírea en el abdomen. Ayla no fue capaz de levantarse más.

Se quedó mirando el cielo, agotada. Caedra apareció en su campo de visión, mirándola con la cabeza inclinada y los brazos en jarras.

—¿Ya te rindes?

Ayla movió sutilmente los dedos. Y la zeafírea tuvo que cruzar las alas delante de su rostro para que se clavaran en ellas los carámbanos de hielo. Había reaccionado con gran rapidez, producto de sus reflejos.

—No caigas en las trampas de tu oponente —repitió Ayla con una sonrisa pícara, rodando por el suelo y poniéndose en pie de un salto.

Caedra sacudió la cabeza y rio mientras arrancaba los proyectiles.
—Muy astuta, Ayla.

Valikia había arqueado las cejas al ver esto. Soltó una pequeña carcajada de incredulidad.

«Puede que esa chica tenga más chispa de la que yo creía», pensó divertida.

Pero apenas unos segundos después Ayla caía derrotada, víctima de uno de los huracanes de Caedra, con la punta de la lanza de la zeafírea reposando en su pecho.

***

Ayla miraba fijamente a Caedra bajo el cielo naranja. Valikia estaba apartada, picoteando unos frutos rojos mientras observaba lo que hacían.

Ayla entornó los ojos. Una gota de sudor se deslizó por su rostro.

—Derecha —dijo justo antes de que Caedra se moviera.

Había acertado.

—Bien hecho, Ayla —la felicitó Caedra—. ¿Serás capaz de repetirlo?

Ayla frunció el ceño, concentrándose de nuevo.

—Izquierda —dijo, acertando una vez más.

Pasaron unos segundos antes de que hablara de nuevo:

—Izquierda.

Pero la zeafírea se había desplazado a la derecha.

Ayla suspiró con tristeza y agachó la cabeza. Caedra frunció el ceño. Fue hacia ella y la tomó con suavidad de la barbilla para que la mirara a los ojos.
—Eh, no te desanimes ahora. Has acertado dos veces, lo cual ya es un logro —dijo y sonrió—. Es cuestión de práctica.

Ayla, con las mejillas rojas por el contacto, acalorada, se forzó a asentir rígidamente con la cabeza.

***

—¡Arriba, Ayla! ¡Tus oponentes no van a esperarte!

Ayla rodó por el suelo. El primer abanico se clavó donde había estado un segundo antes. Siguió rodando y se puso en pie con una pirueta, impulsándose con los brazos hacia atrás. El segundo abanico rozó las puntas de sus dedos y la chica gimió del dolor.

Caedra ya estaba detrás de ella. Rotó sobre su propio eje y Ayla ahogó una exclamación al ser golpeada por una de sus alas en la cara. Trastabilló hacia atrás y recibió una patada en el vientre a la que la zeafírea añadió viento para que saliera volando por los aires.

Ayla soltó un quejido cuando su espalda impactó contra el tronco de un árbol. Cayó de rodillas al suelo y apoyó las palmas de las manos en la arena, resollando.

—¡Levanta! —ordenó Caedra, implacable.

Ayla apretó los dientes y creó un escudo de agua que convirtió en hielo de inmediato. Los abanicos de Caedra chocaron y fueron repelidos, pero no sin antes haber hecho añicos la frágil barrera.

Y Caedra, impulsada por el viento, ya estaba junto a ella, como de costumbre. Ayla maldijo para sus adentros mientras su cabeza caía hacia atrás por la patada que impactó en su barbilla. Tenía que lograr ser tan veloz como la zeafírea…

Ayla cayó de costado al suelo, aturdida. Caedra se dispuso a bajar el brazo con uno de sus abanicos para dar por concluido el combate…

Y Ayla extendió la palma de la mano hacia ella, cegándola con el brillo que emitió. Caedra apretó los ojos y soltó una exclamación, retrocediendo un par de pasos mientras sacudía la cabeza.

Ayla no iba a desaprovechar la oportunidad. Se puso en pie sobre sus piernas temblorosas y movió con rapidez los brazos. Una ola de agua alcanzó a Caedra, que se vio arrastrada por ella.

Caedra parpadeó repetidamente, tratando de aclarar los puntos negros en su visión. Extendió las alas y alzó el vuelo. Una serie de carámbanos de hielo se estrelló en las rocas que había a sus espaldas.

Ayla corrió y voló también para ir a recoger su lanza, que había perdido al principio del combate. Ya empuñándola, se giró para encarar a Caedra, aunque tuvo que descender con brusquedad para esquivar un rayo.

Chilló cuando la arena bajo ella estalló, fruto de la corriente de aire que había impactado en ese instante. Caedra le devolvió la jugada de cegarla cuando la arena entró en sus ojos y Ayla tuvo que detenerse para echarse agua y lavarlos.

Y Caedra aprovechó el momento para embestirla envuelta en un escudo de aire. Ayla gritó y se precipitó contra el suelo.

Con los ojos todavía cerrados, sin embargo, fue capaz de echarse a su derecha, esquivando el filo del abanico de Caedra. La zeafírea se quedó rígida y la observó con las cejas arqueadas.

—¿Cómo lo has sabido? —murmuró, fascinada.

Ayla dejó caer la lanza y se frotó los ojos mientras respondía:

—No lo sé… Intuición, supongo.

Caedra le tendió la mano para ayudarla a levantarse y sonrió.

—Eso, o estás aprendiendo a utilizar tu habilidad para predecir el futuro.

***

El sol se escondía por la línea del horizonte.

Valikia había cruzado los brazos detrás de la cabeza para utilizarlos como almohada, sentada con la espalda apoyada en el tronco de la palmera. No sabía por qué seguía viniendo a observar a Caedra y a Ayla en aquellos aburridos ejercicios, pero no tenía nada mejor que hacer.

Ayla se mordió el carrillo, concentrada en la zeafírea frente a ella.

—Izquierda —murmuró, acertando—. Derecha —dijo, y acertó otra vez—. ¡Derecha! —exclamó con rapidez para adelantarse al siguiente movimiento de Caedra, que no se había detenido.

Había acertado los tres intentos. Dibujó una radiante sonrisa en sus labios, incapaz de contenerse.

—Muy bien, Ayla —la felicitó Caedra, sonriendo también.

—Sí, sí, ¿quiere eso decir que por fin os vais a dedicar a otras cosas? —inquirió Valikia, aburrida.

Caedra se giró hacia ella y cruzó los brazos.

—Siento decirte que tendremos que seguir practicando, Val. Es más… —La sonrisa de Caedra se tornó maliciosa. Valikia arqueó una ceja—. ¿Por qué no te pones tú en mi lugar? Ayla tiene que practicar con distintos objetivos…

Y Valikia gruñó, levantándose mientras maldecía entre dientes.

***

—¡Ponte en pie, Ayla!

Ayla estaba ya tan acostumbrada a las caídas que su cuerpo se incorporó casi por su cuenta, de forma automática. La chica se giró con un par de esferas de agua ya preparadas en las manos. Las disparó contra Caedra, que se movió a un lado y a otro en el aire para esquivarlas.

Y, una vez estaban detrás de ella, Ayla apretó los puños. Las esferas estallaron en mil agujas de agua que se convirtieron en hielo. Caedra gruñó cuando estas se clavaron dolorosamente en su espalda.

La zeafírea, sin embargo, no se detuvo. Envolvió uno de sus abanicos en electricidad y lo envió girando en el aire a gran velocidad hacia Ayla. Ella apretó los dientes y esperó al último momento para saltar a su izquierda. El abanico se hundió en la arena, chamuscándola.

Ayla ya estaba desenganchando la lanza del cinto en su espalda, usándola para que impactara en el astil el segundo abanico de Caedra. Alzó el vuelo y se dirigió al mar. La zeafírea fue tras ella

una vez hubo recogido sus abanicos.

Ayla extendió la mano derecha y varias columnas de agua se irguieron en torno a Caedra, que se detuvo. La zeafírea batió las alas en el aire, observando con cautela los hilos de agua a su alrededor. Estos se acercaron con brusquedad a ella y, aunque Caedra trató de rotar sobre su propio eje para repelerlos con el viento, Ayla fue más rápida y aprisionó sus alas con ellos, convirtiéndolos en hielo. La chica bajó el brazo con brusquedad y Caedra se precipitó al mar.

Jadeando por el esfuerzo, Ayla observó el punto en el que había caído su oponente. Palideció al ver que Caedra rompía la superficie del agua envuelta en una esfera de aire.

—Buen intento —dijo Caedra con una sonrisa desafiante—. ¡Pero no es suficiente!

Ayla batió las alas con rapidez, alejándose del viento huracanado de Caedra. Una corriente la alcanzó cuando ya estaba en la playa y cruzó los brazos delante de su rostro al caer contra la arena. Gimió, dolorida, pero enseguida apoyó las palmas de las manos en el suelo y se incorporó.

Ya había puesto su lanza tras ella antes de girarse siquiera. Caedra arqueó las cejas cuando su abanico chocó contra el astil.

Ayla se dio la vuelta y se enzarzó con Caedra en una serie de golpes con los abanicos y la lanza. Ayla esquivaba algunos de los intentos de Caedra con sorprendente agilidad, prediciendo hacia dónde iba a mover Caedra sus abanicos, y frenaba otros con su lanza, todo esto mientras se desplazaban por la arena.

Valikia se había quedado con la boca abierta, observando la escena. Parecía que sus dos amigas estuvieran realizando una elaborada danza.

Ayla trataba de controlar su agitada respiración. En el siguiente movimiento de la lanza, un chorro de agua salió despedido del mar hacia ellas. Caedra echó la cabeza hacia atrás y el carámbano de hielo resultante rozó su mejilla, dejando un pequeño corte.

Caedra retrocedió un paso y giró para esquivar el filo del arma de Ayla. Envolvió sus abanicos en electricidad y alzó los brazos para juntarlos.

—¡Atenta! —exclamó Caedra mientras descargaba los abanicos sobre su oponente.

Ayla abrió los ojos como platos. Obedeció y actuó de inmediato, creando un escudo sobre ella. Sin embargo, el escudo no era de agua ni de hielo esta vez.

Los abanicos rebotaron contra la barrera de luz. La electricidad salió despedida en dirección contraria y Caedra protestó de dolor al quemarse las manos. Las plumas de sus alas se crisparon.

Caedra se sobrepuso y apretó los dientes, logrando no soltar los abanicos. Se agachó y alzó la mano izquierda a la vez que Ayla movía el brazo derecho…

Las dos se quedaron rígidas, jadeando por el esfuerzo. El filo del abanico de Caedra reposaba en el cuello de Ayla, mientras que la hoja metálica de la lanza de Ayla rozaba el cuello de Caedra.

Estuvieron así durante un par de segundos hasta que Caedra, al fin, rio con alegría. Ayla se relajó y sonrió con alivio mientras apartaban sus armas y se erguían.

—Buen trabajo, Ayla —dijo Caedra. Sorprendió a Ayla cuando le dio un abrazo. La zeafírea

disfrutaba claramente combatiendo—. ¡Has estado increíble!

La chica, roja como un tomate, la rodeó también con los brazos. Su corazón latía a mil por hora.

Habían sido necesarias dos semanas enteras de duro entrenamiento sin descanso para llegar a ese punto. Fruto de su labor, había empatado con Caedra. Sabía que sería difícil repetir la hazaña y, todavía más complicado, lograr vencerla.

Pero estaba dispuesta a seguir entrenando todo el tiempo que hiciera falta. Demostraría a sus compañeros que podía luchar junto a ellos en su próximo enfrentamiento.

El oráculo supremo se había asegurado de que supiera utilizar a la perfección sus poderes de agua, al igual que la curación y el desplazamiento con la luz. De ella dependía ahora aprender a emplear la luz para atacar y defender, y a controlar su poder de predecir el futuro.

Y, con la ayuda de Caedra, iría integrando todos sus poderes y habilidades a su estilo de lucha. Si algo le había faltado mientras estaba con el oráculo supremo era experiencia en combate.

Y Ayla no iba a detenerse hasta haber compensado esa carencia.

Capítulo 35: La Sombra del viento

—¡La princesa está viva! ¡Anthius se alzará y la princesa Realyn recuperará el trono que le pertenece! ¡Gaelar jamás podrá con nosotros!

Jay se encogió al escuchar los gritos de aquel hombre, cargados de pasión, pero también de agonía.

Se encontraban en la plaza central de Eojin, una de las ciudades de Anthius. Una gran cantidad de gente se había concentrado en torno a una enorme hoguera alrededor de un poste de metal. Y, encadenado a ese poste, había un hombre ensangrentado por la paliza que había recibido previamente.

Era una ejecución pública. El lugar estaba custodiado por varios soldados del imperio, controlando lo que sucedía. Y entre la multitud, observando, estaban Jay y Connor.

La hoguera era la forma de ejecución más común en el Imperio gaelaro, cuyo símbolo era el fuego. Connor, incómodo, miraba a cualquier punto menos al hombre condenado a arder vivo. Las llamas ya subían por sus piernas, devorando todo a su paso.

Jay recordaba a la propia emperatriz, su madre, que había estado a punto de morir de la misma forma. Pero, aunque habían conseguido rescatarla, el oráculo supremo logró asesinarla posteriormente. Aquel fracaso todavía pesaba sobre Jay.

Los murmullos se extendían entre la multitud provocados por los gritos del hombre.

—¿Crees que será verdad? ¿Que la princesa sigue viva?

—No digas tonterías. Arderás si te escuchan…

—Si la princesa está viva… ojalá…

—La princesa Realyn… Ella nos salvaría…

—¿La princesa? Nos ha abandonado… La Sombra, en cambio…

Jay escuchaba fragmentos sueltos de las conversaciones susurradas a su alrededor.

Alguien resopló junto a él. Jay giró la cabeza para mirar a su derecha y vio a una persona envuelta en una capa marrón, con un pañuelo negro cubriendo su cabeza y otro tapando la mitad inferior de su rostro.

—La princesa está muerta —sentenció. Su timbre agudo le indicó a Jay que se trataba de una mujer. Lo único que se distinguía en su rostro de piel bronceada eran sus ojos verdes—. Deberíais abandonar vuestras estúpidas esperanzas; solo conseguiréis que os maten, que os torturen como a ese hombre.

Los demás la ignoraron, pero Jay la observó con curiosidad.

—¿No crees que podría haber sobrevivido? —le preguntó en tono bajo. Connor también ladeó la cabeza en su dirección al escucharlo hablar.

La mujer arqueó una ceja.

—La princesa Realyn está muerta —repitió con firmeza.

Dio media vuelta y se perdió entre la multitud, alejándose. Jay frunció el ceño cuando se marchó.

***

La plaza se despejó con rapidez una vez el hombre hubo muerto. Los guardias estaban retirando el cadáver y los troncos de la hoguera. Jay contemplaba la escena ahora desde la distancia, apoyado en la pared de la esquina de un callejón con los brazos cruzados.

—¿Estaremos buscando en vano? —murmuró.

Llevaban ya dos semanas investigando en las distintas ciudades y pueblos del reino de Anthius. No habían encontrado nada concluyente sobre si la princesa estaba viva o estaba muerta. Alastair, que se dejaba ver de vez en cuando, tampoco había conseguido información de utilidad para la causa.

Connor, junto a Jay, dibujó una mueca en su rostro.

—Espero que no.

Jay chasqueó la lengua y apartó la vista de la plaza. Miró a su amigo.

—Siento que estamos perdiendo el tiempo.

Caminaron en silencio por la ciudad. No había calle en la que no hubiera una persona mendigando, suplicando por un poco de dinero o comida. La situación para los habitantes de Anthius era deplorable, cada día más precaria.

Jay se detuvo y apretó los dientes al ver a un soldado del imperio castigando a un hombre a latigazos. Connor puso una mano en su hombro.

—No podemos hacer nada —le recordó, aunque a él también le angustiaba contemplar aquella tortura y no intervenir. Si hacían algo, llamarían la atención.

Jay abrió la boca para responder, pero calló al captar movimiento por el rabillo del ojo.

Una figura encapuchada descendió del tejado, con su capa ondeando, directa hacia el soldado. Este profirió una exclamación y los dos rodaron por el suelo. El misterioso atacante fue rápido y lo mató con un certero corte de puñal en la garganta, pero no antes de que el soldado diera la voz de alarma.

Jay escuchó el ruido de las botas metálicas de los soldados antes de que un grupo entero de estos apareciera en la calle.

—¡Atrapadlo! —ordenó uno de ellos, señalando al atacante.

Jay arqueó las cejas al presenciar cómo la misteriosa figura saltaba de una pared a otra, rebotando con precisión y encaramándose de nuevo al tejado del que había caído.

—¿Has visto eso? —exclamó Connor, igual de fascinado.

El atacante echó a correr por los tejados mientras los soldados lo perseguían por el suelo, gritando para que se detuviera.

El hombre al que habían estado torturando con latigazos, todavía encogido, se irguió al fin.

—Es él… —balbuceó, estupefacto—. Es real…

—¿Quién? —le preguntó Jay, curioso.

—La Sombra del viento…

Jay y Connor intercambiaron miradas, confusos. Ninguno de los dos sabía a qué se refería aquel hombre.

—¿La sombra del viento? —repitió Connor, con la esperanza de que el hombre continuara hablando.

Este asintió con la cabeza mientras Jay lo ayudaba a ponerse en pie.

—Nadie sabe su nombre, ni de dónde viene. Mata a los soldados del emperador, nos protege, siempre veloz, desde las sombras… Por eso se lo conoce como la Sombra del viento.

Jay frunció el ceño. Nunca antes lo había escuchado.

—Pero es la primera vez que lo veo con mis propios ojos… —prosiguió el hombre—. No había estado en esta zona. Se mueve constantemente de un sitio a otro de Anthius.

—¿Sabes cuándo apareció por primera vez? —inquirió Jay.

—Hace un mes. Los soldados intentan darle caza, pero nunca lo consiguen. —El hombre dibujó una mueca en su rostro—. Muchos temíamos que actuara en la ejecución de hoy, pues el lugar estaba blindado…

Jay había divisado soldados del imperio prácticamente en cada rincón de aquella plaza.

—¿Suele intervenir en esos asuntos?

—Sí. Pero ha sido astuto y ha sabido no actuar esta vez. Habría sido imposible incluso para él escapar de ahí. Pero lo que acaba de suceder prueba que estaba aquí, en Eojin, listo para actuar.

El hombre se marchó, dejando a Jay y a Connor a solas, pues la calle se había quedado desierta. Jay se llevó la mano a la barbilla, en silencio, pensativo.

***

Había caído la noche. Jay y Connor se habían reunido con Tarvo e Ilyor, ocultos en la maleza del frondoso bosque que había al este de la ciudad de Eojin.

—La Sombra del viento… —murmuró Ilyor para sí, con los ojos entornados. Asintió con la cabeza y miró a sus compañeros—. Sí, he oído algún que otro rumor, pero desconocía a qué se referían cuando lo escuchaba.

—Puede que yo también lo haya escuchado en alguna conversación estos días —comentó Tarvo—. ¿Y lo habéis visto en acción?

—Sí… —Jay tensó los hombros, recordando el momento—. Un soldado le estaba dando una paliza a un hombre cuando él apareció y mató al soldado en un abrir y cerrar de ojos.

—Podría ser lo que buscamos —dijo Tarvo, y Jay lo miró con sorpresa—. Aparentemente el pueblo de Anthius ya está familiarizado con la tal «Sombra del viento». En el mes que lleva

actuando ha logrado convertirse en una llama de esperanza para el pueblo y en un quebradero de cabeza para el imperio, razón por la cual la ejecución a la que habéis asistido hoy estaba tan bien protegida.

—Para capturarlo si aparecía —asintió Jay.

—Investigaremos mañana y, si confirmamos que la mayoría del pueblo lo idolatra, intentaremos localizarlo y hablar con él.

—Me parece bien —dijo Ilyor—. Si no encontramos a la princesa, y todavía no podemos siquiera confirmar que sigue viva, esa Sombra será un buen sustituto para encabezar la rebelión.

—¿Creéis que estará dispuesto a llevar a cabo ese papel? —habló Connor. No se amedrentó cuando notó las tres miradas de sus compañeros—. Por algo actúa en las sombras… Nadie conoce su identidad, porque él así lo prefiere, para mantenerse seguro. ¿Por qué iba a aceptar liderar una rebelión?

Jay cruzó los brazos y bajó la vista.

—Ya… —murmuró—. Aun así, creo que deberíamos localizarlo y hablar con él. Quizás cambie de opinión si le garantizamos que tendrá el respaldo suficiente. Como mínimo, contamos con todos los torrogal de Ganthia.

—Estoy de acuerdo —asintió Tarvo.

Connor suspiró profundamente.

—Vale, vale… Pues a ver qué encontramos.

***

—¿Es necesario que veamos esto?

Jay miró a Connor por el rabillo del ojo. Su amigo tenía la vista clavada en el suelo, incómodo.

—No tenías por qué venir —le recordó Jay con suavidad.

—Ya… —gruñó Connor. Se clavó las uñas en las palmas de las manos—. Pero no quería dejarte solo.

Habían pasado un par de días. Se habían desplazado a la ciudad más próxima donde, según había averiguado Alastair, ejecutarían a varias personas por criticar abiertamente al emperador.

El sol brillaba en lo alto del cielo, iluminando por completo cada rincón de aquella plaza. La multitud se cubría los ojos con la mano, atentos a los hombres y mujeres que estaban atando a los postes.

Mientras que Jay y Connor estaban, una vez más, perdidos entre el público para analizar lo que sucedía en la plaza, Tarvo e Ilyor se habían quedado fuera, pendientes por si divisaban a alguien moviéndose por los tejados.

—¿Crees que esa Sombra hará algo? —susurró Connor—. Esto parece muy bien vigilado.

Efectivamente, había un círculo de soldados imperiales rodeando a los presos, además de una pareja de guardias en cada esquina del lugar. También había soldados apostados en los balcones

que daban a la plaza. Había ojos en todas partes.

—No lo sé —respondió Jay en el mismo tono—. Habrá que esperar y ver qué sucede.

Connor no dijo nada. Guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta y suspiró para sus adentros con tristeza.

No se había acostumbrado todavía a lo que significaba estar en Gea, en un imperio en el que sus soldados oprimían a los habitantes sin ocultarlo. Mataban impunemente. Y él nunca antes había visto morir a alguien. Pero en aquel mundo era el pan de cada día.

Había acompañado a Jay porque no quería volver a estar otros tantos años sin saber nada de su mejor amigo, ignorando si seguía vivo. Sin embargo, las dudas no hacían más que aumentar. ¿Acaso era él de alguna utilidad? Quizás habría sido mejor permanecer en la Tierra, en la ignorancia…

Pero no era momento de pensar en eso. Apretó los ojos cuando el primer grito de agonía rompió el silencio sepulcral de la plaza. El olor a humo de las llamas se extendió con rapidez y la temperatura ascendió.

Jay se forzó a observar mientras, una tras otra, prendían las hogueras. Había cruzado los brazos, clavando los dedos en su piel, nervioso.

Quería lanzarse él mismo a liberar a los presos. No era posible, pues pondría en peligro su misión. Y el emperador no dudaría en ejecutarlo si lo capturaban. Eso solo hacía que aumentara su angustia.

Pasaban los minutos. ¿Dónde estaba la Sombra del viento?

«No será más que una leyenda exagerada —pensó Jay, frustrado. Al final, tuvo que apartar la mirada él también, incapaz de seguir mirando hacia las llamas mientras devoraban vivas a aquellas personas—. Esta es la segunda ejecución a la que asisto y tampoco ha aparecido. No se preocupará tanto por esta gente como ellos creen».

Si estuviera en sus manos, él habría ideado un plan, sin importar cuántos guardias hubiera. Entendía que en la primera ejecución le hubiera pillado por sorpresa que hubieran aumentado la cantidad de soldados para más seguridad. Pero si era tan astuto y eficaz como todos insinuaban…

—Jay, ¡mira!

Jay alzó la vista al escuchar la exclamación de Connor, que pronto se convirtió en una exclamación colectiva del público. Una figura encapuchada saltaba de un balcón a otro, mientras los soldados caían a su paso con tajos en el cuello.

—¡Detenedlo! —gritó uno de los guardias, señalándolo con el dedo.

La Sombra bajó al suelo y rodó al caer para suavizar el impacto, poniéndose en pie de inmediato. Los soldados corrían ya hacia él. Jay palideció. Eran por lo menos diez; no podría con todos a la vez…

El misterioso atacante movió los brazos. Y las llamas de las hogueras se elevaron, retirándose de los troncos y de los condenados. Jay se quedó con la boca abierta.

—¡Controla el fuego! —vociferó alguien en la multitud.

—¡Es afín al fuego!

—¡La Sombra del viento tiene el poder del fuego!

Las exclamaciones venían una tras otra. Aparentemente, la Sombra había ocultado su afinidad elemental hasta entonces. Bajó los brazos y las llamas cayeron como una lluvia sobre los soldados, que no se lo esperaban. Aullaron de agonía cuando el fuego empezó a derretir sus armaduras, alcanzando la piel.

«Ahora saben lo que sufren las personas a las que ejecutan», pensó Jay, con una perversa satisfacción. Se dio cuenta de que Connor se había agarrado a su brazo, intimidado por la escena que estaba contemplando.

La Sombra saltó por encima de ellos. Desenvainó una espada y la usó para romper las cadenas que retenían a los presos. Estos estaban cubiertos de graves quemaduras, pero vivos todavía.

Jay contuvo la respiración. ¿Los ayudarían las personas de la multitud? ¿O los ignorarían para no tener problemas?

Suspiró con alivio cuando vio que los presos eran arropados por la gente. Había algunos, incluso, que se arrodillaron frente a la Sombra, murmurando su admiración.

La Sombra los observó en silencio. Jay trató de distinguir algún rasgo suyo, pero la amplia capucha de la capa le ensombrecía el rostro, cuya mitad inferior estaba, además, cubierta por un pañuelo.

—¡Apresadlo!

Jay dio un respingo al escuchar esto. Los soldados ya no estaban incendiados; por el vapor que despedían sus armaduras y el círculo de tierra mojada bajo ellos era fácil deducir lo que había sucedido: tenían un afín al agua.

Había tres de ellos que estaban en el suelo, inmóviles, pero los demás, ignorando el dolor de sus heridas, ya cargaban contra la Sombra, ansiosos por vengarse.

La Sombra no se quedó a esperarlos. Dio media vuelta y salió corriendo. Saltó y se encaramó a la barandilla de un balcón. Trepó por encima y desapareció por el tejado.

Uno de los soldados perseguidores se detuvo, desenganchó un cuerno que llevaba en el cinto, se lo llevó a los labios y el ruido del instrumento resonó por todo el pueblo.

Había dado la voz de alarma. Ahora todos los soldados de la zona irían a por el encapuchado.

Jay solo se dio cuenta de que había echado a correr cuando notó a Connor agarrándolo de la muñeca.

—¡Jay! ¿Qué haces? —cuestionó su amigo, asustado.

Jay lo miró por encima del hombro y tiró para liberar su mano.

—¡Tenemos que ayudarlo! No va a poder escapar de todos.

—Pero…

—Lo necesitamos para nuestro plan, Connor —insistió Jay, tratando de convencerlo.

Aunque él, en el fondo, lo habría ayudado de todas formas. Había llevado a cabo lo que Jay

tanto había ansiado hacer: liberar a los presos.

Jay no iba a esperar más. Salió a la carrera en la dirección de los soldados. Connor maldijo entre dientes y lo siguió.

Apenas había salido de la plaza cuando alguien aterrizó frente a él. Jay se paró de golpe, con el corazón latiéndole a mil por hora. Se relajó al ver que se trataba de Tarvo.

—Jay, no creo que debamos involucrarnos —dijo Tarvo, muy serio—. Están todas las calles infestadas de soldados. Si ayudamos a la Sombra, el emperador conocerá de inmediato nuestro paradero.

Connor los alcanzó y se situó junto a Tarvo, jadeando.

—Yo tampoco creo que sea lo más adecuado… —empezó a hablar Connor.

Por toda respuesta, Jay los ignoró y echó a correr de nuevo. Connor gruñó y Tarvo puso los ojos en blanco.

—Y ahora, ¿qué? —dijo Connor mirando a Tarvo, que no parecía muy preocupado.

—Tranquilo, conozco demasiado bien a Jay —contestó él—. Deduje que haría algo así.

***

No fue difícil averiguar el paradero de la Sombra. Solo había que seguir el ruido que armaban los soldados imperiales.

Jay se escondió tras una esquina al salir a una calle y divisar al encapuchado saltar de un tejado a otro. La tropa de guardias pasó corriendo por el suelo.

Jay tomó otra ruta por los callejones, asegurándose de no perder de vista a la Sombra. Se fue acercando poco a poco en paralelo.

Una flecha silbó en el aire y la Sombra miró por encima del hombro. Aunque se movió a la izquierda, la saeta rozó su pierna y esto fue suficiente para desestabilizarlo.

Jay aceleró al ver que el encapuchado caía del tejado al suelo con un golpe seco. Para cuando los soldados lo rodearon, él ya estaba a su lado.

La Sombra se puso en pie con lentitud. Observó con cautela a los guardias, tras lo cual desvió su atención hacia Jay.

El chico se quedó rígido al ver un par de ojos verdes mirándolo intensamente. Le resultaban conocidos.

—La famosa Sombra del viento —se mofó el capitán de la guardia, distinguido del resto por la cresta roja en su casco—. Has causado tantos problemas al imperio que estaríamos más que justificados para ejecutarte aquí y ahora, pero estoy seguro de que el emperador querrá que tu muerte sea presenciada en todo Anthius para escarmentar al pueblo. —Miró a sus soldados y señaló al encapuchado—. Apresadlo. —Movió su dedo hacia Jay—. Y al chico también.

—¿Se puede saber qué haces, chico? —le preguntó la Sombra entre dientes a Jay.

Jay frunció el ceño. Le había parecido que su voz era un tanto aguda…

Cogió la mano del encapuchado, cubierta por un guante de cuero. Este enseguida intentó zafarse de sus dedos, pero Jay aplicó más fuerza.

—Confía en mí —le susurró con rapidez y cerró los ojos. Los soldados caminaban hacia ellos, preparando las cadenas.

«Espero que esto salga bien», pensó Jay, nervioso, y una fina capa de brumas empezó a envolverlo.

Había estado practicando en sus sueños con Alastair esas semanas, pero no sabía hasta qué punto sería diferente en la realidad… y nunca había intentado transportar a nadie con él.

El encapuchado se quedó congelado cuando las brumas los envolvieron. Los soldados se detuvieron, confusos y murmurando entre ellos.

—¿A qué esperáis? —ladró el capitán—. ¡Apresadlos!

Jay visualizó en su mente el callejón del que había salido escasos segundos antes. Empezaba a escuchar todo a su alrededor distorsionado, centrándose en lo que le susurraban las sombras…

Ahogó una exclamación al caer de bruces al suelo. El encapuchado junto a él fue capaz de mantenerse en pie, aunque no daba crédito a lo que acababa de suceder. Las brumas desaparecieron.

—¿Qué has hecho? —le preguntó a Jay en un susurro, agachándose junto a él.

Estaban ahora en el callejón, fuera del campo de visión de los guardias, a los que escuchaban enfurecidos al otro lado de la calle.

Jay sacudió la cabeza y se sentó.

—Nos he sacado de ahí, ¿te parece poco? —respondió Jay, sarcástico.

Los ojos verdes del encapuchado se entornaron, pero no habló más. Los dos se quedaron en un tenso silencio hasta que los pasos de los soldados se perdieron en la distancia. Hubo un par que atravesaron corriendo el callejón, pero no repararon en ellos, escondidos entre unas cajas.

Jay liberó un suspiro de alivio cuando se hubieron ido y miró al encapuchado.

—¿Así que tú eres la Sombra del viento?

—Supongo que no tiene sentido negarlo ahora —murmuró, quitándose la capucha y desenganchando su capa, la cual dejó caer al suelo.

Jay arqueó las cejas. Su voz femenina, el pañuelo negro que cubría su cabeza, el pañuelo que tapaba la mitad inferior de su rostro, su piel bronceada y aquellos llamativos ojos verdes…

—Yo te he visto antes —dijo él, casi en tono acusador.

La mujer lo observó detenidamente.

—¿Cómo?

Ella no lo conocía en absoluto.

Jay se aclaró la garganta, avergonzado.

—En la plaza de Eojin… Te vi hace unos días.

Ella lo ignoró. Se puso en pie, aunque primero extrajo otro pañuelo de un bolso que llevaba cruzado en la espalda y se lo tendió a Jay.

Él arqueó una ceja al verlo.

—Para que no te reconozcan los soldados a simple vista —explicó ella. Por algo se había quitado la capa.

Jay acababa de terminar de atarse el pañuelo en la cabeza cuando alguien más apareció en el callejón. La mujer llevó la mano derecha a la empuñadura de su espada, flexionando las piernas.

Jay sonrió al comprobar quién era.

—Tranquila, es amigo mío —le dijo a la mujer.

Tarvo se acercó a ellos.

—Dejemos las presentaciones para más tarde —propuso, mirando por encima del hombro—. Centrémonos en salir de aquí.

***

La luna en cuarto creciente brillaba en medio de un cielo oscuro y despejado. Soplaba una ligera corriente de aire fresco, removiendo las copas de los árboles.

Se habían asentado en un claro en el bosque de hayas, alejados del pueblo. La mujer se mantenía apartada de todos ellos, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Esa noche no encenderían ninguna hoguera, por si acaso.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —habló al fin la mujer, directa al grano. No se había quitado ninguno de sus pañuelos—. Agradezco vuestra ayuda, pero algo me dice que no ha sido del todo desinteresada.

Jay abrió la boca para protestar, pero lo interrumpió un ruido detrás de él. Todos se giraron de golpe, en tensión.

Solo se trataba de un búho que acababa de capturar su presa, un ratón.

Jay contuvo el suspiro de alivio y miró de nuevo a la mujer.

—Queremos liberar a Anthius del control del imperio.

Ella no se había andado con rodeos, por lo que él tampoco lo haría.

—Estamos organizando una pequeña rebelión —prosiguió Tarvo, junto a Jay—. Habíamos pensado que tú podrías liderarla.

Fueron sorprendidos cuando la mujer soltó una carcajada.

—¿Yo? ¿Liderarla? —se burló, poniendo los brazos en jarras. Pasó la mano por delante de su rostro, casi oculto por completo—. Mi identidad, mi aspecto, es un secreto, y prefiero que se mantenga así. Hoy he tenido que mostrar que soy afín al fuego, lo cual ya supone un gran riesgo para mí. Y tengo suficiente con eso.

Jay frunció el ceño. No sabía por qué, pero con ese nombre, se había imaginado a la Sombra del viento como alguien más serio y reservado.

—Tus actos demuestran que te preocupas por la gente de Anthius —señaló Ilyor, sin inmutarse por su actitud—. Y la gente de Anthius, a cambio, te admira y te respeta.

—Estoy convencido de que muchos te seguirían si tú se lo pides —dijo Tarvo.

La mujer bufó.

—Todo intento de rebelión ha sido sofocado por el emperador con rapidez. Aquí y en todos los territorios conquistados.

—Nosotros queremos acabar con el emperador —replicó Jay. Apretó los puños al pensar en el hombre que insistía en destrozar su vida una y otra vez—. Pero para eso necesitamos tu ayuda.

—¿Pensáis que una simple rebelión en uno de sus tantos reinos conquistados será suficiente para acabar con él? —se mofó ella, cruzando los brazos.

Tarvo suspiró con pesadez. Estaba claro que no iban a lograr nada si no explicaban absolutamente todo.

—No. La rebelión sería una distracción para dividir las fuerzas del emperador. Mientras esto sucede, un segundo grupo se infiltraría en el palacio para asesinarlo.

La mujer arqueó una ceja y se quedó en silencio. Jay tenía la esperanza de que esto significara que lo estaba considerando.

—No lo negaré —habló ella al fin, mirándolos fijamente uno a uno—. Si he empezado a actuar como la Sombra del viento es porque, efectivamente, no soporto el maltrato constante de mi pueblo bajo las garras de ese ser tan despreciable.

Ilyor entornó los ojos al escuchar sus palabras, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿nos ayudarás? —inquirió Jay.

—No tan deprisa —replicó ella, alzando la palma de una mano—. ¿Cómo pensáis llevar a cabo la rebelión, exactamente?

—Dedicaríamos un tiempo a dejar que se corra la voz de lo que estamos tramando, obviando la parte de infiltrarnos al palacio, naturalmente —respondió Tarvo—. Esto no solo servirá para reclutar gente para nuestra causa; también alertará al emperador, pues necesitamos que vaya movilizando su ejército.

—Enfocaríamos la rebelión en Puerto Nithal —prosiguió Ilyor—. El emperador tiene estacionada allí una parte considerable de su flota. Nuestro objetivo sería destruirla para llamar su atención. Y, una vez envíe su ejército para sofocar la revuelta, vendrán también los torrogal de Ganthia.

La mujer arqueó las cejas.

—¿Todos los torrogal de Ganthia?

Jay asintió con la cabeza.

—Todos. El maestro Shidan está de nuestra parte.

Hubo varios segundos de silencio. La mujer dejó caer los brazos y suspiró pesadamente.

—Está bien, os ayudaré. Lo único que necesitáis es que yo me encargue de liderar a mis compañeros, ¿no es así?

—Sí, pero para eso… —Tarvo le ofreció una mirada de disculpa—. Necesitamos conocer tu identidad.

Ella tensó la mandíbula.

—Está bien. Supongo que, si me quisierais muerta, no me habríais salvado la vida hoy —masculló, retirándose el pañuelo que le tapaba el rostro.

Jay se quedó con la boca abierta. Era mucho más joven de lo que parecía, con facciones suaves, una nariz pequeña y recta, labios finos y grandes ojos verdes ovalados. De no ser por su piel bronceada, en vez de blanca, se habría atrevido a decir que sus rasgos eran propios de la realeza.

—Pero… si tienes mi edad —balbuceó Jay. Estaba un poco decepcionado porque no había retirado el pañuelo que le cubría la cabeza, por lo que no verían su pelo.

—¿Cuál es el problema? —ladró ella. ¿Acaso la estaba subestimando?

—Ninguno —se apresuró a contestar Jay, sacudiendo la cabeza—. Solo me habías parecido más mayor, y como antes me llamaste «chico»…

—¿Cuál es tu nombre? —quiso saber Ilyor, dando un paso hacia delante e interrumpiendo su conversación.

Ella irguió la barbilla. No se dejó intimidar.

—Mi nombre es Faye.

—¿Por qué no nos muestras tu pelo, Faye? —planteó Ilyor, pronunciando su nombre con especial énfasis.

Ella apretó los dientes.

—No tiene por qué hacerlo si no quiere —dijo Tarvo, interponiéndose entre ellos. No podían permitirse perder la confianza de la Sombra del viento si iba a liderar su rebelión. Miró a la chica con una sonrisa afable—. Bienvenida a nuestro grupo, Faye.

Ilyor gruñó, pero no insistió más. Faye se limitó a asentir con la cabeza.

—Bien, pues… —empezó a decir Jay, contento con que hubieran conseguido su objetivo, cuando se produjo un sonoro estruendo.

Cierto dragón blanco había elegido ese momento para aterrizar con brusquedad detrás de ellos, aplastando varios arbustos en el proceso. Todos se giraron de golpe.

—Pero ¿qué…? —musitó Faye, retrocediendo con cautela.

Alastair se irguió, muy serio. Jay tuvo un mal presentimiento.

«Están atacando Ganthia».

Capítulo 36: Bajo un engaño

El sol ya estaba bajo en el cielo naranja y Caedra, Valikia y Ayla se habían sentado en la orilla de la playa, dispuestas a relajarse tras un largo día de entrenamiento.

—Es increíble lo que has mejorado en estas tres semanas —comentó Valikia, mirando a Ayla. Le dio un codazo y sonrió pícaramente—. Vas a impresionar a Jay cuando vuelva.

Ayla se puso roja como un tomate. Crispó las plumas de sus alas.

—Cómo… ¿Cómo sabes…? —balbuceó, acalorada.

Valikia arqueó una ceja.

—¿En serio? Es bastante obvio.

Caedra ladeó la cabeza, confusa.

—¿El qué es bastante obvio?

—Déjalo, Cai, tú en temas de sentimientos no eres la más indicada para hablar… —murmuró Valikia, poniendo los ojos en blanco.

—Oye, ¿qué has querido decir con eso? —protestó Caedra.

—Que se te podría declarar alguien a la cara y ni aun así te darías cuenta —contestó Valikia. Se ganó un puñetazo en el hombro, a lo que soltó una carcajada—. Sabes que es verdad.

—Estoy segura de que no lo es —masculló Caedra, con las mejillas rojas. La culpa volvió con fuerza. Jay continuaba esperando a que ella estuviera preparada para hablar con él… Pero, ¿cómo podría hablar con él mientras siguiera tan confusa entre Jay y Alastair? Había superado a Kendrij, había aceptado que él querría que volviera a enamorarse…

El problema era que lo había hecho de dos personas.

—Vamos, Val, no seas mala… —le pidió Ayla, apiadándose de su amiga.

—Cuidado, Ayla, que como empiece contigo… —advirtió Valikia, recuperando su sonrisa pícara. Se inclinó hacia la chica para seguir hablando, pero se vio interrumpida.

Las tres se pusieron en pie de golpe, alerta, cuando escucharon una estridente explosión en la distancia. Se giraron y abrieron los ojos como platos.

—¡La aldea! —exclamó Valikia, pálida. Una gigantesca columna de humo negro brotaba de un punto junto a la falda del volcán.

—Pero ¿qué…? —murmuró Caedra, estupefacta. ¿Habrá sido algún accidente?

—¡Cuidado! —gritó Ayla y se puso delante de sus dos amigas, extendiendo los brazos y levantando una barrera de luz en la que impactó una poderosa descarga de rayos.

Un zeafíreo de largo cabello negro y alas de plumas oscuras descendió frente a ellas, aterrizando con suavidad en la arena.

—Impresionantes reflejos, aprendiz de oráculo —comentó Denkuro en tono seco.

Valikia se quedó congelada, mientras que Caedra entornó los ojos.

—¿Es eso obra tuya? —cuestionó la zeafírea de pelo blanco, señalando la columna de humo.

—¿No es evidente?

Caedra apretó los dientes.

—Pero ¿cómo? Ganthia está vigilada en todo momento.

—Digamos que… he tenido un poco de ayuda —contestó Denkuro.

—¿Me habéis echado de menos? —ronroneó una voz femenina entre los árboles.

Las tres chicas miraron en esa dirección, observando a una esbelta denu aparecer en la playa. Sus orejas no eran afiladas, sino pequeñas y redondas. Sus ojos oscuros brillaban con malicia.

—Niren —dijo Valikia con rabia, reconociéndola de inmediato. La líder de aquel grupo de bandidos al que habían apresado los perseguía sin descanso.

—Una pequeña ilusión para camuflarnos y nadie se da cuenta de nada —dijo Niren, abrazándose a sí misma y encogiéndose de hombros—. Una lástima, ¿no?

Se escuchaban gritos y chillidos de agonía y espanto procedentes de la aldea. Valikia y Caedra se miraron entre sí con el ceño fruncido.

—Ve a ayudarlos —le pidió Caedra a Valikia—. Ayla y yo nos encargamos de ellos.

Estaba segura de que alguien más estaría atacando la aldea. O todo un ejército, o quizás solo alguien muy poderoso. Fuera quien fuera, no podían dejarlos a su suerte; desconocían si el maestro Shidan podría apañárselas por su cuenta. Y Caedra no sabía si Ayla estaría ya a la altura de enfrentarse ella sola en un combate, por lo que tendría que confiar en Valikia. Eso y que así alejaría a su amiga de su hermano. Le costaría luchar contra él.

Valikia dibujó una mueca en su rostro, indecisa, pero acabó por asentir con la cabeza.

—Tened cuidado —les dijo a sus compañeras tras dedicarle una mirada cargada de resentimiento a Denkuro. Extendió las alas y se fue.

Por la forma en la que Denkuro y Niren la dejaron marcharse, Caedra supo que había acertado al suponer que había alguien más atacando la aldea y que Valikia se encontraría con él.

—¿Ya nos abandona vuestra amiga? —fingió lamentarse Niren—. Qué aburrida.

Caedra la ignoró. Desenganchó los abanicos del cinto y los abrió, acercándose a Ayla.

—Ayla —le susurró, por si no recordaba a Niren de su último enfrentamiento con ella ya casi un año atrás—, ten mucho cuidado con la denu. Es una mestiza, y puede atrapar tu mente en una ilusión y hacerte ver algo distinto a la realidad.

Ayla asintió con la cabeza, empuñando ya su lanza. Caedra esbozó una pequeña sonrisa al verla cargada de decisión. Sabía que no la decepcionaría.

Niren alzó las manos y gruesas raíces de espinas brotaron bajo ellas, forzándolas a alzar el vuelo. Denkuro disparó una flecha hacia Caedra, pero ella la frenó con uno de sus abanicos. La zeafírea ganó más altura y batió las alas con fuerza, invocando un huracán.

Denkuro había sido más rápido, sin embargo. Ya se estaba desplazando a su derecha y liberando una descarga eléctrica. Ayla se interpuso una vez más para bloquearla con su escudo de luz.

Caedra apartó con una corriente de aire la oleada de espinas que lanzó Niren. Ayla contraatacó enviando una lluvia de carámbanos de hielo contra la denu mestiza. Fue Denkuro el que los frenó aniquilándolos uno a uno con sus rayos.

—¡Es tan divertido ver cómo pensáis que tenéis siquiera la más mínima posibilidad de salir victoriosas! —se mofó Niren.

Caedra tensó la mandíbula. Sería un combate complicado, pero no estaba dispuesta a perder.

***

Valikia palideció ante el estado en el que se encontraba la aldea. Había ahora un enorme cráter en el lugar donde la hoguera nunca dejaba de arder, y las casas de piedra a su alrededor habían quedado derruidas en su mayoría. Había perdido ya la cuenta de los cuerpos de torrogal inertes que había visto. Era un cuadro macabro cuyo lienzo habría preferido no tener que contemplar nunca.

¿Qué había pasado?

Los torrogal que todavía quedaban en pie, junto a las pocas personas que habían reclutado para su causa a lo largo del tiempo, se enfrentaban con gritos de guerra a los soldados imperiales que los atacaban. Valikia no alcanzaba a comprender nada. Era un caos.

—¡Valikia!

Descendió al reconocer un rostro familiar. Shidan estaba encaramado a un saliente de roca en el volcán.

—¡Maestro Shidan! —exclamó la zeafírea, nerviosa—. ¿Qué está pasando?

—Nos atacan las fuerzas del imperio —contestó Shidan con el rostro sombrío. Señaló un punto en la distancia y Valikia siguió la dirección con la mirada. Divisó un barco velero cerca de la orilla—. La cuestión es cómo han llegado hasta aquí. Nadie ha fallado en su turno de guardia; ese barco ha aparecido de la nada.

Valikia apretó los puños.

—El enemigo tiene una denu mestiza con la habilidad de crear ilusiones y ocultar su presencia —explicó con rapidez.

—Maldición —gruñó Shidan—. ¿Dónde están Caedra y Ayla?

—Enfrentándose a esa denu y a… mi hermano —respondió Valikia, con una mueca.

Shidan asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Nuestro principal problema aquí es él —dijo, y Valikia se giró para ver a quién se refería.

Su corazón se encogió al localizar a un zeafíreo de largo y liso pelo blanco, con alas de plumas marrones y uno de sus cuernos partido por la mitad.

—Loure… —murmuró con pesar, recordando el nombre del hermano de Caedra.

El zeafíreo atacaba sin piedad, descargando corrientes de aire afilado y viento huracanado sobre los torrogal. Esquivaba con maestría las llamas, lava y rocas con las que intentaban alcanzarlo, y desgarraba con su lanza a todo aquel que se le ponía por delante. No era más que un animal salvaje sin control.

Valikia tragó saliva, notando la garganta seca.

Era ella quien debía detenerlo.

***

Caedra jadeaba por el esfuerzo, volando para alejarse de las raíces con las que Niren intentaba atraparla. Llevaban ya varios minutos de combate y estaba cubierta de pequeños rasguños. No entendía por qué, pero sus dos enemigos se estaban centrando en ella, dejando a Ayla relativamente en paz. Su amiga hacía todo lo que podía para evitar que sus ataques la alcanzaran, pero a veces no era suficiente.

Ayla surcaba en ese momento una gigantesca ola que envió hacia Niren. La denu corrió con rapidez por la playa, encaramándose a una palmera para evitar el agua. Caedra cortó el árbol limpiamente con una corriente de aire, pero Niren logró saltar antes de ser alcanzada.

Caedra iba a ir tras ella, pero el extremo de su ala izquierda fue alcanzado por un rayo. Se habría precipitado contra el suelo de no ser por la rápida reacción de Ayla, que la agarró de la cintura el tiempo suficiente como para que recuperara la estabilidad.

—Una pena que no estén vuestros amiguitos para ayudaros, ¿eh? —comentó Niren con una sonrisa cargada de sorna.

Caedra se giró para mirarla y entornó los ojos, sospechando. ¿Acaso sus enemigos sabían de antemano que más de la mitad de su grupo se había marchado de la isla?

—Imaginad la sorpresa que se llevarán cuando vuelvan y vean a lo que ha quedado reducida Ganthia… —prosiguió Niren. Ayla cargó una esfera de luz en sus manos y la disparó hacia ella. La denu saltó para esquivarla y la bola estalló contra la arena.

Las palabras de Niren acababan de confirmar los temores de Caedra. La zeafírea frenó otra flecha de Denkuro con los abanicos antes de hablar:

—¿Cómo lo sabíais?

—¿El qué? —inquirió Niren, fingiendo no saber a qué se refería.

Caedra apretó los dientes.

—Que estaríamos solo nosotras en Ganthia.

—¡Ah, eso! —Niren cruzó las manos detrás de la espalda, riendo—. Nos lo dijo un pequeño pajarito… Deberíais tener cuidado con las personas en las que confiáis, ¿no crees?

—Niren —gruñó Denkuro en tono de advertencia.

—¿Qué? ¡Lo habrían deducido enseguida después de esto! —se defendió Niren—. No es como si les hubiera dicho quién es.

El corazón de Caedra latía a mil por hora. Tenían un espía del emperador entre ellos, un topo que había informado a sus enemigos de su situación y lo continuaría haciendo. Porque no tenía ni la más mínima idea de quién era.

¿Cómo habían sido tan ciegos? ¿Acaso se habían confiado? Caedra había estado convencida de que todos eran leales a su causa… ¿Quién se había atrevido a traicionarlos?

Sacudió la cabeza. No era el momento de pensar en eso.

Deslizó sus abanicos en el aire. Denkuro maniobró con agilidad y evadió las ráfagas de viento cortante. Extendió la mano hacia ella y disparó un rayo. Ayla ya había adivinado su movimiento y se había situado frente a Caedra, con la punta de su lanza iluminada. El rayo impactó en la hoja de metal y fue devuelto a su atacante. Denkuro apenas logró apartarse, pero su ala fue alcanzada.

Caedra aprovechó que se había desestabilizado para batir las alas con fuerza. Denkuro recibió de golpe el viento huracanado y salió repelido con brusquedad, impactando contra las ramas de varios árboles.

Ayla ya estaba descendiendo hacia Niren. La denu intentó atraparla con sus raíces, pero la chica rotó mientras volaba y las cercenó con su lanza. Desvió el brazo hacia Niren y una corriente de agua se dirigió del mar hacia ella. Su enemiga chilló al ser golpeada, cayendo de espaldas al suelo. Ayla se apresuró en aprisionarla bajo una gruesa capa de hielo.

Caedra frunció el ceño al ver a Ayla aterrizar junto a Niren para asegurarse de que la denu no podía moverse. Todo aquello había sido demasiado fácil…

Abrió los ojos como platos.

—¡Ayla, no! ¡Es una ilusión! —gritó con toda la rapidez que pudo.

Ayla se había girado para mirarla, asustada. El espacio a su alrededor se distorsionó.

***

Valikia respiró hondo al lograr atrapar a aquel niño antes de que un árbol se le cayera encima. Aterrizó para dejarlo con su madre torrogal, que lloraba desconsoladamente, antes de encarar de nuevo a su enemigo.

—¿Es que no has tenido suficiente? —exclamó, con las alas extendidas—. ¡Estás matando a gente inocente!

Loure la miró con ojos vacíos, sin responder. Valikia apretó los dientes.

No quería hacer daño al hermano de Caedra. De verdad que no quería. Estaba claro que le sucedía algo extraño; el oráculo supremo lo estaría manipulando de alguna manera. Pero no podía seguir limitándose a esquivar sus ataques. Tenía que echarlo de ahí.

—¡No digas que no te he advertido!

Valikia cargó su lanza de electricidad. Alzó el brazo y lo bajó con rapidez. Su arma salió despedida hacia Loure.

El zeafíreo observó su trayectoria, impasible. En el último segundo, movió su propia lanza para hacer que impactara en el astil de la de su enemiga, mandándola al suelo.

Valikia voló hacia él. Perdió altura para que las ráfagas de viento pasaran por encima de ella y se elevó de nuevo en el aire. Apuntó a Loure con el dedo índice y hubo un chasquido. Un rayo tremendamente veloz alcanzó al zeafíreo, que gruñó, emitiendo al fin un sonido.

Sin embargo, el efecto no fue el que Valikia esperaba. Aunque lo vio retorcerse, solo duró un par de segundos. Loure estiró las alas como si nada hubiera pasado.

«¿A qué clase de entrenamiento lo han sometido?», pensó Valikia con un escalofrío.

Tenía que distraerlo, al menos, mientras el maestro Shidan continuaba evacuando la aldea. Él se encargaría de todos los soldados imperiales, pero era ella quien tendría que asegurarse de que Loure no iba a por el veterano torrogal.

Valikia descendió y recogió su lanza. Se impulsó con el viento en sus pies y ganó altura justo a tiempo, pues la lanza de su enemigo le rozó la espalda. Loure fue también a recuperar su arma, que había terminado clavada en la hierba del suelo.

—¡En serio, Loure, no tiene gracia! ¡Soy amiga de tu hermana, ¿sabes?! —chilló Valikia cuando la lanza pasó volando esta vez a escasos centímetros de su cabeza. Se giró y disparó rayos desde las dos manos.

Loure esquivó algunos y fue alcanzado por otros. El zeafíreo se vio forzado a aterrizar con brusquedad en el suelo debido a la rigidez de sus alas.

Valikia aprovechó para ir hacia él. Envolvió su lanza en electricidad y la descargó sobre su enemigo.

Pero parpadeó y Loure ya no estaba. Los mechones de pelo negro de Valikia flotaron alrededor de su rostro debido a la corriente de aire que se levantó con el rápido movimiento del zeafíreo, que se había desplazado a su espalda.

Valikia apenas tuvo tiempo de girarse. Recibió de lleno el viento huracanado y gritó al salir disparada contra las rocas que había tras ella, chocando con fuerza.

Cayó al suelo con un golpe seco, incapaz de moverse. Afortunadamente Loure no le prestó más atención. El zeafíreo dio media vuelta y se alejó volando, en dirección al barco.

***

Ayla palideció al escuchar las palabras de Caedra. Bajó la mirada a las palmas de las manos al notarlas vacías, percatándose de que no tenía su lanza. ¿Cuánto tiempo llevaba sin ella?

—¡Qué lista es tu amiga! —ronroneó Niren, casi directamente en su oído. Ayla chilló y se giró, topándose con los ojos oscuros de la denu, que no presentaba ni rastro de escarcha siquiera en la piel—. Una pena que se haya dado cuenta un poco tarde.

Ayla trató de alejarse, pero Niren la agarró y le clavó una espina en el cuello. La soltó y Ayla se tambaleó. La playa comenzaba a dar vueltas a su alrededor con rapidez.

—¡Ayla! —la llamó Caedra, alarmada. Miró a Niren con la rabia reflejada en su rostro—. ¡Aléjate de ella!

La zeafírea descendió sobre la denu a la vez que Ayla se derrumbaba en el suelo. Niren rio y saltó hacia atrás, esquivándola y corriendo por la arena para rodearla.

Caedra se giró y Niren se detuvo.

—¿Qué le has hecho? —rugió la zeafírea, apretando los abanicos con tanta fuerza que sus dedos estaban blancos. Ayla no se movía y su corazón latía a mil por hora, preocupada por el estado de su amiga.

—¿Ah, eso? No te preocupes, solo la he dormido —contestó Niren con falsa alegría—. Al fin y al cabo, el oráculo supremo la quiere viva y sería un problema desobedecer sus órdenes, ¿no crees? Pero tú, en cambio… —Niren se llevó un dedo a los labios, fingiendo estar pensativa—. Vaya, no ha dicho nada de dejarte viva a ti. Y se te ha olvidado que no estamos tú y yo solas…, ¡qué lástima! ¿Qué tal si miras a tus espaldas?

Caedra abrió los ojos como platos al escuchar esto. Notó el espacio distorsionarse una vez más y se dio la vuelta todo lo rápido que pudo.

Vio el destello de una hoja de metal y trató de echarse hacia atrás, pero no reaccionó a tiempo. Ahogó un grito al recibir un corte del abdomen casi hasta el cuello. La sangre salpicó la arena.

Caedra intentó tomar una bocanada de aire, con la mandíbula desencajada. Se le había cortado la respiración mientras su mente asimilaba lo sucedido y empezaba a notar el dolor. Sus rodillas fallaron y se derrumbó en la arena.

Denkuro la observaba con frialdad. Soltó la lanza de Ayla, que había usado para desgarrar el torso de la zeafírea.

Caedra miraba al vacío, incapaz de moverse, con los ojos muy abiertos. Le temblaban las manos y sus oídos zumbaban. Todavía estaba asumiendo la velocidad con la que se había movido su atacante y empezaba a ser consciente del ardor producido por el corte, que afectaba ya a todos sus nervios. Su túnica blanca se estaba empapando de rojo con rapidez.

Escuchó la risa de Niren, distorsionada.

—Da igual lo hábil y poderosa que seas, zeafírea. Si no puedes contrarrestar mis ilusiones, estás perdida.

Las carcajadas de Niren se perdieron en la distancia. Se había marchado.

Caedra logró girar la cabeza a la izquierda. Vio a Denkuro coger a Ayla en brazos, completamente inerte. El zeafíreo alzó el vuelo.

—Ayla… —murmuró Caedra. Apretó los ojos cuando sus palabras provocaron una onda de dolor que recorrió todo su cuerpo.

«Arriba, Caedra —se dijo, levantando a duras penas los párpados—. Eres más fuerte que esto».

No permitiría que sus enemigos se llevaran a Ayla. La zeafírea rodó para quedar boca abajo y clavó los codos en la arena. Le temblaron los brazos al incorporarse y jadeó al ver toda su túnica manchada de rojo.

No tenía tiempo que perder. Apretó los dientes y, lentamente, se puso en pie. Pero todo le dio vueltas y se tambaleó. Agachó la cabeza y se llevó una mano a la frente, mareada. Le costaba respirar.

«Vamos. Vamos».

Uno de sus abanicos estaba en el suelo, pero no tenía las fuerzas necesarias para inclinarse y recogerlo. Apretando sus dedos en el que le quedaba, estiró las alas y alzó el vuelo, ignorando la cálida sangre que continuaba deslizándose por su cuerpo.

Divisó a Denkuro no muy lejos de ella, pues tenía que cargar con Ayla e iba más despacio. Caedra sobrevoló la isla, forzándose a seguir adelante. Cada bocanada de aire era un esfuerzo.

Denkuro miró por encima del hombro y no fue capaz de ocultar la sorpresa en su rostro al ver a Caedra. Batió las alas y aceleró.

—¡Déjala! —gritó Caedra con furia y lanzó su abanico.

Este giró en el aire, yendo hacia Denkuro a gran velocidad. Pero el zeafíreo se desplazó a la izquierda y lo esquivó. El abanico cayó, perdiéndose entre las rocas bajo ellos.

Caedra apretó los dientes. Si disparaba un rayo, se arriesgaba a herir a Ayla. Sin embargo, si no hacía nada, perdería a su amiga.

Extendió la mano y liberó una pequeña descarga eléctrica. Esta alcanzó a Denkuro en el extremo de su ala izquierda. Su enemigo gruñó, deteniéndose para recuperar la estabilidad y girándose hacia ella.

—He intentado dejarte viva, Caedra —aseguró, con su cara arrugada en una mueca—. Pero tú lo has querido.

Cargando con Ayla con un solo brazo, Denkuro apuntó a Caedra con la mano que tenía libre. La zeafírea, débil, no pudo esquivar el rayo. Gritó y se precipitó.

Chocó contra las ramas de los árboles, rompiendo varias de ellas, y trató de proteger su rostro cruzando los brazos. Se le cortó la respiración al caer al suelo sobre su espalda y abrió los ojos como platos, liberando un suspiro tembloroso. Prácticamente había escuchado el crujido de los huesos de sus alas.

Y, aun así, se forzó a ponerse en pie una vez más.

No podía fallar. No podía dejar que Denkuro se llevara a Ayla…

Caedra se apoyó en el tronco de un árbol. Jadeó y tosió, escupiendo sangre.

«Vamos, Caedra —pensó, luchando por mantenerse consciente—. Tienes que proteger a Ayla».

Dio un par de pasos sobre la playa. Su visión se estaba llenando de puntos negros. No sentía ya el corte que recorría su abdomen y su pecho. El mundo daba vueltas a su alrededor y las imágenes se desdoblaban. Alzó la vista, localizando a duras penas a Denkuro mientras se alejaba…

Y se derrumbó en la arena.

Había fracasado.

Capítulo 37: Contra todo

Jay estaba sentado en el estanque, con los codos apoyados en las rodillas, encorvado. Observaba su reflejo, con el pelo despeinado y la camisa manchada de una sangre que no era suya. Los peces nadaban pacíficamente de un lado a otro, ajenos a la angustia del chico.

Habían llegado tarde. Ganthia estaba arrasada.

Alastair había recibido la información de Djaka, quien había tenido una visión. Y, aunque volvieron de inmediato, no había sido suficiente.

—Jay.

No reaccionó al escuchar la voz de Alastair. El hombre se quedó de pie junto a él.

—Caedra se recuperará.

Jay, al fin, alzó la vista para mirarlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad?

Alastair asintió con la cabeza. Jay se frotó los ojos con el dorso de la mano y respiró hondo. Su corazón se encogió al recordar el estado en el que habían encontrado a Caedra. Estaba tirada en la playa, inmóvil, con sus alas rotas y un corte horrible que le recorría el torso casi entero. Había tanta sangre y su respiración era tan débil que Jay había estado a punto de quedarse paralizado de terror, sin poder siquiera actuar. El miedo a perderla para siempre lo bloqueó por unos instantes.

Y, aun así, cuando reaccionó, no había podido hacer mucho más que acunarla en sus brazos e intentar taponar la herida. El dolor y el pánico lo desgarraban por dentro. Por suerte, Alastair había aparecido inmediatamente después y había congelado el corte, tras lo cual llevaron inmediatamente a Caedra a la casa del maestro Shidan, uno de los pocos lugares de la isla que habían quedado intactos. Allí, Alastair se había encerrado con los curanderos de Ganthia que no estaban atendiendo a otros heridos y Jay había salido fuera a esperar, sintiéndose vacío.

Respiraba más tranquilo ahora que sabía con seguridad que Caedra se recuperaría. Pero la zeafírea tenía las alas rotas. Y Jay era muy consciente de lo que eso significaba esta vez.

No volaría nunca más. Se le revolvió el estómago y a duras penas contuvo sus ganas de vomitar por todo el malestar que acumulaba en su interior.

Habían dejado a Tarvo, Connor, Ilyor y a la recién reclutada Faye en el continente, para que continuaran con la misión de preparar la rebelión. Alastair y él habían vuelto lo más rápido que habían podido a Ganthia.

Pero habían llegado tarde. La aldea estaba arrasada, había incontables cadáveres, Caedra había estado a punto de morir y ya no volaría más, y Ayla…

Ayla no estaba. Se la habían llevado.

La furia lo inundaba por dentro. Nublaba su juicio. Quería enfadarse con alguien, con quien fuera, por no haber impedido que todo aquello sucediera. Si hubiera perdido a Caedra…

Se llevó una mano al pecho, clavándose las uñas y ahogando un sollozo. La ira alternaba con la

desolación. La pobre Caedra había hecho todo lo posible para evitar que se llevaran a Ayla. Jay casi deseaba que se hubiera rendido antes para no sufrir más daño y, quizás así, sus alas se hubieran salvado.

Valikia les había contado que Niren, la denu mestiza capaz de provocar ilusiones, había formado parte del ataque.

Jay no entendía nada. ¿Cómo habían sabido sus enemigos que no estaban en la isla? Podrían haber atacado en cualquier momento, pero lo habían hecho precisamente cuando faltaba gran parte del grupo que podría hacerles frente.

Alastair lo tenía claro y, al cabo de varios minutos de silencio, habló de nuevo:

—Tenemos un espía entre nosotros.

Jay frunció el ceño.

—Pero… ¿quién? ¿Y por qué?

—Lo desconozco. Pero lo averiguaré —declaró Alastair con tal frialdad que Jay casi sintió que la temperatura descendía. Alastair tenía los hombros rígidos por completo y su mente era incapaz de borrar la imagen de Caedra cubierta de sangre, medio rota.

Fuera quien fuera el que había hecho eso…, era hombre muerto. Alastair se aseguraría de ello. Lo destrozaría con sus propias garras.

Jay se levantó y apretó los puños. Observó de nuevo su reflejo en el estanque, acompañado ahora también por el de Alastair.

—Tenemos que ir a por Ayla.

Alastair se cruzó de brazos.

—No.

Jay se giró hacia él con brusquedad.
—¿Qué? ¿Cómo que no? ¡No pienso abandonarla! —Era su amiga. ¿Cómo no iban a rescatarla?

—Estará en el palacio. Ir sería un suicidio —replicó Alastair, impasible—. Nuestros enemigos nos estarían esperando.

—Pero…

—Jay, no —lo cortó Alastair con tono gélido. Jay apretó los dientes—. Se la han llevado viva, lo que significa que la necesitan para algo. Tendrás que confiar en que aguante hasta que podamos ejecutar nuestro plan.

Jay palideció. ¿Hasta que pudieran ejecutar su plan? ¡Podían tardar meses en encontrar la oportunidad adecuada para infiltrarse en el palacio!

Sin embargo, se limitó a gruñir y dar la espalda a Alastair. Estaba claro que no tenía sentido discutir con él.

***

Los pálidos rayos de la luna se filtraban por la ventana de la habitación de Caedra, iluminando tenuemente la estancia. Jay cerró la puerta con suavidad detrás de sí y arqueó una ceja al ver que Valikia estaba sentada junto a la cama de Caedra, inclinada sobre ella.

—¿Val? —probó a llamarla Jay cuando esta no reaccionó.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo. Tenía los ojos rojos e hinchados.

—Val, ¿qué te pasa? —le preguntó Jay, yendo hacia ella, consternado.

Valikia sollozó y se limpió el rostro de lágrimas con el brazo. Respiró hondo y se levantó.

—¿Te quedas tú con ella? —murmuró. Su voz era rasposa.
—Claro, pero… Val, dime qué te pasa —pidió Jay, con el ceño fruncido.

Ella bajó la vista.

—Me siento muy mal, Jay… Caedra está así por mi culpa.

—¿Por qué dices eso?

—Por mi hermano, él formaba parte del ataque…

—Las acciones de tu hermano no son responsabilidad tuya, Val —replicó Jay con firmeza. Puso las manos en los hombros de la zeafírea, que lo miró con sorpresa—. Ni se te ocurra torturarte por algo que no tiene nada que ver contigo. ¿Qué culpa tienes tú de que tu hermano sea un imbécil?

A Valikia se le escapó una carcajada amarga.

—Ya… Pero si no hubiera dejado solas a Caedra y a Ayla…

—Entonces, Loure habría matado a más gente —la interrumpió Jay—. Val, en serio. No había nada más que pudieras haber hecho, o haber hecho mejor.

—Gracias, Jay —murmuró ella, esbozando una triste sonrisa.

La zeafírea se fue de la habitación sin decir nada más. Jay la dejó ir y tomó asiento junto a Caedra. La observó, en silencio.

Caedra estaba tumbada boca arriba, con todo su torso cubierto de vendajes, por lo que no podía ver el aspecto del corte. Sus alas estaban extendidas bajo ella, con una pasta extraña cerca del nacimiento de las alas, donde los huesos se habían roto. Jay sabía que, por mucho que intentaran curarlas, Caedra ya no podría volar. Los huesos estarían demasiado débiles.

Respiraba con suavidad, mostrando que dormía. Había perdido mucha sangre, debía de estar agotada y era difícil prever cuándo se despertaría.
Jay cogió la mano izquierda de la zeafírea entre las suyas, notando la aspereza de sus dedos largos y finos. Era la piel de quien había librado muchas batallas. Estuvo así durante varios minutos, sumido en sus pensamientos.

Sus hombros temblaron y se le escapó un sollozo. Apretó los ojos y dejó que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Se echó hacia delante y cruzó los brazos en la cama, donde hundió el rostro para llorar.

Podía intentar culpar a otros, pero con quien más enfadado estaba era consigo mismo. Habían llegado tarde, Alastair y él. ¿Por qué habían tenido que irse de Ganthia? Jay nunca se sentía bien cuando el grupo se separaba, precisamente porque existía el riesgo de que los atacaran con más facilidad.

Su único consuelo era que Caedra había sobrevivido. Si hubiera muerto, Jay no sabía qué habría hecho. Enloquecer, probablemente.

Y Ayla no estaba. ¿Por qué siempre que parecía que las cosas iban a mejor, que tenían una estrategia para derrotar al emperador, sucedía algo que hundía todo?

Sentía una tremenda impotencia. No había nada que él pudiera hacer.

—Jay…

Escuchó la voz tan baja, apenas un susurro, que al principio pensó que lo había imaginado.

—Jay.

El chico, al fin, levantó ligeramente la cabeza de donde se había escondido para llorar. Su corazón se aceleró al ver unos familiares y reconfortantes ojos amarillos clavados en él.

—Cai, e-estás… —Jay no fue capaz de hablar. Se le había formado un nudo en la garganta.

La zeafírea movió el brazo izquierdo con lentitud y puso la mano en el pelo castaño del chico, mientras él intentaba limpiarse las lágrimas con los puños.

—Lo siento —murmuró ella.

—¿Por qué? —balbuceó Jay.

—Ayla… —Caedra tampoco podía hablar mucho, pero en su caso era por lo débil que se encontraba todavía.

—No es tu culpa —dijo Jay de inmediato. Apretó los ojos. Las lágrimas seguían cayendo—. Yo...

Caedra bajó la mano a la espalda del chico y trató de hacer fuerza. Él la miró, confuso, aunque no veía mucho a través de su velo de lágrimas.

—Ven aquí —susurró Caedra, y Jay no dudó en abrazarse a ella, escondiendo el rostro entre su cuello y el hombro.

Caedra lo dejó llorar en silencio. Llevó su otra mano a la cabeza de Jay y acarició su pelo con suavidad, intentando tranquilizarlo.

Con los cálidos brazos de Caedra rodeándolo, Jay fue calmándose poco a poco, dejando de temblar. Sus sollozos se apagaron y su respiración se normalizó. Si perdía a Caedra, se quedaría sin la persona más importante para él, sin su mayor refugio. Había estado demasiado cerca…, y esta vez, al recordar cómo había encontrado a Caedra, rota y ensangrentada, una súbita furia lo invadió.

Apretó los dedos en la piel de la zeafírea. Se apartó para mirarla. Ella lo observaba con los ojos entreabiertos.

—¿Quién? —preguntó en un gélido susurro, tensando la mandíbula. Ya lo sospechaba por lo

que había dicho Valikia, pero quería su confirmación—. ¿Quién te ha hecho esto?

Caedra torció el gesto.
—Fue Denkuro, pero… —empezó.

—Voy a matarlo —la cortó Jay, respirando cada vez más deprisa. Sus ojos se habían ensombrecido, ahora humeando con una profunda ira y rabia—. ¿Cómo se atreve…?

—Jay, no. —Fue Caedra la que lo interrumpió esta vez, muy seria—. Es el hermano de Valikia, no puedes…

—¡Claro que puedo! —replicó él, irguiéndose y apretando los puños—. ¡Su intención era matarte! ¡Y casi…! —Se le partió la voz. Gruñó y se forzó a respirar hondo. Sacudió la cabeza y bajó la mirada—. Casi lo consigue… —añadió en tono más bajo. Ni siquiera quería mencionar que le había roto las alas, esta vez para siempre. ¿Sería Caedra consciente de esto?

Al extenderse el silencio, Jay la observó. Había cerrado los ojos y se había dormido de nuevo al instante, exhausta.

Jay suspiró, tratando de calmar su alterado corazón. Había estado casi un mes sin verla y la había echado tanto de menos...

Se aseguraría de que Denkuro pagara por lo que le había hecho. Por el momento, sin embargo, prefirió centrarse en Caedra, en que, a pesar de todo, ella seguía junto a él y él volvía a estar a su lado.

Se inclinó sobre Caedra y le dio un beso en la frente. Las comisuras de los labios de la zeafírea se curvaron ligeramente hacia arriba y Jay la contempló con una sonrisa. Acarició su pelo durante unos segundos y reprimió un bostezo. Él también estaba agotado.

Apoyó la cabeza en el pecho de Caedra, con cuidado de no hacerlo en el lugar en el que tenía el corte. Escuchó el latido de su corazón, suave pero firme. Sonrió de nuevo y cerró los ojos, relajándose con la melodía.

***

Jay frunció el ceño al despertar. Le dolía la espalda y enseguida se dio cuenta del porqué: se había quedado dormido en la silla, inclinado sobre Caedra, con la cabeza reposando en su pecho.

Era ya de día. Jay se irguió y se estiró. Comprobó que Caedra no estaba despierta. Le acarició la mejilla, sumido en sus pensamientos y con los ojos marrones apagados por la tristeza. Cuando se diera cuenta de lo que había sucedido con sus alas…

Sintió un pinchazo en el corazón. Le habría gustado permanecer a su lado, pero sabía que tenía que ayudar en la aldea.

—Descansa, Cai —le susurró—. Volveré lo antes posible.

Al salir al pasillo, Jay tuvo un escalofrío. El silencio reinaba en la casa. ¿Dónde estarían el maestro Shidan y Valikia?

Tuvo que pasar primero por la cocina, pues llevaba casi un día entero sin comer. Se dirigió a la aldea, o a lo que quedaba de ella, y arqueó las cejas al ver a los torrogal yendo de un lado a otro.

Algunos transportaban bloques de piedra, otros limpiaban escombros, retiraban árboles caídos… No se habían dejado derrotar por la desgracia y enseguida se habían puesto manos a la obra.

Divisó al maestro Shidan dirigiendo las labores de reconstrucción de la aldea. Jay admiraba la rapidez de los torrogal para sobreponerse a la tragedia y actuar.

Valikia aterrizó junto a él. Jay dio un respingo, pues no la había visto llegar.

—Vaya, Jay, por fin despiertas —lo picó Valikia—. Pensaba que te ibas a tirar el día entero durmiendo. Caedra tiene excusa, pero tú, no, ¿sabes?

Jay rio por lo bajo. Se alegraba de que su amiga hubiera recuperado el buen humor.
Era cierto que el sol ya estaba bastante alto en el cielo. Jay frunció el ceño.

—¿Cómo está Caedra? —La pregunta de Valikia lo devolvió a la realidad. Jay giró la cabeza para mirarla.

—Anoche se despertó. Está todavía débil, pero podrá con ello.

Jay confiaba en Caedra. Siempre superaba cualquier dificultad. Y él la ayudaría en todo lo que necesitara.

—Eso no lo dudo. Iré a verla en mi descanso —dijo Valikia—. Hasta entonces, ¿qué tal si vienes conmigo? Necesitamos toda la mano de obra que sea posible.

—Claro —asintió Jay, sin dudarlo.

Así tendría algo con lo que distraerse, y no iba a quedarse de brazos cruzados mientras los demás trabajaban. Lo mínimo que podía hacer era ayudar a los torrogal, que los habían acogido, a reconstruir su hogar.

***

Era el tercer día que llevaba tumbada en la cama sin poder moverse y Caedra se despertó con un buen dolor de cabeza. Sabía que debía ser paciente y no precipitarse en su recuperación, pues el corte se abriría de nuevo si se descuidaba, pero estaba cansada de estar encerrada.

No ayudaba el hecho de que no sintiera las alas. Estaban rotas… Jay había tratado de hablar con ella sobre eso, pero Caedra siempre cambiaba de tema. No quería derrumbarse delante de él…

Abrió los ojos y se llevó una mano a la frente, frunciendo el ceño.

—¿Te encuentras mal?

La zeafírea miró a su izquierda con tanta brusquedad que notó varios pinchazos en la cabeza. Alastair la observaba, apoyado en la pared.
—Menudo susto, Alastair… —protestó Caedra. Había creído que estaba sola.

Clavó los codos en la almohada e intentó incorporarse. Alastair se acercó y pasó una mano por debajo de su espalda para ayudarla a sentarse.

—Gracias —murmuró ella y sonrió.

—No me has respondido.

Caedra suspiró tristemente y bajó la vista a su regazo. Apretó la sábana en los puños.

—No lo sé… —Parpadeó repetidamente para contener las lágrimas. Ya había llorado suficiente esas noches—. Puedo soportar el dolor. Pero saber que nunca más volaré…

Alastair se sentó en el borde de la cama y la observó, en silencio. Caedra lo miró por debajo de las pestañas y esbozó una sonrisa cansada.

—¿No me vas a echar la bronca?

Alastair frunció el ceño.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Por mostrarme así de débil. La última vez que me rompí las alas… —dijo ella, pero calló, sin ganas de continuar. Titaia tampoco le traía buenos recuerdos—. Me regañaste por venirme abajo.

Alastair lo recordaba. Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Conocía mejor a Caedra, hasta el punto de que ahora era capaz de leerla a la perfección. Sabía que estaba haciendo todo lo posible para no derrumbarse delante de él.

—Lo único por lo que me enfadaría es por pensar que toda tu valía se reduce a tus alas —contestó, al fin, Alastair.

Ella se mordió el labio.

—Sin mis alas, yo…

—Sigues siendo Caedra —la interrumpió él, firme—. Solo tendrás que adaptarte.

—Pero mis poderes… Mi fuerza… —Caedra hundió los hombros—. No seré ni la mitad de fuerte. ¿De qué os voy a servir?

—Eso es irrelevante. Tu valía tampoco se reduce al combate.

Caedra negó con la cabeza.

—¿Qué hay de tu venganza? Si estás conmigo, es porque yo iba a ayudarte.

—Me importas más tú que mi venganza, Caedra —declaró Alastair, y Caedra alzó la vista para mirarlo, sorprendida. Él tenía sus ojos de hielo clavados en ella—. Estuve mil años sin cuerpo, acumulando un gran rencor, sintiendo solo furia. Hasta que apareciste tú, dispuesta a escucharme y comprenderme.

Caedra se había quedado con la boca abierta. Muy pocas veces Alastair hablaba tanto.

—Gracias a ti he aprendido a valorar otras cosas… —prosiguió él, suavizando la mirada. ¿Sería Caedra consciente de hasta qué punto era importante para él?—. Mi venganza puede esperar. Ya me has ayudado más de lo que te imaginas.

La zeafírea sonrió, sintiendo una reconfortante calidez en el pecho. Esa había sido siempre una de sus mayores preocupaciones con Alastair, que estuviera tan centrado en su venganza que no fuera capaz de apreciar todo lo demás a su alrededor. Ahora veía que no era el caso.

—Me alegra saber eso, Alastair.

El estómago de Caedra escogió ese momento para emitir un sonoro gruñido. La zeafírea bajó la

vista, avergonzada, y se llevó las manos a la tripa.

—Te traeré algo de comer —dijo Alastair, levantándose con rapidez.

Caedra arqueó una ceja. ¿Se lo había parecido o Alastair había esbozado una pequeña sonrisa? Si hubiera prestado más atención…

—Por cierto, Caedra —habló Alastair de nuevo cuando ya estaba en la puerta, mirándola por encima del hombro. Estaba serio por completo—. ¿Dónde están tus abanicos? No los he visto por ninguna parte.

—Los he… perdido —respondió ella en tono bajo, desanimada—. Podrían estar en cualquier parte de la isla.

Alastair la observó fijamente durante unos segundos antes de marcharse, sin decir nada más. Caedra hundió el rostro en las manos. Los abanicos no solo eran imprescindibles para ella por ser el arma que le permitía controlar el viento sin la ayuda de sus alas, sino que, además, eran lo único que le quedaba de Hadriel, pues era él quien se los había regalado.

***

Había pasado ya una semana y Caedra podía dar pequeños paseos, aunque no debía alejarse mucho de su habitación. Estaba acompañada siempre por Jay, por Valikia o por ambos.

La zeafírea echaba de menos a Alastair. Llevaba ya varios días sin verlo y ninguno de sus amigos sabía decirle dónde estaba o qué hacía.

Caedra volvió a tumbarse tras uno de estos paseos. Jay la ayudó a acomodarse en la cama y se puso de pie.

—Tengo que irme, Cai, pero volveré esta noche —le comunicó a la zeafírea—. Debo seguir ayudando en la reconstrucción de la aldea.

Ella sonrió y asintió.
—No te preocupes. Ten cuidado.

El chico rio con suavidad.

—Eso debería decírtelo yo a ti.

Jay cerró la puerta y se fue. La zeafírea borró la sonrisa de su rostro y frunció el ceño.

Jay intentaba mostrarse alegre, pero ella sabía que era solo una fachada. Jay no dejaba de pensar en Ayla y en si estaría bien. Deseaba partir de inmediato en su busca para rescatarla, pero Alastair le repetía una y otra vez que lo único que conseguiría sería que el enemigo lo matara al caer en su trampa. Ya habían discutido en un par de ocasiones sobre eso y Jay había terminado marchándose con un enfado monumental.

Caedra no culpaba a Jay. Ella se sentía de la misma forma, con el peso añadido de no haber sido capaz de proteger a Ayla.

La puerta se abrió de nuevo y Caedra levantó la vista, confusa. Dudaba que Jay hubiera vuelto tan rápido.

Fue Alastair el que entró en la habitación. Caedra abrió los ojos como platos al ver lo que tenía en las manos.

—¡Mis abanicos! —exclamó, llevándose las manos a la boca.

Alastair asintió y se acercó. Le tendió los abanicos y Caedra los cogió de inmediato, observándolos con una sonrisa radiante.

—¿Cómo…? —balbuceó ella, probando a abrirlos. Uno de ellos tenía una pequeña muesca, pero le dio igual.

—He recorrido Ganthia entera hasta encontrarlos —explicó Alastair, sentándose en el borde de la cama.

Y Caedra entendió por qué llevaba varios días sin verlo.

—¡Gracias, Alastair! —La zeafírea no pudo contenerse y lo abrazó, llevada por la emoción—. No sabes lo mucho que significan para mí.

Alastair se había quedado rígido, pero enseguida se relajó. La rodeó con sus brazos, asegurándose de tener cuidado con las heridas, y esbozó una suave sonrisa, aunque Caedra no lo vio.

Al contrario de lo que pensaba Caedra, Alastair sabía a la perfección lo mucho que significaban los abanicos para ella. Era la única razón por la que había estado buscándolos sin descanso.

La estrechó en sus brazos. Había querido animarla de alguna manera después de lo sucedido, y lo había conseguido. Era consciente de que Caedra se enfrentaría ahora a un largo y duro camino mientras asumía que no volaría nunca más y que sus dificultades para combatir serían muchas. Pero él jamás la abandonaría. Y haría todo lo que hiciera falta para que, a pesar de todo, ella fuera feliz.

***

La noche estaba avanzada cuando Jay se despertó de golpe y se sentó en la cama, con los ojos muy abiertos, jadeando. Estaba cubierto de sudor frío y miró frenéticamente a un lado y a otro, asegurándose de que no había nadie más en la habitación.

Respiró hondo y trató de calmarse. Solo había sido una pesadilla.

Una de tantas. Llevaba sin dormir bien desde que Ayla había desaparecido.

«Jay, ayúdame…».

Tuvo un escalofrío. Acababa de despertarse y todavía escuchaba la voz de la chica, que le hablaba constantemente en sus sueños, todas las noches, suplicándole que fuera a por ella.

«¿No vas a venir a buscarme?».

La angustia amenazaba con ahogarlo. Jay gruñó y puso los pies en el suelo.

«Jay… ¿Acaso no significo nada para ti? Solo tienes ojos para Caedra…».

Se levantó y se vistió con rapidez. Cogió su bolso de la mesa, guardó todo y salió al pasillo.

«¿Por qué no vienes a rescatarme? Tengo miedo».

Comprobó que no había nadie y se dirigió al almacén para llevarse algo de comida.

«Te necesito a mi lado, Jay. Por favor…».

Hacía frío en el exterior, pero Jay se limitó a aumentar ligeramente su temperatura corporal y echó a andar por el jardín.

«¿Me has abandonado?».

Jay caminó sin parar, endureciendo su expresión. Atravesó la aldea y se adentró en el bosque.

«No, Ayla —pensó mientras a sus pies la hierba daba paso a la arena de la playa—. No voy a abandonarte».

Había esperado lo suficiente. Se había asegurado de que Caedra iba a recuperarse y había ayudado a los torrogal en la reconstrucción de su aldea. Querría permanecer junto a Caedra, pero no podía abandonar a Ayla. Tendría que confiar en que Alastair cuidara de la zeafírea hasta que volviera. Porque Jay no iba a quedarse de brazos cruzados mientras Ayla estaba en peligro, atrapada por sus enemigos. ¿Cómo esperaban que aguantara hasta que se diera la oportunidad de ir a rescatarla? ¿Y si la estaban torturando? ¿Y si solo la necesitaban para algo momentáneo y la mataban después?

Sería una trampa, pero a Jay ya le daba igual. Sentía que Ayla era su responsabilidad.

Llegó a los embarcaderos y se detuvo, con los músculos en tensión. Caedra estaba de espaldas a él, con su pelo blanco ondeando en la brisa marina. Sus alas caían como una triste capa por su espalda, inertes.

—¿Cai? —musitó Jay, confuso.

La zeafírea se giró y lo miró, cruzando los brazos.

—Jay —asintió ella—. ¿A dónde vas?

Jay frunció el ceño.

—¿Cómo has sabido lo que iba a hacer?

—Valikia te vio esta mañana preparando la barca. No fue muy difícil deducir para qué.

Jay chasqueó la lengua, fastidiado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —inquirió mientras miraba a un lado y a otro, asegurándose de que no había nadie más.

—Un par de horas. Sabía que vendrías tarde o temprano —contestó ella con sencillez.

—No vas a impedirme que vaya, Cai —advirtió Jay, muy serio.

La zeafírea suspiró pesadamente.

—Te conozco demasiado bien, Jay. Lo sé.

El chico ladeó la cabeza, confuso.

—Entonces…, ¿vas a dejarme ir?

—Dejaré que te marches… —dijo ella, mirándolo a los ojos—… con una condición.

—¿Cuál? —quiso saber Jay, impacientándose.

—Iré contigo.

Jay arqueó las cejas. Su corazón se aceleró.

—¿Qué…?

Caedra dio un paso para acercarse a él. Jay se fijó en que la zeafírea estaba vestida con su ropa de viaje. ¿Cómo no se había dado cuenta desde el principio?

—No voy a permitir que vayas tú solo, Jay. No sé de cuánta ayuda seré en estas condiciones… —dijo ella con amargura mientras echaba un breve vistazo por encima del hombro a sus alas—. Pero no vayas tú solo, por favor.

Jay estuvo un par de segundos en silencio, pensando en lo que estaba ocurriendo. Sacudió la cabeza.

—Cai… Yo… ¿Sabes lo arriesgado que es lo que voy a hacer?

—Sí. Es por eso que no puedo dejarte ir solo.

—Pero… ¿Y Alastair?

Caedra torció el gesto. Desvió la vista hacia el mar.

***

Caedra observaba el atardecer desde la ventana, sumida en sus pensamientos. Los tonos naranjas del cielo a esas horas siempre la hacían ponerse nostálgica… Era el poder del sol del ocaso.

Alastair entró en la habitación.

—Caedra —dijo a modo de saludo. Se quedó de pie frente a ella y cruzó los brazos—. ¿Has visto hoy a Jay?

Ella arqueó una ceja.

—Hablé con él esta mañana. ¿Por qué lo preguntas?

No lo diría en voz alta, pero era agradable ver que Alastair se preocupaba por Jay.

Él frunció el ceño.

—Sospecho que está tramando algo.

—Sospechas bien… —murmuró ella y suspiró pesadamente—. Valikia cree que va a marcharse.

Alastair entornó los ojos.

—¿Marcharse?

Caedra asintió con la cabeza.

—A rescatar a Ayla.

Alastair gruñó, aunque ya se había temido desde el principio que no podrían detener al chico.

Desvió la mirada hacia la ventana, observando el cielo naranja como había estado haciendo Caedra minutos antes.

—No lo va a conseguir. Irá directo a una trampa.

—Voy a ir con él.

Alastair clavó en ella sus ojos de hielo. Caedra se quedó rígida al ver la furia reflejada en ellos.

—¿Has perdido la cabeza? —gruñó.

—No voy a dejarlo solo, Alastair. Tanto tú como yo sabemos que Jay va a ir sí o sí.
—No si lo dejo congelado durante una semana… —masculló Alastair.

A pesar de la situación, a Caedra se le escapó una pequeña carcajada al imaginarlo,.

—No lo harás.

Él tensó la mandíbula.

—Lo único que vais a conseguir es que os maten —espetó con frialdad.

Caedra se puso seria de nuevo.

—Alastair… Es cierto que no podemos abandonar a Ayla.

—Intentar salvar a la chica podría costaros la vida a ambos. Y muriendo no la salvaréis —replicó él, firme en su postura.

—Lo sé… —musitó ella, hundiendo los hombros—. Pero no voy a dejar solo a Jay —repitió, mirando a Alastair a los ojos—. Sabes lo importante que es para mí.

Alastair le sostuvo la mirada durante varios segundos. Caedra no se dejó intimidar.

—Ve con él —dijo al fin. Caedra arqueó las cejas—. Yo me niego a llevaros.

Caedra frunció el ceño. Por un momento había tenido la esperanza de que Alastair estuviera dispuesto a ayudar…

—Si tenéis que desplazaros a pie, tardaréis mínimo un mes. Eso me dará algo de margen para intentar crear la distracción que necesitamos —concluyó Alastair, sorprendiendo una vez más a la zeafírea.

—Qué… —Caedra sacudió la cabeza—. ¿Lo dices en serio?

—¿Acaso me has visto bromear alguna vez? —replicó él, irritado.
Caedra sonrió, conmovida. Incluso tras quedar claro que nada retendría a Jay, Alastair había encontrado la forma de ayudarlos.

—Gracias, Alastair.

Él bufó.

—No me las des todavía, Caedra… Seré yo mismo quien mate a Jay si no es capaz de protegerte.

Y, por la frialdad de su tono y el brillo siniestro en sus ojos de hielo, Caedra supo que lo decía muy en serio. Tuvo un escalofrío.

***

—Lo hablé con él esta tarde —respondió, al fin, Caedra—. Está enfadado con nosotros. Dice que no colaborará en esta «estupidez» que va a acabar en nuestra muerte.

Supuso que eso le serviría como explicación a Jay para que el chico no hiciera más preguntas al respecto.

Jay dibujó una mueca en su rostro. Todo habría sido mucho más fácil si Alastair hubiera accedido a ayudarlos. Viajar a pie hasta Luminaria les llevaría por lo menos un mes.

Pero no iba a dejar que nada lo detuviera.

—Siento que hayas discutido con él —murmuró Jay, clavando los ojos en el suelo.

Caedra se forzó a sonreír.

—No te preocupes, no ha sido para tanto. ¿Aceptas mi condición?

Jay la miró de nuevo.

—¿Estás segura?
La misión era arriesgada. La probabilidad de que terminara en fracaso era alta.

—Estoy segura —afirmó ella—. No vas a librarte de mí tan fácilmente. Te seguiré hasta el fin del mundo si es necesario, Jay.

Al escuchar estas palabras, él notó que le ardían los ojos a la vez que una agradable calidez lo inundaba por dentro.

—Tú y yo solos contra todo, ¿eh? —dijo Jay, esbozando una pequeña sonrisa—. Como en los viejos tiempos.

Caedra sonrió también, esta vez de verdad. Le tendió la mano a Jay y él la cogió.

La zeafírea era perfectamente consciente de los riesgos que suponía lo que pretendían hacer. Pero sabía que Jay iría, con ella o sin ella. Nadie iba a detenerlo. Por tanto, lo acompañaría y lo ayudaría en todo lo que estuviera en sus manos. Y ella también sentía que debían intentar, al menos, rescatar a Ayla.

Jay, por su parte, estaba mucho más tranquilo. Había estado dispuesto a marcharse solo, pero en el fondo estaba aterrado. Saber que Caedra estaría a su lado disipaba casi todos sus miedos. Habría preferido que se quedara a salvo en la isla, donde Alastair la protegería, pero era consciente de que no podría impedirle que lo siguiera. Caedra era igual de testaruda que él.

Pero juntos podrían con todo. Jay estaba seguro. Y él se aseguraría de que Caedra estuviera bien. Se infiltraría en el palacio él solo y ella lo esperaría en las afueras de Luminaria. Su apoyo era todo lo que necesitaba.

«Ayla, vamos a por ti», pensó, decidido.

Capítulo 38: Tribulaciones

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba encerrada. La única pista que tenía sobre si era de noche o de día era la cantidad de luz que se filtraba por la pequeña reja en lo alto de la pared del fondo.

Su celda estaba vacía salvo por una cama bastante incómoda. Un sirviente venía tres veces al día a dejarle agua y comida. Aunque Ayla había intentado hablar con él, siempre se mantenía en silencio.

Quien no se mantenía en silencio era el oráculo supremo, que bajaba a visitarla todas las mañanas.

—Cuanto antes te entregues, aprendiz, antes saldrás de esta celda —estaba diciendo Leveann en ese momento, de pie frente a ella. Había un guardia junto a los barrotes de la entrada, vigilando —. Porque conseguiré mi propósito, tarde o temprano. De ti depende prolongar o no tu encierro.

Ayla se mordió el labio. Se negaba a responderle. Se habría negado, incluso, a mirarlo, pero él siempre la agarraba con fuerza de la barbilla para forzarla a establecer el contacto visual que necesitaba para acceder a su mente.

El propósito del oráculo supremo era recuperar a su fiel aprendiz. Para eso, pretendía borrarle la memoria. Sin embargo, cuando quiso intentarlo de inmediato, nada más llegar Ayla al palacio, se había encontrado con un obstáculo.

Barreras de luz protegían la mente de Ayla, impidiéndole el acceso. El oráculo supremo había maldecido, frustrado. Luvann no estaba dispuesto a permitirle que manipulara de nuevo a la chica a la que había entregado sus poderes, y había levantado ese muro mental cuando Ayla fue a verlo a su hogar.

Pero nada impediría al oráculo supremo conseguir lo que quería. Luvann era hábil, pero él lo sería más todavía.

Había encerrado a Ayla y la visitaba todos los días para ir deshaciendo esas barreras. Era un proceso lento y delicado; si no tenía cuidado, podía dañar de forma irreversible la mente de la chica y, entonces, no le serviría para nada. Por tanto, debía ser paciente.

Pero la paciencia era, precisamente, uno de sus fuertes.

—¿Por qué me permitiste marchar, si tu propósito era encerrarme de nuevo contigo?

El oráculo supremo bajó la vista para mirar a Ayla, sorprendido. Era la primera vez que le había hablado desde su regreso.

Leveann sonrió. Era una sonrisa fría.

—Para que ganaras la experiencia en combate que te faltaba, mi querida aprendiz. Ahora solo he de hacer unos pequeños ajustes y serás mi arma perfecta.

Daba igual lo que le dijera, pues iba a borrarle la memoria. Se aseguraría de que no quedara ningún recuerdo de sus amigos.

***

Llevaban un par de días caminando casi sin descanso. Jay no estaba dispuesto a detenerse y solo hacían una pausa, cuando caía la noche, para dormir. Y, aun así, apenas el sol empezaba a mostrarse por la línea del horizonte, ya estaban moviéndose de nuevo.

A Caedra le costaba mantener el ritmo, lo que no dejaba de resultarle irónico. Siempre había sido al revés: ella siempre adelante sin problema y Jay con dificultades para no quedarse atrás. Pero ahora ella arrastraba el peso muerto de las alas, y todavía no se había recuperado del todo de sus heridas. Mientras, Jay avanzaba con decisión, movido por su deseo de rescatar a Ayla.

Caedra se forzaba a continuar, porque no quería ser una carga para Jay. Pero era cada vez más complicado.

Estaban atravesando los bosques de Anthius, asegurándose de no acercarse a ninguna de sus ciudades o pueblos. También habían optado por rodear el manglar, pues ninguno de los dos guardaba buen recuerdo de aquel sitio. Era donde Su-Nev los había traicionado.

De vez en cuando se escondían para evitar alguna patrulla del emperador. Por lo demás, no habían tenido ningún incidente.

Al tercer día, sin embargo, a Caedra le fallaron las piernas. Su visión se nubló y cayó de rodillas al suelo, jadeando. Apoyó las manos en la dura tierra, intentando recuperar el aliento.

Jay, que caminaba unos pasos por delante de ella, tardó un par de segundos en darse cuenta. Miró por encima del hombro y abrió los ojos como platos al ver lo que había pasado.

—¡Cai! —la llamó, yendo de inmediato junto a ella. Se agachó y pasó un brazo por su cintura, ayudándola a levantarse y dejando que se apoyara en él—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —respondió ella. Respiraba con pesadez y Jay la observó, consternado—. Solo… necesito descansar un poco.

—Vamos a parar ya por hoy —decidió Jay, aunque todavía no estaba ni atardeciendo—. ¿Por qué no me has dicho nada antes?

—He sido yo quien ha insistido en venir contigo; no quería ser un estorbo —murmuró ella con algo de dificultad. Sus pulmones ardían por el esfuerzo.

Jay la miró durante unos segundos, sintiendo una desagradable presión en el pecho, una mezcla de angustia por el estado de Caedra y decepción consigo mismo. Le daban ganas de golpearse la cabeza. Caedra todavía estaba recuperándose y, además, no se movía con la misma agilidad ahora que tenía las alas rotas.

Había estado tan centrado en llegar hasta Ayla que había descuidado todo lo demás. Apretó los dedos en la cintura de la zeafirea.

—Jamás vas a ser un estorbo para mí, Cai, no digas tonterías —replicó con suavidad. ¿Cómo había permitido que Caedra temiera ser una molestia para él? Jay siempre intentaba estar pendiente de ella. Sentía que le había fallado.

La ayudó a caminar hasta un lugar un poco más oculto por los árboles, con espesos arbustos rodeándolos. Podrían pasar ahí la noche.

Caedra se sentó, Jay junto a ella.

—Cai, perdóname —dijo Jay, con la vista clavada en el suelo, avergonzado—. He sido un estúpido.

Caedra ladeó la cabeza para mirarlo. Su respiración ya estaba volviendo a la normalidad.

—¿Por qué?

—Por no estar más pendiente de ti. Tendría que haberme dado cuenta… —empezó él.

—Jay, no pasa nada —aseguró Caedra y puso una mano en el hombro del chico. Él la observó de reojo, con el ceño fruncido—. Sé que estás pensando en otras cosas.

Él gruñó.

—Pero también tengo que pensar en ti. *Quiero* pensar en ti, Cai —insistió, girándose hacia ella —. Estamos juntos, somos un equipo. Te prometo que iremos más despacio y haremos más descansos.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Jay apartó la mirada, hundiendo los hombros.

—No me las des… Es lo que tendría que haber hecho desde el principio.

—Y yo tendría que haberte dicho algo, pero no lo hice. Así que no pasa nada, Jay —replicó Caedra con tono firme. A ella también le había dado vergüenza admitir que no se encontraba tan bien como creía después de insistir en acompañarlo en su viaje.

Jay soltó una pequeña carcajada.

—¿Qué tengo que hacer para que te enfades conmigo, Cai?

—No me provoques —dijo ella, divertida.

***

Jay se había tumbado boca arriba, con los brazos cruzados detrás de la cabeza como almohada. Observaba el cielo nocturno, sumido en sus pensamientos. Era impresionante la gran cantidad de estrellas que brillaban en la oscuridad, pintando, con su delicada luz, todo de tonos oscuros de morado y azul en la bóveda celeste.

Caedra estaba junto a él, tumbada sobre el costado. Tenía los ojos cerrados, pero Jay estaba seguro de que no se había dormido todavía.

—Cai…

Ella abrió los ojos y lo miró, confirmando sus sospechas.

—Dime, Jay.

—¿Cómo estás?
—Mejor. Me ha venido bien parar antes hoy.

Jay sonrió.

—Me alegro, pero no me refería solo a eso —dijo y frunció el ceño—. Me refiero a… ¿Cómo te encuentras…? —No encontraba las palabras adecuadas—. Por tus alas…

Ella cerró los ojos durante unos segundos antes de abrirlos de nuevo. Suspiró con una tristeza tan profunda que Jay sintió un pinchazo en el corazón.

—Supongo que es más fácil asumirlo la segunda vez. Será difícil…, pero me adaptaré.

Jay se mantuvo en silencio, pensativo. Sabía que uno de los mayores miedos de Caedra, como cualquier zeafíreo, era no poder volar. Pero él no podía hacer nada para ayudarla, aparte de darle todo su apoyo. Sus alas, esta vez, no tenían arreglo.

Extendió el brazo y cogió la mano de Caedra. Ella entrelazó los dedos con los de él y cerró los ojos.

Jay estaba recordando todo por lo que habían pasado juntos en Titaia, cuando aquel emperador le había roto las alas a Caedra. Era doloroso tener que decir que esa había sido la primera vez. Jay había tenido la esperanza de que no se repitiera nunca más. Recordaba a la perfección la desolación de la zeafírea, al igual que la ira que había experimentado él ante su sufrimiento, al ser incapaz de protegerla. ¿Estaría ahora igual de destrozada? ¿Lo estaría ocultando? ¿O realmente lo había asumido y aceptado?

—Cai… —la llamó de nuevo y ella levantó los párpados. Jay tenía la mirada puesta en las estrellas—. ¿Crees que mi padre estaría de acuerdo con lo que estamos haciendo?

Caedra frunció el ceño. Meditó la respuesta durante unos segundos, pero al final decidió ser sincera:
—No.

Hadriel habría compartido la postura de Alastair, si bien no de esa forma tan gélida.

Jay tensó la mandíbula. En el fondo lo sabía, pero dolía igualmente.

—No podemos abandonar a Ayla, Cai —dijo con voz ahogada, apretando la mano de la zeafírea—. Es nuestra amiga.

—Lo sé, Jay —respondió ella con una sonrisa, poniendo su otra mano encima de la del chico—. Y yo no te abandonaré a ti.

Jay giró la cabeza para mirar a Caedra, conmovido por sus palabras.

—¿Qué he hecho para merecerte? —murmuró. Notó que le ardían los ojos y tuvo que parpadear varias veces para contener las lágrimas.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Tomar muchas decisiones estúpidas, supongo.

—¡Oye! —protestó Jay, pero terminó riendo también.

Jay desvió su atención de nuevo a las estrellas, más tranquilo. La verdad era que no se imaginaba haciendo aquel viaje él solo. Lo habría hecho, de ser necesario, pero con Caedra a su lado todo era distinto.

Había sido así desde el principio. A pesar de un difícil comienzo, habían cogido confianza con

rapidez. Habían superado todo tipo de situaciones juntos. Su conexión era especial, y Jay sentía que su vínculo con Caedra era ya inquebrantable. Que juntos eran invencibles.

Pero nadie era invencible. Ni siquiera ellos.

***

Notaba una tensión extraña en el ambiente desde antes de abrir los ojos. La atmósfera eran tan espesa, como si la tierra estuviera condensada en el propio aire, que le provocaba una desagradable presión en el pecho.

Jay levantó los párpados, confuso al ubicarse en una celda. La luz era muy tenue. Solo veía las paredes de piedra, los barrotes de metal…

Se quedó congelado al girarse y toparse con los ojos azules de una chica, muy cerca de él.

Era Ayla.

—Jay —dijo ella, con su voz tan delicada como la recordaba—. Tengo miedo.

Jay cogió las manos de la chica, frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—Estoy encerrada… Sola… —sollozó Ayla. Se zafó de sus dedos y se abrazó a sí misma, dándole la espalda—. ¡Y os habéis olvidado de mí!

—¡Claro que no! —replicó Jay de inmediato—. Vamos a por ti, Ayla. Yo… jamás te abandonaría.

Ella agachó la cabeza.

—¿No? ¿Y dónde estás, entonces?

—Yendo a por ti… —contestó él, poniendo una mano en su hombro.

La chica se volvió hacia él con brusquedad. Jay retrocedió, asustado, al ver cómo lágrimas de sangre fluían de sus ojos como ríos. Su rostro estaba arrugado en una mueca de furia.

—¡¿Yendo a por mí?! —vociferó Ayla. Jay dio otro paso hacia atrás, con el corazón latiendo a mil por hora—. ¡¿Cuánto voy a tener que esperar?! ¡Vas a llegar tarde, Jay!
Jay se quedó congelado al escuchar esto.

—¡Vas a llegar tarde! —repitió ella, con voz fría, pero fuerte, avanzando hacia él—. Otra vez. Porque siempre llegas tarde. No eres capaz de proteger a nadie. ¿Qué quedará de mí cuando llegues…?

***

Jay abrió los ojos y se sentó de golpe, jadeando. Se llevó una mano al pecho, tratando de calmar su alterada respiración.

Otra pesadilla. No había noche que no lo atormentaran.

Ahogó un sollozo, recordando la mirada de Ayla. Tenía tanto miedo de que fuera demasiado tarde cuando llegaran… Ayla era parte de su grupo, se había visto involucrada en todo aquello

por querer ayudarlo a él. No iban a abandonarla.

Pero estaba tan seguro de que Hadriel habría sabido prevenir y evitar esa situación… Nunca sería como su padre. No hacía más que cometer errores…

Desvió la mirada a su izquierda. Caedra seguía durmiendo, con uno de sus brazos extendido hacia él. Jay se dio cuenta de que se había dormido agarrado a su mano, y que la había soltado al despertarse con tanta brusquedad.

Se tumbó de nuevo, pues el cielo seguía oscuro. Cogió con cuidado la mano de Caedra y cerró los ojos, acariciando la áspera piel de la zeafírea con el pulgar y calmándose con su presencia. Que Caedra no se hubiera despertado tras su brusco movimiento demostraba, una vez más, su profundo cansancio. Jay apretó su mano, frunciendo el ceño. Estaría más pendiente de ella y se aseguraría de ir al ritmo que ella marcara.

Pero el corazón todavía le retumbaba con fuerza en el pecho.

No era más que una pesadilla. Un sueño.
«Me has abandonado, Jay…».

Sin embargo, la voz de Ayla lo perseguía incluso en la realidad.

***

Llevaban una semana de viaje. Se acercaban a la frontera de Anthius con el reino de Omilia, aquella cordillera en la que se encontraban las minas de umbrano. Aunque todavía tardarían un poco en llegar.

El cielo estaba despejado y el sol brillaba con intensidad. Esto contribuía al buen humor de Jay. Durante el día, el chico intentaba olvidarse de las pesadillas que lo atormentaban por la noche.

—¿Crees que seguirá habiendo esclavos en las minas?

Caedra miró a Jay. Caminaban ahora el uno al lado del otro, pues Jay se aseguraba de ir a un ritmo que ella pudiera mantener.

—Probablemente —contestó ella, con una mueca en su rostro—. El grupo de esclavos al que liberamos hace años no sería más que una pequeña parte. El imperio ya explotaba esas minas en secreto cuando el territorio no les pertenecía todavía. Ahora que han conquistado el continente entero, simplemente lo harán de forma más descarada.

Jay suspiró con tristeza.

—Ojalá pudiéramos hacer algo para liberarlos.

Él solo había estado encerrado en esas minas un par de días, y había tenido suficiente para toda una vida. No quería ni imaginarse cómo sería estar ahí durante años, como le había sucedido al hermano de Caedra.

—Lo haremos, matando al emperador —dijo ella.

«¿Seremos realmente capaces?», pensó Jay, alzando la vista al cielo.

***

Había caído la noche. Acamparon junto a un riachuelo que pasaba entre las rocas, con árboles de troncos gruesos y espesas copas rodeándolos. Se veían las montañas de la cordillera ya en la distancia.

—Jay, ¿me ayudas a quitarme los vendajes?

El chico levantó la vista hacia su compañera. Había estado rellenando las cantimploras.

—Sí, claro.

Guardó las cantimploras en el bolso y se acercó a Caedra, que se estaba quitando la camisa, de espaldas a él.

—¿Ya no te duele el corte? —le preguntó Jay mientras empezaba a desenrollar las vendas. Tenía que ir con cuidado por las alas rotas.

—No, a estas alturas estará cicatrizando —contestó ella.

Jay no dijo nada más, centrado en su tarea. Al terminar dejó los vendajes a un lado y observó la espalda de Caedra, incapaz de apartar la vista al ver la cicatriz que le dejó una flecha, años atrás, cerca del nacimiento del ala derecha. Tenía varias cicatrices más de los latigazos que había recibido en Titaia, que Jay reconoció con facilidad. Él mismo tenía unas muy similares tras su paso por las minas de umbrano.

Tras varios segundos mirando, se dio cuenta de que Caedra no se había movido. La zeafírea había agachado la cabeza. Jay supuso que estaría contemplando su corte.

—¿No se ha curado bien? —inquirió Jay, consternado. Podría echarle un vistazo él mismo, pero no lo haría sin el permiso de Caedra, y ella no se había dado la vuelta.

—No… Está bien —contestó ella, un tanto rígida.

Jay frunció el ceño.
—¿Qué pasa, Cai?

Caedra se puso de nuevo la camisa, en silencio. Jay la ayudó a pasar sus alas por la tela verde, esperando a que respondiera.

La zeafírea, al fin, se giró para mirarlo. Se forzó a sonreír.

—No pasa nada, Jay.

Jay no estaba convencido. Sin embargo, no la presionaría más.

Un rato más tarde estaban sentados junto al riachuelo, Caedra otra vez de espaldas a Jay mientras este limpiaba con cuidado las plumas de las alas.

Caedra abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas. El corte se había curado bien y ya apenas le dolía si no lo tocaba. Ese no era el problema.

El problema era la cicatriz. Otra de tantas que acumulaba ya. Sí, pero esta le recordaba su fracaso en proteger a Ayla. Si hubiera sido más fuerte, si hubiera reaccionado antes, sus enemigos no se la habrían llevado.

***

Su despertar a la mañana siguiente fue un tanto brusco.

Jay y Caedra se incorporaron casi de un salto al escuchar una explosión no muy lejos de donde estaban. Se miraron el uno al otro.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Jay con el corazón latiendo a mil por hora.

Un rugido rompió de nuevo el silencio. Una bandada de pájaros voló espantada por encima de ellos.

Caedra frunció el ceño.
—Vamos a investigar.

Recogieron todo y se desplazaron con cuidado entre los árboles. Oían cada vez con más claridad los golpes de una pelea.

Se asomaron, escondidos detrás de los troncos. Jay se quedó boquiabierto ante lo que vio.

Una criatura enorme se alzaba frente a un chico que estaba de espaldas a ellos. El animal se parecía a un felino, cuadrúpedo, de orejas puntiagudas y afilados colmillos en su mandíbula. Su pelaje corto era de un tono marrón pálido, con las extremidades blancas. Tenía escamas verdes en los hombros, y poseía tres largas y finas colas que ondeaban al viento, rematadas en pinceles. Su cabeza estaba adornada con una impresionante cornamenta marrón en la que crecían flores rosas, como si de ramas se tratara. Sus ojos verdes, con la pupila rasgada, parecían tener luz propia. Dos líneas de un tono más oscuro iban de sus ojos al hocico, como rastros de lágrimas.

El felino era, por lo menos, tres veces más grande que el chico. Estaban sobre un pequeño cráter, con árboles caídos y astillados a su alrededor. Varías raíces retenían al chico. La criatura estiró el cuello y ladeó la cabeza, observándolo con crueldad, y las raíces apretaron con fuerza. El chico gruñó, retorciéndose, pero incapaz de liberarse.

Jay palideció al ver al felino alzar la pata delantera, rematada en afiladas garras.

Y, cuando bajó la zarpa para desgarrar al chico que tenía apresado, la espada de Jay se interpuso.

—¡Jay! —exclamó Caedra, alarmada. Se había movido con tanta rapidez que no había podido detenerlo.

Jay apretó los dientes, aplicando toda la fuerza que pudo. El felino gruñó.

«¿Acaso tú también deseas morir, humano?».
Jay alzó la vista al escuchar aquella potente voz, grave y femenina, en su cabeza. Los ojos verdes de la criatura estaban fijos en él.

«¿Eres su cómplice? —prosiguió el felino, enseñando los colmillos, pero, tras observar más detenidamente a Jay, retrocedió por la sorpresa, con las pupilas reducidas a meras rendijas—. Tú…».

—¿Yo…? —murmuró Jay, confuso.

El felino no ofreció explicaciones. Dio media vuelta y se perdió con rapidez entre los árboles, fundiéndose con ellos.

Jay liberó un suspiro de alivio. Caedra fue junto a él.

—¡Jay, eso ha sido muy temerario! —lo regañó ella.

—¡No iba a quedarme de brazos cruzados! —protestó él indignado.

—Tienes suerte de que Kealis haya decidido marcharse, o tú habrías muerto conmigo —habló una voz a sus espaldas, un tanto familiar.

Jay y Caedra se giraron de golpe. Miraron al fin al chico que todavía estaba atrapado entre las raíces. Pelo rubio, piel clara, traje escarlata, calculadores ojos verdes…

—Yo tampoco esperaba verte por aquí, hermanito —comentó el chico con una sonrisa sarcástica—. ¿Sería mucho pedir que me liberaras de estas raíces?

Jay se había quedado rígido, incapaz de responder.

Porque el chico al que Jay había salvado no era ni más ni menos que el príncipe Gavin.

Capítulo 39: Destino impredecible

—Qué… ¿Qué haces aquí? —Eso fue lo primero que pensó Jay, y así lo dijo.

Gavin bufó.

—¿A ti qué te parece? Tenía que matar a Kealis, pero, como puedes ver, no he salido muy bien parado —contestó él, sarcástico.

El viento sopló en ese momento con fuerza, arrancando varias hojas de los árboles.

—¿Esa era Kealis? —inquirió Caedra, arqueando las cejas, recordando al majestuoso felino—. ¿La diosa de la tierra y los denu?

—De diosa tiene poco, pero de fuerza tiene demasiado —masculló Gavin, bajando la vista—. No entiendo cómo ha sabido que venía a por ella.

—Si las leyendas son ciertas, puede comunicarse con las plantas. Y estamos en medio de un bosque —señaló Caedra, cruzándose de brazos.

Hubo un breve silencio incómodo en el que ninguno de los tres supo qué decir.

—¿Qué hacemos? —le preguntó, al final, Jay a Caedra.
—¿Liberarme, quizás? —sugirió Gavin, esperanzado.

Jay lo taladró con la mirada.

—No te estaba hablando a ti —espetó.

Caedra arqueó una ceja ante su agresividad.

—¿Es esa forma de tratar a tu hermano? —dijo Gavin, fingiendo estar dolido.

—Eres tú el que ha intentado matarme en distintas ocasiones —replicó Jay. La furia bullía en su interior—. ¿Y tengo que recordarte que mataste a mi padre?

Gavin frunció el ceño.

—¿A Hadriel? No fui yo, fue la hidra.

—Si no hubiera sido por tu ataque, las cosas habrían ido de manera distinta —gruñó Jay, malhumorado.

Gavin apartó la mirada. Parecía arrepentido, pero Jay estaba convencido de que estaba actuando.

—Si te soltamos, intentarás matarnos —dijo Caedra.

—¿Por qué iba a hacer eso? Mis órdenes eran matar a Kealis, no a vosotros. Solo nos hemos cruzado en el camino.

Jay resopló.

—¿Esperas en serio que nos lo creamos?

Gavin apretó los dientes.

—Me has salvado la vida, Jay. Sé respetar eso —dijo. Su mirada era sincera—. Créeme, no os haré nada, por muchas ganas que tenga de daros vuestro merecido por lo que estáis intentando hacer.

Caedra arqueó una ceja.

—¿Lo que estamos intentando hacer? —repitió, incrédula, y bufó—. ¿Matar al emperador? ¿Liberar a toda la gente a la que tiene sometida?

—No —gruñó Gavin, dibujando una mueca en su rostro—. No me refiero a eso. Yo mismo os dije hace tiempo que mi lealtad no está con el emperador.

—¿Entonces? —quiso saber Jay.

—Os habéis aliado con Alastair, el dragón de las sombras. ¿Acaso no queréis destruir la esfera primaria para que reinen las sombras en Gea?

Jay y Caedra se miraron entre sí, confusos. Al final, Jay desvió su atención hacia Gavin y entornó los ojos.

—¿Te estás burlando de nosotros?

Gavin, sin embargo, ahora parecía igual de descolocado que ellos.

—¿Qué? —dijo, ladeando la cabeza—. No.

Jay no estaba convencido.

—Sois vosotros los que queréis hacer eso, Gavin. ¿A qué estás jugando?

—¿Por qué iba a querer yo…? —Gavin calló y apretó los dientes—. ¿Por qué, si no, quieres arrebatarle el trono a mi padre, Jay? Él es el único que mantiene las sombras alejadas de Gaelar. Solo yo, como hijo suyo, puedo continuar protegiendo nuestra tierra.

Caedra había fruncido el ceño, observando y analizando los gestos de Gavin.

—¿Sabes quién es Saekish? —cuestionó.

A Jay le extrañó la pregunta, pero no dijo nada. La mirada de Gavin no manifestó que conociera el nombre. En vez de eso, arqueó una ceja.

—¿Debería saberlo?

Jay se llevó una mano a la cara, frustrado.

—No entiendo nada. ¿Te diviertes jugando con nosotros, Gavin?

—¡No estoy jugando con nadie! —exclamó él, irritado.

—A ver, vamos a calmarnos todos —pidió Caedra con suavidad, alzando las palmas de las manos. Empezaba a tener una sospecha. Se acercó a Gavin—. ¿Cómo esperas proteger la tierra de Gaelar de las sombras?

—Heredaré el poder de mi padre una vez muera —contestó él sin dudarlo.

—¿Y qué clase de poder es ese?

—Uno que solo hay en nuestra familia.

—¿En qué consiste?

—No lo sé, ¿vale? —estalló al final Gavin, agobiado con tantas preguntas mientras él seguía tirado en el suelo, atrapado en las gruesas raíces—. El oráculo supremo no ha querido informarme de más. Dice que el poder se mantiene en secreto hasta que llega el momento de que el heredero lo tome como suyo.

Caedra arqueó las cejas.

—¿Realmente no sabes quién es Saekish?

—Puede que alguna vez haya escuchado al oráculo supremo murmurar su nombre, pero eso es todo —masculló Gavin.

Caedra se llevó las manos a la cabeza, masajeándose las sienes. Si sus sospechas eran ciertas, iban a tener que llevar a cabo una conversación muy larga.

—A ver, por partes —empezó Caedra, mirando fijamente a Gavin a los ojos—. ¿Por qué quieres matar al emperador?

—Porque asesinó a mi hermano Kendrij. Intentó lo mismo con mi hermano Althalos. —Gavin desvió la vista hacia Jay al mencionarlo—. Prohibió que mi madre estuviera conmigo mientras yo crecía. Y luego, la asesinó. ¿Te parece poco?

El sol, cada vez más alto en el cielo, regaba el bosque con sus rayos. A Jay le daba la sensación de que el calor empezaba a ser asfixiante, aunque la brisa que soplaba era fresca.

—¿Y cómo has averiguado todo eso? —cuestionó Caedra.

—Me lo contó el oráculo supremo.

—¿Y qué más… te ha contado?

—El oráculo supremo me ayudará a matar al emperador, pero solo si lo ayudo a él primero a deshacerse de todos los que amenazan el equilibrio de nuestro imperio —explicó Gavin—. Criaturas como Alastair, a quien vosotros devolvisteis su cuerpo, que quieren que las sombras reinen de nuevo.

Caedra había abierto los ojos como platos al escucharlo. ¿El oráculo supremo quería quitar de en medio al emperador? ¿No era su aliado? Siempre había sido su mano derecha…

—Alastair no quiere eso —gruñó Jay con los puños apretados. Le estaba costando mucho contenerse para no darle una paliza a quien él consideraba el asesino de su padre—. Alastair quiere proteger la esfera primaria. Es Saekish quien desea destruirla.

—Pero ¿quién es Saekish? —inquirió, al fin, Gavin. Había escuchado demasiadas veces ese nombre.

—Saekish perdió su cuerpo, al igual que Alastair, hace mil años —respondió Caedra, mucho más calmada que Jay. Gavin le había salvado la vida cuando la hidra había estado a punto de devorarla, por lo que estaba más inclinada a ser paciente con él—. Su espectro habita el cuerpo del emperador, al igual que hizo con los dos emperadores anteriores. Saekish es la fuente de su poder.

Gavin frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Alastair solo puede vivir entre las sombras. Saekish es quien las domina —prosiguió Caedra —. Alastair colaboró en la creación de la esfera primaria y era el encargado de protegerla. ¿Por qué iba a querer destruirla? Saekish es la que desea que Gea vuelva a estar inundada de sombras.

—¿Y a qué espera la tal Saekish, entonces? —preguntó Gavin, escéptico.

—A recuperar su cuerpo. Hasta entonces, tiene que esconderse en el de otros.

Gavin bajó la vista y estuvo varios segundos en silencio, pensativo.

—¿Por qué queréis matar al emperador, si no es para que las sombras vuelvan a Gaelar?

Fue Jay quien contestó esta vez:

—Para empezar, por la misma razón que tú: quiero hacerle pagar por todo lo que nos ha hecho. Pero ahora, además, también tenemos que detener a Saekish. Si localiza su cuerpo, abandonará al emperador e irá en busca de la esfera primaria para destruirla.

Gavin gruñó.

—Sois vosotros los que estáis jugando conmigo.

—Gavin, podríamos haberte dejado morir antes y también podríamos matarte ahora, si lo quisiéramos —señaló Caedra, aunque lo hizo sin malicia—. No somos lo que el oráculo supremo te ha hecho creer.

—Y créeme que no me faltan ganas de matarte por lo que le hiciste a mi padre —masculló Jay, que había desviado la vista a su derecha para dejar de mirar a Gavin. La sangre le hervía al verlo. Prefirió centrarse en los tonos esmeralda de las copas de los árboles, que seguían siendo mecidas por el viento.

—No… Yo… —Gavin sacudió la cabeza—. ¿Qué pruebas tenéis de lo que decís?

—¿Qué pruebas tienes tú de lo que dice el oráculo supremo? —replicó Caedra, sin inmutarse.

Y Gavin se quedó en silencio.

—¿Por qué íbamos a querer nosotros que las sombras volvieran a Gea? —prosiguió la zeafírea —. No podríamos sobrevivir entre ellas.

—El dragón os protegería a cambio de vuestra ayuda —dijo Gavin, pero ya no hablaba con la misma convicción de antes.

—¿Y cómo sobreviviríamos? En un mundo de sombras no habría luz. No habría vida. No tendríamos de qué alimentarnos. Daría igual la protección de Alastair.

Gavin cerró los ojos.

—Estás intentando engañarme.

—Sabes que no —dijo Caedra con suavidad. Se agachó junto a él—. Fuiste tú quien quería que me pusiera de tu parte, ¿recuerdas? Algo tendrás que confiar en mí. —Desenganchó los abanicos del cinto y los abrió—. Solo hay algo que no entiendo. Las veces que fui a visitarte, cuando eras pequeño, tuve la sensación de que el emperador había conseguido inculcarte su misma maldad… ¿Qué hizo que eso cambiara?

Gavin observaba los afilados abanicos de Caedra de reojo, inquieto.

—El emperador no contó con que los años que pasé alejado de él, entrenando en Titaia, me ayudarían a formar mi propia personalidad y opinión —respondió en tono bajo.

Caedra asintió.

—Ya veo. Cometió un error al precipitarse en tu crecimiento.

Jay bufó.

—¿En serio, Cai? ¿Es que acaso ahora piensas que es bueno?

Caedra lo ignoró. Estaba pensando en la última conversación que había tenido con Gavin, cuando se había enfrentado a él antes de recuperar el cuerpo de Alastair.

«Yo no lucho para el emperador».

«Nunca me ha querido como a un hijo. Yo nunca lo he querido como a un padre».

«Mi tiempo entrenando en Titaia me permitió darme cuenta de muchas cosas».

«Acumulé una inmensa furia hacia él por haber asesinado a mi hermano…».

«No puedo aceptar a un padre que estuvo dispuesto a matar a los que se suponía que eran sus hijos».

«Caedra. Lucha conmigo».

«Quiero transformar el imperio».

«No quiero que mueras. Pero tampoco puedo permitirte que le devuelvas el cuerpo al dragón».

«Veo que para ti todo es blanco o negro, Caedra. A favor de Jay o en contra de Jay».

Caedra apretó los ojos. ¿Cómo había sido tan estúpida? Gavin le había dado suficientes pistas entonces. Pero tenía razón: para ella todo había sido blanco o negro. A favor de Jay o en contra de Jay. No se había detenido a considerar nada más.

¿Cómo iba a imaginar ella que los motivos de Gavin para intentar matar a Jay no eran los que parecían más evidentes?

¿Habrían sido las cosas de manera distinta si se hubiera percatado en ese momento? ¿Si hubiera tenido las mismas sospechas que estaba confirmando ahora? ¿Habría podido convencer a Gavin de que los ayudara?

Deslizó los abanicos por el aire y las raíces que retenían a Gavin fueron cortadas limpiamente.

Jay giró la cabeza y abrió los ojos como platos al ver lo que había hecho su compañera. Se desplazó de inmediato para ponerse delante de ella, desenvainando la espada.

Pero Gavin se limitó a levantarse y a retroceder unos pasos, observándolos con cautela. Se había llevado una mano al costado derecho. Caedra supuso que estaría herido.

—Piensa en lo que te hemos dicho, Gavin —le pidió la zeafírea—. El oráculo supremo te está manipulando.

—Es lo que hace con todo el mundo —masculló Jay. Sintió un pinchazo en el corazón al pensar

en Ayla.

Gavin no dijo nada. Los miró fijamente durante unos segundos antes de dar media vuelta.

Jay hizo ademán de ir tras él. Caedra lo agarró del brazo para detenerlo. El chico se volvió hacia ella.

—¿Vamos a dejar que se vaya? —cuestionó, enfadado.

—Necesitará un tiempo para pensar en lo que le hemos dicho y sacar sus propias conclusiones.
Gavin ya se había perdido detrás de los gruesos troncos marrones de los árboles.

—¿Acaso le crees? —gruñó Jay.

Caedra lo soltó y suspiró pesadamente.

—No te lo he contado hasta ahora porque en su momento no me pareció relevante, Jay, pero Gavin me salvó la vida cuando nos estábamos enfrentando a la hidra.

—¿Cuando recuperasteis el cuerpo de Alastair? —inquirió Jay, para asegurarse. Caedra asintió con la cabeza—. Ya, has mencionado algo de eso antes…

—Ya en ese momento Gavin me dijo que él no estaba realmente de parte del emperador…

Jay dibujó una mueca en su rostro. Envainó la espada, tratando de recordar las palabras de Gavin cuando se había enfrentado a él junto al portal que daba a ese micro mundo.

«Ah, hermanito… ¿Quién ha dicho que siga “ciegamente” las órdenes del emperador?».

No lo había tomado en serio entonces. Quizás debería haberlo hecho.

—Pero es su culpa que mi padre esté muerto —murmuró Jay. Esta vez no lo hizo con furia, sino casi con desánimo, hundiendo los hombros. Una vez más, se sentía perdido.

—Gavin no ha mentido, Jay. Fue la hidra —dijo Caedra con suavidad—. Es cierto que todo podría haber sido de forma distinta si no nos hubiera atacado. Pero si no hubiera sido él, el ataque lo habría liderado otro. Y me temo que Gavin es tan víctima del oráculo supremo como todos nosotros.

—¿Él? —bufó Jay, poniendo los brazos en jarras—. ¿Víctima?
—¿Cómo te crees que se sentirá al saber que ha sido engañado? ¿Al saber que ha vivido una mentira? ¿Que ha intentado matar a su propio hermano por la manipulación que ha sufrido?

Jay apretó los dientes. No quería pensar en eso. No quería sentir compasión por Gavin. Gavin era su enemigo. Los había atacado en varias ocasiones. Hadriel estaba muerto por su culpa.

Caedra puso una mano en su hombro. Jay la miró.

—¿Qué te parece si seguimos nuestro camino?

Veía que Jay tenía un gran conflicto en su interior. Él, al igual que Gavin, necesitaría un tiempo para asimilar todo.

Jay asintió con la cabeza.

—Sí. Continuemos.

***

Estaba atardeciendo. Las montañas se alzaban en la distancia, aunque ya estaban más cerca. Su silueta negra resaltaba en contraste con el sol que se estaba poniendo en el horizonte.

Habían encontrado una pequeña cascada que desembocaba en un lago no muy profundo. Varios tallos altos de plantas verdes invadían el agua embarrada de la orilla, que se volvía más cristalina según se acercaba a la cascada. Los robles por esta zona eran de troncos más claros y finos, con la corteza moteada, poblando abundantemente el lugar. La hierba estaba salpicada con pequeñas flores blancas que emitían un agradable aroma dulzón y, salvo por el ocasional graznido de los pájaros que tenían sus nidos entre las ramas, era un sitio tranquilo.

Decidieron que pasarían ahí la noche y aprovecharían para bañarse.

—No sabes la suerte que tienes siendo afín al fuego —comentó Caedra una vez se hubo sumergido en el lago. Había lavado su camisa y pantalones y los había dejado fuera para que se secaran, al igual que Jay, aunque ninguno de los dos se había quitado la ropa interior—. El agua está helada.

—Siempre puedes venir conmigo si tienes tanto frío —bromeó Jay.

Caedra puso los ojos en blanco. Sin embargo, esbozó una sonrisa pícara.

—Bien, pues no te quejes si lo hago.

El rostro de Jay ardió al notar que la zeafírea se pegaba a él. En cuanto se le pasó la sorpresa, Jay se dio cuenta de que Caedra estaba temblando. Frunció el ceño.

—¿Tan fría está el agua?

—¿Qué crees que he dicho antes? —replicó ella entre dientes.

—Vale, vale… Ven aquí, anda.

Jay la rodeó con sus brazos y Caedra se refugió en ellos felizmente. Dejó de tiritar enseguida gracias al calor que emitía el chico.

—¿Mejor? —le preguntó Jay, sonriendo.

—Mucho mejor —asintió ella.

Caedra apoyó la cabeza en el hombro de Jay y cerró los ojos, relajándose. Los momentos así, en los que podía estar tranquila junto a Jay, eran sus favoritos. Era como si el agua disipara todas sus preocupaciones. Y Jay tampoco tenía prisa por moverse, recorriendo las cicatrices en la espalda de Caedra con los dedos, disfrutando con el cuerpo de la zeafírea pegado al suyo.

Estuvieron varios minutos en un silencio tranquilo mientras el cielo se iba oscureciendo. Caedra se preguntaba si Jay continuaría esperando a que ella estuviera preparada para hablar de sus sentimientos. Porque la manera en la que se había pegado a él, con sus cuerpos casi desnudos, no dejaba lugar a mucha duda. La delicadeza con la que Jay la sostenía, acariciando su piel, hacía que las mariposas revolotearan en su estómago con fiereza.

Y ella se dio cuenta de que deseaba algo más que abrazarlo. Pero ni era el momento, en medio de su travesía por territorio enemigo, ni Caedra se había terminado de aclarar. Los ojos de hielo

de Alastair, que también cuidaba siempre de ella, estaban permanentemente en su cabeza. Cada vez era más evidente lo que ella se negaba a aceptar. Su corazón latía de igual manera por Jay y por Alastair…, y eso no era posible.

La angustia amenazó con arraigarse en su pecho y la desterró, optando por centrarse en la calidez de Jay y dejar la mente en blanco.

Él se contenía para limitarse a abrazarla. Le había prometido a Caedra que esperaría a que ella iniciara la conversación, y lo iba a cumplir, por mucho que deseara en ese momento expresar de mil maneras lo importante que era ella para él…

Las estrellas ya asomaban entre los tintes morados del cielo.

—Tus plumas me hacen cosquillas —comentó Jay por lo bajo.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Vaya, lo siento por tener tantas plumas, supongo.

—Ya… Te lo tendré que devolver de alguna forma —dijo Jay con aire casual.

La zeafírea se percató muy tarde de lo que esto significaba. Abrió los ojos y trató de apartarse, pero Jay ya la estaba atacando, haciéndole cosquillas en los costados.

—¡Jay! —protestó ella entre risas—. ¡Para!

—No me da la gana —replicó él, divertido. Sonrió al ver a Caedra tan alegre. Hacía demasiado que no tenían un momento así, y quería animarla.

Caedra le salpicó agua a la cara. Jay se detuvo, arqueando una ceja.

—No sabes lo que acabas de hacer —amenazó, y pronto se vieron envueltos en una guerra de agua, peleando por ver quién salpicaba más al otro.

Al salir del lago, Jay le tendió a Caedra su chaqueta para que se envolviera en ella mientras se secaba. La zeafírea se sentó pegada a la pequeña hoguera que encendieron para cocinar los conejos que habían cazado.

Cenaron en silencio, todavía intercambiando alguna sonrisa al mirarse el uno al otro. Al terminar, se vistieron y apagaron el fuego.

—No sabía que tenías tantas cosquillas, Cai —comentó Jay.

Caedra acababa de tumbarse en la tierra.

—Me siento orgullosa de haber conseguido ocultártelo durante tantos años —contestó, apoyando la cabeza en el brazo derecho.

—Lo anotaré como uno de tus puntos débiles —bromeó Jay, imitando la postura de su compañera, pero tumbándose sobre el costado izquierdo para poder contemplarla.

—En realidad, sí que lo sabías cuando eras pequeño —dijo Caedra, con la mirada cargada de nostalgia—. Kendrij y tú erais insoportables cuando decidíais torturarme los dos a la vez con las cosquillas.

Jay rio por lo bajo.

—¿Hacíamos eso? Vaya, y yo sin saberlo. —Frunció el ceño y la seriedad apagó sus carcajadas —. Espero terminar de recordar todo algún día.

Caedra sonrió.

—Estoy segura de que lo harás. Con lo cabezota que eres, no dejarás en paz a Alastair hasta conseguirlo.

—Muy graciosa… —A Jay se le escapó un bostezo—. Buenas noches, Cai.

—Buenas noches, Jay.

El chico cerró los ojos. La atmósfera en el bosque era tranquila. Los pájaros dormían y sus graznidos habían sido sustituidos por el tenue canto de un grupo de grillos.

«¿Te diviertes, Jay?».

Arrugó la frente. Esa había sido la voz de Ayla.

«¿Te diviertes mientras yo estoy aquí, sola? Te diviertes mientras yo estoy sufriendo…».

El buen humor de Jay desapareció al instante. Fue reemplazado por la familiar angustia, cuyas garras se cerraron con firmeza en torno a su corazón, otra vez torturando sus sueños.

—¿Jay? ¿Qué ocurre?

Jay abrió los ojos al escuchar a Caedra alarmada. Se dio cuenta de que se le habían escapado un par de lágrimas.

—Nada… —balbuceó él. Se incorporó sobre el codo y usó su otro brazo para limpiarse la cara —. Estoy preocupado por Ayla.

—Conseguiremos rescatarla, Jay —aseguró Caedra—. Ya lo verás.

—¿Y si cuando lleguemos es demasiado tarde? —dijo él, temeroso. Se tumbó de nuevo más pegado a ella y Caedra enseguida lo rodeó con sus brazos. Jay escondió el rostro en su pecho, respirando hondo.

—No lo será —contestó ella de inmediato, deslizando los dedos por el cabello largo y enredado de Jay, peinándolo con cuidado—. El oráculo supremo la aprecia demasiado. Verás cómo Ayla está sana y salva.

Jay asintió y respiró hondo, inspirando el aroma a resina y madera recién cortada de Caedra, que siempre calmaba sus nervios. Pensó en el dulce rostro de Ayla, con su piel de porcelana, sus labios finos y rosados, su nariz pequeña y respingona, sus ojos azules, tan cargados de emoción desde que él le había enseñado a vivir…

Se sentía responsable de ella. Pero no iba a venirse abajo. Se centró en el rítmico latido del corazón de Caedra.

—Todo saldrá bien, Jay —dijo la zeafírea, su tono cálido—. Confía en mí.

Jay sonrió. Eso era sencillo. Confiaba por completo en Caedra, quien había estado con él desde el principio, hasta el punto de que pondría su vida en sus manos sin dudarlo. Sabía que podía contar con ella para todo. Por eso lo estaba acompañando en aquel viaje.

«Puede que algún día no esté yo para cubrirte las espaldas, Jay».

El hielo se filtró en sus venas. Esas habían sido las palabras pronunciadas por Caedra mucho tiempo atrás, cuando un hombre lo había atacado en la bolera y ella lo había salvado.

Abrió los ojos otra vez y se apartó ligeramente para alzar la vista y mirar a Caedra, pero la zeafírea ya había cerrado los suyos, dormida. Él la observó, en silencio.

No. Caedra estaría siempre con él. Porque sin ella, nada tendría sentido.

«El destino es impredecible, Jay...».

Capítulo 40: Al borde del colapso

—No pongas el brazo tan rígido. Relaja un poco al lanzar.

Connor asintió a las indicaciones de Tarvo. Estiró el brazo, alineando la punta del cuchillo con el centro de la diana. Dobló el brazo y lo extendió de nuevo con rapidez. El cuchillo voló y se clavó en la madera.

—Casi —dijo Tarvo, sonriendo—. Bien hecho.

Connor sonrió también, satisfecho con su progreso. Llevaban ya dos semanas practicando todos los días y había mejorado bastante, aunque todavía no era capaz de acertar de forma consistente en el centro de la diana.

Escuchó unas palmadas a sus espaldas y se giró. Se acercaba una chica con un pañuelo en la cabeza, observándolos mientras caminaba.

—¿Qué tal ha ido todo, Faye? —preguntó Tarvo.

—Bien, esta vez he liberado a los presos antes de que encendieran siquiera las hogueras —contestó ella mientras se quitaba los guantes de las manos.

Connor fue a la diana de madera para recoger su cuchillo. Estaban en una explanada rocosa en medio de la montaña. En esa zona la vegetación era escasa, pues no podían crecer muchas plantas en el suelo de piedra gris, aunque había algún que otro pino de tronco débil.

Se encontraban cerca de la capital de Anthius. No tenían intención de visitarla, ya que estaría muy bien vigilada. Más abajo, en la ladera de la montaña, había un pequeño pueblo en el que la Sombra del viento había hecho su aparición más reciente.

Faye hablaba bastante con ellos, pero nunca mencionaba ningún detalle sobre su vida personal. Por tanto, aunque Connor ya se había acostumbrado a su presencia, no terminaba de sentirse cómodo con ella. La chica seguía rodeada de misterio.

—¿Dónde está Ilyor? —inquirió Faye tras mirar alrededor. No divisaba al hombre por ninguna parte.

—Ha ido a por provisiones al pueblo, ¿no te has cruzado con él? —contestó Tarvo.

Faye se llevó un dedo a los labios, juntando las cejas.

—No, no lo he visto. No he tenido tiempo para disfrutar de las vistas del pueblo, precisamente —dijo con sarcasmo—. ¿Hace mucho que se fue?

—La verdad es que no —habló Connor. Alzó la vista al cielo despejado—. Así que todavía tardará un poco.

—Bueno, pues ¿qué tal si vamos comiendo? —propuso Faye, dejando caer su mochila de cuero al suelo y estirando los brazos—. Estoy hambrienta.

Tarvo abrió la boca para responder, pero captó movimiento por el rabillo del ojo. Se giró y Alastair aterrizó cerca de ellos, transformándose.

Faye observó cómo cambiaba de dragón a humano con curiosidad, pues era la primera vez que

lo veía. Sus nuevos compañeros le habían explicado quién era Alastair después de que el dragón hubiera aparecido para informarles sobre el ataque a Ganthia, tras lo que se había marchado con Jay.

No habían vuelto a saber nada de ellos desde entonces. Su única opción había sido continuar con su misión, a la espera de que Alastair regresara.

—Buenos días, Alastair —lo saludó Tarvo, yendo hacia él—. ¿Supongo que traes noticias?

Connor miró al hombre de pelo blanco, expectante. Llevaba todo ese tiempo preguntándose qué habría sucedido en Ganthia y estaba impaciente por conocer la respuesta, pero él todavía no se atrevía a dirigirse a Alastair con libertad.

Alastair frunció el ceño. Los miró uno a uno, analizándolos. Entornó los ojos al ver que faltaba Ilyor.

Cualquiera de ellos podía ser el espía del emperador. Alastair, lamentablemente, no tenía sospechas de ninguno en concreto, pues apenas se relacionaba con ellos y evitaba pasar tiempo en su compañía.

Debía informarlos sobre todo, incluyendo el asunto del espía. Pero si el espía era, en efecto, uno de ellos, lo pondría sobre aviso y este se aseguraría de no hacer nada que lo incriminara. Sin embargo, también era posible que el espía ya supiera lo sucedido en Ganthia…

Clavó sus ojos de hielo en Tarvo, que mantuvo la postura relajada. Era admirable que no se hubiera puesto rígido al instante al ser el blanco de su mirada depredadora.

Por algo era el único en quien Alastair decidió confiar en esa ocasión.

—Tarvo, ven conmigo —ordenó Alastair y dio media vuelta.

—Oye, ¿y nosotros? —protestó Connor.

Faye se encogió de hombros.

—Querrán discutir algo a solas, déjalos —dijo ella con sencillez.

Tarvo le ofreció una mirada de disculpa a Connor antes de seguir a Alastair.

***

—Así que un espía, ¿eh?

Tarvo se llevó la mano a la barbilla, pensativo. Le había crecido un poco la barba en esas semanas que estuvo desplazándose de un lado a otro.

Alastair asintió con la cabeza y se quedó cruzado de brazos, en silencio. Los dos se habían ocultado tras unas rocas para que sus compañeros no los vieran ni escucharan.

—¿Por qué me lo has contado a mí? —inquirió Tarvo, curioso.

—Caedra siempre ha insistido en que eres el más responsable del grupo —contestó Alastair con sequedad.

Alastair no estaba tranquilo. Al contrario, estaba en una preocupación constante, temiendo que les pasara algo a Caedra y a Jay. Todo era mucho más sencillo cuando no tenía que estar

pendiente de las vidas de dos mortales… Y todavía le molestaba el hecho de que Jay hubiera arrastrado a Caedra a aquella misión suicida. Era el siguiente tema que debía discutir con Tarvo.

A Tarvo se le escapó una pequeña carcajada al escuchar el comentario del hombre, divertido.

—Ya veo. —Volvió a quedarse callado mientras pensaba en las distintas opciones—. Faye queda descartada —habló, mirando a Alastair a los ojos—. No lleva el tiempo suficiente con nosotros. Quedarían Connor e Ilyor… o cualquiera de los habitantes de Ganthia. Pero nadie salvo Connor o Ilyor sería capaz de tener la información suficiente sobre nosotros, por lo que la gente de Ganthia también queda descartada.

Alastair lo observó, en silencio, esperando a que continuara. Tarvo suspiró pesadamente y se llevó la mano a la cara, pellizcando el puente de la nariz.

Connor era el mejor amigo de Jay. Había venido de la Tierra para acompañar a Jay y darle su apoyo… O eso decía. ¿Y si lo había hecho para ser una fuente de información para el emperador?

Pero ¿qué ganaría él a cambio? La vida de Connor estaba en la Tierra y el emperador no podría ofrecerle nada que tuviera valor allí. Tarvo había ido conociendo al chico poco a poco a lo largo de esas semanas y ya se atrevería a decir que eran amigos. Al principio se habían dedicado a hablar, sobre todo, de Jay, pues era lo que ambos tenían en común. Luego ya habían ido cogiendo confianza y conversando sobre otros temas.

Además, Tarvo era quien lo estaba entrenando últimamente. Él sabía analizar a la perfección, solo por la postura y el porte de alguien, lo experimentado que era en el combate, gracias a sus años como Shak’ti, el cuerpo de élite del emperador. Y Connor no tenía experiencia alguna. No podría fingir ser un simple principiante bajo la observadora mirada de Tarvo.

Por tanto, era complicado que se tratara de un agente del emperador. Lo lógico sería que hubiera elegido a un guerrero hábil y con experiencia para ello. Sin embargo, cualquier cosa era posible.

Luego estaba Ilyor. Tarvo no lo conocía tanto como a Connor, pero tampoco encajaba en el perfil de espía. Al fin y al cabo, el propio Hadriel había mencionado que Ilyor odiaba al emperador desde siempre; era uno de los pocos habitantes del imperio que no estaban cegados por él y no lo consideraban un dios. Ilyor había perdido a su mujer y a sus dos hijos, y Caedra ya había comentado a Tarvo su sospecha de que el odio al emperador podía tener algo que ver con lo que le hubiera sucedido a su mujer o, incluso, a su hija.

¿Por qué se aliaría Ilyor con el emperador si tanto lo odiaba? ¿Sería alguien capaz de aliarse con el posible asesino, directo o indirecto, de su mujer y su hija?

Era cierto que el carácter de Ilyor era más bien arisco, distante, nada que ver con la tranquilidad y calidez de Hadriel. Pero eso no era relevante. El propio Alastair era gélido y reservado, y no por ello era menos leal que otros en el grupo.

¿Por qué tenían que complicarse las cosas? Era tan difícil confiar en alguien en tiempos de guerra…

—La verdad es que no me encajan ni Connor ni Ilyor —concluyó Tarvo. Alastair lo había estado observando con sus ojos de hielo todo el tiempo que estuvo en silencio, y Tarvo ni se

había inmutado. No por nada había sido uno de los asesinos más letales al servicio del emperador —. Pero, a la vez, lo único que tendría sentido es que fuera alguno de los dos…

—Es muy pronto para sacar conclusiones todavía, pues —dijo Alastair—. Tendremos que esperar y analizar sus acciones.

Tarvo asintió con la cabeza.

—Jay se ha marchado —prosiguió Alastair, cambiando de tema.

Tarvo arqueó las cejas, alarmado.

—¿Cómo?

—A rescatar a Ayla —dijo Alastair con frialdad—. Me engañé a mí mismo creyendo que no era tan estúpido como el resto de mortales. —Aunque lo que sucedía, en el fondo, era que estaba terriblemente preocupado tanto por Jay como por Caedra. Y ese profundo aprecio que iba desarrollando también por Jay lo desconcertaba.

—Pero… —balbuceó Tarvo, ignorando el insulto, con la mandíbula desencajada—. Es un suicidio. Lo estarán esperando en el palacio.

—Insistió en ir. Caedra lo acompaña.

Tarvo respiró un poco más tranquilo. La zeafírea se encargaría de guiar a Jay y protegerlo de cualquier peligro.

Aun así, era arriesgado.

—Lo único que podemos hacer es tener lista la distracción antes de que Jay intente infiltrarse en el palacio —dijo Alastair—. De esa forma, el emperador no tendrá a su disposición todas sus tropas.

—De acuerdo —asintió Tarvo, recuperando la seriedad. Ya estaba haciendo cálculos en su mente—. Ayla no estaba con nosotros cuando acordamos el plan a seguir, por lo que el oráculo supremo no podrá extraerle información al respecto. Sin embargo, si Connor o Ilyor son, efectivamente, el espía, la información acabará llegando hasta ellos, de todos modos.

Alastair entornó los ojos.

—Tendremos que urdir otro plan —decidió—. Uno que solo conozcamos tú y yo. Y, como mucho, esa humana.

—¿Faye?

Alastair asintió con la cabeza. Necesitarían su ayuda, pues iba a ser quien liderara la rebelión, y no había posibilidad alguna de que ella fuera la espía.

Desvió la vista al cielo. Tenía un mal presentimiento, pero él no tenía la habilidad de predecir el futuro, como Djaka, y no sabía a qué se debía. Era un gélido y constante susurro que lo instaba a ir hacia donde estuvieran Jay y Caedra…

¿Por qué?

***

Las montañas que marcaban la frontera natural entre Anthius y Omilia eran tan escarpadas como Jay las recordaba. Era un laberinto de precipicios y desfiladeros, vacío de vegetación. Solo se veía tierra y roca marrón, con algunas zonas arcillosas. Los animales escaseaban; pocos elegirían un lugar tan desierto como su hogar. Jay solo había visto algún que otro ratón.

El silencio hacía que la atmósfera fuera tensa. Lo único que se escuchaba era el ruido del viento al pasar por los huecos de las piedras, entonando una desasosegante sinfonía. El cielo estaba nublado con amenaza de tormenta.

También había llovido la última vez que pasaron por ahí, años atrás. Con un poco de suerte, esta vez la lluvia esperaría hasta que se hubieran marchado.

Jay y Caedra andaban sin decir nada. El lugar no les traía buenos recuerdos. Era donde Jay, junto a Su-Nev, había sido apresado como esclavo para las minas de umbrano. Allí había conocido a Loure, el hermano de Caedra. Y este había muerto en su huida.

O eso habían creído ellos.

Se desplazaban por caminos estrechos y más complicados, pero preferían evitar las rutas principales para minimizar el riesgo de encontrarse con una patrulla del emperador. Al ser una de sus principales fuentes de umbrano, tendrían las montañas bien vigiladas.

Jay no había dejado de pensar en Gavin desde que tuvieron aquella conversación. No habían vuelto a verlo, pero era normal. Era poco probable que sus caminos se cruzaran de nuevo a no ser que Gavin los buscara. Que fuera con la intención de saber más, de unirse a ellos o de matarlos, dependería de la decisión que hubiera tomado.

¿Era realmente posible que su hermano hubiera sido engañado? Jay lo había intentado, pero no era capaz de apartar el rencor que tenía acumulado contra Gavin por lo sucedido con Hadriel. Le costaba mucho creer que Gavin pudiera ser… de confianza.

Y Gavin era, en realidad, solo su hermano a medias. Aunque compartían la misma madre, Gavin era hijo del emperador. Y el emperador, el detonante de toda la miseria en su vida, era cruel y despiadado… ¿No habría heredado Gavin ese carácter?

Sin embargo, tenía que reconocer la gran habilidad del oráculo supremo para manipular a los demás y dirigirlos a su antojo. Lo había visto con sus propios ojos en Ayla. Y Gavin era más pequeño… Pero se negaba a desarrollar ningún tipo de instinto protector hacia él.

Suspiró pesadamente, frustrado, y Caedra lo observó de reojo, curiosa.

—¿En qué piensas?

—En Gavin —admitió Jay—. ¿Crees que volveremos a verlo pronto?

—Tengo la esperanza de que sí… Siempre y cuando sea porque haya decidido confiar en nosotros, claro.

Jay resopló.

—No te hagas demasiadas ilusiones.

Un largo trueno resonó en la distancia. Caedra frunció el ceño.

—Deberíamos buscar un refugio —murmuró, mirando a un lado y a otro.

—Pero es muy pronto todavía… —protestó Jay, alzando la vista al cielo. Aunque el sol estaba oculto por las nubes, suponía que no podía ser más tarde de mediodía.

—No me gustaría que nos sorprendiera la tormenta en medio de estas montañas —replicó Caedra.

Jay dibujó una mueca en su rostro.

—No podemos perder todo el día.

—Es peligroso, Jay… —insistió ella, con una mirada de súplica.

Pero Jay no iba a ceder. Para él, cada segundo contaba cuando se trataba de Ayla, y ya habían perdido el tiempo suficiente.

—Ya pararemos cuando empiece a llover.

Caedra torció el gesto. Se detuvo y puso los brazos en jarras.

—Jay, es posible que no tengamos la posibilidad de encontrar un refugio si la lluvia empieza a caer con fuerza.

—Cai, es demasiado pronto todavía —repitió Jay, intentando convencerla—. Avancemos un poco más.

—Está bien —aceptó ella, pero su tono manifestaba su descontento.

Un par de horas más tarde caminaban junto a una pared rocosa, con un precipicio unos metros a su izquierda.

—¿Ves, Cai? —dijo Jay, mirándola de soslayo—. Ni rastro de lluvia.

Ella gruñó.

—Ya.

Estaba de mal humor desde que había cedido ante las protestas de Jay. La zeafírea seguía en tensión, alzando constantemente la vista al cielo.

Los truenos continuaban retumbando por el lugar, cada vez más cortos e intensos. No anunciaban nada bueno.

—Jay, por favor. Vamos a parar ya —le pidió Caedra, agarrándolo del brazo.

Jay paró y suspiró pesadamente. Un rayo iluminó las nubes negras… y empezaron a caer algunas gotas.

—Vale, vale —contestó él, rindiéndose.

La lluvia cobró intensidad. Las agujas de agua los acribillaron con fuerza, calándolos hasta los huesos al instante.

—¡Joder! —exclamó Jay, que no había esperado que la tormenta arrancara con tanta rapidez. Había sido cuestión de segundos.

—¡Te lo advertí, Jay! —dijo Caedra, alzando la voz para que su compañero la escuchara por encima del chasquido de otro trueno.

Echaron a correr, en busca de alguna cueva, pero pasaban los minutos y no encontraban nada. El viento soplaba con fuerza contra ellos, ralentizando su marcha, y la tierra a sus pies se estaba convirtiendo en barro y lodo.

Hubo un ligero temblor y Jay se detuvo, confuso. Caedra apenas logró frenar para no chocar con él.

—¿Qué…? —empezó a decir el chico, extendiendo los brazos a un lado y a otro para mantener el equilibrio.

Un crujido encima de ellos les hizo alzar la vista. Jay abrió los ojos como platos. Se le cortó la respiración.

—No… —murmuró Caedra, palideciendo y retrocediendo un paso. Sus alas rotas no respondieron cuando intentó estirarlas inconscientemente.

Un desprendimiento de rocas y tierra descendía por la montaña hacia ellos, arrasando sin piedad todo a su paso. Parecía una horrible imagen sacada de una pesadilla…

Pero era real.

Jay no se lo pensó dos veces antes de agarrar la mano de Caedra y salir corriendo. No fueron suficientemente rápidos.

La masa de barro y piedras los golpeó con fuerza. Jay escuchó a Caedra gritar.

Y, después, oscuridad.

***

Le dolía el cuerpo entero; sus huesos protestaban como si le hubiera pasado una manada de elefantes por encima. Tenía la sensación de que algo estaba martilleando su cabeza constantemente, nublando su mente en cada golpe. Apretó los ojos, tratando de moverse, pero sus músculos se negaron a cooperar.

Levantó ligeramente los párpados. La lluvia seguía cayendo con intensidad, clavándose como agujas en su piel. Tomó una bocanada de aire y le ardieron los pulmones. Acabó tosiendo y rodó para colocarse de lado, incorporándose sobre su brazo.

Pestañeó hasta que su visión se despejó de puntos negros. Y palideció al ver que estaba al borde de un precipicio.

Se sentó y retrocedió con rapidez por la impresión, jadeando. Su cerebro necesitó unos segundos para entender la situación y recordar lo que había sucedido. Cuando pudo hacerlo, su pulso se disparó.

Miró a un lado y a otro frenéticamente. El movimiento hizo que su cabeza fuera atacada por múltiples pinchazos de dolor, pero lo ignoró al divisar, al fin, a quien estaba buscando.

Vio a Caedra tirada en el suelo boca abajo, inmóvil, cubierta de barro. Jay supuso que él tendría el mismo aspecto.

Se arrastró hacia ella, con el latido de su corazón retumbando en los oídos.

—Cai… —la llamó, aunque sería imposible que lo escuchara por encima del ruido

ensordecedor de la tormenta.

Tocó su hombro con la mano y le dio la vuelta con cuidado. Ella no reaccionó.

—Cai, despierta… —suplicó Jay, con voz queda. El pánico lo atacaba con más fuerza que el dolor de cualquiera de sus heridas. La angustia comprimía su corazón mientras ella permanecía con los ojos cerrados.

Con una exhalación de aire temblorosa, pasó un brazo por debajo de la espalda de Caedra y la incorporó con cuidado, recostándola en él. Puso la otra mano detrás de su cabeza para sostenerla y dejar que reposara en su hombro. Limpió de barro el rostro de la zeafírea y vio que tenía una brecha en la frente de la cual empezó a salir sangre, deslizándose entre sus ojos antes de ser disuelta por la lluvia.

Jay le apartó el pelo mojado de la cara, ahogando un sollozo, y acarició la fría mejilla de Caedra con los dedos rígidos por el terror que se había asentado en su cuerpo.

—Por favor… —murmuró. Le temblaba la mano.

Ella entreabrió los ojos, sin enfocar a ningún punto en concreto. Tosió y frunció el ceño.

—¿Jay?

Jay habría llorado de felicidad al escuchar su débil voz, la habría abrazado con todas sus fuerzas, pero sabía que no podía relajarse todavía.

—Estoy aquí —dijo de inmediato. La ayudó a sentarse, aunque mantuvo un brazo en sus hombros.

Ella inclinó la cabeza y se llevó una mano a la frente, esperando a que el mundo dejara de dar vueltas a su alrededor. Jay abrió la boca para hablar, pero palideció al darse cuenta de la situación en la que se encontraban.

La oscuridad le había impedido verlo con claridad antes. El espacio que tenían era mínimo. Sí que estaban en el precipicio, pero no en el borde, como había pensado. Estaban en un saliente de la pared rocosa. Habían caído unos cuantos metros.

El desprendimiento los había arrastrado y había sido pura suerte que hubieran acabado ahí en vez de en el fondo del abismo, que no alcanzaba a distinguir.

Jay alzó la vista y apretó los dientes. Iban a tener que escalar bastante para volver a pisar suelo firme. Y, aunque parecía que la plataforma en la que estaban aguantaría, no sabía si terminaría cediendo ante el peso de los dos y la lluvia…

Miró a Caedra. La zeafírea estaba encorvada, respirando con dificultad.

Jay cerró los ojos. La presión que sentía en el pecho no era por el dolor de la caída. El arrepentimiento y el odio hacia sí mismo lo inundaban y amenazaban con desbordarlo, como la tormenta en las montañas. Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas. Si hubiera hecho caso a Caedra desde el principio…

Pero no era el momento de lamentarse. Debía actuar.

Relajó las manos y levantó los párpados. Caedra seguía en la misma postura. Iba a tener que ser él quien los sacara de ahí.

Jay se puso en pie con lentitud. Sus piernas temblaron y todo le dio vueltas. Se apoyó en la pared de piedra, mareado. Su estómago se revolvió por la náusea y necesitó unos segundos para normalizar su respiración.

Se agachó junto a Caedra. Ella giró la cabeza para mirarlo, aunque Jay apenas pudo ver su expresión a través del velo de pelo blanco, más gris al estar cargado de agua. Jay tomó los brazos de la zeafírea y se puso de espaldas a ella, moviendo los brazos hasta que quedaron cruzados alrededor de su cuello.

—Necesito que te agarres bien fuerte —le dijo, alzando la voz para asegurarse de que lo escuchaba.

Jay se incorporó, tirando de Caedra. Ella, afortunadamente, no se soltó.

Empezó a escalar por la pared. Subía con lentitud. Aunque Caedra era muy ligera, las plumas de sus alas rotas estaban cargadas de barro, acumulando más peso. La roca resbalaba por la lluvia y el viento, que no amainaba, le golpeaba con fuerza el costado, azotándolo con agujas de agua de manera incesante.

Sus pulmones pronto empezaron a protestar por el esfuerzo. Sus gemelos ardían, sus brazos temblaban. Pero Jay sabía que, si se detenía, no sería capaz de continuar luego.

La piedra en la que apoyó el pie se rompió. Jay soltó una exclamación al resbalar y clavó sus uñas en la pared, desgarrándose las palmas de las manos con las rocas afiladas. Apenas logró aferrarse a un pequeño saliente.

Jay jadeó, con el corazón latiendo a mil por hora. Caedra había apretado sus brazos en torno a su cuello, asustada, y Jay tosió. Un rayo iluminó brevemente el lugar.

—¿Estás bien? —le preguntó Caedra, aunque Jay casi no escuchó su voz.

Siguió escalando, sin responder. No supo cuánto tiempo estuvo ascendiendo, pero se le hizo eterno; ya apenas sentía las manos. Los truenos continuaban retumbando en la montaña.

Al llegar a la cima del precipicio, Jay tuvo que hacer un último esfuerzo para subirlos a él y a Caedra. Hundió los dedos en la tierra, arrastrándose por el suelo hasta que estuvieron los dos a una distancia prudente del borde.

Pero estaban lejos de encontrarse a salvo.

Jay se derrumbó con Caedra encima de él. Respiraba entrecortadamente, el pecho le iba a estallar, su cabeza seguía enviando constantes pinchazos de dolor y las fuerzas lo habían abandonado por completo. Si se quedaban ahí, corrían el riesgo de ser alcanzados por otro desprendimiento. Y él era incapaz de moverse.

Caedra rodó y cayó a su lado. Jay la observó por el rabillo del ojo, viendo cómo la zeafírea luchaba por incorporarse, apoyando las palmas de las manos en el suelo. Sus brazos le fallaron y tuvo que hacer un segundo intento.

—Vamos, Jay —habló ella, jadeando—. Esto no es el fin.

—No… No puedo… más —resolló él con voz rota, apretando los ojos.

La zeafírea pasó el brazo del chico por sus hombros y tiró de él hacia arriba. Gruñó por el

esfuerzo, pero consiguió ponerlos en pie a los dos.

Sin embargo, las rodillas de Caedra temblaron y, apenas dio un paso, se derrumbaron de nuevo. Apretó los dientes.

—Arriba, Jay —masculló, parpadeando sin cesar por la lluvia que acribillaba su rostro.

Se incorporó de nuevo y echó a andar, arrastrando al chico con ella. Jay iba con la cabeza agachada. La sangre, mezclada con el agua de la tormenta, caía por la mitad izquierda de su rostro, procedente de una herida.

—¿Jay? —lo llamó Caedra, temiéndose que no respondiera.

Él murmuró algo. Caedra continuó hablando con él para asegurarse de que no perdía la consciencia, aunque cada palabra que pronunciaba supusiera un dolor punzante en el costado. Sospechaba que se había roto alguna costilla.

—Si tan solo… me hubieras hecho caso… —rezongó la zeafírea, dando un paso tras otro.

Jay soltó una carcajada llena de amargura. Terminó tosiendo.

—¿Estás… enfadada? —inquirió él, ladeando la cabeza ligeramente para mirarla de reojo. Su silueta estaba difusa—. Porque nunca te cabreas conmigo…

—Puede que esta vez…, al fin, lo hayas conseguido… —dijo Caedra, aunque su preocupación por el chico sobrepasaba, con diferencia, cualquier tipo de enfado.

Jay notó que los ojos le ardían. Dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas y estas, enseguida, se camuflaron con la lluvia.

—Perdóname, Cai… —sollozó—. He sido… un estúpido… Pero Ayla…

Caedra tensó la mandíbula. Siguió caminando, asegurándose de pisar con cuidado. La tierra se había convertido en barro resbaladizo.

—Quizás deberías dejar de pensar en Ayla… y empezar a pensar en ti mismo —masculló ella. Calló para tomar aire. Sus pulmones iban a estallar en cualquier momento por el esfuerzo al que los estaba sometiendo—. ¿Cómo esperas rescatar a Ayla… si estás muerto…, Jay…?

«Tienes razón», pensó Jay, pero no lo dijo en voz alta. Su visión se estaba llenando de puntos negros.

Otro rayo recorrió el cielo. Caedra jadeó al divisar una cueva en esos breves instantes de luz. No estaba muy lejos.

Se forzó a seguir andando. Jay se había quedado callado. Caedra no sabía si era debido a la vergüenza por sus errores o porque había perdido la consciencia. A ella no le quedaban energías para hablar. Tenía que centrarse en llegar a un sitio cubierto.

Pisaron, al fin, el duro suelo de roca de la cueva. Caedra dio los pasos imprescindibles para evitar que la lluvia los alcanzara… y se desplomó, Jay junto a ella.

Capítulo 41: Ante el miedo

Ayla miraba fijamente al oráculo supremo, con la barbilla erguida, los hombros hacia atrás y la espalda recta.

Leveann entornó los ojos. Su antigua aprendiz estaba resistiendo más de lo que él había calculado. No solo no había esperado esa barrera de luz protegiendo su mente, sino que tampoco había contado con que se opusiera a él con tanta firmeza.

—¿No tienes miedo? —dijo Leveann, con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—No vas a conseguir borrarme la memoria —fue la respuesta de Ayla con voz alta y clara. Se negaba a ser una liebre indefensa frente a un zorro—. Ya no soy un títere que puedes manejar a tu antojo…, maestro.

Leveann apretó los dientes al escucharla pronunciar la última palabra con tono despectivo. Ayla sonrió para sus adentros. Tras la primera semana en completo silencio, ahora disfrutaba desconcertando al oráculo supremo con sus contestaciones.

***

—Tu enemigo nunca debe saber qué estás pensando —le estaba explicando Caedra en uno de sus descansos entre combate y combate.

Se habían sentado las dos a la sombra de una palmera. Las olas entraban en la arena negra con delicadeza, dejando marcas con su espuma. El sol brillaba con intensidad, pero el calor era mitigado por la suave brisa marina, que arrastraba con ella el olor a sal.

Valikia, aburrida, las había dejado a solas para ir a entrenar por su cuenta.

—El oráculo supremo tenía razón en una cosa —prosiguió Caedra—. Y es que lo peor que puedes hacer es mostrarle a tu enemigo el miedo que tienes. Así sabrá que está consiguiendo lo que quiere, y eso es algo que debes evitar.

—Pero… ¿Cómo no voy a tener miedo? —murmuró Ayla, ladeando la cabeza.

—Puedes tener miedo. Vas a tener miedo en muchas ocasiones. Solo debes ocultarlo. Tu enemigo se verá desconcertado si te muestras indiferente o, incluso, desafiante ante sus intentos de desmoralizarte.

Ayla se llevó un dedo a los labios, pensativa.

—Está bien —asintió—. El oráculo supremo me entrenó para ocultar todas mis emociones… Supongo que puedo intentar ocultar mi miedo en ese tipo de situaciones.

Caedra se puso en pie de un salto y, con una velocidad superior a la que Ayla podía esperar, extendió uno de sus abanicos y posó el filo contra el cuello de la chica.

Ayla se quedó rígida, con los ojos abiertos como platos. Logró tragar saliva a duras penas.

Caedra retiró el arma y rio con suavidad.

—Tranquila, Ayla, solo estaba haciendo una pequeña prueba.

Ella soltó un pequeño suspiro de alivio.

—Ya veo que voy a tener que practicar bastante —musitó, hundiendo los hombros.

—Eh, no te desanimes —dijo Caedra, agachándose para tocar la barbilla de la chica con suavidad—. Para eso estamos entrenando, ¿no? Así, de paso, puliremos también tus reflejos —añadió con una sonrisa pícara.

***

Ayla sentía como una pequeña victoria el hecho de que el oráculo supremo no estuviera consiguiendo con facilidad lo que quería.

Sí que tenía miedo. Estaba aterrada, lo había estado desde el principio de su encierro en aquella solitaria mazmorra. No sabía cuándo se cansaría su antiguo maestro de sus formas suaves y adoptaría métodos más bruscos. Echaba de menos a sus amigos, a Caedra, a Jay, y temía no verlos nunca más. Se estaba volviendo loca sin nada que hacer en su celda, privada de la luz del sol salvo por los pocos rayos que se filtraban por la rendija.

Pero iba a aguantar todo lo que pudiera. Había estado entrenando duro todas esas semanas por algo. Haría que Caedra estuviera orgullosa. Y no le permitiría al oráculo supremo quedarse con los frutos de su ardua labor.

¿Estaría pensando Jay en ella? Ayla no paraba de pensar en él. Añoraba la sonrisa cálida del chico que siempre hacía que sintiera mariposas en su estómago. Llevaba ya mucho tiempo sin verlo… Ni siquiera había podido mostrarle lo mucho que había mejorado entrenando con Caedra en su ausencia.

El oráculo supremo se apartó de ella, frustrado. Su movimiento hizo que su larga túnica dorada ondeara tras él.

—Te romperé, Ayla —amenazó Leveann, mirándola por encima del hombro con sus ojos de acero—. Te romperé, sin importar lo que trates de resistirte. Te romperé y, cuando lo haga, recogeré tus pedazos para recomponerte y serás de nuevo mi aprendiz, el arma que he estado construyendo todos estos años. No creas que aguantarás mucho más.

Se marchó de la celda, con el soldado que lo acompañaba tras él. Ayla mantuvo una expresión de indiferencia hasta que escuchó la verja metálica del pasillo cerrarse. Solo entonces escondió el rostro en sus manos y sollozó.

Iba a aguantar todo lo que pudiera, sí. Pero empezaba a sospechar que el tiempo se le agotaba.

***

Jay frunció el ceño al despertar. Le dolía tanto la cabeza que deseó dormirse de nuevo y olvidarse de todo. Se llevó una mano a la frente, con más esfuerzo de lo normal. Sus músculos estaban entumecidos.

Abrió los ojos, extrañado, al palpar la textura de una venda. Se sentó con cierta dificultad, gruñendo por el esfuerzo.

—Buenos días, Jay.

El chico alzó la vista al escuchar la voz de su compañera. Caedra lo observaba con una sonrisa, de pie junto a la entrada de la cueva, cruzada de brazos.

Jay se tensó al verla. Recordó de golpe todo lo que había sucedido y el corazón le dio un vuelco.

—Cai… —empezó él, intentando levantarse. Un dolor punzante le atravesó la cabeza y el espacio a su alrededor dio vueltas.

Caedra estaba junto a él en un instante, atrapándolo en sus brazos.

—Cuidado, Jay, no te precipites —dijo ella, juntando las cejas.

Jay gruñó, dejando caer la frente en el hombro de la zeafírea y apretando los ojos. El ardor provenía de la sien izquierda.

Caedra lo bajó con suavidad, ayudándolo a sentarse de nuevo. Se quedó agachada a su lado, con la mano en su espalda, observándolo con preocupación.
—No deberías moverte mucho todavía —murmuró la zeafírea—. Tienes un buen golpe.

Jay no respondió. Estaba esperando a que se le pasara la náusea ocasionada por el mareo.

Caedra se había despertado un poco antes y, aunque estaba tremendamente cansada y con dolor en las costillas, se había forzado a ponerse manos a la obra. Había limpiado y desinfectado las heridas de ambos, vendando con cuidado la cabeza de Jay.

Se había quitado también algo del barro seco en sus alas, pero no mucho, pues una gran parte se había petrificado en sus plumas. Al menos, la lluvia que los había acribillado mientras buscaban un refugio lavó la mayor parte del barro de la ropa.

La tormenta había amainado, pero todavía quedaba una ligera llovizna. El sol permanecía oculto tras las nubes. Era temprano por la mañana.

El olor a humedad permeaba cada rincón de la fría cueva. Si bien no era muy profunda, bastaba para mantenerlos a salvo.

Caedra se sentó y abrazó sus rodillas, con la vista fija en el exterior. Estaba nerviosa, pues no podrían defenderse si una patrulla del emperador los encontraba en ese estado. Esperaba que la cueva estuviera alejada de cualquiera de sus rutas.

Jay, al fin, abrió de nuevo los ojos. El dolor continuaba presente en su cabeza, pero ya había desaparecido la sensación de mareo y podía respirar con normalidad.

Miró a Caedra, girando el cuello con lentitud. Recordó la brecha en la frente que había visto la noche anterior y frunció el ceño. La zeafírea la tenía oculta tras un vendaje y no pudo comprobar qué aspecto tenía.

—Cai… —la llamó, casi en un susurro.
Ella ladeó la cabeza, apoyándola en las rodillas, y lo observó expectante.

Jay suspiró pesadamente. Un cúmulo de emociones lo invadía por dentro, pero el arrepentimiento y la vergüenza predominaban sobre las demás.

—Lo siento —dijo, obligándose a mirarla a los ojos a pesar del nudo que sentía en la garganta.

Necesitaba que supiera que su disculpa era sincera—. Lo siento mucho, Cai. Todo esto ha sido mi culpa… —Su labio inferior tembló y calló para respirar hondo—. Tenía que haberte hecho caso.

Una de las razones por las que la presencia de Caedra le aportaba tanta tranquilidad era que ella siempre sabía qué hacer. Sin embargo, ¿de qué servía eso si él ignoraba sus advertencias?

—Sí, es lo que tenías que haber hecho —contestó ella, implacable, y Jay se encogió. La zeafírea suavizó la mirada y el tono antes de continuar—: Pero no te tortures más por ello. Me conformo con que hayas aprendido la lección.

—Eso no lo dudes… —musitó él con voz ahogada. Sus ojos ardían y, aunque pestañeó repetidamente para contener las lágrimas, no lo consiguió.

—Eh, eh —Caedra se inclinó hacia el chico, rodeándolo con sus brazos. Él hundió el rostro en su pecho, aferrándose a su cintura, incapaz de reprimir los sollozos—. No pasa nada, Jay. Estamos bien.

—Podríamos haber muerto —dijo él, con voz queda. El reconfortante aroma a resina de Caedra estaba mezclado con el olor del barro, recordándole su temeraria decisión que les había llevado a ese estado.

—Sí, pero estamos vivos. Estamos bien —repitió ella, dejando caer una mano en su cabeza, acariciando su pelo castaño. Él, sin embargo, continuó llorando—. Vamos, Jay… No estoy enfadada contigo.

Él se separó brevemente para mirarla por debajo de las pestañas, húmedas por sus lágrimas.

—¿No? —balbuceó casi con temor.

Caedra rio con suavidad.

—No. Creo que ya te estás castigando tú lo suficiente.

Puso las manos en las mejillas del chico y limpió las lágrimas con los pulgares. Jay liberó un suspiro cargado de tristeza y se apartó, terminando de secarse el rostro con el brazo.

—¿Mejor? —inquirió Caedra.

El corazón de Jay latió con más tranquilidad al ver la cálida sonrisa de su compañera. Asintió tímidamente con la cabeza.

—Muy bien —prosiguió ella, satisfecha. Posó una mano en el pecho del chico y empujó con ligereza para que se tumbara—. Ahora céntrate en descansar.

Jay no protestó. Caedra colocó el bolso debajo de su cabeza para que lo usara como almohada y él cerró los ojos, durmiéndose casi de inmediato.

***

—Jay…

Se encontraba en un inmenso y precioso campo de flores. Sus pétalos lilas y blancos cubrían toda la pradera, que se extendía allá donde miraba. Las copas de los árboles de troncos negros que había esparcidos estaban también repletas de flores violetas. Glicinias.

—Jay…

Él permanecía bajo una de estas copas. Las ramas caían a su alrededor, creando una especie de cúpula, como si de un sauce llorón se tratara.

— ¡Jay!

Jay se giró ante la insistencia de aquella voz femenina. Se encontró con el rostro de porcelana de Ayla, que lo observaba con sus grandes ojos azules. Vestía una sencilla túnica blanca.

Jay sonrió al verla.

—¿No te parece precioso este lugar? —dijo ella, agachándose para arrancar una flor lila del suelo.

—Sí que lo es —murmuró él, sin dejar de mirarla.

Ayla se irguió y se puso a juguetear con los pétalos de la flor.

—Es un lugar tranquilo… Un lugar en el que me gustaría estar.

Jay ladeó la cabeza y frunció el ceño, extrañado.

—Ya estamos aquí, Ayla.

Ella bajó la vista. Apretó el puño, arrugando la flor. Empezó a soplar una brisa que elevó su largo pelo rubio.

—No, Jay. Yo no estoy.

—¿Qué quieres de…? —Jay no acabó la frase. Se vio forzado a cubrirse el rostro con los brazos cuando se desató un auténtico huracán.

Cuando abrió los ojos de nuevo, la pradera a su alrededor había desparecido. Las plantas estaban marrones, marchitas, cubriendo el suelo. Los árboles se habían quedado sin flores, con las ramas desnudas.

Ayla seguía frente a él, con la cara ensombrecida. El pulso de Jay se aceleró al ver manchas rojas que empezaban a cubrir su túnica.

Extendió las manos hacia la chica, pero ella retrocedió. Alzó la vista. Tenía la mandíbula tensa, su respiración era entrecortada y de sus ojos caían, una vez más, lágrimas de sangre.

—¡No estoy porque no vienes a por mí!

—¡Ayla! —Jay intentó acercarse a ella para tranquilizarla. Ayla dio otro paso hacia atrás—. Ayla, por favor…

—¡Estoy intentando aguantar, Jay! —vociferó ella—. Pero si no te das prisa… será demasiado tarde.

***

—¡Jay! ¡Jay!

Abrió los ojos de golpe, jadeando. Se sentó con tanta rapidez que Caedra, que lo había estado sacudiendo con suavidad para despertarlo, evitó que chocaran sus cabezas solo gracias a sus

reflejos.

Jay miró a un lado y a otro frenéticamente. Se detuvo al encontrarse con los ojos amarillos de Caedra, cálidos… y reales.

—Jay, ¿estás bien? —le preguntó Caedra, poniendo una mano en su mejilla y observándolo con consternación. Estaba agachada frente a él—. Has empezado a gritar mientras dormías.

Jay respiró hondo. Se aclaró la garganta antes de responder:

—He tenido una pesadilla.

Su corazón iba volviendo poco a poco a su ritmo normal, pero él seguía angustiado. La imagen de Ayla no dejaba de atormentarlo en sueños, y así era imposible centrarse. No era justo.

Desvió la vista hacia el exterior. Maldijo para sus adentros al ver que estaba atardeciendo. Se había pasado el día entero durmiendo.

—Tranquilo, Jay. Rescataremos a Ayla —dijo Caedra con suavidad.

Jay arqueó las cejas.
—¿Cómo has sabido…?

—No parabas de llamarla —murmuró ella, frunciendo el ceño.

Jay se fijó en que sus ojos reflejaban tristeza.

«¿Por qué estás así?», pensó Jay, pero no se atrevió a preguntar.

Caedra se levantó y fue a la entrada de la cueva, apoyándose en la pared y cruzando los brazos. Habían tenido suerte y ninguna patrulla imperial se había acercado a donde estaban. Solo quedaba ver si serían igual de afortunados a la mañana siguiente.

¿Cómo le iría a Valikia en Ganthia? A Caedra le habría gustado poder comunicarse con ella de alguna forma. Imaginaba que estaría centrada en las labores de reconstrucción de la isla, pero, sin nadie más de su grupo para hacerle compañía, quizás se aburriera un poco.

El cielo se estaba despejando a medida que anochecía. Si continuaba sin llover y Jay se encontraba mejor, continuarían con su viaje en cuanto despertaran.

Caedra suspiró para sus adentros e inclinó la cabeza para reposarla en la roca a su derecha. Cerró los ojos, tomando una amplia bocanada de aire e inspirando el olor a tierra húmeda que había dejado el agua.

Entendía que Jay estuviera preocupado por Ayla. Ella también lo estaba. El problema era que el chico estaba dejando que su consternación lo cegara, llevándolo a actuar de forma temeraria. Y todavía les quedaba más de la mitad de camino por recorrer.

Jay había sido impetuoso y cabezota desde el principio, pero, con el paso del tiempo, había ido aprendiendo a controlarse un poco. Ahora, sin embargo, cualquiera diría que había olvidado el significado de la palabra cautela.

¿Por qué? Caedra sospechaba que Jay se sentía culpable porque creía que Ayla era su responsabilidad. Si su mente lo torturaba con pesadillas constantes, fruto de esa angustia que lo carcomía por dentro, no estaría descansando suficientemente, lo que afectaría a su lucidez y

estabilidad. Desde que Hadriel no estaba, Jay cargaba con demasiado peso, como si tuviera que encargarse de todo y cada error fuera culpa suya.

Y ella no podía luchar contra la mente de Jay. Apretó los dientes.

***

Gavin bajó de un salto de su montura, estirando las piernas. Le dio unas palmadas al piaferis en el cuello y este graznó. Habían robado una gran cantidad de aquellos animales a los pocos zeafíreos que habitaban en Anthius y, aunque Gavin se sentía mal por ello, tenía que admitir que era muy cómodo y práctico haber regresado a Luminaria en tan solo un par de días.

Tras dejar al piaferis en el establo se adentró en el palacio. Fue directo a su habitación, en el ala oeste, alejada de todo lo demás. Era un sitio espacioso, con una cama doble en medio de dos ventanales, una larga mesa de madera negra frente a ella, un armario del mismo material a la derecha, una colección de espadas colgada en la pared izquierda y el acceso a un baño privado. Una alfombra roja cubría el suelo y tapices oscuros ocultaban todo lo demás.

Seguía pensando en su encuentro con Jay y Caedra. Si no hubiera sido por su oportuna aparición, Kealis lo habría matado. La criatura de los bosques era mucho más fuerte de lo que había imaginado, aunque era normal, siendo inmortal.

Pero ¿acaso no había insistido el oráculo supremo en que él solo podría contra ella? El error lo había cometido él, no Gavin que, por él, se habría llevado su pequeño escuadrón para tener apoyo.

Gavin entornó los ojos. No quería verse influenciado por lo que le habían revelado Jay y Caedra, pero no podía evitarlo.

¿Había intentado Leveann deshacerse de él mandándolo en aquella misión? ¿Por qué?

Decidió que no encontraría respuestas a no ser que fuera a hablar con la persona en cuestión. Tras darse un baño rápido, se vistió con ropa limpia y salió en busca del oráculo supremo.

Se dirigió al extremo opuesto del palacio, donde se albergaba la Orden de las Estrellas. Fue directo a los aposentos de Leveann. Se detuvo en la puerta y dio un par de toques con su puño.

La puerta se abrió con un ligero crujido sin que nadie la moviera. Pero Gavin ya sabía que era obra de la telekinesia del oráculo supremo, de la misma forma que Leveann ya habría adivinado quién era el que quería verlo desde que había puesto los pies en la entrada.

—Eminencia —dijo Gavin a modo de saludo, inclinando la cabeza. La puerta se cerró tras él.

Leveann estaba en su escritorio, con un montón de papeles extendidos que enseguida se apresuró a recoger. Dejó la pluma en el tintero y alzó la vista.

—Alteza, no os esperaba tan pronto de regreso —comentó Leveann, clavando los codos en la mesa y entrelazando los dedos de las manos.

A Gavin le habría gustado detectar cierto fastidio en su voz para confirmar sus sospechas, pero el oráculo supremo era un maestro en ocultar sus emociones.

—La misión ha sido un fracaso, eminencia —comunicó Gavin, con la espalda y los hombros rectos.

Leveann entornó los ojos.

—Ya veo. Una lástima. ¿No pudisteis localizar a Kealis, alteza?

Gavin arqueó una ceja. Había asumido que el fracaso era por no haber encontrado siquiera a la criatura de los bosques.

Porque, según sus planes, de haberse llevado a cabo Gavin estaría muerto.

—No, eminencia. Lo lamento —respondió Gavin, con la barbilla erguida, asegurándose de modular su voz de tal forma que se mantuviera neutra.

Si algo bueno había tenido su educación como príncipe heredero, era que lo habían entrenado en la habilidad de fingir.

—Supone una alteración en nuestros planes, pero no os preocupéis, alteza. Kealis será eliminada tarde o temprano. No podemos permitir que alguien que desea el regreso de las sombras siga campando a sus anchas…

«Pero ¿es ella quien realmente desea el regreso de las sombras?», pensó Gavin, con la duda en su interior. Cuando la había visto, alzándose majestuosa entre sus plantas, no había empleado ningún tipo de poder relacionado con las brumas negras.

—¿Deseáis algo más de mí, eminencia?

Leveann negó con la cabeza.

—Os llamaré cuando decida cuál será nuestro próximo movimiento, alteza.

Gavin dio media vuelta. Tenía la mano en el pomo de la puerta cuando se detuvo, frunciendo el ceño. Miró al oráculo supremo por encima del hombro.

—Eminencia, ¿quién es Saekish?

Leveann, que ya estaba alargando la mano hacia sus papeles, se quedó quieto. Bajó el brazo y clavó en él sus ojos de acero.

—¿Dónde habéis escuchado ese nombre, alteza? —preguntó. Su tono era férreo.

Gavin se tragó su miedo. Sabía que no tenía nada que hacer contra el oráculo supremo si decidía atacarlo, pero supuso que no intentaría nada entre los muros del palacio. Gavin era el príncipe heredero, al fin y al cabo.

«Por eso quiere deshacerse de mí de otra forma —pensó Gavin—. Pero ¿por qué?».

¿Acaso no había sido el propio oráculo supremo el que lo había reclutado para su causa?

—Lo mencionaron nuestros enemigos en mi último enfrentamiento contra ellos, eminencia —mintió Gavin.

Leveann tensó la mandíbula.

—No es más que un nombre sin importancia, alteza. No os preocupéis por ello.

Gavin supo que no iba a conseguir nada más insistiendo, por lo que inclinó la cabeza y salió al pasillo.

Frunció el ceño. El oráculo supremo le había ocultado información deliberadamente.

Se sentía estúpido. Todo ese tiempo había actuado sin cuestionar nada, creyendo ciegamente en el oráculo supremo. Era él quien le había revelado la verdad sobre el emperador, sobre sus crímenes contra la emperatriz, su madre, y contra sus dos hermanos. Gavin se había aferrado a Leveann, considerándolo su salvador, el que impediría que él corriera el mismo destino.

Pero Leveann se había aprovechado de él. Para el oráculo supremo no era más que una simple herramienta.

Extrajo el colgante que llevaba oculto bajo su traje, observándolo mientras caminaba de vuelta a su habitación. Una larga y fina pluma marrón, oscura en el cañón y aclarándose en los extremos, colgaba de un cordón negro. Faltaban algunas barbas y otras tantas estaban despeinadas, revelando el paso del tiempo.

Gavin rio para sus adentros al imaginarse la cara que se le quedaría a Caedra si se enterara de que había llevado una pluma suya con él todos esos años, desde que a la zeafírea se le había caído en los jardines del palacio donde él jugaba.

Gavin siempre había esperado con impaciencia las visitas de aquella chica cuando era pequeño, aunque ella nunca bajara a hablar con él, limitándose a contemplarlo desde el tejado. Nadie más se daba cuenta nunca de su presencia, solo él. Para Gavin había sido su secreto.

Sintió una gran pena cuando la zeafírea no volvió a aparecer. Gavin había crecido sin contacto alguno, excepto con el emperador, el oráculo supremo y un par de criados que nunca le hablaban.

Se había llevado la pluma a Titaia, guardándola como recuerdo de su hogar en sus años de entrenamiento. Le había cogido cariño y la había convertido en un colgante que llevaba siempre.

Acarició la pluma con los dedos, distraído. No quería precipitarse en sus acciones, pero sus sospechas sobre el oráculo supremo estaban casi confirmadas. ¿Cómo debía proceder al respecto?

¿Lo aceptarían Jay y Caedra con los brazos abiertos? ¿Acaso quería él ir con ellos? Pero ¿a dónde iría, si no?

Él siempre había querido luchar junto a Caedra. Era la razón por la que la había invitado a unirse a él. Jay, sin embargo…

Suspiró tristemente al recordar el par de veces que habían cruzado las espadas. Lo había dejado herido de gravedad en su último encuentro en la Tierra.

Gavin había crecido convencido de que Jay era malvado y debía ser detenido. Ahora, en cambio, se abría ante él la posibilidad de recuperar a su hermano, de tener una relación con él.

¿Sería posible? ¿O sería demasiado tarde?

Y, lo más importante de todo: ¿podría marcharse del palacio? ¿Podría desertar sin que nadie se interpusiera en su camino? ¿O ya sospecharía el oráculo supremo también de él?

Tuvo un escalofrío al contemplar la posibilidad de que el oráculo supremo hubiera tenido una visión sobre sus intenciones de cambiarse de bando. Si no había sucedido ya, podría ocurrir en cualquier momento.

Debía irse antes de que Leveann actuara contra él.

***

Alastair derribó al ciervo de un zarpazo, hundiendo los colmillos en su cuello y segando su vida al instante. Su estómago gruñó, impacientándose. Llevaba demasiado tiempo sin comer.

Estaba solo en aquel bosque. Todas las criaturas habían salido huyendo en cuanto lo habían avistado. Incluyendo a la que había terminado siendo su presa, solo que esta no había escapado con la suficiente rapidez.

El dragón estaba a punto de iniciar su festín cuando detectó movimiento a sus espaldas. Se giró, irritado. Djaka aterrizó delante de él.

—¿Qué haces aquí, Djaka? —le preguntó, crispando las plumas de sus alas. No había necesidad de comunicarse por telepatía entre ellos, pues también se entendían a la perfección hablando.

Ella estiró su cuello. Observó el cadáver del ciervo y alzó la vista para clavar sus ojos naranjas en los azules de Alastair.

—¿Supongo que no estarás dispuesto a compartir?

Por toda respuesta, él enseñó los colmillos.

—Dime a qué has venido —ordenó con agresividad. No tenía deseo alguno de hablar con ella, independientemente de que hubiera estado a punto de comer.

Djaka gruñó.

—Yo si fuera tú mediría mis palabras, Alastair —amenazó ella, moviendo de un lado a otro su cola en forma de látigo—. Pensaba que estarías más receptivo a mi presencia después de mi aviso sobre el ataque a Ganthia.

Alastair se mantuvo en silencio. Tenía que admitir que Djaka había sido de gran ayuda entonces, por lo que le permitió seguir hablando.

Ella irguió la barbilla, satisfecha.

—He venido a advertirte sobre algo que te concierne en gran medida, una vez más. He recibido una visión.

Alastair entornó los ojos.

—¿Por qué estás centrando tus energías en mis asuntos? —cuestionó con tono frío.

Al fin y al cabo, Djaka podía influenciar sus propias visiones para que le mostraran lo que ella deseaba. Si creía que con eso iba a conseguir que la aceptara de nuevo, estaba muy equivocada.

Djaka clavó las garras en el suelo, frustrada. ¿Por qué Alastair no apreciaba sus esfuerzos por recuperarlo?

—La visión era sobre esa mortal a la que tanto quieres —dijo con desdén. ¿Cómo podía ser que una criatura tan inferior a ella fuera más importante para Alastair?—. ¿Te gustaría ver qué es lo que le pasa?

Alastair frunció el ceño. Dio un paso hacia Djaka y la miró fijamente a los ojos, estableciendo

el contacto visual que le permitiría a la dragona proyectar en su mente la visión que había tenido.

Y Alastair retrocedió violentamente en cuanto hubo terminado, impactado por lo que había visto. Sacudió la cabeza y se obligó a calmar su respiración, con las pupilas contraídas a meras rendijas. Extendió las alas y alzó el vuelo, sin siquiera despedirse de Djaka.

Ella lo observó marcharse. Para ser alguien que no expresaba sus emociones, Alastair había parecido realmente aterrado.

Aunque había acudido a advertirlo de inmediato, sabía que lo más probable era que, si su visión se cumplía, Alastair no llegara a tiempo.

«Yo he hecho mi parte», pensó, desviando la vista hacia el cadáver del ciervo, que se había quedado abandonado. El ambiente estaba cargado del olor a azufre de la sangre.

Con un poco de suerte, sin esa mortal de por medio, recuperaría la atención de Alastair.

Capítulo 42: Melodía gélida

Era un cálido día de verano. El cielo azul estaba despejado por completo, con el sol en su punto más alto iluminando cada rincón de los jardines del palacio. Las flores, rojas y naranjas, ondeaban con suavidad al ritmo de una ligera brisa. Las copas de los árboles, podadas para que formaran círculos perfectos, ofrecían algo de sombra y en muchos de los rincones sonaban las cigarras, llenando de música el ambiente.

Kendrij y Caedra estaban sentados a la sombra. Kendrij tenía la espalda apoyada en el tronco y Caedra se había recostado en él, con la mano del chico rodeando su cintura. Habían intentado tener un combate de práctica, pero el calor había sido demasiado intenso para ellos y habían terminado refugiándose bajo aquel árbol.

—Adoro el verano, pero a veces es insoportable —comentó Kendrij.

Caedra soltó una carcajada.

—Normal que lo adores. Es cuando los afines al fuego estáis en vuestra mejor época del año. Yo prefiero el otoño.

—Me pregunto por qué —dijo él, irónico. Suspiró pesadamente—. Espero que padre no requiera nada de mí hoy, estoy agotado.

—Dile que no estás disponible —sugirió Caedra.

—Sabes que eso no es posible, Cai —replicó él.
—Pero yo quiero que estés todo el día conmigo… —protestó ella, girándose para abrazarse a él y apoyar la barbilla en su pecho. Alzó la vista para mirarlo.

—Si me lo pides así… —murmuró Kendrij, sonriendo. Se inclinó para acercar su rostro al de la zeafírea—. ¿Cómo voy a decirte que no?

El pulso de Caedra se aceleró al notar los labios del chico sobre los suyos. Sonrió, devolviendo el beso con gusto y echando sus brazos al cuello de Kendrij. Estaban siendo descuidados, pues cualquiera podía salir al jardín en ese momento y verlos. Sin embargo, eran jóvenes, con quince años recién cumplidos, se querían y necesitaban mostrarse su amor siempre que les era posible.

Además, contaban con Hadriel, que nunca andaba lejos, ya que era el guardia personal de Kendrij. Él los avisaría si se acercaba alguien.

Caedra todavía sentía mariposas en el estómago al recordar su primer beso con Kendrij, apenas unas semanas atrás, cuando él le había regalado la lanza. Ella ya era consciente de lo mucho que quería a Kendrij desde hacía tiempo, pero no se había atrevido a hacerse ilusiones. Él era el príncipe heredero de un imperio; ella, una simple zeafírea. Ni de la realeza, ni humana.

A veces le costaba creer lo afortunada que era.

—Podría acostumbrarme a esto —suspiró Caedra, abrazando con fuerza a Kendrij y reposando la cabeza en su pecho. Tenía una sonrisa de oreja a oreja y las mejillas sonrosadas.

Kendrij rio con suavidad. Dejó caer una mano en el pelo de la zeafírea, enrollando uno de sus

largos mechones de pelo blanco en los dedos.

—No seré yo quien te lo impida.

Estuvieron unos segundos en silencio, disfrutando de la compañía del otro, escuchando el canto de las cigarras. Un águila los sobrevoló alto en el cielo, emitiendo un poderoso graznido.

—Mira, Cai —habló Kendrij al oírlo, alzando la vista—. Se parece a ti.

La zeafírea siguió la dirección de su mirada. El águila tenía la cabeza blanca, con las plumas del resto de su cuerpo de color marrón.

—Eres tonto, Ken —rio ella, dándole un toque en el hombro con el puño.

—¡Lo digo en serio! —protestó él, inflando las mejillas para mostrar su indignación—. No era para burlarme.

Caedra puso los ojos en blanco.

—Ya, ya…

Kendrij bajó las manos a los costados de la zeafírea. Acercó sus labios a la oreja de Caedra y susurró:

—¿Acaso voy a tener que mostrarte lo en serio que voy?

Ella arqueó una ceja. Giró la cabeza para mirarlo, pero entonces estalló en carcajadas, retorciéndose. Kendrij le estaba haciendo cosquillas.

—¡Para, para! —exclamó, tratando de atrapar las manos del chico para detenerlo, pero él la esquivaba siempre mientras continuaba con la tortura—. ¡Ken! ¡Te creo, te creo!

Kendrij rio también. Cuando vio que Caedra tenía lágrimas aflorando en los ojos, decidió que ya había sido suficiente.

La zeafírea jadeó, cesando, al fin, sus carcajadas. Le dirigió una mirada acusadora y él sonrió inocentemente.

—Me voy a vengar —amenazó ella—. Y lo sabes.

Kendrij se encogió de hombros.

—Lo estaré esperando con ganas.

Caedra se recostó de nuevo en él y sonrió, acomodada entre sus piernas y con los brazos del chico rodeándola.

—Me quedaría así para siempre… —murmuró ella, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—Sabes que no habrá un «siempre» para nosotros, Cai.

La zeafírea se irguió y giró su cintura al escucharlo, inquieta. ¿Por qué estaba tan serio?

Kendrij no se inmutó ante la mirada rapaz. Sus ojos marrones ya no eran cálidos.

—Te voy a querer siempre, Cai. Pero no voy a estar a tu lado.

—¿Qué…? —balbuceó ella, confusa.

Las cigarras habían dejado de cantar. Ya no había brisa que meciera las flores y las hojas de las copas de los árboles. El sol no calentaba con sus rayos.

Kendrij frunció el ceño.

—No tienes que vengarte del emperador.

¿«Emperador»? ¿Por qué no lo había llamado «padre»?

—Olvídate de la venganza, por favor —prosiguió él, poniendo las manos en las mejillas de Caedra—. No pasa nada. No me debes nada. No tienes que vengar mi muerte.

El corazón de Caedra latía a mil por hora. No comprendía lo que estaba sucediendo. ¿Por qué estaba diciendo Kendrij esas cosas?

—Está bien, Cai. Yo nunca quise que dedicaras tu vida a la venganza.

—¿Qué…? —balbuceó ella de nuevo, apartándose—. No entiendo…
—Me alegro de que hayas encontrado a Jay.

¿«Jay»? Kendrij solo debería conocerlo como «Althalos».

—Le estaré eternamente agradecido por haberte ayudado a vivir de nuevo —prosiguió Kendrij con una sonrisa—. Sé que eres feliz con él. Que fueras feliz era mi único deseo, Cai. Olvida tu venganza.

Caedra apretó los dientes.

—¿Qué está pasando? —preguntó con cierta agresividad. Kendrij trató de poner sus manos en los brazos de la zeafírea, pero ella siguió retrocediendo.

El espacio a su alrededor se empezó a distorsionar.

La mirada de Kendrij se ensombreció. Apretó los labios.

—Puede que nos veamos pronto.

***

Caedra abrió los ojos de golpe. Necesitó un par de segundos para ubicarse y darse cuenta de que todo había sido un sueño. Estaba amaneciendo y seguían en la cueva.

Su pulso continuaba acelerado. Se sentó y respiró hondo. Se llevó una mano a la frente y frunció el ceño.

Había sido normal al principio: el sueño era uno de sus recuerdos con Kendrij. Esto era algo que sucedía de vez en cuando. Sin embargo, en el recuerdo original, cuando se había recostado en él después del ataque de cosquillas, Caedra sabía que los dos se habían quedado dormidos. Lo recordaba con claridad, pues era uno de sus últimos momentos con Kendrij, antes de que este fuera asesinado por el emperador apenas unos días después.

En el sueño, en cambio…, el recuerdo se había alterado. Kendrij había empezado a decir cosas extrañas.
«Olvida tu venganza».

Caedra tuvo un escalofrío al escuchar la voz de Kendrij en su mente. Estaba segura de que todo aquello había sido un espeluznante producto de su imaginación, pero se había quedado desconcertada, igualmente.

Giró la cabeza a la derecha y dio un respingo al ver a Kendrij tumbado a su lado. Parpadeó y se dio cuenta de que era Jay.

La zeafírea se llevó una mano al pecho, sintiendo el acelerado latido de su corazón. ¿Podía dejar su mente de jugarle malas pasadas?

***

Aunque la noche anterior había parecido que el cielo se estaba despejando, el día había amanecido nublado por completo una vez más. Soplaba una brisa fría. El paisaje de tierra y rocas, privado de vegetación, seguía presentando un aspecto deprimente.

Caedra no se había opuesto a continuar el camino cuando Jay había insistido en que ya se encontraba bien. Aunque el chico se había tambaleado un poco al levantarse, no había vuelto a tener problemas después.

Caedra quería dejar atrás esas montañas cuanto antes. No hacían más que recordarle la muerte de su hermano. Y el hecho de que ahora estaba, aparentemente, vivo de nuevo, pero convertido en un títere del oráculo supremo. Era un fantasma del pasado manifestándose para torturarla.

Andaban en silencio. Caedra iba en tensión, pues llevaba un rato con la sensación de que había alguien observándolos. Sin embargo, siempre que miraba por encima del hombro, el camino a sus espaldas estaba desierto.

Escuchó un graznido y alzó la vista al cielo. Un águila de cabeza blanca volaba encima de ellos. Caedra entornó los ojos.

—Vaya, es la primera vez que veo un águila calva en Gea —comentó Jay, que también se había dado cuenta. Sonrió—. También las tenemos en la Tierra.

Caedra no contestó. No sabía por qué, pero ver aquella águila había hecho que su pulso se acelerara, y no precisamente de alegría. Tenía un mal presentimiento.

***

No les quedaba mucho para salir de las montañas cuando el bramido de un trueno rompió el silencio.

Jay gruñó.

—No me lo puedo creer. ¡Otra vez, no!

Caedra alzó la vista al cielo. Las nubes se habían oscurecido considerablemente.

Habría querido buscar refugio de inmediato, pero esa sensación que seguía teniendo de ser observados hizo que dudara. Miró por encima del hombro.

Jay giró la cabeza al ver que su compañera se mantenía en silencio.

—¿Qué ocurre?

—No estoy segura —contestó ella con el ceño fruncido—. ¿No notas nada raro?

Jay arqueó una ceja.

—¿Aparte de la mala suerte de que vaya a llover de nuevo?

Caedra puso los ojos en blanco.

—Déjalo.

Jay miró a un lado y a otro. Estaba impaciente por salir de aquellas montañas, pero había aprendido la lección tras lo sucedido un par de días atrás. No divisó ninguna cueva.

—Tendremos que seguir andando hasta encontrar refugio —dijo fastidiado.

Caedra asintió con la cabeza y reanudaron la marcha.

Media hora más tarde, las primeras gotas empezaban a caer del cielo, mojando la tierra a sus pies. Jay maldijo entre dientes.

—¿Qué hacemos? No hemos encontrado ningún sitio para esperar a que pase la tormenta —dijo Jay, preocupado.

Al mirar a Caedra, sin embargo, se dio cuenta de que no lo estaba escuchando. La zeafírea se había quedado quieta, con la cabeza erguida y los ojos entornados, pendiente de algo.

—Cai, ¿qué…?

Soltó una exclamación cuando Caedra lo embistió. Una lanza atravesó el espacio en el que habían estado un segundo antes.

Los dos rodaron por el suelo. Jay gruñó, pues ahora sentía fuertes pinchazos de dolor en la cabeza. Caedra pasó un brazo por su cintura y lo ayudó a levantarse.

Jay observó con los ojos muy abiertos la lanza, clavada en una roca.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Allí! —señaló Caedra.

Un familiar zeafíreo de largo pelo blanco, alas marrones y un cuerno partido volaba a gran velocidad hacia ellos. Caedra y Jay saltaron en direcciones opuestas para esquivarlo.

Loure recuperó su lanza y se giró en silencio para encararlos.

—¡No me lo creo! —ladró Jay. Corrió para ir junto a Caedra, que no apartaba la vista de su hermano.

Era él quien los había estado siguiendo todo el día, pero, aunque ella había percibido algo, él lo había hecho con gran habilidad. Caedra no había sido capaz de localizarlo en ningún momento y había llegado a pensar que lo estaba imaginando.

La lluvia cobró fuerza. Jay apretó los dientes. Su fuego acababa de quedar inutilizado.

Caedra también se dio cuenta de esto y entendió por qué Loure había tardado tanto en atacarlos. Estaba esperando a que arrancara la tormenta para que Jay estuviera en desventaja. Ella tampoco podría emplear la electricidad, pues esta se descontrolaría con tanta agua a su alrededor…

En otras circunstancias, habría sido más optimista respecto a sus posibilidades de salir con vida de aquel enfrentamiento. Tal y como estaban, sin embargo, todo se complicaba. No solo Jay no podía emplear sus poderes elementales, sino que además ni él ni Caedra se habían recuperado todavía de las heridas sufridas por el desprendimiento. Jay seguía mareándose si no tenía cuidado por el golpe en la cabeza, aún vendada, y Caedra no podía maniobrar con facilidad por las costillas y las alas rotas.

Loure había escogido el momento perfecto.

—Jay —susurró Caedra, aprovechando que Loure no se había movido todavía. Se limitaba a observarlos y Caedra se preguntó en qué estaría pensando. La zeafírea desenganchó los abanicos del cinto—. Necesito que hagas lo que te diga.

Jay asintió.

—Dime qué necesitas.

—Voy a encargarme de distraer a Loure y tú te vas a ir, ¿de acuerdo?

Jay giró la cabeza con tanta rapidez hacia ella que su cuello protestó.

—¿Qué? Ni hablar —dijo, muy serio.

—Jay, tienes que ser realista. No vamos a vencerlo en estas condiciones —replicó Caedra, alternando entre mirarlo a él de reojo y vigilar a Loure. Abrió los abanicos—. Así, al menos, uno de los dos podrá escapar.

—¿Acaso te marcharías tú si te digo que lo voy a distraer yo? —contestó Jay con cierta agresividad.

Caedra abrió la boca para responder. Loure escogió ese momento para atacar al fin.

La zeafírea se puso delante de Jay y movió los abanicos con rapidez. Su corriente de aire chocó con el viento huracanado que había enviado Loure contra ellos. Hubo algo de resistencia, pero ambos ataques terminaron fusionándose en un tornado que enseguida se disolvió, forzando a los tres a retroceder por el viento que salió despedido en todas direcciones.

Jay desenvainó la espada. No podía contar con el fuego para lanzar proyectiles a distancia, por lo que tendría que aprovechar cualquier oportunidad para acercarse. Si no estuviera todavía tan débil, habría intentado desplazarse entre las sombras para aproximarse. Sin embargo, le preocupaba que la herida en la cabeza lo dejara mareado en el proceso.

Caedra deslizó el abanico en diagonal y de él salió disparada una ráfaga de aire afilado. Loure alzó el vuelo para esquivarla. La roca tras él quedó partida por la mitad.

Las agujas de agua los acribillaban a todos por igual, pero Loure no se mostraba afectado por ello. Jay maldijo entre dientes, apartándose el flequillo mojado de la frente.

Loure elevó el brazo. Caedra hizo ademán de estirar los dedos para disparar un rayo, pero se frenó a tiempo, recordando que no sería buena idea en medio de la tormenta. Si tuviera el mismo control que Valikia de la electricidad, haría descender un rayo del cielo. Por desgracia, Caedra estaba muy lejos de tener ese poder.

La lanza de Loure silbó en su dirección. Caedra cruzó los abanicos delante de su pecho y separó

ligeramente las piernas, con todos los músculos en tensión. El arma impactó con fuerza, dejando una muesca en los abanicos. Aunque fue capaz de evitar la atravesara, Caedra salió disparada hacia atrás.

Loure descendió con rapidez sobre Jay. El chico blandió la espada y el zeafíreo maniobró en el aire para no ser cortado por el acero.

Caedra se estaba incorporando con cierta dificultad, resollando por el dolor en las costillas, que le impedía respirar correctamente. Loure giró la cabeza hacia ella y Caedra se quedó rígida al notar su mirada rapaz.

«¿Por qué? —pensó, desolada, mientras la lluvia seguía calándola hasta los huesos—. ¿Por qué me atacas?».

Reconoció el movimiento de sus brazos y la forma en la que estiró las alas. Caedra intentó repetir la estrategia del principio del enfrentamiento, pero esta vez no desplazó sus abanicos con la suficiente rapidez. Gritó al ser alcanzada por el viento huracanado. Impactó con fuerza contra las rocas y, con un chapoteo, cayó al barro, de donde no se movió.

—¡Cai! —la llamó Jay, consternado, con el corazón latiendo a mil por hora. Pero, por más que insistió, ella no se levantó.

Jay iba a ir hacia ella, pero Loure no estaba dispuesto a darle la oportunidad. El zeafíreo descendió a gran velocidad y, rotando sin detenerse, estiró el brazo y recuperó su lanza del suelo. Voló hacia Jay.

El chico ya estaba preparado para recibirlo con la espada. Ambas hojas metálicas chocaron, y Jay clavó los pies en la tierra para no retroceder. Apretó los dientes, pues el zeafíreo batía las alas con fuerza, ejerciendo presión.

—¡¿Por qué nos atacas?! —vociferó Jay.

Se vieron obligados a separarse, pero Loure ya estaba deslizando su lanza por el aire de nuevo. Jay la frenó y dio una estocada. Solo consiguió rasgarle levemente el costado.

—¡Caedra es tu hermana! —continuó Jay, jadeando. Loure echó su arma hacia delante con brusquedad, queriendo atravesarlo con ella. Jay saltó y la evadió por los pelos—. ¡Loure! ¡A mí también me conoces! ¡Estuvimos juntos en las minas! ¿No te acuerdas?

Su enemigo se mantuvo en silencio, observándolo con aquellos ojos vacíos. Jay no entendía nada. Ni siquiera Ayla, cuando todavía estaba de parte del oráculo supremo, había tenido esa mirada carente de vida. Se había mostrado inexpresiva, pero había hablado, había interactuado con ellos. Había una diferencia. Y a ella también le habían borrado la memoria previamente.

¿Por qué era distinto con Loure?

Jay repelió con su espada la lanza y Loure alzó el vuelo, alejándose. Pero Jay sabía que no se había marchado.

Parpadeó repetidamente para impedir que el agua de la lluvia le entrara en los ojos. Miró a un lado y a otro, con su pulso tan acelerado que casi sentía el corazón en la garganta. Aunque él no veía nada debido a la oscuridad de la tormenta, era muy consciente de que los zeafíreos tenían la mejor visión de todas las razas de Gea.

Gritó al ser alcanzado por una corriente de viento en el costado derecho. Cayó unos metros más lejos y rodó por el barro, gruñendo por el dolor. Su espada había salido volando por los aires.

Apretó los puños y se forzó a ponerse en pie, pero todo le dio vueltas y apretó los ojos, mareado. Esto le costó ser golpeado por otra ráfaga que lo mandó de espaldas al suelo.

Jay tosió. Clavó los codos en la tierra y trató de incorporarse. Pero Loure ya había aterrizado junto a él y había alzado la lanza, dispuesta a clavársela en el pecho.

—¡No te atrevas a tocarlo! —bramó la furiosa voz de Caedra entre la tormenta.

Jay abrió los ojos como platos al ver a su compañera embestir a Loure. Los dos rodaron por el suelo cuesta abajo hasta chocar contra unas rocas.

Caedra jadeó, luchando por mantenerse consciente. El lateral izquierdo de su cabeza sangraba en abundancia. Loure se incorporó y ella lo imitó, aunque sus piernas temblaron.

—¡Loure, por favor, escúchame! —suplicó la zeafírea entre lágrimas, aunque no se distinguían con la lluvia—. ¡Soy Caedra! ¡Tu hermana!

Loure la ignoró. Rotó sobre su propio eje y la golpeó en las costillas con el astil de la lanza, haciéndola retroceder y cortándole la respiración. Caedra se tambaleó, mareada. No tenía sus abanicos y estaba prácticamente indefensa a tan poca distancia de su contrincante.

Jay se había levantado y corría hacia ellos tras haber recuperado la espada. Palideció al ver cómo Loure iba hacia Caedra, implacable. No iba a llegar a tiempo para interponerse. Sus piernas y pulmones ardían, ignoraba el estómago revuelto por el mareo y se forzaba a ir más deprisa, como fuera, para llegar hasta Caedra. Pero no iba a a ser suficiente.

—¡No! —gritó Jay, con la pupila tan contraída que apenas era un punto, al mismo tiempo que Loure movía su lanza.

Caedra se quedó congelada, abriendo los ojos como platos. Trató de decir algo, pero lo único que brotó de su garganta fue un gemido de agonía. Bajó la vista, temblando. La lanza de su hermano le había atravesado el abdomen por completo, con la hoja metálica, roja escarlata, brotando por su espalda.

Y para Jay fue como si, por un instante, el mundo a su alrededor se hubiera detenido. Las gotas de lluvia se quedaron suspendidas en el aire mientras él veía el frágil cuerpo de Caedra atravesado por aquella terrible lanza, mientras presenciaba a la persona más importante para él ser atacada sin piedad por quien años atrás había cuidado de ella…

Y el tiempo se reanudó. El agua cayó con fuerza de nuevo, sin piedad.

—¡¡Cai!! —El desgarrador grito de Jay atravesó la montaña. Se detuvo, jadeando, a apenas un metro de ellos, el hielo en sus venas. Se negaba a creer lo que acababa de suceder. Había fallado. No había sido capaz de proteger a Caedra.

Jay soltó la espada sin darse cuenta, vacío. Lo único que escuchaba era el latido frenético de su propio corazón.

«No. No. No», pensó una y otra vez mientras su respiración se aceleraba.

Loure miró a Caedra sin emoción alguna en sus ojos.

—Lo… —Ella trató de pronunciar su nombre, pero la sangre había subido a su garganta, impidiéndole hablar.

¿Acaso iba a morir a manos de su propio hermano?

Un rugido estridente, cargado de furia, retumbó por todo el lugar. Varias piedras rodaron por las paredes rocosas. Jay alzó la vista, aterrado. Un majestuoso dragón blanco aterrizó con la fuerza de un vendaval junto a ellos, provocando un ligero temblor en la tierra.

Alastair. Llegaba tarde.

Loure extrajo su lanza y retrocedió. Caedra ahogó una exclamación y se tambaleó, tratando de aferrarse a algo. Su camisa se estaba llenando de rojo con rapidez. No percibía lo que pasaba a su alrededor con claridad, todo eran manchas borrosas. Solo se dio cuenta de que estaba cayendo hacia atrás cuando alguien la atrapó en sus brazos.

—Caedra. —Era la voz de Alastair, fría, pero reconfortante. ¿Qué hacía ahí?—. Aguanta…

—¿A… las… tair? —Caedra apenas logró hablar. La sangre se deslizaba en forma de hilos por las comisuras de sus labios.

Alastair llevó la mano a la herida en el abdomen de la zeafírea y presionó, congelándola, pero sabía que era inútil. No solo estaba perdiendo sangre con rapidez, sino que el daño a sus órganos internos era irreversible sin nadie para curarla.

Alastair, sin soltar a Caedra, alzó la mano, tratando de reprimir el temblor provocado por el pánico ante lo que estaba sucediendo. Clavó sus ojos de hielo en la sangre que la cubría mientras se fusionaba con la lluvia. Sus pupilas se contrajeron, la terrible realidad lo golpeó y cayó de rodillas al suelo, Caedra con él.

Jay observaba con los ojos abiertos como platos. La furia empezó a burbujear en su interior y la temperatura ascendió con rapidez.

—No, no, no… —murmuró una y otra vez, apretando los puños con tanta fuerza que las uñas perforaron la piel de sus manos.

El agua empezó a evaporarse de su ropa. Jay se giró con brusquedad, clavando su mirada incendiada en Loure, que se preparaba para huir, consciente de que no podría hacer nada contra Alastair si este se transformaba en dragón de nuevo.

—¡¿Qué has hecho?! —bramó Jay.

Su cuerpo entero se envolvió en fuego blanco, ignorando la lluvia a su alrededor. Con un rugido de pura ira, lanzó la gigantesca llamarada hacia su enemigo.

Pero Loure alzó el vuelo y la esquivó. Se perdió con rapidez en la oscuridad de la tormenta y Jay, drenado de energía por completo, cayó de rodillas al suelo, mareado. Su ropa estaba chamuscada y su piel tenía algunas quemaduras. El agua de la lluvia lo empapó de nuevo.

Resollando, Jay se obligó a ponerse en pie. Se tambaleó hasta donde estaban Alastair y Caedra.

Caedra yacía en los brazos de Alastair. La zeafírea trataba de enfocar el rostro del hombre, pero su visión se llenaba de puntos negros con rapidez. Alastair limpió la sangre que se deslizaba desde su brecha en la cabeza para que no le entrara en los ojos.

—Alastair… —Caedra tosió, escupiendo más sangre. Alastair la inclinó hacia delante con suavidad para que no se ahogara—. No… puedo…

—Estoy contigo —dijo Alastair, clavando los dedos en su piel, pero Caedra escuchaba su voz, impregnada de dolor, muy lejos.

La zeafírea era muy consciente de lo que estaba sucediendo. Hacía rato que había dejado de notar el ardor paralizante de su herida en el abdomen, sustituido por el frío que la estaba invadiendo por dentro. Sus párpados eran de plomo y tenía que luchar para mantenerlos abiertos. Cada segundo que pasaba, cada bocanada de aire, sentía que sus fuerzas la abandonaban más y más.

No podía terminar todo así. No había vengado el asesinato de Kendrij. No había matado al emperador. No podía abandonar a Jay. Tenía asuntos pendientes.

Y Alastair no dejaba de observarla, con la mandíbula en tensión y un profundo sufrimiento reflejado en sus ojos. Se iba rompiendo por dentro. Sabía que estaba perdiendo a Caedra y que no había nada que pudiera hacer para salvarla. La herida era mortal. Sin la zeafírea no habría nadie que recompusiera los pedazos que quedaran de él.

Se había prometido que no permitiría que le pasara nada a Caedra, que la protegería con su propia vida si era necesario. Ella lo había ayudado cuando más necesitó una luz en la oscuridad, había sido quien le devolvió las ganas de vivir, quien le había dado algo por lo que merecía la pena luchar.

Y había fracasado. Había llegado tarde. No había podido protegerla.

No tendría que haberla dejado marchar en aquel viaje, lejos de él. O tendría que haberla acompañado. Pero su arrepentimiento no arreglaría nada.

—Caedra… —murmuró Alastair. Su voz carecía de su característica frialdad y fuerza—. Lo siento.

Ella lo miró, incapaz de hablar. Su respiración era cada vez más débil.

Jay tomó una de las manos de la zeafírea entre las suyas. Estaba helada.

—Cai —la llamó él con voz ahogada, apretando los dedos—. Vamos, tú puedes con esto. Puedes con todo, ¿recuerdas?

Caedra ladeó la cabeza, tratando de enfocarlo. Jay tenía la visión nublada por las lágrimas.

—No me dejes solo —suplicó él, luchando por respirar en medio de la angustia que amenazaba con asfixiarlo. Apenas notaba las extremidades; se le estaban durmiendo por el pánico—. Cai, por favor…

Era una pesadilla. Tenía que ser una pesadilla.

—Ja… y…

—Estoy contigo —dijo Jay de inmediato. Sus hombros temblaban. Sentía una desagradable presión en el pecho, como si alguien le estuviera clavando una daga una y otra vez. El dolor era demasiado real para ser una pesadilla—. Aguanta, por favor…

Alastair posó la mano en la mejilla de Caedra y giró su cabeza con suavidad para que lo mirara.

Clavó sus ojos de hielo en los amarillos de la zeafírea.

«Caedra, ¿me oyes?», dijo, intentando comunicarse con ella por telepatía.

«¿Alastair?», contestó Caedra, aterrada. Hasta sus pensamientos eran confusos ya.

Se desvanecía, y no había nada que pudieran hacer para impedirlo. Alastair sabía que no tenía mucho tiempo. Congelar su herida solo les daba unos cuantos valiosos segundos más.

«Soy yo, tranquila», dijo él, acariciando su pelo con delicadeza.
Caedra se relajó en sus brazos.

«¿Cuidarás de Jay?», le pidió ella.

Alastair apretó los dientes. ¿Cuidar de Jay? Lo que quería era descargar toda su furia en el chico.

«Alastair…», insistió ella al ver que no respondía. Necesitaba saber que Jay estaría en buenas manos. De haber tenido fuerza para ello, su corazón se habría acelerado por el miedo.

«Sí. Cuidaré de él», prometió Alastair de inmediato al percibir el pánico de Caedra.

«Gracias…».

Caedra bajó ligeramente los párpados. Alastair se tensó. El pulso de la zeafírea era tan lento…

Su mente se oscurecía y Caedra luchó por mantenerse despierta, pero era una batalla perdida. Le habría gustado ver los rostros de Jay y de Alastair una última vez…

¿Podría, al menos, reunirse con Kendrij y con Hadriel? Seguro que la estaban esperando con los brazos abiertos.

«Alastair… Gracias por estar conmigo. —Su voz era ya casi imperceptible. Alastair no estaba preparado para dejar de escucharla. Y Caedra necesitaba expresar algo más antes de perder la oportunidad para siempre—: Te quiero. Y dile a Jay que…».

Caedra calló. Alastair quiso responder.

Fue incapaz.

La mirada de Caedra se había apagado. Su pecho había dejado de subir y bajar.

Su pulso se paró.
Alastair tardó unos segundos en reaccionar. Se quedó con los ojos muy abiertos, incapaz de respirar; la frialdad más absoluta se apoderaba de su corazón. Contempló los ojos amarillos de Caedra, carentes de aquel brillo que le había cambiado la vida. Se le formó un nudo en la garganta y apretó los dientes, expulsando el aire en un suspiro tembloroso.

No estaba. La voz de Caedra había desaparecido de su mente. Ya nunca volvería a escucharla. Ya nunca tendría la oportunidad de decirle lo mucho que significaba para él. Ya nunca sentiría aquella increíble calidez en el pecho cuando la zeafírea sonreía…

Arrancarse el corazón habría dolido menos que ver marcharse a Caedra. El hielo en su interior estalló en agónicas llamas que lo abrasaron por dentro, lo desbordaron, hicieron que explotara por el mayor dolor que sentiría en su vida.

Y Jay observó rígido cómo Alastair, siempre tan inexpresivo, echaba la cabeza hacia atrás y liberaba un desgarrador grito de profunda agonía. El sonido retumbó en la mente de Jay, que supo de inmediato lo que había sucedido.

Pero se negaba a creerlo.

La tormenta continuaba, incesante, ajena a su tristeza.

Alastair, abatido, no opuso resistencia cuando Jay le arrebató a Caedra. El chico abrazó el cuerpo de la zeafírea con desesperación.

—Cai, Cai, vamos, responde —suplicó Jay, con las manos temblando. Caedra estaba fría. Muy fría. Demasiado fría—. Por favor, por favor…

Su rostro estaba pálido, manchado de sangre. Sus ojos rapaces, aquellos que siempre le brindaban tranquilidad, carecían de brillo.

No. No. No.

No era posible. Caedra y él juntos eran invencibles. Nada había podido detenerlos nunca. Siempre habían superado cualquier obstáculo que se hubiera interpuesto en su camino.
Caedra había estado con él desde el principio. Y tenía que estar con él hasta el final.

No podía estar muerta.

El pulso de Jay se aceleraba cada vez más. Presionó sus labios contra los azules de la zeafírea, sin importarle mancharse con su sangre, en un desesperado intento por hacer que respirara de nuevo.

«Vamos, Cai, vamos», pensó él, desolado, negándose a rendirse.

Pasaron los segundos y ella no reaccionó, gélida.

—Jay. Es inútil.

Ignoró la voz rota de Alastair. Abrazó de nuevo a Caedra, sollozando. Puso una mano en el pelo sucio de la zeafírea y presionó la cabeza de ella contra su pecho, llorando, llorando…, y llorando.

—¡Cai! —gritó, el terror se apoderaba de él—. Cai, por favor, te necesito a mi lado… —Acarició sus mechones grises con los dedos rígidos. Luchaba por tomar bocanadas de aire, se atragantaba por el pánico, el horror, tosía y sus pulmones ardían. No podía vivir sin ella—. ¡Por favor!

Esperó a que ella hablara, que le dijera cualquier cosa, que se moviera, que alzara la vista, que sonriera, que lo tranquilizara.

Solo hubo silencio.

Jay apartó a Caedra para observar su rostro inerte. Sus continuas lágrimas cayeron en el cuello de la zeafírea, mezcladas con la lluvia.

Apretó los ojos y clavó los dedos en su piel helada.

—Cai… ¿Por qué…? —Su voz se partió.

Alastair lo observaba, en silencio. Seguía con las rodillas hundidas en el barro, sus manos

manchadas con la sangre de Caedra. No sentía por dentro, incapaz de reaccionar.

Había perdido a la persona más importante para él. No había podido hacer nada para salvarla.

Caedra estaba muerta. Y así se sentía él también.

Capítulo 43: Canción congelada

Jay estaba sentado al fondo de la cueva, abrazado a sus rodillas, con la frente apoyada en ellas. Mantenía su rostro oculto, sin decir nada. Sus sollozos eran ahogados por el sonido de la tormenta que todavía arreciaba en el exterior. No se veía nada más allá de la capa de agua que se deslizaba por la entrada del refugio.

Le dolía la cabeza de tanto llorar. Pero no era capaz de parar. Su corazón estaba destrozado. Para siempre.

Apretaba los ojos y su mente volvía al momento en el que la lanza atravesaba el cuerpo de Caedra. Al momento en el que él había abrazado su cuerpo helado, inerte. Al momento en el que habían enterrado su cuerpo frío, sin vida, en la tierra, convertida en barro por la lluvia.

Alastair no había pronunciado ni una sola palabra. Jay estaba aterrado. El hombre irradiaba un aura peligrosa, y el chico habría preferido poner distancia por medio. Mientras que él estaba pegado a la pared del fondo, Alastair se mantenía de pie junto a la entrada, cruzado de brazos, observando la tormenta.

Para Jay era extraño. Alastair no había derramado ninguna lágrima. Se mantenía inexpresivo, en silencio. ¿Acaso no le había afectado la muerte de Caedra? Pero aquel grito de agonía…

Jay, confuso y asustado, se sentía solo, perdido. ¿Cómo iba él a seguir adelante sin Caedra? No estaba preparado para enfrentarse al mundo sin ella a su lado.

Si aquello no era más que una macabra pesadilla, no sabía a qué estaba esperando su mente para despertarlo.

Escuchó el ruido de pasos. Irguió la vista, frunciendo el ceño, parpadeando repetidamente en un intento de disipar el velo de lágrimas. Alastair había inclinado la cabeza para observarlo con frialdad. Sus ojos de hielo, que ya habían dejado de resultarle tan intimidades según lo iba conociendo, le provocaron un escalofrío. Brillaban con ira contenida y Jay se sintió como una presa acechada por un terrible depredador.

—Jay, ¿eres consciente de lo que has hecho?

—¿Qué…? —balbuceó él, confuso.

Alastair entornó los ojos. Un trueno retumbó en la distancia.

—Tu actitud temeraria, tu estupidez al negarte a ver los riesgos que tus actos conllevaban, le ha costado la vida a Caedra.

El hielo se asentó en el cuerpo de Jay, sus músculos rígidos por completo. Abrió la boca para replicar, pero su mandíbula se quedó desencajada. Lo único que brotó de su garganta fue un quejido.

Porque sabía que tenía razón.

—Esto no habría sucedido si me hubieras hecho caso desde el principio —prosiguió Alastair, con su tono gélido como el más frío invierno—. La única razón por la que no te he matado ya es porque le prometí a Caedra que cuidaría de ti. Pero también le prometí que te mataría con mis

propias manos si no eras capaz de protegerla en esta misión…

Jay ahogó un sollozo. Sintió un fuerte pinchazo en el corazón, no por la amenaza de Alastair, sino por lo que significaban sus palabras: le había fallado a Caedra. Era consciente.

—Voy a intentar arreglar esto. Si no lo consigo…, reza para que mi amor por Caedra sea mayor que mi odio hacia ti —espetó Alastair y dio media vuelta.

—¡Espera! —exclamó Jay, extendiendo un brazo hacia él.

Alastair lo miró por encima del hombro con expresión de desprecio.

—¿A dónde vas? —quiso saber Jay, en tono mucho más bajo, encogiéndose. No quería quedarse solo…

Pero Alastair no contestó. Se dirigió a la salida de la cueva y se envolvió en un brillo blanco. El dragón batió las alas y alzó el vuelo, perdiéndose en la tormenta.

***

No podía quedarse de brazos cruzados. Se negaba a dejar así las cosas. Tenía que hacer algo.

Estaba roto por dentro. Había perdido las ganas de vivir. Quería desatar su furia en el mundo y que todos sufrieran como él. Su ansia de venganza amenazaba con consumirlo.

Pero tenía que intentarlo. No se detendría hasta conseguirlo.

Iba a traer a Caedra de vuelta. Daba igual el precio a pagar.

Alastair aterrizó en un acantilado de roca negra. Era de noche y la luna nueva dejaba el lugar en una oscuridad casi total. El mar, agitado, atacaba con fiereza el risco. Las olas chocaban violentamente y el agua salpicaba en todas las direcciones.

Esto no le importó a Alastair, que se transformó en humano y esperó, sin moverse. Solo pasaron unos minutos hasta que apareció alguien más detrás de él.

Djaka lo observó con cautela, con su largo pelo azul ondeando caóticamente de un lado a otro agitado por el viento.

—La zeafírea ha muerto —adivinó Djaka, quedándose quieta un par de pasos detrás de él.

Alastair se giró de golpe. La mujer abrió los ojos como platos cuando los fríos dedos del hombre se cerraron en torno a su garganta.

—Pudiste haberme avisado antes —siseó Alastair, presionando. Su pupila no era más que una fina rendija.

—Lo hice… en cuanto lo supe… —luchó por decir Djaka, arañando los brazos de Alastair. Se retorcía, intentando respirar.

Alastair la soltó y Djaka retrocedió, tambaleándose hacia atrás. Se llevó una mano al cuello, jadeando.

—¿A qué ha venido eso? —gruñó Djaka, mirándolo con la furia reflejada en sus ojos naranjas.

Él la ignoró.

—Devuélveme al pasado.

Djaka frunció el ceño. Se irguió y se cruzó de brazos.

—Sabes que no puedo hacer eso, Alastair.

—No vas a impedirme que salve a Caedra —declaró Alastair con fiereza. La roca a sus pies se cubrió de escarcha.

—Conoces las reglas: alterar el pasado puede romper el delicado equilibrio de la línea del tiempo —replicó ella, alzando la barbilla. No iba a dejarse intimidar, a pesar de la furia que demostraba él—. ¿Realmente estás dispuesto a arriesgarlo todo por una simple mortal?

—Sí.

Djaka apretó los dientes ante la seguridad de Alastair. Su sangre burbujeó con el desagradable ardor de la envidia.

¿Qué tenía esa zeafírea que ella no?

—Puede que tú estés dispuesto a arriesgarlo todo. Yo, no —sentenció Djaka, implacable—. Tu regreso del futuro fue un caso diferente: procedías originalmente de este tiempo; volviste tanto con tu cuerpo como con tu conciencia. De enviarte al pasado, viajarías con tu conciencia únicamente.

—Lo sé —gruñó él, impacientándose. Conocía la teoría a la perfección; Djaka le había ido explicando todos sus descubrimientos cuando aún eran jóvenes, apenas unas crías, y estaban juntos.

Por eso mismo sabía que, cada segundo que pasaba, la posibilidad de alterar el pasado se reducía más y más a medida que este se iba petrificando, quedando escrito para siempre. La arena en el reloj caía con rapidez.

—Cambiar el pasado podría provocar una reacción en cadena que culmine en la destrucción de Gea —susurró Djaka—. Alastair, asúmelo: está muerta y no hay nada que podamos hacer. ¡No es más que una simple mortal!

Alastair rugió. Estacas de hielo se materializaron de la nada, volando hacia Djaka. Ella gritó, cruzando los brazos delante de su rostro.

Los carámbanos se detuvieron, congelados en el aire a escasos milímetros de su piel.

Djaka se quedó rígida, con los ojos abiertos como platos.

—Alastair… —murmuró. Su voz tembló.

—Jamás vuelvas a decir que Caedra no es más que una simple mortal —dijo Alastair con una aterradora frialdad—. Caedra es lo único que me importa en este miserable mundo. —Su voz se partió. Respiró hondo y apretó los puños—. Está muerta, sí. Pero voy a cambiarlo. Te guste o no.

Djaka lo observó fijamente, ignorando por un momento los carámbanos de hielo que acabarían con su vida en cuanto hiciera el más mínimo movimiento.

Alastair la amenazaba, mostrando su furia por fuera. Pero ella lo conocía. Y podía ver que escondía una terrible desolación por dentro.

¿Realmente significaba tanto para él aquella mortal?

***

Las estrellas brillaban con intensidad aquella noche, pintando el cielo de luces blancas, azules y violetas, que iluminaban el mar con su reflejo. Se encontraban en su acantilado favorito, en una playa de roca negra que nadie más conocía. Sus únicos acompañantes eran las diminutas luciérnagas que revoloteaban de un lado a otro, buscando emparejarse.

Djaka liberó un suspiro de felicidad, recostada en el dragón blanco tumbado junto a ella.

—Alastair, ¿me quieres?

Él ladeó la cabeza para mirarla. Sus ojos relucieron, divertidos.

—No lo sé… ¿Tú qué crees?

Djaka gruñó, pero solo le estaba siguiendo el juego. Tuvo que contener la risa.

—Pienso que me cambiarías por el primer manjar suculento que detectaras con tu olfato —bromeó.

Alastair fingió pensarlo, frunciendo el ceño.

—Quizás…

La dragona azul soltó una carcajada. Le dio un ligero cabezazo.

—¡Alastair!

—Está bien, está bien… —cedió él, riendo por lo bajo. Se puso serio y la miró fijamente a los ojos—. Te quiero, Djaka. Jamás lo dudes. Eres lo más importante para mí. Eres quien hace que me levante por las mañanas con ganas de enfrentarme al mundo. Te defendería con mi vida si fuera necesario, hasta mi último aliento. Y si alguien se atreviera a apartarte de mi lado…

—¿Qué harías? —inquirió Djaka, que escuchaba con atención, al ver que se quedaba callado. Movía su larga cola en forma de látigo con suavidad de un lado a otro, expectante.

Alastair la cubrió con una de sus grandes alas de plumas blancas. Se acercó a su oído y le susurró:

—Quemaría Gea entera.

***

Djaka sintió una desagradable opresión en el pecho.

«¿Quemarías Gea por esa mortal, Alastair?», pensó, hundiendo los hombros.

—¿Tanto la quieres? —musitó, con tono apagado.

—Sí —declaró él sin dudarlo. Dio un paso hacia ella—. Djaka, si todavía significo algo para ti, como tú te empeñas en insistir…, devuélveme al pasado. —La miró directo a los ojos—. Solo así podré perdonarte por tu traición.

Djaka suspiró profundamente. No se le escapó el detalle de que Alastair le estaba ofreciendo un

trato en vez de forzarla a cumplir sus deseos. Y que estaba dispuesto a perdonarla a cambio de su ayuda.

—Alastair —empezó ella, modulando su voz para que se escuchara neutra, sin reflejo de sus emociones—. Viajar al pasado supondrá un trauma para tu mente. Cuando te despiertes en el pasado, es posible que tu fatiga por el viaje te impida siquiera actuar.

—Asumo el riesgo —asintió él. No pensaba fallar.

—Mi poder, como sabes, es limitado —prosiguió Djaka—. No soy una diosa, como las criaturas de Gea piensan. Puedo crear portales a un futuro incierto sin problema. Enviarte a un pasado escrito en piedra, sin embargo, será un tremendo esfuerzo para mí: no tendrás una segunda oportunidad. Si fallas, tendrás que asumirlo.

—Lo sé.

—Puede que me lleve siglos recuperar la energía para hacer otro viaje. Si accedo ahora a tu petición, independientemente de que tengas éxito en tu intento o no, no podrás acudir a mí de nuevo, pues ya no podré ayudarte —advirtió ella—. Y, debido al límite de poder, dudo que sea capaz de hacerte retroceder a más de unas horas antes de los eventos que presencié en mi visión. Es posible que llegues tarde otra vez.

Alastair endureció la mirada.

—No fallaré.

Djaka suspiró con tristeza.

—Está bien. Te ayudaré.

Alastair dejó que las estacas de hielo cayeran al suelo, haciéndose añicos. Djaka se cruzó de brazos.

—Sin embargo —continuó, con más calma ahora que ya no se veía amenazada—, debes entender que el destino es caprichoso. Y si alguien muere, le gusta que siga muerto… ¿Me entiendes?

Alastair tensó la espalda, pero asintió con rigidez.

—Si salvas a Caedra, el destino buscará corregir esa alteración —explicó Djaka, pues no quería dejar lugar a ninguna duda—. Estará condenada a morir igualmente.

—Me aseguraré de que eso no suceda —dijo él con firmeza. Había fallado una vez. No cometería más errores.

—Y, si salvas a Caedra…, tendrás que ofrecer algo a cambio —concluyó Djaka, bajando los párpados. Necesitó unos segundos para reunir fuerzas para lo que iba a decir a continuación—: Perderás la inmortalidad.

Alastair entornó los ojos.

—¿Por qué?

—Si quieres mantener el equilibrio de la línea temporal, su vida debe ser compensada con otra muerte. Tu caso, al ser inmortal, es especial. Has vivido durante milenios; tu vida tiene mucho más peso que la de Caedra. Por tanto, despojarte de tu inmortalidad sería pago suficiente para el

destino en ese aspecto. Del mismo modo que nos fue otorgada, la inmortalidad puede ser arrebatada.

Alastair frunció el ceño. La inmortalidad, efectivamente, le había permitido vivir tanto tiempo, experimentar tantas cosas, presenciar la evolución de Gea. La inmortalidad le daba la tranquilidad de saber que tenía toda una eternidad por delante para sus propósitos.

Sin embargo, ¿de qué servía esa inmortalidad si no podía estar con aquellos a los que más apreciaba? ¿De qué servía tener todo el tiempo del mundo si estaba solo?

Siempre le había preocupado el hecho de que llegaría el día en el que Caedra no estaría y él seguiría en Gea. Era un malestar que lo perseguía desde que la conoció, recordándole en cada momento que pasaba con la zeafírea que ella desaparecería y lo abandonaría.

Únicamente, no había esperado que esto sucediera tan pronto y en esas terribles circunstancias. Recordó el cuerpo ensangrentado de Caedra y apretó los puños. Unas garras oprimieron su corazón.

Clavó sus ojos de hielo en Djaka.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar.

Ella dibujó una mueca en su rostro. Lo había sabido, se lo había temido, pero había tenido la pequeña esperanza de que Alastair reconsiderara su petición. De que eligiera la inmortalidad. De que escogiera pasar la eternidad a su lado ahora que ya no estaba la zeafírea.

Djaka endureció la mirada e irguió la barbilla.

—Muy bien.

La mujer se acercó a él. Alastair tensó los músculos.

Estuvieron varios segundos en silencio, simplemente observándose. Ella, con tristeza. Él, con decisión.

—¿Estás seguro? —murmuró Djaka, bajando la vista.

Una ola rompió con mayor intensidad que las anteriores en la roca. El agua llovió encima de ellos, pero ninguno de los dos le dio importancia.

—Djaka… —gruñó Alastair como advertencia.

Ella suspiró profundamente. Se envolvió en un brillo blanco y se transformó en dragón.

Djaka inclinó la cabeza para mirarlo. Extendió sus alas membranosas y sus escamas azul marino relucieron.

«Ya no hay vuelta atrás —le comunicó ella—. Prepárate. Va a doler».

Alastair se mantuvo inexpresivo. Soportaría lo que hiciera falta.

Las gemas de la cornamenta de Djaka se iluminaron. Alastair cerró los ojos al notar una presión en su mente.

«Buena suerte, Alastair».

***

Abrió los ojos y se encontró planeando en el aire. Tardó un par de segundos en orientarse, confuso ante lo que había sucedido.

Estaba sobrevolando el bosque que había antes de llegar a las montañas que dividían los reinos de Omilia y Anthius. El cielo estaba nublado, él batía las alas con urgencia…

Había viajado atrás en el tiempo. Había regresado al día anterior, cuando estaba dirigiéndose hacia el punto en el que se encontrarían Caedra y Jay según la visión.

Un dolor repentino estalló en su cabeza. Alastair rugió y se sacudió. Las fuerzas lo abandonaron. Sus músculos se negaron a colaborar. Empezó a perder altura con rapidez.

Apretó los dientes, luchando por despejar su mente. El suelo estaba cada vez más cerca.

Rozaba las ramas de los árboles cuando logró mover sus alas, aunque no pudo elevarse a tiempo. Viró en el aire y se estrelló contra la tierra, arrastrándose varios metros por ella antes de frenar.

El dragón gruñó, irguió el cuello y se forzó a levantarse. Sus huesos protestaron por el golpe de la caída, pero él no iba a detenerse.

Iba a contrarreloj.

«Voy a salvarte, Caedra», pensó, decidido.

Alzó el vuelo de nuevo. A pesar de aquella caída, Alastair confiaba en llegar a tiempo esta vez. Había necesitado unos valiosos segundos para localizar a Jay y a Caedra, pero ahora ya sabía de antemano dónde se encontrarían con exactitud.

Se adentró en las montañas y empezó a chispear. Soplaba un viento frío.

Apenas unos segundos después, las gotas aumentaron en cantidad y, pronto, su vuelo se veía entorpecido por una auténtica tormenta. Las plumas de sus alas quedaron caladas, aumentando su peso de forma considerable, ralentizándolo. Alastair lo ignoró, manteniendo la velocidad aunque sus músculos ardieran por el esfuerzo.

Ya escuchaba los ruidos de una pelea. Su corazón se aceleró. ¿Llegaría demasiado tarde otra vez?

Descendió en picado. Agudizó la vista y divisó a Jay de espaldas en el suelo, paralizado mientras Loure bajaba su lanza, dispuesto a clavársela.

Alastair seguía cayendo. Pegó las alas a su cuerpo para ganar velocidad.

Caedra embistió a Loure. Los dos rodaron cuesta abajo por el barro. Jay luchó por ponerse en pie.

Alastair estaba ya muy cerca.

—¡Loure, por favor, escúchame! —La zeafírea suplicaba—. ¡Soy Caedra! ¡Tu hermana!

«¡Aparta, Caedra!», pensó Alastair, pero sabía que Caedra no iba a moverse.

Loure la golpeó en el abdomen con el astil de su arma.

—¡No! —gritó Jay. Corría hacia ellos, pero no iba a llegar a tiempo.

Alastair rugió. Se envolvió en un brillo blanco a la vez que desaparecía en un cúmulo de sombras.

La tierra tembló. Una explosión de sombras delante de Caedra la empujó hacia atrás contra el suelo y ella chilló con una mezcla de dolor y sorpresa.

Caedra jadeó, clavando los codos en el barro e irguiendo la cabeza, mareada. Se quedó con la boca abierta al ver que Alastair se alzaba entre ella y su hermano. Estaba de espaldas y su largo pelo blanco era ahora de un tono gris al estar cargado de agua.

—¡Alastair! —exclamó Jay, estupefacto, con el pulso todavía acelerado, aterrado por lo que había estado a punto de suceder. No sabía de dónde había aparecido, ni cómo había sabido que estarían en apuros. Pero en esos momentos le daba igual. Lo importante era que había salvado a Caedra.

Alastair no dijo nada, mirando a Loure con frialdad, sin parpadear a pesar de las agujas de agua que lo acribillaban. La lanza de Loure yacía en el suelo, partida a la mitad por el astil.

El zeafíreo retrocedió. Alastair alzó la mano, materializando una serie de carámbanos de hielo, dispuesto a atravesarlo con ellos. La furia ardía en su interior. Iba a ejecutar al culpable…

—¡Alastair, no! —El grito desesperado de Caedra lo hizo detenerse. Recordó que quien tenía delante era su hermano.

Pero era él quien la había matado.

—¡Por favor! —suplicó Caedra, arrastrándose por el barro en un intento de llegar hasta él. Su cabeza sangraba abundantemente en la sien izquierda y sus costillas protestaban por el dolor. No era capaz de levantarse.

No soportaría ver una repetición de la muerte de Loure, en aquellas mismas montañas, atravesado otra vez por carámbanos de hielo.

Alastair gruñó. Bajó el brazo y los proyectiles se desvanecieron. Loure alzó el vuelo y desapareció.

—¡Alastair! —exclamó Jay de nuevo, corriendo hacia ellos. Cayó de rodillas junto a Caedra y alzó la vista para mirar al hombre, respirando entrecortadamente por el esfuerzo. Él también estaba malherido y sangraba en distintos puntos—. ¿Cómo has sabido…?

Alastair se dio la vuelta. Jay se quedó rígido al ver su mirada de hielo y calló.

Pero Alastair lo ignoró. Se agachó frente a Caedra y la observó, muy serio.

Ella esbozó una sonrisa cansada. Estaba cubierta de barro y sangre, pero estaba viva.

El corazón de Alastair se aceleró al ver esta sonrisa. Lo había conseguido. Esta vez había llegado a tiempo.

—Gracias, Alastair —musitó la zeafírea.

Para Caedra significaba mucho que Alastair le hubiera perdonado la vida a su hermano. Pero no era consciente del verdadero ejercicio de control que esto había supuesto para Alastair. Ni ella ni Jay sabían que el pasado acababa de ser alterado; desconocían la diferencia en la cadena de

sucesos original.

Alastair gruñó y se llevó una mano al pecho, inclinando la cabeza y apretando los dientes.

—¡Alastair! —exclamó Caedra alarmada. Extendió el brazo hacia él—. ¿Qué ocurre?

Él no contestó. Había sentido un pinchazo en el corazón y notó que su energía lo abandonaba. Necesitó unos segundos para recuperarse.

Supo, sin lugar a dudas, lo que aquello significaba: ya no era inmortal. No esperaba que doliera tanto.

Había salvado a Caedra. La zeafírea vivía y él había pagado un precio muy alto por ello. Él había cambiado el pasado y a él se lo había cobrado el tiempo.

Se forzó a controlar su respiración y clavó sus ojos en Caedra. Ella lo miraba con el ceño fruncido, consternada.

—Estoy bien —dijo al fin Alastair. Se incorporó y alzó la vista al cielo. La tormenta continuaba —. Busquemos refugio.

Pasó una mano por debajo de la espalda de la zeafírea y otra por las piernas, levantándola en sus brazos. Jay echó a andar tras ellos, todavía confuso por la aparición de Alastair. ¿Cómo había sabido que estaban en apuros?

Caedra apoyó la cabeza en el hombro de Alastair, bajando los párpados, exhausta y mareada. Aunque se encontraba revuelta, atacada por múltiples pinchazos de dolor, se permitió relajar los músculos. Se sentía a salvo con él. No sabía qué habrían hecho si no hubiera aparecido.

O sí lo sabía. La lanza de Loure la habría atravesado; ella no iba a apartarse a tiempo. No habría sido capaz de sobrevivir a eso.

Jay estaba pensando lo mismo. Su corazón todavía latía frenéticamente, negándose a tranquilizarse. Había estado muy cerca de perder a Caedra. Si Alastair no hubiera llegado en ese momento, Loure la habría matado.

Y ninguno de los dos era consciente de lo terriblemente cierto que era aquello.

Alastair, por su parte, no dejaba de observar a Caedra de reojo. Necesitaba asegurarse de que era real, de que ella seguía ahí, con él. De que estaba viva, de que no iba a desvanecerse. Estaba herida, sí, pero se recuperaría…

O eso esperaba.

No volvería a fallar. Se aseguraría de no cometer ningún error.

Había entregado su inmortalidad por ella. El equilibrio de la línea temporal estaba en orden, satisfecho con el cambio de una vida por otra.

El destino, sin embargo, era avaricioso. Daba igual el precio que hubiera pagado; seguiría intentando subsanar aquella alteración en el curso del río…

Y las heridas de Caedra eran, igualmente, graves.

Capítulo 44: Ensueño quebrantado

Volvía a estar en la misma cueva, bajo la misma lluvia. Pero esta vez Caedra estaba con ellos, y el ambiente, por tanto, era bien diferente.

Sin embargo, Caedra no había vuelto a despertar desde que cayó inconsciente. Aunque Alastair hubiera evitado que fuera atravesada por la lanza de su hermano, sus heridas continuaban siendo de gravedad; el golpe en la cabeza era serio. Alastair había limpiado y cerrado la brecha, al igual que el resto de sus cortes, lo mejor que había podido, pero no sabía si sería suficiente. Había perdido bastante sangre.

Que estuviera tanto tiempo inconsciente era preocupante. Era esto lo que tenía a Jay alterado e intranquilo. No se había apartado de su lado desde que Alastair la había dejado reposando en el duro suelo de aquella cueva. Jay había extendido su chaqueta por debajo de ella para que no estuviera en contacto directo con la fría piedra, pero sabía que no serviría de mucho, pues la tela estaba empapada por la lluvia.

Alastair los observaba por el rabillo del ojo, de pie junto a la entrada, cruzado de brazos. A él el gélido viento que se filtraba del exterior no lo afectaba.

No tendría que haberle permitido a Caedra marchar con Jay en aquella misión. Pero la zeafírea era libre, y Alastair no podía detenerla. Había estado fuera de su alcance, y si no hubiera llegado a tiempo para protegerla esa segunda vez…

Había tenido una segunda oportunidad. Era la única razón por la que Caedra seguía viva. Sin embargo, no despertaba.

La rabia y la agonía amenazaban con consumirlo. Alastair luchaba por mantener la calma.

Escuchaba a Jay sollozando, preocupado por el estado de Caedra. Trataba de ignorarlo, demasiado enfadado con él para ir a consolarlo. Era, de forma indirecta, culpa suya que Caedra hubiera muerto en aquel pasado que Alastair, afortunadamente, había podido cambiar. Necesitaba un tiempo para recomponerse.

Caedra le había pedido que cuidara de Jay. Alastair sabía lo importante que era Jay para Caedra. Quería respetar sus deseos, pero…

La sangre le hervía cada vez que pensaba en Jay. En esos momentos, lo mejor era hacer como si el chico no estuviera ahí o, de lo contrario, terminaría por llevar a cabo su amenaza: lo mataría si Jay no era capaz de proteger a Caedra. Alastair la había salvado, sí, pero eso no quitaba que Jay hubiera fallado en el pasado que había cambiado.

«Contrólate», se dijo Alastair, respirando hondo. Jay le había salvado la vida a él cuando no había dudado en saltar por aquel portal que llevaba al futuro oscuro. Sin Jay para animarlo, para convencerlo de que merecía la pena intentarlo, de que regresarían al presente, Alastair lo habría dado todo por perdido. Y Jay lo había hecho solo porque sabía lo importante que era Alastair para Caedra.

En ese futuro oscuro habían podido conectar ellos dos también. Alastair iba conociendo a Jay, y esa virtud del chico, su preocupación por sus seres queridos, era también lo que en ocasiones le

llevaba a actuar de forma tan impulsiva y temeraria. Era lo que le había salvado la vida a Alastair en el futuro. Y era lo que casi le había costado la vida a Caedra.

Los sollozos de Jay se fueron apagando hasta que el único sonido que quedó en la cueva fue el de la lluvia cayendo en el exterior. Alastair miró por encima del hombro. Comprobó que Jay se había quedado dormido, tumbado junto a Caedra, agarrando la mano de la zeafírea.

Entornó los ojos.

No. Jay no se iba a librar de la conversación que tenían pendiente.

***

Jay tardó un par de segundos en reaccionar al ver las brumas negras arremolinándose a sus pies. Estaba exhausto, tanto física como mentalmente. Lo que quería era estar solo y descansar…

—Jay.

Tuvo un escalofrío al escuchar la voz de Alastair a sus espaldas. Había sonado tan gélido…

Jay se giró con lentitud, observando a Alastair con la cautela de una presa acechada por su depredador. El hombre se mantenía a unos metros de distancia de él.

—Alastair… —murmuró Jay, sin vocalizar apenas. Lo último de lo que tenía ganas era de hablar con el dragón. Sabía que estaría enfurecido con él…

Alastair clavó sus ojos de hielo en Jay. Al chico se le puso la piel de gallina. A pesar de ser afín al fuego, estaba experimentando verdadero frío.

—¿Eres consciente de lo que han provocado tus acciones? —dijo Alastair. Su rostro se mantenía inexpresivo; su tono era perfectamente neutral.

Esto intimidó más a Jay que si hubiera mostrado un enfado desmesurado.

—¿Qué… quieres decir? —inquirió él, confuso.

—No te hagas el tonto, mortal —gruñó Alastair. Jay se encogió al escucharlo referirse a él con ese término tan despectivo—. Caedra casi muere por tu culpa. ¿Acaso no te das cuenta?

Jay se quedó con la boca abierta.
—¿Qué…? Pero Loure…

Había sido Loure quien los había atacado. Jay todavía estaba asumiendo que había sido el propio hermano de Caedra, a quien ella tanto había querido, el que casi le arrebataba a su compañera.

—Jay —empezó Alastair con lentitud—. ¿Sabes lo que he tenido que hacer para salvar a Caedra?

Jay frunció el ceño, cada vez más desconcertado por aquella conversación. Era cierto que continuaba sin saber cómo Alastair había aparecido justo en aquel momento para salvarlos…

—Sígueme —ordenó Alastair, dando media vuelta.

Jay no dudó en obedecer, aunque se quedó quieto cuando, tras unos minutos andando, llegaron

a una barrera negra.

—¿Qué es esto? —quiso saber. Recordaba que una barrera similar, pero de color rojo, había marcado el comienzo de su mente. ¿Sería aquella barrera la que delimitaba la de Alastair?

—Es mi mente —confirmó Alastair sin detenerse.

Jay tragó saliva al ver al hombre atravesar la barrera. No sabía qué iba a encontrarse en la mente de Alastair, y la actitud tan gélida que demostraba, como si hubieran vuelto al punto en el que se habían conocido, lo estaba intimidando bastante.

Respiró hondo y apretó los ojos al dar un paso hacia delante.

Lo primero que sintió fue un frío que lo calaba hasta los huesos. Levantó los párpados y se encontró en medio de un vasto paisaje nevado.

Alastair se situó frente a él. Jay tuvo un escalofrío al ver sus ojos de hielo.

No tuvo tiempo para reaccionar. De repente, el espacio a su alrededor se distorsionó. Extendió los brazos para tratar de mantener el equilibrio, desorientado.

Se quedó rígido al encontrarse de nuevo en medio de las montañas, con la lluvia cayendo sin piedad a su alrededor. La luz era escasa, pero reconoció perfectamente las figuras de Caedra y Loure, con la suya corriendo hacia ellos.

Abrió los ojos como platos. Loure dirigía su lanza hacia la zeafírea. Ella no iba a apartarse a tiempo, pero lo que iba a suceder era que Alastair llegaría justo en ese momento y la salvaría…, ¿no?

No fue así. La lanza atravesó a Caedra, salpicando el suelo a su alrededor de sangre que enseguida fue lavada por el agua. El frío se apoderó del corazón de Jay, que gritó al mismo tiempo que su yo proyectado en aquella visión.

Fue como si el mundo a su alrededor se detuviera. El horror le impedía creerlo.

—¡¡Cai!!

No comprendía lo que estaba ocurriendo. Trató de ir hacia la zeafírea, pero no podía moverse. Lo único que veía era la desesperación en los ojos amarillos de Caedra, la confusión reflejada en ellos al mirar a su hermano.

Luchó por alcanzarla, desesperado. ¡No podía perder a Caedra!

Un dragón blanco, Alastair, rugió y aterrizó junto a ellos en ese momento. Loure se apartó, arrancando sin piedad la lanza del abdomen de Caedra. Jay volvió a gritar, fuera de sí.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué los acontecimientos estaban sucediendo de forma diferente a como los recordaba?

Se retorció una vez más, tratando de ir hacia Caedra al verla intentar aferrarse a algo. La sangre fluía con abundancia del agujero en su vientre y Jay sabía, sin lugar a dudas, que era una herida mortal.

No podía perder a Caedra, no podía seguir adelante solo. Tenía que ir hasta ella, tenía que hacer algo…

Su otro yo, el que estaba presente en la visión, aulló de la ira y se envolvió en fuego.

Él mismo profirió un último grito y jadeó al darse cuenta de que, de repente, ya no estaba en las montañas. Volvía a encontrarse en aquel espacio nevado, con un gélido Alastair frente a él.

Jay sacudió la cabeza. Se llevó una mano al pecho. Su corazón latía a mil por hora, desbocado.

—¿Qué…? —balbuceó.

—Lo que acabas de ver —siseó Alastair— es el pasado que yo he cambiado.

Jay abrió los ojos como platos.

—¿Cómo…?

—Llegué tarde, como acabas de comprobar —prosiguió Alastair, implacable—. Loure atravesó a Caedra con su lanza; no pude hacer nada para evitar su muerte. Tuve que acudir a Djaka para convencerla de que me enviara al pasado, para cambiar lo que había sucedido.

Jay había clavado la vista en el suelo. Le estaba costando respirar…

—Y no es algo que podré repetir. Djaka no volverá a acumular la energía suficiente para un viaje al pasado hasta dentro de unos siglos.

Jay escuchaba las palabras de Alastair distorsionadas. Tomaba bocanadas de aire cortas y rápidas, sentía un molesto pitido en sus oídos, le dolía el pecho…

No podía ser cierto. No podía haber estado tan cerca de perder a Caedra.

La había perdido, de hecho. Solo que Alastair había logrado modificar el pasado.

Cayó de rodillas sobre la nieve. Alastair inclinó la cabeza para mirarlo con frialdad.

—Casi no lo consigo, Jay. Y, entonces, Caedra habría estado muerta, sin nada que pudiera hacerse para remediarlo.

Jay era, al fin, consciente de lo que quería decir Alastair, de por qué estaba tan enfadado con él. No lo culpaba; él mismo sentía una furia inmensa consigo mismo.

¿Cómo había sido tan estúpido? ¿Cómo había arriesgado la vida de la persona más importante para él de esa forma?

¿Cómo habría sido capaz de seguir adelante sin Caedra? Ella era su pilar, un apoyo fundamental. Había estado con él desde el principio, y la necesitaba a su lado hasta el final.

—Nada de esto habría sucedido si me hubieras hecho caso. Arrastraste a Caedra en tu misión suicida… —Los ojos de Alastair relucieron peligrosamente—… y habría sido ella quien habría terminado pagando el precio.

Jay no tuvo tiempo de reaccionar. Alastair había alzado la voz, taladrándole la mente con sus palabras, y al instante siguiente estaba justo delante de él, cerrando la mano en torno a su cuello.

Alastair apretó con fuerza, gruñendo, elevando al chico sin dificultad. Jay abrió los ojos como platos, aferrándose al brazo del hombre y arañándolo, intentando liberarse. Luchó por respirar, pero la presión ejercida sobre su garganta era demasiada. Pataleaba, con los pies suspendidos

sobre la nieve.

—Tu miedo no me sirve, humano —susurró Alastair. Jay lo miraba, aterrado—. Caedra habría muerto por tus decisiones…

Los ojos de Jay se llenaron de lágrimas. Y Alastair sintió un pinchazo en el corazón. Se forzó a ignorarlo.

—Dame una sola razón por la que no debería matarte ahora mismo.

«Cuida de Jay, Alastair».

Y otro pinchazo al escuchar la suave voz de Caedra. Soltó a Jay de inmediato y el chico cayó al suelo de nieve, tomando una larga bocanada de aire. Terminó tosiendo y llevándose las manos al cuello.

Alastair apretó los dientes. Inclinó la cabeza para observarlo con frialdad.

—No eres más que un mortal patético e inútil —espetó Alastair—. Me equivoqué al pensar que tú también podías ser diferente. Mi única duda es cómo conseguiste engañar a alguien como Caedra…

—¡Yo no la he engañado en ningún momento! —lo interrumpió Jay con fuerza. Se levantó y lo miró, con el rostro rojo por la furia y la espalda en tensión—. ¡Deja de actuar como si no me importara!

Alastair entornó los ojos.

—¿Cómo dices?

—¡¿Acaso crees que no sufro por lo sucedido?! —bramó Jay—. ¡No necesito que me hagas ver nada! ¡Soy…! —Jay apartó la vista, con la mandíbula tensa. Parpadeó repetidamente en un intento de contener las lágrimas—. Soy… soy un imbécil.

—Veo que, al menos, no vas a escudarte en las acciones de otros para ignorar tus propios errores —dijo Alastair, un poco más calmado—. Si no fuera por tu actitud temeraria, nada de esto habría sucedido; yo no habría tenido que viajar al pasado para evitar la muerte de Caedra.

Jay jadeó. Sus ojos ardían.

—Caedra lo ha dado todo siempre para protegerte. ¿Qué le has dado tú a cambio? ¿Dejar que muriera a manos de su miserable hermano en medio de una montaña perdida? ¿Qué habríamos hecho si no hubiera tenido la oportunidad de cambiar el pasado?

A Jay se le escaparon las lágrimas. Sentía una desagradable presión en el pecho, totalmente independiente de la fuerza que había ejercido Alastair sobre él antes. Se estaba agobiando con sus palabras, precisamente porque sabía que tenía razón. La temperatura subía, sofocándolo.

—Deberías aprender a pensar antes de actuar, Jay.

Jay no lo soportó más.

—¡Para! —gritó a la vez que su cuerpo se envolvía en llamas blancas.

Alastair se vio obligado a apartarse y Jay se detuvo, con la respiración muy alterada. El fuego se extinguió con rapidez.

—Ni siquiera sabes controlar tus poderes —comentó Alastair, arqueando una ceja—. Hiciste lo mismo después de que mataran a Caedra. ¿Por qué no lo hiciste antes para salvarla sin que yo hubiera tenido que intervenir?

—Yo… no sé cómo hacerlo… —balbuceó él, dolido por la acusación.

Su fuego había quedado inutilizado por la lluvia. O eso había creído, hasta que había presenciado en aquella visión las llamas acudiendo a su llamada a causa del dolor, la ira y la desesperación que había sentido al ver a Caedra atravesada por la lanza. Habían ardido con tanta fiereza que habían evaporado hasta el agua de la tormenta a su alrededor.

—Te diré por qué: porque dejas que tu poder dependa de tus emociones —explicó Alastair, todavía con los hombros tensos—. Es en lo que os empeñáis los mortales: que el control va ligado a las emociones, cuando lo único que conseguís con esto es entorpeceros. Si hubieras sabido controlar tu fuego con maestría, habrías podido manifestarlo de la misma manera incluso sin estar enfurecido. Y, quizás, habrías podido salvar a Caedra.

Jay inclinó la cabeza. Apretó los puños.

—¿Por qué me dices esto ahora? —musitó en tono apagado.

—Para que veas lo mucho que te queda por aprender todavía y lo lejos que estás de ser suficientemente fuerte —declaró Alastair con frialdad—. Pero esto es algo de lo que deberías haberte dado cuenta antes de partir de Ganthia.

Jay hundió los hombros. Estuvieron varios segundos en silencio, Jay pensando en lo que le había dicho Alastair, y Alastair forzándose a congelar las llamas de la furia en su interior. Solo quería que Jay aprendiera a controlar sus impulsos, que analizara la situación antes de actuar. Su error casi le costaba la vida a Caedra. Y solo lo perdonaba porque, en el fondo, sabía lo mucho que la quería. Por esa misma razón, Jay lo había seguido sin dudarlo al futuro oscuro y lo había salvado.

—¿Realmente… habría sido mi culpa que Cai…? —dijo Jay con voz ahogada.

—Sí —sentenció Alastair de inmediato.

Jay apretó los ojos.

—Pero yo… Yo jamás habría querido…

—Toda acción tiene su consecuencia, Jay. Caedra habría muerto porque tú no supiste ver la realidad. Ella no quiso abandonarte y te acompañó —explicó Alastair, recuperando su máscara gélida.

Jay cayó de rodillas al suelo y se llevó las manos a la cabeza, hundiendo los dedos en su pelo y tirando con fuerza. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y su respiración era cada vez más acelerada.

—Perdóname, Cai… —susurró Jay para sí, ahogando un sollozo—. ¿Por qué me quieres tanto, si yo no soy capaz de protegerte…?

—Deberías ser capaz de protegerla, Jay. Pero debes aprender.

Jay profirió un grito desconsolado, expresando todo su dolor, toda su ira, toda su desolación.

Aprender… Siempre le quedaba mucho por aprender. ¿Acaso dejaría de cometer errores algún día? Errores por los que sufrían las personas que más quería…

«¿Qué haces, Alastair? Yo jamás habría querido esto».

Alastair estaba observando a Jay con el rostro duro como la piedra cuando la voz de Caedra retumbó, una vez más, en su mente. Se quedó inmóvil.

¿Estaba perdiendo la cordura? ¿Por qué de repente escuchaba su voz, como si ella estuviera allí? Caedra seguía inconsciente, no era posible…

«Jay te necesita».

Alastair cerró los ojos. Respiró hondo.

Levantó los párpados. Jay se había quedado encorvado en el suelo, sollozando, hundiéndose en un pozo de miseria.

Alastair se agachó a su lado. Jay ladeó la cabeza para mirarlo con su rostro empapado de lágrimas.

—Tienes razón, Alastair —murmuró Jay, con voz rota—. Soy un inútil. Yo… yo… Jamás habría querido… —Se mordió el labio, bajando la vista—. Si tan solo hubiera pensado más las cosas… Cai no habría corrido peligro alguno y… —Calló, incapaz de continuar.

Caedra habría muerto por su culpa. Porque ella jamás lo habría abandonado. Porque ella eligió acompañarlo en aquel viaje suicida, solo para tener la oportunidad de protegerlo. Lo había seguido sin dudarlo, a pesar de tener las alas rotas.

Y él había estado tan centrado en Ayla, por la responsabilidad que sentía hacia ella, que se había olvidado de todo lo demás, cargando con un peso excesivo en sus hombros.

Caedra lo había dado todo por él. Y él le había fallado.

¿Por qué no había hecho caso? Hadriel estaría tan decepcionado con él…

¿Y Caedra? ¿Sería capaz de perdonarlo cuando supiera que había estado a punto de morir por su culpa?

¿Se merecía, acaso, su perdón?

Alastair lo observó, en silencio.

«Cuida de Jay». Las palabras de Caedra se repetían una y otra vez en su mente. Su instinto asesino insistía en que se olvidara de cualquier aprecio que tuviera por aquel mortal, de cualquier perdón que pudiera otorgarle por saber lo grande que era, en realidad, su corazón, a pesar de sus temerarias acciones; por haber sido salvado por él en el pasado.

Y también estaba su amor por Caedra. Ella había dedicado su vida a aquel chico. Lo había encontrado, lo había entrenado, lo había acompañado y guiado, lo había protegido. Su último acto, de no haberla salvado, habría sido el punto final de su dedicación a Jay.

¿Tendría sentido que destruyera a Jay, la razón de vivir de Caedra? La zeafírea no se lo perdonaría cuando despertara. Y sufriría, viendo la luz de los cálidos ojos de Jay apagada.

Alastair apretó los dientes. Tenía un gran conflicto en su interior.

«Cuida de Jay…».

¿Cómo habría actuado él en el lugar de Jay, si hubiera estado Caedra atrapada? ¿Acaso habría permitido que algo lo detuviera antes de lanzarse a su rescate?

Pero sus sentimientos por la zeafírea eran mucho más intensos que los de Jay por Ayla. Y él no habría arrastrado a nadie más. Habría asumido las consecuencias solo. Aunque era cierto que fue Caedra la que insistió en acompañar a Jay, preocupada también por Ayla, y no intentó siquiera convencerlo de lo contrario…

Gruñó. Jay lo miró, intimidado. Y Alastair se sintió incómodo porque no le gustó que ahora tuviera miedo de él; hasta tuvo la tentación de disculparse por haber sido tan duro. Parecía que su aprecio por Jay estaba por encima de su enfado. Y esto lo desconcertó.

Habían pasado por muchas cosas juntos en el futuro. Allí Alastair había comprobado que Jay nunca abandonaba a los suyos…, para bien o para mal. El fuego terminó de extinguirse en su interior.

—Jay.
El chico no dijo nada, sollozando. Se frotó los ojos con los puños.

—¿Vas a hacerme caso a partir de ahora?

Jay asintió con la cabeza. Alastair veía que era consciente de sus errores. No había duda de lo arrepentido que estaba.

Por mucho que lo acusara de no haberse preocupado nunca por Caedra, tener sus mentes conectadas le mostraba a Alastair, tan claro como el agua, lo mucho que el chico quería a la zeafírea. La quería más que a su propia vida.

¿Por qué había tenido que ser tan estúpido?

Alastair suspiró pesadamente.

—Vamos a volver a Ganthia.

Jay no protestó. Todo aquel viaje, que casi le costaba la vida a Caedra, para regresar a donde había empezado… Pero no podía oponerse a Alastair, no después de que este le hubiera hecho darse cuenta del peligro que entrañaba su actitud.

¿Cómo habría sido él capaz de continuar sin Caedra? Sin Caedra, que siempre estaba para ayudarlo, para tranquilizarlo, para animarlo, para protegerlo…

Estaba solo y perdido sin ella. Se habría roto por dentro, quizás para siempre.

—Vamos a entrenar —prosiguió Alastair—. Y vamos a esperar a que Caedra se recupere. Y, una vez considere que estás preparado, iremos a por esa mortal.

Jay alzó la vista para mirarlo, sorprendido.

—A… ¿a por Ayla?

—Sí.
—¿Me acompañarás? —balbuceó Jay, incrédulo.

Alastair resopló.

—No voy a permitir que Caedra te acompañe de nuevo, no en su estado. Y si vas tú solo, estás muerto.

No estaba dispuesto a arriesgarse nunca más. Y si lo que tenía que hacer para evitar que la zeafírea se pusiera en peligro de nuevo era acompañar a Jay en aquella estúpida misión…, lo haría.

Porque, a pesar de todo, él tampoco quería ver a Jay muerto. Y sentía la necesidad de ayudarlo.

Jay parpadeó repetidamente en un intento de contener las lágrimas.

—Alastair… ¿Por qué…?

Alastair suspiró con pesadez. Cruzó los brazos.

—Porque yo habría hecho lo mismo por Caedra, de estar en tu posición. Nada me habría impedido ir a rescatarla. Por tanto, no soy quién para juzgarte, por estúpido que haya sido tu intento.

El labio inferior de Jay tembló. Alastair gruñó cuando el chico se abrazó a él.

—¿Qué haces? —dijo Alastair, sorprendido. Pero no lo apartó.

Jay escondió el rostro en su hombro, rompiendo a llorar de nuevo.

—Lo siento, Alastair —murmuró él, con su voz distorsionada por la postura—. Ojalá hubiera podido darme cuenta antes de todo esto… Ojalá… hubiera sido yo el que muriera en vez de Caedra. Así no habrías tenido que cambiar el pasado…

Alastair se tensó al escuchar esto. Era algo que no se había planteado.

¿Qué habría sucedido si hubiera sido Jay el que hubiera muerto?
Caedra no lo habría soportado. La sensación de fracaso habría podido con ella. Alastair sabía que jamás se habría recuperado, cargando todavía en su conciencia con el asesinato de Kendrij, el hermano mayor de Jay.

Y él… Alastair se sorprendió cuando las llamas de la furia volvieron a arder en su interior, pero esta vez no iban dirigidas hacia Jay. No, esta vez era la ira que habría experimentado si le hubiera pasado algo. Porque tampoco le habría perdonado al destino su muerte. Y también habría luchado para salvarlo.

—Caedra no se lo hubiera perdonado nunca si hubieras muerto, Jay —dijo Alastair con un tono más suave—. Y yo, tampoco. Habría cambiado el pasado igualmente para evitarlo.

—¿Acaso esperas que yo me perdone por lo que casi ocurre…? —balbuceó Jay. Le tembló la voz y calló.

—Aprenderás a vivir con ello. Caedra sigue viva. Así que no te tortures más.

Ahora se arrepentía de haberle mostrado a Jay el pasado que había cambiado. Era evidente lo mucho que le había afectado; el chico estaba aterrado. Pero era la única manera de que Jay reaccionara.

Caedra vivía por y para Jay, luchando por protegerlo de todo. Sin Jay, su vida perdería todo su propósito, todo su sentido.

Alastair era consciente. Si Caedra lo amaba, era por algo. Y no sintió celos por ello. Porque él también estaba aprendiendo a quererlo.

Se sorprendió a sí mismo al rodear a Jay con un brazo y reposar la mano en su espalda. El chico se tensó, igual de extrañado, pero enseguida se relajó.

Los sollozos de Jay se fueron calmando poco a poco. Apartó su rostro del hombro de Alastair y se limpió la cara con el dorso de la mano.

Ahora se avergonzaba de haberse aferrado a Alastair, pero él, curiosamente, se lo había permitido y lo había reconfortado, y ahora se sentía mejor gracias a ello. Optó por no decir nada.

—No podría seguir adelante sin Caedra… —murmuró Jay, abatido.

—No tendrás que hacerlo —replicó Alastair—. Ella está viva. Pero no olvides lo que te he mostrado; lo que podría haber sucedido. Tienes que aprender a ser más precavido, Jay. Y todavía falta que Caedra despierte…

Jay se llevó una mano a la frente, apretando los ojos. Le dolía la cabeza de tanto llorar, pero no era capaz de parar.

—Lo sé… —Hubo varios segundos de silencio en los que Jay luchó por controlar su respiración para tranquilizarse—. Mi padre y Caedra han estado conmigo desde el principio, Alastair. Si pierdo también a Caedra… —Sollozó y respiró hondo antes de continuar, desolado —: No sé qué haré.

Alastair lo miró de nuevo, en silencio.

Jay liberó un suspiro tembloroso. Bajó la mano al pecho y apretó la tela de la camisa en su puño.

—Empecé todo esto con ellos… No puedo permitir que le pase nada a Caedra. Solo me queda ella.

Alastair estuvo tentado de ignorarlo. Si lo pensaba con frialdad, Jay se merecía sufrir un poco por lo que casi había ocurrido.

«Cuida de Jay».

Pero Caedra siempre estaría para recordarle que él ahora también apreciaba a Jay, con sus virtudes y sus defectos. Y su corazón actuaba de forma independiente a sus pensamientos.

—Nunca estarías solo, Jay.

Alastair no continuó. Sin embargo, fue suficiente. Jay lo miró por debajo de las pestañas y esbozó una pequeña sonrisa, aunque cargada de tristeza.

—Gracias, Alastair.
Él arqueó una ceja.

—¿Por qué?

Jay desvió la vista a su derecha.

—Por salvar a Caedra… Por haberla protegido todo este tiempo en las ocasiones en las que yo no fui capaz… —Suspiró profundamente—. Y por no matarme…, supongo. Me lo habría merecido.

Alastair no dijo nada durante varios segundos y Jay pensó que ahí concluiría la conversación.

—Habrá que tener mucho cuidado con Caedra, Jay.

Él ladeó la cabeza, confuso.

—¿A qué te refieres?

Alastair frunció el ceño y apartó la mirada.

—Djaka me advirtió del peligro de salvar a alguien de la muerte en el pasado. El destino buscará corregir ese cambio a toda costa para que el río vuelva a su curso original.

Jay se quedó rígido. El pánico se apoderó de su corazón una vez más.

—No dejaré que le pase nada a Caedra —dijo de inmediato, asustado.

No sabía cómo lo iba a conseguir. Nunca podría convencer a Caedra de dejar de luchar a su lado; la zeafírea estaba dispuesta a acompañarlo hasta el final… Pero lo haría.

—Tendremos que estar pendientes de ella —concluyó Alastair, muy serio.

Lo primero sería regresar a Ganthia y esperar a que Caedra se recuperara. Ambos estaban preocupados por el hecho de que no hubiera despertado todavía… Pero seguía respirando, y su corazón seguía latiendo.

Esperaban que solo fuera cuestión de tiempo que volviera a abrir los ojos.

El espacio a su alrededor empezó a distorsionarse. Alastair optó por no decir nada a Jay sobre el precio que había tenido que pagar para salvar la vida de Caedra: había perdido su inmortalidad.

No estaba preparado para compartir esa nueva debilidad con nadie todavía. Necesitaría un tiempo para asumirlo…

Pero ¿era algo tan malo, realmente? Estaba acostumbrado a tener toda la paciencia del mundo, porque tenía todo el tiempo del mundo para solucionar cualquier asunto… Era un lujo que podía permitirse.

Sin embargo, eso mismo no paraba de torturarlo desde que había conocido a Caedra. Una eternidad sin ella le parecía un castigo, más que una bendición.

Por tanto, sería cuestión de adaptarse. A partir de ese momento envejecería como cualquier mortal; tendría los años contados. Pero eso significaba que podía pasar el resto de su vida con Caedra, con Jay…

Tendría que asimilarlo.

Capítulo 45: Asumiendo responsabilidades

—¿Qué haremos cuando termine todo esto?

Caedra lo observó de reojo al escucharlo hablar. Jay la miraba, expectante.

Estaban sentados en uno de los acantilados de Ganthia, contemplando la puesta de sol. Los graznidos de las gaviotas en sus nidos llenaban el ambiente, por lo demás, tranquilo. El agua del mar estaba coloreada de bonitos tonos naranjas y amarillos que contrastaban con su azul oscuro. Las olas se deslizaban con suavidad por la arena negra de la playa.

La zeafírea frunció el ceño. Normalmente ella era la optimista de los dos, pero le resultaba tan difícil creer que algún día podrían «terminar» su misión de matar al emperador y dedicar sus vidas a otras cosas…

—Tú, gobernar el imperio —respondió Caedra, sonriendo con picardía y pinchando con un dedo la mejilla de Jay.

Él gruñó y se apartó.

—¿En serio me ves capaz?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Será complicado al principio, pero estoy segura de que aprenderás enseguida.
Jay suspiró profundamente.

—No soy más que un chico normal, que llevaba una vida normal, hasta que hace unos años apareciste tú.

—Vaya, ¿soy la culpable de todo? —bromeó Caedra.

Jay rio por lo bajo.

—Algo así… —Frunció el ceño—. Un imperio es mucha responsabilidad.

—Jay, no te preocupes —dijo ella, poniendo una mano en su hombro—. Recuerda que no estarás solo.

Él giró la cabeza para mirarla. La luz del atardecer golpeaba a la zeafírea en el rostro, haciendo brillar su piel y sus ojos amarillos con intensidad.

—¿Seguirás conmigo? ¿No te marcharás? —preguntó, con cierto temor filtrándose en su voz.

Caedra sonrió.

—¿A dónde iba a ir yo? Claro que seguiré contigo, Jay.

—¿Siempre? —insistió él.

—Siempre, no lo dudes.

***

Jay frunció el ceño.

«Has estado muy cerca de incumplir tu promesa, Cai —pensó con amargura, mientras miraba a la zeafírea que seguía inconsciente, tumbada en el suelo a su lado. Parpadeó al notar la ya familiar sensación de ardor en sus ojos—. Y habría sido por mi culpa».

Alastair había salido de la cueva para asegurarse de que Loure no continuaba por la zona. Jay no quería saber qué haría el dragón si lo encontraba. Lo había dejado marchar una vez por Caedra… No sabía si sería capaz de contenerse en una segunda ocasión.

«Papá… Ojalá estuvieras aquí».

Hadriel no le habría permitido partir en aquel viaje que casi acababa con la muerte de Caedra. Él siempre sabía aconsejarlo…

Jay cogió uno de los abanicos de Caedra y lo observó inclinado. Lo abrió, viendo su reflejo en la superficie de metal dorado. Tenía unas marcadas bolsas y ojeras, los ojos rojos e hinchados, y su pelo castaño, ya bastante crecido, despeinado por completo, todavía con sangre seca.

Podría ir a lavarse a algún riachuelo, pero le daba miedo separarse de la zeafírea mientras ella continuara sin despertar. Sabía que era un miedo irracional, que Caedra no despertaría antes por tenerlo a él a su lado, pero, después de aquella visión que le había mostrado Alastair, sentiría verdadero pánico si la dejaba sola aunque fuera solo un instante.

Los abanicos eran lo único que les quedaba de Hadriel, quien se los había regalado a la zeafírea. Era también una suerte que no se hubieran perdido.

Los colgó en su cinto y se levantó, pues necesitaba, al menos, estirarse. Tuvo cierta dificultad al incorporarse; todos sus músculos estaban entumecidos. Soplaba una brisa fresca que se filtraba en la cueva, por lo que subió su temperatura corporal para contrarrestarla.

Se acercó a la entrada y observó el exterior. Había dejado de llover, pero una fina capa de niebla se extendía por las montañas, dándoles una apariencia casi siniestra. Era temprano. El cielo seguía nublado.

El estómago de Jay gruñó, recordándole que llevaba más de un día sin comer. Pero no quería apartarse de Caedra…

Un águila calva cruzó su campo de visión. El ave giró la cabeza hacia él y graznó antes de seguir su recorrido. Jay se dio la vuelta, entusiasmado, para decirle a Caedra lo que había visto.

Y hundió los hombros. La zeafírea continuaba tirada en el suelo al fondo de la cueva, casi inerte. Comprobaba de vez en cuando que su pecho seguía subiendo y bajando.

Volvía el remordimiento a atormentarlo.

—Lo siento, Cai —murmuró con voz ahogada, inclinando la cabeza—. No tendríamos que habernos ido de Ganthia.

«No te tortures, Jay».

Jay esbozó una sonrisa amarga al escuchar la voz de Caedra en su mente. Sí, era lo que ella habría dicho de estar despierta. La conocía tan bien…

El ruido de pasos ascendiendo por la cuesta a su izquierda le hizo contener la respiración, atento. Su pulso se aceleró. ¿Sería una patrulla del emperador? Alastair no emitía sonido alguno

al desplazarse.

Una silueta alta y esbelta se materializó entre la niebla. Jay se frotó los ojos con los puños y parpadeó para enfocar, nervioso.

Pudo ver con más claridad la figura. Era un chico de pelo rubio atado en una coleta, piel clara, rasgos finos y aristocráticos, porte erguido y orgulloso…

Gavin elevó la vista al divisar a Jay, arqueando una ceja.

Los dos permanecieron observándose durante un largo rato, sin saber qué decir. Jay estaba confuso por la presencia de Gavin, y Gavin estaba extrañado por el aspecto de Jay: cubierto de barro, con marcadas ojeras en los ojos y manchado de sangre seca.

Ambos hermanos no podían ser más diferentes: uno tallado en el más exquisito marfil y otro en burda obsidiana.

—Jay —habló, al fin, Gavin, ladeando la cabeza—. Os estaba buscando.

Jay sintió un pinchazo en el corazón.

—Caedra no está despierta… —murmuró.

Gavin se encogió de hombros.

—Bueno, esperaré a que se levante, no creo que tarde mucho. He reflexionado. Tenemos bastantes cosas de que hablar y…

—Está… está muy mal herida. No sé cuándo va a despertar.

Gavin calló al escuchar a Jay, a quien le había costado pronunciar esas últimas palabras. Abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

Jay no iba a repetirlo. Apretó los puños y agachó la cabeza. Se sentía todavía muy avergonzado por ser el responsable de lo que había ocurrido.

—¿Cómo…? —musitó Gavin, impactado por la noticia. Caedra era fuerte, a pesar de tener ahora las alas rotas. Desvió la vista al fondo de la cueva, donde comprobó que, efectivamente, la zeafírea estaba tumbada en el suelo, inmóvil—. ¿Qué ha pasado?

—Nos atacó Loure. Su hermano —explicó Jay, desanimado.

Era extraño, pero no estaba experimentando nada de la furia que lo había inundado por dentro la última vez que había visto a Gavin. Su malestar por el estado de Caedra anulaba todo lo demás.

Gavin se quedó mirando a Caedra durante un largo rato, asimilando la información. El viento sopló con fuerza y movió de un lado a otro su larga coleta.

—Yo… Lo siento, Jay —dijo Gavin en tono bajo. Apretó la mano que mantenía reposando sobre el pomo de su espada—. Me ha costado bastante saber dónde estabais, si hubiera podido ayudaros…

—No importa —lo cortó Jay con sequedad—. Estoy seguro de que no tardará en despertar.

Gavin frunció el ceño.

Caedra había sido su punto de referencia desde que era pequeño. Había estado impaciente por hablar con ella, por contarle la decisión que había tomado, por decirle lo importante que había sido para él… Por, al fin, poder conocerla; conocerla de verdad.

Ahora lo impedía el hecho de que la zeafírea estaba inconsciente… Y no había forma de saber cuánto tiempo más lo estaría. Si no había despertado todavía, el asunto era grave.

Por tanto, era casi como si estuviera a solas con su hermano. Gavin observó de nuevo a Jay. El chico tenía la mirada perdida en el horizonte. Estaba intranquilo.

—¿Qué te parece si nos sentamos y hablamos? —propuso Gavin con suavidad.

Jay no dijo nada, pero asintió con la cabeza y se adentró en la cueva.

***

Se encontraba de nuevo en los riscos de roca negra, ahora bajo la luz del sol. Djaka ya lo esperaba en esta ocasión.

—Alastair… —empezó ella, mordiéndose el labio, consternada. Daba la espalda al mar para observarlo—. ¿Qué ocurre?

Él entornó los ojos.

—¿Realmente no lo sabes?

Djaka arrugó la frente, ofendida.

—¿Qué insinúas?
—¿No podías haberme enviado más atrás en el tiempo?

Ella suspiró profundamente. Negó con la cabeza y se abrazó a sí misma.

—No, Alastair. Usé todo mi poder, te lo aseguro.

El hombre se mantuvo en silencio. Veía que era sincera.

Djaka dio un par de pasos para acercarse a él.

—Pero lo has conseguido, Alastair, le has salvado la vida. No podemos hacer más. Su destino era el de morir, pero en vez de eso…

—Calla —ordenó él, con voz glacial. Djaka obedeció de inmediato, intimidada.

A Alastair todavía le costaba aceptar que, a pesar de haberla salvado, Caedra no despertaba. No era normal, y cada vez estaba más preocupado… Había evitado que Loure la matara, pero no que la hiriera de gravedad.

¿Existía, entonces, el destino? ¿Era esa su forma de castigarlo por haber cambiado el pasado? ¿Con una Caedra viva, pero inerte? Eso no lo había esperado. No había sido capaz de compartir esta inquietud con Jay.

Había visto a Caedra morir una vez. Alastair había estado a punto de enloquecer. No era capaz de borrar de su mente la imagen de Caedra en sus brazos, cubierta de sangre y de barro,

mirándolo con el miedo reflejado en sus ojos amarillos, apagándose sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

¿Por qué era la vida tan frágil?

No sería capaz de soportarlo si, a pesar de todo, Caedra no despertaba y moría. Verla morir una segunda vez…

Alastair pasó junto a Djaka, acercándose al borde del acantilado. Djaka no dijo nada. Fue a su lado, en silencio.

Alastair tenía la mirada fija en el mar, en el movimiento de las olas. Su largo pelo blanco ondeaba con suavidad tras él. Estaba seguro de que Djaka estaba decepcionada por el hecho de que él hubiera perdido la inmortalidad, y sabía que no tardaría en mencionarlo.

La inmortalidad era más una maldición que un regalo. Sin embargo, ¿de qué le serviría ser ahora mortal si Caedra no despertaba?

—¿Por qué, Alastair? ¿Cómo has sido capaz de enamorarte de una mortal? —dijo Djaka, pero en esta ocasión no había malicia en su tono, sino pesar—. Y has entregado tu inmortalidad a cambio de su vida…

Y ahí estaba Djaka mencionándolo.

—No controlo mis sentimientos, Djaka —replicó él con frialdad, sin mirarla siquiera—. Caedra me ayudó cuando más lo necesitaba. Ella no me abandonó.

Djaka se encogió ante la acusación implícita.

—Lo siento… Pero ya sabes que me arrepiento de lo que hice, Alastair.

Él no contestó. Djaka suspiró con tristeza. Se irguió de nuevo, cruzándose de brazos.

—¿Y si no despierta? ¿Habrá merecido la pena hacer todo esto por una simple mortal?

Alastair se giró con brusquedad hacia ella. Sus ojos de hielo tenían un brillo salvaje y Djaka retrocedió un paso mientras su pulso se aceleraba, temiendo que la atacara de nuevo.

—Esa «mortal» se llama Caedra, Djaka. Todo lo que pueda hacer por ella para intentar salvarla merecerá la pena. Y fue ella quien insistió en usar la única pluma de Luvann que teníamos para salvar tu patética vida —espetó él con agresividad—. Si tuviera otra oportunidad de viajar en el tiempo, ten claro que elegiría dejarte morir para utilizar la pluma con Caedra y habernos ahorrado a ella, a mí y a Jay todo este sufrimiento.

Djaka se había quedado con los ojos abiertos como platos y la mandíbula desencajada. Trató de decir algo, pero las palabras no salieron de su boca. Apretó los labios.

—Si no hubiera sido por ella…, ¿me habrías dejado morir? —cuestionó Djaka con un hilo de voz.

Alastair le dio la espalda. Se envolvió en un brillo cegador y se dejó caer por el acantilado.

Un enorme dragón blanco alzó el vuelo, rozando con sus plumas a Djaka y haciéndola trastabillar hacia atrás. La mujer se cubrió el rostro con un brazo por el fuerte viento que se levantó. Sus largos cabellos azules se movieron violentamente de un lado a otro.

Djaka observó a Alastair marcharse, sintiendo una desagradable presión en el pecho. Una vez más, lo había apartado de su lado sin querer. Los celos que sentía por esa zeafírea le impedían pensar con claridad.

Pero Alastair la quería. Djaka tendría que aprender a respetarlo…

Y quizás pudiera ayudar si Caedra no despertaba.

***

Jay y Gavin se habían sentado en torno a una pequeña hoguera; Jay, abrazado a sus rodillas, con la barbilla apoyada en ellas; Gavin, con las piernas cruzadas. El fuego sosegaba en cierta medida a Jay, que miraba fijamente el movimiento de las llamas. Gavin observaba a su hermano de reojo.

—He decidido abandonar al oráculo supremo —dijo Gavin—. Lo he estado pensando estos días y, tras indagar un poco, he llegado a la conclusión de que intenta deshacerse de mí.

—¿Qué? —soltó Jay, apartando su vista de la hoguera para girar la cabeza hacia él.

Gavin asintió.

—Sospecho que el objetivo del oráculo supremo es hacerse con el trono. Cómo espera que lo acepte la gente del imperio, eso ya no lo sé. Pero tendrá algo planeado.

—Es un experto en manipular a otros —masculló Jay, apoyando de nuevo la barbilla en las rodillas—. Por supuesto que tendrá algo pensado.

Hubo varios segundos de silencio en los que todo lo que se escuchó en la cueva fue el lento crepitar de las llamas.

—Me gustaría luchar junto a vosotros —prosiguió Gavin. Frunció el ceño—. Pero entendería que prefirieras que me fuera… debido a nuestros enfrentamientos pasados.

Jay entornó los ojos.

Él también lo había estado pensando durante esos días. Era cierto que no había sido realmente culpa de Gavin que Hadriel hubiera muerto; Hadriel había sucumbido a manos de aquella hidra, y si no hubiera sido Gavin, otro habría liderado el ataque.

Gavin tuvo la oportunidad de acabar con él. Cuando los sorprendieron a él y a Ayla junto al portal en la Tierra, Gavin podría haberlos eliminado con rapidez ordenando a todos sus hombres que atacaran. En vez de eso, había preferido enfrentarse a él en un duelo de uno contra uno.

Caedra había decidido confiar en Gavin. En otras circunstancias, Jay habría continuado empeñado en rechazarlo, receloso, recreándose en su rencor.

Ahora que Caedra estaba inconsciente, sin embargo, y todo por su culpa… Jay decidió que le haría caso. Era lo mínimo. Si despertaba… No, *cuando* despertara, porque tenía que convencerse a sí mismo de que despertaría. Ella era fuerte. Había podido con todo; podría con esto.

Cuando Caedra despertara…, se llevaría una alegría al ver a Gavin con ellos.

Le daría una oportunidad.

—Yo… Caedra parece segura de que tus intenciones son buenas… —murmuró Jay, imitando la postura de Gavin y cruzando las piernas. Echó un breve vistazo a la zeafírea y suspiró pesadamente—. Lo que ha ocurrido me ha dejado con muchas dudas. Ya no estoy seguro de qué es lo correcto y qué no. No sé qué debo hacer o si, incluso, soy capaz de hacer algo bien —admitió en tono bajo, hundiendo los hombros.

Gavin frunció el ceño. Se quedó callado para seguir escuchándolo.

—Pero si Caedra confía en ti… —continuó Jay. Ladeó la cabeza para mirarlo—. Yo… también lo haré.

Gavin arqueó las cejas, pero enseguida sonrió, aliviado.

—Gracias, Jay.

—Eso sí, como sospeche lo más mínimo… —dijo Jay en tono de advertencia.

Gavin recuperó su expresión seria.

—Tranquilo, lo entiendo.

El silencio los envolvió de nuevo, pero esta vez era tranquilo, aunque también un tanto incómodo, pues ambos chicos habían sido enemigos hasta hacía muy poco. Se habían enfrentado el uno al otro sin dudarlo, a pesar de ser hermanos.

Jay apretó los dientes y tensó la mandíbula.
—¿Qué pasa? —inquirió Gavin, percatándose de su malestar.

—Hay algo que nunca seré capaz de comprender —dijo Jay con cierta agresividad—. ¿Por qué? ¿Por qué Caedra ha tenido que acabar así por culpa de su propio hermano? ¿Es que no significa nada para Loure? —Respiraba cada vez más rápido—. ¡Me da igual que le borraran la memoria! ¿Cómo es incapaz de reconocerla? —Su voz se fue apagando poco a poco y hundió los hombros —. Estoy muy preocupado por ella…

Gavin habría puesto una mano en su espalda para tratar de darle algo de apoyo, pero supuso que todavía no tenían la confianza suficiente, por lo que no se movió. Esperó en silencio hasta que la respiración de Jay se fue calmando.

—Respecto a eso… Tengo algunas respuestas.

Jay arqueó las cejas.

—¿Sobre Loure?

Gavin asintió con la cabeza.

—Sé lo que hizo el oráculo supremo con él.

El corazón de Jay latió con rapidez. Tensó la espalda.

—Dímelo, por favor.

—Es… complicado —admitió Gavin, dibujando una mueca en su rostro. Se llevó una mano al cuello y extrajo un colgante que tenía oculto bajo su camisa. Lo apretó en su puño, por lo que Jay no pudo ver su aspecto—. Ese hombre es… Loure. Y, a la vez, no lo es.

—¿Qué?

—El oráculo supremo usó una pluma de Luvann para revivirlo. No me preguntes cómo la consiguió; sé que no es la única que ha tenido en su poder, y no sé si todavía tendrá alguna más —continuó Gavin—. Eso es algo que tendremos que averiguar en otra parte. Pero… A ver cómo lo explico. —Calló, pensándolo durante un par de segundos—. Las plumas de Luvann que están cargadas con su poder curan por completo incluso a alguien al borde de la muerte…

Jay apretó los ojos. Si hubieran tenido la pluma de Luvann todavía con ellos, habrían salvado a Caedra sin necesidad de que Alastair viajara al pasado… Pero la usaron con Djaka. Y ahora Caedra no despertaba…

¿Se sentiría Alastair también culpable por eso?

—… Sin embargo, hay otro aspecto más oscuro de su poder que muy pocos conocen. Si la pluma se utiliza posteriormente a la muerte de una persona, la devuelve a la vida… Pero la conciencia de esa persona, su mente, su personalidad… —Gavin gruñó—. No sé cómo explicarlo muy bien. En resumen, deja de ser esa persona. No es más que una cáscara, un cuerpo vacío, privado de voluntad propia… Es, literalmente, un títere esperando a ser controlado por otro.

Jay ahora había abierto los ojos como platos.

—Entonces… ¿No es Loure? —balbuceó, estupefacto.

Era lo último que hubiera esperado. Estaba convencido de que el oráculo supremo simplemente le había borrado la memoria.

Pero era tan extraño que nunca hablara… Y esa mirada inexpresiva, vacía… Era muy diferente a Ayla cuando la conoció.

—Sí… y no, como he dicho antes —contestó Gavin. Guardó de nuevo el colgante bajo su camisa—. Es Loure, pero a la vez no lo es. No se puede saber a ciencia cierta, pues las plumas de Luvann ya son algo extremadamente raro y los casos como este muy pocos… Desconozco si existe la posibilidad de que la conciencia de Loure esté enterrada en algún punto muy profundo de su mente. Yo creo que no.

Jay se mordió el labio con tanta fuerza que no tardó en notar el sabor metálico de la sangre. Trató de relajar la mandíbula, pero le era imposible.

Caedra había estado a punto de morir sin saber nada de esto. Su mirada, cargada de dolor y confusión en el momento en el que Loure la había atravesado con su lanza, atormentaba constantemente a Jay. Le guardaba cierto rencor a Alastair por mostrarle en aquella visión el pasado que había cambiado…

Pero era lo mínimo que se merecía como castigo. Saber lo que había estado a punto de suceder por sus acciones precipitadas y temerarias.

Se abría un nuevo conflicto en su interior. Loure había estado claramente dispuesto a matar a Caedra… Jay había tratado de contener su furia hacia él por el hecho de que era el hermano de Caedra, a quien, supuestamente, le habían borrado la memoria.

Ahora que sabía la verdad, sin embargo, tampoco veía nada claro. Loure, según las palabras de Gavin, no era más que un títere. ¿Qué significaba esto? ¿Y si su conciencia sí que estaba todavía

en él, por muy enterrada que estuviera? Se arriesgaban mucho si continuaban dejándolo con vida, pero si lo mataban y resultaba que habían tenido alguna posibilidad de devolverle la memoria, de que volviera a ser realmente Loure…

Loure tampoco se merecía que su cuerpo fuera utilizado para los fines perversos del oráculo supremo. Quizás lo mejor sí que fuera acabar con él, pues lo más probable era que nunca se recuperara…

Gavin abrió la boca para decir algo, pero escucharon el ruido del batir de unas alas en el exterior. Jay se tensó.

—Mierda —masculló y se levantó.

Gavin lo imitó, confuso.

—¿Qué ocurre?

—Alastair —dijo Jay, y esto bastó para que Gavin se quedara rígido.

Los dos salieron al exterior. Vieron apagarse un brillo y emerger de él un hombre de largo pelo blanco. Un fino rastro de sombras se desvaneció en el aire tras haber completado la metamorfosis de un cuerpo a otro.

Alastair entornó los ojos al divisar a Gavin.

—Tú… —gruñó, recordándolo a la perfección. Era a quien se habían enfrentado Caedra y él para recuperar su cuerpo.

—¡Espera, Alastair! —suplicó Jay, poniéndose delante de Gavin y alzando las palmas de las manos.

Alastair frunció el ceño, pero se detuvo.

—Gavin ha desertado. Quiere unirse a nosotros —explicó Jay atropelladamente. La mirada de hielo de Alastair le estaba poniendo nervioso.

—Hace unos días tuve una conversación con Caedra y con Jay —habló Gavin, avanzando para estar al lado de su hermano. Alastair se tensó al escuchar el nombre de la zeafírea—. Nos dimos cuenta de que el oráculo supremo me ha estado manipulando… Tras investigar yo un poco, decidí que lo mejor sería marcharme y acudir a vosotros.

Gavin estaba tan inquieto como Jay, pero él lo ocultaba a la perfección. Mantenía la espalda recta, con los hombros hacia atrás y la barbilla erguida.

Alastair reconocía el miedo reflejado en sus ojos verdes, pero tenía que admirar la tenacidad del chico.

—Caedra quiere confiar en él —dijo Jay por lo bajo.

Alastair se acercó a ellos. Jay tragó saliva. Tenía la garganta seca. ¿Decidiría Alastair que lo mejor sería atravesar a Gavin con una estaca de hielo, sin más?

El hombre se quedó parado frente a Gavin. Este contuvo la respiración mientras Alastair lo observaba. Se forzó a no desviar la mirada.

—De acuerdo.

Jay parpadeó y sacudió la cabeza. Alastair ya se había apartado y se dirigía al interior de la cueva, directo a Caedra.

—¿Qué? —soltó, estupefacto. Corrió para alcanzarlo—. ¿Así? ¿Sin más?

—He rastreado su mente y está limpia —contestó Alastair con sencillez.

—¿Qué? —Esta vez fue Gavin el que exclamó. Fue tras ellos—. Yo no he notado nada…

Alastair los miró por encima del hombro.

—Mis poderes están por encima de los de cualquier telépata mortal —dijo en tono condescendiente.

Gavin arqueó las cejas. No habían pasado más que un par de segundos…

Capítulo 46: Un mar de recuerdos

Jay miraba la foto que tenía en sus manos. Era la única en la que estaba con Hadriel y Caedra. Los tres posaban junto al árbol de navidad. Hadriel y él se habían puesto unas diademas con cuernos de reno rojos para imitar los cuernos de la zeafírea, ya que a Jay le pareció que quedaría gracioso. Ojalá pudiera volver a aquel momento…

Habían regresado a Ganthia. Jay prefirió no pensar en la cara de Valikia cuando se enteró de lo sucedido. Se había quedado pálida, con los ojos abiertos como platos. Estuvo un rato con Caedra, a quien habían dejado reposando en una habitación, hasta que llegaron curanderos torrogal y tuvo que marcharse. Valikia salió con brusquedad, claramente aterrada ante la posibilidad de que Caedra no despertara.

Jay supuso que necesitaría un tiempo a solas. Solo esperaba que no se hiciera daño. Él se había recluido en su propio dormitorio mientras esperaba a que los torrogal comprobaran si podían hacer algo por Caedra.

Se le escapó una exclamación cuando una gota cayó en la foto. Se dio cuenta de que estaba llorando y apartó el papel para limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano.

La vida en la Tierra había sido mucho más sencilla. Pero si no hubiera ido a Gea, no habría conocido a Caedra.

«Y pensar que te odié cuando te conocí —recordó Jay con amargura, observando a la zeafírea en la foto. Entonces el pelo le llegaba hasta la cintura. Tenía una radiante sonrisa dibujada en su rostro—. Cai…».

¿Lograrían algún día derrotar al emperador? ¿Y si la perdía antes de conseguirlo? A ella, a Tarvo, a Valikia, a Connor… A Alastair…

Y a Ayla. Ayla, quien seguía todavía presa, probablemente siendo torturada por el oráculo supremo…

¿Le importaría a alguien si huía a la Tierra y se escondía para siempre? Connor seguro que lo acompañaría.

Pero, entonces, la muerte de Hadriel habría sido en vano. Caedra se quedaría sola en Gea. Ayla seguiría secuestrada… Y eso era algo que Jay no estaba dispuesto a permitir.

—Jay.

El chico dio un respingo. No había escuchado a Alastair entrar en su habitación.

El hombre lo observaba de pie, en silencio, junto a la puerta.

—Vamos a entrenar —ordenó él.

Jay gruñó para sus adentros. No había pasado ni un día desde su regreso. Estaba agotado, tanto física como mentalmente.

—No me encuentro bien… —protestó Jay, encorvado.

—Lo sé. Pero te ayudará a distraerte y a canalizar de forma útil la ira que sientes—contestó

Alastair, sorprendiendo a Jay con su tacto—. Eso, y que eres patéticamente débil. Tienes que volverte más fuerte.

Eso último ya sonaba más al lenguaje de Alastair. Jay no tenía ganas de alejarse mucho de Caedra, pero sabía que no había nada que pudiera hacer por ella en esos momentos.

—Vale… —cedió Jay, desganado. Miró a Alastair—. ¿Quieres ver a Caedra?

El hombre arqueó una ceja, sin entender a qué se refería. La zeafírea estaba en esos momentos inaccesible, rodeada por los curanderos. Jay levantó el brazo en el que tenía la foto.

Alastair se acercó. Jay le tendió el trozo de papel y él lo cogió con cuidado en sus manos. Jay se fijó y vio cómo las cejas de Alastair se arqueaban de manera casi imperceptible, a la vez que su mirada se volvía nostálgica. Sus ojos de hielo ya no parecían tan fríos. Ahora se reflejaba en ellos un profundo dolor.

Jay lo dejó observando la foto mientras rebuscaba en su cuaderno. Sonrió y se levantó.

—Mira, esta es de cuando conocí a Caedra, todavía en la Tierra —explicó, enseñándole la foto que se habían hecho en el centro comercial.

La zeafírea tenía puesto el gorro de orejas de gato que había odiado con tanta vehemencia. Jay rio para sus adentros al recordarlo.

Alastair siguió en silencio. Pasaron unos segundos y le devolvió las fotos.

—Te espero fuera.

Jay suspiró pesadamente al quedarse solo. ¿Por qué insistía Alastair en ocultar sus emociones? Había visto la tristeza claramente plasmada en su rostro antes de que se diera la vuelta.

***

Se habían desplazado hasta la playa, donde no había riesgo de quemar la vegetación con su fuego. Jay estaba de pie, con las piernas flexionadas y una mano extendida hacia las rocas que había en la distancia.

Alastair se encontraba junto a él, con los brazos cruzados, observando.

Transcurrían los minutos y Jay empezó a ponerse nervioso. Sabía que Alastair estaba analizando absolutamente todo.

—No puedo —dijo Jay, hundiendo los hombros.

Era imposible invocar aquel fuego del que se había rodeado en las montañas, bajo la lluvia, en aquella visión que le mostró Alastair.

—Dependes de tus emociones —comentó Alastair con sequedad—. Por tanto, debes recordar lo que sentiste en ese momento, memorizar cómo creas ese fuego y posteriormente aplicarlo sin necesidad de tirar de tus sentimientos.

Jay frunció el ceño.

—Pero…

No quería recordarlo, y menos cuando Caedra no había despertado todavía. Si lo hacía, se

vendría abajo.

Alastair, sin embargo, no estaba por la labor de mostrarse compasivo.

—Podrías haber salvado a Caedra tú mismo de haber podido utilizar tu fuego, Jay.

—Eso no es…

—Y fue tu culpa que muriera en el pasado que cambié, por arrastrarla en esa misión —prosiguió Alastair, implacable. Jay lo miraba con los ojos abiertos como platos, como si le hubiera dado una bofetada—. No solo fuiste incapaz de protegerla, sino que no te importa que esa situación se repita de nuevo. ¿Qué vas a hacer si tienes otro combate bajo la lluvia? ¿Vas a dejar que Caedra, o cualquiera de tus compañeros, muera de la misma forma?

La respiración de Jay se aceleraba por momentos. Apretó los dientes, intentando controlarse.

—Deja de decir eso, por favor…

—Eres débil, Jay. Sin Caedra no eres nada. Me pregunto qué ve ella en ti para ser capaz de morir solo por no abandonarte. No haces más que tomar decisiones equivocadas.

La sangre de Jay hervía. Tensó la mandíbula. ¿Quién se creía Alastair que era para decir esas cosas? Él también podía cuestionarlo.

No quería recordar ese momento, pero se sentía como si lo estuviera viviendo de nuevo. La arena a sus pies se transformó en barro; las palmeras y el mar desaparecieron, reemplazadas por rocas. La lluvia lo acribillaba de nuevo con agujas que se clavaban dolorosamente en su piel y le dificultaban la visión.

—No hiciste nada mientras el hermano de Caedra la atravesaba con una lanza. Eres inútil —espetó Alastair con frialdad—. No te mereces que Caedra te quiera de esa forma. Casi la matas con tu ineptitud…

El pulso de Jay se aceleró. La presión en su cabeza aumentó. Apretó los puños con tanta fuerza que hundió las uñas en las palmas de las manos. Vio a Caedra cubierta de sangre, con un agujero en su abdomen, mirándolo, confusa y asustada, llamándolo…

—¡Ya basta! —rugió Jay, girándose con brusquedad. Se envolvió en fuego azul, casi blanco. Sus ojos humeaban con furia y rabia.

Estiró los brazos y dirigió las llamas hacia Alastair. Gritó de dolor, tanto por el recuerdo de aquella visión, como por las ascuas que abrasaron su piel.

Jadeó una vez el fuego se extinguió. Respiraba entrecortadamente y abrió los ojos como platos al percatarse de lo que había hecho. Alzó la vista, asustado, pero no había ni rastro de Alastair.

—Sería impresionante si no hubieras tenido que recurrir a tus emociones para ello.

Escuchó la fría voz a su espalda y se dio la vuelta, ahogando una exclamación. Alastair lo observaba con sus ojos de hielo, con rastros de bruma negra disolviéndose en las manos.

Jay se dejó caer de rodillas en la arena, exhausto. Ese fuego había drenado toda su energía.

Alastair se agachó frente a él. Frunció el ceño al detectar las quemaduras que tenía Jay repartidas por sus brazos.

—No… No quiero volver a hacer eso —dijo Jay con un hilo de voz. Estaba revuelto por dentro.

Alastair acercó la mano a su piel y fue cubriendo de una fina capa de escarcha las quemaduras. Jay lo contempló, conteniendo la respiración, sorprendido ante su delicado tacto.

—No matarás al emperador si no te vuelves más fuerte —le recordó Alastair, poniéndose en pie.

—Pero tú mismo lo has dicho, Alastair —murmuró Jay, sin ganas de levantarse—. Soy un inútil.

«No lo eres», pensó Alastair, pero no lo dijo en voz alta. Aunque no lo mostrara, a él también le había costado decirle esas cosas a Jay unos segundos atrás. No quería causarle más sufrimiento. Pero debía aprender a controlar aquel fuego blanco.

—Lo serás solo si te das por vencido. ¿Quieres volver a estar indefenso bajo una simple tormenta, sin ser capaz de proteger a aquellos a los que más quieres?

Jay se mordió el interior de la mejilla. No, no podía permitir eso. No descansaría hasta volverse más fuerte.

Se incorporó con lentitud. Cerró los ojos y respiró hondo.

—No me gustan tus métodos, Alastair —comentó, mirándolo y esbozando una sonrisa amarga.

—Son los únicos que te servirán —replicó él. Unas finas líneas se marcaron entre sus cejas—. ¿A qué esperas?

Jay ladeó la cabeza, confuso.

—¿Para qué?
—Para repetirlo.

Jay palideció.

—Pero…

—No voy a permitir que un mortal al que he entregado mis poderes los desperdicie tontamente —lo interrumpió Alastair—. Sin embargo, antes tendrás que demostrarme que mereces que te entrene para usarlos plenamente. Domina tu fuego y me lo pensaré.

Jay suspiró profundamente. Miró las palmas de sus manos, que se estaban cubriendo de ampollas.

La temperatura de esas llamas era excesiva, incluso para alguien afín al fuego como él. Pero no era eso a lo que tenía miedo.

Las asociaba a la culpa que sentía por lo que le había sucedido a Caedra, a lo cerca que había estado de perderla. No quería usarlas…

Pero Alastair tenía razón. Marcarían la diferencia en un combate decisivo.

—Vale. Continuemos —dijo Jay, endureciendo la mirada.

***

Había caído la noche. Jay estaba en su habitación, vendándose los brazos. O intentándolo. Era complicado cuando casi no los sentía y sus dedos se negaban a obedecer.

Estaba agotado. Alastair lo había obligado a repetir el ejercicio todo el día. La única pausa que habían hecho había sido de unos minutos para que Jay comiera algo.

Al volver, recibieron la noticia. Los torrogal habían sido claros: las heridas de la zeafírea, junto a su pérdida de sangre, tendrían que haberla matado. Pero había una extraña energía que no entendían manteniéndola con un hilo de vida. Fue un jarro de agua fría tras el intenso día de entrenamiento.

Alastair, sin embargo, sí tenía una sospecha de qué se trataba: la propia energía de su inmortalidad que había entregado a cambio de salvarla, y que, por alguna razón, había fluido hacia el cuerpo de Caedra para sustentarla.

Estaba claro que no era suficiente. Necesitarían algo más si querían que Caedra despertara y no se quedara en ese estado para siempre.

Alastair se había marchado de inmediato, solo deteniéndose para comunicarle a Jay que debía hablar con Djaka. Jay no había tenido tiempo siquiera de responder, pues, cuando quiso llamarlo, Alastair ya había desaparecido. No entendía nada.

Se había quedado solo en su habitación tras hacer una breve visita a Caedra, quien, por supuesto, no había reaccionado. Necesitaba recluirse para pensar y calmarse. La posibilidad de que Caedra no despertara era demasiado aterradora…

Llamaron a la puerta. Jay frunció el ceño. ¿Quién sería?

—Adelante —dijo, girando la cabeza.

Era Gavin. El chico entró en la habitación. Había cambiado su traje y armadura por una sencilla túnica blanca.

—Hola, Jay —lo saludó. Iba a decir algo más, pero calló al ver el estado de sus brazos. Arqueó una ceja—. ¿Qué has hecho?

—No preguntes —dijo Jay. Tras pensarlo un poco mejor, añadió—: He estado entrenando con Alastair.

Gavin cerró la puerta y se acercó.

—Déjame ayudarte —dijo, extendiendo la mano hacia la mesa donde Jay había dejado el rollo de vendas.
—Puedo yo solo —masculló Jay.

Gavin puso los ojos en blanco.

—¿Ah, sí? Pues muy bien, hermanito. —Se cruzó de brazos e irguió la barbilla, sonriendo altaneramente—. Adelante.

Jay apretó los dientes e ignoró el ardor que notó en las mejillas y orejas. Retomó su intento de vendar las heridas y falló estrepitosamente. Sus dedos apenas se doblaban y al girar la muñeca recibió varios pinchazos de dolor.

—Espectacular —comentó Gavin sarcástico.

Jay gruñó. Inclinó la cabeza derrotado.

—Vale, vale. Puede que necesite un poco de ayuda… —admitió entre dientes.

Gavin rio por lo bajo. Se sentó a su lado y Jay extendió los brazos, negándose a mirarlo.

—Creo que no tengo especial prisa por entrenar con Alastair —dijo Gavin mientras estiraba las vendas.

—No lo recomiendo, tranquilo —masculló Jay. Suspiró con pesadez. Observó a Gavin disimuladamente de reojo—. ¿Qué has estado haciendo tú?

Él se encogió de hombros.

—He recorrido la isla. Me he cruzado con la chica que me presentaste ayer, pero no ha querido hablar conmigo…

Jay frunció el ceño.

—¿Valikia? Está así con todo el mundo. Por… Ya sabes —dijo, con una mueca en su rostro.

Valikia había regresado para ver qué decían los torrogal. Y, nada más recibir la noticia sobre el estado de Caedra, se había marchado de inmediato, como Alastair, claramente enfadada. Jay sabía que tendría que hablar con ella en algún momento, pero no se sentía con las fuerzas necesarias para tranquilizar a su amiga cuando ni él mismo se había calmado aún.

Gavin suavizó la mirada.

—Ya. Lo siento.

La conversación se apagó tras eso. Gavin se centró en vendar los brazos de Jay y este desvió la atención hacia la ventana, incómodo. No se veía nada, pues estaba todo a oscuras.

Era extraño para los dos estar a solas. Eran hermanos, al menos por parte de madre, pero habían crecido separados. Jay ni siquiera había sabido de la existencia de Gavin hasta hacía unos años. Gavin había creído que sus dos hermanos estaban muertos.

Y después habían tenido que enfrentarse por estar en bandos contrarios.

Jay no terminaba de acostumbrarse a la presencia de Gavin. Tampoco era capaz de olvidar las veces que este había intentado clavarle la espada.

Y Gavin, aunque trataba de mostrarse más relajado, estaba en una situación similar. Era consciente de que Jay no estaba a gusto con él y no sabía qué hacer para remediarlo, para derribar ese muro entre ellos. Entendía su actitud.

—Jay, esto… —Gavin respiró hondo. Jay había girado la cabeza para mirarlo, expectante—. Siento… Siento que nos hayamos conocido siendo enemigos.

—Ya, bueno. —Jay tampoco sabía muy bien qué decir—. Han sido las circunstancias.

Gavin terminó de vendar los brazos de Jay y se apartó, con las cejas muy juntas.

—Lo sé, pero… Si me hubiera dado cuenta antes, habríamos evitado todos nuestros enfrentamientos.

Jay observó las vendas que ahora cubrían sus brazos, admitiendo que Gavin lo había hecho mucho mejor de lo que él habría sido capaz. Miró a Gavin de nuevo.

—Gavin, sé lo bueno que es el oráculo supremo manipulando a la gente. No te preocupes —dijo, y se forzó a sonreír.

Pero Gavin adivinó de inmediato lo falsa que era esa sonrisa. El arrepentimiento lo carcomía; sentía que había hecho un daño irreparable a la relación con su hermano mayor. Deseaba arreglarlo más que ninguna otra cosa.

—Lo siento, Jay —dijo y, a pesar de que era sincero, notó sus palabras vacías. Al fin y al cabo, había estado a punto de atravesar a Jay con su espada, y lo había herido de gravedad. Apretó los puños. Si no se hubiera dejado engañar por el oráculo supremo…—. Intentaré compensar mis errores luchando a tu lado.

Jay soltó una carcajada amarga.

—No hablemos de errores. Creo que en eso yo soy más experto que nadie.

Se extendió de nuevo un incómodo silencio entre ellos; la paz que habían forjado era frágil y todavía había mucha tensión. Gavin hizo amago de levantarse cuando Jay habló de nuevo:

—Gavin… ¿Sabes algo de Ayla?

Gavin se quedó quieto. Fue muy consciente de la esperanza en la mirada de Jay. Pero no iba a poder darle la respuesta que quería.

—Te refieres a la aprendiz del oráculo supremo, ¿verdad?
—Sí… Aunque ya no es su aprendiz.

Gavin negó con la cabeza.

—No sé nada, Jay, lo siento.

Jay hundió los hombros y suspiró tristemente.

—Me lo imaginaba. No pasa nada.

—Si te sirve de algo, el oráculo supremo ha estado de mal humor estas semanas —comentó Gavin—. Supongo que será porque no está consiguiendo lo que quiere de Ayla.

Jay esbozó una sonrisa cansada.

—Me conformaría con saber que está bien. Que aguantará hasta que podamos ir a por ella…

—Estará bien, Jay. Si el oráculo está así, es porque Ayla es fuerte.

—Sé que es fuerte, pero… no puedo evitar preocuparme, ¿sabes?

—Tendrás que confiar en ella.

Al caer el silencio de nuevo, Gavin se incorporó. Echó un último vistazo a Jay. El chico tenía ahora la mirada fija en las palmas de sus manos.

—Intenta descansar. Lo necesitarás si Alastair va a seguir torturándote de esa manera —dijo Gavin, solo medio en broma—. Buenas noches, Jay.

—Buenas noches… —murmuró él.

Gavin se fue, dejándolo solo.

Jay se echó hacia atrás en la cama, clavando los ojos en el techo de piedra volcánica. Estaba exhausto, pero no quería dormir. Sus sueños estarían plagados de pesadillas.

No tardó en levantarse y salir al pasillo. Estaba todo a oscuras, en silencio… Tuvo un escalofrío involuntario.

Abrió la puerta de la habitación de Caedra y se asomó. La zeafírea seguía inmóvil, tumbada boca arriba, iluminada únicamente por un rayo de luna que se filtraba por la ventana, incidiendo en su rostro inerte.

El corazón de Jay se encogió. Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y se acomodó en la silla que había junto a la cama, observándola.

—Tienes que despertar —murmuró, con la esperanza de que ella lo escuchara—. No puedes abandonarme, Cai. Me prometiste que estarías siempre conmigo… —Calló cuando le tembló la voz. Respiró hondo. Tomó la mano izquierda de Caedra, fría y áspera, entre las suyas—. Sé que he sido un estúpido. Y lo siento mucho. —Ahogó un sollozo. Apretó los dedos—. Pero de verdad que aprecio mucho todo lo que haces siempre por mí…

Los ojos de la zeafírea continuaron cerrados. Jay se encogió al ver la cicatriz que recorría la mitad izquierda de su rostro, parcialmente oculta por el vendaje en su frente.

—Has sufrido mucho por mi culpa. No volveré a ponerte en peligro, te lo prometo… Pero tienes que despertar. Necesito que vuelvas a mi lado.

Silencio. Jay parpadeó repetidas veces hasta que desapareció el ardor en sus ojos.

Cruzó los brazos en el borde de la cama y reposó la cabeza en ellos. Estaba agotado y su cuerpo le pedía dormir.

Tenía que ser optimista y mantener la esperanza. Estaba seguro de que Caedra despertaría, tarde o temprano.

***

Al levantar los párpados y encontrarse en el ya familiar espacio de bruma negra, Jay supo que se había dormido sin darse cuenta, a pesar de no recordar haber cerrado los ojos siquiera.

Al menos, si estaba ahí no tendría pesadillas.

Aunque no sabía qué sería peor: si las pesadillas o Alastair. Porque el hombre estaba frente a él, observándolo con sus ojos de hielo.

—Alastair, ¿a dónde has ido? —quiso saber Jay de inmediato.

—No es asunto tuyo —fue la cortante respuesta de Alastair. No iba a decirle nada para no darle falsas esperanzas.

Jay gruñó. Sacudió la cabeza.

—¿No querrás continuar entrenando incluso mientras duermo? —inquirió, temeroso.

—No. Sirve para explicar cosas, pero no es igual de efectivo.

Alastair dio media vuelta y echó a andar. Jay corrió para alcanzarlo, confuso.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces?

—Seguir recuperando tus recuerdos —contestó él, sin girarse para mirarlo.

El corazón de Jay latió con rapidez.

—¿En serio?

—¿Acaso bromeo alguna vez? —replicó Alastair con sequedad.

Jay no sabía si emocionarse o temer lo que venía a continuación. Tendría la oportunidad de volver a ver a Hadriel, incluso a Caedra, en sus recuerdos…, y esto sería reconfortante, a la vez que doloroso.

Al cruzar la barrera que delimitaba su mente, Jay abrió los ojos como platos.

El paisaje había cambiado. Ahora era árido por completo. Todo el suelo estaba desierto, muerto, sin vida; la tierra naranja, agrietada; no había ni un solo brote verde. El sol brillaba en lo alto del cielo, despejado y sin rastro de nubes. El calor era excesivo.

—Pero ¿qué…? —balbuceó Jay, asustado—. ¿Por qué está así?

—Es un reflejo de cómo te sientes —explicó Alastair mientras caminaban—. El desaliento provocado por tu dolor y sufrimiento ha tenido sus consecuencias.

Jay frunció el ceño. No le gustaba que el paisaje que representaba su mente fuera tan triste…

Pasaron junto a los troncos caídos de varios árboles chamuscados. Jay los recordaba con vida, si bien un tanto secos, la última vez que había estado ahí.

Descendieron por el valle hasta llegar a la grieta, en silencio. Jay tuvo un escalofrío.

«Althalos, no puedo jugar ahora contigo, padre me necesita…».

«Todo joven príncipe debe saber leer, Althalos, no protestéis…».

«Althalos, necesito que me escuches con atención, ¿de acuerdo?».

Ya oía las distintas voces susurrándole en el oído, invitándolo a dejarse caer en el mar de sus recuerdos.

Giró la cabeza para mirar a Alastair. El hombre había entornado los ojos. Estaba tenso.

Jay supuso que también sería duro para él ver de nuevo a Caedra cuando ella todavía no había despertado.

—No tenemos por qué… —empezó Jay.

—Debemos averiguar dónde se encuentra el pasadizo por el que la emperatriz os ayudó a escapar a ti y a Hadriel —lo cortó Alastair—. Es necesario.

Jay frunció el ceño. Tenía razón. No podrían infiltrarse en el palacio sin esa información.

—Pues vamos allá.

—Ten cuidado, Jay —le advirtió Alastair, como la última vez—. No debes perderte en tus recuerdos, o te olvidarás de que no son la realidad…

Jay tragó saliva, notando la garganta seca. Ya había sufrido esa experiencia. Esperaba que no se repitiera.

Respiró hondo. Se dejó caer por el precipicio.

***

Jay abrió los ojos. Se encontró caminando por un pasillo cubierto por una alfombra roja. Del techo, excesivamente alto, colgaban bonitos y elaborados candelabros apagados, pues era de día. Las paredes blancas estaban adornadas con diversos cuadros a los que su yo del pasado no prestó atención. Se centraba en caminar cada vez más rápido…, hasta que terminó corriendo.

—¡Alteza! ¡Esto no es una carrera!

Ignoró el espanto de la criada y no se detuvo hasta salir al exterior. Sonrió al recibir los rayos del sol en la cara.

—¡Alteza! Tenéis que proteger vuestra piel…

La sirvienta lo alcanzó, jadeando. El pequeño Althalos frunció el ceño cuando la luz fue oscurecida por un parasol.

Escuchó pasos a su izquierda. Giró la cabeza y vio acercarse a un hombre ataviado con armadura negra. Su pelo oscuro estaba recogido en una coleta, dejando al descubierto su rostro bronceado y sus ojos grises. Cargaba con un casco metálico que relucía como la obsidiana, reposando en su cadera.

El corazón de Jay se aceleró.

«Papá…», pensó, maldiciendo cuando su yo del pasado apartó enseguida la mirada para devolverla a los jardines.

Afortunadamente, enfocó a Hadriel de nuevo cuando este habló:

—Ya me encargo yo del príncipe Althalos, Sedenia.

—¡Hadriel! —exclamó la criada, dando un respingo. Estaba de los nervios por haberse pasado la mañana entera de un lado para otro con un niño tan activo—. ¿Y el príncipe Kendrij?

—Está con su majestad, el emperador.

—¿Puedo ir a jugar ya? —exigió Althalos, impacientándose.

Hadriel rio con suavidad.

—Adelante, Althalos.

La criada se marchó, resoplando por la actitud del crío. Jay maldijo para sí cuando se alejó de Hadriel y fue corriendo a perderse entre los arbustos del jardín.

Soltó una exclamación al chocar contra alguien. Retrocedió, sacudiendo la cabeza. Alzó la vista justo a tiempo para ver cómo cierta zeafírea se giraba para observarlo con sorpresa.

El rostro de Caedra era más aniñado, libre de cicatrices. Su pelo blanco, limpio e impoluto, caía como una cascada por su espalda.

Sus ojos amarillos brillaron, divertidos. Puso los brazos en jarras.

—¿A dónde vas con tanta prisa, Althalos?
—¡Dradra! —exclamó él—. No sabía que estabas aquí.

—Os lo habría dicho si hubierais esperado un instante más antes de lanzaros a la carrera, Althalos —comentó la voz de Hadriel a sus espaldas.

—Estaba con Kendrij, pero ha tenido que ir a atender unos asuntos —explicó Caedra. Se agachó en cuclillas para mirarlo con una sonrisa—. ¡Cuánto has crecido, Althalos!

—¿A que sí? —dijo él, inflando su pecho con orgullo—. Ya tengo once años.

—¡Qué mayor! —exclamó ella, divertida. Extendió una mano para revolverle el pelo cariñosamente.

Él gruñó y se apartó, tratando de peinarse pasando los dedos por el cabello. Caedra se levantó.

—¿Cómo ha sido vuestra mañana, Althalos? —inquirió Hadriel.

Él se giró para mirarlo. Infló los mofletes y estampó un pie en el suelo.

—¡Aburrida! No entiendo por qué tengo que aprender tantas cosas inútiles.

—Son importantes para que llevéis a cabo vuestras labores como príncipe —replicó Hadriel, cruzando los brazos.

—Para eso ya está Kendrij.

—Tú también eres príncipe, Althalos —señaló Caedra con una carcajada—. No te vas a librar.

—Pero todo el mundo le presta más atención a Kendrij —masculló él—. Así que se puede quedar con todo lo aburrido.

Hadriel y Caedra se miraron el uno al otro, divertidos.

«¿Por qué era tan insoportable?», pensó Jay, exasperado.
«Lo sigues siendo», comentó Alastair.

«¡Oye!».

Su yo del pasado arqueó una ceja.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada, nada… —le aseguró Caedra, sonriendo.

Jay sintió un pinchazo en el corazón. Quería volver a ver esa sonrisa…

Althalos, en cambio, hizo un mohín, nada convencido con las palabras de la zeafírea.

—No me lo creo.

—Ya vuelve Kendrij —los informó Hadriel.

Althalos giró la cabeza de inmediato.

—¡Kendrij! —exclamó al divisar la figura de su hermano. Bajaba por las escaleras de mármol, ataviado con uno de sus trajes escarlata.

Se lanzó hacia él. Kendrij lo atrapó en sus brazos y rio.

—¡Althalos! No hagas eso. Algún día nos vamos a caer.

—Tú nunca te caes —señaló él, irguiendo la barbilla, muy digno.

Kendrij puso los ojos en blanco. Caminó hasta llegar a Caedra y Hadriel, que los esperaban sin haberse movido de su sitio entre los árboles.

Kendrij dejó a su hermano con suavidad en el suelo. Su expresión era ahora de total seriedad.

—¿Qué ocurre, Ken? —le preguntó Caedra, consternada. Se acercó a él y cogió su mano.
Kendrij suspiró profundamente. Acarició con el pulgar la piel de la zeafírea.

—He de partir en un viaje diplomático a Omilia. Me llevará unas semanas…

Caedra frunció el ceño.

—Iré a preparar nuestro equipaje —decidió Hadriel, dando media vuelta.

—No, Hadriel, espera. Padre insiste en que tú te quedes —dijo Kendrij—. Quiere que ayudes a preparar a un destacamento del ejército que va a partir en breve para realizar una misión.

Jay tenía un mal presentimiento. ¿Se trataría del viaje en el que su hermano moría asesinado por los Shak'ti? Además, Hadriel no iba a acompañarlo…

—Muy bien —aceptó Hadriel, resignado—. Imagino que el emperador os asignará protección adecuada para vuestro viaje.

—Más le vale —masculló Caedra. Habría estado más tranquila si Hadriel fuera con Kendrij.

—No te enfades, Cai —le pidió Kendrij, girándose hacia ella y cogiendo también su otra mano —. Regresaré lo antes posible para estar contigo.

Inclinó su rostro hacia el de la zeafírea y Althalos apartó la vista, asqueado.

—¿Tenéis que besaros delante de mí? —protestó.

—No temáis, príncipe Althalos —dijo Hadriel, divertido, dejando caer una mano en su hombro —. Ya encontraréis a la doncella adecuada.

—¿Doncella? —repitió él, arrugando la nariz—. No, yo no quiero besarme con nadie…
Hadriel rio por lo bajo.

—Ya hablaremos dentro de unos años y me diréis si habéis cambiado de opinión…

***

Volvía a estar en los jardines, pero ahora el cielo estaba nublado. Soplaba una ligera brisa que movía con suavidad las copas perfectamente podadas de los árboles.

Tenía su mano aferrada a la de alguien. Su yo del pasado alzó la vista. Hadriel inclinó la

cabeza y lo miró con una expresión extraña. Era una mezcla de tristeza y… ¿rabia?

—Ve a hablar con ella, Althalos —dijo Hadriel. Su voz era más apagada que de costumbre y no había utilizado el plural de cortesía para dirigirse a él—. Yo volveré enseguida.

Él asintió tímidamente con la cabeza. Observó a Hadriel mientras este subía las escaleras y se adentraba en el palacio. Sus pasos, sonoros por la armadura, pronto se alejaron.

Giró la cabeza hacia el jardín. Clavó los ojos en la figura de una zeafírea bajo las ramas de un árbol. Tenía abrazadas las rodillas y su frente apoyada en ellas, escondiendo su rostro. Había cruzado sus alas por delante para cubrirse.

Se acercó con lentitud. Escuchó sus sollozos.

—Dradra…

Ella alzó la vista para mirarlo. Tenía los ojos rojos e hinchados, y las mejillas empapadas por las lágrimas.

—No… No quiero jugar ahora, Althalos —dijo con voz ahogada.

—No quiero jugar… ¿Puedo sentarme contigo?
Caedra plegó las alas. Él se acomodó en la hierba a su lado.

—¿Por qué no va a volver mi hermano? —inquirió Althalos, y Jay supo de inmediato que sus sospechas en el recuerdo anterior habían sido correctas—. Hadriel solo me ha dicho que se ha marchado para siempre… Pero no ha querido decirme a dónde.

Caedra apretó los ojos.

—Kendrij… nos ha tenido que dejar… —Su voz tembló. Jay habría querido darle un abrazo, pero no podía controlar sus acciones—… para irse al cielo, Althalos.

—¿Al cielo? ¿Por qué?

Caedra respiró hondo. Ladeó la cabeza para mirarlo. Sus ojos amarillos estaban tan tristes…

—A veces pasan cosas que nos impiden… seguir viviendo y estar con aquellos a los que más queremos. Kendrij ha tenido un accidente en su viaje y…

—… ¿Y por eso no va a volver? —completó él al ver que la zeafírea se quedaba callada. Su labio inferior temblaba.

—No va a volver —confirmó ella con dificultad—. Pero debes entender que él no quería irse… Él quería pasar muchos más años jugando contigo, Althalos.

Jay notó que sus ojos se inundaban de lágrimas. Parecía que su yo del pasado iba entendiendo la situación.

—Pero… Pero… —balbuceó. Sacudió la cabeza—. ¡No es justo!

—No, no lo es. Pero así es la vida…

Los sollozos del pequeño Althalos empezaron a llenar el ambiente. Caedra lo rodeó con una de sus alas y él se abrazó a ella, temblando. Sus plumas, limpias y cuidadas, eran muy suaves.
—Tranquilo, Althalos. Aunque no lo veas, Kendrij siempre estará contigo —susurró ella,

acariciando su pelo.

—¿De verdad? —murmuró él, llorando.

—De verdad.

Estuvieron unos segundos en silencio. Varias lágrimas le cayeron en la cabeza, pero no se movió.

—Althalos…

Caedra sonaba muy cansada. Su yo del pasado se frotó los ojos y alzó la vista para mirarla, atento.

—Debes prometerme que vas a tener mucho cuidado a partir de ahora. Y que acudirás a mí si detectas algún tipo de actitud extraña en el emperador.

Él arrugó la frente.

—¿En mi padre?

—Sí —asintió ella. Puso una mano en su mejilla. Jay se fijó en que su piel era más suave en esa época, antes de curtirse por los múltiples años de batalla. Echaba tanto de menos su tacto…—. Althalos, ahora tú eres todo lo que queda de Kendrij. Tú no puedes marcharte al cielo todavía…, ¿me entiendes?

Él asintió energéticamente.

—Yo nunca te abandonaría, Dradra.

Caedra esbozó una sonrisa cargada de tristeza.

—Gracias, Althalos.

Se abrazó de nuevo a ella. Jay deseó paralizar el recuerdo y quedarse así para siempre…
Pero el espacio a su alrededor se distorsionó y supo la parte de su memoria olvidada que venía a continuación.

Su huida del palacio.

Capítulo 47: Palacio de hielo

—No me lo puedo creer, Hadriel, no me lo puedo creer… ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—No es tu culpa, Emeline.

—¡Claro que lo es! Tendría que haberlo supuesto…

El pequeño Althalos escuchaba con la oreja pegada a la puerta de los aposentos de su madre. No había tenido intención de espiar. Sin embargo, se encontraba tan mal tras la noticia de la muerte de su hermano que, en cuanto Caedra se había marchado, había ido directo a la habitación de la emperatriz.

—Mi pobre Kendrij… —prosiguió Emeline entre sollozos—. Asesinado… Ha muerto solo, alejado de nosotros, asustado…

Jay notó que los ojos de su yo del pasado se llenaban de lágrimas.

—Emeline, sé que la pérdida es dura. —La voz de Hadriel era suave, pero firme—. Necesitarás un largo tiempo para llorar a Kendrij…

—¡Jamás me recuperaré, Hadriel! —chilló Emeline, y Althalos se encogió—. ¡¿Cómo puedo aceptar que ha sido el propio emperador el que ha ordenado la muerte de su heredero al trono?! ¡Ha orquestado el asesinato de su propio hijo! ¡Y se atreve a encubrirlo!

—Emeline. —Hadriel la interrumpió con fuerza, pues no había terminado de hablar antes y debía decir algo importante. Emeline calló, sollozando—. Sé que es duro. Pero tu duelo tendrá que esperar.

—¿Qué…?

—Althalos. Irá a por él, después de Kendrij.

—No… ¡No!

—Emeline, cálmate. He… estado pensando y tengo un plan.

—¿Un plan?

Escuchó a Hadriel suspirar profundamente.

—Sí. Hace tiempo me hablaste de un mundo diferente al nuestro…

Hubo una breve pausa.

—La Tierra —dijo Emeline al fin—. Es un secreto conocido solo por la familia imperial. ¿No estarás insinuando…?

—El emperador localizará a Althalos en cualquier parte de Gea. En la Tierra estará a salvo. Solo tendremos que fingir su muerte…

El corazón de su yo del pasado se aceleró.

—Pero Hadriel, yo… Yo no puedo marcharme. Sospecharía demasiado; nos perseguiría.

—Iré yo con él.

Otros segundos de silencio.

«Me gustaría ver lo que está pasando», se quejó Jay, frustrado.

«Tu recuerdo es todo lo que tenemos», dijo Alastair.
—Hadriel… Tú… ¿Harías eso por mí?

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Emeline.

El corazón de Jay se encogió. Su padre siempre había amado a la emperatriz.

—Pero… Yo… Yo te necesito a mi lado… —sollozó Emeline.

—Yo tampoco quiero marcharme, Emeline, pero es la única forma de salvar a Althalos. Y no sería para siempre. Volveríamos cuando él sea más mayor y pueda enfrentarse al emperador.

—Sí… El emperador debe pagar por lo que ha hecho —susurró con rabia la emperatriz.

—Debemos actuar de inmediato. Desconocemos los planes del emperador y hay que poner a Althalos a salvo cuanto antes.

—Pero, Hadriel, ¿cómo te las apañarás en la Tierra? ¡Ni siquiera yo sé cómo es ese mundo!

—Confía en mí, Emeline. Encontraré la forma.

—¿Y qué hay de Caedra? Sé que es como una hija para ti… A ella no podrás llevártela, es una zeafírea.

—Caedra… —dijo Hadriel con pesar y calló durante varios segundos—. Ella… tendrá que quedarse, sí.

—Lo siento.

—No te preocupes. Estoy seguro de que lo superará. Es fuerte.

—¿Y tú? ¿Lo superarás?

—… Tendré que hacerlo.
Jay se sentía muy mal por Caedra. Había perdido a Kendrij, y prácticamente de inmediato perdería también a Hadriel. Y a él, al pequeño Althalos.

Y la situación era similar para la emperatriz.

—De acuerdo —dijo Emeline con decisión—. Ve a hablar con Althalos. Yo prepararé lo que necesitaréis para vuestro viaje. Y luego os esperaré en el pasadizo que usábamos para vernos antes de que yo me casara con el emperador, ¿te acuerdas?

Jay habría querido escuchar más, pero su yo del pasado ya se estaba apartando de la puerta nada más escuchar que iban a ir a buscarlo. Se fue corriendo por el pasillo.

***

Su habitación era, desde luego, lujosa. Tenía una cama doble para él solo, un ventanal de cristal inmenso junto a ella, un armario enorme y una mesa de madera negra, además de varios juguetes desperdigados por la alfombra roja.

Estaba tumbado en la cama, escondido bajo las sábanas, llorando, cuando escuchó abrirse la

puerta. Se quedó quieto, en silencio, conteniendo la respiración.

—Althalos, soy yo. Hadriel.

La puerta se cerró. Se dio la vuelta para quedar boca arriba y apartó la manta de encima. Se sentó, clavando sus ojos en Hadriel.

El hombre había desechado la armadura. Ahora vestía con una sencilla camisa negra y pantalones del mismo color.

—Os he escuchado antes —masculló su yo del pasado, limpiándose la cara de lágrimas con el brazo.

—Lo sé —dijo Hadriel con una pequeña sonrisa.
Althalos arqueó las cejas.

—¿Cómo?

—Soy telépata, ¿recuerdas? —contestó Hadriel y le guiñó un ojo. Al menos, se dirigía a él ahora con normalidad, sin ese plural tan formal.

—Ya…

Hundió los hombros, desanimado. Hadriel se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—Althalos…

—¿En serio ha matado padre a Kendrij? —balbuceó Althalos, mirándolo por debajo de las pestañas.

Hadriel suspiró con pesadez.

—Es… complicado de explicar.

—¿Y por qué tengo que irme?

—Para que estés a salvo —dijo Hadriel con suavidad.

—Entonces…, ¿me voy a ir?

—Eso parece.

—Pero yo… —Su pulso se aceleró. Sacudió la cabeza—. ¡No! ¡No voy a irme! Le prometí a Dradra que no la abandonaría.

Hadriel frunció el ceño. Jay supo que el comentario le había dolido, pues le había recordado que él también estaría dejando a la zeafírea atrás.

Althalos bajó la vista. Las lágrimas gotearon sobre la sábana.

—No será para siempre, Althalos —dijo Hadriel y lo tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos. Sonreía, intentando transmitirle tranquilidad—. Volveremos muy pronto. Y le podrás contar a Caedra todas las aventuras que has tenido en otro mundo. ¿No te apetece?

Althalos sollozó. Asintió lentamente con la cabeza.

—Solo será una temporada, ya lo verás —insistió Hadriel—. Será… como irnos de vacaciones,

¿de acuerdo?

—Vale…

—Muy bien, pues vístete y recoge tus cosas. Nos vamos.

—¿Ya? —balbuceó él, arqueando las cejas—. ¿No voy a poder contárselo a Dradra?

El dolor se reflejó una vez más en el rostro de Hadriel, aunque lo ocultó enseguida.

—Me temo que no, Althalos…

—¡No! —chilló a la vez que apretaba con fuerza la sábana en sus puños—. ¡No me voy a ir! ¡Se va a pensar que la he abandonado! ¡Y yo no quiero separarme de ella!

Hadriel suspiró con tristeza. Se inclinó hacia él y Althalos se quedó rígido.

—Nos vamos…

Su mente se nubló y sus párpados se bajaron en contra de su voluntad.

***

El recuerdo avanzó hasta cuando Althalos recuperó la consciencia. Estaba en brazos de Hadriel. Caminaban por un pasillo a oscuras, sin ninguna antorcha que lo alumbrara.

Miró a un lado y a otro, atontado.
—¿Dónde estamos?

—Shhh.

Alzó la vista. Hadriel quería que se mantuviera en silencio.

«Por un momento he temido que no me despertara hasta que ya estuviéramos en el portal…», comentó Jay.

«Habría sido desafortunado», asintió Alastair.

Jay asumió que se encontraban en el pasadizo. No había podido ver cómo se accedía a él desde el interior del palacio, lo cual habría sido útil para saber en qué punto exacto aparecerían, pero lo fundamental era conocer su ubicación en el exterior.

Le decepcionaba no haberse despedido de Emeline. Estaba seguro de que ella le habría dicho algo mientras estaba dormido, y le habría gustado recordarlo.

Perdió la noción del tiempo. Caminaban en silencio, con sigilo, sin hacer ruido, por un pasillo sin luz que parecía no terminarse. Jay supuso que era tan largo porque atravesaría toda Luminaria bajo tierra.

Hadriel, al fin, se detuvo. Alzó la mano, con cuidado de no soltarlo, y una roca que había estado tapando la salida se movió. Se elevaron en el aire y Althalos ahogó una exclamación, agarrándose a su camisa.

—¿Tú también puedes volar? —murmuró, fascinado.

Hadriel rio con suavidad.

—Algo así.

Pisaron la hierba del exterior. Hadriel se giró y puso la roca de nuevo en su sitio.

Era de noche, pero Jay reconoció con facilidad el bosque de encinas que había al este de Luminaria. La roca estaba situada junto a otras de mayor tamaño entre varios arbustos espinosos.

Se escucharon exclamaciones en la lejanía. Hadriel se dio la vuelta y Althalos abrió los ojos como platos al ver una columna espesa de humo que subía desde el palacio.

Estaba en llamas.

Su pulso se aceleró.

—¡No! ¡Madre! —gritó, asustado, retorciéndose.

—Tranquilo, Althalos. Tu madre estará bien —dijo Hadriel, echando a andar. Su yo del pasado se aferró con fuerza a él, temblando—. Te reunirás con ella de nuevo muy pronto.

Jay suspiró con tristeza. Ojalá hubiera sido cierto… Porque, desgraciadamente, su siguiente encuentro con la emperatriz había sido también el último.

El espacio a su alrededor se distorsionó. Jay quería quedarse a ver más, pero esta vez no se resistió, consciente de los peligros que eso supondría.

***

Se tambaleó al abrir los ojos, confuso. Alastair puso las manos en sus hombros para estabilizarlo, y Jay se preguntó por qué.

Tuvo la respuesta en cuanto vio que se hallaba de nuevo al borde del precipicio y que habría caído otra vez. Alastair se apartó y Jay retrocedió.

No sabía qué decir. Tenía un cúmulo de emociones en su interior. Ver y escuchar de nuevo a Caedra… A Hadriel…

Decidió empezar por lo sencillo:

—Apenas he visto el lugar en el que se encuentra el pasadizo. ¿Tú has podido ver algo?

—Sé dónde es —asintió Alastair.
Jay arqueó las cejas.

—¿En serio?

Alastair lo miró, aburrido.

—Vale, vale, ya sé que nunca bromeas… —dijo Jay, llevándose una mano al cuello, avergonzado—. Pero es que me sorprende que hayas sido capaz de reconocerlo y memorizarlo cuando solo ha sido un instante.

—Es más que suficiente para mí —contestó Alastair con tono seco. Dio media vuelta.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Jay, incapaz de ocultar la decepción en su voz.

—Despertarás en breve. Está amaneciendo.

Alastair echó a andar. Jay se quedó observando la grieta, con el ceño fruncido.

«Sois demasiado impetuoso, alteza, algún día os van a pillar…».

«¿Te gustaría ir a ver la nieve algún día, Althalos? Kendrij y yo habíamos pensado en escaparnos del palacio…».

«No me decepciones, hijo. Recuerda tu deber como príncipe».

Tuvo un escalofrío al escuchar las voces. Tarvo, Caedra, y el último…, el emperador.

Esta vez no lo había encontrado en ninguno de sus recuerdos. Deducía, por tanto, que no pasaba mucho tiempo con él… ¿Acaso el emperador se había preocupado alguna vez por él y por Kendrij?

Jay era incapaz de comprender que alguien pudiera sentir tal desapego por sus hijos, o por quienes se suponía que lo eran. Supuso que no había ejecutado antes a la emperatriz porque no sabía que su padre en realidad era Hadriel.

¿Le influiría negativamente la presencia de Saekish en su mente? ¿O habría sido igual de malvado sin la serpiente de la noche habitando su cuerpo?

—Jay.

Alastair se había detenido, mirándolo por encima del hombro. Jay suspiró tristemente y fue tras él.

***

Las llamas blancas cayeron sobre la arena con fiereza, chamuscándola. Jay jadeó y apretó los dientes para contener un quejido por el dolor.

Alastair había vuelto a la mañana siguiente y Jay seguía sin saber qué había hecho en ese tiempo. Alastair se negaba a contárselo.

Llevaba ya tres días practicando. Tres días en los que Caedra continuaba sin despertar…

Cada vez le resultaba más sencillo invocar aquel fuego infernal, además de ir reduciendo el número de quemaduras que recibía. Pero era un proceso complicado.

—Bien hecho.

Jay no se podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Alastair lo había felicitado?

Al darse la vuelta vio que el hombre, como de costumbre, mantenía su expresión de piedra. Al menos, no estaba descontento.

—Esas llamas solo las habrías creado antes dominado por una furia inmensa; ahora eres capaz de materializarlas solo con tu pensamiento —prosiguió Alastair—. Puede que seas el primer mortal en ignorar, al fin, sus emociones para controlar su elemento.

Jay agachó la cabeza, tratando de ocultar su sonrojo. No solía avergonzarse cuando alguien lo elogiaba; incluso habría presumido de ello, orgulloso. Con Alastair, sin embargo, era diferente. Su actitud tan fría le hacía ser más cauteloso..., y sentía el cosquilleo de las mariposas en el estómago. Supuso que sería por los nervios.

Alastair observó a Jay, analizándolo. Sus brazos estaban cubiertos de quemaduras de los días pasados. Por mucho que ya estuviera perfeccionando aquel fuego blanco, tendrían que hacer un descanso.

Debía admitir que Jay había superado sus expectativas. Ni siquiera Caedra había sido capaz de ignorar sus emociones a la hora de manejar sus elementos. La furia le impedía invocar el viento; la calma, la electricidad.

Jay tenía potencial. Y Alastair iba a asegurarse de que lo aprovechara al máximo.

Se adentró en el bosque a su izquierda. Jay, confuso, fue tras él.

—¿A dónde vamos?

Era relativamente temprano todavía; mediodía, quizás. Y no paraban de entrenar hasta que caía la noche.

Los bosques de Ganthia eran frondosos y tupidos gracias a la rica tierra volcánica. Las zonas favoritas de Jay eran las que tenían bambú, como aquella por la que estaban caminando. Los tallos altos y robustos del bambú poblaban el lugar, llenándolo de verde. También asomaban pequeños brotes marrones que no habían madurado todavía. Se intercalaban con algún que otro árbol de tronco corto, ramas gruesas y la corteza pelada, con llamativas flores blancas en panículas.

—Es hora de que aprendas a controlar un nuevo elemento —dijo Alastair, con la vista al frente.

—¿En se…? —Jay calló antes de completar la frase. Pero, al estar caminando al lado de Alastair, alcanzó a ver que luchaba por contener una sonrisa—. ¡Lo he visto! —exclamó, señalándolo acusadoramente. Tuvo que agacharse para esquivar una rama.

—¿El qué? —replicó Alastair, serio, como si no hubiera ocurrido nada.

Jay gruñó. ¿Lo habría imaginado?

Se detuvieron junto a un pequeño riachuelo entre el bambú, protegidos del sol bajo la sombra de sus altos troncos.

—El hielo es el elemento opuesto a tu elemento natural, el fuego —dijo Alastair—. Por tanto, existe la posibilidad de que tu cuerpo lo rechace.

Jay hundió los hombros. Alastair le había dado su poder y sería decepcionante si no era capaz de usar una gran parte de él.

—Sin embargo —prosiguió Alastair, observándolo de reojo—, confío en que tú serás capaz de sobreponerte a esta dificultad y dominar el hielo.

Jay giró la cabeza para mirarlo con la boca abierta. Su pulso se aceleró.

Pasaron los segundos y Alastair se cruzó de brazos, arqueando una ceja.

—¿Qué ocurre, Jay? —quiso saber, exasperado.

Jay, al fin, parpadeó. Le ardían las mejillas.

—Nada, nada… —Se aclaró la garganta y se puso recto—. Entonces… ¿Solo hielo? ¿Qué hay del agua?

—Mis poderes se limitan al hielo, pero no hay afín al agua que llegue a dominar el hielo de la misma forma que yo.

Jay sabía que eso era cierto. Lo poco que había visto había sido impresionante. Ningún afín al agua era capaz de disparar un rayo de hielo que congelara todo a su paso.

—Aun así, la base del hielo sigue estando en el agua, por lo que empezaremos entrenando con ella —completó Alastair.

—Vale, pues… ¿qué tengo que hacer? —quiso saber Jay, frotándose las manos, impaciente.

—Nos hemos desplazado a este lugar porque considero que te será más sencillo practicar con un cuerpo de agua más reducido que el mar. —Alastair clavó sus ojos en el riachuelo y Jay siguió la dirección de su mirada—. Antes de que puedas controlar el hielo, tendrás que comprender cómo se forma este.

Alastair se agachó. Jay lo observó, atento. El hombre juntó las manos como si fueran un cuenco y las hundió en el riachuelo. Al sacarlas, el agua que había en ellas se congeló de inmediato, formando un bloque de hielo.

Jay frunció el ceño. Imitó la acción, pero al sostener el agua en las manos no supo cómo continuar. No era precisamente instintivo para él.

—Céntrate en bajar su temperatura.

Sonaba sencillo, pero para Jay era complicado. Él estaba acostumbrado a subir la temperatura con su fuego…, no a bajarla.

El agua pronto empezó a desprender vapor. Jay la soltó y esta cayó de vuelta al riachuelo con un sonoro chapoteo.

Gruñó, frustrado. Y eso solo era el comienzo.

Alastair, sin embargo, no se sorprendió. Era lo que esperaba.

—Otra vez —ordenó mientras se sentaba en la tierra.

Sabía que aquel ejercicio tan básico les llevaría un buen rato.

***

Para Jay era extraño volver a los inicios de aprender un elemento, con la dificultad añadida de que en esta ocasión no tenía experiencia previa con el hielo; no podía tirar de algo que ya había aprendido de pequeño aunque lo hubiera olvidado después, como con el fuego.

Pasaron las horas. Jay había perdido la cuenta de sus intentos, pero todos terminaban con el agua expulsando vapor y en una ocasión, incluso, hirviendo. Se había enfadado demasiado y ese había sido el resultado.

Era estúpido. Sonaba muy simple lo de bajar la temperatura. Sabía subirla, por lo que solo tendría que hacer lo contrario…, ¿no?

Pero su cuerpo actuaba casi de manera automática. Tenía demasiado memorizadas y automatizadas sus acciones con el fuego.

Alastair se mantenía sentado a su lado, en silencio, observando. ¿Cómo tenía tanta paciencia? Jay estaba ya de los nervios.

Fue a sumergir sus manos en el agua de nuevo cuando Alastair lo agarró de la muñeca. Jay tuvo un escalofrío. Su piel estaba helada.

Giró la cabeza para mirarlo, extrañado, con la espalda en tensión.

—Presta atención —fue todo lo que dijo Alastair.

Alastair puso su mano debajo de la de Jay, sin soltarlo. Sacaron el agua del riachuelo y Jay se quedó rígido al notar cómo el frío fluía a través de él y se transfería al agua, bajando su temperatura. Tuvieron que estar así unos minutos, pero, al fin, se congeló.

Jay no sentía la mano; el poder de Alastair era gélido. Con la emoción, ni se fijó en esto. Su pulso se aceleró al ver el pequeño trozo de hielo entre sus dedos.

En cuanto Alastair lo soltó, sin embargo, su cuerpo reaccionó y subió la temperatura para calentar su mano helada. Y se quedó con agua de nuevo.

Pero Jay miró a Alastair con una sonrisa.

—¡Eso ha sido genial! —exclamó, ilusionado.

Alastair no dijo nada. A Jay no le importó.

Repitieron esto durante las siguientes horas, hasta que cayó la noche. Iban a irse cuando Jay insistió en intentarlo una última vez él solo.

Miró fijamente el agua en sus manos, concentrado. Pasaron los segundos y no había ni rastro de vapor. No logró que se convirtiera en hielo, pero sí que se quedara considerablemente más fría.

Le habría gustado tener un progreso más rápido en su primer día, pero no se quejaría. Solo era el comienzo.

Y Alastair, aunque no lo admitiría en voz alta, estaba impresionado. Jay había perseverado a pesar de los múltiples intentos fallidos y, al final, había logrado contener el aumento de temperatura instintivo que ejercía su cuerpo al ser afín al fuego.

Si Caedra pudiera verlo…

***

Observar las estrellas lo ayudaba a dejar la mente en blanco. El suave sonido de las olas del mar siempre lo relajaba. La fría brisa marina, arrastrando el olor a sal, no le molestaba; el hielo era su elemento. En la playa solía estar en paz.

Esa noche, sin embargo, estaba de todo menos tranquilo. Tumbado en la arena negra junto a su risco favorito, Alastair era incapaz de concentrarse en las estrellas, pues todo lo que veía era la imagen de Caedra. El viento que soplaba era su elemento. No escuchaba las olas; repetía en su mente una y otra vez las últimas palabras de la zeafírea en el pasado que había cambiado.

«Te quiero…», había susurrado ella. ¿Por qué no había sido él capaz de responder con las mismas palabras? Había estado tan abrumado por el dolor que sentía…

Si Caedra despertaba, tendría la oportunidad de hablar con ella. Pero ¿cómo lo haría? Quizás

sería mejor no mencionar nada de que había estado a punto de morir… Al fin y al cabo, ella solo había pronunciado esas palabras cuando la vida se le estaba escapando a través del agujero en el abdomen. En el pasado que había cambiado, Caedra no había tenido la necesidad de decirle esto…

Por tanto, era como si no lo hubiera dicho.

Ver a Caedra de nuevo en los recuerdos de Jay le había afectado mucho. Había podido ocultarlo, como siempre hacía. Pero ahora que estaba solo ya no era capaz de contener su desolación, incrementada por la ausencia de ella.

Necesitaba que despertara. Necesitaba asegurarse de que estaba bien. Él no podía hacer nada más por su cuenta…

Miró a su izquierda, sufriendo un gran vacío por dentro. Faltaba Caedra a su lado, insignificante, diminuta, en comparación con su forma de dragón, pero tan importante para que él se sintiera completo. Ojalá pudiera volver a aquellas noches en las que habían estado los dos en la playa, observando juntos las estrellas, con la zeafírea pegada a su costado y él envolviéndola con su ala…

Sin él darse cuenta, Caedra se había ido haciendo poco a poco un hueco en su frío corazón, hasta volverse imprescindible.

Si Caedra moría, el agujero que dejaría no se cerraría nunca.

—Alastair…

El dragón alzó la vista. Era una de las pocas veces que alguien había logrado sorprenderlo. Estaba tan centrado en sus recuerdos de Caedra…

«¿Qué quieres, Jay?», le preguntó con frialdad al chico. Estaba de pie a un par de metros de él. Llevaba una sencilla camiseta de tirantes, dejando al descubierto sus brazos vendados.

La mirada de Jay era triste, cargada de dolor. Había acudido a él tras visitar una vez más a Caedra, perdido.

Pero Alastair quería estar a solas.

Jay se encogió al escuchar su tono. Había rastros de lágrimas en sus mejillas.

Se sintió estúpido. ¿Qué hacía yendo a buscar a Alastair? Estaba claro que el gélido dragón iba a rechazar su compañía. No sabía qué esperaba conseguir. Necesitaba hablar con alguien que pudiera entenderlo…

La única que podría tranquilizarlo era Caedra. Pero estaba así precisamente porque la zeafírea no despertaba.

—Yo… —balbuceó Jay. Apretó los puños—. Nada. Olvídalo.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse por donde había venido. Alastair lo observó con el ceño fruncido.

«Jay».

El chico se detuvo al escuchar a Alastair. Se giró para mirarlo, esperanzado.

«Tienes que aprender a enfrentarte tú solo a las dificultades —dijo Alastair, pero su tono no era frío, sino amargo—. No siempre habrá alguien para ayudarte».

Jay hundió los hombros. Esas palabras le sentaron como una patada en su estado de ánimo. Alastair gruñó. ¿Por qué había sentido un doloroso pinchazo ante su angustia? Debería darle igual. Sin embargo, por alguna irritante razón, necesitaba que Jay estuviera bien.

«Puedes quedarte».

El rostro de Jay se iluminó. No tardó en ir junto a él y sentarse a su lado.
—Gracias, Alastair —murmuró con una pequeña sonrisa.

El dragón resopló. No dijo nada.

Estuvieron un largo rato en silencio, con el ruido de las olas del mar envolviéndolos como una manta. El corazón de Jay se fue calmando poco a poco.

—Yo solo… estaba pensando en mis recuerdos. En Caedra… —musitó Jay, abrazando sus rodillas—. La echo tanto de menos…

Alastair cerró los ojos.

«Yo también, Jay».

Pero tenían que confiar en que despertaría, tarde o temprano.

Capítulo 48: Desagrado

Valikia se había acomodado entre las ramas de un árbol para observar el amanecer. Tenía la espalda apoyada en el tronco y se había envuelto con sus alas para combatir la fría brisa de la mañana.

Llevaba varios días sin hablar con nadie, pero sabía que no podía seguir así indefinidamente. No tenía motivación alguna para hacer nada…

Lo ocurrido con Caedra la había pillado por sorpresa. Al principio se había negado a creerlo y todavía tenía la estúpida esperanza de que la zeafírea de pelo blanco abriera los ojos de golpe cuando ella entrara a su habitación a visitarla. Y le diría que todo aquello no había sido más que una broma de mal gusto.

Pero no podía seguir así, actuando como si Caedra ya estuviera muerta. Tenía que mantener la esperanza de que su amiga despertaría. Valikia confiaba tanto en las habilidades de Caedra, la había visto superar tantas dificultades, que había estado convencida de que ya nada podría con ella.

Y que, encima, hubiera sido su propio hermano quien la había dejado en ese estado…

Abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas. La brisa marina revolvió su pelo negro, que ya había crecido bastante desde la última vez que lo había cortado. Observó fijamente el sol mientras este iba ascendiendo lentamente en el cielo, pintando su reflejo en el agua oscura del mar. Su luz le recordaba a los ojos de Caedra…

Valikia había entrenado duro tras la muerte de Uma, su mejor amiga y la pareja de Denkuro, años atrás. Se había sentido tan culpable por la muerte de Uma protegiéndola a ella, joven e inexperta en el combate, que había jurado que nunca más se vería en la misma situación. Que, la próxima vez, sería ella quien protegiera al resto.

Pero ni siquiera había estado junto a Caedra en el momento necesario. No había podido hacer nada por ella…

«Eres tonta, Cai —pensó mientras las lágrimas inundaban sus ojos. Se mordió el labio y sus hombros temblaron—. ¿Por qué no despiertas?».

Su relación con Caedra había evolucionado mucho a lo largo del tiempo. Valikia había comenzado rechazándola por lo mucho que le recordaba a Uma y su miedo a que la escena de su muerte se repitiera. Poco a poco, había ido asumiendo que su actitud con Caedra era un error y, al fin, se había disculpado.

Se habían hecho muy buenas amigas. Para Valikia, mejores amigas.

Se frotó los ojos con los puños y respiró hondo.

—Eh, Val, ¿estás ahí?

La zeafírea tensó la espalda al escuchar la voz de Jay. Se asomó desde las ramas, con su melena negra cayendo por encima de un hombro. Jay la observaba, en el suelo, unos cuantos metros más abajo.

—Jay… —Valikia se sorprendió al escuchar su propia voz rasposa. Se aclaró la garganta antes de continuar—: ¿Qué quieres?

Jay arqueó una ceja y cruzó los brazos.

—¿No puedo venir simplemente a saludar?
Valikia puso los ojos en blanco.

—Jay…

Él sonrió.

—Vale, vale. Solo quería ver cómo estabas… —Frunció el ceño, poniéndose serio—. Llevas varios días sin hablar con nadie.

Valikia suspiró pesadamente. Se puso en pie, extendió las alas y bajó de un salto.

—Lo sé, y lo siento. Es solo que… —Calló, llevándose una mano al brazo y apartando la vista, incómoda.

Giró la cabeza para mirar a Jay cuando este puso la mano en su hombro.

—No tienes que disculparte, Val. Estamos todos igual…

—Estoy harta de no poder hacer nada, Jay —lo interrumpió ella con cierta agresividad. Sus ojos brillaban por las lágrimas. Apretó los puños—. Uma murió protegiéndome porque yo no podía luchar. Y ahora Caedra… No puedo hacer nada por ella. Nada que la ayude a despertar… Y si no despierta…

—Val…

Valikia no esperó a que Jay terminara de hablar. Apartó su mano con brusquedad y alzó el vuelo, alejándose con rapidez.

Jay frunció el ceño, observándola marcharse. Le gustaría ayudar a Valikia de alguna forma, pero supuso que ella necesitaba estar a solas con sus pensamientos. Cada persona afrontaba las dificultades de forma diferente.

***

Era mediodía y volvía a estar con Alastair en el riachuelo en medio del bosque de bambú. Jay se había sentado en la orilla con las piernas cruzadas, inclinado hacia el agua. Alastair estaba a su lado, observándolo.

Llevaban un par de horas y Jay tenía las manos entumecidas por el frío. Hizo una breve pausa para calentar la torturada piel antes de retomar la práctica.

El agua le recordaba a Ayla, pues era el elemento con el que había nacido la chica. Sintió una desagradable presión en el pecho por la angustia y decidió que lo mejor sería pensar en otra cosa. Estaba entrenando para volverse más fuerte y poder rescatarla.

También le recordaba a Darmacus, el amigo aquitón que había hecho en Titaia, ambos presos en aquel coliseo, obligados a luchar por sus vidas. ¿Qué habría sido de él? ¿Estaría bien? Jay ni siquiera sabía qué edad tendría ahora, por el desfase temporal de aquel planeta…

¿Y cómo estaría Lu-Min, la pequeña denu que se había convertido en parte de su reducido grupo en Titaia? Esperaba que ni ella ni su madre hubieran tenido problemas para llegar a su aldea después de que se separaran.

Pensar en Lu-Min lo llevó hasta Su-Nev. La primera denu que había conocido. Aquella que los había traicionado… Era incapaz de olvidarla. Omilia había sido conquistada… ¿Habrían arrasado el bosque de Magulia, o seguiría viviendo Su-Nev allí?

Jay no sabía qué haría si algún día se encontraba de nuevo con ella. Le había dolido mucho que les clavara aquel puñal por la espalda. Él había confiado totalmente en la denu. Hasta la había protegido cuando estuvieron presos como esclavos en las minas de umbrano.

—Céntrate, Jay —lo regañó Alastair al ver que el chico llevaba un rato simplemente observando su reflejo en el riachuelo.

Jay sacudió la cabeza. Avergonzado, se apresuró a llenar sus manos con agua de nuevo. Bajó la temperatura lentamente. Le llevó varios minutos, pero logró congelarla.
Sonrió satisfecho.

El resto de la mañana lo dedicó a congelar el agua cada vez más rápido. Hicieron una pausa para que comiera Jay y, cuando este terminó, Alastair dijo:

—Ahora que ya sabes crear hielo a partir de agua, vas a practicar tu control sobre el hielo.

Jay frunció el ceño, pero asintió.

Alastair materializó una pequeña esfera de hielo en la palma de su mano y se la mostró a Jay.

—Muévela hacia ti sin tocarla.

Jay se sintió como si estuviera de vuelta en el sótano de su casa, tantos años atrás, con Caedra delante de él sosteniendo un mechero encendido, animándolo a que tirara de la llama hacia él. Entonces, Jay pensaba que era imposible…

Sintió un pinchazo en el corazón. Caedra estaba en casi todos sus recuerdos importantes.

Clavó sus ojos en la bola de hielo. Situó su mano encima de ella y se concentró. No debía de ser muy distinto a cuando manejaba el fuego…

La esfera se movió ligeramente, pero se quedó en su sitio. Jay chasqueó la lengua.

—El hielo es un elemento diferente al fuego —comentó Alastair, como si le hubiera leído la mente—. El fuego es fluido, caótico, de forma libre; se extiende allá por donde pasa. El hielo es firme, rígido, sólido. El fuego es difícil de controlar por su naturaleza salvaje; el hielo, por su consistencia tan dura y poco moldeable.

Jay se fijó en que, al menos, Alastair no escatimaba en palabras cuando se trataba de explicarle las cosas. Asintió con la cabeza y volvió a centrarse en la pequeña esfera.

***

Jay se dejó caer en la cama esa noche, exhausto. Estar todo el día sentado intentando mover el hielo cansaba más de lo que parecía. Le iba a estallar la cabeza.

Alguien llamó a la puerta. Jay, con la cara enterrada en la almohada, gruñó. Clavó los codos y

miró por encima del hombro.

—Adelante —dijo en tono irritado.

La puerta se abrió. Era Gavin.

—¿Puedo pasar?

Jay contuvo un suspiro exasperado y se giró para sentarse, encorvado.

—Sí, pasa…

Gavin arqueó una ceja ante su falta de entusiasmo.

—Puedo venir en otro momento…

—No, no, pasa —insistió Jay, extendiendo la mano hacia la cama—. Siéntate.

Gavin cerró la puerta y se situó en el borde, manteniendo la distancia. Jay frunció el ceño.

—¿Qué quieres?

Se dio cuenta de que había sonado como Alastair, pero no se molestó en arreglarlo. Estaba demasiado cansado.

—Solo… hablar —admitió Gavin, llevándose una mano al cuello, incómodo. Su largo pelo rubio caía por la espalda, libre de la coleta en la que solía estar.

—¿Hablar? —repitió Jay. Cruzó las piernas y reposó los brazos en las rodillas—. Vale. ¿Sobre qué?

—Me gustaría saber cómo ha sido tu vida en la Tierra. Por conocerte un poco más.

Jay se encogió de hombros. Eso era sencillo de responder.

—Llegué a la Tierra cuando tenía once años. Mi padre me borró la memoria, así que no recordaba nada de Gea. Crecí como un chico normal, fui al colegio, me gradué y estaba iniciando la universidad cuando apareció Caedra un fatídico día de marzo.

Gavin no le preguntó por ninguno de los términos que había mencionado, pues había estudiado el funcionamiento de la vida en la Tierra antes de ser enviado por el emperador a aquel planeta.

—Y… ¿eras feliz? —inquirió Gavin, mirándolo de reojo.

—Sí. A mi padre y a mí no nos faltaba de nada. Luego estaba Connor, mi mejor amigo; Jennifer, mi novia por aquel entonces… —Se encogió al mencionarla, recordando lo sucedido tras su último encuentro con ella. Por un instante, fue como si los labios de Caedra acariciaran los suyos con calidez. Sacudió la cabeza, ahora con una desagradable presión en el pecho. Al final, nunca habían vuelto a mencionar aquel beso—. No me arrepiento de haber venido aquí, pero…

Pero la vida en la Tierra era más sencilla. No tenía que luchar por su vida cada día.

¿Qué habría pasado si se hubieran quedado en la Tierra tras la muerte de Hadriel? Habrían buscado otro sitio para ocultarse, empezarían de cero… Caedra no estaría en esa situación…

Frunció el ceño. No. Caedra no habría sido feliz en la Tierra. No solo habría tenido que estar

escondida la mayor parte del tiempo, sino que la zeafírea jamás habría aceptado abandonar a su suerte a todas las víctimas del emperador. Ni habría sido capaz de olvidar su venganza.

Sin embargo, si Caedra no despertaba…, ¿qué le impedía regresar a la Tierra si lograban derrotar al emperador? Habría terminado lo que empezaron y sería libre…

Pero sabía que ya no sería capaz de adaptarse de nuevo a la vida simple en la Tierra, sobre todo si eso significaba dejar atrás a Tarvo, a Valikia, a Ayla..., a Alastair.

—… Supongo que a veces me abruma lo cruel que es el día a día en Gea —completó Jay, hundiendo los hombros.

—Es cierto que lo que vi en la Tierra me llamó la atención —asintió Gavin—. Tenían un ritmo mucho más tranquilo, pausado. Se notaba que no estaban en medio de una guerra. Por otro lado, me agobió la forma de invadir y maltratar la naturaleza: la contaminación, el ruido, la destrucción de bosques…

—Es con lo que he crecido y ya estoy acostumbrado. Pero recuerdo que Caedra se quejaba de lo mismo…

Jay se mordió el labio, sintiendo de nuevo la desagradable presión de la angustia en su pecho. Él no perdería la esperanza. Estaba convencido de que acabaría por despertar.

Gavin rio por lo bajo.

—Creo que me llevaré bien con ella.

Aunque Jay apreció que Gavin también tuviera confianza en que iba a despertar, prefirió cambiar de tema:

—¿Y tú, Gavin? ¿Cómo ha sido tu vida?

El rostro del chico rubio se tornó serio de inmediato. Puso la espalda recta y frunció el ceño.

—Mi infancia fue bastante solitaria. No me permitían ver a mi madre, ni tener amigos. Solo podía hablar con el oráculo supremo y con el emperador. —Jay se fijó en que Gavin seguía sin referirse a él como «padre»—. Me pasaba el día entrenando. Sabía que había tenido dos hermanos, pero nadie quería decirme qué les había pasado. Al cumplir ocho años, me enteré de que uno de mis hermanos —Gavin miró a Jay— estaba vivo. El emperador me dijo que se había escapado antes de que yo naciera porque siempre había tenido una actitud rebelde y solo quería hacer daño al imperio.

Jay resopló.

—Sí, claro…

—No me enteré mucho de lo que sucedía. Unos meses después, mi madre, la emperatriz, fue condenada por, según me contaron, intentar asesinar al emperador. Asistí el día de su ejecución sin sentir ninguna pena por ella, convencido de que había intentado arrebatarme a mi padre… —Gavin bajó la vista—. Cuando cumplí once años, fui convocado a una audiencia con el emperador. Me explicó que mi hermano seguía vivo, maquinando un plan para destruir el imperio, y que yo, como heredero, debía marcharme a otro mundo a entrenar para detenerlo, pues era mi deber. Y que volvería cuando tuviera dieciocho años.

—Sí que supo aprovechar el desfase temporal de Titaia —masculló Jay.

—Para mí fue extraño volver y darme cuenta de que aquí no habían pasado más de tres meses… —admitió Gavin con una pequeña carcajada. Dibujó una mueca en su rostro—. Fue la noche antes de irme cuando el oráculo supremo me apartó a un lado. Y me reveló que había sido en realidad el emperador el que había asesinado a uno de mis hermanos, y que la razón por la que había huido el otro era porque lo habría matado a él también. Me contó que mi madre siempre había querido estar conmigo, que no me rechazaba, como yo creía, pero que el emperador le había prohibido verme. Y que la ejecutó no porque mi madre intentara asesinarlo, sino porque ayudó a mi hermano a escapar de sus garras… —Apretó los puños—. Tuve mucho tiempo para pensar durante mis años en Titaia. Y decidí que volvería, fingiendo ser leal al emperador, pero que lo mataría con mis propias manos por haber destruido la familia que siempre quise tener.

—¿No te costó decidir que te enfrentarías a tu propio padre?

—Después de saber la verdadera historia, no. Fui acumulando mucho odio hacia él en mis años de entrenamiento.

—Y no… —Jay suspiró pesadamente. Estiró los dedos de la mano, incómodo—. ¿Nunca… nunca te trató como a un hijo?

Gavin apretó los dientes con rabia contenida. Negó con la cabeza.

—Siempre he sido una herramienta para él.

—No lo entiendo. ¿Por qué es así? —murmuró Jay.

—No intentes comprenderlo. Está cegado por el poder.

—¿No tendrá algo que ver con la presencia de Saekish en su mente?

Gavin bufó y se cruzó de brazos.

—¿Qué más da la razón? El caso es que el emperador es la persona que es, y ya no se puede cambiar. Hay que detenerlo.

—Ya, eso es cierto. —Jay desvió la mirada hacia la ventana—. Supongo que solo me cuesta comprender que alguien pueda ser así de…

—… ¿Cruel? —completó Gavin y Jay asintió con la cabeza—. No lo sé. Pero, repito, la razón me importa bien poco. Voy a clavarle mi espada en el pecho igualmente.

Jay tuvo un escalofrío al escucharlo hablar de matar a alguien con tanta facilidad. Pero era normal. Gavin había crecido en Gea, había sido entrenado como un soldado. Estaba seguro de que ya habría matado a mucha gente.

Alguien llamó a la puerta. Jay y Gavin se miraron el uno al otro, extrañados.

—¿Quién es? —inquirió Jay.

—¿Quién va a ser, tonto? —gruñó la voz de Valikia.

Jay se contuvo para no sonreír, divertido.

Antes de que pudiera responder, sin embargo, la puerta se abrió.

—Espero que no estés haciendo nada cuestionable, porque… —empezó a decir la zeafírea, entrando. Calló y se quedó congelada al reparar en Gavin.

Los dos se observaron un largo rato, en silencio. Jay arqueó una ceja y se aclaró la garganta. Ambos parpadearon, volviendo a la realidad.

—¿Qué hace él aquí? —cuestionó Valikia, señalando a Gavin con el dedo índice.

—¿Cómo que qué hago aquí? —replicó Gavin, ensanchando el pecho, ofendido—. ¿Acaso no puedo venir a hablar con Jay?

—No, no puedes —declaró ella, irritada—. Hasta hace nada eras el enemigo. Como intentes algo…

—Val, tranquila —dijo Jay, poniéndose en pie y alzando las palmas de las manos—. Gavin está de nuestro lado, te lo aseguro.

Ella frunció el ceño. Cruzó los brazos e irguió la barbilla.

—Ya. Eso me dijiste el día que regresasteis. Pero no esperes que me fíe de él.

Jay puso los ojos en blanco. Se repetía la misma situación que con Ayla.
Gavin también se incorporó.

—Será mejor que me vaya —decidió para evitar crear más tensión—. Ya seguiremos hablando mañana.

—Eso, eso, tú huye…, principito de pacotilla —dijo Valikia entre dientes, con desdén.

—Arpía —masculló Gavin, encaminándose hacia la puerta.

—¿Qué me has llamado? —chilló Valikia, estampando un pie en el suelo.

Gavin la miró por encima del hombro y sonrió altaneramente.

—¿Estás sorda? Te he llamado arpía.

Valikia gruñó y apretó los puños. Su rostro se estaba coloreando de rojo por la furia con rapidez.

Jay palideció. Corrió a interponerse entre ambos.

—Vale, vale, chicos, vamos a calmarnos… —dijo extendiendo los brazos a un lado y a otro—. ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—No esperarás que me quede de brazos cruzados mientras ella me critica —replicó Gavin, en absoluto arrepentido.

—¡Es lo que te mereces! —exclamó ella señalándolo de nuevo—. A saber cuándo nos clavas un puñal por la espalda.

—No tengo semejante intención… —empezó Gavin, irritado.

—Ya es suficiente —los interrumpió Jay—. ¿Qué tal si nos vamos todos a dormir? Y mañana haremos las presentaciones de nuevo, pacíficamente —Puso especial énfasis en esta palabra— y seremos todos amigos.

Valikia alzó la barbilla y bufó. Pasó junto a Jay y se dirigió al pasillo. Golpeó a Gavin con el hombro a propósito antes de salir. Gavin gruñó, taladrándola con la mirada.

—No parecía tan insoportable cuando me la presentaste el otro día —masculló Gavin, cruzándose de brazos.

Jay se llevó una mano al cuello y suspiró con exasperación. No estaba de humor para ese tipo de conflictos…

—Eso es porque fue presentaros y Valikia se marchó volando. Dale tiempo… Está muy mal por lo de… —Jay calló, incapaz de continuar.

Gavin lo miró suavizando su expresión.

—Sé lo mucho que os está afectando. Y lo siento, Jay, pero no voy a dejar que tenga esa actitud conmigo —declaró. Había vivido toda su vida acostumbrado a que siempre lo trataran con respeto, y estaba dispuesto a seguir así—. Buenas noches.

Jay no dijo nada, dejando que Gavin se marchara. La puerta se cerró y él se sentó en la cama.

No tenía ganas de pensar. Estaba agotado.

***

No había ni rastro de Valikia a la mañana siguiente. Jay supuso que se habría marchado para estar a solas, por lo que, tras decírselo a Gavin, se dirigió a la playa donde lo estaría esperando Alastair.

Pasaron la primera mitad del día realizando combates de práctica, algo que, con cualquier otra persona, habría entusiasmado a Jay. Con Alastair, sin embargo, tenía mucho reparo. Estaba seguro de que Alastair le iba a hacer morder el polvo… Iba a ser humillante.

Y, efectivamente, un par de horas más tarde, Jay caía por enésima vez de bruces al suelo. Tosió, escupiendo arena.
Estaba harto.

—Arriba, mortal —ordenó Alastair con frialdad.

Jay tenía su espada, pero Alastair ni siquiera necesitaba un arma para frenar su hoja metálica. Neutralizaba el fuego con su hielo y esquivaba cualquier golpe físico desplazándose entre las sombras.

Valikia aterrizó bajo una palmera para observarlos. Jay no se dio cuenta, centrado en no ser alcanzado por un rayo de hielo, y Alastair no comentó nada, pues le daba igual la presencia de la zeafírea.

Era doloroso para Valikia ver aquello, pero no se marchó. Se sentó en la arena y abrazó sus rodillas, apoyando la barbilla en ellas. Se imaginó que el tiempo retrocedía un mes atrás, cuando había estado en esa misma playa mirando a Caedra y a Ayla combatir…

Alastair obligaba a Jay a levantarse una y otra vez, sin descanso, de la misma manera que lo había hecho Caedra con Ayla. Alastair, sin embargo, no trataba de animar a Jay de ninguna forma.

—Qué suerte la mía. La arpía ha tenido la misma idea que yo —comentó una voz irritada a sus espaldas.

Valikia miró por encima del hombro. Gavin caminaba con las manos en los bolsillos de su chaqueta, acercándose a ella.

—¿No tienes nada mejor que hacer que venir a molestar? —gruñó Valikia.

Gavin se detuvo a su lado.

—No. ¿Y tú?

Valikia apretó los dientes. Se quedó en silencio, mirando de nuevo a Jay y a Alastair.

El chico había avanzado con rapidez, haciendo una finta hacia la derecha y luego atacando con una estocada de su espada por la izquierda. Pero Alastair reaccionó al instante. La hoja metálica atravesó un cúmulo de sombras.

Jay se giró de un salto. Cruzó los brazos y creó un escudo de llamas blancas que derritieron el hielo del rayo que disparó Alastair en cuanto este entró en contacto con el fuego.

Valikia se abanicó con la mano. La temperatura había subido de golpe.

—Ni siquiera yo soy capaz de hacer eso —comentó Gavin con las cejas arqueadas—. ¿Fuego blanco?

Valikia ladeó la cabeza para mirarlo con una sonrisa arrogante.

—¿Qué pasa, principito? Resulta que tu hermanito es mejor que tú.

Y la temperatura bajó con brusquedad. Valikia se quedó rígida y se cubrió con sus alas. Alastair había congelado gran parte del campo de batalla. Jay había saltado hacia atrás y resbaló al caer en el hielo.

Jay suspiró, resignado, cuando Alastair lo atrapó entre varias estacas.

—Sí, pero no es mejor que Alastair —respondió, al fin, Gavin. Valikia lo miró de nuevo—. Y, si quiere derrotar al emperador, tendrá que serlo.

Valikia resopló. Estaba de acuerdo con él…, pero no lo diría en voz alta.

Capítulo 49: Brisa

Era de noche. Lo sabía porque no se filtraba nada de luz por la rendija de su celda y, por tanto, estaba todo sumido en la más completa oscuridad.

No podía dormir. Hacía frío en los calabozos de piedra y no tenía nada con lo que arroparse. Se había abrazado con sus alas en un intento de darse calor, pero ni eso impedía que tiritara.

Le dolía la cabeza. El oráculo supremo estaba siendo más agresivo en sus intentos y Ayla tenía que esforzarse mucho para resistirse. Era normal que Leveann estuviera frustrado tras varias semanas intentando borrarle la memoria. Ayla temía que estuviera muy cerca de conseguirlo.

No habría escuchado el ruido de pasos si no hubiera estado todo en silencio y ella muy atenta. La persona que bajaba por las escaleras era muy sigilosa.

Ayla se quedó como estaba, acurrucada en una esquina. Abrió los ojos y se sorprendió al divisar un diminuto destello al principio del pasillo.

La luz se acercó revelando a su portadora. Era una chica de su edad con piel verde, largo pelo atado en una trenza del mismo tono más oscuro y orejas puntiagudas. Una denu.

Caminaba descalza, por lo que tenía sentido que apenas hiciera ruido. No llevaba las prendas de hojas típicas de su raza, sino que vestía una sencilla túnica azul. Sostenía en las manos una bola de musgo, la fuente de aquel brillo esmeralda.

—¿Hola? —susurró la recién llegada, asomándose entre los barrotes de su celda.

Ayla tensó la espalda. Debía de estar todo el palacio durmiendo, salvo los soldados de guardia. ¿Qué hacía esa denu ahí?

Frunció el ceño. ¿Sería alguno de los trucos del oráculo supremo?

—Sé que estás ahí —prosiguió la denu—. Y sé que me estás escuchando. ¿Vas a hacer que haya venido hasta aquí para nada? ¿Sabes lo difícil que ha sido esquivar a los guardias?

—¿Quién eres? —quiso saber Ayla, en tono bajo, pero su voz se extendió por el lugar con claridad.

—Mi nombre es Su-Nev, y lo mismo quería preguntarte yo a ti.

Ayla arqueó una ceja.

—¿Has venido a verme sin saber quién soy?

La denu se encogió de hombros, no muy preocupada.

—Solo sé que el oráculo supremo trajo a alguien hace unas semanas, pero no ha querido decirme nada. El otro día cuando pasaba por aquí escuché gritos… —dijo ella y Ayla se encogió. Habían sido suyos, pues estaba empezando a dolerle el procedimiento más agresivo utilizado por Leveann—. La curiosidad pudo conmigo y decidí que me pasaría a ver de quién se trataba.

«Debes de aburrirte mucho», pensó Ayla.

—No tengo nada más que hacer en el palacio últimamente aparte de entrenar… —prosiguió Su-

Nev como si le hubiera leído la mente—. ¿Vas a decirme ya cómo te llamas?

—Mi nombre es Ayla. Antigua aprendiz del oráculo supremo —contestó ella y suspiró tristemente—. Escapé de él, pero ahora aquí estoy, de nuevo…

Su-Nev arqueó las cejas.

—¿Por qué querrías escapar?

Ayla ladeó la cabeza, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—El oráculo supremo es sabio y benevolente —explicó Su-Nev—. Me dio un hogar cuando más lo necesitaba y juntos estamos trabajando… —Calló y se mordió el labio al darse cuenta de que no podía revelar sus planes—… en algo muy importante que beneficiará al continente entero.

Ayla torció el gesto.

—Eso creía yo. Pero el oráculo supremo no es más que un hombre manipulador y malvado, con sus propios intereses.

Su-Nev no parecía muy convencida.

—Ya. ¿Y por qué te ha capturado? ¿No sería porque lo traicionaste de alguna manera? —replicó y se cruzó de brazos, con cuidado de no soltar la bola de musgo luminoso—. Y ahora hablas mal de él para engañarme.

—¿Qué gano yo «engañándote»? Me ha capturado porque quiere borrarme la memoria y que así esté a su servicio de nuevo.

—El oráculo supremo nunca obligaría a nadie a nada. A mí me dio la opción de marcharme si no quería trabajar para él.

«Porque te habría lavado el cerebro si te hubieras negado», pensó Ayla con amargura.

—Yo también creía que era bueno —dijo clavando los ojos en su regazo—. Hasta que conocí a mi amigo Jay. Él me hizo ver lo pérfido que es el oráculo supremo en realidad…

El corazón de Su-Nev latió con fuerza al escuchar esto. «Jay» no era un nombre de Gea, y solo conocía a un chico que lo tuviera.

Ayla tensó los hombros al ver que la denu abría los ojos como platos.

—¿Ocurre algo? —preguntó inquieta.

—¿Has dicho Jay? —inquirió Su-Nev esperanzada.

—Sí…

—¡Yo también lo conozco! —exclamó la denu. Se llevó la mano a la boca al darse cuenta de que había alzado la voz. Echó un vistazo por el pasillo, asegurándose de que no la había oído nadie. Miró a Ayla de nuevo y hundió los hombros—. O lo conocía… Hace años que no sé nada de él.

Fue el turno de Ayla de quedarse estupefacta. Ató cabos y arqueó las cejas al darse cuenta de

quién era exactamente la denu que tenía delante.

Se levantó con lentitud sacudiéndose la falda de su sucia túnica blanca, que ya parecía gris, y se acercó a los barrotes.

—Tú eres Su-Nev… —empezó.

La denu asintió con la cabeza, confusa.

—Sí. Te he dicho antes mi nombre…

—… La que traicionó a Jay y a Caedra —completó Ayla y se cruzó de brazos, alzando la barbilla—. Me han hablado de ti.

Su-Nev cerró la boca. Apretó los dientes.

—Mi traición no fue voluntaria. Era eso o los Shak'ti asesinarían a mi padre. —Desvió la mirada y se mordió los labios—. Pero mi padre acabó muriendo igualmente cuando el imperio conquistó Omilia…

Ayla suavizó la mirada.

—Lo siento.

Su-Nev suspiró tristemente.

—Jay fue mi primer amigo. Me merezco todo lo malo que me pase por haberlo traicionado, pero mi padre… —Ahogó un sollozo—. Yo solo quería protegerlo.

—¿Y cómo has terminado trabajando para el imperio? —inquirió Ayla, ahora curiosa.

—El bosque de Magulia, donde yo vivía, fue arrasado por completo. Estuve un tiempo vagando sin rumbo, huyendo de los soldados imperiales que querían atraparme y esclavizarme —explicó Su-Nev, abrazándose a sí misma—. Hasta el día en el que fui capturada y traída ante el oráculo supremo. Estaba interesado en reclutarme para su causa.

—¿Su «causa»? —repitió Ayla, indicando que quería saber más al respecto.

Su-Nev negó con la cabeza.

—No puedo contarte más. Pero es algo en lo que yo creo. Algo que hará que haya justicia.

«¿Con qué te habrá engañado?», pensó Ayla apenada.

—Pero bueno, dime… —continuó Su-Nev, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Cómo está Jay? ¿Está bien?

—Hace ya un par de meses que no lo veo… —contestó Ayla en tono bajo. Lo echaba mucho de menos—. Pero estoy convencida de que estará bien. —Sonrió—. Caedra no dejaría que le pasara nada.

Su-Nev clavó las uñas en su brazo, incómoda.

—Caedra… La traté muy mal, incluso cuando ella se esforzaba en ser cordial conmigo —murmuró—. Espero tener la oportunidad de disculparme con ella algún día. Igual que con Jay.

Ayla endureció la mirada.

—Será complicado estando en bandos contrarios.

Su-Nev ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Tanto Jay como yo tenemos el mismo obje… —Calló, abriendo los ojos como platos al darse cuenta de que había hablado demasiado.

Pero ya era tarde. Ayla había deducido con facilidad a qué se refería.

—Eso es lo que te ha prometido, ¿no? —susurró, acercando su rostro al de la denu a través de los barrotes—. Que mataréis al emperador.

Su-Nev se mordió el labio. Tras mirar a un lado y a otro, asintió lentamente con la cabeza.

—Es una trampa. No sé qué pretende exactamente, pero te está utilizando —prosiguió Ayla, hablando con rapidez—. ¿Qué te ha ofrecido a cambio?

—Me prometió que liberaría las tierras conquistadas por el emperador…, incluyendo mi bosque —contestó Su-Nev, ya no tan confiada como antes.

—No lo hará, Su-Nev. Leveann es avaricioso; ansía tener el poder. Jamás dejará que esos territorios se independicen de nuevo. Solo te está utilizando para quitar al emperador de en medio.

Su-Nev apretó los dientes. Apartó la mirada.

—Eres tú la que está intentando engañarme.

—¿Crees que Jay te engañaría también? —dijo Ayla poniendo las manos en los barrotes—. Ayúdame a salir de aquí. Te llevaré hasta Jay. Entonces estarás en el bando correcto.

Hubo varios segundos de silencio en los que la denu estuvo pensando.

—Jay no me aceptaría después de lo que le hice —musitó, hundiendo los hombros. Sacudió la cabeza. Clavó sus ojos oscuros en los azules de Ayla—. Además… ¿Por qué debería fiarme de ti? Seguro que te estás inventando todo esto para que te ayude a escapar.

—Eso no…

Su-Nev bufó. No la dejó terminar, dio media vuelta y echó a andar por el pasillo.

—¡Piensa en lo que te he dicho, Su-Nev! —suplicó Ayla aferrándose a los barrotes con fuerza.

***

Jay estiró los brazos al salir al exterior, recibiendo la fría brisa de la mañana de lleno en la cara. Disimuló un bostezo y se frotó un ojo.

Todavía estaba amaneciendo. Odiaba levantarse tan pronto…

—¡Arriba ese ánimo, Jay! —exclamó Valikia a sus espaldas, haciéndole dar un respingo por su aparición tan repentina—. ¡Seguro que hoy es el día en el que le pateas el trasero a Alastair!

Jay se giró para mirarla, divertido.

Habían pasado un par de semanas en las que había entrenado con Alastair sin descanso, desde que salía el sol hasta que se ponía. Su dominio del hielo estaba lejos de ser perfecto, pero había

avanzado bastante. Había mejorado también su control de las sombras y había terminado de pulir la técnica de las llamas blancas.

Había intentado hablar con Alastair sobre el estado de Caedra, pues Jay se preocupaba más y más con cada día que pasaba sin que ella despertara, por mucho que siguiera respirando y su corazón latiera con normalidad… Sus heridas ya estaban terminando de cerrarse, pero ella no reaccionaba.

Sin embargo, Alastair apenas comentaba nada de ese tema. Solo le había dicho que confiara en que Caedra despertaría y que, mientras tanto, se centrara en entrenar.

Jay no entendía nada, pero albergaba la esperanza de que Alastair supiera algo que él desconocía. Aunque no imaginaba por qué iba a querer ocultarle esa información…

Por el momento, se alegraba de que Valikia fuera recuperando su buen humor.

—No sé cómo esperas que lo consiga, pero al menos uno de los dos es optimista —dijo Jay, sarcástico.

Valikia le dio un toque en el hombro con el puño.

—¡Esa no es la actitud!

—Solo una arpía podría tener tanta energía por la mañana… —masculló Gavin, saliendo también de la casa.

Valikia se dio la vuelta para mirarlo con los brazos en jarras, gruñendo.

—No todos hemos tenido una vida de lujo, principito.

Gavin bufó.

—Mi vida está muy lejos de haber sido de «lujo», créeme.

Jay puso los ojos en blanco.

—¿Es necesario que discutáis cada vez que os veis? —preguntó, exasperado.

—Sí —contestaron los dos al unísono, clavando sus ojos en él, y Jay retrocedió un paso, intimidado.

—Vale, vale… Si así os entretenéis… —dijo Jay por lo bajo, echando a andar.

Se dirigieron a la playa. Alastair ya estaba esperando.

Gavin y Valikia se acomodaron bajo la palmera donde se sentaban siempre a observar cuando había un combate de práctica. Jay fue hacia Alastair.

—¿Cuánto apuestas a que Jay pierde en menos de diez minutos? —dijo Valikia, frotándose las manos. Se había abrigado con una chaqueta, pero la brisa marina continuaba siendo muy fría a esas horas tan tempranas.

Gavin la miró de soslayo, arqueando una ceja.

—¿No eras tú quien decía que estaba segura de que hoy iba a ser el día en el que ganara?

—Claro, yo voy a apostar a que gana, así que tú tienes que apostar a que pierde —explicó ella. Sonrió con picardía e irguió la barbilla—. ¿Eres tan tonto que te cuesta pillarlo a la primera, o

qué?

Gavin apretó los dientes, gruñendo.

—Quizás no me costaría entenderlo si tú supieras expresarte correctamente.

Valikia sacó la lengua. Gavin resopló.

—¿Es necesario que seas tan infantil? —Además, juraría que la zeafírea era mayor que él.

—¿Es necesario que seas tan amargado? —replicó ella de inmediato.

Desviaron su atención hacia la orilla al escuchar que el combate ya había empezado. Jay había creado varias esferas de fuego que lanzó hacia Alastair. Este se había limitado a desaparecer en un cúmulo de sombras para esquivarlas.

Pero Jay adivinó dónde iba a aparecer y ya tenía una nueva oleada de proyectiles preparada. Alastair fue obligado a protegerse tras un escudo de hielo nada más materializarse a su derecha.

Jay sonrió para sus adentros, divertido. Extendió la mano hacia su contrincante y manipuló el hielo del escudo, agrietándolo y partiéndolo en trozos.

Alastair, sin embargo, fue más rápido. Lanzó hacia Jay los pedazos tras transformarlos en afilados carámbanos de hielo.

Jay extendió los brazos y frenó los proyectiles. Giró sobre su propio eje, llevándolos consigo, y los devolvió hacia Alastair.

No esperó a ver qué hacía el hombre de pelo blanco. Echó a correr tras los carámbanos, desenvainando la espada. Alastair acababa de destruir los pedazos de hielo cuando Jay saltó encima de él…

… y se desvaneció, disuelto en bruma negra.

Valikia arqueó las cejas.

—¿A dónde ha ido?

Gavin no respondió, inclinado hacia delante, con toda la atención puesta en la pelea.

Alastair se giró a la vez que levantaba su brazo izquierdo, cruzándolo delante de su rostro. Jay había reaparecido a sus espaldas, listo para descargar el filo de su espada sobre él…

El acero, sin embargo, chocó contra una gruesa capa de hielo que se había creado sobre la piel de Alastair. Una ola de escarcha se extendió con rapidez por toda la hoja de metal. Alastair movió su otra mano con brusquedad hacia la derecha y Jay ahogó una exclamación al salir disparado por el desplazamiento de su espada, ahora controlada por su contrincante a través del hielo.

Jay se vio forzado a soltar su arma. Esta voló por los aires y Jay rodó al caer al suelo, poniéndose en pie de un salto.

—Jay, ¿por qué siempre tardas menos de cinco minutos en perder la espada? —gruñó Gavin, frustrado.

Pero Jay no se mostraba en lo más mínimo preocupado. Alastair desapareció en un cúmulo de

sombras. Jay esta vez esbozó una sonrisa torva, aunque su corazón latía con fuerza. Tan pronto como Alastair se materializó delante de él, listo para estampar su palma helada en su pecho, Jay se desvaneció.

Lo que siguió fue una secuencia de apariciones y desapariciones por parte de ambos. Se desplazaron a gran velocidad por la playa, intentando atraparse, dejando rastros de bruma negra a su paso. Valikia pronto se llevó una mano a la frente, mareada.

Y, al fin, chocaron. Jay cayó sobre Alastair, pero este lo mandó volando hacia atrás con una fuerte patada en el abdomen. El chico dejó tras de sí una estela de sombras, por las que había sido impulsado. Antes de caer de espaldas al suelo, sin embargo, dio una rápida voltereta y aterrizó sobre sus pies.

Jay resolló, pues desplazarse tanto entre las sombras lo había dejado agotado. Debía terminar el combate pronto si quería tener alguna posibilidad de victoria.

Corrió hacia Alastair, envolviendo sus brazos en fuego blanco. La arena que iba pisando quedó chamuscada y la temperatura en el lugar subió con brusquedad.

Con un grito de guerra, Jay extendió las manos hacia Alastair y envió contra él la tormenta de llamas infernales.

Alastair se detuvo y negó con la cabeza, decepcionado. A la vez que este desaparecía en una nube de sombras, Jay se agachó con rapidez y estampó la palma en el suelo. Una fina capa de escarcha se expandió en un parpadeo por la arena…

Y, tan pronto como Alastair se materializó unos metros más lejos, donde las llamas no podrían alcanzarlo, Jay alzó los brazos. Una serie de estacas de hielo brotaron de la escarcha sobre la que estaba Alastair, aprisionándolo al rozar su piel con los afilados picos.

Alastair se quedó rígido. Arqueó una ceja, impresionado.

—Estás muerto —dijo Jay con alegría, apareciendo detrás de él, envuelto en brumas negras. Respiraba entrecortadamente por el esfuerzo.

Alastair desintegró el hielo con la mirada y se giró. Él no se mostraba cansado en absoluto.

—He de admitir que me has engañado. Bien hecho, Jay —lo felicitó, tan serio como siempre—. Has sabido reconocer cuándo se agotaría tu resistencia y has actuado. Me has despistado con la tormenta de fuego; pensaba que sería tu ataque definitivo.

Las mejillas de Jay se colorearon de rosa. Los cumplidos de Alastair eran tan poco frecuentes que siempre hacían que se le acelerara el pulso.

—B-bueno… No esperes que lo repita —balbuceó, llevándose una mano al cuello—. Creo que con conseguir derrotarte una vez tengo suficiente.

—¡Has estado increíble, Jay! —exclamó Valikia, corriendo hacia ellos. Abrazó a Jay con tanta fuerza que tuvo que soltarlo de inmediato cuando este empezó a toser. Se apartó avergonzada—. Uy, perdona…

—Habría sido gracioso que lo mataras de asfixia, Valikia —comentó Gavin sarcástico. Se acercaba también, a paso más tranquilo, con las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—No sería tan torpe como tú —replicó ella indignada.

Alastair gruñó. No tenía paciencia para las riñas de ese par de mortales.

Jay, en cambio, rio.

—Tranquilo, Gavin, hará falta algo más que eso para acabar conmigo.

—Eso espero, o me decepcionarías bastante —bromeó él.

—Jay —habló Alastair y el chico se puso serio de inmediato, mirándolo atento—. Dedica el resto del día a descansar. Mañana partimos hacia el continente.

Jay arqueó las cejas. Su corazón se aceleró.

—¿En serio?

Un músculo se crispó bajo el ojo de Alastair. Jay soltó una risita nerviosa.

—Vale, vale…

Alastair nunca bromeaba.

—¿Ya tienen todo preparado? —inquirió Valikia.

Alastair asintió con la cabeza. Había hecho un par de visitas a lo largo de esas semanas al grupo que estaba en Anthius para comprobar que la voz sobre la rebelión se estaba extendiendo adecuadamente. Si todo iba acorde al plan, sería dentro de dos noches cuando darían el golpe.

Eso iniciaría la distracción que necesitaban para que el emperador movilizara sus tropas. Y, tras eso…

Jay notó que le temblaban las manos. Apretó los puños. Respiró hondo.
Tras eso, irían al fin al palacio. A rescatar a Ayla… Y a enfrentarse al emperador.

Habría preferido que Caedra despertara antes de partir. Él estaría mucho más tranquilo… Y le angustiaba en gran medida marcharse cuando el estado de la zeafírea seguía siendo delicado. No quería apartarse de su lado, y menos estando tan vulnerable.

Pero él mantenía la esperanza de que acabaría por despertar. Y, si se quedaba mientras tanto en Ganthia, no correría peligro al acompañarlos.

Recordó con un escalofrío lo que le había dicho Alastair: el destino intentaría a toda costa corregir el cambio que habían causado salvando la vida de Caedra…

Era lo mejor. Caedra se quedaría en Ganthia, a salvo. Jay sabía que el maestro Shidan cuidaría bien de ella.

Y despertaría cuando regresaran, con Ayla sana y salva.

Él no perdería la esperanza.

***

Alastair observaba las estrellas junto a su risco favorito, dejando que el viento nocturno acariciara sus plumas y escamas.

«Alastair…».

La brisa marina solía arrastrar consigo la voz de Caedra, que le susurraba con suavidad y ternura. Alastair cerraba los ojos y visualizaba a la zeafírea en su mente, deseando, como siempre, poder hablar con ella. Anhelando que estuviera ahí, a su lado…

Clavó las garras en la arena.

«Caedra… Creo que Jay está preparado», pensó, como si ella lo escuchara en aquella fría habitación en la que seguía ausente.

Había enseñado todo lo que había podido a Jay. El chico había aprendido con rapidez, sin quejarse por el esfuerzo, centrado en mejorar, decidido. Alastair tenía que admitir que estaba impresionado por su destreza y fuerza de voluntad.

Le habría gustado seguir entrenando, pero el tiempo no lo permitía. No sabían si Saekish ya estaba cerca de recuperar su cuerpo y debían impedirlo a toda costa.

Escuchó pasos en la arena. Giró la cabeza hacia su izquierda y divisó la pequeña figura de Jay en la distancia, caminando por la orilla.

Tardó unos minutos en llegar hasta él. El chico alzó la vista para mirarlo, pues Alastair tenía su largo cuello erguido por completo.

«Te estaba esperando, Jay», le comunicó Alastair, adelantándose al verlo abrir la boca.

Jay arqueó las cejas.

—¿En se…? —Calló y gruñó. Cruzó los brazos—. Vas a conseguir que elimine esa expresión de mi vocabulario.

«No sé si podrás vivir sin ello», dijo Alastair.

Jay soltó una pequeña carcajada, pero enseguida se quedó rígido. Lo miró fijamente y entornó los ojos.

—Espera, ¿acabas de ser sarcástico? ¿Tú? ¿Sarcástico? —exclamó y lo señaló acusadoramente con un dedo—. ¿Quién eres y qué has hecho con Alastair?

El dragón gruñó. Era cierto, no se había dado cuenta. Estaba cogiendo demasiada confianza con aquel mortal.

Decidió ignorarlo.

«Imagino que querrás hablar sobre el plan a seguir».

Jay asintió con la cabeza.

—Sí, porque hay algo que me preocupa. ¿Qué pasa con el espía? Seguimos sin saber quién es…

«Las sospechas están puestas en tu amigo Connor y en Ilyor».

Jay arqueó las cejas, escandalizado.

—¿Cómo? ¡Connor jamás me traicionaría! —dijo con total seguridad. Frunció el ceño—. Ilyor, tampoco. Es mi abuelo… Y ha odiado al emperador desde siempre.

«No confíes ni en tu propia sombra, Jay —aconsejó Alastair con frialdad, observándolo de

reojo—. La mortal llamada Faye ha comentado un plan falso a cada uno. Según dónde estén esperándonos los soldados imperiales, sabremos quién de los dos es el espía».

Jay apretó los dientes.

—Os equivocáis.

«Ya lo veremos —dijo Alastair con tono gélido—. Y ya aprenderás».

—No seas tan desconfiado…

«No seas tan confiado».

Jay espiró aire con brusquedad.

—Vale. —Suspiró pesadamente—. Lo siento, Alastair, es solo que… me cuesta creerlo. Connor y yo hemos pasado por muchas cosas juntos, no había estado nunca en Gea y no veo qué ganaría en todo esto. Y respecto a Ilyor… El emperador ha destruido también su familia. ¿Por qué iba a trabajar para él?

«Las personas a veces tienen motivos ocultos, difíciles de desentrañar, Jay».

Jay no dijo nada. Se levantó una ráfaga de aire más fuerte y cerró los ojos, dejando que el viento acariciara su rostro.

«¿Qué harías tú, Cai? —se preguntó—. ¿De quién de los dos sospecharías? ¿O acaso Alastair se equivoca?».

Levantó los párpados. Dio un respingo al darse cuenta de que Alastair lo miraba fijamente. ¿En qué estaría pensando?

Jay disimuló un bostezo. Era tarde y tenía sueño.

—Oye, Alastair, puedo… ¿Puedo quedarme contigo? —inquirió en tono bajo. Le dieron ganas de golpearse por sentirse tan tímido de repente.

Esperaba que Alastair lo echara con su característica frialdad. Por eso se sorprendió cuando el dragón estiró ligeramente el ala que había tenido plegada contra el costado, invitándolo a acomodarse ahí.

El rostro de Jay se iluminó. No dudó en acurrucarse, sin importarle lo gélidas que estaban las escamas.

—Al final eres más cariñoso de lo que parece, ¿eh, Alastair? —lo picó Jay, alzando la vista para mirarlo.

El dragón apartó la mirada y mostró los colmillos.

«No me hagas arrepentirme, Jay».

Solo se lo había permitido porque era la última noche de tranquilidad que tendrían en mucho tiempo. Y, si Jay quería estar con él, no se lo impediría. Caedra habría estado contenta. Ojalá estuviera también ahí con ellos…

Jay soltó una pequeña carcajada. Apoyó la cabeza en el hombro de Alastair y cerró los ojos. El dragón lo cubrió con el ala y Jay sonrió, relajándose.

¿Qué diría Caedra si los viera así? No se lo creería...

Capítulo 50: Entre la espada y la pared

Era complicado acercarse a hablar con Connor después de haber estado tanto tiempo sin verlo y, además, tras las acusaciones hechas por Alastair.

Jay observaba a su amigo en el extremo opuesto del círculo en el que se habían sentado para discutir lo que harían a continuación. Jay no sabía por qué, pero Connor se había negado a mirarlo a los ojos desde que había llegado. Y eso había empezado antes de informarlos sobre la situación de Caedra, por lo que no podía deberse a lo afectado que estuviera por ella.

Quizás estaba enfadado porque Gavin se hubiera unido a ellos.

Estaban en las afueras de Puerto Nithal, escondidos entre los árboles. La pequeña llama de la hoguera en medio de todos era la única luz que tenían.

A Jay le angustiaba haberse separado de Caedra. No sabía cómo lo estaría pasando Alastair, que parecía más tenso que de costumbre.

Pero tenían que llevar su plan a cabo.

—Ya ha habido distintos focos pequeños de rebelión que han obligado a los soldados imperiales a movilizarse más —estaba diciendo Tarvo—. Con el golpe que demos mañana, estoy seguro de que el emperador desplazará el resto de su ejército.

Jay desvió la mirada hacia Ilyor. El hombre se limitó a asentir con la cabeza. Volvió a mirar a Connor. Su amigo había fruncido el ceño.

—Mi gente ya sabe lo que tiene que hacer —habló Faye, cubierta, como siempre, con su pañuelo—. Estarán listos para actuar.

—Los torrogal desembarcarán en cuanto demos la señal —dijo Valikia—. El maestro Shidan lo tiene todo preparado.

—Pero ¿cuál es el plan exactamente? —preguntó Connor, que estaba sentado junto a Tarvo—. No termino de entender qué tengo que hacer yo…

Jay se mordió el labio. A él tampoco le gustaba que no hubieran informado a Connor de todo. Ilyor, en cambio, aunque debía de estar en la misma situación, no había protestado.

—Tú estarás conmigo, no te preocupes —le dijo Tarvo a Connor con una sonrisa.

Connor pareció aliviado. Asintió con la cabeza.

Gavin iba a intervenir cuando escucharon ruido entre los arbustos. Todos se tensaron de inmediato.

Un hombre tapado de pies a cabeza emergió de la oscuridad, observándolos con cautela.

—Tranquilos —habló Faye, alzando una mano—. Es uno de mis contactos.

—Sombra del viento —dijo el recién llegado como saludo, asintiendo con la cabeza—. Me temo que traigo malas noticias.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella, poniéndose en pie.

—Nuestra gente se niega a luchar a no ser que conozcan el rostro y la identidad de quien los lidera —contestó el hombre con la vista clavada en el suelo, incómodo por ser quien tuviera que transmitir esta noticia—. Si no te muestras ante ellos, no tendrás su apoyo mañana.

Faye chasqueó la lengua, disgustada, y se cruzó de brazos.

—¿Por qué es esto un problema ahora? No les ha importado hasta hoy.

—Mañana arriesgarán la vida todos ellos luchando por nuestra causa. Han decidido que no lo harán si tú no te expones de la misma forma. No quieren secretos habiendo tanto en juego.

—Está bien —aceptó Faye, resignada—. Llévame con ellos.

—Te acompañaré —decidió Tarvo, incorporándose. No podían arriesgarse a que Faye fuera atacada la noche anterior a la ejecución de su plan.

—Voy contigo —dijo Connor, imitando a su amigo.

Jay también se levantó.

—Y yo.

—Muy bien, pues nosotros os esperaremos aquí —dijo Valikia, disimulando un bostezo—. No tardéis mucho. —Señaló a Gavin con un pulgar—. O el principito me matará de aburrimiento.

Gavin gruñó, ofendido.

—¿A qué viene eso, arpía?

***

Jay supuso que habían permitido que Connor los acompañara porque tanto él como Ilyor estarían vigilados en todo momento hasta que se ejecutara el plan. Ya no tendrían oportunidad de pasar más información al enemigo, en el caso de que uno de ellos fuera el espía.

Se desplazaron con cuidado y sigilo, esquivando a los soldados que patrullaban las calles de baldosas oscuras, pobremente iluminadas por las antorchas. Entraron por una puerta escondida en un callejón, accediendo a un enorme sótano con techo y paredes de madera en el que había una gran multitud concentrada murmurando entre ellos.

Faye se marchó junto con el hombre. Tarvo se dirigió a camuflarse entre el público y Connor lo habría seguido, pero Jay fue más rápido y lo agarró del brazo, frenándolo.

Connor lo miró por encima del hombro, confuso.

—Tenemos que hablar —susurró Jay, para que no lo escuchara la gente a su alrededor.

—¿Sobre qué, Jay? —dijo Connor, zafándose de su mano, molesto.

Jay frunció el ceño.

—No lo sé… Te noto raro conmigo.

Connor resopló. Se giró hacia él y cruzó los brazos.

—¿Quieres saber qué pasa?

—Sí.

—Muy bien. Entiendo que tengas que atender tus asuntos, Jay, pero prácticamente me has ignorado desde que vine a Gea, sobre todo este último par de meses.

—Eso no es…

Connor lo interrumpió:

—No intentes negarlo. Jay, si vine a Gea era para estar contigo y ayudarte. Para mí esto es un mundo desconocido y, al principio, entendía que debieras marcharte a algunas misiones, pero ya ni te molestas en saber cómo estoy.

Jay apretó los dientes.

—Eso no es cierto. A veces es necesario que…

—Me da igual, Jay —gruñó Connor—. ¿Sabes quién es el único que se ha preocupado y ha estado pendiente de mí desde que hemos llegado? Tarvo. No tú. Y ahora que Caedra… —Su labio inferior tembló y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Endureció la mirada—. Ahora que Caedra está así…, cuando fue ella la que me invitó a acompañaros… Siento que he venido a Gea para nada, ¿sabes?

Jay había bajado la vista ante la mención de Caedra. Cada vez que recordaba su estado, que ahora estaba lejos de ella, era como una patada en el estómago.

—Me estoy jugando la vida solo por estar aquí —prosiguió Connor malhumorado—. Y a ti parece no importarte.

Jay apretó los puños, irritado. No estaba muy bien de ánimo y fue fácil perder la paciencia.

—¡Claro que me importa! —replicó con cierta agresividad—. Pero ¿qué quieres que haga? Sabías que las cosas serían así, Connor. No siempre puedo hacer lo que quiero. —Lo miró directo a los ojos—. ¡Yo no quería que vinieras; te advertí que este mundo es peligroso!

Connor dio un paso hacia atrás, dolido por sus palabras, por mucho que supiera que tenía razón. Jay se arrepintió nada más haberlas pronunciado, pero ya era tarde para rectificar. Extendió una mano hacia él.

—Connor, no quería decir…

—Déjalo, Jay —farfulló Connor, apartando su brazo con fuerza. Dio media vuelta.

Jay hizo amago de agarrarlo de nuevo, pero los murmullos a su alrededor se apagaron. Todo el mundo estaba en silencio. Faye había subido al escenario de madera que había al fondo de la sala.

Jay calló, frustrado. Connor no dudó en aprovechar para ir junto a Tarvo. Tendrían que continuar su conversación en otro momento.

Faye respiró hondo. Jay la observó expectante. Mentiría si decía que él no tenía curiosidad por conocer su identidad.

—Ciudadanos de Anthius —empezó Faye. Su voz era alta y clara, extendiéndose por todo el lugar—. Mi gente… He venido esta noche para calmar vuestros temores. Me he dado cuenta de que vuestra inquietud está justificada. He sido una egoísta manteniendo mi identidad oculta estando entre los míos, aquellos que me habéis acompañado en esta lucha contra el imperio que

nos oprime.

Jay admiró la facilidad con la que se dirigía al público. Él se moriría de vergüenza si tenía que hablar delante de tantas personas. Faye parecía haber sido educada para ello.

—Fue hace unos meses cuando adopté la identidad de la Sombra del viento para servir a mi reino, para ayudar a aquellos que más lo necesitaban —continuó Faye, desplazando su mirada por la multitud—. Todos os preguntáis quién soy; de dónde vengo. Mi historia comenzó cuando toda mi familia fue asesinada en la invasión perpetrada por el imperio. Estoy segura de que muchos aquí compartís y comprendéis mi dolor…

Jay tuvo un escalofrío al ver cómo la mayor parte de la gente asentía con la cabeza. ¿A cuántas personas había destrozado el emperador?

—Yo, por un capricho del destino, pude escapar de la masacre y esconderme. Mi guardaespaldas, quien siempre estuvo a mi lado desde pequeña, fue quien me ayudó a conseguirlo.

¿Guardaespaldas? Jay frunció el ceño. Estaba claro que Faye procedía de alguna familia de elevado nivel. ¿Sería posible…?

—Por desgracia… —Faye bajó la vista y apretó los puños—. Falleció hace unos meses, protegiéndome. Se llamaba Hefeia y le estaré eternamente agradecida. No solo me salvó, sino que fue quien me enseñó a sobrevivir, a luchar; fue quien me entrenó y me ayudó a aprovechar todo mi potencial. De no ser por ella, la Sombra del viento jamás habría existido. Fue su muerte la que me inspiró para actuar, para hacer algo útil con todo lo que me había enseñado, para ayudar a otros como ella había hecho conmigo.

Jay se fijó en que todo el mundo la estaba escuchando con mucha atención, pendiente de cada palabra que salía de su boca.

Faye clavó de nuevo sus ojos en el público.

—Sin ella, nada de esto habría sido posible. Empecé actuando por mi cuenta, pero poco a poco más y más gente se fue uniendo a mi causa, hasta convertirla en *nuestra* causa. En nuestra lucha por expulsar a los invasores que nos oprimen y nos torturan. En defender nuestra libertad y nuestros derechos, en proteger a nuestras familias y en recuperar lo que es nuestro.

Faye se llevó una mano a la cara. Bajó el pañuelo con el que cubría la mitad inferior de su rostro. Todos la observaban atentamente.

—Estoy orgullosa de todo lo que hemos conseguido juntos. Con vuestra fuerza y valentía, estoy segura de que nada nos detendrá. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Mi nombre es Faye. Faye es la Sombra del viento, es la persona que nació de las cenizas de su familia. Antes de ser Faye, sin embargo, muchos me conocíais con otro nombre. Pero esa persona ya está muerta.

Y, al fin, retiró el pañuelo que tapaba su cabeza. Su largo y abundante pelo rojo cayó como una cascada por su espalda. Una exclamación colectiva se extendió por toda la multitud.

El corazón de Jay latía a mil por hora. Lo había sospechado tras escuchar el discurso de la chica, pero solo ahora se había confirmado.

—¡Es la princesa! —exclamó un hombre.

—¡La princesa Realyn! —dijo otro.
—¡Está viva!

—Mi nombre ahora es Faye —repitió ella con fuerza, aunque con una sonrisa en su rostro—. Y soy quien os guiará hacia nuestra libertad.

Sus palabras fueron recibidas con entusiasmo, vitoreadas por todos. Jay se encogió ante la potencia de los gritos, pero se alegró de que la hubieran reconocido y aceptado.

—¡Liberaremos Anthius!

—¡Lucharemos hasta la muerte!

—¡Por Faye!

¿Conseguiría él algún día ganarse de esa forma a la gente del Imperio gaelaro?

***

Jay intentó hablar con Connor en varias ocasiones al día siguiente, pero este siempre lo esquivaba. Al décimo intento, decidió darse por vencido.

Alastair lo apartó para hablar con él cuando estaba atardeciendo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jay en cuanto se hubieron alejado del resto.

—Esta noche sabremos quién es el espía —dijo Alastair, cruzado de brazos, muy serio—. Debes estar preparado.

Jay frunció el ceño.

—Sigo pensando que es imposible que sea Ilyor o Connor.

—Jay… —gruñó Alastair.

—Está bien, está bien —masculló él, apartando la mirada y guardando las manos en los bolsillos.
Ojalá estuviera Caedra a su lado para calmarlo…

—Lo que sabe Connor es que estaremos escondidos cerca del puerto para dar la señal que iniciará el ataque —explicó Alastair—. Esto es cierto, aunque él cree que solo estarán él, Tarvo y Faye. Los demás no andaremos muy lejos. No le hemos dicho nada a Ilyor, por lo que para él se tratará de un cambio de planes a última hora.

Jay asintió.

—Vale.

—Si aparecen los soldados para atacarlos, sabremos que el espía es Connor, pues habrían acudido a esa localización tras informarlos él. Pero estaríamos los demás para asistir a Tarvo y a Faye, y que puedan dar la señal de iniciar el ataque.

—De acuerdo —musitó Jay, no muy convencido.

—Ilyor cree que estaremos en otro punto en el lado opuesto de la ciudad. Si no aparecen los

soldados donde estarán Connor, Tarvo y Faye, será porque los soldados han ido a ese otro punto, por lo que Ilyor sería el espía.

Jay asintió de nuevo. Era sencillo: si aparecían los soldados donde estaban, el espía era Connor; si no los atacaba nadie, el espía era Ilyor.

Alastair clavó en él sus ojos de hielo. Jay se quedó rígido.

—Estate preparado para actuar —concluyó.

Jay tensó las comisuras de los labios. Estaba convencido de que Alastair se equivocaba. El espía tenía que ser otra persona.

Dio media vuelta, dispuesto a regresar con los demás. Alastair lo agarró del brazo y lo frenó. Jay lo miró por encima del hombro.

—¿Alastair? —dijo confuso. Sus gélidos dedos se clavaban en su piel sin excesiva fuerza, casi con delicadeza. Lo observaba con una mirada en la que el frío estaba ausente por completo. El corazón de Jay se aceleró.

—Ten cuidado.

Jay sintió un agradable cosquilleo recorrer su cuerpo. Relajó la tensión de sus hombros, reconfortado por la preocupación de Alastair.

—Tú también.

***

Había caído la noche. Puerto Nithal estaba a oscuras, salvo por las pocas antorchas que ofrecían diminutos focos, como motas de pintura naranja en un lienzo negro. La ciudad entera permanecía en silencio.

La flota de barcos del emperador se encontraba dispuesta a lo largo de todo el puerto. Era enorme y Jay pronto se rindió en su intento de contarlos. Serían más de cien. Las olas negras los mecían con suavidad.

Connor, Tarvo y Faye estaban ocultos tras unas rocas en la playa, a las afueras. En cuanto Faye disparara una bola de fuego al cielo, el ataque comenzaría.

Jay se encontraba con el resto de sus compañeros, observándolos tras la capa de árboles que había a continuación de la arena. Su corazón latía con tanta fuerza que prácticamente era todo lo que escuchaba.

Estaba nervioso, no solo por la incertidumbre de si su plan saldría bien y tendría éxito, sino por lo que se revelaría en breve: la identidad del espía.

Pasaron los minutos. Jay se turnaba entre mirar a Connor y a Ilyor.

Connor era su mejor amigo. Le conocía desde los once años. Habían pasado por muchas cosas juntos, y Connor no lo había abandonado ni cuando todo se había complicado tras su regreso a la Tierra. Jay estaba seguro de que resolverían la disputa entre ellos en cuanto hablaran las cosas.

Ilyor era el padre de Hadriel. El abuelo de sangre de Jay. Había tenido una vida complicada. Había perdido primero a su mujer, luego a su hija. Su hijo se había marchado para servir al

emperador que Ilyor tanto odiaba. Se había enterado de todo lo que había estado haciendo Hadriel a lo largo de esos años para oponerse al emperador solo después de que este hubiera muerto, sin posibilidad ya de reconciliación alguna.

Jay confiaba en Connor. Sabía que él nunca lo traicionaría.

Pero tampoco le cuadraba que Ilyor fuera el espía. Su rencor hacia el emperador le impediría trabajar a su servicio…

El viento sopló con fuerza. Faye alzó el brazo. Las llamas envolvieron su mano, lista para dar la señal.

Jay contuvo la respiración. Los soldados no habían aparecido. Miró a Ilyor, preocupado…

Y escuchó el ruido de pesadas botas metálicas moviéndose al unísono. Se le helaron las venas.

Guardias imperiales rodearon en un abrir y cerrar de ojos a Connor, Tarvo y Faye. Los tres se pusieron en pie.

—¡Alto! —ordenó el capitán del escuadrón, apuntándolos con su espada—. No os mováis. Quedáis detenidos por osar desafiar al emperador. —Miró a sus soldados—. ¡Apresadlos!

Tarvo observaba a Connor, luchando contra la decepción que sentía en esos momentos. Connor tenía los ojos abiertos como platos, asustado, y se había pegado a él.

¿Por qué? ¿No se daba cuenta de que le habían tendido una trampa para comprobar que era él el espía?

Sus enemigos no llegaron a moverse antes de que Jay y sus compañeros salieran de entre los árboles, derribándolos con su ataque. Tras asegurarse de que habían reducido a los soldados imperiales, Alastair se abalanzó sobre Connor.

El chico gritó, aterrado, al caer de espaldas al suelo. Alastair pisó su pecho con fuerza para impedir que se levantara y lo observó con un brillo homicida en sus ojos.

—Se acabó, Connor —dijo Faye con voz de acero, acercándose. Extrajo un puñal de la manga de su chaqueta—. Ya no podrás seguir informando al emperador a nuestras espaldas.

Connor abrió los ojos como platos al ver el destello metálico. Se retorció.

—¡¿Qué estáis haciendo?! ¡No soy un espía!

El pulso de Jay se había acelerado al ver lo que pretendía hacer Faye. Y Alastair no iba a impedírselo.

Pero era incapaz de moverse. Jay observaba a Connor, sintiendo un gran vacío en su interior. No quería creerlo.

Tenía que ser un error. ¿Cómo habría sido capaz de traicionarlos su mejor amigo?

—Ya basta, chico —dijo Ilyor con aspereza—. Ten, al menos, la dignidad de admitirlo.

Connor buscó con la mirada a Jay, desesperado.

—¡Jay! —lo llamó. Gimió de dolor cuando Alastair presionó con más fuerza en su pecho para que no pudiera hablar. Le costaba respirar—. Por… favor…

Faye acercó el puñal al cuello de Connor.

Jay apretó los dientes.

Y la chica alzó la vista cuando una espada se interpuso entre ella y su víctima.

—Creo que eso no será necesario —dijo Jay con gesto sombrío.

Todo apuntaba a que el espía era Connor. Las pruebas eran irrefutables: los soldados los habían atacado, habían sabido el punto exacto en el que estaban escondidos.

Pero seguía siendo su mejor amigo. Jay no iba a permitir que lo mataran, por mucho que no entendiera qué lo había llevado a traicionarlos. Una desagradable acidez quemaba su pecho por la decepción.

—Jay —siseó Alastair, clavando en él sus ojos de hielo.

Jay no se movió.

—Dejarlo con vida sería peligroso, chico —le dijo Ilyor.

Gavin miró a Ilyor y arqueó una ceja.

—¡No… soy… yo! —exclamó Connor con dificultad. La presión en su pecho era excesiva. Giró la cabeza—. ¡Tarvo! Sabes que yo…

Alastair gruñó. Connor calló, temiendo que acabara por partirle el esternón.

Tarvo entornó los ojos. Llevaba un rato observando a Connor, deseando más que nunca tener la misma habilidad que su antiguo líder en los Shak'ti, Makus, quien podía detectar si alguien mentía al instante.

Desplazó la vista hacia Ilyor. Había algo que no encajaba…

Todos, menos Alastair, soltaron una exclamación cuando Tarvo se desplazó en un abrir y cerrar de ojos, reposando el filo de su espada en la garganta de Ilyor.

—¡Tarvo! —chilló Valikia, espantada—. ¿Qué haces?

—Casi consigues engañarme —dijo Tarvo, mirando fijamente a Ilyor. Su voz era dura como la piedra—. Pero tu actitud te ha delatado.

Jay tenía la mandíbula desencajada. ¿Qué estaba insinuando Tarvo?

Ilyor arqueó una ceja. No se mostró en lo más mínimo intimidado por tener la hoja de metal contra su cuello.

—¿Por qué?

—Tú no debías saber que esta era la trampa que habíamos preparado para capturar al espía —contestó Tarvo—. Para ti, esto era solo un cambio de última hora en nuestra ubicación. Sin embargo, no te has mostrado sorprendido al ver lo que ha sucedido con Connor, no has cuestionado lo que estábamos haciendo, incluso lo has invitado a que lo reconociera… Y Connor estaba aterrado cuando han aparecido los soldados.

Él confiaba en Connor. Y si algo sabía hacer Tarvo era reconocer cuándo alguien estaba fingiendo por sus reacciones. El miedo de Connor era real.

Ilyor apretó los dientes.

—Estabas tan seguro de que enfocaríamos todos nuestra ira hacia Connor —prosiguió Tarvo, manteniendo la espada fija en su sitio—, de que no nos pararíamos a cuestionarlo tras haber visto las pruebas, que has bajado la guardia.

Jay, con el corazón latiendo a mil por hora, no se atrevía a moverse, por si Faye decidía degollar a Connor cuando él no estuviera mirando. Pero la chica tenía toda su atención puesta en lo que decía Tarvo, e incluso Alastair había aflojado un poco la presión en el pecho de Connor, aunque seguía sin liberarlo.

—Ilyor no conocía esta parte del plan, Tarvo —señaló Faye—. ¿Cómo iba a informar al emperador de algo que no sabía? No le dijimos nada de que vendríamos a este punto hasta hace menos de una hora.

Tarvo esbozó media sonrisa.

—Algunos afines al aire tienen la capacidad de escuchar lo que susurra el viento… —Endureció la mirada, clavando sus ojos en Ilyor—. Manipuláis el sonido a través de las corrientes de aire para oír lo que queréis, aunque estéis muy lejos. Lo sé porque es uno de los métodos que empleaba mi amigo Silvary para espiar cuando pertenecíamos a los Shak’ti.

Ilyor, al fin, soltó una carcajada amarga.

—Muy astuto, Tarvo. Debí imaginar que no sería capaz de engañar a quien fue uno de los asesinos de élite del emperador.

Jay palideció. Su alegría por la inocencia de Connor se veía frenada por su horror ante lo que esto significaba. Gavin lo miró con amargura, compadeciéndose del conflicto interior que estaría experimentando su hermano.

—Tú… —murmuró Jay, mirando fijamente a Ilyor—. ¿Por qué?

—¿Por qué no? —replicó él con indiferencia—. Casi consigo engañaros y que ejecutéis a vuestro amigo.

Jay apretó con fuerza el pomo de su espada. Sus nudillos estaban blancos. Comprobó de reojo que Alastair se apartaba para dejar libre a Connor, centrando su atención en Ilyor. Connor, sin embargo, no se atrevió a levantarse todavía.

—No —rugió Jay, alzando la voz—. ¿Por qué? —repitió con más fiereza—. ¿Cómo has podido, Ilyor? ¡Odias al emperador!

No lo entendía cuando parecía que el espía era Connor.

No lo entendía ahora que resultaba que el espía era Ilyor.

Ninguno de los dos tenía motivos, ni nada que ganar…

¿O sí?

Ilyor dibujó una mueca en su rostro.

—Te lo advertí, chico. Que no podía ser quien tú querías que fuera.
Jay parpadeó con rabia al notar que le ardían los ojos. No era el momento de llorar.

—Pero eres el padre de Hadriel —musitó Valikia, quien también estaba muy dolida. Había ido personalmente a buscarlo a Luminaria con Caedra para reclutarlo—. ¿Por qué has hecho esto?

—La casa Reilhor ha sido acosada repetidamente por el emperador por nuestra abierta oposición a su forma de gobernar —contestó Ilyor—. Lo he perdido todo: mi mujer, mi hija, mi reputación, mi influencia, mi poder, mi dinero… He estado durante años luchando por una causa inútil: el emperador no puede ser derrotado. Todas las rebeliones contra los tres emperadores a lo largo de la historia han terminado en fracaso.

—Esta vez será diferente —declaró Jay, pero su voz no tuvo la firmeza que habría querido.

Ilyor resopló.

—Eres joven, chico. Lleno de ilusión y esperanza, como yo alguna vez. —Torció el gesto—. Cuando te entregues totalmente a una causa solo para ver cómo fracasa y lo pierdes todo, entenderás por qué he hecho esto. Me he cansado de luchar, me he cansado de vivir marginado en la miseria. El oráculo supremo me advirtió que dos zeafíreas acudirían a buscarme. —Miró a Valikia, que apretó los puños y gruñó, crispando las plumas de las alas—. A cambio de acompañarlas y pasarle información, la casa Reilhor recuperaría todo su esplendor de antaño.

Jay apretó los ojos. No podía creerlo. Su propio abuelo, el padre de Hadriel, había resultado ser un traidor.

Era por él que habían sabido cuándo atacar Ganthia. Era por él que se habían llevado a Ayla. Era por él que Caedra había acabado con las alas rotas…

La realidad caía sobre él como una pesada losa, implacable.

—Lucháis por una causa perdida —espetó Ilyor—. Y pronto os daréis cuenta de ello, como hice yo hace tiempo.

—¡Hadriel se avergonzaría de ti! —vociferó Valikia. Apretó el astil de su lanza con tanta fuerza que la mano se le quedó blanca. Gavin puso una mano en su hombro, listo para frenarla si intentaba lanzarse hacia Ilyor—. ¡Eres un miserable!

Jay se alegró de que Valikia expresara lo que él estaba pensando, porque era incapaz de hablar por el nudo en la garganta.

—Hadriel dejó de importarme hace muchos años, niña —dijo Ilyor con una sonrisa cargada de sorna—. Él fue el primero en abandonar a su familia para perseguir sus propios deseos egoístas. —Clavó sus ojos grises, idénticos a los de Hadriel, en Jay—. Por tanto, chico, no te sorprendas de que yo haya decidido hacer lo mismo.

Jay tuvo un escalofrío al escuchar de nuevo el ruido de botas metálicas retumbando hacia ellos. Faye se apresuró en agacharse para ayudar a Connor a ponerse en pie.

—No pensaríais que no estaría preparado por si derrotabais a la primera oleada…, ¿no? —se mofó Ilyor.

Tarvo frunció el ceño. Ahora que ya tenían la confesión, tendría que matar a Ilyor. Pero era el abuelo de Jay y este estaba mirando…

—Por todos los dioses —exclamó Gavin, exasperado. Ya habían obtenido toda la información

que necesitaban. Se apartó de Valikia para ir con rapidez junto a Tarvo—. ¿Es que no sabéis ejecutar a un traidor?

Jay apretó los ojos, pero alcanzó a ver que la sangre salpicaba la arena. Gavin le había quitado la espada a Tarvo para deslizarla él mismo por el cuello de Ilyor.

Este cayó al suelo a la vez que los soldados emergían de los árboles apuntándolos con lanzas. Tenían el mar a sus espaldas. Sus enemigos eran demasiados, y no podían huir.

Estaban rodeados.

Capítulo 51: La batalla del puerto

El caos se desató en la playa. Alastair se transformó en dragón y los envolvió en un escudo de sombras que bloqueó todas las lanzas que intentaron clavarles sus enemigos. Faye levantó el brazo y disparó una bola de fuego al cielo.

Todos los barcos que había amarrados en el puerto estallaron en llamas, uno tras otro, con una reacción en cadena. Su madera empezó a consumirse a la vez que se iban hundiendo en las oscuras aguas del mar.

Con un grito de guerra, los torrogal, que habían estado al acecho, desembarcaron en masa, abalanzándose sobre los soldados imperiales.

Jay trató de divisar a sus compañeros, pero había perdido de vista a la mayoría de ellos en medio del caos de la batalla. Los únicos que tenía claro dónde estaban eran Alastair, cuyo rugido bastaba para mantener alejados a una buena cantidad de enemigos, y Faye, a quien había visto salir corriendo en dirección a la flota del emperador para ayudar a sus compañeros.

Y no podía olvidar que estaba en medio de un enfrentamiento de dos bandos, por lo que tendría que esperar para buscar al resto.

Jay se agachó por puro reflejo. La hoja metálica de una espada pasó por encima de su cabeza, cortando el viento. Jay rotó y movió su propio acero. Prefirió no mirar al notar cómo desgarraba el cuerpo de alguien y se desplazó con rapidez. Le tembló la mano y respiró hondo. Si tenía el más mínimo reparo, sería él el que terminaría con una espada clavada.

Vio a Valikia y a Gavin cerca de la orilla, luchando espalda contra espalda, disparando rayos y fuego. Jay, a pesar de la situación, sonrió para sus adentros. Para todo lo que discutían, formaban un excelente equipo. No había nadie capaz de acercarse a ellos.

La arena se estaba llenando con rapidez de cadáveres de ambos bandos que Jay tuvo que saltar, luchando contra su estómago revuelto. Su pulso se aceleraba a medida que seguía sin encontrar a Tarvo y a Connor. ¿Dónde estaban?

***

Connor resollaba por la falta de aire, agotado. Llevaba corriendo sin parar ya varios minutos y tuvo que detenerse en un callejón que parecía abandonado. Se apoyó en la pared y se llevó la mano al pecho, tratando de recuperar el aliento.

La ciudad entera estaba en llamas. El olor a humo era asfixiante y su espesa capa negra había creado una cúpula encima de las casas, ocultando el cielo nocturno. Los gritos de la gente llenaban la atmósfera en una espeluznante cacofonía. Connor trató de aislarse del ruido, pero fue imposible.

Escuchó pasos a su izquierda y giró la cabeza. Palideció al ver que un hombre protegido con una armadura había clavado sus ojos en él. Blandía una espada y ya estaba caminando para acercarse.

El corazón de Connor latía a mil por hora. Había huido, como un cobarde, del enfrentamiento

en la playa, porque no sabía qué hacer. Pero, aun así, lo habían encontrado.

Iba a morir solo, en un mundo extraño, asesinado por un enemigo cualquiera.

Connor se apartó de la pared y trató de extender los brazos. Le temblaban las piernas y, por más que intentó invocar el viento, este no respondió a su llamada. Su mente estaba lejos de estar en calma; estaba hecho un manojo de nervios.

«Ya está. Es el fin», pensó mientras el soldado dibujaba en su rostro una tétrica sonrisa, elevando su acero…

Apretó los ojos. Esperó a sentir el frío metal atravesar su cuerpo.

«No tendría que haber venido nunca aquí», se dijo, arrepentido. Pero ya no había nada que pudiera hacer.

El dolor, sin embargo, no llegó. Escuchó un ruido y el grito de alguien. Levantó los párpados, confuso.

Tarvo estaba de espaldas a él, alzándose sobre el cadáver del soldado que había intentado matarlo. Connor tuvo un escalofrío al verlo. Su compañero, vestido completamente de negro, con su silueta recortada por las llamas, tenía el aspecto de un emisario de la muerte.

Tarvo limpió de sangre su espada con el extremo de su chaqueta. Se giró para mirar a Connor. Sus ojos marrones parecían naranjas debido al reflejo del fuego.

Connor dio un paso hacia atrás, intimidado. Tropezó con algo y cayó de espaldas al suelo.

Gritó al darse cuenta de que el obstáculo había sido el cuerpo inmóvil de una mujer en el que no había reparado al entrar en el callejón. Su rostro estaba congelado para siempre en una mueca de terror, su mirada inerte, perdida. Connor se arrastró por el suelo de piedra, con el latido de su corazón retumbando en los oídos.

—Connor, tranquilízate.

Apenas escuchó la voz de Tarvo. Su espalda chocó contra la pared y se quedó quieto.

Tarvo se agachó frente a él. Frunció el ceño al ver que Connor respiraba entrecortadamente y tenía los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

Puso una mano en su hombro. Connor dio un respingo. Miró a Tarvo como un cervatillo asustado.

—Tranquilo, Connor, conmigo estás a salvo —dijo Tarvo con suavidad. Apartó varios mechones rubios de la frente del chico que tapaban sus ojos—. Respira hondo. Estás muy alterado.

Connor trató de obedecer, pero lo único en lo que era capaz de pensar era en que había estado a punto de morir dos veces en menos de diez minutos. Primero, porque sus compañeros habían decidido que él era un traidor. Luego, porque un soldado enemigo lo había divisado mientras huía.

Parpadeó repetidamente, tratando de contener las lágrimas. Al respirar hondo acabó tosiendo por el humo de las llamas.

—Respira hondo, otra vez, vamos —lo animó Tarvo pacientemente—. Yo estoy contigo, no te

preocupes. Nadie te va a atacar.

Connor asintió con la cabeza y obedeció. Se forzó a tragar saliva. Tenía la garganta tan seca que hasta le dolió.

—Así, muy bien —dijo Tarvo con una sonrisa al ver que, poco a poco, la respiración del chico volvía a la normalidad—. ¿Mejor?

—Sí… —musitó Connor. Su voz era rasposa.

Tarvo recuperó el semblante serio. Mantuvo la mano en el hombro de su compañero.

—Connor, ¿por qué te has marchado? Si no hubiera sido capaz de seguirte, estarías muerto.

Connor bajó la vista, avergonzado. Su rostro se coloreó de rojo por la humillación.

—¿Y por qué iba a quedarme? —masculló, apretando los puños. Miró a Tarvo a los ojos, con la mandíbula tensa—. No tengo obligación alguna de estar aquí. Vine a Gea para estar con Jay, que siempre tiene que ir a misiones a las que yo no puedo acompañarlo. Estoy con vosotros porque quiero ayudar; vuestro problema con el imperio no es mi responsabilidad. ¿Y qué obtengo a cambio? —Connor gruñó y, en un arrebato de furia, apartó la mano de Tarvo de su hombro con brusquedad—. ¡Ser acusado de traidor! ¡Ibais a matarme!

Tarvo no se molestó. Apretó los labios, buscando las palabras adecuadas. Connor respiraba aceleradamente de nuevo, esta vez por el enfado.

—Ni Jay ni yo íbamos a permitir que te mataran, Connor —dijo Tarvo en tono bajo, para no avivar las llamas de la ira—. Nuestros compañeros fueron engañados por la manipulación de Ilyor; las pruebas los cegaron. No puedes culparlos. Pero yo sí confié en ti. Por eso estás vivo.

Connor frunció el ceño, volviendo a recordar lo sucedido. Se mordió el labio, arrepentido. Tarvo le había salvado la vida no una, sino dos veces, y ahí estaba él, poco más que echándolo de su lado.

—Tienes razón —admitió y suspiró profundamente—. Lo siento, Tarvo.

Tarvo esbozó media sonrisa.

—No pasa nada. Entiendo que es una situación muy complicada para ti.

Connor notó que los ojos le ardían. El humo le provocaba un fuerte escozor, pero no era solo eso.

—Aunque sabía que Gea sería diferente a la Tierra, no esperaba nada de esto —murmuró con voz ahogada—. Jay ni siquiera ha hablado para defenderme…

—Jay estaba en shock por lo que estaba sucediendo. Pero enseguida interpuso su espada para protegerte —le recordó Tarvo con suavidad—. Él te defendió constantemente cuando sospechaban de ti antes de eso.

Connor lo miró sorprendido. Le temblaban las manos.

—Yo solo quiero irme a casa, Tarvo. No hago nada aquí. Los demás me acusan de ser un traidor, yo soy incapaz de usar mis poderes porque me bloquea el miedo…

Tarvo puso las manos en los hombros de Connor, que esta vez no lo apartó. El chico lo miró

por debajo de las pestañas, asustado. Pero el rostro de Tarvo era amable.

—Te ayudaré a volver a la Tierra en la primera oportunidad que tengamos. Hasta entonces, yo me encargaré de protegerte. Así que no te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

Connor tenía los ojos muy abiertos. Su pulso se aceleró.

—No… No tienes que hacer eso por mí…

Tarvo sonrió.

—Lo haré. Y, hasta entonces, seguiré entrenándote —prosiguió con firmeza—. Es normal que al principio el miedo te nuble y te bloquee por completo. Es cuestión de práctica para ir acumulando fortaleza mental.

Connor se frotó los ojos con los puños. Respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo, esbozando él también una pequeña sonrisa.

Tarvo se puso en pie.

—Si estás mejor, es hora de movernos. —Echó un vistazo por encima del hombro. El puerto entero estaba consumido por el mar de llamas—. Nuestro trabajo aquí ya está hecho.

Miró de nuevo a Connor y le tendió la mano. Este la aceptó y se incorporó. Al menos, sus piernas ya no temblaban.

***

Jay saltó y giró en el aire. Estampó una patada en llamas en la cara de su enemigo, que cayó al suelo con el sonido metálico de la armadura chocando contra el suelo de piedra. Materializó varias estacas de hielo y las clavó en las manos y las piernas del soldado para inmovilizarlo. Se forzó a ignorar sus aullidos de agonía. Al menos, no lo estaba matando…, o eso creía.

Frenó con su espada la estocada del siguiente. Desapareció en un cúmulo de sombras y reapareció detrás de él. Le dio de lleno con una esfera de llamas que estalló al entrar en contacto con su cuerpo, extendiéndose con rapidez. El hombre se fue gritando hacia el borde del puerto.

Jay jadeó y se pasó el brazo por el rostro para limpiar el sudor. Había perdido ya la cuenta de los soldados imperiales a los que había derrotado. Aparecían uno tras otro. Jamás se habría imaginado que habría tantos en la zona.

Tras todos esos años entrenando, Jay se encontraba con que confiaba, al fin, en sus habilidades. No habían logrado hacerle un rasguño siquiera. El problema era su resistencia. Le iba costando respirar debido al cansancio, y no sabía cuánto más aguantaría hasta cometer algún error.

Creó un escudo de hielo y el rayo que dispararon contra él se esparció por su superficie, disolviéndose con rapidez. Ni siquiera aquellos soldados con poderes elementales podían golpearlo.

La mujer responsable del ataque ya estaba preparando otra descarga eléctrica. Jay se concentró y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba justo delante de ella. Su enemiga abrió los ojos como platos y trató de disparar el rayo. Lo hizo con demasiada rapidez y acabó electrocutándose a sí misma.

Jay frunció el ceño al verla caer. No tuvo tiempo para lamentarse, pues tres soldados se abalanzaban ya sobre él a la vez. Jay extendió el brazo con su espada y la envolvió en fuego. Rotó con rapidez sobre su propio eje y las llamas salieron despedidas desde el acero en una poderosa onda. Sus contrincantes gritaron y fueron expulsados hacia atrás.

—¡Jay!

El chico se giró al escuchar su nombre. Su rostro se iluminó al ver al maestro Shidan aparecer de un barco en llamas encallado en el puerto, junto a él. Los torrogal eran inmunes al fuego, por lo que el veterano maestro no tenía problemas para moverse.

—Los soldados del imperio han emprendido la retirada en esta zona —le comunicó Shidan con rapidez—. Nosotros nos encargaremos de limpiar la playa. Ve a asegurarte de que todo marcha correctamente en la ciudad.

Jay asintió con la cabeza y echó a correr. El espeso humo que ascendía en columnas de las casas le hizo toser. Afortunadamente, aunque no era un torrogal, ser afín al fuego sí que le otorgaba algo de resistencia.

Localizó a varios soldados huyendo entre las calles, perseguidos por torrogal y humanos. Su pulso se aceleró por una extraña alegría al ver a las dos razas luchando juntas. Era gratificante saber que podían trabajar unos con otros, siempre que tuvieran un objetivo común.

Se desvió hacia la derecha, avanzando hacia el extremo opuesto del puerto. Divisó a un grupo de soldados rodeando a un par de rebeldes que intentaban defender a una madre y a su hijo.

Jay fue primero a por el que no llevaba armadura. Se materializó frente a él envuelto en brumas negras. Este soltó una exclamación de sorpresa y trastabilló hacia atrás. Jay enfrió la palma de su mano y la estampó contra el pecho de su enemigo. Salió volando por los aires mientras la escarcha iba cubriendo todo su cuerpo.

Bloqueó la espada de otro soldado con su propio acero. Lanzó una bola de fuego con la mano izquierda para impedir que se acercara otro. Se envolvió en sombras y reapareció detrás de ellos. Fueron acribillados por una lluvia de carámbanos de hielo.

—¡Vamos! —dijo Jay, mirando a los rebeldes.

Estos reaccionaron enseguida y se abalanzaron sobre sus enemigos. Viendo que ya lo tenían bajo control, Jay siguió corriendo.

Era inquietante. No lo acompañaba Hadriel. Ni Caedra. No había nadie con él. Iba solo. Pero, por primera vez, no había ni rastro de miedo en su corazón. Avanzaba decidido, impulsado por la adrenalina, directo a la siguiente batalla. No necesitaba que lo protegieran. Era él quien estaba ayudando a otros.

***

El sol emergía por la línea del horizonte cuando Jay regresó, ya caminando, a la playa. Estaba cubierto de ceniza, sudor y restos de escombros. Aun así, iba con calma.

Los soldados imperiales habían sido expulsados por completo de Puerto Nithal. Habían necesitado toda la noche para conseguirlo, pero la ciudad, al fin, había sido recuperada por los torrogal y la gente de Faye, aquellos que luchaban por Anthius. Y la flota del emperador había

sufrido un golpe importante.

Jay estaba convencido de que eso sería suficiente para llamar su atención y forzarlo a movilizar el resto de sus tropas.

Habían muerto muchas personas, pero las bajas en el bando enemigo habían sido considerablemente mayores. Un grupo de torrogal se estaba encargando de encadenar a aquellos que habían sobrevivido para tomarlos como prisioneros, mientras que los curanderos atendían a los aliados que estaban heridos.

Su plan había sido un éxito. Lo único que necesitaba Jay para alegrarse por ello era comprobar que todos sus amigos estaban bien.

Divisó al maestro Shidan en la orilla, repartiendo órdenes a su gente. Faye no andaba muy lejos, haciendo lo mismo con los rebeldes.

—Jay.

El chico dio un respingo y se giró de golpe. Contuvo un suspiro y se llevó la mano al pecho, aliviado.

Solo Alastair habría sido capaz de asustarlo apareciendo detrás de él de la nada.

El hombre clavó en él sus ojos de hielo. Lo miró de arriba abajo, comprobando su estado.

—Me las he apañado yo solo, ¿eh? —dijo Jay con una sonrisa cansada, poniendo los brazos en jarras.

Alastair no varió su expresión, aunque estaba satisfecho.

—No me has decepcionado.

Jay puso los ojos en blanco. Supuso que eso era lo más parecido a un cumplido que obtendría de él en esas circunstancias.

Hubo un par de instantes en los que ambos se observaron. Y Jay decidió que no se iba a contener.

Alastair se quedó rígido cuando Jay lo abrazó.

—Me alegro de que estés bien —dijo Jay, cerrando los ojos y suspirando. Estaba agotado—. Gracias… por todo lo que has hecho por mí, Alastair.

El hombre ladeó la cabeza para mirarlo y suavizó su expresión. Notó que Jay se tensaba cuando él también lo rodeó con sus brazos, probablemente por la sorpresa de que hubiera correspondido al gesto, pero enseguida se relajó de nuevo. Y Alastair se encontró con que la calidez de Jay, que tanto lo había repelido al conocerse, lo reconfortaba.

Aunque eran fuego y hielo, ahora, por alguna razón, iban encajando.

—¿Quieres dejarme en paz de una vez, arpía?

Jay se irguió y se apartó de Alastair. Esa voz era familiar.

Se dio la vuelta y rio por lo bajo al ver a Gavin caminando a paso rápido por la arena unos metros más lejos. Una malhumorada Valikia iba tras él, intentando alcanzarlo. La zeafírea pronto

se hartó de ir a pie y extendió las alas.

Aterrizó delante de Gavin, que tuvo que frenar en seco.

—Admite que te he salvado el culo esta noche, principito —dijo ella con una sonrisa pícara. Clavó su dedo índice en el pecho del chico, que gruñó—. Ese soldado iba a cortarte la cabeza. —Hizo un mohín—. Lo cual habría sido un desperdicio, con lo apuesto que eres…

Gavin, que había abierto la boca para replicar, se quedó callado, arqueando las cejas. Jay tuvo una reacción parecida.

—Qué… —Gavin apartó la mirada y frunció el ceño, tratando de ocultar su sonrojo—. ¿Qué tonterías dices, Valikia?

La zeafírea se llevó las manos a las mejillas.

—Oh, ¿ya no soy «arpía»? —canturreó—. ¡Es la primera vez que me llamas por mi nombre! Qué adorable…

Gavin bufó y le dio la espalda. Se cruzó de brazos y Valikia estalló en carcajadas.

—Eres tan insoportable que cualquier enemigo huiría de ti con tal de no escucharte, arpía —masculló Gavin, y la risa de Valikia solo aumentó en intensidad.

—No te veo huyendo de mis encantos, principito… —ronroneó ella, irguiendo la barbilla con orgullo.

Jay decidió que ya había visto suficiente y centró su atención en buscar a Tarvo y a Connor. La luz del sol bañaba la playa entera, dejando al descubierto cada rincón. Sin embargo, por más que miró, no los divisó por ninguna parte.

Frunció el ceño, consternado. Giró la cabeza hacia Alastair.

—Oye, Alastair, ¿has visto a Connor y a Tarvo?
—Connor salió corriendo hacia la ciudad cuando nos atacaron. Tarvo fue tras él —lo informó Alastair en tono seco—. Es lo último que sé de ellos.

—Estamos aquí.

Jay se relajó al escuchar la voz de Tarvo. Su amigo emergió de los árboles. Connor caminaba detrás de él, encorvado. Ambos estaban cubiertos de ceniza, como Jay, pero, por lo demás, estaban bien.

—Me alegro de veros —dijo Jay con una sonrisa. Fue a darle un abrazo rápido a Tarvo, que también lo abrazó con alegría—. Me habéis tenido muy preocupado.

—Sorprendente que te hayas acordado de mí —masculló Connor, sin mirarlo a los ojos.

Jay se apartó de Tarvo y dibujó una mueca en su rostro.

—Sabes que nunca me olvidaría de ti, Connor —dijo, dolido por el comentario.

—A veces no lo parece —replicó él.

Jay suspiró pesadamente. Desvió su atención hacia Tarvo y a Alastair.

—¿Nos dejáis un momento a solas?

Alastair no dudó en marcharse, sin decir ni una palabra. Tarvo arrugó la frente y clavó sus ojos en Connor. Al ver que este asentía con la cabeza, Tarvo también se fue.

—¿De qué quieres hablar, Jay? —inquirió Connor, directo. Se cruzó de brazos.

Jay se llevó una mano al cuello, incómodo. No había tenido oportunidad de pensarlo mucho.

—Connor, yo… —Respiró hondo—. Quería disculparme.
Connor entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Tienes razón —admitió Jay—. No te he prestado toda la atención que debería desde que vinimos a Gea, y lo siento. Sé que te has sentido solo… —Calló y se mordió el labio. Miró a Connor antes de continuar—: Pero no siempre depende de mí. He tenido que encargarme de distintos asuntos y…

—Lo sé, Jay —lo interrumpió Connor, sorprendiendo a su amigo, que arqueó las cejas—. Yo… igualmente lo he estado pensando y supongo que tú también tenías algo de razón.

Fue el turno de Jay de estar confuso.

—¿En qué?

Connor bajó la vista.

—Me advertiste sobre los peligros de Gea y por qué no debía venir. Yo me empeñé, porque creía que podría ayudarte en algo… —Dejó caer los brazos y apretó los puños—. Caedra confiaba en mí. Ella accedió a que os acompañara porque estaba convencida de que os ayudaría a luchar. —Apretó los ojos—. Si hubiera visto lo de hoy… Jay, Caedra estaría tan decepcionada conmigo…

Jay frunció el ceño, consternado.

—Eh, ¿por qué dices eso? Claro que no…

—Anoche hui como un cobarde de la pelea. Me quedé bloqueado por el miedo —balbuceó y parpadeó repetidas veces para contener las lágrimas—. Todos estos meses entrenando para nada… Caedra se avergonzaría de mí si me viera.

Connor alzó la vista, sorprendido, al notar las manos de Jay en sus hombros. Su amigo lo miraba fijamente a los ojos.
—Connor, no digas tonterías. Caedra lo habría entendido a la perfección. Caedra lo *entenderá* a la perfección —declaró firmemente. Suavizó el tono antes de seguir—: Y yo también. Me pasaba lo mismo que a ti cuando llegué a Gea.

—¿Sí? —murmuró Connor en tono bajo.

Jay asintió con la cabeza.

—Sí. El miedo me impedía pensar, me ponía tan nervioso que no sabía qué hacer… Es normal. Con el tiempo, te vas acostumbrando. No te desanimes por eso.

Connor suspiró profundamente.

—Eso me consuela un poco.

—Además, ¿qué derecho teníamos nosotros a pedirte que lucharas a nuestro lado después de que hubieras sido acusado de ser un traidor? —prosiguió Jay y se apartó. Sus ojos se ensombrecieron—. Siento mucho que tuvieras que pasar por eso.

—Ya… Me asusté bastante, no te voy a mentir —dijo Connor y hundió los hombros. Miró a su amigo por debajo de las pestañas—. Dime una cosa, Jay.

—¿Sí?

—Tú… ¿Tú creías que yo era el espía?

Jay percibió a la perfección el dolor en el tono de Connor.

—No. Sabía que no podías ser tú —contestó sin dudarlo.

Connor se relajó.

—Menos mal.

—Connor, eres mi mejor amigo —declaró Jay—. Confío en ti.

—Gracias, Jay —dijo él con una sonrisa—. Y… está bien. Entiendo que tú tienes cosas que hacer. En verdad era bastante egoísta por mi parte esperar que, a pesar de todo, tuvieras tiempo para estar conmigo…

—No, puedo entenderlo… —empezó a decir Jay con rapidez, sintiéndose mal.

—Jay, yo ya era consciente de todo esto cuando vine a Gea —lo interrumpió Connor, alzando la palma de una mano—. Asumí que era un mundo lleno de peligro y que no podría acompañarte a todas partes, como a mí me gustaría, por no ser lo suficientemente fuerte. Así que siento haberme portado así contigo. Tú has hecho lo que tenías que hacer.

—Yo también lo siento —dijo Jay. Esbozó una pequeña sonrisa y extendió los brazos—. ¿Estamos en paz?

—Estamos en paz —confirmó Connor, más tranquilo, y aceptó su abrazo.

Se separaron al escuchar a alguien carraspear. Jay se giró y se topó con los ojos naranjas de Valikia.

—Si habéis terminado de hacer manitas… —dijo ella—. Tenemos algunas cosas que hablar.

Jay arqueó una ceja y se cruzó de brazos. Sonrió pícaramente.

—¿Sí, Val? ¿Me lo dices tú?

La zeafírea ladeó la cabeza, confusa. El viento removió con suavidad sus largos mechones negros.

—¿Quién estaba ligando antes con cierto chico de pelo rubio? —dijo Jay, conteniendo la risa a duras penas al ver cómo el rostro de su amiga enrojecía con rapidez—. ¿No serías tú quien estaba haciendo manitas con otra persona?

—Yo… —Valikia parpadeó y gruñó—. ¡Me estabas espiando!

—¡Estabais en medio de la playa! —protestó Jay. Se agachó para esquivar el puñetazo de la zeafírea y soltó una carcajada—. ¡Oye, oye, no hay por qué recurrir a la violencia!

—¡No estaba ligando! —chilló ella. Jay echó a correr y Valikia fue tras él—. ¡Jay, ven aquí! ¡Yo odio a ese principito de pacotilla! ¡¿Me oyes?!

Connor arqueó una ceja, observando la escena.

—¿Se puede saber qué ocurre? —inquirió Gavin, apareciendo a su lado con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Su expresión era de puro aburrimiento.

—No preguntes… —musitó Connor. Se encogió cuando Valikia saltó sobre Jay y este cayó de bruces en la arena con ella encima—. Eso ha tenido que doler…

—La arpía tiene más fuerza de lo que parece —asintió Gavin.

Connor siguió mirando a Jay mientras este se giraba y empezaba a hacerle cosquillas a Valikia. Era cierto que, de haber sabido todo lo que iba a suceder, no habría accedido a ir a Gea. En la Tierra habría estado a salvo.

Pero, entonces, no habría vuelto a saber nada de Jay. Esa era la razón por la que lo había acompañado, al fin y al cabo.

Suspiró tristemente para sus adentros. No sabía si aguantaría hasta el final. Pero quería intentarlo.

Capítulo 52: Frustración

—Althalos, deja eso. Te vas a hacer daño.

Infló los mofletes al escuchar a su hermano. Apretó con más fuerza el pomo de la espada.

Kendrij suspiró pesadamente. Estaban en su habitación y Althalos había decidido que una buena forma de entretenerse mientras Kendrij leía sería coger la espada abandonada en una esquina. La movía de un lado a otro, cortando el viento.

—Althalos… —dijo Kendrij de nuevo en tono de advertencia. Cerró el libro y lo dejó en la mesa. Se levantó de la silla y fue hacia él. Contuvo la risa al ver que la espada era igual de grande que su hermano pequeño—. Dame eso.

Extendió la mano. Althalos lo miró por encima del hombro y sacó la lengua.

—Pero bueno —exclamó Kendrij, poniendo los brazos en jarras—. ¿Quién te ha enseñado esos modales?

Se agachó e intentó agarrar el arma. Althalos soltó una carcajada al conseguir esquivarlo.

—Eres muy lento, Ken —se burló y echó a correr.

Kendrij fue tras él.

***

Jay abrió los ojos. Se topó con el techo de su habitación en Ganthia.

Alastair le había explicado que era normal que ahora tuviera sueños en los que aparecieran sus recuerdos perdidos. Jay se iba acostumbrando, pero eso no impedía que tuviera una sensación extraña al despertar. A veces era como si estuviera viviendo dos vidas al mismo tiempo.

Se sentó y miró por la ventana. Era temprano todavía. El cielo estaba empezando a teñirse de rosa y naranja con el nacimiento del sol.

Podría dormirse de nuevo, pero estaba despejado por completo. No había sido capaz de relajarse desde que habían recuperado el control de Puerto Nithal. Ya habían pasado un par de semanas y Jay sabía que se acercaba el momento.

Lo primero que había hecho al volver había sido ir a ver a Caedra. Pero la zeafírea seguía sin mostrar ningún cambio en su estado. Jay se esforzaba por mantenerse optimista, a pesar de todo…

Habían liberado los pueblos próximos a la ciudad. Cada vez más gente se sumaba a su causa, y cada vez más soldados imperiales se veían obligados a retirarse.

Alastair había confirmado que el emperador estaba movilizando sus tropas. No iba a aceptar que un grupo de rebeldes amenazara su poder en Anthius. No debía de quedar mucho para que llegaran.

Se marcharían al palacio antes de que esto sucediera. Con un poco de suerte, lograrían derrotar al emperador antes de que su ejército alcanzara siquiera Puerto Nithal.

Jay, sin embargo, dudaba que fuera a ser tan sencillo.

Habían pasado meses desde la última vez que había visto a Ayla. Aun así, no dejaba de pensar en ella. Pronto averiguaría, al fin, si estaba bien.

Alastair había partido días atrás para reunirse con Makus y Silvary, los antiguos compañeros de Tarvo, en Luminaria. Los informaría sobre sus planes. Con su ayuda, un grupo se adentraría en la capital del imperio a sembrar el caos, mientras que otro iría por el pasadizo oculto que llevaba hasta el interior del palacio.

Según los cálculos de Jay, Alastair no tardaría mucho más en regresar. Y, tras eso…

Apretó los puños. No era el momento de dudar. Llevaba años preparándose, consciente de que, si no moría antes, aquel enfrentamiento llegaría tarde o temprano.

Tenía que matar al emperador.

Había entrenado. Se había hecho más fuerte. Pero ¿sería, finalmente, capaz de mantener su objetivo de matar a alguien? ¿Por muy cruel que fuera esa persona? Ni siquiera estaba seguro de si habría matado accidentalmente a algún soldado en la batalla del puerto mientras se desplazaba con la espada; pero no se había movido con ese propósito. A pesar de tanta preparación, de tanta batalla, se le revolvía el estómago solo de pensarlo.

Escuchó gritos en el pasillo y se llevó una mano a la cara. Sospechaba de quién se trataba. Menuda forma de empezar el día.

Se levantó y abrió la puerta.

—¡Me lo prometiste! —estaba protestando Valikia, con los puños apretados, inclinada hacia Gavin.

Este tenía una expresión de claro aburrimiento en su rostro. Mientras que Valikia ya estaba vestida y preparada, el chico ni siquiera se había cambiado la túnica que usaba para dormir.

—No hice semejante cosa, arpía —replicó él. Cruzó los brazos.

—Dijiste que tendrías un combate de práctica conmigo —insistió ella.

—«Dije», no lo prometí —señaló Gavin y alzó la barbilla, sonriendo pícaramente.

Valikia gruñó.

—¡Eso no es justo!

Jay decidió que ese era buen momento para salir de la habitación y advertir de su presencia. Se aclaró la garganta y tanto Gavin como Valikia lo miraron.

—Buenos días, chicos… —los saludó, algo intimidado por la expresión asesina de la zeafírea —. ¿Qué estáis haciendo?

—Iba a tener un combate de práctica con Valikia —le comunicó Gavin, cruzando los brazos detrás de la cabeza—. ¿Te apetece venir a ver cómo le doy una paliza?

—¡Pero si has dicho que no querías! —exclamó Valikia.

—¿Sí? —Gavin se llevó una mano a la barbilla y fingió estar pensativo. Miró a Valikia y sonrió con falsa inocencia—. Vaya, pues solo lo he hecho para hacerte rabiar. Podemos combatir

cuando quieras.

El rostro de la zeafírea estaba ya rojo por la furia. Jay retrocedió un paso, pero Gavin no se movió de su sitio.

—¡Serás…! —gritó Valikia y apretó los dientes. Dio media vuelta, estirando las alas. Gavin echó la cabeza hacia atrás para evitar ser golpeado por las plumas—. Voy a por mi lanza. Te esperaré en la playa, principito.

Gavin rio una vez Valikia se hubo marchado. Jay arqueó una ceja.

—Vas a conseguir que algún día te atraviese con su lanza —advirtió Jay, divertido—. Estás tentando a la suerte.

—Merece la pena con tal de picarla un poco —contestó él, encogiéndose de hombros—. Es demasiado fácil sacarla de sus casillas.

Gavin se giró, dispuesto a marcharse a su propia habitación para cambiarse de ropa. Jay lo frenó agarrándolo del brazo.

—Gavin, espera.

Él lo miró por encima del hombro, con la curiosidad en su rostro.

—¿Podríamos hablar luego? Cuando termines tu combate con Valikia —pidió Jay en tono bajo.

Gavin frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

—Claro.

***

Gavin seguía en silencio a Jay por el camino escarpado que llevaba a los acantilados al oeste de la isla. Su combate con Valikia había durado más de lo esperado y había quedado en tablas. Valikia se había marchado asegurando que la próxima vez le haría morder el polvo.

Gavin rio para sus adentros al recordarlo. No sabía por qué, pero el espíritu tan enérgico, ardiente y hasta caótico, de aquella zeafírea lo atraía mucho. Era una pena que no la hubiera conocido antes.

Clavó sus ojos en la espalda de Jay. ¿Sobre qué querría hablar? La verdad era que no tenía ni la más mínima idea.

Se escuchaba ya el arrullo de las olas del mar. Unos minutos después, rompieron la barrera de pinos y llegaron al acantilado más alto de todos. Jay se detuvo al borde. Gavin fue junto a él y ladeó la cabeza para mirarlo, expectante.

El sol brillaba ya alto en el cielo. La brisa con olor a sal les revolvía el pelo con suavidad y los graznidos de las gaviotas buscando alimento llenaban el ambiente.

—No queda mucho para que vayamos a Luminaria —habló Jay, con su vista fija en la línea del horizonte.

Gavin esperó a que continuara. Al ver que se quedaba callado, dijo:

—Supongo que no.

Jay suspiró profundamente.

—¿Tú estás… preparado? —murmuró, observándolo de reojo.

Gavin arqueó una ceja al escuchar la pregunta.

—¿Preparado? —repitió y cruzó los brazos—. Si lo que te preocupa es mi antigua relación con el oráculo supremo, te aseguro que estoy más que preparado para atravesarlo con mi espada por haberse atrevido a manipularme todos estos años.

Jay se encogió.

—No, me refiero a… al emperador.

—Ah —dijo Gavin y se encogió de hombros—. A él también. —Entornó los ojos—. Le haré pagar por todo lo que nos ha hecho, no lo dudes.

Jay se giró hacia él con el ceño fruncido.

—¿Cómo eres capaz de estar tan tranquilo?

Gavin ladeó la cabeza, confuso.

—¿Tranquilo?

—Sí… —Jay bajó la vista—. Matas a otros sin problemas… No tienes reparos en decir que también matarás al oráculo supremo y al emperador. Yo, en cambio…, no logro hacerme a la idea.

Gavin soltó una carcajada amarga.

—Lo que ves es solo el producto de haber sido entrenado toda mi vida, desde pequeño, para ser un asesino. Lo único que he sido siempre para mi padre es un arma. Así que le demostraré lo bien que me ha enseñado.

—Yo también quiero vengarme —dijo Jay en tono bajo. Apretó los puños—. Tengo que vengarme. Solo que no he matado nunca a nadie a sangre fría…

—No es algo de lo que estar orgulloso —contestó Gavin, con una mueca en su rostro—. El haber matado a alguien, o a mucha gente, me refiero. Sin embargo, el emperador es alguien que debe morir, Jay. Piénsalo. Ha destrozado nuestra familia sin ningún remordimiento. Asesinó a nuestro hermano. Asesinó a nuestra madre. Y tú también has perdido por su culpa a tu padre, ¿no es así?

Jay apretó los ojos, notando el familiar picor de las lágrimas. Asintió rígidamente con la cabeza.

—Hadriel seguiría aquí de no ser por él. Todo habría sido distinto de no ser por él —prosiguió Gavin con firmeza. Se llevó la mano al colgante que tenía bajo la camisa y Jay, como siempre, se preguntó qué era—. Ha roto el equilibrio de poder en el continente al conquistar y arrasar el resto de reinos. Ha sometido a todas las razas. Gobierna impunemente, sin consecuencias. Si tuvieras la oportunidad de matarlo…, ¿no lo harías?

Jay pensó en su padre. Pensó en Caedra, a quien seguía visitando todas las noches porque todavía no despertaba. La llama de la ira se incendió en su interior, avivada por el profundo pesar que también lo arrasó por dentro.

—Claro que lo haría —gruñó abriendo los ojos. Estaban cargados de furia.

Gavin asintió con la cabeza, satisfecho.

—Y te aseguro que no te arrepentirías de ello. Es lo que merece, Jay. Nunca lo olvides.

—Lo sé, Gavin. Tienes razón —dijo Jay y respiró hondo, tratando de calmarse. Su corazón latía con fuerza—. No sabe lo que le espera.

Gavin esbozó media sonrisa. Soltó su colgante y dejó caer la mano a un lado.

—Ese es el espíritu.

Jay estuvo un par de segundos en silencio. Al final, preguntó:

—Oye, Gavin… ¿Qué es ese colgante que llevas?

Gavin arqueó las cejas. Agachó la cabeza, pero Jay alcanzó a ver el ligero sonrojo adornando sus mejillas.

—Ah, es… —Calló y extrajo su colgante de debajo de la camisa y se lo mostró a Jay, que se inclinó para observarlo más de cerca—. Lleva ya años conmigo.

Jay frunció el ceño. Era una pluma marrón, más oscura cerca del cañón y aclarándose en los extremos. Algunas barbas estaban partidas o despeinadas, indicando el paso del tiempo.

No sabía por qué, pero le resultaba familiar…

—Es una pluma de Caedra —explicó Gavin en tono bajo. Era una de las pocas veces que Jay lo había visto avergonzado—. Espero que no te moleste…

Jay se irguió y sonrió. Agarró la pluma con suavidad y la observó durante unos segundos, con una mirada cargada de nostalgia.

—¿Por qué me iba a molestar? —dijo al soltarla—. Aunque he de admitir que no me lo esperaba.

Gavin relajó los hombros y lo miró de nuevo.

—La tengo conmigo desde pequeño. Se ha convertido en una especie de amuleto.

—Yo siempre llevo esto conmigo —murmuró Jay, llevándose la mano derecha a los abanicos metálicos que colgaban de su cinto—. No sé usarlos, pero… me recuerdan a Caedra, y eso es suficiente para mí.

Gavin sonrió.

—Me alegro de que los lleves contigo. Así no los perderemos de vista.

—No pienso separarme nunca de ellos —declaró Jay con firmeza—. Al menos, no hasta que Caedra despierte.

Jay desvió la mirada hacia el horizonte. Gavin lo imitó, y estuvieron unos minutos en silencio. Era relajante, lejos de la incomodidad de hacía unas semanas.

—Gavin…

El chico observó a su hermano de reojo. Había hablado tan bajo que casi no lo había escuchado.

—¿Sí?

Jay tensó la mandíbula. Sus ojos estaban oscuros.

—¿Crees que Caedra despertará?

Había pasado ya tanto tiempo que era difícil mantener viva la llama de la esperanza. El hielo se iba asentando en su corazón, clavándole gélidas espinas que dolían tanto que, a veces, no se veía capaz de levantarse siquiera. Cada día que se enfrentaba a un nuevo amanecer sin Caedra era peor que el anterior. Y cada vez era más difícil ocultarlo.

Gavin apretó los labios, pensando su respuesta durante unos segundos. No quería hacer que se ilusionara sin tener motivos para ello, pero…

—Estoy seguro de que sí, Jay —dijo, al final, con una cálida sonrisa que buscaba infundirle ánimos a su hermano.

Tenían que confiar en ello. Caedra era fuerte. No los decepcionaría.

***

Alastair volvió al atardecer y no con buenas noticias.

Se habían reunido todos en la playa para recibirlo. Alastair aterrizó y regresó a su forma humana. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jay, impaciente.

Alastair clavó en él sus ojos de hielo.

—Me temo que el emperador ha decidido retirar sus tropas. Han dado media vuelta; ya no se dirigen a Anthius.

—¿Cómo? —bramó Jay. Era la única forma de que hubieran podido entrar en el palacio…—. ¿Por qué? ¿Qué le ha hecho cambiar de decisión tan de repente?

—No es tan descabellado —habló Tarvo, dando un paso al frente. Se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Ilyor lo estuvo informando de nuestros planes hasta el último momento… Es fácil que solo movilizara sus tropas al principio para hacernos perder el tiempo pensando que nuestro plan había funcionado, y desconcertarnos ahora cuando sus tropas han cambiado el rumbo.

—Era demasiado bonito para ser cierto —masculló Valikia, cruzada de brazos.

—Pero, entonces… ¿Qué va a suceder con Anthius? —inquirió Gavin, entornando los ojos—. ¿Acaso va a permitir el emperador que las rebeliones queden impunes? Si no hace algo, el resto del reino también se sublevará en su contra y perderá el control de Anthius entero.

—Imagino que el emperador habrá preferido ser precavido —dijo Tarvo. Suspiró con pesadez —. Retomará el control de Anthius más adelante, una vez…

—Una vez haya acabado con nosotros —completó Jay, que había inclinado la cabeza, con la mirada clavada en la arena.

Connor puso una mano en su hombro, preocupado. Sabía que Jay había tenido la esperanza de rescatar, al fin, a Ayla. Pero no sería posible.

—¿Y no pueden infiltrarnos Makus y Silvary en el palacio, aun así? —prosiguió Jay. La desesperación se percibía en su voz. Ayla no podía seguir esperando…—. Si nos damos prisa y partimos ahora mismo, volveremos antes de que las tropas movilizadas regresen y…

—No, Jay —lo interrumpió Alastair, implacable—. El oráculo supremo estará ya sobre aviso respecto a nuestra intención de infiltrarnos en el palacio estos días. El emperador habrá blindado todo el perímetro. Si vamos a infiltrarnos en el palacio, desde luego será cuando no se lo espere.

Jay apretó los puños y abrió la boca, listo para protestar.

—Estoy de acuerdo. —Tarvo se le adelantó, y Jay lo miró con el dolor reflejado en sus ojos. Tarvo no se amedrentó, por mucha pena que le diera su amigo—. Lo siento, Jay, pero ir ahora sería demasiado arriesgado. No saldríamos de allí con vida.

Jay no dijo nada más. Con la mandíbula tensa, dio media vuelta y se marchó con paso acelerado.

Connor hizo ademán de ir tras él, pero Tarvo lo agarró del brazo para frenarlo. Connor giró la cabeza hacia él, confuso.

—Es mejor dejarlo a solas —murmuró Tarvo.

Gavin suspiró pesadamente y se pasó una mano por el pelo, apartando varios mechones rubios de la cara.

—Bueno, supongo que lo único que podemos hacer ahora es esperar a ver cuál es el próximo movimiento del emperador y decidir en función a eso.

—Seguiremos liberando las ciudades de Anthius —decidió Tarvo, y todos, menos Alastair, asintieron—. Una vez tengamos Anthius entero bajo nuestro control, el emperador se verá forzado a actuar sí o sí, si no quiere perder un reino entero.

—Pobre Jay… —murmuró Valikia. Ella también estaba preocupada por Ayla.

Alastair frunció el ceño. Con paso sigiloso se apartó del grupo y se perdió entre los árboles. Tarvo se dio cuenta de esto, pero no dijo nada.

***

Jay se había sentado junto a Caedra, encorvado y con los codos clavados en las rodillas. Se había llevado las manos a la cabeza, frustrado.

Caedra seguía sin despertar. A pesar de que llevaría ya más de un mes sin comer ni beber nada, el estado de su cuerpo no variaba, salvo por las heridas que se habían cerrado. Los torrogal le habían comunicado que probablemente se debiera a la extraña energía que la estaba manteniendo con vida.

Pero ¿qué era esa energía, exactamente? Jay no tenía la más mínima idea.

Contuvo un sollozo a duras penas. Caedra no regresaba a su lado. Jay la necesitaba más que nunca. No iban a poder rescatar a Ayla, Caedra no despertaba…

Todo iba, una vez más, mal.

Se irguió en su asiento al escuchar la puerta abrirse. Alastair entró a la habitación y cerró detrás de sí, con rostro inexpresivo.

—¿Vienes a echarme la bronca? —masculló Jay, apartando la vista. Centró su atención en Caedra. Su pecho subía y bajaba con suavidad—. Porque no tienes nada por lo que preocuparte. No voy a hacer ninguna estupidez.

—Supongo que no —fue todo lo que dijo Alastair. Confiaba en que Jay hubiera aprendido la lección y no se lanzara a actuar de forma temeraria. Se apoyó en la pared y cruzó los brazos—. Pero sé que querrás hablar.

Jay arqueó las cejas y giró la cabeza para mirarlo con sorpresa. ¿Desde cuándo se preocupaba Alastair por esas cosas?

—Cuando estuve en Luminaria, el emperador acababa de cosechar las almas de cien humanos. Ahora será especialmente poderoso. Eso indica que estaba preparado para recibirnos.

—¿Cosechar? —repitió Jay confuso.

—Es una de las habilidades de Saekish, y lo que ha permitido a los tres emperadores vivir durante tanto tiempo. Roban la energía vital de otros —explicó Alastair en tono seco.

Jay tuvo un escalofrío. Sonaba tan tétrico…

—Lo derrotaremos —dijo, más para convencerse a sí mismo—. Aunque tenga que ser más adelante…

Hundió los hombros y desvió la vista de nuevo hacia Caedra, desanimado. Había estado tan seguro de que rescatarían, al fin, a Ayla…

Alastair se quedó en silencio, y Jay temió que la conversación hubiera concluido. Había algo que tenía que preguntarle…

Apretó los labios. Respiró hondo.

—Alastair —empezó, muy serio—. Caedra no despierta, pero sigue viva, su cuerpo está en perfectas condiciones aunque ha pasado más de un mes… ¿Por qué?

Alastair entornó los ojos. No dijo nada.

Jay gruñó.

—Sabes por qué es, ¿verdad? —Se levantó de la silla y se giró para encararlo—. ¿Por qué no quieres decírmelo? ¿Es que…? —Tensó la mandíbula y apretó los ojos al notar que una desagradable frialdad se apoderaba de su corazón, atacándolo sin piedad, atormentándolo con su mayor miedo—. ¿Es que no va a despertar nunca?

Alastair frunció el ceño. No tenía sentido ocultarlo durante más tiempo.

—Esa energía que la sostiene, que la mantiene con vida…, es mi inmortalidad.

Jay ladeó la cabeza, confuso.

—¿Qué quieres decir?

Alastair se apartó de la pared y se irguió. Suspiró profundamente.

—Ya no soy inmortal, Jay. Es el precio que tuve que pagar cuando volví al pasado para salvar la vida de Caedra.

Jay había abierto los ojos como platos. Estuvo un par de segundos sin saber qué decir.

—Pero…, Alastair… —Jay sacudió la cabeza. Le estaba costando asimilar la idea—. Tú… ¿Por qué…? —Espiró aire con brusquedad, frustrado por no ser capaz de expresarse—. ¿Tanto te importa Caedra? ¿Cómo has podido dar tu inmortalidad a cambio?

No era que no lo apreciara. Lo apreciaba, y mucho. Solo gracias a Alastair, Caedra no había muerto. Pero la inmortalidad era un precio muy alto a pagar, y le sorprendía que Alastair, el invierno en persona, hubiera estado dispuesto a ello.

—La inmortalidad sin Caedra no tendría sentido alguno para mí —respondió Alastair sin dudarlo—. No tuve siquiera que pararme a pensarlo.

Jay arqueó las cejas. Su corazón se aceleró.

—¿Tanto la quieres, Alastair?
Alastair suavizó la mirada.

—Creo que, si alguien puede entenderme, eres tú, Jay.

Jay agachó la cabeza. Se llevó una mano al pecho, clavando los dedos. Sí, Caedra también era la persona más importante para él, a la que siempre querría por encima de todo. Y saber que era igual de imprescindible para Alastair, sorprendentemente, lo llenó de alivio y alegría, cuando tiempo atrás no habría sentido más que recelo.

—Gracias —dijo, esbozando una pequeña sonrisa—. Por todo lo que has hecho por ella.

Y pensar que le había insistido a Caedra en que tenía que deshacerse de Alastair cuando todavía era un espectro en su mente…

Su época de desconfianza hacia el dragón quedaba ya tan lejos…

—Gracias, de verdad —continuó, notando cómo su pulso se aceleraba. Los ojos de hielo de Alastair le ponían nervioso. Lo observaba en silencio, dejándolo hablar—. Por haber decidido luchar a nuestro lado. Por haberme ayudado y haberme entrenado. Y por estar conmigo. Lo aprecio mucho, de corazón.

Se daba cuenta de que, ahora, Alastair también era muy importante para él, si bien esta parte no fue capaz de admitirla en voz alta.

Jay no se molestó cuando Alastair no contestó. Era lo normal. Al menos, había conseguido expresar parte de lo que sentía.

Por eso tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que lo que estaba viendo era real. Alastair lo estaba mirando con una sonrisa. Era una sonrisa pequeña, casi tensa, pero ahí estaba. Porque, aunque Alastair no lo diría, aquel mortal también se había hecho un hueco en su corazón. Era, a veces, un incordio, pero había ido entendiendo por qué Caedra lo quería tanto.

Jay arqueó las cejas. Algo había cambiado. Algo, muy importante, había sucedido.
—Necesito una cámara de fotos para grabar este momento.

Alastair gruñó y la sonrisa desapareció.

—El día que me hagas una foto, mortal, será el día que cese tu existencia.

Jay soltó una carcajada.

—No digas eso, Alastair, los dos sabemos que serías incapaz de hacerme nada con lo mucho que me quieres… —dijo en tono pícaro.

Se quedó rígido al notar cómo la temperatura bajaba con brusquedad. Se le escapó una risita nerviosa.

—¿Quieres comprobarlo? —amenazó Alastair, avanzando hacia él.

—No, no. No hace falta, tranquilo —contestó Jay de inmediato, alzando las palmas de las manos.

Cuando se extendió el silencio, Jay se giró para mirar de nuevo a Caedra. Se sentó y suspiró con tristeza. Ella, a pesar de todo lo que sucedía a su alrededor, permanecía sin reaccionar.

Alastair se quedó observándolo, pensativo.

—¿Por qué no despierta, Alastair? —murmuró Jay, extendiendo el brazo para coger la mano de Caedra. Seguía fría. Jay ahogó un sollozo—. Cada día me cuesta más mantener la esperanza. Sin Caedra, yo…

—Despertará. —Alastair lo interrumpió, tajante. Jay se frotó los ojos con el dorso de la mano que tenía libre y lo miró por encima del hombro—. Caedra es fuerte.

Pero Alastair también estaba preocupado. Había pasado ya mucho tiempo y Caedra continuaba sin reaccionar a nada… Sin embargo, no quería aumentar el malestar de Jay. Estaba a nada de romperse y necesitaba mantener la esperanza.

Jay no dijo nada. Se quedó mirando el rostro relajado de la zeafírea. Al menos, no parecía estar sufriendo.

Lo que daría por ver de nuevo esos cálidos ojos amarillos… Pero los párpados de Caedra seguían inmóviles, con sus pestañas blancas pegadas a las mejillas.

Ya le habían retirado los vendajes. Por lo limpio y reluciente que tenía el pelo, Jay supuso que los curanderos que la atendían la habrían lavado esa mañana.

Todo sería mucho más llevadero con Caedra a su lado; las dificultades y el futuro incierto no amenazarían con asfixiarlo. Necesitaba que despertara ya…

La angustia y el temor se asentaban cada día más en su corazón. El emperador se había adelantado a sus planes, frustrándolos. Nuevas barreras se erguían entre ellos y Ayla. Y la meta de derrotar a sus enemigos volvía a parecer inalcanzable.

No podía perder a Caedra… No podría enfrentarse a todo lo que le quedaba por delante sin ella.

¿Y si Caedra se quedaba así, inerte, para siempre…?

Epílogo

El tiempo pasaba. Caedra no daba indicios de despertar.

Jay estaba un poco más apagado cada día y se apartaba de los demás. No quería hablar con nadie, sumido en el pesar y la amargura. Centraba toda su atención en entrenar con Alastair mientras esperaban a recibir noticias de Silvary y Makus sobre lo que estaba ocurriendo en el imperio. No podrían actuar con seguridad hasta que supieran cuál sería el siguiente movimiento del emperador.

A Gavin le preocupaba el estado de su hermano. Lo veía hundirse en aquella agónica tristeza con rapidez… y no sabía si sería capaz de nadar de nuevo hacia la superficie. Debía hacer algo.

—Alastair.

Fue esa preocupación la que lo llevó a buscar al dragón en el risco junto al que solía estar. No se dejó intimidar por su mirada de hielo.

«¿Qué quieres, humano?».

—Tenemos que hacer algo. Jay no puede seguir así.

Alastair frunció el ceño. Su mirada, que reflejaba un profundo dolor, se desvió de nuevo hacia el horizonte.

Era cierto que ya había esperado el tiempo suficiente para que Caedra despertara por su cuenta. Si no había abierto los ojos todavía… estaba claro que necesitarían algo más.

Era hora de pasar a la acción, y era algo a lo que había estado dando vueltas los últimos días. Daba igual lo que costara, el esfuerzo o el sufrimiento que supusiera. No iba a detenerse hasta que Caedra regresara con ellos.

Solo había una solución.

«Aguanta, Caedra», pensó con dureza, con la decisión tomada.

No iba a permitir, tampoco, que Jay se ahogara en la tristeza. Estaba a nada de quebrarse. El brillo en sus ojos marrones cada día era más tenue. Si no salvaba a Caedra, los perdería a ambos.

Se puso en pie, sacudiendo la arena negra de sus plumas y escamas. Gavin lo observó, preguntándose qué iba a hacer. Pero Alastair no dio ninguna explicación. Extendió las alas y alzó el vuelo. Gavin tuvo que llevarse la mano al rostro para protegerse.

Tensó la mandíbula. Esperaba que Alastair tuviera una respuesta. Pero, si se marchaba, Jay perdería lo único que lo mantenía conectado con el mundo exterior, aquel que se había convertido en su otro pilar. Sin Alastair, se recluiría en su sufrimiento, incapaz de apartarse de Caedra…

La tormenta estaba esperando a caer.

***

El micromundo en el que había estado oculto el cuerpo de Alastair había desparecido, podía

sentirlo. El de Saekish todavía se mantenía alejado de su dueña…, pero sabía que era cuestión de tiempo que también dieran con él.

Entornó los ojos, mirando a su derecha. Una diminuta esfera, transparente y con un cúmulo de sombras girando en su interior, permanecía protegida por un círculo de cristales rosas, flotando inocentemente en medio de aquel espacio.

Si Saekish recuperaba su cuerpo…, nada la detendría. Iría directa a por la esfera primaria, y él no sería capaz de frenarla.

Pero estaría preparado, pendiente de cada uno de sus movimientos.

Mhunn había pasado un milenio entero protegiendo aquel lugar, y no iba a fallar ahora. Aunque siempre había temido que Saekish resurgiera de sus cenizas…

Se avecinaban tiempos duros para Gea.